

Sir EDWARD GEORGE
BULWER-LYTTON

Los Últimos Días de Pompeya



Los últimos días de Pompeya es una novela escrita por Edward Bulwer Lytton en 1834. Se trata una novela histórica del romanticismo que narra los últimos días de la vida de unos cuantos habitantes de Pompeya, inmediatamente antes de la destrucción de la ciudad que provocó la erupción del Vesubio en el año 79.

Los personajes muestran la cultura de la Roma Antigua del siglo I. El protagonista, Glauco, representa la cultura griega, que ha sido subordinada por Roma, y Arbaces, su oponente, la antiquísima e inmóvil cultura Egipcia. Dione es sacerdotisa del culto de Isis, y Olintho es el principal representante de la religión cristiana naciente, que se presenta bajo una mirada favorable pero no exenta de crítica. La maga del Vesubio, aunque no posee poderes sobrenaturales, nos muestra el interés de Bulwer-Lytton en el ocultismo, tema en el que se centraría parte de su obra y, en particular, su última novela La raza que viene.

Edward George Bulwer-Lytton

Los últimos días de Pompeya

Título original: *The Last Days Of Pompeii*
Edward George Bulwer-Lytton, 1834
Traducción: Isaac Núñez

PREFACIO DEL AUTOR

*Huye inquirir lo que será otro día.
Cada hora que vivieres cuéntala por ganancia o granjería
y mientras joven eres
no desdenes amar y al baile asiste
hasta que llegue a ti la vejez triste*
HOR. OD IX, LJB 1.

Al visitar esos exhumados restos de una ciudad antigua, que quizá atraen más al viajero a las cercanías de Nápoles que las deliciosas brisas, el cielo sin nubes y los valles alfombrados de violetas o los bosques de naranjos; al contemplar aún en toda su frescura las casas, las calles, los templos, los teatros de un lugar que existía en el siglo más orgulloso del imperio romano, bastante natural era que un escritor, experimentado ya en el arte de resucitar y de fingir, aunque imperfectamente, sintiese un profundo deseo de repoblar de nuevo aquellas calles desiertas, componer aquellas graciosas ruinas, restituir la vida a aquellos esqueletos que ha podido ver; en una palabra, de salvar el abismo de diez y ocho siglos y dar otra existencia a la ciudad de los muertos.

Fácilmente concebirá el lector cuánto debió de avivarse mi deseo cuando creí poder desempeñar mi tarea en las mismas inmediaciones de Pompeya, viendo a mis pies el mar que llevaba en otro tiempo sus buques mercantes y que acogió sus fugitivos, y delante de mis ojos el fatal Vesubio vomitando llamas y humo^[1].

Por descontado, no me forjé ilusiones acerca de las dificultades que tenía que vencer. Pintar las costumbres y describirla vida de la Edad Media, exigía la mano de un genio superior; y sin embargo, esa tarea es fácil, comparada con la del escritor que aspira a bosquejar una época más antigua y que nos es menos familiar. Hay natural simpatía entre nosotros y los hombres de los tiempos feudales: tenemos con ellos un vínculo de parentesco directo; fueron nuestros antepasados; de sus obras han salido las nuestras. Hemos conservado las creencias de nuestros caballerescos abuelos; sus tumbas decoran aún nuestras iglesias; las ruinas de sus castillos miran con ceño nuestros valles. En sus combates por la libertad y la justicia, encontramos el germen de nuestras instituciones actuales, y en los elementos de su estado social vemos el origen del nuestro.

Empero no tenemos asociación alguna doméstica y familiar con los siglos clásicos. Los dogmas de una religión muerta, las costumbres de una civilización pasada, poco ofrecen de sagrado y de interesante a nuestras imaginaciones septentrionales; hasta han llegado a causarnos fastidio por el pedantismo escolástico que nos los enseñó primero; su memoria está unida a estudios que nos impusieron

como un trabajo, y que cultivamos sin placer.

Con todo, me pareció digna de acometerse esta empresa, aunque difícil, y conté con la época y el lugar que he escogido, para mover la curiosidad y excitar el interés del lector. Pasa esta historia en el siglo primero de nuestra religión, tiempo de la mayor cultura de Roma, y en parajes cuyos restos podemos ver todavía, al paso que la catástrofe es de las más terribles que recuerda la Historia antigua.

Entre los vastos materiales que tenía a la mano, traté de escoger los que pudieran interesar más al lector moderno: los hábitos y supersticiones que le fueren menos extraños; las sombras que tomando cuerpo y reproduciendo lo pasado, tuvieran más relación con las actuales ideas. Debo decir que he necesitado hacer un esfuerzo de crítica más severa de lo que el lector pudiera imaginarse a primera vista para desechar cosas muy seductoras al parecer, pero que aumentando el interés de ciertas partes de la obra, hubieran alterado la simetría de toda ella. Así, por ejemplo, la época de mi historia es el cortísimo reinado de Tito, cuando había llegado Roma al apogeo de su lujo y de su gigantesca pujanza. Difícil era resistir a la tentación de trasladar allí los personajes de Pompeya; ¿dónde había más hermosos materiales para descripciones, más ancho campo para extenderse, que en aquella magnífica reina del mundo, cuya pompa podía inspirar tan felizmente la imaginación del escritor, dando tanta solemnidad a sus investigaciones? Mas al escoger para asunto y catástrofe la destrucción de Pompeya bastaba una leve idea de los grandes principios del arte, para conocer que mi narración no debía salir de esta ciudad.

Junto a los esplendores del coloso romano se hubieran eclipsado las delicias y el brillo de la pequeña ciudad de la Campania: la horrible suerte que la hizo perecer, solo hubiera aparecido como un naufragio aislado en los vastos mares del dominio del Imperio, y el auxilio a que hubiese yo recurrido para aumentar el interés de mi relato, no habría hecho más que destruir y ahogar la causa que iba a defender. Me he visto, pues, en la necesidad de abandonar mi incursión episódica, tan interesante por sí misma, y contrayendo estrictamente a Pompeya el lugar de la escena, dejar a otros el honor de pintar la ficticia pero majestuosa civilización de Roma.

La ciudad cuya suerte me suministraba tan hermosa y tan terrible catástrofe, me suministró también los caracteres más a propósito, con solo mirar a sus ruinas, para el asunto de la escena. La colonia de Hércules, semigriega, mezclando a las costumbres de Italia tantos usos tomados de los helenos, me ofreció, naturalmente, los caracteres de Glauco y de Ione. El culto de Isis, su templo en pie, sus falsos oráculos descubiertos, el comercio de Pompeya con Alejandría, las relaciones del Sarno con el Nilo, me dieron la idea del egipcio Arbaces, del vil Caleno y del entusiasta Apeides. Las primeras luchas del Cristianismo con las supersticiones paganas me sugirieron la creación de Olintho; y los abrasados campos de la Campania, célebres tanto há por los encantos de las hechiceras, produjeron sin dificultad la Saga del Vesubio. Debo la existencia de la joven ciega a una conversación que tuve, por casualidad, en Nápoles, con una persona bien conocida de los ingleses por su experiencia de los hombres y

del mundo. Al hablar de la profunda obscuridad que acompañó a la primera erupción del Vesubio, cuya historia conocemos, y del nuevo obstáculo que debió presentar a la salvación de los habitantes, me hizo observar que, en semejantes ocasiones, debían de estar mejor los ciegos y huir con más facilidad. Tal fue el origen de la creación de Nydia.

Los caracteres de esta obra son, por consiguiente, hijos naturales de los lugares y de la época; los incidentes, propios de la sociedad de entonces, porque si resucitamos lo pasado, no le damos solo las antiguas prácticas de la vida, sus fiestas, su foro, sus baños, su anfiteatro y toda la rutina y lugares comunes del lujo clásico, sino también sus fantasmas, sus pasiones, sus crímenes, sus alegrías y reveses. Mal comprendería una época cualquiera de la historia el que descuidare su parte dramática; tanta verdad hay en la poesía de la vida como en su prosa.

La mayor dificultad que se ofrece Cuando se trata una época poco conocida y muy antigua, es dar vida y movimiento a las personas que presentamos a los ojos del lector; y tal debe de ser sin duda la primera mira de una obra de este género. Toda la ciencia que se despliegue ha de estar en segundo término y servir como medio para llegar al fin principal. La primera habilidad del poeta creador es infundir el soplo de la vida en sus creaciones, y la segunda apropiar sus palabras y sus actos a la época en que se suponen hablan y figuran. Esto último acaso se consigue más fácilmente, evitando presentar el arte a cada paso a los ojos del lector, y no llenando las páginas de citas ni las márgenes de notas. Estos perpetuos traslados a autoridades sabias tienen algo de fatigoso y de arrogante en una obra de imaginación. Parecen elogios que hace el autor de su exactitud y de su saber; le sirven menos para aclarar su texto que para lucir su erudición. El espíritu de intuición que sabe dar a las imágenes antiguas los verdaderos colores de la antigüedad, es acaso la única ciencia que exige una obra semejante; sin este talento la abundancia de pruebas es un pedantismo chocante, y con él son del todo inútiles. Ninguno que conozca a fondo lo que ha llegado a ser en nuestros días el poema en prosa, su dignidad, su influjo, el modo que ha tenido de absorber por grados toda la literatura de imaginación, sus recursos para enseñar y divertir a un tiempo, puede olvidar que su íntimo enlace con la historia, con la filosofía, con la política, su completa asimilación con la poesía y su obediencia a la verdad vedan al escritor rebajarle hasta las frivolidades escolásticas; debe elevar la erudición clásica hasta la facultad creadora en vez de subordinar esta a la charlatanería de los colegios.

Por lo que respecta a la lengua que he hecho hablar a mis personajes, he evitado cuidadosamente lo que me ha parecido siempre un error de los que han tratado de pintar individuos de un siglo clásico en los tiempos modernos^[2]. Los autores han puesto en su boca el lenguaje hinchado y sentencioso, la elocuencia fría y didáctica que han hallado en los escritores griegos o latinos de primer orden. Tan absurdo es hacer que pronuncien los romanos períodos rotundos en su conversación familiar a lo Cicerón, como lo sería en un novelista poner en boca de sus personajes ingleses las

largas frases de Johnson y de Burke. Es tanto mayor esta falta cuanto que tal alarde de ciencia descubre que no se sabe palabra de crítica: rinde, fastidia, repugna, y al bostezar, ni siquiera tenemos la satisfacción de pensar que bostezamos como eruditos. Cuando queremos dar cierta exactitud al diálogo de nuestros personajes clásicos, debemos cuidar de llenar o *embutir* (como se dice al estilo de colegio) sus discursos, de pasajes tomados de los antiguos modelos. Nada da a la marcha de un autor un aire tan tieso y estirado como el ponerse al instante la toga. Es menester aplicar a nuestra tarea la experiencia de muchos años: las alusiones, los giros, el lenguaje en general, deben nacer de una fuente que esté llena hace mucho tiempo; las flores deben trasplantarse de un suelo vivo, no compradas en la plaza por segunda mano. Esta ventaja, que consiste de hecho en estar familiarizados con el asunto, más bien es obra de la casualidad que del mérito, y depende de la mayor o menor atención que hemos prestado a los autores clásicos, en nuestros primeros estudios, o en los de la edad madura. Con todo, aunque el escritor tuviese esta ventaja en el grado más alto que pueden proporcionarla la educación y el estudio, sería muy difícil que se transportase a un siglo tan diferente del suyo, de manera que no se notase en sus descripciones inexactitud, inadvertencia u olvido de ningún género. Y cuando en obras sobre las costumbres de los antiguos, en trabajos graves y científicos, compuestos por los hombres más sabios, se encuentran imperfecciones de esta clase, que advierten hasta los individuos de instrucción superficial, sería excesiva presunción de mi parte esperar haber sido más feliz que tantas personas mucho más entendidas que yo, y en una obra que requiere bastante menos saber. Me daré por contento con que este libro, cualesquiera que sean sus imperfecciones, pueda pasar por un cuadro, débil tal vez en el colorido e incorrecto en el dibujo, pero que ofrezca en todo caso una semejanza de los rasgos y usos del siglo que he querido pintar; y lo que más importa todavía, ¡ojalá sea una copia exacta de las pasiones y del corazón cuyos elementos son los mismos en todos los siglos! Por último, séame permitido recordar al lector que si he conseguido dar interés y vida a una pintura de costumbres y a una novela de los tiempos clásicos ¡he hecho lo que ninguno hasta ahora!, de donde se deduce también la consecuencia igualmente consoladora, si bien menos honrosa, de que si me he estrellado, me ha sucedido lo que a los demás. Después de esto, lo mejor es concluir aquí mi prologo. ¿Qué más pudiera yo decir para probar que nunca es tan ingenioso un autor como cuando se esfuerza en hacer que valga una de sus obras o en justificarla?

LIBRO PRIMERO

Tal es el Vesubio y eso sucede todos los años, pero las erupciones posteriores, aunque se juntaran todas en una, no tienen comparación con la que hubo en la época de que queremos hablar.

Trocose el día en noche y la noche en tinieblas despidió el volcán cantidad incalculable de polvo y de cenizas con que lleno la tierra, el mar, el aire, y sepulto dos ciudades enteras Herculano y Pompeya, mientras estaba el pueblo en los megos del teatro.

Dion Cassio libro LXVI.

Capítulo I

Dos elegantes de Pompeya

Bien venido seas, Diomedes. ¿Cenas a la noche en casa de Glauco?

Así hablaba un joven de pequeña estatura. La túnica que caía de sus hombros en sutiles y afeminados pliegues revelaban en él un patricio y un fatuo.

—No, querido Clodio, no me ha convidado —respondió Diomedes, hombre de mediana edad y de aristocrático continente.

—¡Por vida de Pólux! mala pasada me ha jugado; se dice que en Pompeya nadie da tan opíparas cenas como las tuyas.

—Excelentes son, pero nunca hay bastante vino para mí. No es antigua sangre griega la que circula por las venas de Glauco, porque dice que cuando bebe vino por la noche no tiene talento al otro día.

—Puede que sea otra la causa de su economía —dijo Diomedes frunciendo las cejas— a pesar de su orgullo y de su prodigalidad; no le tengo por tan rico como aparenta, y sin duela cuida más de sus *ánforas*^[3] que de su talento.

—Doble razón para cenar en su casa mientras le duren los *sextercios*^[4]. Diomedes, el año que viene tendremos que buscar otro Glauco.

—Dicen que también le gustan los dados.

—Le gustan todos los placeres, y mientras le guste dar de cenar, él nos gustará a todos.

—Bien dicho —dijo Clodio— pero a propósito, ¿has visto mi bodega?

—Creo que no, mi buen Diomedes.

—Será, pues, preciso que vengas a cenar conmigo una de estas noches; tengo ricas lampreas en mi estanque, y convidare también al edil Pansa.

—¡Oh no gastes cumplimientos conmigo! *Persicos odi apparatus*: soy fácil de contentar. Bien, el día empieza a declinar y voy a las termas... ¿Y tú?

—Voy a casa del Questor^[5]... para asuntos del oficio... y desde allí al templo de Isis. *Vale*. (Adiós).

—¡Qué hombre tan vanidoso, tan entrometido y tan mal criado! —dijo en voz baja Clodio, alejándose lentamente—. Con sus festines y su bodega piensa que nos va a hacer olvidar que es hijo de un liberto. Pero ¿para qué queremos más, con tal que le honremos ganándole el dinero? Estos ricos plebeyos son una viña para nosotros los patricios pródigos.

Al acabar este monólogo entró Clodio en la *Vía Domiciana*, que llena de gente, a pie y en carros, presentaba todo el exceso de vida, movimiento y alegría que se encuentran hoy en las calles de Neápolis^[6].

Las campanillas de los carros que corrían rápidamente resonaban en los oídos, y

Clodio saludaba con una sonrisa o un movimiento de cabeza a los dueños de los carruajes que más sobresalían en lujo o en extrañeza, porque en todo Pompeya no había joven que tuviese más vasto círculo de conocimientos.

—¿Eres tú, Clodio? ¿Cómo has dormido con tus ganancias? —exclamó con dulce y agradable voz un joven sentado en un carro de la hechura más preciosa y de última moda. En el bronce exterior el mejor artista griego había esculpido bajos relieves representando los juegos olímpicos. Los dos caballos del carro eran de pura raza partha; sus flexibles miembros parecían huir de la tierra para buscar los aires, y sí ti embargo, al más ligero movimiento de la mano del conductor que iba a espaldas del amo, se paraban, como si se hubieran transformado de repente en piedra, inanimados, pero llenos de vida, semejantes a las maravillas del cincel de Praxíteles. El dueño desplegaba también en su persona la belleza de simetría la soltura de formas que buscaban en sus modelos los escultores de Atenas: se conocía su origen griego en sus cabellos castaños, pero rizados, y en la perfecta armonía de todas sus facciones. No llevaba la toga, traje que en tiempo de los emperadores había cesado de ser señal distintiva de los ciudadanos romanos y aun convertidos en cosa ridícula para todos los que tenían pretensiones de ir a la moda; pero su túnica brillaba con la púrpura de Tiro, y los broches, *fibulae* que servían para sujetarla estaban llenos de esmeraldas. Traía al cuello una cadena de oro que se enlazaba sobre su pecho bajo la forma de una cabeza de serpiente, de cuya boca pendía una gran sortija de sello exquisitamente trabajada. Las mangas de su túnica eran anchas y guarnecidas de franjas hasta el puño; un cinturón bordado de arabescos y de igual tela que la franja le servía de bolsillo para guardar el pañuelo, la bolsa, el estilo y las tablillas^[7].

—Mi querido Glauco —dijo Clodio—, me alegro de ver que tan poco haya influido tu pérdida en tu buena cara. Cualquiera dina que te ha inspirado Apolo, según la alegría y la satisfacción que brillan en tu rostro. Al vernos a los dos nos tendrían a ti por el jugador afortunado y a mí por el perdidoso.

—¿Qué significa, mi querido Clodio, la ganancia o pérdida de ese vil metal para que deba alterar nuestra alegría? ¡Por vida de Júpiter! Mientras somos jóvenes y podemos coronar de guirnalda nuestra cabeza, mientras los sonidos del laúd no llegan a oídos gastados, mientras la sonrisa de Lidia o de Cloe dobla la rapidez con que corre la sangre por nuestras venas, es preciso explayarse a la vista del sol y obligar al mismo Tiempo a que no sea más que el tesorero de nuestros placeres. Ya sabes que esta noche cenas conmigo.

—¿Quién había de olvidar el convite de Glauco?

—¿Hacia dónde te diriges ahora?

—Pensaba ir al baño, pero todavía falta una hora para lo regular.

—Yo despediré mi carro y te acompañaré; de este modo, Filias mío —continuó, acariciando el caballo que estaba más inmediato a él, que con un ligero relincho y un movimiento de orejas le manifestaba su gratitud, —tendrás hoy vacación. ¿No es hermoso? —dijo Glauco.

—Digno de pertenecer a Febo... o a Glauco —respondió el noble parásito.

Capítulo II

La ramilletera ciega y la hermosura en moda.

Confesión del ateniense.

El lector conoce a Arbaces el egipcio.

Conversando alegremente sobre mil diversos objetos, recorrían los dos jóvenes con rapidez las calles de la ciudad. Habían llegado al barrio de las tiendas más lujosas, cuyo interior brillaba desde lejos con los colores vivos y armoniosos de pinturas al fresco, variadas hasta lo infinito. Los saltos de agua que a la extremidad de cada punto de vista lanzaba en el aire de un día de verano su refrescadora espuma; los numerosos transeúntes o más bien los vagos, vestidos en su mayor parte con traje de púrpura; los carros a las puertas de las tiendas más lujosas; los esclavos que iban y venían, llevando en la cabeza cántaros de bronce de formas graciosas; las muchachas de la campiña situadas de trecho en trecho con cestas llenas de frutas y flores, que los antiguos habitantes de Italia no temían tanto como sus descendientes, para quienes (*latet anguis in herba*^[8]) cada violeta o cada rosa encierra el germen de alguna enfermedad; en fin, los diversos puntos de reunión, que en aquel pueblo desocupado hacían las veces de nuestros cafés y nuestras sociedades, es decir, las tiendas donde en tablillas de mármol estaban puestos vasos de vino y de aceite, y delante de cuyas puertas multitud de bancos con toldos de púrpura para defenderse del sol invitaban a los paseantes cansados a reposar y a los indolentes a sentarse; todo esto formaba una escena tan alegre, tan animada y tan resplandeciente a la vez, que no es de extrañar que el espíritu ateniense de Glauco se arrebatase con tanta facilidad.

—No me hables de Roma, —dijo a Clodio—; los placeres son demasiado serios, demasiado graves en sus muros. Hasta en el recinto de la capital, en la dorada casa de Nerón, en medio de los nacientes esplendores del palacio de Tito, está llena de tristeza la magnificencia; padece la vista y se cansa la imaginación. Por otra parte, mi querido Clodio, ¿sabe bien comparar las inmensas riquezas de los otros con la pobre medianía de uno? Aquí, por el contrario, nos dejamos llevar al placer y gozamos de todo el fausto del lujo sin la fatiga que acompaña a su pompa.

—Por eso has escogido a Pompeya para pasar el verano.

—En efecto; la prefiero a Bayas; hago justicia a sus atractivos, pero aborrezco a los pedantes que la habitan, y que parece pesan en una balanza cada uno de sus placeres.

Y, sin embargo, gustas de los sabios; y en cuanto a la poesía, ¿no brilla en nuestras conversaciones la elocuencia de Esquilo y de Homero, la epopeya y el drama?

—Sí; ¡pero esos romanos que imitan a nuestros antepasados de Atenas tienen tan

poca gracia! Cuando van a caza hacen que sus esclavos les lleven las obras de Platón, y si pierden la pista del jabalí toman sus libros y su papiro para no perder el tiempo ni aun entonces. Mientras las bailarinas triscan ante sus ojos desplegando cuánto hay de más seductor en el baile persa, algún liberto les lee un capítulo de los *Oficios* de Cicerón. ¡Torpes farmacopolas! La diversión y el estudio no son elementos que casan bien; es preciso gozarlos separadamente; los romanos, por afectar que los conciban, se quedan sin ninguno. ¿Qué prueban con eso? Que no tienen alma ni para uno ni para otro. ¡Oh, mi querido Clodio, qué difícil es que tus compatriotas se formen idea de la verdadera versatilidad de un Pericles y de los verdaderos atractivos de una Aspasia^[9]! El otro día mismo hice una visita a Plinio. Estaba sentado en su pabellón de verano, donde escribía mientras un infeliz esclavo tocaba la flauta. Su sobrino... ¡Ah! ¡No puedo sufrir estos fatuos de filósofos! Su sobrino leía la descripción de la peste en Thucydides, y con la cabeza llevaba maquinalmente el compás, en tanto que recorrían sus ojos los repugnantes pormenores de aquella historia horrible. Para aquel evaporado joven era muy sencillo oír una canción de amor y leer al mismo tiempo la descripción de una peste.

—¿Qué más da? —preguntó Clodio.

—Eso es lo que yo le dije para excusar su majadería; pero mi joven filósofo me miró con mala cara, y sin entender la burla me respondió que la música no agradaba más que al oído, al paso que el libro, ¡cuidado que era la descripción de la peste! exaltaba el corazón. «¡Ah! —dijo el corpulento tío—, mi sobrino es un verdadero ateniense que sabe mezclar siempre lo útil con lo agradable». ¡Por vida de Minerva! ¡Cómo me reía interiormente!

«Allí estaba yo aún cuando vinieron a decir al aprendiz de sofista que acababa de morir el liberto a quien más quería. “¡Inexorable muerte! —exclamó—. Traedme mi Horacio. ¡Con qué elocuencia suele ese amable poeta dar consuelos para semejantes desgracias!”. ¿Piensas, mi querido Clodio, que saben amar gentes de esta especie? A lo más con los sentidos, y raras veces se encuentra un romano que tenga corazón. Es una ingeniosa máquina de huesos y carne».

Aunque mortificó un tanto a Clodio el oír despreciar así a sus compatriotas, fingió ser del mismo parecer que su amigo, ya porque era de suyo bajo y servil, ya porque la moda exigía entonces en Roma que la juventud disoluta despreciase con ostentación el único título que podía realmente justificar su arrogancia.

Los romanos imitaban a los griegos, y se burlaban de su torpe imitación.

En esto les llamó la atención una multitud de gente reunida en una encrucijada donde desembocaban tres calles.

Allí, a la sombra del pórtico de un templo, de arquitectura graciosa y ligera, había una joven con una cesta de flores en el brazo derecho, y en la mano izquierda un instrumento de música de tres cuerdas, cuyos dulces sonidos acompañaban las modulaciones del tema semibárbaro que ejecutaba. A cada descanso presentaba la cesta a los espectadores, invitando a que se le compraran las flores, y más de un

sextercio cayó en ella, bien por recompensa de su canto, o bien por compasión a la cantora... porque era ciega.

—Es una pobre thesaliana —dijo Glauco parándose—. No la he visto desde que he vuelto a Pompeya. Tiene una voz muy dulce. Oigámosla:

CANTO DE LA RAMILLETERA CIEGA

*Venid, comprad las flores
de que el cesto está lleno,
que vengo de muy lejos, ¡ay de mí!
Sí la Tierra es hermosa como dicen,
hijas son de su seno
estas flores que vendo... y nunca vi.*

* * *

*¿Conservan su belleza?
Que muy frescas salían de su madre la tierra, es cuánto sé:
mientras ella su aliento les echaba en sus brazos dormían,
y de ellos há un momento las quité.*

* * *

*¡Mirad! sobre sus hojas
se advierte un beso frío,
y húmedas de sus lágrimas están:
al mirarlas crecer su madre llora;
las gotas de rocío
lágrimas son de su materno afán.*

* * *

*Vosotros en un mundo
vivís de resplandores,
donde goza el amante con su amor;
mas son morada de la pobre ciega*

*la Noche y sus horrores,
su compañía, el Tacto y el Rumor.*

* * *

*Del reino de las sombras,
cual mísero habitante,
resido en los abismos del pesar;
oigo bullir fantasmas a mi lado,
y el brazo en el instante
extiendo, sin poderlas alcanzar.*

* * *

*Coger quiero, impaciente,
el rumor que a mí llega;
me lanzo hacia delante, corro atrás,
y solo encuentro voces y sonidos:
para la pobre ciega,
fantasmas son los vivos nada más.*

* * *

*Venid, comprad mis rosas.
¡Oíd! Una suspira,
que palabra también tiene la flor:
«Libradnos, dice, de la pobre ciega,
porque no ve ni mira:
ser bella y no ser vista,
¿hay más dolor?».*

* * *

«¡Ah! de la Luz las hijas

*somos muy delicadas;
miedo esa hija de la Noche da;
llévenos pronto quien mirarnos pueda,
puesto que en sus miradas
nuestra madre la Luz reflejará».*

* * *

*De las flores al ruego
¿no hay quien sensible sea?
Vosotros que podéis, mirad,
mirad; baratas son, y frescas y olorosas.
¡Venid!, ¡compradlas, ea!
Parroquianos, venid; comprad, comprad.*

—Necesito ese manojito de violetas, amable Nydia —dijo Glauco hendiendo al través de la multitud y dejando caer un pañuelo de monedas en la cesta—. Tu voz es más encantadora que nunca.

La joven ciega se lanzó hacia la voz del ateniense, mas detúvose de pronto, y un vivo rubor cubrió sus mejillas y su frente.

—¿Habéis vuelto ya? —dijo en voz baja; después de lo cual repitió, como hablando consigo misma—: ¡Glauco está ya de vuelta!

Si, hija mía; pero hace muy pocos días que estoy en Pompeya. Mi jardín echa de menos tu antiguo cuidado: espero que vendrás a visitarle mañana. Está segura de que ninguna mano más que la de la linda Nydia tejerá guirnaldas en mi casa.

Sonrióse la ciega, pero no contestó, y poniendo Glauco en su pecho las violetas que había escogido, salió alegre y descuidadamente de en medio de la multitud.

—¿Es esa niña cliente tuya? —dijo Clodio.

—Sí. ¿No es verdad que canta muy bien? Mucho me interesa esa pobre esclava. Además, es del país de la montaña de los dioses: el Olimpo ha visto su cuna; es de Thesalia.

—El país de las hechiceras.

—Es verdad; mas para mí todas las mujeres lo son, ¡y por vida de Venus! que en Pompeya hasta el aire mismo parece que se ha convertido en filtro amoroso tan agradable que obliga a mis ojos a fijarse en todos los rostros que no tienen barba.

—Ahí va precisamente una de las mejores mozas de Pompeya: la hija del anciano Diomedes, la rica Julia.

Mientras hablaba Clodio se acercó a ellos una joven. Se dirigía al baño con la cara tapada con un velo y seguida de dos esclavas.

—Te saludamos, hermosa Julia —dijo Clodio.

Medio levantó ella su velo para enseñar con cierta coquetería un hermoso perfil romano, un gran ojo negro y una morena mejilla a que había dado el arte cierto matiz de rosa.

—¿Y Glauco también ha vuelto? —dijo echando una mirada significativa al ateniense—. ¿Habrás olvidado a sus amigos del año pasado? —continuó casi a media voz.

—Encantadora Julia; aunque el mismo Leteo tuerza su curso en algunos parajes, luego vuelve a aparecer en otros; Júpiter no nos permite nunca sino el olvido pasajero, y Venus, más inexorable todavía, ni aun nos le concede por un momento.

—Nunca le faltan palabras a Glauco para decir una galantería.

—¿Y a quién pudieran faltarle cuando la que la inspira es tan hermosa?

—¿Nos veremos pronto en la casa de campo de mi padre? —dijo Julia volviéndose hacia Clodio.

—Señalaremos con piedra blanca el día en que vayamos a verte —respondió el jugador.

Tornó a dejar caer Julia su velo, pero despacio, de modo que su última mirada se fijó en el ateniense con una timidez afectada que ocultaba una verdadera osadía. Aquella mirada expresaba a la vez ternura y reconvención.

Continuaron su camino los dos amigos.

—En efecto, es muy hermosa Julia —dijo Glauco.

—Con algún más calor hubieras hecho esa confesión el año pasado.

—Es verdad; quedé deslumbrado a primera vista; creí piedra preciosa lo que no era más que una feliz imitación de ella.

—En el fondo todas las mujeres son iguales —dijo Clodio—. Feliz el que encuentra en su esposa hermosura y buen dote; ¿qué más puede apetecer?

Glauco suspiró.

Acababan de entrar en una calle menos concurrida que las otras, a cuyo extremo distinguían aquel vasto y risueño mar que, en tan deliciosas costas, parece haber renunciado su privilegio de inspirar espanto por la dulzura de las brisas que rizan su superficie, por lo brillante y variado de las tintas que toma de las rosadas nubes, y por la suavidad de los perfumes que le lleva el viento de tierra. Sin duda que de un mar semejante debió salir Venus Anadiomena para empuñar el cetro del mundo.

—Todavía es demasiado temprano para ir al baño —dijo el griego, que nunca pudo resistir a un impulso poético—; apartémonos del tumulto de la ciudad y vamos a ver el mar mientras el sol del medio día juguetea aún con sus olas.

—Con mucho gusto —dijo Clodio—; por otra parte, la bahía es el barrio más animado de la ciudad.

Ofrecía Pompeya el cuadro en miniatura de la civilización del siglo. Contenía en el estrecho recinto de sus muros una muestra de cada objeto de lujo que podían adquirir la riqueza y el poder. Se veía un modelo de todo el Imperio en sus tiendas,

pequeñas, pero brillantes, en sus agrupados palacios, en sus baños, en su foro, en su circo, en su teatro, en la energía en medio de la corrupción y en la civilización en medio del vicio que distinguía a sus habitantes. Era una especie de juguete de niño, una óptica en que parece se complacieron los dioses en conservar la representación de la gran monarquía de la tierra, robándola después a los ojos del tiempo para entregarla a la admiración de la posteridad y hacerla servir de moralidad a la máxima de que nada hay nuevo debajo del sol.

La bahía, tersa como un espejo, estaba llena de buques mercantes y de galeras doradas, que servían para divertirse los ciudadanos ricos. Los barcos de los pescadores cruzaban en todos sentidos, y a lo lejos se descubrían los elevados palos de la escuadra mandada por Plinio. Estaba un siciliano sentado en la playa y refería entre mil gestos y contorsiones, al grupo de pescadores y paisanos que le rodeaban, la historia de los marineros náufragos salvados por delfines, historia semejante a la que aún se cuenta en nuestros días en el muelle de Neápolis.

Sacando a su compañero fuera de la multitud, dirigió el griego sus pasos a un punto solitario de la playa, donde sentados los dos amigos sobre una pequeña roca que despuntaba en medio de la lisa arena, aspiraron la fresca y voluptuosa brisa que se mecía sobre las olas al son de su dulcísimo murmullo. La escena no podía menos de invitarlos al silencio y a la meditación. Clodio, puesta la mano delante de los ojos para defenderlos del Sol, calculaba sus ganancias de la semana, y el griego, apoyado en un codo, sin temer a aquel sol, divinidad tutelar de su patria, cuya pura luz inundaba su corazón de poesía, amor y felicidad, tenía fija sus miradas sobre la vasta extensión del mar, y envidiaba tal vez a cada soplo de la brisa que se dirigía a las costas de la Grecia.

—Dime, Clodio —exclamó por fin—; ¿has estado enamorado alguna vez?

—Sí; muchas.

—El que ha amado muchas veces —respondió Glauco— no ha amado ninguna. No hay más que un solo Eros (Amor), aunque sí muchos falsificados.

—En todo caso —dijo Clodio—, no son malos dioscecillos esos falsificados.

—Convengo —replicó el griego—; yo adoro hasta la sombra del amor, pero adoro más al mismo.

—¿Pero estás enamorado de veras? ¿Experimentas esa sensación descrita por los poetas, sensación que nos hace olvidar la comida, no tener gusto en el teatro y escribir elegías? Nunca lo hubiera creído, pues sabes disimularlo bien.

—No estoy tan adelantado —replicó Glauco sonriéndose— digo más bien con Tíbulo:

*El que del tierno amor guiarse deja
dónde quiera que vaya, va seguro.*

—A decir verdad, no me siento enamorado; pero pudiera sentirme con solo ver el

objeto de mi pasión. Lo que está deseando Eros es encender su lámpara, pero los sacerdotes no le han echado aceite.

—¿Si tendré yo que adivinar a quién amas? ¿No es a la hija de Diomedes? Ella te adora y no se cuida de ocultar su amor; y ¡por vida de Hércules!, lo repito, es hermosa y rica. Adornará las jambas de tus puertas con cordones de oro.

—No; yo no quiero venderme. Hermosa es, en efecto, la hija de Diomedes, y hubo un tiempo en que, Si no hubiera sido nieta de un liberto, acaso me... Pero no; toda su belleza está en la cara; sus modales no son propios de una doncella, y en su cabeza no hay otra ciencia que la de las diversiones.

—Eres ingrato; dime, pues, ¿quién es la virgen afortunada?

—Escucha, mi querido Clodio. Hará unos cuantos meses que estaba yo en Neápolis, mi ciudad favorita, porque conserva todavía en sus monumentos la huella de su origen griego y merece además el nombre de Parthenope por su delicioso clima y sus soberbias riberas. Un día entraba en el templo de Minerva para implorar a la diosa, no tanto por mí, cuanto en favor de la ciudad a quien ya no sonríe Palas. Recuerdos de Atenas se amontonaron en mi imaginación; yo creía hallarme solo; absorto en mis graves y piadosas reflexiones, salió de mi corazón una plegaria, pasó a mis labios, y orando derramé lágrimas. De repente me interrumpió un profundo suspiro; volví la cabeza y encontré a mi espalda una mujer. Tenía levantado el velo y oraba como yo, cuando, al encontrarse nuestros ojos, me pareció que bajaba hasta el fondo de mi alma un rayo celestial. Nunca, mi querido Clodio, vi facciones tan perfectamente dibujadas; cierta melancolía, cuya expresión era a la vez dulce y sublime, ese inexplicable no sé qué, que viene del alma y que nuestros escultores han sabido dar a la cara de Psyquis, comunicaba a su belleza algo de noble y de divino; ella también lloraba. Al punto adiviné que sus padres eran atenienses y que, al llorar por Atenas, su corazón había respondido al mío. Le dirigí la palabra y pregunté con voz alterada si era ateniense como yo. Sonrojóse al eco de mi voz, y medio cubriéndose el rostro con el velo respondió: «Las cenizas de mis mayores reposan en las márgenes del Iliso; yo vi la luz en Neápolis, pero mi corazón es ateniense como mi familia».

«Pues hagamos juntos nuestras ofrendas» —le dije yo—. Y habiendo llegado el sacerdote en aquel momento, permanecimos el uno al lado del otro, mientras él rezaba su oración; juntos tocamos los pies de la Diosa, juntos pusimos en el altar nuestras guirnaldas de oliva. En aquella devoción de hermano y hermana experimenté un sentimiento desconocido y una especie de ternura sagrada. Extranjeros, procedentes de un país lejano y abatido, estábamos juntos y solos en aquel templo consagrado a la divinidad de nuestra patria. ¿No era natural que mi corazón se sintiese arrastrado hacia aquella mujer, que seguramente tenía el derecho de llamar conciudadana mía? Se me figuraba que la conocía desde hacía mucho tiempo, y aquellos sencillos ritos suplieron para mí, como por milagro, a los vínculos de la simpatía y al efecto de los años. Salimos en silencio del templo; iba a preguntarle

dónde paraba y si me Sería permitido visitarla, cuando vino a tomarla por la mano un joven, que se le parecía bastante y que estaba en la escalera del templo. Volvióse ella y se despidió de mí. Desde aquel momento no he vuelto a verla más. Cuando fui a mi casa encontré cartas que me obligaron a marchar a Atenas, donde unos parientes me disputaban mi herencia. Habiendo ganado el pleito, regresé a Neápolis; hice mil pesquisas por toda la ciudad, sin poder descubrir rastro alguno de mi compatriota, y esperando perder en el seno de los placeres toda memoria de aquella hermosa aparición, vine a zambullirme en los deleites de Pompeya. Esta es mi historia. No amo, pero me acuerdo y echo de menos algo.

Iba Clodio a responder, cuando se oyeron en la arena de la playa pasos lentos y medidos. Ambos levantaron los ojos y reconocieron al instante al recién venido.

Era un hombre que frisaba en los cuarenta años, de alta estatura, enjuto de carnes, pero de miembros nerviosos y bien pronunciados. Su cutis sombrío y bronceado indicaba origen oriental, \ sus facciones tendrían algo griego en sus perfiles, especialmente la barba, la frente y el cuello, a no ser porque su nariz era grande y aguileña, al paso que sus juanetes duros y salientes le privaban de aquellos graciosos contornos, de aquella apariencia de juventud que conserva la fisonomía griega hasta en la edad madura. Sus ojos, grandes y negros como la más oscura noche, arrojaban un brillo que nada tenía de variable o de incierto. En su mirada majestuosa e imponente parecía estar fija una calma profunda, pensativa y casi melancólica. Su paso y su aire eran sumamente graves y nobles, y lo que había de extraño en la hechura y colores poco vivos de su largo traje aumentaba el efecto de su serena fisonomía y de su majestuosa figura. Al saludarle los dos jóvenes, hicieron maquinalmente un ligero gesto o señal con los dedos que ocultaron del extranjero, porque de Arbaces el egipcio se susurraba que poseía el funesto don del mal de ojo.

—Hermosa, realmente, debe de ser la perspectiva —dijo Arbaces con sonrisa altanera aunque cortés— para atraer al brillante Clodio y al admirado Glauco lejos de las populosas calles de la ciudad.

—¡Pues qué! ¿Tan pobre de encantos es la naturaleza? —preguntó el griego.

—Para las gentes disipadas, sí.

—Severa es la respuesta, si bien no la creo justa. El placer gusta de los contrastes; la disipación hace conocer el atractivo de la soledad, y la soledad el de la disipación.

—Así piensan los jóvenes filósofos de la academia, —respondió el egipcio—; confunden la soledad con la meditación, y porque están hartos del mundo, creen conocer el mérito de la soledad; mas la naturaleza no puede excitar en su alma gastada ese entusiasmo, único capaz de hacer comprender su inexplicable hermosura; ella requiere de nosotros, no el cansancio de la pasión, sino ese fervor entero de que queréis libertaros al adorarla. Sabe, joven ateniense, que cuando la luna se apareció a Endimion^[10] en una luz misteriosa fue después de un día pasado, no en las revueltas moradas de los hombres, sino en la silenciosa cima de las montañas y en los solitarios valles del cazador.

—Bella es la comparación —exclamó Glauco—, pero mal aplicada. El cansancio, decís, ¡ahí la juventud no se cansa nunca!; por mi parte nunca he conocido un solo momento de hastío.

Tornóse a sonreír el egipcio; pero esta vez fue su sonrisa glacial y seca; hasta Clodio, cuya imaginación nada tenía de viva, sintió el efecto de ella. Sin embargo, no dio respuesta alguna a la apasionada exclamación de Glauco; mas al cabo de una pausa, dijo con voz dulce y melancólica:

—Bien mirado, no hacéis mal en gozar de la vida en tanto que os sonríe; la rosa se marchita muy pronto, el perfume se evapora y, en cuanto a nosotros, ¡oh, Glauco!, extranjeros en este país, y que vivimos lejos de la tierra donde reposan las cenizas de nuestros padres, ¿qué otra alternativa nos queda que la del placer o la del pesar? El primero para ti, el último, acaso, para mí.

Los brillantes ojos del griego al punto se arrasaron de lágrimas.

—¡Ah!, Arbaces, no habléis —exclamó—, ¡no habléis de nuestros padres! ¡Olvidemos que han existido más libertades que las de Roma! En cuanto a la gloria... ¡en vano queríamos evocar su sombra de los campos de Maratón y de las Termopilas!

—Te contradice el corazón mientras hablas —replicó el egipcio—, y esta misma noche más pensarás en Lais^[11] que en Leaena^[12].

Dijo, y envolviéndose en su manto, se alejó lentamente.

—Ya respiro —dijo Clodio—. A semejanza de los egipcios, a veces admitimos un esqueleto en nuestros festines. En verdad que la presencia de tal egipcio haría bien el oficio de espectro para agriar el mejor racimo de Falerno.

—¡Qué hombre tan raro! —dijo Glauco con aire pensativo—; parece muerto para el placer y helado para los bienes de este mundo, y, sin embargo, si no le calumnia la voz pública, su casa y su corazón desmienten mucho sus discursos.

—Se cuenta que en su sombría morada pasan orgías muy diferentes de las de Osiris. Se asegura, además, que es rico. ¿No podríamos catequizarle y enseñarle los atractivos del dado? ¡Oh placer de los placeres! ¡Fiebre abrasadora de esperanza y de temor! ¡Pasión que no se sacia nunca! ¡Oh juego!, ¡qué terrible y qué hermoso eres al mismo tiempo!

—¡Qué inspiración! —exclamó Glauco riendo—; el oráculo habla por boca de Clodio. ¿Qué otro milagro presenciaremos después de este?

Capítulo III

Carácter de Glauco.
Descripción de las casas de Pompeya.
Diversiones clásicas.

El cielo había concedido a Glauco todos sus beneficios, excepto uno; dióle hermosura, salud, dinero, talento, prosapia ilustre, corazón de fuego, alma poética; mas le negó la herencia de la libertad. Era natural de Atenas, súbdita de Roma. Posesionado de un buen patrimonio desde sus primeros años, satisfizo su gusto de viajar, tan propio en los jóvenes, y bebió, a grandes tragos, la embriagadora copa del placer en el seno de las pomposas fiestas de la corte imperial.

Era un Alcibiades sin ambición: era lo que fácilmente llega a ser un hombre que tiene imaginación, juventud, fortuna y talento, sin la inspiración de la gloria. En su casa de Roma reuníanse los libertinos, y al mismo tiempo los apasionados de las bellas artes, y los escultores de la Grecia se complacían en adornar los pórticos y el *exedra*^[13] de un ateniense. Su cuarto en Pompeya... ¡ah! sus colores están ya marchitos, sus paredes sin cuadros; perdió sus más preciosos adornos... Sin embargo, excitó un entusiasmo universal cuando se descubrieron por primera vez sus pinturas y sus mosaicos. Amante de la poesía y del teatro, que le recordaban el genio y el heroísmo de su patria, había adornado su brillante morada con las estatuas de Esquilo y Homero; los anticuarios que del gusto hacen una profesión, cambiaron al aficionado en artista, y aunque después reconocieron su error, continuaron dando a la exhumada habitación del ateniense Glauco el nombre de *la casa del poeta dramático*.

Antes de describirla daremos al lector una idea general de la forma en que estaban distribuidas las de Pompeya, y verá que su construcción era según los planos de Vitrubio; pero con toda esa variedad de pormenores, caprichos y gustos naturales al hombre, y que siempre han dado que hacer a los anticuarios. Vamos, pues, a probar a que sea nuestra explicación lo más clara y lo menos pedantesca posible.

Se entra comúnmente por un sitio llamado *vestibulum* (atrio) en una sala adornada a veces de columnas, pero la mayor parte no las tiene. En tres de sus lados hay puertas que dan a las diversas dormitorios^[14] (entre ellos, el del portero) y de las cuales las mejores, por lo regular, se destinaban para las visitas procedentes del campo. Al extremo de la sala y a los lados derecho e izquierdo, Sí la casa es grande, hay dos cuartitos o más bien dos nichos para las señoras de la casa, y en medio del embaldosado se ve siempre un estanque cuadrangular y poco profundo para recibir el agua llovida que cae allí por una abertura hecha en el techo, abertura que se cierra cuando se quiere por medio de una cubierta de madera. Esto es lo que se llama el *impluvium*, sagrado particularmente a los ojos de los antiguos. Allí se colocaban

muchas veces en Roma y pocas en Pompeya, las imágenes de los dioses Lares. Ese hogar hospitalario de que tanto hablan los poetas romanos, y que estaba especialmente consagrado a estos dioses, consistía en un brasero móvil.

En el rincón más distante había una gran arca de madera, adornada y guarnecida con aros de bronce o hierro y fija por medio de clavos sobre un pedestal de piedra, con bastante firmeza para resistir todos los esfuerzos que hiciera un ladrón al robarla. Esta arca se tenía por el depósito del tesoro del amo de la casa; no obstante, como no se ha visto dinero en ninguna de las encontradas en Pompeya, se supone que servían más bien para adorno que para otra cosa.

En aquella sala o *atrium*, hablando el lenguaje clásico, era donde se recibía a los clientes y personas de baja esfera. En las casas de los vecinos más distinguidos había un esclavo llamado *atriensis*, destinado en particular al servicio de dicha sala; su categoría era alta e importante entre sus compañeros. El estanque del centro debe de haber sido un adorno algo peligroso; pero como sucede con los prados de césped de los colegios universitarios de Inglaterra, estaba prohibido a los transeúntes pasar por el medio de la sala, puesto que tenían suficiente espacio para hacerlo por los lados. Frente de la entrada y al otro extremo había un aposento (*tablinum*) cuyo piso solía estar adornado de ricos mosaicos y sus paredes cubiertas de soberbias pinturas. Allí se conservaban los archivos de la familia o los del empleo público que pudiera tener el amo de la casa. En uno de los lados de este salón, si puede dársele tal nombre, estaba regularmente el comedor (*triclinium*) y en el otro un gabinete que contenía una multitud de objetos raros y curiosos; mas siempre había un pasadizo excusado para los esclavos, a fin de que pudieran acudir a las diversas partes de la casa, sin pasar por las habitaciones de que hemos hablado. Todas estas piezas daban a una columnata cuadrada y oblonga, cuyo nombre, en términos técnicos, era *peristylum*. Si la casa era pequeña, concluía en esta columnata; entonces su centro, por reducido que fuese, formaba siempre un jardín lleno de vasos de flores puestos en pedestales, y debajo de la columnata, a derecha e izquierda, varias puertas conducían a sus respectivas alcobas y a otro *triclinium* o comedor, porque los antiguos tenían en general dos piezas destinadas a este uso, una para verano y otra para invierno, o bien una para todos los días y otra para los de convite y recibo. Por último, si el amo de la casa era amante de la literatura, se veía también hacia aquella parte un gabinete honrado con el nombre de biblioteca, porque bien poco trecho se necesitaba para encerrar los escasos rollos de papiro, que entre los antiguos constituían una colección de libros considerable.

La cocina solía estar al extremo del peristilo. Si la casa era grande no concluía en este, y entonces el centro no era un jardín: en su lugar se veía a veces una fuente, y otras un estanque para conservar el pescado; en la extremidad opuesta al *tablinum* estaba el segundo comedor, y a los dos lados alcobas o una galería de pinturas (*pinacotheca*)^[15]. Estas habitaciones daban a un paraje cuadrado y oblongo, que tenía sobre tres de sus lados una columnata semejante a la del peristilo, al que se parecía

mucho, solo que era más largo. Allí estaba propiamente el *viridarium* o jardín en que solía haber una fuente, estatuas y muchas y vistosas flores. Al otro extremo, el cuarto del jardinero y en ambos lados de la columnata había además cuartos, si la familia era tanta que los necesitara.

El primero y segundo piso casi nunca tenían importancia en Pompeya, como quiera que no estaban contruidos sino sobre una parte del edificio y no contenían más que los cuartos de los esclavos. No sucedía así en las hermosas casas de Roma, donde el comedor principal (*coenaculum*) estaba por lo regular en el primer piso. Las habitaciones eran pequeñas, porque en aquel delicioso clima siempre que los huéspedes eran muchos se les recibía en el peristilo o pórtico, en el recibidor o en el jardín. Las salas de banquete también tenían cortas dimensiones, porque los antiguos, que cuidaban menos del número, que de la elección, de los convidados, rara vez reunían a su mesa más de nueve personas juntas, de modo que los grandes comedores, tan necesarios para nosotros, carecían de objeto para ellos^[16]. La serie de piezas que se dejaban ver al entrar debía producir un efecto muy imponente. Se veía la sala llena de varios adornos y pinturas, el *tablinum*, el gracioso peristilo, y si se extendía más la casa, la sala de los banquetes y el jardín que terminaba el punto de vista, con un surtidor o con una estatua de mármol.

Ahora ya podrá el lector formarse una idea bastante cabal de los edificios de Pompeya, cuya arquitectura era un término medio entre la doméstica de los griegos y la de los romanos, aunque se acercaba más a esta. La distribución general de las casas está por el mismo plano, aunque haya diferencias en los pormenores. En todas se encuentra el recibimiento, el *tablinum* y el peristilo que se comunican; en todas están cubiertas las paredes de ricas pinturas al fresco, y todas, por último, presentan los indicios de un pueblo culto y apasionado de un lujo elegante. Sin embargo, puede dudarse que fuese muy puro el gusto de los habitantes de Pompeya. Preferían los colores más chillones y los dibujos más extravagantes. Muchas veces pintaban de encarnado subido la parte inferior de sus columnas, dejando lo demás en blanco; cuando el jardín era pequeño tenían costumbre de representar en sus paredes árboles, pájaros, templos, etc., en perspectiva para engañar la vista, artificio grosero que adoptó hasta Plinio en su gracioso pedantismo, muy satisfecho de tan feliz invención.

La casa de Glauco, aunque de las más pequeñas, era una de aquellas cuyo adorno se admiraba más por lo rico, lo precioso y lo acabado. En el día pudiera servir de modelo para el cuarto de un *soltero* en Mayfar y de envidia y desesperación para los célibes aficionados a las taraceas y a los muebles antiguos. Se entraba por un vestíbulo largo y estrecho, cuyo pavimento de mosaico representaba un perro con las palabras sacramentales de *cave canem* (guárdate del perro). A cada lado había una pieza bastante grande, porque no siendo la casa suficiente para contener las dos divisiones usadas de aposentos públicos y privados, aquellos dos cuartos servían para recibir las personas que, o por lo ínfimo de su rango o por su poca amistad con el dueño de la casa, no eran admitidas a tomar parte en los misterios de lo interior.

Al salir del vestíbulo de la casa de Glauco se encuentra un *atrium*; cuando el primer descubrimiento, el atrio estaba enriquecido de pinturas que *en punto a expresión* no hubieran avergonzado a Rafael. Ahora se las ve en el Museo de Neápolis, donde todavía son la admiración de los inteligentes; representan la despedida de Aquiles y de Briseide. ¿Quién pudiera no rendir homenaje a la fuerza, vigor y belleza con que están trazados los miembros y las facciones de Aquiles y de la inmortal esclava?

A uno de los lados del *atrium* hay una escalerilla que conduce a los cuartos de los esclavos que están en el otro piso, y otras dos alcobitas cuyas pinturas representaban el robo de Europa, la batalla de las Amazonas, etc.

Desde allí se va al *tablinum*, a cuyas dos extremidades había ricas colgaduras de púrpura de Tiro recogidas en pabellón, pero que en caso de necesidad podían cerrarse con puertas correderas^[17]. En la pared había pintado un poeta leyendo sus versos a los amigos, y el mosaico del piso era un cuadro de un trabajo exquisito, en que se veía a un director de escena dando lecciones a sus cómicos.

Después de pasar por este salón, se entraba en el peristilo y allí concluía la casa, como he dicho ya al describir las pequeñas de Pompeya. Entre cada una de las siete columnas que adornaban aquel patio pendían festones de guirnaldas. El centro, que hacía veces del jardín, estaba lleno de las flores más extrañas, puestas en vasos de mármol blanco colocados en pedestales. A la izquierda de este jardincillo había un templo en miniatura, imitando a una de esas capillas que hay al cabo de algunas calles en los países católicos; estaba dedicado a los dioses *penates*^[18]; delante se veía un trípode de bronce. A la izquierda de la columnata había dos *cubículos* o dormitorios; a la derecha el *triclinium*, donde se encuentran agrupados ahora los convidados.

Los anticuarios de Nápoles tienen la costumbre de dar a aquella pieza el nombre de *cuarto de Leda*, por haber allí un cuadro lleno de gracia y de delicadeza, que representa a Leda ofreciendo sus recién nacidos a su esposo; hay un grabado de esta pintura en la magnífica obra de sir Guillermo Gell; aquella deliciosa habitación daba al jardín embalsamado. En torno de la mesa de *citrea*^[19], pulimentada como un cristal y adornada delicadamente de arabescos de plata, estaban puestos los tres lechos, más usados en Pompeya que el asiento semicircular que hacía tiempo era moda en Roma; sobre aquellos lechos de bronce, embutidos de los metales más preciosos, había cojines cubiertos de ricos bordados y que cedían voluptuosamente a la presión del cuerpo.

—Preciso es convenir —dijo el edil Pansa—, en que tu casa, aunque apenas mayor que una casa para guardar alfileres, es una joya en su género. ¡Qué bien pintada está esa despedida de Aquiles y de Briseide! ¡Qué estilo! ¡Qué cabezas!... ¡Qué joya!

—Los elogios de Pansa en la materia son inapreciables —dijo gravemente Clodio—; tiene en su casa cuadros que pudieran pasar por de Zeuxis...

—Me favoreces, mi querido Clodio —replicó el Edil^[20], conocido en todo Pompeya por tener los peores cuadros del mundo, a causa de que, en el exceso de su patriotismo, no quiso emplear nunca sino pintores pompeyanos—; ¡me haces mucho favor! Sin embargo, tengo cosas de mérito... en el colorido... y eso sin hablar del dibujo. Luego la cocina, amigos... aquello todo es invención mía.

—¿Cuál es el dibujo? —preguntó Glauco—; no he visto aún tu cocina, a pesar de que tengo más de una prueba de la excelencia de sus guisos.

—Mi querido ateniense, es un cocinero sacrificando las obras maestras de su arte en el altar de Vesta, mientras una soberbia lamprea, pintada al natural, se tuesta al asador en lontananza. Me confesarás que en eso hay imaginación.

En aquel momento aparecieron los esclavos trayendo en una bandeja los platos preliminares del festín. En medio de vistosas formas, entre verduras frescas, cubiertas de nieve, entre anchoas y huevos, había colocadas copas de vino con miel desleída. Mientras se ponían en la mesa estos manjares, varios esclavos jóvenes presentaban a cada uno de los cinco convidados (no eran más), palanganas de plata llenas de agua perfumada y servilletas con franja de púrpura. El Edil sacó de su pecho con afectación la suya; el lienzo era menos fino, pero la cenefa dos veces más ancha, y se enjugó los dedos como quien trata de atraer sobre sí la atención.

—Tienes una espléndida *mapa*^[21] —dijo Clodio—; la franja es tan ancha como un cinturón.

—Esto no vale nada, mi querido Clodio, ¡nada! Me han dicho que es la última moda en Roma, pero Glauco entiende de eso mucho más que yo.

—Sénos propicio, ¡oh, Baco! —dijo Glauco, inclinándose respetuosamente ante una encantadora estatua pequeña del dios, puesta en el centro de la mesa, cuyas esquinas estaban ocupadas por los lares y los saleros. Repitieron los convidados la oración, y después, derramando vino sobre la mesa, hicieron las libaciones de costumbre.

Acabada esta ceremonia se tendieron los convidados sobre los lechos y comenzó el banquete.

—Que no beba más vino en mi vida si no es este el mejor que he probado en Pompeya —dijo el joven Salustio vaciando un *ciathus* (vaso) que le había llenado hasta el borde el escanciador, mientras que los esclavos cubrían la mesa con los manjares más sustanciosos después de haber quitado aquella especie de entremeses.

—Traed el ánfora —dijo Glauco—, y leednos su fecha y su clase.

El esclavo se apresuro a decir a la sociedad que el rótulo puesto en el tapón expresaba que aquel vino era de Chío y tenía cincuenta años.

—¡Qué deliciosa frescura le ha dado la nieve! —dijo Pansa—; está precisamente como debe estar.

—Surte en el hombre el efecto de la experiencia —exclamó Salustio—, que modera sus placeres lo necesario cabalmente para hacerlos doble sabrosos.

—Es como el «no» de una mujer —añadió Glauco—, que os enfría por un

momento para inflamaros luego más.

—¿Cuándo será la primera lucha de fieras? —pregunto Clodio a Pansa.

—Se anuncia para el 8 de las Idus de Agosto —respondió aquel—, al otro día de las fiestas de Vulcano. Para entonces debemos tener un león joven de los más amables.

—¿Y a quién se le va a echar? —preguntó Clodio—. Mucha escasez hay ahora de criminales; por esta vez, Pansa, será preciso que concedas al león algún inocente.

—Os confieso que lo he estado pensando con detenimiento —replicó el Edil con mucha formalidad. Es una infamia esa ley que nos prohíbe arrojar a las bestias nuestros propios esclavos. ¡No permitirnos usar de nuestros bienes como nos parezca! ¡Ese es un ataque dado a la propiedad!

—No sucedía eso en los buenos tiempos de la República —dijo Salustio suspirando.

—Por otra parte esa pretendida generosidad con los esclavos priva al pueblo de una de sus mayores diversiones. ¡Oh! ¡Cómo le gusta ver una recia batalla entre un hombre y un león! Y gracias a esa maldita ley, si los dioses no nos envían pronto un buen criminal, tendrá que renunciar a ese inocente placer.

—Nada sería menos político —dijo Clodio en tono sentencioso— que estorbar las nobles diversiones del pueblo.

—Demos gracias a Júpiter y al Destino de no estar gobernados hoy por Nerón —repuso Salustio.

—Nerón era realmente un tirano, porque ha tenido cerrado el anfiteatro durante diez años.

—Yo me admiro de que no haya habido una insurrección —dijo Salustio.

—Poco ha faltado —añadió Pansa, con la boca llena de jabalí.

En este momento una música de flautas interrumpió la conversación y entraron dos esclavos trayendo un solo plato.

—¿Qué delicado manjar nos van a servir ahora, Glauco? —exclamó el joven Salustio con ansiosos ojos.

No tenía este más que veinticuatro años, y su mayor placer en la vida era la mesa; había apurado ya todos los demás. No carecía, sin embargo, de talento, y abrigaba un corazón excelente en cuanto era posible.

—¡Por vida de Pólux! reconozco su figura, —dijo Pansa—. Es un cabrito de Ambracia. —Stola hizo sonar sus dedos, señal que se usaba para llamar a los esclavos—, debemos preparar otra libación en honor del recién venido.

—Había pensado daros ostras de Bretaña, —dijo tristemente Glauco—; pero los vientos que tan crueles fueron para César, no me lo han permitido.

—¿Conque son tan deliciosas? —preguntó Lepido, aflojándose su túnica ya sin cinturón, para estar a sus anchas.

—No puedo menos de creer que la distancia es la que les da tanto mérito; no tienen el sabor de las ostras de Brindis; mas en Roma no hay cena completa sin

ostras.

—Esos pobres bretones pueden darse por contentos con tener al menos una cosa de que jactarse; su país produce ostras.

—Yo quisiera que nos proporcionasen un gladiador —dijo el Edil, cuya previsora imaginación no cesaba de pensar en la necesidad del anfiteatro.

—¡Por vida de Palas! —exclamó Glauco, mientras su esclavo favorito coronaba su húmeda frente con una fresca guirnalda—, a mí me gustan bastante esos espectáculos salvajes cuando pelean bestias contra bestias; pero cuando se pone fríamente en la arena a un hombre de carne y sangre como nosotros para que vaya siendo despedazado miembro a miembro, el interés llega a ser demasiado horrible; me falta valor, no puedo respirar, ansío lanzarme y correr a su defensa. Los gritos del populacho me parecen más horribles que los de las furias, persiguiendo a Orestes. Me alegro de saber que, según todas las apariencias, no tendremos ese sangriento espectáculo en las próximas fiestas.

El Edil se encogió de hombros. El joven Salustio, que pasaba por el más apacible de Pompeya, se quedó estupefacto; el gracioso Lepido, que hablaba solo lo preciso para no descomponer sus facciones, exclamó:

¡Por vida de Hércules!

El parásito Clodio murmuró:

¡*Aedepol!* (ciertamente).

Y el último convidado que era la sombra de Clodio, y cuya obligación consistía en ser en todo el eco de su opulento amigo, cuando no podía hacer su elogio, que, en una palabra, era el parásito de un parásito, murmuró como él:

¡*Aedepol!*

—Vosotros *los* italianos estáis acostumbrados a esos espectáculos; los griegos tienen más compasión. ¡Oh la sombra de Pindaro...! ¡Qué encanto hay en los verdaderos juegos de la Grecia, en la emulación de un *hombre* peleando con otro hombre, en su lucha generosa, en su triunfo mezclado de tristeza, en el orgullo de combatir un enemigo digno de sí y en la dulzura de contemplarle vencido! Pero vosotros no lo entendéis.

—Excelente está este cabrito —dijo Salustio.

El esclavo encargado de trincar, y que estaba orgulloso de su habilidad, acababa de llenar sus *funciones* respecto del cabrito, al son de la música, llevando el compás con su cuchillo y habiendo comenzado el aire pianísimo, para concluir en un magnífico diapasón.

—¿Es siciliano vuestro cocinero? —dijo Pansa.

—Sí, de Siracusa.

—¿Vamos a jugarle? —dijo Clodio—; armemos una partida entre plato y plato.

—Si he de decir la verdad, más me gusta ese combate que los del circo; pero no quiero arriesgar mi siciliano. No encontrarás un esclavo tan precioso como él.

—Mi Phillida, mi hermosa bailarina.

—Yo nunca compro mujeres —dijo el griego arreglando maquinalmente su guirnalda.

—Los músicos habían comenzado a tocar desde el pórtico, en tanto que se trinchaba el cabrito. Su melodía fue siendo cada vez más dulce, más alegre, y sin embargo acaso de un carácter más elevado. Cantaron la oda de Horacio que comienza «*Pérsicos odi, etcétera*» imposible de traducir, y que creyeron poder aplicar a un banquete, afeminado para nuestras costumbres; pero en realidad, harto modesto en medio del desenfrenado lujo de la época. En una palabra, era una cena doméstica y no regia; la fiesta de un particular de buen gusto, y no la de un emperador o magnate.

—¡Ah! mi buen viejo Horacio, —dijo Salustio con tono de lástima—; bien cantaba los festines y las muchachas, pero no como nuestros poetas modernos.

—Como el inmortal Fulvio —repuso Clodio.

—¡Ah! Fulvio el inmortal —repitió la sombra.

—Y Spuraena y cayó Mucio, que han compuesto tres poemas épicos en un año, ¿hubieran podido hacer otro tanto Horacio, ni el mismo Virgilio? —dijo Lepido—. Todos esos antiguos poetas han cometido el error de copiar la escultura más bien que la pintura.

La sencillez y el reposo, tales eran sus ideas; mas nosotros los modernos tenemos fuego, pasión, energía; no nos dormimos nunca; imitamos los colores de la pintura, su vida y su acción. ¡Inmortal Fulvio!

—A propósito —dijo Salustio—: ¿habéis visto la nueva oda de Spuraena, en honor de nuestra Isis egipcia? Es magnífica, verdadero furor religioso.

—Isis, si no me engaño, es una divinidad favorita de Pompeya —dijo Glauco.

—Sí —contestó Pansa—; ahora sobre todo, goza de gran reputación. Su estatua acaba de pronunciar los oráculos más extraordinarios. Yo no soy supersticioso, pero confieso que muchas veces me ha dado excelentes consejos para el desempeño de mi magistratura. Y luego ¡sus sacerdotes, son tan ejemplares! No son hombres de mundo y orgullosos, como los de Júpiter y la Fortuna; van descalzos, no comen carne y pasan en oración la mayor parte de la noche.

—Bien tienen donde aprender los demás sacerdotes nuestros. El templo de Júpiter necesita imperiosamente una reforma —dijo Lepido, que era gran reformador; de los demás, se entiende.

—Asegúrase que Arbaces el egipcio ha enseñado a los sacerdotes de Isis nuevos y grandes misterios —observó Salustio—. Se jacta de descender de la raza de Ramasés, y dice que su familia es depositaria de los secretos de la más remota antigüedad.

—¿Es cierto que posee el mal de ojo? —añadió Clodio—; siempre que encuentro esa cabeza de Medusa sin haberme provisto de encanto protector, pierdo un caballo favorito o que lanzaré los dados *canes*^[22] nueve veces seguidas.

—Parece cosa de milagro —dijo gravemente Salustiano.

—¿Qué deduces de eso, Salustio? —repuso el jugador sonrojándose.

—Lo mismo que me *dejarías* si jugase a menudo contigo; es decir... nada.

Clodio respondió solo con una sonrisa de desdén.

—Si Arbaces no fuese tan rico —observó Pansa con gravedad— abusaría un poco de mi poder y trataría de descubrir lo que hay de cierto en la voz pública, que le supone mago y astrólogo. Cuando Agríppa era edil de Roma desterró a todos esos terribles ciudadanos. ¡Pero a un rico!... Es deber de un Edil amparar la gente rica.

—¿Qué piensas de esa nueva secta que dicen ha hecho algunos prosélitos en Pompeya, de esos adoradores del dios hebreo, del Cristo?

—¡Oh! ¡No son más que visionarios especulativos! —dijo Clodio—. No tienen entre ellos un solo hombre decente. Sus prosélitos son pobres, miserables, ignorantes.

—Que, sin embargo, se deberían crucificar por sus blasfemias —añadió Pansa con vehemencia—; reniegan de Venus y de Júpiter. Quien dice nazareno, dice ateo. Como llegue a cogerlos, yo sabré lo que tengo que hacer.

Se había cubierto la mesa por segunda vez; los convidados yacían en sus lechos; hubo un momento de silencio, durante el cual estuvieron oyendo las dulces voces del medio día y el sonido de la caña de Arcadia; Glauco era el menos dispuesto a anudar la conversación; pero Clodio comenzaba ya a gritar que se perdía un tiempo precioso.

—*Bene vobis* (a vuestra salud), mi querido Glauco —dijo bebiendo una copa por cada letra del nombre de su amigo con todo el desahogo de un bebedor consumado—. ¿No quieres vengarte de tu mala suerte de ayer? Mira, los dados nos convidan.

—Como quieras —dijo Glauco.

—¡Jugar a los dados en el mes de Agosto! —dijo Pansa con aire de magistrado—; acordáos de que soy Edil y de que eso es contrario a la ley.

—Pero no delante de vos, grave Pansa —replicó Clodio, haciendo sonar los dados en un largo cubilete—; vuestra presencia impedirá todo exceso. Además, lo que se prohíbe no es el uso, sino el abuso.

—¡Qué discreción! —murmuró la Sombra.

—Pues bien, volveré la cabeza —dijo el Edil.

—Todavía no, buen Pansa; esperad a que hayamos acabado de cenar —repuso Glauco.

Cedió Clodio con disgusto, y ocultó su despecho por medio de un bostezo.

—Abre la boca para devorar oro —observó en voz baja Lepido a Salustio, citando la *Aulularia* de Plauto.

—¡Ah! «Qué bien conozco yo esos pulpos que cogen todo cuanto tocan» —respondió Salustio, en el mismo tono y del propio texto.

Se veía la mesa abundantemente provista de gran variedad de frutas, de pistachos, confituras, pastelillos* y platos de repostería, con mil formas extravagantes y aéreas, y los *ministros*^[23] pusieron también el vino que hasta entonces habían servido los esclavos; estaba en grandes pipas de vidrio con su correspondiente rótulo cada una, para indicar la edad y la clase del contenido.

—Probad de ese Lesbio, Pansa —dijo Salustio—; es excelente.

—No es muy añejo —observó Glauco—, pero se ha envejecido, como nosotros,

por medio del fuego de las llamas de Vulcano y aun de las de su mujer, en cuyo honor derramo esta copa.

—Muy fino —dijo Pansa—, mas su perfume es quizá demasiado resinoso.

—¡Qué linda copa! —exclamó Clodio, señalando un vaso de cristal transparente, cuyas asas estaban adornadas de piedras preciosas y hechas a manera de serpiente, que era moda a la sazón en Pompeya.

—Esta sortija —dijo Glauco, sacando de la primera falange de su dedo un precioso adorno que colgó del asa de la copa—, le da nuevo realce y le hace menos indigna de que la aceptes, mi querido Clodio; salud te den los dioses para que puedas llenarla muchas veces hasta los bordes.

—Eres demasiado generoso, Glauco —dijo el jugador dando la copa a su esclavo—; pero tu amistad duplica el valor de este regalo.

—¡Por las Gracias! —dijo Pansa, y llenó tres veces su copa. Los otros convidados imitaron su ejemplo.

—No hemos nombrado rey del banquete —reparó Salustio.

—Echemos los dados para ver quién sale —propuso Clodio, haciendo resonar el cubilete.

—No —dijo Glauco—; nada de dictador, nada de rey entre nosotros (*non rex convivii*^[24]). ¿No han jurado los romanos no obedecer jamás a un rey? ¿Seríamos menos libres que vuestros antepasados?, ¡hola, músicos! cantadnos el himno que compuse yo la otra noche. Tiene una estrofa sobre ese asunto. Le he titulado *Himno báquico de las Horas*.

Preludiaron los músicos en tono jónico, mientras los coristas más jóvenes cantaban en griego las siguientes palabras:

HIMNO NOCTURNO DE LAS HORAS

I

*Largo tiempo corrimos
por las sendas del día,
de un día tardo y lento de verano;
mas antes que a los pórticos oscuros
lleguemos ¡ay! de la región sombría,
donde habita la Noche sin ruido,
entonad de placer cánticos puros,
como aquellos que un tiempo al aire dio
de Creta la princesa, protegida
del crepúsculo incierto,
cuando el dios Baco viéndola afligida,
a consolaba por la vez primera.*

* * *

*Sus ojos entornados
no miraron el cielo
que mudos, fijos, contemplaban antes:
trepando con murmullos amorosos
llegaban a sus plantas con recelo
del Egeo los mares amansados.
Fue el tálamo, tomillos olorosos
y por entre los pámpanos y ramas,
que una mirada penetrar furtiva
dejaban en su espacio,
sonreían los faunos, con lasciva risa,
y ardiendo en lujuriosas llamas.*

II

*Hénos aquí rendidas
de la veloz carrera
que todo el día, sin cesar, llevamos:
ahora el viaje despacio seguiremos,
lentas pasando la nocturna esfera.
Remojad nuestras alas abatidas
en líquido purpúreo; que miremos
a las copas saltar, desde la fuente
de la luz; ¡de la luz! que en el momento
de aparecer la noche,
de abandonar el Sol el firmamento,
otro sol en la copa esté presente.
El sol de Julio del racimo nace,
o más bien nace el río
donde su imagen reflejar le place
dejando en él la fuerza del Estío.*

III

*Por Júpiter, por Cupido
y por Baco brindemos;
y tres sorbos bebed por las tres Gracias;*

*mas ya que del placer en la corona
hojas y flores y labor ponemos
ofrecednos también sorbo cumplido.
Ved que no somos en huir reacias
y justamente de seguir blasona
nuestro culto inmortal, el que más huelga,
el que a nosotras todo se dedica,
y a Baco más se aplica
y más guirnalda en sus sienes cuelga.*

IV

*Sujetad nuestras alas,
no sigamos corriendo:
bañadnos en las copas brilladoras,
y pronto nos veréis sobrenadando
con hermosura nueva y nuevas galas,
la flor en vuestra sien reverdecendo.
Redobla nuestro ardor, las seductoras
ninfas del oriental no, llevando
el joven Hylas^[25] a su gruta hermosa
hicieron cual nosotras; que entre abrazos
nos llevamos al dios en nuestro vuelo.
Adelante, adelante,
en medio de algazara estrepitosa
de la Noche al umbral llevadle en brazos,
adelante, adelante,
ya no te escapas, Psilas, no hay recelo.*

Grandes aplausos dieron los convidados; cuando el poeta es nuestro anfitrión, siempre nos parecen buenos sus versos.

—Eso es verdaderamente griego, Lepido; no se imita en latín la osadía, el vigor, la expresión de esta lengua.

—Es preciso confesar —dijo Clodio con intención irónica, que trataba a veces de ocultar—, que hay buena diferencia entre esto y la antigua y tímida sencillez de la oda de Horacio, que hemos oído antes. La melodía jónica es encantadora... Esta palabra me recuerda un brindis que quiero echar... Amigos míos, brindo por la bella Ione.

—Ione... este nombre es griego —dijo Glauco en voz baja—; os acompaño con mucho gusto, pero ¿quién es esa Ione?

—¡Ah! acabas de llegar a Pompeya; si no, merecería el ostracismo tu ignorancia —dijo Lepido, dándose tono—; cuando no se conoce a Ione no se conoce el mayor atractivo de nuestra ciudad.

—Es la más rara belleza —observó Pansa— y ¡qué voz!

—No come más que lenguas de ruseñores —dijo Clodio.

—¡Lenguas de ruseñores! ¡Qué buen pensamiento! —repuso la Sombra suspirando.

—Contadme, contadme os suplico —prosiguió Glauco.

—Pues sabe... —dijo Lepido.

—Dejadme hablar —interrumpió Clodio— que arrastráis vuestras palabras como si vuestros discursos fuesen tortugas.

—Los tuyos son piedras —murmuró en voz baja el fatuo dejándose caer en su lecho.

—Pues sabe, mi querido Glauco continuó Clodio—, que Ione es una extranjera que ha llegado a Pompeya hace poco. Canta como Safo y, como ella, compone sus cantos; en cuanto a la flauta, la cítara y la lira las toca con tal maestría, que no sé en cuál de estos instrumentos aventaja más a las musas. Su belleza es deslumbradora, su casa elegantísima, su gusto inimitable. ¡Qué alhajas, que bronces! Es rica y tan generosa como rica.

—Bien cuidan sus amantes de que no se muera de hambre; el dinero que se gana con facilidad, con facilidad se gasta.

—Sus amantes: ahí está el enigma. Ione no tiene más defecto que uno... es casta; ve a sus pies a toda Pompeya y no tiene amor. Ni aun quiere casarse.

—¡No tiene amantes! —repitió Glauco.

—No; tiene el alma de Vesta con el ceñidor de Venus.

—¡Qué expresiones tan escogidas! dijo la Sombra.

—¡Qué maravilla! —exclamó Glauco. ¿No podríamos verla?

—Yo te llevaré esta noche respondió Clodio—. Por ahora... —añadió, haciendo sonar otra vez los dados...

—Estoy a tus órdenes, —contestó el complaciente Glauco—; Pansa, volved la cabeza.

Lepido y Salustio jugaron a pares o nones. La Sombra miraba el juego; Glauco y Clodio se engolfaron pronto, en el azar de los dados.

—¡Vive Júpiter! —exclamó Glauco—; esta es la segunda vez que echo los *perrillos* (los puntos más bajos).

—¡Ahora, Venus me proteja! —dijo Clodio dando repetidas vueltas al cubilete... —. ¡Oh, alma Venus...! es la misma Venus —añadió sacando el punto más alto, que se llama como la diosa, que por lo regular favorece, en efecto, al que gana el dinero.

—Venus es ingrata para mí —añadió alegremente Glauco—, a pesar de que toda mi vida he sacrificado en sus altares.

—El que juega contra Clodio —dijo Lepido en voz baja—, como el Curculio de

Plauto, pronto tendrá que poner al juego su palio^[26].

—¡Pobre Glauco! tan ciego está como la misma fortuna —dijo Salustio en el propio tono.

¡No quiero jugar más! —exclamó Glauco—; he perdido treinta sextercios^[27].

—Lo siento —dijo Clodio.

—¡Qué hombre tan amable! —dijo la Sombra.

—No lo sientas —contestó Glauco—; el placer de tu ganancia equilibra tu disgusto por mi pérdida.

Entonces se hizo la conversación general y animada; circuló el vino más libremente y Ione fue otra vez objeto de los elogios de los convidados de Glauco.

—En vez de velar aquí más que las estrellas, vamos a visitar a la que hace palidecer a todas con su hermosura dijo Lepido.

Clodio, que no veía probabilidad de reanimar el juego, apoyó la proposición, y aunque Glauco, por política, instaba a que no se levantasen de la mesa, no pudo ocultar que habían excitado su curiosidad las alabanzas de Ione. Todos, pues, excepto Pansa y la Sombra, resolvieron ir a casa de la hermosa griega. Bebieron a la salud de Glauco y de Tito; hicieron las últimas libaciones, se calzaron y bajaron la escalera, atravesando el atrio alumbrado, sin que les mordiese el feroz perro pintado en el umbral; desde allí, con la luna que acababa de salir, llegaron a las calles de Pompeya, llenas todavía de gente.

Pasaron por los barrios de los plateros, con tantas luces que reflejaban las joyas ostentadas en las tiendas, y llegaron por último a la puerta de Ione. El vestíbulo estaba iluminado por largas series de lámparas; colgaduras de púrpura bordadas servían de mamparas en las dos entradas del *tablinum*, cuyas paredes y pavimento de mosaico brillaban con los ricos colores del artista, y bajo el pórtico que circuía el embalsamado jardín hallaron a Ione rodeada ya de una multitud que la adoraba y la aplaudía.

—¿No habéis dicho que era ateniense? —preguntó Glauco en voz baja, antes de entrar en el peristilo.

—No; es de Neápolis.

—¡De Neápolis! —repitió—. Y en el momento, habiéndose entreabierto el grupo, reconoció de repente aquella brillante hermosura, aquella ninfa que estaba, hacía meses, en su memoria.

Capítulo IV

El templo de Isis.

Su sacerdote.

Desenvuélvese el carácter de Arbaces.

Nuestra historia nos lleva otra vez al egipcio, a quien hemos dejado en la ribera del mar, al sol del medio día, acabándose de separar de Glauco y de su amigo. Al acercarse a la parte más concurrida de la bahía se detuvo y contempló aquella escena de vida, con los brazos cruzados y con amarga sonrisa en sus sombrías facciones.

—¡Qué necios, qué incautos, qué miserables son!, —dijo para sí— ora os dediquéis a negocios o a placeres, al comercio o a la religión, siempre sois juguete de las pasiones que deberíais refrenar. ¡Cuánto os despreciaría yo si no os aborreciera; pero os aborrezco! Griegos o romanos, de nosotros, de la ciencia oculta en Egipto, es donde habéis sacado el fuego a que debéis vuestras almas, vuestra ciencia, vuestra poesía, vuestras leyes, vuestras artes, vuestro bárbaro modo de hacer la guerra; y ¡cuánto ha perdido y degenerado todo eso en vuestras manos! ¡Nos habéis robado lo que sabéis, como hurta un esclavo las sobras de un banquete! ¡Y vosotros, copistas de copistas, romanos, rebaño de aventureros descendientes de una horda de forajidos, *vosotros* sois ahora nuestros señores!... Las pirámides no ven ya la raza de Ramasés; el Águila reina sobre la serpiente del Nilo. Pero ¿qué digo?, ¡*nuestros* señores! No, no sois, al menos *los míos*. Con la superioridad de mi ciencia os domino y os ato, aunque no veáis las cadenas. Mientras la astucia prevalezca sobre la fuerza, mientras la Religión tenga una caverna desde cuyo fondo puedan los oráculos engañar al género humano, los sabios gozarán el imperio de la tierra. De vuestros vicios sabe Arbaces destilar para sí placeres que ningún ojo vulgar profana, placeres ricos, grandes, inagotables, como no son capaces de concebir ni de soñar vuestras almas enervadas y viles presa de una sensualidad brutal. Seguid, seguid trabajando, esclavos de la ambición y de la avaricia. Lástima y risa me dan vuestra mezquina sed de fascas consulares, de questuras y de las mojigangas de un poder servil. Mi dominación se extiende adondequiera que los hombres creen; yo huella con mi planta almas cubiertas de púrpura. Tebas puede caer y quedar solo el nombre de Egipto; pero el mundo entero dará súbditos a Arbaces.

Al hablar así, marchaba con lentitud. Cuando volvió a la ciudad paso por medio de la muchedumbre reunida en el foro, levantando sobre ella su orgullosa cabeza, y se dirigió al pequeño pero gracioso templo de Isis.

Acababa de construirse a la sazón; el antiguo se había hundido con el terremoto que ocurrió diez y seis años antes, y el nuevo pronto adquirió entre los inconstantes pompeyanos la misma boga que tienen entre nosotros una iglesia y un predicador

nuevos. Los oráculos que pronunciaba la diosa, en Pompeya, no eran menos célebres por el lenguaje misterioso en que iban envueltos que por el crédito que se daba a sus órdenes y a sus profecías. Si no eran dictados por una divinidad, al menos los redactaba un profundo conocimiento de los hombres; se aplicaban siempre, con la mayor exactitud, a la posición de cada individuo, y desde este punto de vista, hacían notable contraste con las vagas generalidades de los templos rivales.

Cuando llegó a la verja que separa la parte profana del sagrado recinto, una porción de personas de diversas clases, y sobre todo de mercaderes, que apenas respiraban, se juntaron respetuosamente en torno de los muchos altares del patio. Había varias estatuas en nichos abiertos en las paredes de la *cella*^[28], en lo alto de los siete escalones de mármol de Paria se veían varias estatuas ornadas con ramas de granado consagradas a Isis. El edificio interior estaba ocupado por un pedestal oblongo, con dos estatuas, una de Isis y otra del místico y silencioso Horus. Pero otras varias divinidades se habían reunido allí para formar, al parecer, la corte de la deidad egipcia, tales como su pariente Baco, el Dios de los cien nombres, la Venus de Chipre, en su versión griega, saliendo del baño, Anubis con la cabeza de perro, el buey Apis y una caterva de ídolos egipcios de forma grotesca y de desconocidos nombres.

Pero haríamos mal en suponer que en las grandes ciudades de la Grecia fuese adorada Isis con las formas y ceremonias a que tema derecho de aspirar; las naciones híbridas y modernas del Mediodía, con una mezcla de orgullo y de ignorancia, confundían los cultos de todos los climas y de todos los siglos. Los profundos misterios del Nilo se desfiguraban con mil novedades bastardas y frívolas sacadas de las creencias de Cephiso y Tibur. El templo de Isis en Pompeya era servido por sacerdotes romanos y griegos, igualmente ignorantes del lenguaje y costumbres de los antiguos adoradores de aquella diosa; y el descendiente de los terribles reyes de Egipto, bajo la apariencia de la más profunda veneración, se reía en secreto de las mezquinas farsas con que se trataba de imitar el culto típico de aquellos climas abrasados.

La turba de sacrificadores vestidos de túnicas blancas estaban puestos en dos filas a uno y otro lado de las gradas, mientras que en lo alto había dos sacerdotes inferiores, uno de los cuales tenía en la mano una palma y el otro una flexible espiga de trigo. El estrecho paso que conducía al altar estaba obstruido por la multitud, atraída por la devoción o la curiosidad.

—¿Y qué motivo os trae en este momento ante los altares de la venerable Isis? —preguntó Arbaces en voz baja a un mercader que comerciaba con Alejandría, ciudad cuyas relaciones mercantiles había contribuido primitivamente a introducir en Pompeya el culto de la divinidad egipcia—. Por las túnicas blancas del grupo parece se trata de un sacrificio, y al ver tantos sacerdotes juntos que os preparáis para un oráculo. ¿A qué pregunta va a dignarse responder?

—Somos mercaderes respondió la persona a quien se dirigía Arbaces, y que era el

mismo Diomedes, conocido ya de nuestros lectores; —tratamos de saber la suerte reservada a nuestros navíos que se harán mañana a la vela para Alejandría.

Nos disponemos a ofrecer un sacrificio y a implorar una respuesta de la diosa. Por mi traje podéis inferir que yo no soy de los que le ofrecen: mas sin embargo, estoy interesado en el buen éxito de la flota... sí, ¡por Júpiter!; tengo un comercio bastante bonito; sin él, ¿cómo había de vivir en tiempos tan calamitosos?

El egipcio replicó con gravedad, que aunque, propiamente hablando, fuese Isis la diosa de la agricultura, era también patrona del comercio. Después, volviéndose hacia Oriente, apareció absorto en una silenciosa plegaria.

En aquel instante se dejó ver en medio de las gradas un sacerdote vestido de blanco de pies a cabeza, y cuyo velo se entreabría por cima de su corona. Otros dos fueron a relevar a los que había en los dos ángulos; los últimos estaban desnudos hasta la mitad del pecho y en lo demás cubiertos de trajes blancos y flotantes. Al mismo tiempo otro sacerdote, sentado al pie de las gradas, entonó una melodía grave en un instrumento de aire; a la mitad de la altura de la gradería había un *flamen* (sacerdote) con la guirnalda votiva en una mano y la varilla blanca en otra. En fin, para completar el efecto pintoresco de aquella ceremonia oriental, la majestuosa Ibis (ave consagrada al culto egipcio) contemplaba los ritos en silencio desde lo alto de la pared o andando, a paso lento, por los últimos escalones del altar.

Delante estaba el sacrificador.

Pareció que Arbaces perdía toda su calma severa, mientras los *aruspices* (agoreros) examinaban las entrañas de las víctimas. Se le veía lleno de piadosa inquietud; se regocijaba, y su fisonomía se despejaba a medida que sabía eran favorables las señales y que las llamas principiaban a consumir las partes sagradas de las víctimas en medio de un perfume de mirra y de incienso.

De repente sucedió a los murmullos de la asamblea un profundo silencio, y habiéndose reunido los sacerdotes alrededor de la *Celia*, otro sacerdote, cuyo único vestido era un ceñidor, se adelantó, bailando con gestos extravagantes y suplicó a la Diosa que respondiera. Al fin se paró rendido, y se oyó un ligero murmullo en el cuerpo de la estatua: tres veces meneó la cabeza y entreabrió los labios: después una voz sepulcral pronunció estas misteriosas palabras:

*Luchan las olas con feroz bramido,
muerte y desolación el mar respira;
veréis el horizonte ennegrecido,
mas tendréis el descanso apetecido
puesto que el cielo por vosotros mira.*

Calló la voz, la muchedumbre respiró, y los mercaderes se miraron unos a otros.

—No puede ser más claro —murmuró Diomedes—; habrá una tempestad en el mar, como sucede con frecuencia a la entrada del otoño; pero se salvarán nuestros

navíos. ¡Oh, bienhechora Isis!

—¡Por siempre sea alabada la Diosa! —exclamaron los mercaderes—; nada hay más terminante que su profecía.

Levantando una mano para imponer silencio, porque los ritos de Isis exigían una tranquilidad casi imposible de obtener de los bulliciosos pompeyanos, derramó el gran sacerdote su libación en el altar, y después de una corta oración final concluyó la ceremonia y se marchó la multitud. El egipcio permaneció cerca de la verja, y cuando ya estuvo libre el paso, se llegó a él uno de los sacerdotes y le saludó con aire de amistosa familiaridad.

Muy repugnante era la fisonomía de tal sacerdote. Su rapada cabeza era tan chata y su frente tan pequeña, que su conformación se aproximaba muchísimo a la de un salvaje del África, excepto en las sienes, donde el órgano llamado de la *adquisibilidad*, en lenguaje de una ciencia cuyo nombre es moderno, pero cuya práctica era muy conocida de los antiguos, según vemos por sus estatuas, aquel órgano, digo, formaba dos enormes protuberancias que hacían aún más irregular la susodicha cabeza.

Alrededor de las cejas se convertía su piel en una red de arrugas profundas y cruzadas; sus ojos negros, y pequeños, se movían en órbitas de un amarillo sucio; la nariz corta, pero gruesa, tenía las ventanas abiertas como las de un sátiro, al paso que los labios gordos y pálidos, los juanetes salientes y los variados matices de su lívida tez completaban una fisonomía que era imposible contemplar sin repugnancia, y que muchas veces hasta inspiraba desconfianza y miedo. Cualesquiera que fuesen los deseos del alma, se conocía que semejante cuerpo era capaz de ponerlos todos en práctica. Los vigorosos músculos del cuello, el pecho ancho, las manos y los brazos flacos y largos, desnudos hasta más arriba del codo, indicaban una organización capaz a la vez de obrar con energía y de sufrir con entereza.

Caleno —dijo el egipcio a este amable personaje—; mucho has mejorado la voz de la estatua, siguiendo mis consejos; y tus versos son excelentes. Anuncia siempre la fortuna propicia, a menos que sea imposible el cumplimiento de semejante profecía.

—Además —añadió Caleno—, si ocurre la tempestad y naufragan los malditos navíos, ¿no lo hemos predicho ya? ¿No está el descanso en el puerto? ¿No nos dice Horacio que el marino del mar Egeo pide reposo a los dioses? Ahora bien; ¿dónde puede encontrarle mejor que en el fondo de las olas?

—Es exacto; quisiera yo que Apecides tomase ejemplo de tu sabiduría; pero necesito conferenciar contigo acerca de él y de otras cosas. ¿Puedes admitirme en una de tus habitaciones menos sagradas?

—Sí —respondió el sacerdote, conduciéndole a uno de los cuartos inmediatos.

Sentáronse a una mesa en que se habían servido frutas, huevos, muchas clases de fiambres y vasos de excelente vino. Una cortina que tapaba la entrada de la pieza, por la parte del patio, los sustraía de la vista de los curiosos; pero era lo bastante delgada para recordarles, sin cesar, que solo hablando bajo podrían reservar sus confianzas de

oídos indiscretos.

—Sabes —dijo Arbaces con voz tan débil y concentrada, que apenas agitaba el aire a su alrededor— que siempre me he llevado por máxima el adherirme a la juventud. En esta edad los ánimos flexibles y no formados todavía me ofrecen la materia que necesito para convertirlos en instrumentos míos. Los labro, los tejo, los amoldo a mi gusto. De los hombres solo hago partidarios o servidores; en cuanto a las mujeres...

—Las haces tus queridas —dijo Caleno, cuya lívida sonrisa hacía más repugnantes aún sus horribles facciones.

—Sí, no lo niego; las mujeres son el primer blanco, el gran deseo de mi alma. Así como *tú* cebas la víctima que quieres sacrificar, yo gusto de educar los seres que han de servir a mis deleites. Gusto de cultivar, de madurar sus almas, de desenvolver la dulce flor de sus ocultas pasiones, a fin de disponer el fruto para mi paladar. Aborrezco vuestras redomadas cortesanas. El verdadero encanto del amor consiste, para mí, en el progreso lento e insensible que conduce de la inocencia al deseo; así evito el hastío y contemplando la frescura de sensaciones en otros, conservo la frescura de las mías. Del joven corazón de mis víctimas es de donde saco yo los ingredientes del filtro que me rejuvenece. Pero basta ya de esto; vamos al asunto. Tú sabes que encontré en Neápolis hace algún tiempo a Ione y a Apecides; hermanos e hijos de un ateniense establecido en aquella ciudad al morir sus padres, que me conocían y estimaban, me dejaron por tutor suyo. Yo no descuidé mi encargo. El joven, dócil, cedió con facilidad a las inspiraciones que traté de infundirle. Después de las mujeres, nada me es tan grato como los recuerdos del país de mis abuelos; me complazco en conservar y extender sus dogmas sombríos y místicos por las lejanas riberas que quizá pueblan aún sus colonias. No sé si al placer de servir a los dioses se junta el de engañar a los hombres. Enseñé, pues, a Apecides la solemne religión de Isis; le descubrí algunas de las sublimes alegorías que encierra su culto; excité en su alma, muy propensa al fervor religioso, aquel entusiasmo que nace de la fe y de la imaginación. Le coloqué entre vosotros, y ya es vuestro.

—Cierto —dijo Caleno—; pero al estimular su fe le has despojado de la prudencia, y ahora se horroriza a la idea de no ser ya inocente. Nuestros piadosos engaños, nuestras estatuas que hablan y nuestras escaleras ocultas le espantan y le repugnan; gime, se consume, habla sin cesar consigo mismo, y esquivo tomar parte en nuestras ceremonias. Se sabe que está en relaciones con hombres sospechosos de pertenecer a la secta nueva y atea, que reniega de todos nuestros dioses, y pretende que los oráculos son inspiración de aquel espíritu maléfico de que hablan las tradiciones orientales. ¡Oh, los oráculos! Nosotros sabemos mejor que nadie de quién son sus inspiraciones.

—Eso es lo que yo temía —dijo Arbaces con aire pensativo—; así lo he creído por algunas reconvenciones que me dirigió la última vez que le vi. Huye de mí hace algún tiempo; pero es preciso que le encuentre, que continúe mis lecciones y que le

introduzca en el santuario de la sabiduría. Es preciso que le enseñe que hay dos grados de santidad: el primero, la *fe*; el segundo, el *engaño*; el primero para el vulgo, el segundo para el sabio.

—Nunca he pasado por el primero —dijo Caleno—, y creo que tú tampoco, Arbaces.

—Te engañas —repuso gravemente el egipcio—; hoy mismo creo, no en la verdad de lo que enseñé, sino en lo que no enseñé. Hay en la naturaleza algo de santo que ni quiero ni puedo resistir. Creo en mi propia ciencia, que me ha revelado... Pero no importa... Por ahora tenemos que ocuparnos de objetos más terrenos y seductores. Te he dicho que había conseguido mi fin respecto a Apecides; pero ¿cuáles eran mis proyectos acerca de Ione? Tú sabes que la destino a ser mi reina, mi esposa, la Isis de mi corazón. Antes de conocerla, nunca supe todo el amor que cabía en mi naturaleza.

—A mil personas he oído decir que es una nueva Elena —dijo Caleno imitando con los labios el ruido de un catador que saborea un buen vino, ora porque expresara así su pensamiento acerca de Ione, ora porque no pensase sino en las últimas libaciones.

Si; su hermosura iguala a lo más perfecto que produjo nunca la Grecia —prosiguió Arbaces—. Aún hay más. Su alma es digna de unirse a la mía; su talento excede al de una mujer. Es vivo, fascinador, osado. La poesía nace espontáneamente en sus labios; enuncias una verdad, y por complicada, por profunda que sea, su espíritu la penetra y comprende en todo su alcance. Jamás se contradicen su juicio y su imaginación; antes bien, se unen para dirigirla, como las olas y los vientos para dirigir un navío agrega a esto una absoluta independencia de pensamiento; no tiene necesidad de apoyo alguno en el mundo, y llegado el caso es tan valerosa como apacible. Este es el carácter que toda mi vida busque en una mujer y no he encontrado hasta ahora. Fuerza es que Ione sea mía; la pasión que me inspira es doble; quiero poseer la belleza de su alma y la de su cuerpo.

—¿Conque todavía no es tuya? —dijo el sacerdote.

—No; me ama, pero como a un amigo; me ama solo con la cabeza. Cree hallar en mi esas virtudes subalternas que tengo la virtud más sublime de desdeñar. Déjame continuar su historia. El hermano y la hermana eran jóvenes y ricos. Ione es altiva y ambiciosa. Altiva por su genio, por la magia de su poesía, por el encanto de su conversación. Cuando su hermano me dejó para entrar en nuestro templo, también ella vino a Pompeya, por estar más cerca de él. Ha desplegado sus atractivos; la multitud corre a las fiestas que da; su voz encanta a los convidados y su poesía los subyuga. Se complace en pasar por una segunda Erina.

—¡O bien por una Safo!

—¡Una Safo sin amor! Yo he alentado en ella esa existencia llena de osadía. La he dejado entregarse a la vanidad y al placer; la he visto con satisfacción abandonarse a la disipación y al gusto por el lujo de esta corrompida ciudad. Porque has de saber, Caleno, que yo deseaba enervar su alma, pues ha sido hasta ahora demasiado pura

para acoger el aliento que ha de quebrar el cristal de su superficie. Quería yo verla rodeada de amantes vanos, frívolos a quienes su naturaleza debe despreciar forzosamente, a fin de hacerla sentir la necesidad de amar. Yo calculaba que en esos dulces intervalos de hastío y cansancio que suceden a la excitación, podría tender mis redes, despertar su interés, atraer sus pasiones, apoderarme de su corazón; porque la juventud, la belleza, la elegancia, no son lo único que puede fascinar a Ione; hay que conquistar su imaginación, y mi vida no ha sido otra cosa que una serie de triunfos sobre imaginaciones de su temple.

—¿Y no temes a tus rivales? Mira que los galanes de Italia están muy duchos en el arte de agradar.

—No; su alma griega desprecia a los bárbaros romanos, y se despreciaría a sí misma si pudiese amar a los hombres de una raza venida ayer a la tierra.

—Pero tú eres egipcio, tú no eres griego.

—Egipto —repuso Arbaces—, es la madre de Atenas; su Minerva tutelar es nuestra diosa, y su fundador, Cecrops,^[29] era un emigrado de la Sais Egipcia. Esto ya se lo he enseñado a Ione, y en mi sangre ella venera ya a las más antiguas dinastías de la tierra. Sin embargo, convendré en que, de poco tiempo a esta parte, me inquietan ciertas sospechas. Está más taciturna que antes, gusta de la música triste y lánguida, suspira sin causa conocida; todo lo cual puede ser, o anuncio de un amor naciente o de la necesidad de amar. En cualquiera de estos casos, es tiempo para mí de empezar a obrar sobre su fantasía y su corazón; lo primero para atraer a mí el manantial de su amor, y lo segundo para hacerle brotar. Justamente para eso he venido a buscarte.

—Y ¿en qué te puedo ayudar?

—Tengo que convidarla a una función que quiero dar en casa. Pretendo alucinar, sorprender, e inflamar sus sentidos. Sera necesario emplear nuestras artes, esas artes con que el Egipto amestraba sus novicios, y bajo el velo de los misterios de la Religión, quiero descubrirla los secretos del amor.

—¡Ah! ya lo entiendo... Será uno de aquellos voluptuosos banquetes a que nosotros los sacerdotes de Isis hemos concurrido ya en tu palacio, a pesar de nuestros tristes votos de fría mortificación.

—¡No, no! ¿Crees tú que sus castas miradas pueden presenciar ya semejantes escenas? No... pero hay que principiar por seducir al hermano; esta empresa será más fácil. Oye las instrucciones que voy a darte.

Capítulo V

Otra vez la ramilletera.
Progreso del amor.

Los rayos del sol alumbraban alegremente la hermosa pieza de la casa de Glauco, conocida hoy, como ya hemos dicho, con el nombre de sala de *Leda*. Penetraba la aurora por una serie de ventanillas que había en la parte más alta de la pieza y por la puerta que daba al jardín, que para los habitantes de los pueblos del Mediodía, corresponde al que es, entre nosotros, el invernáculo. La poca extensión de aquel jardín no permitía pasearse por él; pero las muchas plantas odoríferas de que estaba lleno añadían una sensación de deleite a aquella indolencia, tan grata a los habitantes de los climas cálidos. Los perfumes, llevados por una ligera brisa que se levantaba en el vecino mar, se esparcían por aquel cuarto, cuyas paredes rivalizaban en la viveza de su colorido con las más ricas tintas de las flores. Prescindiendo del cuadro de Leda y de Tíndaro, obra maestra, inimitable, cada trecho de pared ofrecía otro nuevo cuadro de más rara belleza. En uno se veía a Cupido reclinado en las rodillas de Venus; en otro, a Adriana dormida en la ribera, sin sospechar la perfidia de Teseo. Pero si los rayos del sol sembraban alegres reflejos sobre el mosaicos del pavimento y sobre los brillantes artesones, los rayos de la felicidad esparcían una alegría más viva en el corazón del joven Glauco.

—¡La he vuelto a ver!... —decía paseándose en aquella estrecha sala—; ¡he oído su voz; la he hablado otra vez; he escuchado sus dulcísimos cantos, y esos cantos celebraban la gloria de la Grecia! He descubierto el objeto con que soñaba hace tanto tiempo, y semejante al escultor de Chipre, he animado con mi aliento la hechura de mi imaginación.

Aún puede que durara el amoroso monólogo de Glauco si en aquel momento no hubiese oscurecido una sombra el dintel de su puerta. Una joven que apenas salía de la infancia vino a interrumpir su soledad. Iba vestida de una simple túnica blanca que le caía desde el cuello hasta los pies; llevaba al brazo una cesta de flores y en la otra mano un jarro de bronce. Sus facciones estaban más formadas de lo que parecía regular en su edad, y no carecían de dulzura y de delicadeza; sin ser precisamente hermosas por sí, casi llegaban a serlo por la expresión. Su aspecto tenía una calma, una paciencia, en cierto modo inefable; un aire de triste resignación, de humildad tranquila, había desterrado de sus labios la sonrisa, pero no la dulzura; una especie de timidez y de prudencia en su paso, una vaga incertidumbre en sus ojos, hacían sospechar la enfermedad que padecía desde su nacimiento; era ciega. No obstante, sus pupilas no presentaban defecto alguno visible, su luz era triste y débil, pero limpia y sin nubes.

—Me han dicho que estaba aquí Glauco, ¿puedo entrar?

—¡Ah! Nydia mía —dijo el griego—; ¿eres tú? Bien sabía yo que no te olvidarías de mi encargo.

—Glauco me ha hecho justicia —respondió avergonzándose—, porque siempre ha sido muy bueno para la pobre ciega.

—¿Y quién no lo había de ser? —repuso Glauco con el tono de un hermano tierno y compasivo.

Suspiró Nydia, guardó silencio un momento y continuó luego sin responder a su observación:

—¿Hace mucho que habéis vuelto?

—Hoy es el sexto sol que me alumbra en Pompeya.

—¿Y estáis bueno?... ¡Ah! No necesito preguntároslo. ¿Puede estar malo quién ve esa tierra que me dicen es tan hermosa?

—Yo estoy bueno... ¿Y tú, Nydia? ¡Pero cuánto has crecido! El año que viene ya tienes que ir pensando lo que hemos de responder a tus novios.

Sonrojóse la niña de nuevo; mas aquella vez frunció también las cejas.

—Os he traído algunas flores —dijo sin dignarse responderá una proposición que parecía haberla resentido y después de ir tentando para encontrar una mesa que estaba cerca de Glauco dejó allí su *cestus*^[30], añadiendo—: No valen nada, pero las acabo de coger.

—La misma Flora no me presentaría otras que me gustasen tanto —dijo Glauco con benevolencia— y renuevo mi promesa de no llevar otras guirnaldas mientras pueda tu mano tejérmelas semejantes a estas.

—¿Y cómo habéis encontrado las flores de vuestro jardín? ¿Están bien cuidadas?

—Perfectamente; no parece sino que han estado velando por ellas los mismos dioses Lares.

—¡Oh, qué gusto me dais, porque he venido en vuestra ausencia, las más veces que me ha sido posible, para regarlas y cuidarlas!

—¿Cómo te probaré yo mi gratitud, hermosa Nydia? —dijo el griego—. Muy lejos estaba de pensar que había dejado en Pompeya quien cuidase con tanto interés mis flores queridas.

Tembló la mano de la niña y se agitó su seno, bajo la túnica. Se apartó como cortada.

—Mucho calienta hoy el Sol para las pobres flores —dijo—; sin duda advierten mi ausencia, porque he estado enferma y hace nueve días que no he venido a legarlas.

—¡Enferma, Nydia! pues tus mejillas están más rosadas que el año último.

—Estoy mala con frecuencia —dijo la joven ciega con tono penetrante—, y cuanto más crezco más voy sintiendo no ver. Pero me voy a cuidar las flores.

Al decir estas palabras, hizo un ligero saludo de cabeza y pasando al *viridario* (jardín) se puso a regar.

—¡Pobre Nydia! —dijo para sí Glauco mirándola—; ¡bien cruel es tu destino!

¡No ves la tierra, ni el sol, ni el océano, ni las estrellas... y para colmo de tu desgracia no puedes ver a Ione!...

Esta última reflexión le trajo a la memoria la noche que había pasado la víspera, cuando fue de nuevo interrumpido en sus cavilaciones por Clodio. Una conferencia bastó para encender y acrisolar hasta tal punto el amor del ateniense hacia Ione, que por una rareza digna de observarse, aunque no titubeó en confiar a su compañero los detalles de su primera entrevista con ella y el efecto que había hecho sobre él, en tal momento experimentaba una repugnancia invencible, hasta en pronunciar aquel nombre en su presencia. Había contemplado a Ione brillante, pura, sin mancha, en medio de los jóvenes más disipados y más libertinos de Pompeya, obligándoles a respetarla, solo con el encanto que esparcía en torno suyo, y hasta cambiando la índole de los hombres más sensuales y menos entusiastas, haciendo así con el prestigio de su talento, al revés de Circe, puesto que ella transformaba animales en hombres. Los que no podían comprender su alma, estaban espiritualizados en cierto modo por la magia de su belleza; los que eran de corazón negado a la poesía, tenían al menos oídos sensibles a la melodía de su voz. Al verla así rodeada, purificando y alumbrando todo con su presencia, sintió Glauco, acaso por primera vez, lo que podía dar de sí su naturaleza, y reconoció al mismo tiempo cuán poco dignas de la divinidad de sus sueños eran la sociedad que frecuentaba y las frívolas ocupaciones en que vivía. Parece que había caído un velo de delante de sus ojos; midió la inconmensurable distancia que le separaba de sus compañeros de placeres, distancia que le habían ocultado hasta entonces los engañosos vapores de aquellos mismos placeres. El sentimiento del valor que necesitaba para aspirar a Ione le elevaba a sus propios ojos. Tenía la convicción de que, en adelante, su suerte era subir y mecerse en los aires. No podía ya pronunciar junto a oídos impuros y vulgares un nombre que para su ardiente imaginación llevaba algo de sagrado y de divino. No era ya aquella hermosa joven de quien conservó un recuerdo apasionado; era la querida, era la divinidad de su alma. ¿Quién no ha experimentado esta sensación? ¡Oh, tú que no la conoces! No has amado nunca.

Así es que cuando Clodio se puso a hablar con fingidos trasportes de la hermosura de Ione, sintió Glauco cólera y disgusto de que semejante boca prohiriese sus alabanzas; respondía con frialdad, de modo que el romano creyó que, en vez de aumentarse su pasión, estaba curado de ella. No le peso, ciertamente, porque proyectaba casarle con una heredera más rica todavía; con Julia, hija del opulento Diomedes, calculando que por este medio le sería fácil llevarse el dote a los cofres de su casa. Su conversación no tuvo la franqueza ordinaria, y luego que Clodio marchó se dirigió Glauco a ver a Ione. Al atravesar el umbral de su morada, encontró de nuevo a Nydia que acababa de concluir su graciosa tarea. Le conoció al momento por los pasos.

—Temprano salís —dijo ella.

—Sí, porque el cielo de la Campania aborrece al poltrón que le desprecia.

—¡Qué no pueda yo ver el cielo! —murmuró la joven ciega, pero en voz tan baja, que Glauco no oyó sus quejas.

Detúvose la thesaliana algunos instantes en el dintel y después tomó el camino de su casa, dirigiendo sus pasos con un palo largo de que se servía con mucha destreza. Habiendo salido de lo más principal de la ciudad, entró en un barrio poco frecuentado por las personas decentes; pero su enfermedad le ahorró el ver el espectáculo del vicio y del embrutecimiento que le rodeaban. Por otra parte, en aquellas horas había tranquilidad por las calles y no percibió los ruidos que resonaban con frecuencia en el fondo de aquellas habitaciones sombrías y obscenas, por medio de las cuales vagaba triste y paciente.

Llamó a la puerta falsa de una especie de taberna; se abrió, y una voz áspera le mandó que diese cuenta de los sextercios. Antes que tuviera tiempo de responder, otra voz de acento menos grosero, dijo:

—No te cuides ahora de esas frioleras, Burbo; no se tardará en necesitar de nuevo su canto, en los festines de nuestro opulento amigo, y ya sabes tú que paga bien las lenguas de ruseñor.

—¡Oh! espero que no... confío en que no —exclamó Nydia temblando—; si es menester yo pediré limosna, desde que salga hasta que se ponga el Sol; mas no me enviéis allí.

—¿Y por qué no? —preguntó la misma voz.

—Porque... porque yo soy joven bien criada, y las mujeres que me encuentro allí no son buenas compañías para una joven soltera que... que...

—Es esclava en casa de Burbo —replicó la voz, con tono irónico y acompañando sus palabras de una risa grosera.

La thesaliana dejó las flores, y ocultándose el rostro con las manos, principió a llorar en silencio.

Entretanto Glauco se encaminaba a casa de la hermosa napolitana, a quien encontró sentada en medio de sus mujeres que trabajaban a su alrededor. Tenía a su lado el arpa, porque estaba aquel día más ociosa y acaso más pensativa que de costumbre. Le pareció aún mayor su hermosura a la luz del día, y en su simple traje de mañana, que la víspera por la noche, al resplandor de cien lámparas y cubierta de preciosísimas joyas, no halló debilitada su belleza por cierta palidez esparcida en su cutis trasparente, ni por el rubor de que se cubrió al acercarse a él. Aunque avezado a galantear, expiró en sus labios el galanteo al dirigirse a Ione; *conoció* que sería rebajarla el *expresar* por medio de palabras el homenaje que la *rendía en cada una* de sus *miradas*. Hablaron de la Grecia; era asunto sobre el cual le gustaba más a ella oír que hablar, y sobre el cual también era inagotable la elocuencia del griego. La describió los argentados bosques que cubrían aún las riberas del Hisso, y los templos despojados ya de la mitad de sus riquezas, pero hermosos siempre hasta en su decadencia. Echó sobre la triste ciudad de Harmodio el Libre y de Pericles el Magnífico, una mirada llena de entusiasmo y de pesar; y en las tintas más sombrías,

una luz aérea se armonizaba con la óptica de su memoria. Había visitado el país de la poesía en la poética edad de la juventud; y los pensamientos de patriotismo se fundaban para él en los recuerdos de la primavera de la vida. Ione le escuchaba absorta y muda; aquellos acentos, aquellas descripciones la encantaban más que todas las lisonjas que le prodigaban sus numerosos adoradores. ¿Era un crimen amar a su compatriota? Atenas era lo que amaba en él; los dioses de su raza, el país de sus sueños le hablaban por su boca. Desde entonces se vieron todos los días. Con el fresco de la noche iban a pasearse por la ribera del apacible mar; después volvía a encontrarse en los pórticos y en las salas de Ione. Su amor había sido muy espontáneo, mas era muy ardiente; llenaba para ellos todas las fuentes de la vida: el corazón, la cabeza, los sentidos, la imaginación, todo conspiraba a exaltarle. Si quitamos el obstáculo que separa a dos objetos dotados de una atracción mutua se juntan inmediatamente. Lo mismo sucedió con ellos, y si de algo se admiraban era de haber podido vivir tanto tiempo separados el uno del otro. Por otra parte era natural que se amasen; ambos jóvenes, hermosos, con talento, de igual condición y con la misma alma, hasta su unión rebosaba poesía. Estaban persuadidos de que el cielo sonreía a su cariño. Así como los seres perseguidos buscan un refugio al pie de los altares, así también el altar de su amor les parecía asilo seguro contra las penas de su vida; le cubrían de flores sin recelar que debajo se ocultaran serpientes.

Una noche, la quinta después de su reunión en Pompeya, regresaban con unos cuantos amigos escogidos, de un paseo por la bahía; hendía su barca ligeramente las aguas cuyo brillante espejo quebraban solo los mojados remos. Mientras los demás se engolfaban en una viva conversación, Glauco, echado a los pies de Ione, no se atrevía a levantar los ojos para mirarla. Rompió aquella la primera el silencio:

—¡Ay! —dijo suspirando—, ¡qué feliz sería mi pobre hermano si se hallara aquí en este momento!

—¡Tu hermano! —dijo Glauco—. No le he visto. Ocupado todo de ti no he pensado en otra cosa; si no, te hubiera preguntado si era tu hermano aquel joven por quien me dejaste, al salir del templo de Minerva en Neápolis.

—Él era.

—¿Está aquí?

—Sí.

—¡Y vive en Pompeya y no está siempre contigo! ¡Imposible!

—Tiene otros deberes —respondió tristemente Ione—; es sacerdote de Isis.

—¡Tan joven y en una orden tan rígida! —dijo el generoso griego con tono a la vez de sorpresa y de lástima—; ¿qué es lo que ha podido hacerle tomar tal resolución?

—Siempre fue él entusiasta y fervoroso en su devoción; y la elocuencia de un egipcio, tutor y amigo nuestro, despertó en su alma el piadoso deseo de consagrar su vida a la divinidad más mística de nuestro país. Quizá en el ardor de su celo, precisamente el rigor de esa orden ha sido para él el aliciente más poderoso.

—¿Y no le pesa de su elección?... Supongo que es feliz.

Ione suspiró profundamente y se dejó caer el velo sobre los ojos.

—Quisiera —dijo ella después de una pausa— que no se hubiese precipitado tanto. Acaso se deja llevar del desaliento con sobrada facilidad, como todos aquellos que han esperado vivamente.

—¡Conque no es feliz en su nuevo estado! Y ese egipcio ¿es también sacerdote? ¿Tenía interés en reclutar gente para el sacro colegio?

—No; su principal objeto es nuestra felicidad; creía asegurar la de mi hermano. Somos huérfanos.

—Como yo —dijo Glauco con acento de pesar profundo.

Ione bajó los ojos, continuando:

—Arbaces ha querido reemplazar a nuestro padre; debes conocerle; gusta de los talentos.

—¡Arbaces! Le conozco, en efecto; al menos nos hablamos cuando nos vemos. A no ser por el elogio que me haces de él, no quisiera conocerle más. Mi corazón se inclina naturalmente a favor de mis semejantes; pero ese misterioso egipcio de sombría frente y de sonrisa helada me parece capaz de entristecer al mismo Sol. Cualquiera diría que ha pasado cuarenta años en una caverna, como Epiménides de Creta, y que desde entonces no ha podido acostumbrarse a la luz del día.

—Con todo —respondió Ione— es bueno, sabio, benévolo como Epiménides.

—¡Qué feliz es en ser elogiado por ti! No necesita más virtudes para que yo le quiera.

—Su calma y su frialdad —dijo Ione continuando su discurso sin responder directamente— acaso no son más que resultado natural de antiguos padecimientos; lo mismo que el volcán que distinguimos desde aquí sombrío y tranquilo ahora, ocultaba, hace poco, fuegos apagados ya para siempre.

Al acabar estas palabras se dirigieron sus miradas al Vesubio simultáneamente; el resto del cielo estaba cubierto de tintas suaves y rosadas, pero sobre aquella cenizosa cumbre que se levanta en medio de leña y viñedos, que crecían hasta la semialtura de la montaña, había suspendida una nube negra y siniestra, único rasgo melancólico de aquel paisaje. Súbita e inexplicable tristeza se apoderó de ambos, y por efecto de aquella simpatía que les había enseñado ya el amor y que a la más ligera emoción, al menor presentimiento de desgracia les decía que eran uno para otro el refugio más seguro, se distrajeran sus ojos de la montaña y se encontraron con una expresión de ternura indecible. ¿Qué necesidad tenían de palabras para decirse que se amaban?

Capítulo VI

Vuelve el cazador a coger en sus redes el pájaro que acababa de escapársele, y tiende un lazo a otra víctima.

En la historia que cuento se agolpan los sucesos y marchan rápidamente como los del drama. Describo una época en que bastaban días para madurar frutos de un año.

Hacía tiempo que Arbaces iba poco a la casa de Ione, y cuando por casualidad fue a verla no había encontrado allí a Glauco; de modo que ignoraba el amor que tan de repente se había declarado y venido a atravesarse en sus designios. El afán de observar al hermano de Ione le obligó a suspender momentáneamente sus proyectos acerca de ella. Su orgullo y su egoísmo se habían alarmado con el súbito cambio que notara en el espíritu de aquel joven; podía perderse un dócil alumno de Isis y un adicto lleno de entusiasmo. Apecides había cesado de buscarle para sus consultas; apenas se le encontraba; y a veces hasta huía luego que divisaba a Arbaces. Era este uno de esos genios altaneros y dominantes hechos a avasallar a los demás; se irritó a la idea de que se escapase de sus lazos un hombre que ya le había pertenecido, y juró para sí que no se quedaría sin él.

Firme en esta resolución atravesaba un bosquecillo espeso, situado en lo interior de la ciudad entre su casa y la de Ione, adonde se dirigía. Allí, sin pensar, encontró al joven sacerdote de Isis apoyado en un árbol y con los ojos fijos en la tierra.

—Apecides —dijo poniéndole afectuosamente la mano en el hombro.

Sobresaltóse el sacerdote, y su primer impulso fue huir.

—Hijo mío —dijo el egipcio—, ¿qué ha pasado para que desees evitar mi presencia?

Guardo Apecides profundo silencio; sus ojos continuaron fijos en el suelo, temblaron sus labios y una emoción agitó su pecho.

—Háblame, amigo mío —prosiguió el egipcio—; habla. Tu alma está oprimida; ¿qué tienes que revelarme?

—A vos... nada.

—¿Y por qué muestras tan poca confianza en mí?...

—Porque sois mi enemigo.

—Discutamos —dijo Arbaces a media voz—. Y atrayendo a su brazo el del sacerdote, que cedía con repugnancia, le condujo a uno de los bancos del bosquecillo. Se sentaron y sus sombrías figuras cuadraban bien a lo triste y solitario del lugar.

Se hallaba Apecides en la primavera de su edad, y sin embargo parecía aún más gastado que el egipcio por los trabajos de la vida. Sus facciones delicadas y regulares estaban marchitas y descoloridas; sus hundidos ojos relucían con una luz enfermiza; su talle se doblaba antes de tiempo, y en sus manos, pequeñas como las de una mujer,

se veían venas azules hinchadas, indicios del cansancio, de la debilidad y del descaecimiento de sus fibras. Su cara se parecía notablemente a la de Ione; mas su expresión era muy distinta de aquella calma majestuosa y espiritual que tan perfecto y tan divino reposo producía en la hermosura de su hermana. En ella el entusiasmo era visible, pero siempre contenido; esto era lo que hacía el encanto y el sentimiento de su fisonomía, que invitaba a despertar un fuego latente, no muerto. En Apecides, por el contrario, todo indicaba, a primera vista, el fervor y la pasión de su temple, al paso que se creía que el elemento intelectual de su ser estaba tiranizado por el elemento ideal, al ver las llamas que saltaban de sus ojos, al observar lo ancho de sus sienes, comparado con la altura de sus cejas, al advertir el convulsivo estremecimiento de sus labios. En la hermana, la imaginación se había parado en la poesía; en el hermano, menos feliz, porque era más libre, se había extraviado en visiones más largas e impalpables; de suerte que las mismas facultades que fueron para la una fuente de inteligencia amenazaban privar al otro de su razón.

—Dices que soy enemigo tuyo —respondió Arbaces— sé la causa de tan injusta acusación. Te he colocado entre los sacerdotes de Isis; te han indignado sus picardías e imposturas; la pureza de tu alma se ha ofendido, y crees que yo también he querido engañarte.

—Vos sabíais las truhanerías de esa profesión sacrílega —respondió Apecides—; ¿por qué habéis hecho misterio de eso? Cuando excitasteis en mí el deseo de que me consagrara al oficio cuyo traje llevo, me hablabais de la santa vida de esos hombres que se dedican a la ciencia, y me habéis dado por compañeros un rebaño ignorante y sensual, que no entiende sino de los fraudes más groseros; me hablabais de hombres que sacrificaban los placeres mundanos al sublime culto de la virtud, y me habéis puesto entre una canalla manchada con los vicios más feos; hablabais de amigos del género humano, de antorchas para ilustrarle, y no veo más que pérfidos que le engañan. ¡Oh!, ¡infame ha sido vuestra conducta! Me habéis quitado la gloria de mi juventud, la conciencia del bien, la santificadora sed de la sabiduría. Yo era joven, rico, entusiasta; todos los placeres de la tierra estaban a mi disposición; a todo renuncié sin pensar, ¿qué digo?, me consideraba feliz en renunciarlos para poder penetrar los abstractos misterios de la sabiduría divina, para gozar de la sociedad de los dioses, para obtener las revelaciones del cielo... Y ahora... ahora.

Sollozos convulsivos ahogaron su voz; se tapó la cara con las manos, y por entre sus enflaquecidos dedos gruesas lágrimas se desprendieron sobre su traje.

—¡Te daré lo que te he prometido, amigo, discípulo mío! Lo que has pasado hasta ahora son pruebas para tu virtud; y tu noviciado te ha hecho brillar con nuevo esplendor. No pienses más en esas horribles y engañosas criaturas; no vuelvas a tratar con los sirvientes de la diosa ni con los *atrienses*^[31] de su vestíbulo. Tú eres ya digno de entrar en el sagrado recinto. En adelante yo seré quien te sirva de sacerdote, de guía; y tú, que ahora maldices mi amistad, vivirás para bendecirla.

Levantó el joven la cabeza y fijó sobre el egipcio sus ojos vagos y sorprendidos.

—Escúchame —continuó Arbaces con voz grave y solemne, y después de haber mirado con cautela a su alrededor para asegurarse de que estaban solos—. «De Egipto ha venido toda la ciencia del mundo, tanto la filosofía de Atenas como la profunda política de Creta; de Egipto han salido esas tribus misteriosas que poseían todas las artes de la sabiduría y todas las gracias de la vida intelectual mucho antes que las hordas de Rómulo hubiesen conquistado las llanuras de Italia y rechazado de nuevo la civilización hacia la barbarie y las tinieblas por la eterna cadena de los acontecimientos; de Egipto han venido los ritos y las grandezas de aquel país, cuyos habitantes enseñaron a sus vencedores los romanos todo lo que saben hoy de más elevado y sublime en materia de religión y de culto. ¿Y cómo piensas tú que se ha conducido aquel temido Egipto, madre de un sinnúmero de naciones para llegar a tanta grandeza y para mecerse, por decirlo así, sobre la cumbre de la sabiduría? Por medio de una política profunda y santa. Las naciones modernas deben su grandeza a Egipto, y Egipto debía la suya a sus sacerdotes». Recogidos dentro de sí, ansiosos de reinar sobre la parte más noble del hombre, sobre su alma y sus creencias, aquellos antiguos ministros de Dios tuvieron la inspiración más sublime que bajó nunca al espíritu de los mortales. De la revolución de los astros, de las estaciones de la tierra, del invariable círculo de los destinos humanos supieron componer una augusta alegoría; la hicieron palpable al alcance del vulgo, bajo los signos visibles de dioses y diosas, y a lo que en realidad era Gobierno le llamaron Religión. Isis es una fábula... No te ofendas de lo que digo... el objeto que simboliza es una realidad, un ser inmortal. Isis no es nada; la naturaleza a quien representa es madre de todas las cosas, oscura, antigua, impenetrable a todo el mundo menos a un corto número de iniciados felices. «¡Ningún mortal me ha quitado el velo!». —Así habla Isis a quien adoráis; mas para los sabios ha caído ese velo; hemos visto frente a frente los solemnes encantos de la Naturaleza. Los sacerdotes han sido, pues, los bienhechores del género humano a quien han civilizado, siendo acaso, al mismo tiempo, impostores. Pero, joven, ¿crees que hubieran podido ser útiles a sus semejantes a no haberlos engañado? Es preciso cegar al vulgo ignorante y servil para que crea; se ríe de una máxima y se prosterna ante un oráculo. El emperador de Roma reina sobre una porción de naciones y sabe armonizar sus elementos contrarios y desunidos; de ahí nacen la paz, el orden, la ley, los bienes de la vida. ¿Piensas que es el hombre, que es el emperador el que reina así? No; es la pompa, el miedo, la majestad que le rodea; esas son sus imposturas y sus fascinaciones. Nuestros oráculos y profecías, nuestros ritos y ceremonias son los medios de ejercer nuestra soberanía; son los instrumentos de nuestro poder. Uno y otros conducen al mismo fin, a la felicidad y a la armonía entre los hombres. Advierto que me escuchas con atención, con asombro; la luz comienza a alumbrarte.

Guardaba silencio Apecides; mas los diversos sentimientos que se pintaban en su fisonomía expresiva, alternando rápidamente, daban a conocer el efecto que producían sobre él las palabras del egipcio, palabras cuya elocuencia se duplicaba con

el acento, el gesto y la mirada del orador.

—Ahora bien —continuó Arbaces—; mientras nuestros ascendientes del Nilo componían los primeros elementos por cuyo medio se destruye el caos, a saber, el respeto y la obediencia de los muchos a los pocos, sacaban de sus majestuosas y celestiales meditaciones una sabiduría, que no era mentira; inventaban los códigos y los reglamentos legislativos, las artes y las glorias de la existencia. Exigían la fe y daban en cambio la civilización. De consiguiente, ¿no eran virtudes hasta esas mismas imposturas? Créeme, los seres de naturaleza más divina y bienhechora que están contemplando el mundo, desde lo alto de los cielos, conceden una sonrisa de aprobación a la sabiduría que acertó a conseguir tan gran fin.

Pero veo que deseas aplique a tu persona estas consideraciones generales; voy a satisfacer ese deseo. Los altares de la diosa de nuestra antigua fe necesitan ser servidos por esos estúpidos y sin alma, que no son, en cierto modo, más que los clavos y las escarpas donde se cuelgan las túnicas y demás ornamentos. Acuérdate de dos máximas de Sextio el Pitagórico, tomadas, como siempre, de la sabiduría del Egipto. La primera es esta: «No habléis de Dios a la multitud»; y la segunda: «el hombre digno de Dios, es un Dios entre los hombres». Como el Genio fue quien dio a los ministros del Egipto el culto, poder tan abatido hace ya algún tiempo, solo el Genio también puede restablecer su imperio. En ti, Apecides, encontré un discípulo digno de mis lecciones, un ministro digno de los grandes fines que es aún posible alcanzar; tu energía, tu talento, la pureza de tu fe, la sinceridad de tu entusiasmo, todo te hacia el más a propósito para una misión que exige imperiosamente tan grandes y tan enérgicas cualidades. Por eso desperté tus sagrados deseos, por eso te impelí al paso que has dado. Pero me echas en cara no haberte descubierto de antemano las pequeñeces y picardías de tus compañeros. Si lo hubiera hecho, no habría logrado mi fin; se hubiese indignado tu alma generosa y perdido Isis su sacerdote.

Lanzó Apecides un gran gemido.

El egipcio continuó como si no lo oyera:

—Te he introducido en el templo sin preparación; te he dejado que descubrieras por ti mismo todas esas farsas que alucinan al vulgo y que debían repugnarte necesariamente. He querido que conocieses los resortes de la máquina que hace brotar el raudal cuyas aguas surten al mundo. De tiempo inmemorial se impone esta prueba a todos nuestros sacerdotes: los que se acostumbran a embaucar al pueblo continúan haciéndolo; pero aquellos cuya naturaleza reclama más nobles trabajos, como sucede a la tuya, la religión les descubre otros secretos más divinos. Estoy gozoso de haber encontrado en ti el carácter que esperaba. Has pronunciado los votos, no puedes retroceder; avanza... y yo te serviré de guía.

—¿Y qué me enseñarás, hombre extraño y terrible? Nuevas supercherías, nuevos...

—No... te he dejado en el abismo de la incredulidad; vengo ahora a llevarte a las alturas de la Fe. Ya has visto los falsos tipos; luego sabrás las realidades que

representan. Apechides, no hay sombra que no proceda de un cuerpo. Ven a verme esta noche. Dame la mano.

Conmovido, excitado, perdido con tales discursos, se la alargó y se separaron el maestro y el discípulo.

Cierto era que este no podía cejar ya; había hecho voto de castidad y consagrándose a una vida que por entonces le ofrecía todas las austeridades del fanatismo sin ninguno de los consuelos de la fe. Por lo tanto era natural que experimentara un deseo inquieto de hallar la felicidad de una carrera ya irrevocable. La profunda alma del egipcio ejercía aún un gran imperio en su imaginación juvenil, pues lograba que naciesen en él vagas conjeturas y que estuviera en perpetuas alternativas de esperanza y temor.

Entretanto Arbaces seguía andando a paso lento y grave hacia casa de Ione. Al entrar en el *tablinum* bajo el pórtico del peristilo oyó resonar una voz que, a pesar de lo armoniosa, casi ofendió su oído: la del joven y hermoso Glauco; por primera vez vino a agitar el pecho del egipcio una sensación involuntaria de celos. Al entrar le vio sentado junto a Ione. El surtidor del jardín embalsamado, lanzaba a los aires su espuma plateada y esparcía una deliciosa frescura hasta en las horas más ardientes del día. A cierta distancia estaban las doncellas que siempre la asistían, porque a pesar de la libertad de sus modales conservaba en su conducta los más estrictos miramientos; a los pies de Glauco había una lira en que acababa de tocar a Ione un aire lesbio. La escena, el grupo que se presentaba a los ojos de Arbaces tenía el sello de aquel idealismo de poesía pura y particular que miramos todavía y no sin razón, como el carácter distintivo de los antiguos; las columnas de mármol, los vasos de flores, la estatua blanca e inmóvil que servía de punto de vista a cada paseo de árboles, y sobre todo los dos seres vivos cuyas perfectas formas hubieran hecho nacer la inspiración o el desaliento en el alma de un escultor.

Detúvose Arbaces un instante y contempló la pareja con una cara que había perdido toda su serenidad de costumbre. Repúsose sin embargo haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, se acercó con tan leve y silencioso paso, que no le oyeron ni los esclavos, cuanto menos Ione y su amante.

—Y a pesar de eso —estaba diciendo Glauco—, solo antes de amar, es cuando nos parece que nuestros poetas han descrito bien el amor. Así que sale el Sol por el horizonte, se oscurecen todos los astros que brillaban en su ausencia. Esos poetas hablan al alma, mientras dura la noche del corazón; luego que sentimos al dios en toda su gloria, ya no dicen nada.

—Esa es una imagen dulce y brillante a la vez, noble Glauco.

Sobresaltáronse los dos jóvenes, al reconocer tras del asiento de Ione la fría y satírica cara del egipcio.

—¡Entráis tan sin pensar! —dijo Glauco, levantándose y con forzada sonrisa.

—Eso es lo que se hace cuando está uno seguro de ser bien recibido —contestó Arbaces sentándose e indicando a Glauco que le imitara.

—Mucho celebro —dijo Ione— veros al cabo reunidos; sois dignos uno de otro y habéis nacido para quereros.

—Quitadme de encima unos quince años —contestó el egipcio— antes de compararme con Glauco; muy dichoso fuera yo en que me concediese su amistad; pero ¿qué podría ofrecerle en cambio? ¿Podría hacerle las mismas confianzas que me haría él a mí?

¿Había yo de hablarle de banquetes, de guirnaldas, de corceles parthos y de la suerte de los dados? Tales son los placeres que convienen a su edad, a su naturaleza, a su carrera, y esos no son los míos.

Al hablar así el sagaz egipcio bajó los ojos y suspiró; pero echó una mirada furtiva a Ione, a ver cómo la sentaban estos pormenores sobre los gustos de su reciente amigo, y no quedó satisfecho. Sonrojándose Glauco ligeramente, se apresuró a responder con alegría, y acaso con un secreto deseo de descomponer y de humillar a su vez al egipcio.

—Tenéis razón, sabio Arbaces; nosotros podemos estimarnos mutuamente; pero ser amigos, jamás. No hay en mis banquetes ese oculto realce que da tal encanto a los vuestros, si no miente la voz pública; y por Hércules, cuando llegue a vuestra edad, si me resuelvo a buscar los placeres de la vida madura como vos, quiere decir que también como vos lanzaré epigramas sobre las galanterías de la juventud.

El egipcio le lanzó una mirada penetrante.

—No os comprendo —dijo con frialdad—; pero bien sé que muchas personas no estiman el talento sino en razón de su oscuridad.

Al acabar estas palabras apartó de Glauco la vista con una sonrisa de desprecio casi imperceptible, y después de una corta pausa se dirigió a la griega:

—Hermosa Ione, no he tenido la dicha de encontrarte las dos o tres últimas veces que he visitado tu vestíbulo.

—La hermosura del mar me ha sacado de casa varias veces —respondió Ione con alguna confusión.

No se le escapó a Arbaces; pero haciendo como que no lo notaba, replicó sonriéndose:

—¿No sabes qué ha dicho vuestro Eurípides? «Las mujeres deben quedarse en casa y dar en ella conversación».

—Ese poeta era cínico —dijo Glauco y aborrecía las mujeres.

—Hablaba según los usos de su país, y ese país era vuestra tan ponderada Grecia.

—Entonces como entonces y ahora como ahora. Si nuestros mayores hubiesen conocido a Ione, hubieran inventado otra máxima.

—¿Es en Roma dónde habéis aprendido esos requiebros? —replicó Arbaces con una emoción que apenas podía ocultar.

—Al menos no habría ido a buscarlos a Egipto —respondió Glauco, jugando descuidadamente con su cadena.

Ione se dio prisa a interrumpir una conversación que veía con disgusto tomar un

giro poco a propósito para cimentar la unión íntima que hubiera querido establecer entre Glauco y su amigo.

Vamos, vamos —dijo— no sea Arbaces tan severo con su pobre pupila. Huérfana y privada de los cuidados de una madre, acaso hago mal en vivir una vida tan independiente y hasta cierto punto tan varonil; sin embargo, es a la que están acostumbradas las mujeres romanas y la que harían muy bien en adoptar las griegas. ¿Por ventura solo entre los *hombres* puede verse la libertad unida a la virtud? ¿Por qué ha de ser la esclavitud que nos destruye el único medio de preservarnos? ¡Ah! creedme; uno de los grandes errores de los hombres, error fatal a su destino, ha sido juzgar la naturaleza de las mujeres, no digo inferior a la de ellos, lo que parece ser muy bien, sino tan diferente que han hecho leyes que casi imposibilitan nuestros progresos intelectuales. ¿No es esto hacer leyes contrarias a sus propios hijos, que hemos de educar nosotras, y a los maridos, de quiénes debemos ser amigas, y muchas veces consejeras?

Detúvose de repente, y se cubrieron sus mejillas del más vivo rubor. Sintió haberse dejado llevar con exceso de su entusiasmo; no obstante, temía menos al severo Arbaces que al amable Glauco, porque amaba a este, y no era costumbre entre los griegos conceder a las mujeres, a quienes respetaban, la misma libertad que tenían en Italia. Así es que experimentó una viva sensación de alegría cuando respondió en tono serio:

—¡Ojalá pienses siempre así, Ione! ¡Ojalá te guíes siempre por tu puro corazón! ¡Hubiera sido un bien para la Grecia el haber permitido a las mujeres castas adquirir las mismas gracias intelectuales, que tan célebres hicieron aun a las personas menos respetables de aquel sexo! Nunca sucumbirán los Estados por la libertad, por la ciencia, mientras vuestro sexo solo sonría a hombres libres y estimule a la sabiduría, apreciándola en lo que vale.

Guardaba Arbaces silencio, porque no quería ni aprobar el parecer de Glauco ni criticar el de Ione. Después de una conversación corta y dificultosa, saludó el último y se retiró.

Luego que se hubo marchado, acercando Arbaces su asiento al de la hermosa napolitana, le dijo con aquel acento tan dulce, tan tierno bajo el cual sabía ocultar el artificio y la ferocidad de su carácter:

—No creas, amable discípula mía, si me es permitido darte este título que pretendo yo encadenar esa libertad que adornas al usarla, pero aunque, según has observado muy bien, no excede a la que gozan las damas romanas, es necesario que se sirva de ella con mucha circunspección la que no es casada. Continúa atrayendo en torno tuyo una multitud de hombres de mundo, de elegantes y hasta de sabios; sigue encantándolos con la conversación de una Aspasia, con las armonías de una Erina; reflexiona al menos que lenguas mordaces pueden manchar la reputación de una joven; y al excitar el Entusiasmo, te suplico no des que hablar a la Envidia.

—¿Qué quieres decir, Arbaces? —replicó Ione trémula y alarmada—; sé que eres

mi amigo, que no deseas sino mi gloria y mi felicidad, ¿qué quieres decir?

—Tu amigo, ¡oh! sí, ¡muy sincero! ¿Me permites, pues, que hable, a fuer de amigo, sin reserva y sin ofenderte?

—Te lo ruego.

—¿Cómo has hecho conocimiento con ese joven libertino, con Glauco? ¿Le ves con frecuencia?

Al hablar así fijaba los ojos en ella con una mirada que parecía querer penetrar hasta el fondo de su alma.

Retrocediendo ante esta mirada, sobrecogida de un miedo extraño que no sabía explicar, respondió la joven griega confusa y vacilante:

—Ha sido presentado en mi casa como compatriota de mi padre y mío. Le conozco hará cerca de ocho días. ¿Pero a qué vienen esas preguntas?

—Perdóname —dijo Arbaces—; creía que vuestro conocimiento era más antiguo. ¡Vil calumniador!

—¡Cómo!, ¿qué quieres decir? ¿A qué alude esa expresión?

—A nada; no quiero excitar tu indignación contra un hombre que no merece tanto honor.

—Te suplico que hables. ¿Qué ha podido decir, o más bien, de qué crimen le acusas?

Ahogando la cólera que le causaron estas últimas palabras, continuó Arbaces:

—Ya sabes sus ocupaciones, sus amigos y sus costumbres. A la mesa y los dados se reducen sus quehaceres; pasando la vida en medio de los hombres más viciosos, ¿cómo ha de poder apreciar la virtud?

—Siempre hablas en cifra; en nombre de los dioses, dime todo lo que sabes.

Pues bien; puesto que me obligas, Ione mía, ayer hizo gala en los baños públicos de que le amabas, y añadió que se aprovechaba de ese amor. Debo decir, en obsequio de la verdad, que hizo mil elogios de tu hermosura. ¿Quién la había de negar? Pero se rio con aire desdeñoso cuando su Clodio o su Lepido le preguntaron si te amaba lo bastante para casarse, y cuándo habría que colgar las guirnaldas de flores a su puerta.

Eso es imposible; ¿de dónde has sacado tan infame calumnia?

¿Quieres que repita todos los comentarios de esos fatuos insolentes que han corrido la voz por todo el pueblo? Al pronto yo tampoco lo quería creer, y desgraciadamente me convencí de la verdad de lo que acabo de decir, a mi pesar, por personas que lo oyeron.

Echóse Ione hacia el respaldo de su asiento, y su cara se puso más pálida que la columna en que se apoyaba.

—Confieso que me sentí irritado de oír rodar tu nombre de boca en boca como el de una bailarina. Lo primero que se me ocurrió esta mañana fue venir a contártelo al punto. He encontrado aquí a Glauco, y su visita me ha hecho perder la presencia de espíritu. No he podido ocultar mis sentimientos y temo haber sido grosero. ¿Perdonas a tu amigo su vivacidad en tu presencia?

Ione, sin responder, puso su mano en la del egipcio.

—No pienses ya en eso —dijo—; pero sea esto una lección que te enseñe cuánta prudencia requiere tu posición. Esto nada te perjudicará, porque un hombre tan frívolo como Glauco nunca ha podido ser honrado con un solo pensamiento formal de tu parte. Estos últimos hieren cuando proceden de una persona a quien se ama; y el que se digne amar la soberbia Ione, necesitará tener un alma de otro temple.

¡Amar! —murmuró Ione con forzada sonrisa—, sí, seguramente.

No deja de ser interesante observar cómo en siglos tan remotos y con un sistema social tan diverso del nuestro, las mismas causas leves turban e interrumpen el curso de la vida. Se ven los mismos celos inventores, las propias artificiosas calumnias, iguales chismecillos que bastan también en nuestros días para romper los vínculos del amor más sincero y para malear las circunstancias al parecer más favorables. Habla la fábula de un pececillo que se agarra a la quilla de un gran navío y le impide avanzar; lo mismo sucede con las grandes pasiones de los hombres; y pintaríamos un falso cuadro de la vida si aun en los tiempos más pródigos de acontecimientos novelescos descuidásemos el describir estos resortes domésticos que se ponen en juego para hacer el mal, como estamos viendo diariamente en nuestras casas. Estas intriguillas de la vida son las que más nos asemejan a lo pasado. El escritor que las desprecia *no es más que un cuentista*, no mienta el corazón porque no sabe pintarle.

Gran astucia había mostrado el egipcio al atacar el flaco de Ione, dirigiendo a su orgullo la flecha envenenada. Creyó haber muerto lo que miraba como una inclinación naciente, atendido el poco tiempo que llevaban de conocerse, y dándose prisa a mudar de asunto, le habló de su hermano. Corta fue la conversación. Dejó a la hermosa griega, bien resuelto a no fiarse tanto en la ausencia y a vigilarla todos los días.

Apenas hubo desaparecido su sombra de la presencia de Ione, cuando el orgullo femenino, disimulo de su sexo, abandonó a su víctima y se deshizo en apasionadas lágrimas.

Capítulo VII

Alegre vida del vago de Pompeya.
Miniatura de los baños romanos.

Al dejar a Ione se sintió Glauco como con alas. En la entrevista que acababa de tener con ella se había dado cuenta, por primera vez, que no le era desagradable su amor y sería correspondido. Esta esperanza le llenaba de una satisfacción tal, que no cabía en el Cielo ni en la Tierra. Ignorando el enemigo que acababa de granjearse y dejaba tras de sí, olvidó no solo su insulto, sino hasta que tal hombre existía. Atravesó las calles tarareando el aire que Ione había oído con tanto placer; entró en la de la Fortuna, de aceras altas, y cuyas casas estaban pintadas por fuera, al paso que por sus abiertas puertas se veían los brillantes frescos que adornaban su interior. A cada extremo de la calle había un arco triunfal.

Llegó delante del templo de la Fortuna; su avanzado pórtico se cree haber sido edificado por un miembro de la familia de Cicerón, y quizá por el mismo célebre orador, lo cual daba algo de noble y de imponente a la portada, cuya vista era de más lucimiento que sublimidad. Podía reputarse aquel templo uno de los más graciosos modelos de la arquitectura romana. Se alzaba sobre un plano bastante grande, y el altar de la diosa estaba puesto entre dos escaleras que conducían a una plataforma. Desde esta, otra tercera escalera muy ancha llevaba al pórtico, cuyas columnas estriadas estaban circuidas de las más hermosas guirnalda de flores. Había a los dos extremos del templo estatuas de escultores griegos, y a corta distancia se elevaba el arco triunfal coronado con la estatua ecuestre de Calígula, flanqueada de trofeos de bronce.

En una especie de plazuela, antes de llegar, se veía reunida una animada multitud; los unos, sentados en bancos, discutían la política del imperio; los otros hablaban de los espectáculos que iba a haber en el anfiteatro. Un grupo de griegos hacía el elogio de una nueva beldad, y otro discutía el mérito de la última pieza dada en el teatro; un tercer grupo de personas de más edad hablaba de los riesgos mayores o menores que presentaba el comercio de Alejandría, habiendo entre ellas muchos negociantes que por su traje oriental y flotante, de forma particular, por sus sandalias pintadas y llenas de pedrerías, por sus graves fisonomías, formaban notable contraste con las ceñidas túnicas y animados gestos de los italianos.

Este pueblo vivo e impaciente tenía ya entonces un lenguaje distinto de la palabra, lenguaje de signos y de movimiento sumamente rápido y expresivo. Sus descendientes le han conservado, y el culto Jorio ha escrito una obra muy entretenida sobre esta especie de gesticulación jeroglífica.

Atravesando Glauco resueltamente por entre la muchedumbre, se encontró al

punto en un corro de amigos alegres y disipados.

—¡Hola! —dijo Salustio—; un lustro hace que no te veo.

—¿Y cómo has pasado ese lustro? ¿Has inventado algún nuevo manjar?

—Me he aplicado a las ciencias —replicó Salustio—; he estado haciendo experimentos sobre el modo de alimentar lampreas. Confieso que desespero de llegar a la perfección que alcanzaron mis mayores.

—¡Infeliz!, ¿y por qué desesperas?

—Porque no se permite echarles de comer esclavos —contestó Salustio—. Más de una vez he estado por dar al traste con la ley y meter en el estanque a mi *captor* (mayordomo) que es gordo; estoy seguro de que daría al pescado un gusto muy sabroso. Pero los esclavos no son esclavos en el día, y maldito lo que se cuidan de los intereses de los amos; si no, se mataría Druso para darme gusto.

—¿Qué noticias hay de Roma? —preguntó Lepido acercándose al corro.

—Que el Emperador acaba de dar a los Senadores una cena espléndida —respondió Salustio.

—Es un buen sujeto —dijo Lepido—; se asegura que nunca despide a nadie sin acceder a su súplica.

—Puede que me deje matar mi esclavo para cebar las lampreas de mi estanque —replicó vivamente Salustio.

—Es probable —dijo Glauco—, porque el soberano que hace una gracia a un romano, siempre es a costa de otro; estad seguro de que cada sonrisa que ha hecho nacer Tito ha sido origen de una multitud de robos.

—¡Viva Tito! —gritó Pansa pasando, con aire de protección y sin oír más que el nombre del Emperador—; ha prometido una plaza de cuestor a mi hermano que se ha arruinado.

—Y que ahora, Pansa amigo —dijo Glauco— quiere hacer su fortuna a costa del pueblo.

—Precisamente —dijo Pansa.

—Según eso, al menos para algo sirve el pueblo —observó Glauco.

—Sin duda —replicó Pansa—; pero tengo que ir a examinar el *Erario*, que necesita reparo.

Al decir esto se alejó el Edil con aire de muy ocupado y seguido de una gran comitiva de clientes, que se distinguían de los demás por las togas que llevaban, pues este traje, símbolo en otro tiempo de la libertad, se había convertido entonces en señal de servilismo hacia un patrono.

—¡Pobre Pansa! —dijo Lepido—; no tiene un momento para distraerse. Gracias al cielo, ¡yo no soy Edil!

—¡Ah, Glauco! *carum caput* (querido) ¿cómo estás? ¡Tan famoso como siempre, a lo que veo! —dijo Clodio agregándoseles.

—¿Has venido a ofrecer algún sacrificio a la Fortuna? —preguntó Salustio.

—Se lo ofrezco todas las noches —respondió el jugador.

—No lo dudo; nadie hace más víctimas.

—¡Por Hércules! es muy mordaz esa palabra —exclamo Glauco riéndose.

—Siempre estás como el perro, Salustio —dijo Clodio de mal humor— enseñando los dientes.

—En efecto, debe de haber en mí algo de perro, pues siempre que juego contigo tengo el punto de los *canes* en la mano.

—¡Callad! —dijo Glauco, tomando una rosa de la cesta de una joven florista próxima a ellos.

—La rosa —observó Salustio— es emblema del silencio, de que yo no gusto sino cuando estoy comiendo.

—A propósito de comer, Diomedes da un gran convite esta semana; ¿vas tú, Glauco?

—Sí; esta mañana recibí recado suyo.

—Y yo también —dijo Salustio, sacando de su cinturón un pedazo de papiro—. No sé si te has dado cuenta de que nos cita una hora antes de lo que es habitual y con una formalidad casi regia^[32].

—¡Oh! es rico como Creso —dijo Clodio—, y la lista de los platos de su mesa es tan larga como un poema épico.

—Vámonos al baño —dijo Glauco—; ya es hora de ir la gente, y Fulvio, de quien sois tan admiradores, nos va a leer su última oda.

Los jóvenes aceptaron con gusto la proposición.

Aunque los baños se habían establecido para los pobres, más bien que para los ricos que los tenían en sus propias casas, siempre eran un punto de reunión para las personas de todas clases, donde podía entregarse a su indolencia habitual aquel pueblo alegre y descuidado. Los baños de Pompeya se diferenciaban, naturalmente, tanto en su disposición como en su arquitectura, de las termas de Roma, tan vastas y tan complicadas; y con efecto, parece que en cada ciudad del imperio había algunas ligeras modificaciones en el plano general de los baños públicos. Esto da mucho que hacer a los sabios, como si la moda y los arquitectos no hubieran tenido caprichos hasta el siglo XIX.

Entraron nuestros jóvenes por el pórtico principal, que da a la calle de la Fortuna. A un lado estaba el dueño de los baños, con sus dos arquillas, una para el dinero que recibía y otra para los billetes que daba. Alrededor de las paredes del pórtico había bancos llenos de personas de todas categorías, al paso que otros, por receta del médico, pasaban y repasaban muy de prisa, parándose de vez en cuando a leer los innumerables carteles de espectáculos, juegos, ventas o exposiciones que estaban pintadas o inscritas en las paredes. Pero el asunto principal de la conversación era la función anunciada en el anfiteatro: y a cada recién venido se le preguntaba con ansia si había tenido Pompeya la dicha de encontrar en su recinto algún criminal horrible, algún reo de sacrilegio o asesinato para facilitar a los Ediles dar pasto a los leones; todas las demás diversiones perdían su importancia con la sola posibilidad de un

acontecimiento tan propicio.

—Por mi parte —dijo un joyero regordete y de buena cara—, me parece que si el Emperador es tan generoso como dicen, bien podía habernos mandado un judío.

—¿Por qué no se coge a un hombre de la nueva secta de los nazarenos? —dijo un filósofo—. Yo no soy sanguinario, pero un ateo que reniega hasta de Júpiter no merece lástima.

—A mí me importa poco que un hombre crea en cuantos dioses quiera —dijo el joyero—; pero renegar de todos, eso es demasiado.

—Pues yo tengo metido en la cabeza —dijo Glauco—, que esa gente no es del todo atea. Me han asegurado que creen en Dios y en la inmortalidad del alma.

—Es un error creer, mi querido Glauco —dijo el filósofo—, he conferenciado con ellos muchas veces y se han reído a carcajadas cuando les hablé de Plutón y de Tártaro.

—¡Oh, dioses! —exclamó el joyero horrorizado—. ¿Hay muchos de esos miserables en Pompeya?

—Me consta que hay algunos; pero celebran sus asambleas tan en secreto que es imposible descubrirlos.

Habiéndose vuelto Glauco, un escultor, gran entusiasta de su arte, le contempló con admiración.

—¡Ah! —dijo—; si pudiéramos poner a ese en la arena, ¡qué buen modelo sería! ¡Qué miembros!, ¡qué cabeza! ¡Había nacido para gladiador! Es un asunto digno de nuestro arte. ¿Por qué no se lo echarán al león?

En esto se acercó a Glauco, Fulvio, el poeta romano a quien sus contemporáneos declaraban inmortal, y que sin esta historia ni siquiera le hubiéramos conocido los de este descuidado siglo.

—¡Oh! ateniense, Glauco mío —dijo—; has venido a oír mi oda. ¡Qué honor para mí! Tú, un griego cuyo lenguaje familiar es poesía... ¡Qué agradecido estoy! No es más que un pasatiempo; pero si merece tu aprobación, quizá llegue hasta Tito. Glauco, un poeta sin patrono, es una ánfora sin rótulo, puede que el vino sea bueno; mas nadie le elogia. Y dice Pitágoras: «El incienso es para los dioses; la alabanza para el hombre». Un patrono es el sacerdote del poeta; quema incienso en su favor y le proporciona partidarios.

—Pero toda Pompeya es patrona tuya; en cada pórtico hay un altar erigido en tu honor.

—¡Ah! los pobres pompeyanos son muy finos; gustan de honrar el mérito. Pero esto es un pueblecito. *Spero Meliora*^[33]. ¿Entramos?...

—Sí, porque nos estamos perdiendo el oír tu poesía.

En aquel momento más de veinte personas vinieron de los baños al pórtico, y un esclavo puesto a la puerta de una galería admitió al poeta, a Glauco y a otros amigos de Fulvio.

—Muy mezquino es esto, en comparación de las termas de Roma —dijo Lepido

con desdén.

—Sin embargo, los adornos del techo son de muy buen gusto —replicó Glauco, que estaba con humor de contentarse con todo, señalando con el dedo las estrellas que le tachonaban.

—Lepido se encogió de hombros; pero era harto apático para responder.

Entraron entonces en una sala espaciosa que servía de *apodyterio*, es decir, de lugar en donde los que iban a bañarse se preparaban a sus voluptuosas abluciones. El cimbrado techo arrancaba de una cornisa llena de pinturas grotescas y de colores vivísimos y se dividía en cuadros blancos bordados de carmesí. El pavimento, liso y brillante, era de mosaico y había bancos alrededor de las paredes.

No tenía aquella pieza las muchas y anchas ventanas que describe Vitrubio en su magnífico *frigidarium*^[34]; los pompeyanos, y todos los del Mediodía de la Italia, querían quitar de sus habitaciones la luz de su inflamado cielo, y la oscuridad constituía parte de la idea que se formaban del deleite perfecto. Solo dos ventanas con vidrios^[35] trasmitían los apagados rayos, y en la pared donde estaban se veía en bajos relieves la Destrucción de los Titanes.

Tomó puesto Fulvio en aquella pieza con aire magistral, y agrupados los oyentes en torno de él, comenzó su lectura.

No era menester rogarle mucho. Sacó del pecho un rollo de papiro y después de haber tosido tres veces, tanto para imponer silencio como para aclarar su voz, empezó aquella maravillosa oda de que no ha podido adquirir un solo verso el autor de esta historia, con gran sentimiento suyo.

A juzgar de ella por los aplausos que prodigaron al poeta, sin duda alguna era digna de su reputación, y Glauco fue el único de los oyentes a quien no le pareció superior a las mejores odas de Horacio.

Acabada la lectura, los que no querían tomar más que un baño frío comenzaron a desnudarse; colgaron sus vestidos en los ganchos de la pared, y recibieron, según su clase, bien de sus propios esclavos, bien de los de las termas, una bata ancha; pasaron a aquel edificio gracioso y circular que aún existe hoy como para avergonzar a los modernos habitantes del Mediodía de que no se bañen nunca.

Los que tenían gustos más voluptuosos se fueron por otra puerta al *tepidarium*^[36], sitio en donde se percibía un dulce calor, alimentado en parte por un fogón movable, pero principalmente por un piso de madera, debajo del cual pasaba el calor del *Laconicum*^[37].

Los que iban a bañarse allí, después de quitarse el vestido, se quedaban algún tiempo para gozar el calor artificial de una atmósfera voluptuosa; y aquella pieza estaba mejor y más ricamente adornada, porque hacía el primer papel en el largo procedimiento de la ablución. El abovedado techo se veía esculpido y pintado con magnificencia; las altas ventanas, que eran de vidrio sin pulimento, solo dejaban pasar rayos de luz vacilantes e inciertos. Debajo de las macizas cornisas había una hilera de figuras en bajo relieve de una ejecución atrevida; las paredes eran de un

encarnado vivo y el piso artísticamente embaldosado de mosaico blanco. Los que se bañaban por costumbre, los que solían hacerlo siete veces al día, se quedaban en un estado de cansancio enervado y mudo, a veces antes, pero por lo regular después del baño; varias de aquellas víctimas que andaban en vano en pos de la salud, dirigiendo los ojos lánguidamente a las personas que entraban y reconociendo entre ellas algunos de sus amigos, los saludaban con la cabeza, pero no se atrevían a arrostrar la fatiga de una conversación.

Desde allí se dispersaba de la sociedad, cada uno según su gusto; los unos iban al *sudatorium*^[38], que correspondía a nuestros baños de vapor, de donde se trasladaban luego al baño propiamente dicho; y los otros, más acostumbrados al ejercicio e incapaces de cansarse tan pronto, iban directamente al *calidarium*^[39], o baño de agua.

A fin de completar este bosquejo, dando al lector una idea exacta de aquel goce tan favorito de los romanos, acompañaremos a Lepido, que seguía regularmente todas las ceremonias, excepto la del agua fría, que no estaba ya en moda hacía algún tiempo. Después de haberse calentado por grados en el *tepidarium* que acabamos de describir, dirigió sus pasos al *sudatorium*. Aquí el lector no tiene más que seguir con la imaginación todo lo que pasa en un baño de vapor, acompañado con las exhalaciones de diversos perfumes. Después de sufrir tal operación, se apoderaron de él sus esclavos, que siempre le acompañaban a este acto, quitándole los resultados de la traspiración por medio de un rascador que, según un viajero moderno, servía para quitar la grasa y suciedad que no podía tener la piel de quien se bañaba por costumbre.

Un tanto refrescado pasó de allí al baño de agua, en que también había profusión de perfumes, y cuando salió, al pasar por la extremidad opuesta de la pieza, cayó una fresca lluvia sobre su cabeza y su cuerpo. Envolviéndose al punto en un traje ligero, volvió al *tepidarium*, donde encontró a Glauco, que no había pasado adelante, y entonces comenzaron los verdaderos placeres, o, por mejor decir, la extravagancia del baño. Los esclavos frotaban a los que se habían bañado con los más raros ungüentos traídos de todos los países del mundo y encerrados en vasos de oro, de alabastro o de cristal adornados de piedras preciosas. Los nombres solos de aquellos *smegmata*^[40] de que se servían las personas opulentas, bastarían para llenar un tomo; *Amaracinum*, *Megalium*, *Nardum omne quod exit in um*^[41], mientras en una habitación adyacente sonaba una delicada, y aquellos que gustaban de la moderación en los baños, refrescados y satisfechos por la grata ceremonia termal, conversaban con la espontaneidad y el entusiasmo que implicaba tal rejuvenecimiento de sus vidas.

—¡Bendito sea el que inventó los baños! —dijo Glauco, tendiéndose en uno de aquellos asientos de bronce, cubierto entonces de muelles cojines que todavía ven en el mismo *tepidarium* los curiosos que visitan a Pompeya—; sea Hércules o Baco, ha merecido que le pusieran en la categoría de los dioses.

—Pero decidme, Glauco —preguntó un ciudadano repleto que gemía y soplabla mientras la operación de las friegas—, decidme... ¡Malditas sean tus manos, esclavo!

¿Por qué aprietas tanto? Decíme... ¡ay!... ¡ah! ¿Son realmente tan magníficos como se cuenta los baños de Roma?

Habiéndose vuelto Glauco vio a Diomedes, difícil de reconocer, a causa de lo encendido que estaba por la transpiración forzada y por las friegas que acababa de llevar.

—Yo supongo —continuó— que son mucho mejores que estos, ¿eh?

Tratando Glauco de contener la risa, respondió:

Figuraos a Pompeya entera convertida en baños y tendréis una idea de la grandeza de las termas imperiales de Roma; pero solo de la grandeza. Imagináros después todas las diversiones de cuerpo y de ánimo; enumerad todos los juegos gimnásticos inventados por nuestros padres; nombrad todos los libros que han producido la Italia y la Grecia; suponed sitio para todos esos juegos, admiradores para todas esas obras; añadid ahora los baños más grandes, la arquitectura más complicada; mezclad a todo esto jardines, teatros, pórticos, escuelas; en una palabra, suponed una ciudad de dioses compuesta solo de palacios y de edificios públicos, y tendréis una idea, aunque pequeña, de la belleza de los grandes baños de Roma.

—¡Por vida de Hércules! —dijo Diomedes abriendo tanto ojo—; se necesitará la vida de un hombre para tomar un baño.

—En efecto; es lo que allí sucede varias veces —dijo Glauco con gravedad—. Muchas gentes hay que pasan su vida en los baños. Se van a ellos cuando se abren, y se marchan cuando se cierran. Cualquiera diría que les es extraño el resto de Roma y que desprecian todo lo que no sea aquello.

—¡Por vida de Hércules!

—Aun aquellos que no se bañan más que tres veces al día, se dan traza para gastar su vida en esta ocupación. Se pasean en el juego de bochas o en los pórticos, a fin de disponerse al primer baño, y van al teatro para refrigerarse después de haberle tomado.

Comen bajo de los árboles pensando en el segundo baño, que está dispuesto para el momento de hacerse la digestión; desde aquel pasan a uno de los peristilos para oír a algún poeta recitar nuevos versos, o a la biblioteca, para dormirse leyendo un antiguo poema. Después viene la cena, que miran como parte del baño y se bañan por tercera vez, pues no encuentran mejor paraje para distraerse con sus amigos.

—¡Por vida de Hércules! No falta en Pompeya quien los imite.

—Si, y que no tienen la misma excusa que ellos; los voluptuosos de Roma son felices; no ven en derredor suyo más que lujo y esplendor, no visitan jamás los barrios bajos de la ciudad, no saben que hay miseria en el mundo. La Naturaleza entera les sonríe, y solo una vez en la vida es cruel con ellos: cuando se les lleva al Cocito^[42]. Creedme, esos sí que son filósofos.

Mientras Glauco hablaba así, Lepido, con los ojos cerrados y casi sin respirar, sufría todas las operaciones místicas, pues nunca permitía a sus esclavos que omitiesen una siquiera. Tras de los perfumes y ungüentos, derramaron sobre él aquel

voluptuoso polvo que no permitía al calor llegar hasta sus miembros, y cuando se le quitó a su vez con una finísima piedra pómez comenzó a vestirse, no con el traje que había llevado al baño, sino con otro de ceremonia llamado la *synthesis*, con el cual daban a entender los romanos el respeto que tenían a la cena, o mejor dicho, a la comida, pues que se tomaba a las tres de la tarde. Hecho esto, abrió Lepido los ojos, pareciendo que volvía a la vida.

En el mismo instante dio también Salustio señales de que existía por medio de un largo bostezo.

—Ya es hora de comer —dijo el epicúreo—; Glauco y Lepido, vendréis hoy a mi casa.

—Acordaos de que estáis convidados los tres en la mía esta semana —exclamó Diomedes, que se envanecía muchísimo con ser amigo de aquellos jóvenes a la moda.

—¡Ah!, ¡ah! —dijo Salustio—; bien nos acordamos; estoy seguro, Diomedes, de que el asiento de la memoria está en el estómago.

Pasando de nuevo a otro aire más fresco y de allí a la calle, pusieron fin nuestros galanes a la ceremonia de un baño pompeyano.

Capítulo VIII

Echa Arbaces en el platillo el placer, y se inclina la balanza
a su favor.

Cayendo iba la noche por la agitada ciudad cuando Apecides se dirigió a casa del egipcio. Evitó las calles más alumbradas y de más concurrencia, y mientras andaba mirando al suelo y con los brazos cruzados debajo de su túnica, su porte grave y sus enflaquecidos miembros contrastaban, de un modo raro, con la descuidada frente y el aire animado de los que veía por la calle.

Al fin le tocó en el hombro uno cuyo andar era más lento y más tranquilo, y que había pasado delante de él dos veces, dirigiéndole una mirada curiosa pero inquieta.

—Apecides —dijo haciendo rápidamente una señal con la mano. Era la señal de la cruz.

—¿Qué hay, nazareno? —dijo el sacerdote palideciendo—; ¿qué te se ofrece?

—No quisiera interrumpir tus meditaciones —contestó el extraño—; me parece que la última vez que nos vimos no te era mi presencia tan inoportuna.

—No me es inoportuna, Olintho; pero estoy triste y cansado, y confieso que no me siento esta noche con fuerzas para discutir contigo sobre lo que más te interesa.

—¡Corazón cobarde! —dijo Olintho con amargo fervor—; estás triste y cansado y te alejas voluntariamente de los que pueden refrigerarte y devolverte la salud.

—¡Oh tierra! —exclamó el joven sacerdote, golpeándose el pecho con pasión—; ¿en qué regiones se abrirán mis ojos al verdadero Olimpo que habitan realmente los dioses?... ¿He de creer con ese hombre que ninguno de los que han adorado mis padres tantos siglos tiene existencia real, sino solo de nombre? ¿Habré de renunciar como profanos y sacrílegos a los mismos altares que antes miraba como santos? ¿O bien pensaré con Arbaces... que...?

Calló y se alejó rápidamente, con la impaciencia del que se esfuerza para huir de sí mismo.

Pero el nazareno era uno de aquellos hombres osados, vigorosos y llenos de entusiasmo, por cuya mediación ha obrado Dios siempre las revoluciones de la tierra y que sobre todo, ora en el establecimiento, ora en la reforma de la religión, han sido hechos para convertir, porque han sido hechos para padecer; uno de esos hombres a quienes nada desalienta, nada intimida; tan ferviente es la fe que inspiran y de que están inspirados. Su juicio comienza por encender su pasión; pero la pasión es el instrumento de que se sirven; penetran por fuerza en el corazón de los hombres, invocando solo su inteligencia al parecer. Nada hay más contagioso que el entusiasmo; él sí que es la verdadera alegoría de la historia de Orfeo; hace mover las piedras y encanta las bestias feroces. El entusiasmo es el genio de la Sinceridad, y sin

él, la Verdad no triunfaría.

Olintho no permitió que Apecides se le escapara tan fácilmente, se le incorporó y le dirigió estas palabras:

—No es extraño, Apecides, que te moleste, que trastorne todos los elementos de tu espíritu, que te extravíe en el seno de la duda, que fluctúes en el vasto océano de la incertidumbre y de las tinieblas. Nada de eso extraño; pero ten un poco de paciencia, vela y ora; las tinieblas se disiparán, se apaciguará la tempestad, y Dios mismo, como marchó en otro tiempo sobre el mar de Samaria, marchará sobre las calmadas olas para venir a libertar tu alma. Nuestra religión es celosa en sus exigencias; pero en cambio es infinitamente pródiga en sus dones; importuna una hora, mas la resarce con la Inmortalidad.

—Siempre han engañado a los hombres iguales promesas —dijo Apecides con despecho—. ¡Oh, qué magníficas fueron las que me llevaron al altar de Isis!

—Pero consulta tu razón —respondió el nazareno—, pregúntale si puede ser verdadera una religión que ultraja la moral. Os dicen que adoréis a vuestros dioses; ¿y qué son esos dioses, según vosotros mismos decís? ¿Qué actos son los suyos? ¿Cuáles los atributos de su divinidad? ¿No os los representan como a los más espantosos criminales? Y no obstante, se os manda que los sirváis lo mismo que si fueran las deidades más santas. El propio Júpiter es parricida y adúltero. ¿Qué son los dioses de segundo orden sino imitadores de sus vicios? Os dicen que no asesinéis, y os hacen adorar asesinos; os dicen que no cometáis adulterios, y dirigís vuestras plegarias a un adúltero. ¿No es esto burlarse cruelmente de la parte más sagrada de la naturaleza del hombre de la fe?

—Vuelve ahora tus miradas hacia Dios, hacia Él solo, el verdadero Dios a cuyos altares quiero conducirte: si ese Dios te parece demasiado sublime, demasiado aéreo para la unión humana, para el tierno vínculo que debe existir entre el Criador y la criatura y al cual se adhiere con fuerza el débil corazón, contéplale en su Hijo, que se ha revestido de nuestra mortalidad. Cierto es que esta no se descubre como la de vuestros falsos dioses por los vicios de nuestra naturaleza, sino por la práctica de todas sus virtudes. En Él se unen las costumbres más austeras con los afectos más tiernos. Si no hubiera sido más que un hombre, habría sido digno de convertirse en un Dios. Vosotros honráis a Sócrates; ha fundado una secta, adquirido discípulos, abierto escuelas; pero ¿qué son las dudosas virtudes del ateniense al lado de la santidad pública, indudable, activa, perpetua del Cristo? Y aquí hablo solo de su carácter humano. Se ha presentado como Tipo de los siglos futuros; Él es esa purísima virtud que ansiaba Platón ver unida a su cuerpo. Ese es el verdadero sacrificio que ha hecho por él el hombre; la gloria que rodeó su última hora no alumbró solo a la tierra, sino que nos abrió la perspectiva del cielo. Veo que te afectas, te enterneces. Dios penetra en tu corazón; su espíritu está contigo. Ven, no resistas a ese santo impulso; ven al punto sin vacilar. Algunos de los nuestros están congregados en este momento para explicar la palabra de Dios. Ven, déjame que te lleve a ellos. Estás triste, estás

cansado. Escúchala, pues: «Venid a mí, dice, todos los que sufrís y estáis agobiados, y yo os aliviaré».

—No puedo en este momento —dijo Apecides—; otra vez será.

—¡Ahora, ahora mismo! —exclamó Olintho, asiéndole del brazo. Mas Apecides no estaba aún preparado a renunciar aquella creencia, aquella vida por que había sacrificado tanto; llena la cabeza con las promesas del egipcio, se desprendió con fuerza de las manos de Olintho, y conociendo después la irresolución que había infundido en su alma agitada la elocuencia del cristiano, recogió su túnica y se dio a correr con tal velocidad que hubiera sido en balde tratar de perseguirle.

Cansado, sin aliento, llegó por fin a un barrio extraviado y solitario y se encontró de repente delante de la casa del egipcio. Al pararse para respirar de la carrera que había dado salió la luna de detrás de una plateada nube y derramó de lleno su luz sobre las paredes de aquella misteriosa habitación.

No había otra en las cercanías. Espesos viñedos se veían antes de llegar, y detrás de ellos se elevaban altísimos árboles cuyas hojas dormían tranquilamente a los rayos de la luna. Más allá se distinguían débilmente los contornos de las montañas lejanas, entre ellas la tranquila cima del Vesubio, que a la sazón no era tan elevada como parece ahora a los ojos de los viajeros.

Pasó por debajo de los emparrados y llegó cerca del ancho y espacioso pórtico, ante el cual, y en ambos lados de la escalera, reposaba la imagen de la Esfinge egipcia. La luz de la luna añadía más nueva y más solemne calma a aquellas facciones, tan grandes, tan armoniosas, tan frías, tan impasibles en que los escultores de aquel tipo de la sabiduría supieron reunir tanta amabilidad con aire tan imponente. A la mitad de la altura, y al extremo de las gradas, crecía el áloe de tierna y maciza hoja, mientras la palmera oriental dejaba caer en parte sus ramas largas e inmóviles sobre el mármol de la escalera.

La tranquilidad que allí reinaba y el extraño aspecto de las esfinges helaron la sangre del joven sacerdote; sintió un espanto de que no supo darse cuenta, y al subir experimentó la necesidad de oír el eco de sus propios pasos.

Llamó a la puerta, sobre la cual había grabada una inscripción en caracteres que no conocía, se abrió silenciosamente, y un esclavo egipcio, sin preguntas ni saludos, le hizo seña de que pasara adelante.

Grandes candelabros de bronce esculpido alumbraban aquel gran recibimiento, y alrededor de las paredes se veían trazados jeroglíficos en colores sombríos y graves, que contrastaban mucho con las alegres tintas y graciosas formas que embellecían las casas de los habitantes de Italia. Al extremo de la sala le salió al encuentro un esclavo, cuyo rostro, aunque no africano, era mucho más moreno que lo son por lo regular los de los habitantes del Mediodía.

—Busco a Arbaces —dijo el sacerdote—, pero con una voz tan trémula, que no pudo menos de advertirlo él mismo. Bajó el esclavo la cabeza en silencio, y conduciéndole hacia una sala exterior de la casa, subió por una escalera estrecha,

después de atravesar varias salas en que se encontró siempre, por principal adorno, la severa y pensativa belleza de las esfinges. Habiendo llegado a una pieza débilmente iluminada, se vio en presencia del egipcio.

Estaba sentado a una mesita sobre la cual había desplegados varios rollos de papiro, llenos de caracteres semejantes a la inscripción de encima de la puerta; un poco más lejos había un trípode de donde subía lentamente humo de incienso. Cerca de allí estaba un gran globo que tenía pintados los signos celestes, y en otra mesa vio Apecides muchos instrumentos de formas curiosas y extrañas, cuyo uso le era desconocido.

El otro extremo del cuarto estaba oculto por una colgadura, y la claraboya del techo dejaba penetrar los rayos de la luna, que se confundían tristemente con la única lámpara que alumbraba allí.

—Siéntate, Apecides —dijo el egipcio sin levantarse.

El joven obedeció.

—Me pides —continuó Arbaces después de una corta pausa durante la cual pareció absorberlo en sus pensamientos—, me pides o tienes intención de pedirme te descubra los mayores secretos que puede concebir jamás el alma del hombre; el mismo enigma de la vida es lo que quieres te explique. Colocados en esta existencia oscura y reducida, como niños en el seno de las tinieblas, nosotros mismos nos forjamos mil espectros; unas veces concentramos nuestros pensamientos con espanto, otras se lanzan al sombrío espacio a fin de adivinar lo que puede contener, mientras tendemos a derecha e izquierda nuestras débiles manos por temor de tropezar con algún peligro imprevisto. Ignorando los límites del paraje en que nos encontramos, ora se nos figura que nos sofocan con su cercanía y ora que se prolongan hasta la eternidad. En esta situación toda la sabiduría consiste necesariamente en la solución de dos problemas. ¿Qué se debe creer? ¿Qué se debe desechar? Estas son las cuestiones que tú quieres que decida yo para ti.

Apecides hizo una señal de asentimiento.

—El hombre *necesita* una creencia cualquiera —continuó el egipcio con tristeza—; es preciso que fije sus esperanzas en algo, en esto participas tú de la naturaleza común. Asustado de ver que se destruyen los objetos en que habías puesto tu fe hasta ahora, naufragas en el mar triste y sin orillas de la incertidumbre; pides socorro, pides una tabla a que agarrarte, una tierra, por apartada que sea, donde puedas arribar. Pues bien, escucha: Supongo que no has olvidado nuestra conversación de esta mañana.

—¿Cómo había de olvidarla!

—Te he confesado que esas deidades en cuyo honor humea incienso en tantos altares, no eran más que invenciones humanas. Te he confesado que nuestros ritos y ceremonias eran mojigangas para engañar a los ignorantes, por su propio bien. Te he explicado cómo de esas mismas supercherías se derivaban los lazos sociales, la armonía del mundo, el poder del sabio; ese poder consiste en la obediencia del vulgo. Continuemos, pues, estos engaños saludables; ya que es menester que el hombre

tenga una creencia, dejémosle la que heredó de sus padres y recibe de la costumbre, fuerza y santidad. Buscando para nosotros una fe más sutil, puesto que nuestros sentidos están hartos espiritualizados para la otra, quédale al resto del mundo un apoyo que no es ya bastante sólido para nosotros. Así lo aconsejan la sabiduría y la beneficencia.

—Proseguid.

—Esto supuesto —continuó el egipcio—, quedando intactos los antiguos límites a favor de aquellos de quienes vamos a separarnos, tomemos el báculo y partamos hacia nuevas regiones de la fe. Borra de tu memoria y de tu pensamiento todo lo que has creído hasta aquí. Supón que tu alma es una tabla rasa dispuesta a recibir la primera impresión. Fija la vista en el mundo; ve el orden, la regularidad, el plan que en él reinan. Fuerza es que haya sido criado; ese plan arguye un ser que le proyectó; esta certidumbre es la primera tierra que descubrimos. Pero ¿quién es ese ser? Un Dios, me dirás. ¡Espacio!... nada de denominaciones confusas y que extravíen el entendimiento. Del Ser que ha creado el mundo no conocemos ni podemos conocer más que estos atributos: Fuerza y Regularidad invariable, inflexible, abrumadora, que no distingue casos individuales, que arrastra, que arrebata, que quema, sin que la apiade el aspecto de los corazones que separados de la masa general parecen consumidos bajo su inflamado carro. La mezcla del bien con el mal, la existencia del dolor y del crimen han confundido siempre a los sabios. Crearon un Dios y le supusieron bienhechor. ¿De dónde, pues, ha venido el mal? ¿Por qué le ha permitido? Qué digo, ¿por qué le ha inventado y hecho eterno? Para explicar esto han creado los persas un segundo espíritu, cuya índole es mala, y suponen una lucha perpetua entre este principio y el Dios del bien. Los egipcios han imaginado un demonio del mismo género en su sombrío y terrible Tiphon. ¡Error embarazoso que nos pierde más! Locura que ha debido su origen a la vana ilusión que hace de esa fuerza desconocida un ser culpable, corpóreo, humano, que reviste al Invisible de atributos y de naturaleza semejantes a los de los objetos que se ven. No demos a ese Creador un nombre que nos obligue a referirle a ideas visibles, y se aclarará el misterio. Sea este nombre la Necesidad. La Necesidad —dicen los griegos— manda en los dioses. En ese caso, ¿para qué hay dioses? Inútil es su mediación; desechémoslos al punto. La Necesidad es la señora de todo lo que vemos. La fuerza y la regularidad: estas dos cualidades constituyen su naturaleza. ¿Preguntas más? Pues no puedes saberlo. No es dado averiguar si esa fuerza es eterna, si obliga sus criaturas a recorrer nuevos caminos después de las tinieblas a que llamamos muerte. Allí dejamos esa fuerza antigua, invisible, impenetrable, y llegamos al que es, a nuestros ojos, el gran ministro de sus funciones. Este está mucho más a nuestro alcance; por de quiera vemos testimonios suyos; se llama la Naturaleza. El error de los sabios ha estado en querer descubrir los atributos de la Necesidad, que toda es tinieblas. Si hubiesen concretado a la Naturaleza sus investigaciones, ¿cuántos conocimientos no habríamos adquirido ya? En eso nunca trabajan en balde la Paciencia y el Examen. Tenemos

delante de los ojos lo que examinamos; nuestra inteligencia sube por una escala palpable de causas y de efectos. La Naturaleza es el grande espíritu del mundo externo, y la Necesidad le impone las leyes, en cuya virtud obra, al paso que nos concede los medios con que observamos. Estos son la Curiosidad y la Memoria; su conjunto forma la razón, su perfección es la Sabiduría. Con auxilio, pues, de esos medios estudio yo la inagotable Naturaleza. Examino la tierra, el aire, el océano, el cielo; *encuentro* entre todos estos objetos una simpatía mística; creo que la luna arregla el flujo y reflujo; que el aire sostiene la tierra y que es el medio en que todo vive y se mueve; que por el conocimiento de las estrellas medimos los límites de la tierra y dividimos las épocas del tiempo; que su pálida luz nos guía por el abismo de lo pasado, y que su grave ciencia nos enseña a leer en los destinos del porvenir. Así, sin saber lo que es la Necesidad, al menos aprendemos sus decretos. Y ahora, ¿qué moralidad sacamos de esa religión?, porque tal es en efecto. Yo creo aquí en dos divinidades: la Naturaleza y la Necesidad; admiro esta, porque la reverencio; aquella porque la conozco. ¿Qué moralidad enseña? Todos los objetos están sometidos a reglas generales; el sol alumbra para el bien del mayor número, aunque pueda desagradar a algunos; la noche esparce el sueño sobre la multitud, pero favorece el crimen lo mismo que el reposo; los bosques son adorno de la tierra, pero también son albergue de serpientes y leones; el océano lleva mil buques sobre su espalda; pero se traga uno. La naturaleza, de consiguiente, obra para el bien general y no para el universal; lo mismo sucede con la Necesidad. Esta es la moralidad de los terribles agentes del mundo; esta es la mía que soy su hechura. Deseo conservar las supercherías de los sacerdotes, porque son útiles a la muchedumbre; deseo comunicar a los hombres las artes que descubro, las ciencias que perfecciono; deseo redoblar el paso de la civilización; en esto sirvo a la masa, cumplo la ley general, ejecuto la gran moral que predica la naturaleza. Mas, por otra parte, reclamo una excepción para mí: la reclamo para el sabio, convencido de que mis acciones individuales nada pesan en la gran balanza del bien y del mal. En la inteligencia de que los productos de mis conocimientos pueden ser más útiles a la masa que perjudiciales mis deseos al menor número; porque los primeros es fácil lleguen hasta las más remotas regiones y humanicen pueblos aún no nacidos, doy al mundo la sabiduría y a mí la libertad; ilustro la existencia de los demás y gozo de la mía. Si, nuestra sabiduría es eterna; pero nuestra vida es corta: es preciso aprovecharla. Entrega, por lo tanto, tu juventud a la dicha y tus sentidos al deleite; sobrado pronto llegará la hora en que se rompa la copa y se marchiten las guirnaldas. Goza mientras puedas; Apechides, sé siempre discípulo y sectario mío. Yo te enseñaré el mecanismo de la Naturaleza, sus más ocultos arcanos, la ciencia que se llama magia y los grandes misterios de los astros. De esa manera llenaras tus deberes con los demás hombres e ilustrarás tu raza. Pero yo te guiaré también hacia placeres que el vulgo no sospecha, y el día que concedas a los hombres, será seguido de la *noche* que consagres a ti mismo.

Cesó de hablar el egipcio y resonó por todas partes la música más dulce que

enseñó nunca la Lidia ni perfeccionó la Jonia. Llegó como un torrente de melodía, inundando los sentidos de improviso, enervándolos, subyugándolos con el exceso del placer. Se hubiera dicho que eran cánticos de espíritus invisibles como los oían los pastores en la edad de oro en los valles de Thesalia o en los bosques de Pafos.

Las palabras que se agolpaban a la imaginación de Apecides para responder a los sofismas del egipcio, expiraron en sus trémulos labios. Habría creído cometer un sacrilegio con interrumpir aquellos encantados acentos; la susceptibilidad de su naturaleza, tan fácil de excitar, la ternura y la pasión de su alma griega, estaban vencidas y encadenadas por sorpresa. Se dejó caer sobre su asiento con la boca entreabierta y el oído ansioso de escuchar, mientras un coro de voces tan dulces cual las que despertaron a Psiquis en el palacio del Amor, cantaban el himno siguiente:

HIMNO DE EROS

*Allá en las orillas del río Cefiso
vibrante un acento los aires corto,
y más se encendieron de Teos las rosas
y más la paloma su vuelo bajo.*

* * *

*De sus manos caían florecillas púrpura,
las Horas sonrientes, escrutaban el cielo;
de la verde cueva de Pan al refugio de Egle^[43],
suspiraba la tierra con delicado esmero.*

* * *

*Yo soy de los Dioses quien más años cuenta;
soy Amor, y al Caos^[44] también precedí:
alumbra mi Risa la esfera celeste
y no abre la Aurora sus ojos sin mí.*

* * *

¡Míos son los astros! Alzad las miradas,

*qué mi influjo en ellos notaréis también,
y mía es la Luna, que pálida siente
dejar los lugares donde durmió su bien.*

* * *

*Y mía es la rosa que a Zehio atrae
y el rayo que alumbra del prado el verdor,
y el sueño que puebla los campos desiertos,
y en medio arenales produce la flor.*

* * *

*Amad, ¡oh mortales!, mirad que donde quiera,
el mundo os ofrece tan dulce lección.
Yo todo lo ocupo, pues tengo en las olas
y tengo en los vientos mi eterna mansión.*

* * *

*Cuando estáis mirando Amor oí enseña,
mi nombre diciendo con sordo rumor;
la hierba que ondea, el agua que corre,
el césped y el árbol repiten: ¡AMOR!*

Mientras se exhalaban por los aires tan dulcísimos cantos, cogió el egipcio la mano de Apecides y le condujo embriagado de deleite, y casi a pesar suyo, hacia el telón que había en el fondo de la pieza. De repente brillaron detrás mil estrellas; el mismo velo, oscuro hasta entonces, quedó iluminado por aquellos escondidos fuegos y aparecía un hermoso azul celeste; representaba el mismo cielo, un cielo como el que en las noches de Junio cubre las fuentes de Castalia. De trecho en trecho había pintadas nubes color de rosa, en medio de las cuales puso el pintor figuras de la más divina belleza, reposando sobre cuerpos semejantes a los que hubieran podido idear Fidias y Apeles. Las estrellas que lucían sembradas en aquel azul transparente giraban con rapidez, en tanto que la música, que había vuelto a comenzar con tono más vivo y más alegre, imitaba la divertida melodía de la esfinge.

—¿Qué milagro es este? —dijo Apecides con voz alterada—. Después de haber renegado de los dioses quieres revelarme...

—Sus placeres interrumpió Arbaces con tono tan distinto de la armonía tranquila y fría de su voz ordinaria, que Apecides se sobresaltó, creyendo que el mismo egipcio había sufrido una transformación.

Cuando estuvieron aun más cerca de la cortina, se oyó una melodía irregular que expresaba la exaltación del placer; se hubiera dicho que aquellos sonidos rompían el velo, que en efecto se dividió por medio y pareció perderse por los aires. Deslumbrado el joven sacerdote, contempló una escena a que no alcanzó nunca la imaginación de un sibarita. Prolongábase a lo lejos una gran sala de convite, resplandeciente con innumerables luces que llenaban el aire con los perfumes de incienso, jazmín, violeta y mirra. Cuanto las flores más odoríferas y las especies más preciosas podían dar de aromático se había juntado para formar *una* esencia inefable; blancas colgaduras sembradas de estrellas de oro pendían de ligeras columnas que se lanzaban hacia la aérea techumbre. A los dos extremos de la sala dos fuentes hacían saltar surtidores que los reflejos de la luz convertían a la vista en millares de diamantes.

En medio de la pieza surgió lentamente, al son de música invisible, una mesa cubierta de los manjares más delicados que pudo inventar el lujo, en tanto que los productos exóticos del Oriente se veían en vajillas fabricadas en Mirrene^[45] y cuyos colores eran tan vivos como transparente su materia. Los lechos que circuían aquella mesa estaban forrados de azul y oro, mientras de una multitud de tubos invisibles, puestos en el techo, caía una lluvia de agua de olor que refrescaba el aire delicioso y competía con el perfume de las lámparas, como si los genios del agua y del fuego hubiesen apostado a cuál de los dos elementos podía dar más suaves olores. Entonces salieron por detrás de las blancas colgaduras coros de bellezas semejantes a los que contemplaba Adonis recostado en el seno de Venus. Unas con guirnaldas, otras con lirios, rodearon al joven y le condujeron al banquete; allí le adornaron con coronas de rosas.

La tierra y todos sus pensamientos se borraron de su alma; se creyó entregado a la ilusión de un sueño y contuvo el aliento temeroso de despertar demasiado pronto. Los sentidos, a que nunca se había entregado aún, agitaron sus abrasadas venas, extraviando su vista. En tanto que así estaba sorprendido, alucinado, se oyeron otra vez los mágicos acentos, pero con un compás vivo y báquico.

ODA ANACREÓNTICA

*Del racimo la sangre
saltando está y bullendo
para alegrar los ojos
de la copa en el seno;*

*pero corre en las venas
de todos los mancebos
un néctar más divino
más dulce y más de fuego.*

*Como líquida llama
haré saltar destellos
y chispas penetrantes
de tus dos ojos negros.
Vacía, vacía tu copa,
y que rebose luego
con el brillante jugo
del alegre Lileo^[46];*

*El mundo es una cárcel;
para abrir nuestro encierro
la bienhechora llave
en el vino tenemos.
Bebe sin tasa, joven;
¿a quién tenemos miedo
si las lámparas solo
pueden estarnos viendo?*

*Torna de nuevo al trago,
y en tanto que yo bebo
en tus ojos un néctar
más dulce y hechicero.
Dirige tus sonrisas
y acata con respeto
al Dios de los racimos,
al padre del contento.*

*Pero es mío el suspiro
que sale de tu pecho:
vuelve hacia mi tu rostro:
que verte es lo que anhelo.*

Así que acabó este canto, un grupo de tres jóvenes enlazadas con una cadena de flores y cuya hermosura excedía a la de las Gracias a quien trataban de imitar, se acercaron a Apecides, haciendo el paso de la danza jónica, la misma que bailan las Nereidas a la luz de la luna en las arenas del mar Egeo, y que enseñó Citerea a sus ninfas para celebrar la boda de Psiquis con su hijo.

Unas veces adelantándose le coronaban con su guirnalda, otras, la más joven de las tres, le ofrecía arrodillada la copa en que chispeaba, haciendo espuma, el vino de Lesbos. El joven no pudo más; tornó la embriagadora copa; su sangre corría impetuosa por sus venas. Dejóse caer en el seno de la ninfa que estaba a su lado; después, revolviendo sus húmedos ojos para buscar a Arbaces, a quien había perdido de vista en el exceso de sus emociones, le vio sentado bajo un dosel y estimulándole al placer con su sonrisa.

Le vio, no como hasta entonces, de túnica negra, de mirada sombría y de ceñuda frente: una túnica llena de oro y de piedras preciosas ceñía su majestuoso talle; rosas blancas mezcladas con esmeraldas y rubíes formaban la tiara que cubría sus negros cabellos. Parecía rejuvenecido como Ulises; y mudado de reflexivo en hermoso, en medio de los atractivos de todo género que le cercaban, su rostro tenía la dulzura tierna y resplandeciente de un Dios del Olimpo.

—Bebe, toma parte en el festín, ama, discípulo mío —dijo—. No te avergüences de ser joven y apasionado. Lo que eres ahora, lo estás sintiendo por tus venas; lo que serás... hélo ahí.

Al decir esto, señaló con el dedo un nicho, y habiendo seguido los ojos de Apecides aquel movimiento, vio sobre un pedestal, entre las estatuas de Baco y de Idalia... un esqueleto.

—No te asustes —prosiguió el egipcio—; ese amable convidado nos está recordando continuamente que la vida es corta; parece que nos dice con voz sombría: ¡Gozad!

En aquel momento se vio la estatua rodeada de un grupo de ninfas que pusieron guirnalda en su pedestal, y mientras se bebían y se llenaban las copas, cantaron el siguiente:

HIMNO BÁQUICO A LA IMAGEN DE LA MUERTE

I

*Tú, que otro tiempo amabas y bebías,
cual nosotros ahora,
vagas, oh espectro errante,
entre fantasmas pálidas, sombrías
de la Estigia a la orilla aterradora.
Mas ahora un pensamiento te mandamos,
si puede tu Memoria
al cielo remontarse,
recordando los días que gozamos
tanto dulce deleite, y tanta gloria.
Coronamos de flores*

*la desierta morada,
el que palacio fue de tu alma un día;
cuando amabas la rosa y sus colores.
cuando la lila con su voz plateada
te arrancaba el pesar más terco y hondo;
cuando la copa para ti tenía
mil risueñas ideas en el fondo.*

Al llegar aquí se adelantó un nuevo grupo, haciendo cambiar el compás; siguió el canto en tono más vivo y más alegre.

II

*Es la muerte la libera
hacia donde todos vamos;
navecilla que nos llevas,
boga despacio, despacio.
A las Horas con guirnaldas
su carrera detengamos,
y supliquemos a Eolo
que suelte el viento más manso.
si al fin hemos de ser víctimas,
entre risas, entre cantos,
y coronados de flores,
como victimas caigamos.*

Después de la pausa, tomó la música un aire todavía más rápido y más vivo.

*Pues la vida es corta,
alegres gocemos,
y no malogremos
la edad juvenil.
Cleopatra un día
disolvió una perla
y llego a beberla
entre aplausos mil.*

*Imitemos a la hermosa
en su báquico furor.
Pero nuestra perla sea
el dios cándido de Amor.*

Acercóse entonces un tercer grupo con copas llenas, que se vertieron sobre tan extraño altar, y después de aquellas libaciones, cambiando la melodía otra vez de tono, se convirtió en lenta y solemne.

III

*¡Oh!, ¡bien venido, Huésped tenebroso,
que dejas la pacífica ribera
del mar terrible! así que el oloroso
perfume acabe de la flor postrera,
a tu mesa sentados nos verás.
Hoy será para ti nuestra alegría;
para ti, cuya lóbrega morada
tiene que ser nuestra morada un día;
hagamos aquí estancia dilatada
que hartos en breve acogida nos darás.*

En aquel momento la joven que estaba sentada junto a Apecides fue la que prosiguió el himno báquico:

IV

*Propicia esta la suerte,
la luna y sol son nuestros,
y sus rosadas alas las Horas,
baten del sepulcro lejos.
Más dulce que la copa es para ti mi dueño,
es para mí la vista
de esos, con que hablas, ojos hechiceros.
Como una tortolilla
me acojo yo a tu seno;
deja que en el repose
y que toquen tu rostro mis cabellos.
Mas haz que me despierten
tus suspiros y acentos,
y que adormida vea
solo de amor tus ojos entreabiertos.
Quiero ver que prosigue
mi ardiente sol luciendo,
y que dentro en la Urna
la Antorcha del placer aún no se ha muerto.*

*Y quiero ver que amamos
y que juntos ardemos;
¡ay!, ¡dime que me amas!
dilo solo una vez... no, dilo ciento.*

LIBRO SEGUNDO

*Llano, monte y palacio retemblaron
sin saber donde inclinar su pesadumbre.*

SÉNECA THYESTE V693.

Capítulo I

Un garito de Pompeya y los aficionados a la lucha antigua.

Hémos aquí transportados a uno de los barrios de Pompeya que no habitaban los señores a la moda, sino los amantes y las víctimas del placer: al garito de los gladiadores y de las apuestas, de los viciosos y de los miserables, de los tunos y de los libertinos; en una palabra, a la Alsacia de una ciudad antigua.

Estamos, pues, en una gran sala que da a un paseo de árboles. A la puerta hay un corro de hombres, cuyos músculos fuertes y nervudos, cuellos cortos y hercúleos, fisonomías procaces e impudentes, hacen reconocer en ellos los campeones de la arena. Por la parte de afuera hay sobre una tablilla jarros de vino y aceite, la racima de ella un cuadro groseramente pintado que representa a los gladiadores bebiendo; ¡tan antiguo es y tan respetable el uso de las muestras!

En lo interior de la pieza hay varias mesas dispuestas poco más o menos como las de nuestros cafés, y en torno de las que están muchos hombres sentados, unos bebiendo, otros jugando a los dados y otros a un juego de más mérito, que se llamaba *duodecim scriptae*, que han tomado algunos pedantes por el ajedrez, aunque se parecía más al *backgammon* de dos jugadores y usualmente, aunque no siempre, se jugaba con la ayuda de dados.

Poco adelantada iba la mañana, y era preciso hacerse cargo de la hora para comprender hasta donde llegaba la indolencia de aquellos adictos a la taberna. Como todo, a pesar del barrio en que estaba situada la casa y del carácter de sus habitantes, no ofrecía aquel horrible desaseo que distingue a los sitios de esta especie en nuestras ciudades modernas. La alegría natural de los pompeyanos, que al menos querían agrandar a los sentidos, cuando descuidaban el alma, se descubría en los vivos colores de que pintaban sus paredes y en las formas de las lámparas, de las copas y de los muebles de casa más comunes, cuya rareza no carecía de elegancia.

—¡Por Pólux! —dijo cierto gladiador, apoyándose en uno de los largueros de la puerta—, viejo Sileno, el vino que nos vendes bastaría para aclarar la sangre más gruesa que hay en nuestras venas.

Al decir esto, tocaba en el hombro a un grave personaje que había cerca de él.

El hombre que acababa de ser saludado tan sin ceremonia, y que por sus desnudos brazos, *delantal* blanco, llaves y servilleta, descuidadamente puesta en el cinturón, indicaba ser el amo de la taberna, había llegado ya al otoño de la vida; pero sus miembros eran todavía tan robustos y atléticos, que hubiera podido avergonzar a todos sus parroquianos, a no estar los tales miembros vueltos carnes, por decirlo así, tener hinchadas sus mejillas y tan monstruoso el vientre, que casi hacía desaparecer el ancho y macizo pecho que estaba encima.

—No hay que venirme con chascarrillos —dijo el gigantesco tabernero, con el dulce rugido de un tigre a quien acosan—; demasiado bueno es el vino para un zanquilargo que va a medir el suelo del *spoliarium*^[47].

—Me gusta el graznido, cuervo viejo —replicó el gladiador con sonrisa de desprecio; tendré el gusto de ver como te ahorcas de rabia al ganar yo la corona de palmera, y cuando reciba la bolsa en el anfiteatro, lo que sucederá infaliblemente, el primer voto que he de hacer a Hércules será no beber en mi vida una gota más de tu abominable vino.

—¡Hacedme el favor de escuchar a ese modesto Pirgopolinices!

Por fuerza ha servido a las órdenes de Bombochides Cluninstardisarchides^[48] —exclamó el huésped—. ¿Querréis creer, Sporo, Niger, Tetradas, que se jacta de ganaros la bolsa? Juro por los dioses, que o no entiendo palabra de la arena o le ahogaría cualquiera de vosotros.

—¡Ah! —dijo el gladiador bramando de colera—; no opinaba así nuestro *lanista*^[49].

—¿Qué puede decir Lydon contra mí? —replico Tetradas frunciendo las cejas.

—¿Y contra mí, que he salido vencedor en quince combates? —opuso el gigantesco Niger, acercándose al gladiador.

—¿Y contra mí? —rugió Sporo con ojos centelleantes.

—Poco a poco —contestó Lydon cruzándose de brazos y mirando a sus rivales con aire amenazador—; no tardará en presentarle ocasión; guardad los bríos para entonces.

—Es lo mejor —observó el desabrido huésped—, y si alargo siquiera un dedo para salvarte, ¡qué los Hados corten el hilo de mi vida!

—Tu cuerda, querrás decir —replicó Lydon burlándose—; toma ese sextercio para comprar una.

El Titán vinatero cogió la mano que le alargaban y la apretó con tal fuerza que saltó sangre de la punta de los dedos y manchó a los presentes.

Todos soltaron una carcajada de risa salvaje.

—Yo te enseñaré, joven insolente, a que vengas a hacerte el Macedón conmigo. Te digo que no soy ningún débil persa. ¿No he estado combatiendo veinte años en el circo sin que me hayan torcido el brazo? ¿No he recibido la vara, de mano del mismo Edil, en señal de victoria y para realzar más los laureles con que me retiraba? ¡Y quiere ahora darme lecciones un niño! Al decir esto, rechazó la mano de Lydon con desdén.

Sin pestañear y con igual sonrisa que se burlo del huésped, soportó el gladiador el doloroso apretón; mas apenas tuvo suelta la mano, cuando bajándose por un momento, a manera de gato salvaje, se erizaron sus barbas y cabellos, y lanzando un grito agudo y feroz, se tiró a la garganta del gigante con tanta fuerza, que le hizo perder el equilibrio a pesar de su estatura y vigor; rodó el huésped por el suelo como si hubiese caído una roca, quedando encima su enfurecido enemigo.

Es probable que si hubiese estado el tabernero tres minutos en aquella postura no hubiera necesitado la cuerda que tan generosamente se prestaba Lydon a pagarle; pero el ruido que hizo al caer atrajo al campo de batalla a una mujer que había estado, hasta entonces, en la pieza de atrás. Solo esta nueva aliada habría podido hacer frente al gladiador; era alta, delgada, con brazos que podrían servirle para algo más que para tiernos abrazos. En efecto, la dulce compañera de Burbo, el tabernero, había combatido también en el anfiteatro^[50], y lo que es más, a los ojos del emperador. Hasta se asegura que Burbo, nunca vencido en los campos de batalla, cedía a veces la palma a su amable Stratónica. No bien se hubo apercebido aquella encantadora criatura del riesgo que corría su esposo, cuando sin más armas que las que dio la Naturaleza, se arrojó al gladiador, y cogiéndole por medio del cuerpo con sus brazos que parecían serpientes le quitó de encima de su marido y se quedó con las manos sujetas a la garganta de su enemigo. Así hemos visto alguna vez un perro riñendo con otro, cogido de las patas y apartado por el vigoroso brazo de un mozo de cuadra, quedando la mitad del animal en el aire quieta e inofensiva, al paso que la otra mitad, incluso la cabeza, los dientes, los ojos y las garras parecía unida y como sepultada en el cuerpo de su rival vencido y despedazado. Entretanto, los gladiadores nutridos en la sangre, y para quienes era delicioso todo espectáculo cruel, acudieron alegres alrededor de los combatientes, con las narices abiertas, una espantosa sonrisa en los labios y los ojos fijos con ansia en el ensangrentado cuello del uno, y sobre las dentadas garras de la otra.

—¡*Hcibet! ¡Hcibet!* (¡Suyo es! ¡Lo ha ganado!) —exclamaron con una especie de rugido y frotándose sus membrudas manos.

—¡*Non habeo!* (¡No es mío, no lo he ganado!) embusteros —gritó el huésped, libertándose por un esfuerzo de aquellas terribles manos y levantándose jadeando, desgarrado y sangriento. Al mismo tiempo, y rechinando los dientes, echó una mirada incierta, pero centelleante, a su enemigo, que forcejeaba colérico (y con cierto desprecio) en manos de la fiera amazona.

—¡Juego limpio gritaron los gladiadores! —no vale dos contra uno. Y rodeando a Lydon y a la mujer, separaron al amable tabernero de su cortés parroquiano.

Pero Lydon, que se avergonzaba de la posición en que se veía y que se esforzaba en balde por zafarse de aquel marimacho, metió mano a su cinturón y sacó un cuchillo de tan brillante hoja, que asustó a Stratónica, la cual nunca se valía más que de sus puños.

—¡Oh dioses! —exclamó—. ¡Infame!, ¡tiene armas escondidas! ¿Es esto justo? ¿Sienta bien a un hombre ni a un gladiador? ¡No, no quiero nada con semejante canalla! Diciendo así, volvió la espalda al gladiador con desprecio, y acudió al punto a su marido para examinar el estado de sus heridas.

Mas este, acostumbrado a aquel género de ejercicios, lo mismo que un perro de presa inglés a reñir con adversarios más débiles, estaba ya totalmente repuesto. Desaparecieron las coloradas tintas de la superficie carmesí de sus mejillas y las

venas de su frente recobraron las normales dimensiones. Se sacudió con cierto gruñido de complacencia, satisfecho de ver que aún tenía vida; y después, mirando a su enemigo de pies a cabeza con un aire de aprobación que no le había manifestado hasta entonces, dijo:

—¡Por Castor! eres más vigoroso de lo que yo pensaba; veo que tienes mérito y valor; venga esa mano, héroe mío.

Los gladiadores aplaudieron altamente la generosa exclamación de Burbo, e instaron a Lydon para que le diera la mano.

—Sí —dijo este; pero ahora que he probado su sangre deseo beber el resto.

—¡Por vida de Hércules! —replico el tabernero sin alterarse, ese sentimiento es digno de un gladiador. ¡Pólux!, ¡vaya un hombre soberbio! No sería más feroz un tigre.

—¿Qué hablas de tigre? —exclamó Tetraidas—; ¿qué valen los tigres para nosotros?

—¡Bien!, ¡bien! —dijo Stratónica arreglándose el cabello—. Si quedáis amigos, me comprometo a estarme en un rincón, sin meterme con nadie, porque me han avisado que van a venir a visitarnos algunos señores, jóvenes patronos vuestros, y que apuestan por vosotros. Desean veros más a gusto que en las escuelas, a fin de arreglar sus apuestas antes del gran combate que va a haber en el Anfiteatro. Suelen venir a mi casa para eso, pues saben que recibimos a los principales gladiadores de Pompeya... Gracias a los dioses, la que concurre aquí siempre es gente escogida.

—Sí —continuó Burbo, echándose una copa, o por mejor decir, un jarro de vino —; el que ha ganado tantas coronas como yo, no puede estimular más que a valientes. Bebe, Lydon, ¡ojalá tengas una vejez honrosa como la mía!

—Ven —dijo Stratónica, tirando a su marido de las orejas amistosamente con aquella especial caricia que tan bien ha descrito Tíbulo—; ven por aquí.

—No tires tanto, loba; eres peor que el gladiador —murmuraron las anchas quijadas de Burbo.

—Calla —le dijo ella al oído—; acaba de llegar Caleno por la puerta falsa, y creo que ha de haber traído los sextercios.

—¡Oh! —dijo Burbo; voy a buscarle. Entretanto, ojo a las copas, y a lo que cada uno va bebiendo. No te dejes engañar, mujer; convengo en que son unos héroes; pero también unos galopos. ¿Qué servía Caco en comparación de ellos?

—¡No tengas miedo, tonto! —fue la respuesta conyugal—; y satisfecho Burbo con aquella tierna seguridad, se dirigió al interior de la casa.

—¿Conque, van a venir los patronos a examinar nuestros músculos? —dijo Niger—. ¿Quién te lo ha avisado, *domina*? (señora).

—Lepido, que viene con Clodio, el apostador más fijo de Pompeya, y un joven griego.

—Apuesta contra apuesta —exclamó Tetraidas—. Vayan veinte sextercios a que Clodio apuesta por mí.

—¡Por mi sí que va a ser! —dijo Lydon.

—No, por mi —gruñó Sporo.

—¡Qué necios sois! ¿Cómo os podéis figurar que prefiera ninguno de vosotros a Níger? —repuso el atleta, nombrándose a sí, modestamente.

—Vamos —dijo Stratónica destapando una gran ánfora para los bebedores que acababan de colocarse alrededor de una mesa—; ya que todos, a vuestro parecer, sois tan grandes y tan valientes, decidme cuál se batirá con el león de Numidia si no hubiese criminal a quien dar la preferencia.

—¡Vamos!, que el que se ha escapado de tus uñas, fiera Stratónica, bien puede habérselas con el león sin ningún miedo.

—Pero cuéntame dijo Tetraidas; ¿dónde está tu linda esclava ciega, cuyos ojos son tan brillantes? Mucho hace que no la he visto.

—¡Oh!, es demasiado delicada para ti, hijo de Neptuno^[51] —contesto la huésped —, y aun para nosotros. La enviamos a la ciudad a vender flores y a cantar en casa de las señoras. Más nos produce de esa manera que sirviendo vino aquí. Además tiene a veces otras ocupaciones que quedan *sub rosa*^[52].

¡Otras ocupaciones! —reparó Níger— ¡es muy joven para eso!

—¡Calla, bruto! dijo Stratónica. —No sabes más juego que el de Corinto. Aunque tuviera Nydia doble edad, sería digna de Vesta.

—Pero escucha, Stratónica —dijo Lydon—; ¿de dónde te vino esclava tan fina y tan delicada? Mejor estaría al lado de alguna rica matrona romana.

—Es verdad respondió Stratónica —y algún día haré yo mi suerte vendiéndola. ¿Me preguntas cómo adquiriré a Nydia?

—Sí.

—Pues has de saber que mi esclava Staphila... ¿no te acuerdas de Staphila?

Sí; una muchacha de manos muy grandes con cara de careta: ¿Cómo la he de haber olvidado? Lo juro por Plutón, a quien estará ahora sirviendo.

—¡Calla, bárbaro! Pues bien. Murió Staphila un día y fue grande pérdida para mí; de modo que tuve que ir a la plaza a comprar otra esclava. Pero habían encarecido tanto desde que compré la pobre Staphila, y escaseaba tanto el dinero, que ya iba a marcharme desesperada, cuando un mercader me tiró del vestido. «Señora —me dijo — ¿quieres comprar una esclava barata? Vendo una muchacha casi de balde; verdad es que tiene pocos años y corta estatura, pero es viva, dócil, astuta, canta y borda bien y además es de buena sangre». «¿De qué país proviene?», pregunté. «De Thesalia».

Como yo sabía que las thesalianas son dulces e ingeniosas, dije que quería ver a la muchacha. La encontré como es ahora: poco más pequeña y poco más joven al parecer. Tenía trazas de paciente y resignada, con sus brazos cruzados sobre el pecho y sus ojos fijos en la tierra. Pregunté el precio al mercader; era razonable, y la compré inmediatamente. La trajo aquel a mi casa y al instante desapareció. Figuraos mi sorpresa cuando descubrí que era ciega. ¡Ah!, ¡buen sujeto era el que la vendió! Acudí al tribunal, pero el bribón no estaba ya en Pompeya; de modo que hube de

volver a casa, con el humor que podéis figuraos, cosa que sintió mucho la pobre niña. Ella no tenía la culpa; era ciega de nacimiento. Poco a poco nos consolamos de aquella compra. A decir verdad, no es robusta como Staphila, y nos sirve poco dentro de casa, pero no tardó en saber andar por la ciudad, cual si tuviera los cien ojos de Argos; y cuando nos trajo cierta mañana un puñado de sextercios de la venta de unas flores cogidas en nuestro jardín, no dudamos que nos la habían enviado los dioses. Así es que sale de cuando en cuando con la cesta llena de flores de que teje guirnaldas al estilo de Thesalia, lo que gusta a los jóvenes; y parece que los grandes le han tomado afición, porque siempre le dan por sus floreos más que a las otras ramilleteras; ella nos lo trae todo, lo que no haría otra esclava. Por eso trabajo yo sola en casa; pero lo que me ha producido ya pronto bastará para comprar otra Staphila. No hay duda que el ladrón thesaliano habrá robado la ciega a padres bien nacidos^[53]; además de su habilidad para hacer guirnaldas canta y toca la cítara, lo que también nos vale dinero; y, en fin, además... pero esto es un secreto.

—¡Un secreto!, ¡qué! —exclamó Lydon—. ¿Te has convertido en esfinge?

—En esfinge, no...; ¿por qué dices en esfinge?

—Acaba tu charla y tráenos de comer; tengo hambre —dijo Sporo con impaciencia.

—Y yo también —repitió el terrible Níger, afilando su cuchillo en la palma de la mano.

Pasó la amazona a la cocina y volvió a poco con una tortera llena de pedazos de carne medio cruda, porque en aquella época, lo mismo que ahora, los luchadores de oficio creían conservar mejor así su vigor y su ferocidad. Se acercaron a la mesa con ojos de lobos hambrientos; desapareció al punto la carne y principió a circular el vino.

Empero dejemos algún tiempo a estos personajes de la antigüedad clásica para seguir los pasos de Burbo.

Capítulo II

¡Vaya un par de piezas!

En los primeros siglos de Roma, el sacerdocio era una profesión menos lucrativa que honrosa. La abrazaban los ciudadanos más nobles, y aún estaba negada a los plebeyos. Después, y mucho antes de la época que describimos, se abrió igualmente a todas las clases, al menos en la parte que comprendía a los *flamines* o sacerdotes, no de la religión en general, sino de ciertos dioses particulares. El mismo sacerdote de Júpiter, el *Flamen Dialís*, a quien precedía un Lictor y daba su empleo ingreso en el Senado, después de haber sido por largo espacio dignidad exclusiva de los patricios, pasó luego a ser de elección popular. Las divinidades menos nacionales y menos honradas en general eran servidas por ministros plebeyos que tomaban aquel oficio no tanto por espíritu de devoción cuanto por las sugerencias de una pobreza especuladora.

Así es que Caleno, el sacerdote de Isis, era de oscurísimo nacimiento, y aunque hijo de un ciudadano romano, la mayor parte de sus parientes pertenecían a la clase de libertos. Había recibido bastante buena educación, y heredero de un corto patrimonio, que derrochó bien pronto, abrazó el sacerdocio por último recurso contra la miseria. Aunque la dotación pública de los ministros del culto era entonces poco considerable, los adictos a un templo popular lo pasaban regularmente. No hay profesión tan lucrativa como la que explota a la muchedumbre supersticiosa.

Caleno no tenía en Pompeya más que un pariente vivo, y este pariente era Burbo. Varios vínculos feos y misteriosos, más fuertes que los de la sangre, unían sus corazones y sus intereses. Muchas veces el ministro de Isis dejaba cautelosamente las austeras prácticas a que se le suponía entregado, y se colaba por la puerta falsa en casa del exgladiador, hombre no menos infame por sus vicios que por su profesión. Allí se desnudaba hasta el último viso de una hipocresía a que nunca hubiera podido prestarse naturaleza tan brutal como la suya si no le arrastrara la avaricia, que era su pasión dominante.

Envuelto en uno de aquellos anchos mantos que sustituyeron los romanos a la toga, mantos que con sus grandes pliegues desfiguraban el cuerpo completamente y con su capucha cubrían la cara, estaba Caleno sentado en el cuarto particular del tabernero, que daba por medio de un pasadizo a la furtiva entrada que tenían todas las casas de Pompeya.

Frente de él y sobre una mesa que los dividía, contaba el vigoroso Burbo con cuidado un montón de dinero que acababa de sacar de su bolsa el sacerdote, porque las bolsas eran entonces de uso tan general como ahora, con la sola diferencia de que, por lo común, estaban más provistas.

—Ya ves —dijo Caleno— que pagamos generosamente, y debes agradecerme que te haya proporcionado tan ventajoso ajuste.

—En efecto, primo, en efecto, —respondió Burbo amistosamente, metiendo las monedas en una bolsa de cuero que puso en su cinturón, cuya hebilla abrochó con más cautela que solía dentro de casa—; por Isis, Pisis y Nisis, en una palabra, ¡por todos los dioses del Egipto! Nydia es para mí un verdadero jardín de las Hespérides.

—Canta bien y toca como una musa —replicó Caleno—, y esas son habilidades que paga siempre con suma liberalidad el que me emplea.

—¡Es un Dios! —exclamó Burbo con entusiasmo—; todo hombre rico merece altares cuando es generoso. Pero vamos, antiguo compañero, una copa de vino y dame más noticias acerca de ese asunto. ¿Qué es lo que ella hace? Tiene miedo, habla de su juramento y no cuenta una palabra.

—Tampoco la diré yo, por mi mano derecha. Yo también he prestado ese terrible juramento de guardar silencio.

—¡Juramento!, ¿y qué son los juramentos para hombres como nosotros?

—Los de costumbre, es verdad, ¡pero este!...

Y el sacerdote se estremeció al hablar.

Sin embargo —continuó, bebiendo una gran copa de vino puro—, te confieso que no me detiene tanto el juramento que he prestado como la venganza del que me lo ha exigido. ¡Por vida de los dioses! es un gran mago que haría hablar a la luna, si sospechara que sabía el secreto. No hablemos de esto. ¡Por Pólux! a pesar de lo deliciosos que son los banquetes a que asisto en su casa, nunca estoy satisfecho; hijo mío, prefiero pasar una hora alegremente contigo y con una de esas muchachas sencillas y risueñas que vienen a este cuarto tan pobre y tan ahumado a llevarme una noche entera en nuestras magníficas orgías.

—Pues bien; mañana a la noche pasaremos un buen rato si los dioses *quieren*.

—Muy a mi gusto —dijo el sacerdote, frotándose las manos y acercándose a la mesa.

En aquel momento oyeron un ligero ruido a la puerta como de quien tentase buscando el picaporte. El sacerdote se caló la capucha.

—No es nada dijo el huésped; —será la ciega.

Nydia abrió la puerta y entró en el cuarto.

—¿Qué hay, hija mía, cómo estás? Te veo pálida; mucho has velado esta noche. Pero eso no vale nada; la juventud siempre es joven —dijo Burbo cuasi queriéndola alentar.

La niña no respondió y se dejó caer sobre un asiento con aire de cansancio. Varias veces mudó de color; daba pataditas en el suelo con impaciencia, y luego, levantando la cabeza de repente, dijo con tono resuelto:

—Señor, podéis dejarme morir de hambre si queréis; podéis pegarme, amenazarme con la muerte, pero no quiero ir a ese lugar profano.

—¿Qué dices, necia? —interrumpió Burbo con voz irritada y juntando las espesas

cejas sobre sus inflamados ojos; ¿qué dices, mal mandada? ¡Cuidado con lo que hablas!

—Ya lo he dicho —replicó la pobre niña cruzándose de brazos.

—¡Vaya la casta vestal! ¿Conque no quieres ir? ¡Pues bien! ¡Te llevarán!

—Yo alarmare la ciudad con mis gritos —dijo ella encolerizada y subiéndole el rubor a la frente.

—También habrá remedio para eso; llevarás mordaza.

—Entonces, ¡válganme los dioses! —dijo Nydia levantándose—; apelaré a los magistrados.

—*Acuérdate de tu juramento* —pronunció una voz sepulcral, la de Galeno, que por primera vez tomaba parte en la conversación.

A estas palabras se estremeció la pobre ciega y juntó las manos en ademán suplicante.

—¡Qué desgraciada soy! —exclamó prorrumpiendo en llanto.

No sabemos si fue o no el eco de sus sollozos lo que trajo allí a la amable Stratónica; lo cierto es que en aquel instante apareció en el cuarto su descarnada figura.

—¿Qué es esto?, ¿qué acabas de hacer a mi esclava, animal? —dijo a Burbo enfurecida.

—No te alteres, mujer —dijo él con tono semigruñón y semisumiso—. Tú tienes buenos trajes, ¿no es verdad? Pues en ese caso cuida de tu esclava o pronto te quedarás sin ellos. ¡*Vae capiti tuo*^[54]!

—¿Qué significa esto? —dijo la bruja mirando alternativamente al uno y a la otra.

Nydia, por un movimiento repentino, se apartó de la pared en que se apoyaba, y echándose a los pies de Stratónica, abrazó sus rodillas y levantó hacia ella sus ojos interesantes, aunque privados de la luz.

—¡Oh! señora mía —dijo sollozando—; sois mujer, habéis tenido hermanas, habéis sido joven como yo; apiadaos de mi; ¡salvadme! ¡No quiero ir más a esos horribles festines!

—¡Qué tonterías! —replicó la vieja, levantándola ásperamente por una de sus delicadas manos que nunca debieron emplearse en más rudo trabajo que el de tejer guirnaldas—; ¡qué tonterías! No son para esclavas semejantes escrúpulos.

—Escucha —dijo Burbo, haciendo resonar el contenido de la bolsa—; ¿oyes esta música, mujer? ¡Por vida de Pólux!, pues no la volverás a oír si no domas esa potranca.

—La muchacha está cansada dijo Stratónica haciendo una seña a Caleno; —ella será dócil cuando vos la necesitéis de nuevo.

—¡Vos, uos!, ¿quién hay aquí? —exclamó Nydia, dirigiendo los ojos alrededor del cuarto, con un movimiento tan terrible y tan expresivo que Caleno se levantó sobresaltado.

—No parece sino que ve —murmuró él.

—¿Quién está aquí? ¡Habladme en nombre del cielo! ¡Ah, si fueseis ciegos como yo... no seríais tan crueles!

Diciendo estas palabras volvió a deshacerse en lágrimas.

—¡Quitarla de ahí! —interrumpió Burbo impaciente—; no me gusta oír lloriquear.

—Ven —dijo Stratónica, empujando a la infeliz niña.

Retrocedió Nydia con un aire a que dio dignidad su firme resolución, y dijo:

—¡Escuchadme! Os he servido fielmente... yo que fui criada... ¡Oh, madre mía! ¡Pobre madre mía! ¿Pudiste pensar jamás que llegaría tu hija a esta situación? Enjugó una lágrima y continuó—: Mandadme cuanto queráis excepto eso; yo os obedeceré; pero a pesar de lo dura, severa e inexorable que sois, desde ahora lo declaro, no iré más; y si me obligan a ir, imploraré el auxilio del mismo Pretor. Lo he dicho: ¡escuchadme, poderosos dioses, lo juro!

Relucían de rabia los ojos de la vieja; cogió a la niña por los cabellos con la mano izquierda y levantó la diestra, aquella diestra que con el menor golpe era capaz de aplastar la endeble criatura que temblaba a su solo contacto. La misma Stratónica lo reflexionó así, porque se detuvo; cambió de proyecto y arrastrándola hacia la pared, cogió una cuerda que pendía de un garfio y que más de una vez había servido, ¡ay!, para iguales usos; pronto resonaron por toda la casa los penetrantes gritos de la azotada ciega.

Capítulo III

Hace Glauco una compra, que le saldrá cara con el tiempo

—¡Hola! muchachos —dijo Lepido bajando la cabeza para no darse en la puerta de la casa de Burbo—; hemos venido a ver quién de vosotros hace más honor a su *lanistci*.

Levantáronse los gladiadores por respeto a los tres recién llegados, conocidos entre los jóvenes más ricos y más elegantes de Pompeya, y que eran los árbitros de las reputaciones del anfiteatro.

—¡Qué hermosos animales! —dijo Clodio a Glauco; verdaderamente son dignos de ser gladiadores.

—¡Es lástima que no sean guerreros! —replicó Glauco.

Extraña cosa era ver al delicado y susceptible Lepido, a quien en un banquete parecía iba a cegar un rayo de luz, cuya naturaleza se había pervertido tan completamente, que era ya una criatura equívoca, producto de la molicie y de la industria; extraña cosa era, digo, ver al mismo Lepido, lleno de vida, de ardor y de energía, golpeando los espaciosos hombros de los gladiadores, con su blanca y afeminada mano, tentando muellemente sus férreos músculos; en una palabra, asombrado a la vista de aquella fuerza viril que había estado trabajando toda su vida para destruir en sí mismo.

Así estamos viendo, todos los días, a los imberbes galanes de Londres agruparse en torno de los héroes de *Fives-Court*; así los vemos admirándolos y calculando una apuesta; así vemos reunirse en contacto ridículo y triste a la vez, los dos extremos de la sociedad civilizada: a los patronos del placer y sus esclavos, los más viles de los esclavos; feroces y mercenarios, a un tiempo, prostitutas de nuestro sexo, que venden su fuerza como venden las mujeres sus encantos; bestias feroces en sus acciones, pero peores que bestias en sus cálculos, porque al menos aquellas no se mutilan recíprocamente por dinero.

—¡Ah! Níger —dijo Lepido— ¿cómo te bates, y con quién?

—Sporo me ha desafiado —respondió el gigante—, y creo que será el combate a muerte.

—Por supuesto —dijo Sporo, guiñando los ojos.

—Él toma la espada, y yo la red y el tridente; será soberbio juego; creo que al que sobreviva le pagarán lo bastante para sostener la dignidad de la corona.

—No tengas miedo; llenaremos tu bolsa. Héctor —dijo Clodio—; vamos, y tú, Níger, ¿combates? Glauco, una apuesta. Estoy por Níger.

—¿No os lo decía yo? —exclamó este con aire de triunfo—; el noble Clodio me conoce; ya puedes darte por muerto, Sporo.

Clodio sacó sus tablillas.

—Apuesto diez sextercios grandes, ¿qué dices?

—Está hecho —dijo Glauco—; pero ¿a quién tenemos aquí? Nunca había visto a este héroe.

Era Lydon a quien aludía Glauco. Sus miembros eran más sueltos que los de sus compañeros; tenía algo de gracioso en su estructura y de noble en sus facciones, que su profesión no había destruido del todo.

—Es Lydon —respondió Níger con aire de condescendencia—; joven que no se ha batido aún más que con espada de palo; pero tiene sangre en las venas: ha desafiado a Tetraidas.

—Él es quien me ha desafiado a mí dijo Lydon, —y yo he aceptado el desafío.

—¿Y cómo vas a batirte? —preguntó Lepido. Por mi parte te aconsejo que no te des mucha prisa por luchar con Tetraidas.

Sonrióse Lydon con aire desdeñoso.

—¿Es ciudadano o esclavo? preguntó Clodio.

—Ciudadano; todos los somos respondió Níger.

—Extiende el brazo, Lydon dijo Lepido, a fuer de inteligente.

Echando el gladiador una mirada significativa a sus compañeros, alargó un brazo que, aunque de menos circunferencia que los de sus camaradas, presentaba músculos tan fuertes y tan perfecta simetría en sus proporciones, que los tres jóvenes soltaron a la vez un grito de admiración.

—¡Bien! —dijo Clodio—. ¿Cuál es *tu* arma? preguntó con sus tablillas en la mano.

—Primero, debemos batirnos con el *cestus*; después, si quedamos vivos los dos, con la espada —dijo Tetraidas en tono desabrido.

—¡Con el *cestus*! —exclamó Glauco—; haces mal, Lydon; es lucha griega, la conozco muy bien. No tienes bastantes carnes para eso; créeme, huye del *cestus*.

—No puedo dijo Lydon.

—¿Y por qué no?

—Ya os lo he dicho; porque él me ha desafiado.

—Pero no te habrá obligado a utilizar precisamente este tipo de arma.

—Mi honor me impide solicitarle nada —respondió con altivez.

—Pongo por Tetraidas diez contra uno al *cestus*, y otro tanto a la espada. ¿Estás contento, Lepido?

—Aunque me ofrecieses tres contra uno, no aceptaría —dijo Lepido—; Lydon no se batirá nunca con la espada. Eres sumamente cortes.

—Y tú, Glauco, ¿qué piensas? —dijo Clodio.

—Acepto tres contra uno.

—¿Diez sextercios^[55] grandes, contra treinta?

—Sí.

Clodio escribió la apuesta en sus tablillas.

Perdonadme, mi noble patrono —dijo Lydon en voz baja a Glauco—; ¿cuánto creéis que ganará el vencedor?

¿Cuánto? Quizá siete sextercios grandes.

—¿Estáis seguro de que será tanto?

—Lo menos. Pero ¡qué mezquindad! pensar en el dinero y no en el honor. ¡Oh, romanos!, en todas partes sois lo mismo.

La bronceada frente del gladiador se cubrió de vergüenza.

—No me injuriéis, noble Glauco; pienso en lo uno y en lo otro; mas a no ser por el dinero, jamás me hubiera yo hecho gladiador...

—¡Así seas vencido! Un avaro nunca ha podido ser héroe.

—Yo no soy avaro —dijo Lydon con aire altivo y retirándose al otro extremo del cuarto.

—No veo por aquí a Burbo. ¿Dónde está? Necesito hablarle —expuso Clodio.

—Ahí dentro —contestó Níger, señalando con el dedo la puerta por donde se había metido.

—Y Stratónica, la buena vieja, ¿dónde está? —dijo Lepido.

—Estaba aquí un momento antes de entrar vos; mas ha oído por ahí dentro no sé qué cosa que no le gustaba, y ha desaparecido. ¡Por vida de Pólux! Puede que el viejo Burbo hubiese ocultado alguna muchacha. He oído alguna voz femenil que gritaba; la vieja es más celosa que Juno.

—¡Ah!, ¡eso sí que está bueno! —exclamó Lepido riéndose—. Vamos, Clodio, partamos con Júpiter; acaso haya atrapado alguna Leda.

En aquel instante un gran quejido hizo sobresaltar a todo el corro.

—¡Oh!, ¡piedad, piedad!, ¡soy una niña ciega!... ¿No es ya demasiado castigo?

—¡Oh, Palas! yo conozco esa voz; es la de mi pobre ramilletera —exclamó Glauco.

Y se lanzó como un rayo hacia el paraje de donde salían los gritos.

Empujó la puerta; vio a Nydia forcejeando en manos de la vieja irritada; la cuerda, teñida ya de sangre, estaba levantada para descargar..., ¡no cayó!

—¡Furia! —dijo Glauco cogiendo a Nydia de la mano izquierda—; ¿cómo te atreves a tratar así a una muchacha, a una persona de tu sexo, a una niña? ¡Nydia, pobrecita mía!

—¡Oh! ¿Sois vos? ¿Es Glauco? exclamó la ramilletera en un arrebato de alegría. Las lágrimas se detuvieron sobre sus mejillas; se sonrió, se le fue arrimando y besó su túnica.

—Y ¿cómo os atrevéis vos, insolente extranjero, a tomar partido entre una mujer libre y su esclava? ¡Por vida de los dioses!, ¡dudo que seáis ciudadano de Roma, a pesar de vuestra hermosa túnica y de vuestros sucios perfumes!

—Cortesía, señora, cortesía —dijo Clodio, entrando con Lepido—; este es un amigo y mi hermano, y es preciso que esté al abrigo de vuestra lengua, hermosa mía, porque descalabra.

—Volvedme mí esclava —exclamó el marimacho, poniendo su enorme puño en el pecho del griego.

No tal, aunque os vinieran de auxilio todas las furias, vuestras hermanas —respondió Glauco—. Nada temas, pobre Nydia; un ateniense nunca abandonó a los desgraciados.

—¡Hola! —dijo Burbo levantándose como con disgusto—; ¿a qué tanto ruido por una esclava? Mujer, deja en paz a ese caballero, déjale y por esta vez perdona en su nombre a esa insolentuela.

Al decir esto apartó, o más bien arrastró a su feroz compañera.

—Me parece que había aquí un hombre cuando entramos —dijo Clodio.

—Se marchó.

El sacerdote de Isis había conocido que, en efecto, era ocasión de desaparecer.

—Era un amigo mío, un cofrade, un hombre pacífico que no le gustan las riñas —dijo Burbo con indiferencia. Después añadió dirigiéndose a Nydia—: Pero quítate, muchacha, que vas a rasgar la túnica de ese señor; si le tiras con tal fuerza... anda, ya estás perdonada.

—¡Oh, por favor, no me abandonéis! —exclamó Nydia agarrada aún a la túnica del ateniense.

Movido de su triste estado, del llamamiento que había hecho a su compasión y de mil gracias inexplicables que reinaban en todo su ser, sentóse el griego en uno de los groseros bancos que adornaban la pieza. Tomó a la niña sobre sus rodillas, enjugó con sus propios cabellos la sangre que corría de sus hombros, y con sus besos las lágrimas que humedecían sus mejillas; le dijo al oído todo cuanto se dice para acallar a un niño; y tan interesante estaba, ocupado en aquella atención dulce y consoladora, que hasta se conmovió el corazón de la feroz Stratónica. Su presencia esparcía cierto lujo en aquella mísera habitación. Joven, hermoso y brillante, parecía la imagen de la felicidad en la tierra, tratando de consolar a un ser abandonado del mundo.

—¿Quién había de creer que gozara de tanto honor nuestra ciega Nydia? —dijo la vieja secándose la frente.

Glauco levantó los ojos hacia Burbo.

—Buen hombre —le dijo—, esta joven es esclava vuestra; sabe cantar y entiende el cultivo de las flores; deseo regalar a una señora una esclava de estas prendas. ¿Queréis vendérmela?

Mientras pronunciaba estas palabras, sintió estremecerse de alegría todos los miembros de la desventurada niña. Se levantó de pronto, apartó los cabellos de su frente y miró a su alrededor como si hubiera tenido vista.

—¡Vender nuestra Nydia! No por cierto —dijo Stratónica con tono resuelto.

Dejóse aquella caer dando un hondo suspiro, y tornó a asirse de la túnica de su protector.

—Todo eso son majaderías —repuso Clodio con aire imperioso—; es menester que me sirváis. ¡Qué! ¡Burbo!, ¡qué, abuela! ¿No reflexionáis que si me ofendéis

puedo perderos? ¿No es Burbo cliente de mi primo Pansa? ¿No soy el oráculo del anfiteatro y de sus héroes? Con una palabra que diga, vais con vuestros cántaros a otra parte, y no volveréis a vender una gota de vino. Glauco, tuya es la esclava.

Burbo se rascó la cabeza con visible confusión.

—Esta muchacha vale para mí lo que pesa de oro.

—Fijad precio, soy rico —dijo Glauco.

Los antiguos italianos, lo mismo que los modernos, siempre estaban dispuestos a vender todo, mucho más a una pobre ciega.

—Me costó seis sextercios grandes; pero ahora vale doce —murmuró Stratónica.

—Os daré veinte; venid al instante a casa del magistrado, y de allí a la mía por el dinero.

—Si no hubiera sido por servir al noble Clodio, no me desharía yo de esa buena muchacha por cien sextercios —dijo Burbo en tono que quiso hacer sentimental—. Ilustre Clodio, espero que digáis algo a Pansa de la plaza de *designator* (acomodador) en el anfiteatro; es cosa que me convendría.

—La tendrás —contestó Clodio. Después dijo a Burbo al oído—: Ese griego puede hacer tu suerte: pasa el dinero por sus dedos como el agua por una criba. Bien puedes señalar este día con greda blanca, Priamo.

—¿*An dabis*? (por ventura darás) dijo Glauco.

Estas palabras eran la fórmula establecida para la compraventa.

—*Dabitur* (se dará) —respondió Burbo.

—¿Conque me voy a marchar con vos?, ¡con vos! ¡Qué felicidad! murmuró Nydia.

—Sí, hermosa niña, y en adelante, tú más penoso trabajo será cantar tus himnos griegos a la señora más amable de Pompeya.

La joven se desprendió de sus brazos, su rostro perdió de repente la viveza que le animaba; suspiró, y volviendo a cogerle después la mano, dijo:

—Yo pensé que iba a ir a *vuestra* casa.

—Eso es lo que vas a hacer ahora; ven... no perdamos tiempo.

Capítulo IV

El rival de Glauco da cerca del blanco

Era Ione uno de esos seres brillantes que encontramos una o dos veces a lo más en el tránsito de la vida. Reuma hasta la perfección los dos presentes más raros de la Naturaleza: talento y hermosura. Nadie poseyó sin saberlo cualidades intelectuales más elevadas; interesante consorcio es el de la modestia con el mérito; pero cuando el mérito es grande, el velo de esa modestia que tanto se admira no se le oculta nunca al que le tiene. La orgullosa conciencia de ciertas cualidades, que no puede revelar a las personas de su círculo habitual, es lo que da al talento ese aire tímido reservado y un tanto confuso que lisonjea cuando se le encuentra; simple mortal, no te engañes hasta el punto de atribuir el embarazo de ese grande hombre a que ignora su superioridad sobre ti. Lo que tú tomas por modestia no es más que la lucha del amor propio. Demasiado sabe la inmensa distancia que hay de ti a él; se ve desconcertado porque en los lugares donde se encuentra se halla de repente rebajado a tu nivel. No tiene palabras ni ideas, ni relaciones para hombres como tú; la inferioridad *tuya*, no la suya, es la que le desconcierta.

Ione conocía su talento; mas con esa encantadora versatilidad que caracteriza a las mujeres, sabía lo que no pueden hacer nunca los hombres de inteligencia semejante a la suya: plegarla al alcance de todos los que trataba. El caudaloso manantial lo mismo vertía sus aguas sobre la arena, que sobre la roca, que sobre las flores; por todas partes refrescaba, sonreía y deslumbraba. Le sentaba bien aquel orgullo, resultado natural de la superioridad que ella convertía en independencia. Andaba, pues, un camino brillante y solitario por donde iba sola; no consultaba a matrona alguna para dirigir sus pasos; seguía sin otra luz que la de su inalterable pureza. No obedecía a lisos tiránicos y absolutos; al contrario, amoldaba las costumbres a su voluntad, pero con una gracia tan delicada y femenil, con tan exquisito tino, que nunca parecía que *violaba* los usos, sino que los *establecía*. Bien pudiera no amarse a Ione: acaso era de una naturaleza hartamente sublime para inspirar amor a inteligencias vulgares; mas si se la amaba había de ser hasta la adoración. Era inagotable el tesoro de sus gracias; embellecía las acciones más comunes; su palabra, su mirada, eran mágicas. Amándola se entraba en un nuevo mundo, muy lejos de esta tierra tan común y tan prosaica. Se estaba en una región donde todo se veía al través de un velo encantado. En su presencia se creía oír una música deliciosa; se llenaba uno de aquella sensación celestial que inspira también la música; de aquella embriaguez que purifica y eleva, que se apodera de los sentidos, pero que los hace participar del carácter del alma.

Era para dirigir y fascinar a hombres de carácter superior a los demás. Al amarla

se unían dos razones: la del amor y la de la ambición; se aspiraba a realizarse adorándola. No es, por lo tanto, extraño que hubiese subyugado el alma misteriosa pero ardiente del egipcio, alma que alimentaba las más terribles pasiones. Su hermosura y su talento le encantaban igualmente.

Separado Arbaces también del resto del mundo, gustaba de aquel osado carácter que sabía aislarse en medio de las cosas comunes. No veía, o no quería ver, que semejante aislamiento la alejaba de él aun más que del vulgo. Su soledad difería tanto de la de ella como un polo del otro, como la noche del día. Él estaba solitario por sus vicios graves y sombríos; ella, por lo rico de su imaginación y por la pureza de su virtud.

Si no era, pues, extraño que hubiese encadenado Ione el corazón del egipcio, menos lo era aún que tan pronto y tan irremediabilmente hubiera herido el del feliz y brillante ateniense. Su expansiva vivacidad, su temperamento de fuego le habían precipitado en el torbellino de los placeres. Entregándose a la disipación de su siglo, seguía la corriente de la juventud y del vicio. La alegría y el esplendor de su vida alumbraban los abismos y cavernas que encontraba en su camino. Su imaginación le perdía, pero nunca se corrompió su corazón. Con más talento del que sus compañeros le suponían, no dejaba de conocer querían vivir a expensas de su riqueza y de su juventud; pero no apreciaba el dinero sino por los placeres que proporciona, y la edad era el principal lazo que le unía a ellos.

Reflexionaba que había pensamientos más nobles, objetos más dignos de él que los pensamientos y el objeto que se seguía en los deleites; mas el mundo era entonces un gran calabozo; su imperial carcelero el soberano de Roma, y las mismas virtudes que le habrían inspirado ambición en los hermosos días de su patria, le hacían apático y descuidado en la servidumbre general de la tierra. Porque en aquella civilización violenta y más aparente que real, estaba prohibido todo cuanto hay de noble en la rivalidad. La ambición en una corte despótica y voluptuosa no es más que la lucha de la adulación y de la astucia. Por otra parte, la avaricia era el único estímulo de la ambición; los hombres buscaban solo preturas y provincias, tener el derecho de saqueo. En los Estados pequeños es donde nace la gloria más activa y más pura; cuanto más reducida es la circunferencia del círculo, tanto más ardiente es el patriotismo. Allí es fuerte y concentrada la opinión; todos los ojos se fijan en las acciones del individuo; sus móviles públicos se fundan en vínculos privados; cada punto de su pequeña esfera está lleno de personas que le conocen desde la infancia; los aplausos de sus conciudadanos son caricias de amigo.

Pero en los grandes Estados el teatro es solo la corte; las provincias que no hemos conocido, cuyo lenguaje y cuyas costumbres ignoramos, no tienen derecho alguno a nuestro patriotismo; los abuelos de sus habitantes no son los nuestros; en la corte deseamos el favor en vez de la gloria; lejos de la corte nos abandona la opinión pública y el egoísmo no tiene contrapeso.

¡Italia! ¡Italia! En el momento que escribo, tu cielo cubre mi cabeza, tus mares se

agitan a mis pies; no escuches la ciega política que quisiera unir en un solo imperio todas tus ciudades llorando su libertad republicana, ¡ilusión falsa y perniciosa! Tu sola esperanza de regenerarte está en la división. Florencia, Milán, Venecia, Génova, aún pueden ser libres con tal que lo sea cada una de por sí. Pero no soñéis con la libertad del todo cuando reducís las partes a la esclavitud; el corazón debe estar en el centro del sistema; la sangre, circular libremente por todas partes; en las grandes asociaciones no se ven más que gigantes débiles, hinchados de viento, con la cabeza estúpida y paráliticos los miembros, siendo castigados con males y con debilidad por haber querido exceder las proporciones naturales de la salud y del vigor.

Replegadas en sí mismas las más fogosas cualidades de Glauco, no hallaban salida sino por aquella excesiva imaginación que daba gracia al placer y poesía al pensamiento. Mas valía el reposo que la lucha con parásitos y esclavos, y aunque no pudiera ennoblecerse la ambición podía purificarse el lujo. Pero cuanto había de excelente y de brillante en el alma de Glauco se despertó a la vez cuando conoció a Ione. Su corazón era un imperio digno de la ambición de un semi-dios; con adquirirle, se cubría de una gloria que los impuros vapores de una sociedad corrompida eran incapaces de manchar y de oscurecer. Así, en todos los tiempos, en todos los gobiernos, encuentra el Amor sitio para colocar sus altares. Y ¿por ventura hubo nunca en los siglos cuya divisa fue la gloria, triunfo más hermoso y más satisfactorio que la conquista de un solo corazón elevado?

Ora fuese por ese sentimiento o por otro, lo cierto es que se ennoblecieron las ideas de Glauco; enaltecióse su alma y se desplegaba así en presencia de Ione.

Si era natural que él amase, también lo era que ella le correspondiese. Joven, brillante, elocuente, enamorado y ateniense, era a sus ojos la poesía encarnada del país de sus padres. No semejaban a criaturas de un mundo cuyos elementos son la guerra y el dolor, sino a objetos que no se ven más que en los hermosos días de la naturaleza; tales eran la lozanía y el encanto de su juventud, de su hermosura y de su amor. Parecían no pertenecer a esta tierra grosera y degradada, sino al siglo de Saturno y a los sueños de los semidioses y ninfas. Hubiérase dicho que la poesía de la vida encontraba en ellos su gracia y su calor primitivos, y que se concentraban en sus corazones los últimos rayos del sol de Délos y de Grecia.

Pero si Ione mostraba independencia en su modo de vivir, no por eso era menos vigilante ni susceptible su modesto orgullo. Las mentiras del egipcio descubrían un profundo conocimiento de ella. Lo que la dijo de la grosería y poca delicadeza de Glauco la hirió hasta lo más vivo; lo sintió como una reconvención hecha a su carácter y a su método de vida, sobre todo como castigo de su amor. Reconoció por primera vez la imprevisora prontitud con que había cedido a él; se avergonzó de una debilidad que midió en toda su extensión, estremeciéndose; se figuró que aquella debilidad era lo que le había atraído el desprecio de Glauco; sufrió el castigo más cruel que puede afligir a un alma noble: ¡la humillación! Y, sin embargo, no se resentía menos su amor que su orgullo. Si en un momento dirigía a media voz

reconvenciones a Glauco, Si por un instante renunciaba a él y casi le aborrecía, en seguida se deshacía en apasionadas lágrimas; su corazón le revelaba su flaqueza, y en la amargura de su dolor decía: «¡Me desprecia!, ¡no me ama!». Al punto que marchó el egipcio se retiró ella a la pieza más recóndita de la casa, despidió sus doncellas y cerró la puerta a muchas gentes que la visitaban, incluso Glauco. Él lo extrañó, pero no adivinó el motivo; nunca sospechó en Ione, su reina, su diosa, los caprichos femeniles de que se quejan sin cesar los poetas eróticos de Italia. La juzgaba, en la majestad de su candor, exenta de todos los artificios que atormentan a un amante; se sintió afligido, Si bien no se debilitaron sus esperanzas, porque sabía ya que amaba y era amado; ¿qué más quería para defenderse del temor? A la mitad de la noche, cuando hubo silencio en la calle y fue la luna único testigo de su culto, se dirigió a la casa de ella porque como dice Atheneo, el hogar de la que se ama es el verdadero templo de Cupido^[56], y le adornó a estilo de su patria. Cubrió el dintel de la puerta con ricas guirnaldas, cuyas flores todas expresaban el exceso de su pasión, y encantó una noche de verano con los sonidos del laúd de Lycia y con versos que compuso en la inspiración de momento.

Mas la ventana no se abrió; no vino una sonrisa a aumentar el brillo de aquella hermosa noche. Todo permaneció sombrío y en silencio; no descubrió si eran bien recibidos sus versos \ apreciada su serenata.

Sin embargo, Ione no dormía, ni se desdeñaba de escucharle. Subieron hasta su cuarto aquellos dulces sonidos; la consolaron y la persuadieron. Al escucharlos, ya no creía en lo que le habían dicho contra su amante; pero cuando cesó de oír su voz, cuando se fueren alejando sus pasos, se disipó el encanto; y en la amargura de su alma llegó hasta ver una nueva afrenta en aquella delicada galantería.

He dicho que cerró su puerta a todo el mundo; mas había la excepción de una persona que no se dejaba rechazar y que, en cierto modo, se atribuía la intimidad de un padre sobre sus acciones y en su casa. No quiso Arbaces someterse a las órdenes dadas para los demás; forzó la consigna con la libertad de un miembro de familia que usa de un privilegio que le pertenece, y penetró hasta su soledad con aquel aire fácil y tranquilo que se toma cuando se obra del modo más natural del mundo. A pesar de la independencia del carácter de Ione, había conseguido él con su astucia ejercer sobre ella un inmenso influjo secreto a que no podía sustraerse; alguna vez lo pensó y lo deseó; pero nunca llegó a dar la batalla campal. La fascinaba su mirada de serpiente, la prendía, la manejaba con la magia de su talento muy avezado a infundir miedo y a subyugar. No teniendo la más leve idea de su verdadero carácter, o del oculto amor que le inspiraba, sentía hacia él el respeto que siente el genio hacia la sabiduría, hacia la virtud, hacia la santidad. Le miraba como a uno de aquellos poderosos sabios antiguos que habían adquirido los misterios de la ciencia por estar exentos de las pasiones humanas. Lejos de reputarle semejante a ella y perteneciente a la tierra, le creía un oráculo misterioso y sagrado. No le amaba, pero le temía; le era desagradable su presencia, le acibaraba sus mejores ratos. Su aspecto altivo y helado

recordaba una de esas altas montañas, que hacen sombra al sol. A pesar de eso, nunca pensó prohibirle sus visitas; se conservaba pasiva bajo el influjo que nacía en su corazón, y que no le causaba repugnancia, sino cierta inmovilidad de terror.

Arbaces, por su parte, resolvió desplegar en adelante todas sus mañas para apoderarse del tesoro que codiciaba con tanto afán. Se engreía orgulloso y satisfecho de la victoria que obtuviera sobre el hermano de Ione. Desde el momento en que cayó bajo el encanto voluptuoso de la fiesta que hemos descrito, conoció que estaba asegurado su imperio sobre él. Bien sabía que no hay víctima más segura que un joven fogoso que se abandona por primera vez al yugo de los sentidos.

Cuando despertó Apecides, con la luz del día, del profundo sueño que había sucedido al delirio de la sorpresa y del placer, se vio sorprendido y avergonzado cruelmente. Resonaba en su oído el voto de austeridad y de celibato que había hecho; en aquella fuente impura había ido a apagar su sed de santidad. Pero Arbaces conocía bien los medios necesarios para asegurar su victoria. De la iniciación en el placer condujo al punto al joven sacerdote al de su misteriosa sabiduría. Descubrió a sus atónitos ojos los secretos de la triste filosofía del Nilo, aquellos secretos sacados de los astros como los de la alquimia, que en un siglo en que la misma razón era hechura de la fantasía podían pasar por los tesoros de una magia divina. Arbaces le pareció al hermano de Ione un hombre superior a la humanidad y dotado de dones sobrenaturales. El ardiente deseo de poseer la ciencia que no pertenece a la tierra, deseo que consumió a Apecides desde niño, quedó halagado hasta el punto de turbar su razón. Se entregó a los artificios de quien le acariciaba a un mismo tiempo las dos pasiones más imperiosas de la humanidad: la del placer y la de la ciencia. No podía el creer cupiesen yerros en un sabio, y menos que un ser tan sublime se rebajara hasta engañar. Envuelto en la red de las moralidades metafísicas, se aprovechó de la excusa con que el egipcio había convertido el vicio en virtud. Sin saberlo él, se lisonjeaba su vanidad con que se hubiese dignado ponerle a su nivel, eximiéndole de las leyes que rigen al vulgo y haciéndole participar de los místicos estudios y de las mágicas ilusiones de su propia soledad. Las nuevas pasiones habían borrado de su memoria las lecciones puras y severas de la creencia a que probó Olintho a convertirle; y el egipcio, que estaba versado en los dogmas de la verdadera fe, y que no tardó en saber por su pupilo el efecto que sus sectarios habían producido en él, se esforzó con bastante maña en destruir aquel efecto con una serie de razonamientos medio graves, medio irónicos.

—Esa religión —le dijo— no es más que un plagio; está tomada de las muchas alegorías fingidas por nuestros antiguos sacerdotes. Mira -añadió, enseñándole un cuadro jeroglífico—: mira en esas figuras el origen de la Trinidad cristiana. Ahí tienes también tres dioses: el Padre, el Espíritu y el Hijo. Observa que el epíteto del Hijo es el *Salvador*; observa también que la señal con que se designan sus cualidades humanas es la cruz^[57]; por último, ahí tienes la historia mística de Osiris, que se reviste de la muerte, le meten en el sepulcro, y para realizar una solemne expiación

resucita entre los muertos. Nuestro solo objeto en esta historia es pintar bajo una forma alegórica las operaciones de la naturaleza y el movimiento de los cielos eternos; pero siendo desconocido el sentido alegórico, los mismos tipos han suministrado a las naciones crédulas materia para una porción de religiones.

Estos tipos han viajado hasta por las vastas llanuras de la India; se han contundido con los sueños filosóficos de los griegos, y haciéndose cada vez más groseros y materiales a medida que se alejaban de las sombras de su antiguo origen, han ido tomando una forma humana y palpable en esta nueva fe. Los sectarios del Dios de Galilea son, sin saberlo, ecos de una de las imposturas del Nilo.

Este último argumento acabó de subyugar al sacerdote. Sintiendo, como todos los hombres, la necesidad de creer en alguna cosa, se sometió plenamente, sin repugnancia, a la fe que Arbaces trataba de inculcarle y a la cual le arrastraban también la pasión, la vanidad y el placer con todo lo que tienen de lisonjero y de atractivo.

Concluida esta conquista con facilidad, pudo al fin el egipcio entregarse sin reserva al logro de un objeto mucho más importante y más querido para él: en el éxito que obtuvo con el hermano, creyó ver un presagio de lo que le esperaba con la hermana.

Habíala visitado, al siguiente día de la crapulosa escena que hemos descrito y de haberla indispuerto con Glauco. La volvió a ver después varias veces, y siempre cuidó con mañoso ardid o de confirmar la impresión que había producido contra su rival o de prepararla a las que él quería producir en favor suyo. La altiva Ione procuraba ocultar su dolor; que el orgullo de la mujer usa una hipocresía capaz de engañar al hombre más penetrante y de hacer fracasar al más astuto. Tampoco a Arbaces le faltó discreción para hablar del asunto que le convenía, dándole muy poca importancia; sabía que recalcando mucho las faltas de un rival no se suele conseguir más que darle valor a los ojos de su amada. Por consiguiente, el modo más cuerdo no es manifestar un odio violento ni un desprecio amargo contra él, sino rebajarle en tono de indiferencia como si no se creyera posible que fuese amado. El mérito está en ocultar la herida hecha al amor propio y en alarmar insensiblemente el de la persona árbitra de nuestro destino. Tal será siempre la política del que conozca los secretos del bello sexo: tal fue la del egipcio.

No se trató ya de la presunción de Glauco; hablo de él, pero lo mismo que de Clodio y de Lepido. Afectó darles la propia importancia, cual a seres de una clase inferior, cual insectos efímeros con todas las cualidades de la mariposa, menos su gracia y su inocencia. Algunas veces hablaba de ciertas orgías que él inventaba y de que los hacía cómplices; otras los citaba como el tipo más contrario de aquella naturaleza sublime y espiritual que descollaba en Ione. Cegado por el orgullo de esta y por el suyo, no presumió ni un instante que estuviese ya enamorada; pero sí temió diera a Glauco aquella preferencia vaga que conduce al amor; y en secreto rechinó los dientes de rabia y de celos, recordando la juventud y las brillantes prendas del

formidable rival a quien trataba de desacreditar.

Cuatro días después de su primera explicación estaban sentados juntos Arbaces e Ione.

—Usas velo dentro de casa —dijo el egipcio— y eso es poco galante para los que honras con tu amistad.

—Pero ¿qué le importa a Arbaces? —respondió Ione, que en efecto tenía echado el velo para cubrir sus ojos enrojecidos de llorar—. ¿Qué le importa que esté cubierto el rostro, si él no se cuida más que del alma?

—Es verdad que solo me cuido del alma —respondió Arbaces—; pero por eso mismo es preciso que me enseñes el rostro para que la vea pintada en él.

—Muy galante te hace el aire de Pompeya —observó ella con una alegría forzada.

—¿Y piensas, hermosa Ione, que ha sido en Pompeya dónde he aprendido yo a apreciarte?

La voz del egipcio temblaba; se detuvo un momento, y después continuó:

—Existe un amor, hermosa griega, que no es el amor de los jóvenes irreflexivos; el de que yo hablo no ve con los ojos, no oye con los oídos: es el alma que se enamora del alma. ¡El compatriota de tus antepasados, aquel Platón criado en una caverna, soñó un amor de esta clase; sus discípulos trataron de imitarle; pero no es amor que pueda comprender el vulgo! Solo le conciben las naturalezas nobles y sublimes; nada tiene de común con los vínculos y simpatías de los afectos groseros. Las arrugas no le arredran, ni la fealdad le repugna; cierto es que busca la juventud, mas es la juventud de las emociones; busca la belleza, mas es la belleza del pensamiento y del alma. Este, ¡oh Ione!, es el único amor digno de ofrecérsese por un corazón frío y austero. Me crees frío y austero y tal es el amor que me atrevo a presentar en tus altares. Puedes aceptarle sin reparo.

—¡Y el nombre de ese amor es Amistad! —respondió Ione. Su respuesta era la de la inocencia; mas parecía dada como si penetrase los designios del que acababa de hablar.

—¡Amistad! —dijo Arbaces con vehemencia—, no; ese es un nombre harto profanado para aplicarle a un sentimiento tan alto. ¡Amistad! ¡Es un lazo que solo une a los locos y a los libertinos! ¡Amistad!, es el vínculo que liga los corazones frívolos de un Glauco y de un Clodio. Amistad, no; ese es un afecto absolutamente terrestre, cuyos hábitos son vulgares y despreciables sus simpatías. El sentimiento de que yo hablo, procede del cielo; participa de ese deseo místico e inefable que sentimos al contemplarle. Abrasa, pero acrisola; es una lámpara de nafta en una urna de alabastro, exhalando los perfumes más deliciosos y que brilla solo al través de las materias más puras. No; no es amor ni amistad lo que Arbaces siente por Ione. No busques el nombre de ese sentimiento; no existe en el lenguaje de los mortales, porque no pertenece a la tierra. ¿A qué rebajarle aplicándole epítetos e ideas terrestres?

Nunca había avanzado tanto Arbaces; mas solo avanzaba tanteando

prudentemente el terreno. Sabía que aquel lenguaje debía parecer extraño, y como no le daba ninguna significación fija, quedaba en libertad de adelantar o retroceder imperceptiblemente, según se presentara la ocasión y según preponderase el temor o la esperanza.

Ione temblaba sin saber por qué; el velo encubría sus facciones y una expresión que a ser vista por el egipcio hubiera excitado al punto su cólera y destruido sus ilusiones. Nunca la había disgustado tanto; resonaban para ella de una manera desagradable las modulaciones armoniosas de la voz más persuasiva que sirvió jamás para ocultar pensamientos impíos. Su alma estaba toda llena de Glauco, y le repugnaban y ofendían acentos de ternura en boca de otro. Sin embargo, no pensaba se escondiese en sus palabras pasión más ardiente que el platonismo que pintaba. Tenía el convencimiento de que no le profesaba otro afecto ni otra simpatía que la dicha por él. Pero ¿no eran precisamente aquel afecto y aquellas simpatías lo que experimentaba ella por Glauco? ¿Y quién, que no fuera él, podía prometerse penetrar hasta el fondo de su corazón?

Deseando mudar cuanto antes de conversación, respondió con tono frío e indiferente:

—Siempre que Arbaces se digna honrar a alguno con su estimación, es natural que su alta sabiduría dé a este sentimiento el colorido que le es propio. Es natural que su amistad sea más pura que la de los otros hombres, de cuyos errores y preocupaciones no participa. Pero dime, Arbaces, ¿hace mucho tiempo que no has visto a mi hermano? Días ha que no ha venido, y la última vez que le vi me alarmó y puso en cuidado su conducta. Temo haya ido demasiado deprisa en elegir una profesión tan grave, y que se arrepienta de un paso irremediable.

—No tengas cuidado, Ione —respondió el egipcio—; es cierto que ha sentido inquietud y tristeza de algún tiempo a esta parte; se ha visto lleno de dudas, que no podían menos de asaltar el espíritu de un hombre cuyo ardiente temperamento nunca descansa, y que oscila siempre entre el entusiasmo y el hastío. Pero vino a verme en su inquietud y en su disgusto; ha buscado el amigo que le compadecía y le amaba. He sabido sosegar su alma; he disipado sus dudas; desde el umbral de la sabiduría le he hecho entrar en el templo, y su alma se ha consolado ante la majestad de la diosa. Nada temas; no conoce ya el arrepentimiento; los que se fían de Arbaces pueden experimentar un solo instante.

—¡Me das la vida!, ¡querido hermano! —respondió Ione—. Su dicha me hace dichosa.

Giró después la conversación sobre objetos menos graves; nada omitió el egipcio para agradar, y hasta se dignó hacer esfuerzos para divertir; la vasta extensión de sus conocimientos le facilitaban adornar y esclarecer todas las materias de que hablaba; y olvidando Ione el mal efecto de sus primeras palabras, se dejó llevar por la magia de su talento a pesar de su tristeza. Desterró poco a poco lo forzado de sus modales y de su lenguaje, y Arbaces, que acechaba esta ocasión, la aprovechó al momento.

—No has visto el interior de mi palacio. Creo que te interesara: contiene algunas habitaciones que explican lo que tantas veces me has pedido te describa: la distribución de una casa egipcia. Ciertamente que las pequeñas y mezquinas proporciones de la arquitectura romana no te darán idea de la maciza solidez, vasta extensión, gigantesca magnificencia y construcción doméstica de los palacios de Menfis y de Tebas; pero verás por doquiera detalles que podrán darte una pequeña idea de las antiguas costumbres que han civilizado el mundo. Consagra, pues, al severo amigo de tu juventud una de estas hermosas noches de verano, y permite que mi triste morada se glorifique con la presencia de esa Ione a quien todos admiran.

No recelando los peligros que la esperaban en aquella casa impura consintió sin dificultad, y se fijó la noche siguiente para la visita. Marchóse el egipcio con rostro sereno, pero agitado el corazón por una alegría feroz y sacrílega. Apenas salió, cuando anunciaron a una persona extraña; mas ya es tiempo de que volvamos a Glauco.

Capítulo V

La pobre tortuga. Nuevo cambio en la suerte de Nydia

El sol de la mañana alumbraba el aromático jardincillo encerrado en el peristilo de la casa del ateniense. Hallábase este tendido caviloso y pensativo sobre el espeso césped que crecía entre los arriates del *viridarium*. Un dosel alzado sobre su cabeza le defendía de los ardientes rayos de un sol de estío.

Cuando se exhumó esta linda habitación se encontró en el jardín la concha de una tortuga que le había habitado^[58]. Este animal, que forma tan extraño anillo en la creación, a quien la Naturaleza ha negado todos los placeres de la vida excepto su percepción pasiva, o más bien la de sus ilusiones, estuvo en la casa mucho antes de que la comprase Glauco, se perdía en la memoria de los hombres la fecha que la tradición le asignaba fue construida y reparada, cambiaron sus propietarios, sucedieronse unas generaciones a otras, y la tortuga continuaba en ella arrastrando su lenta y fría existencia. Cuando el terremoto de diez y seis años antes hizo tantos estragos en todas los edificios públicos de la ciudad, obligando a huir a sus consternados habitantes, también la casa de Glauco padeció terriblemente; estuvo abandonada bastante tiempo. Cuando al volver el dueño quitó los escombros que cubrían el *viridarium*, todavía se encontró la tortuga intacta, y sin sospechar siquiera la destrucción que le rodeaba. En su lánguida sangre e imperceptibles movimientos parecía existir una vida encantada; sin embargo, no era tan apática; observaba una conducta regular y monótona; recorría paso a paso su reducido campo, en lo que necesitaba emplear varios meses. ¡Qué infatigable viajera!

Hacía penosa y pacientemente los viajes que se había impuesto sin tomarse el menor interés por los objetos que la rodeaban. Era una tortuga filósofa concentrada en sí misma; había algo de grande en su egoísmo solitario. El sol que la calentaba, las aguas que la humedecían, el aire que insensiblemente respiraba eran sus únicos goces; pero en cambio nunca le faltaban. Las mudanzas de estaciones, tan poco sensibles en aquellos dichosos climas, no le hacían mella; se encerraba en su concha como el santo en su piedad, el sabio en su filosofía y el amante en sus esperanzas.

Impenetrable a los trastornos y a los cambios del tiempo, ofrecía un emblema del tiempo mismo, lento, regular, perpetuo, ignorante de las pasiones que se agitan a su alrededor y de los padecimientos de la Humanidad. ¡Pobre tortuga! para apagar la débil chispa de su existencia, se necesitaron nada menos que erupciones de volcanes y sacudimientos de tierra. La inexorable Parca, que no perdona rango ni hermosura, pasaba sin detenerse en un ente cuya muerte parecía no ser más que una leve alteración de su existencia.

El joven griego, tan vivo y tan lleno de regocijo, experimentaba por este animal cuánta admiración y afecto nacen de los contrastes. Le acontecía a veces pasar las horas muertas contemplando su marcha rastrera y filosofando sobre su estructura. La despreciaba en su alegría, y en su dolor la envidiaba.

Mirándola en aquel momento, echado en el césped, decía para sí el ateniense:

—El águila deja caer de sus garras una piedra para romper su concha; cae, y abre la cabeza a un poeta. Esta es una alegoría del destino. Criatura impasible, has tenido padre y madre; hace muchos siglos que quizá tuviste también una compañera. ¿Amaron tus padres?, ¿amaste tú?, ¿corría tu lánguida sangre con más rapidez cuando te acercabas a la tortuga que querías? ¿Has sido capaz de querer? ¿Te afligías cuando no estabas a su lado? ¿Sentías su presencia? ¡Qué no daría yo por penetrar la historia de tu acorazado seno, por contemplar el mecanismo de tus débiles deseos, por saber a punto fijo la imperceptible diferencia que debe de existir entre tu dolor y tu alegría! Sin embargo, se me figura que te percatarías de la presencia de Ione. El aire te parecería más dulce al acercarse ella, y el sol más brillante. Te tengo ahora envidia, porque no sabes que está ausente. Y yo. ¡Qué no pudiese ser como tú!... mientras no la veo. ¡Qué duda, qué presentimiento me atormenta! ¿Por qué no quiere recibirme? Días enteros han pasado desde que oí su voz. Por primera vez se me hace pesada la vida. Estoy como quien queda solo en un banquete, cuando las lámparas están apagadas y las flores marchitas. ¡Ah, Ione! ¡Si supieras cuánto te adoro!

La llegada de Nydia interrumpió los amorosos sueños de Glauco. Venía por el *tablinum* de mármol con paso ligero, pero cauteloso. Atravesó el pórtico y se detuvo delante de las primeras flores del jardín. Traía una regadera en la mano y echó agua a las sedientas plantas, que parecían reanimarse ya solo con su presencia. Bajóse ella a respirar su perfume; las tocaba con timidez y cariño, corría los dedos a lo largo de los tallos para descubrir si alguna hoja muerta o algún reptil echaba a perder su belleza, y al ir pasando de flor en flor, por su fisonomía seria, aunque llena de juventud y graciosos movimientos, cualquiera hubiese dicho que era una ninfa de la diosa de los jardines.

—Nydia, hija mía —dijo Glauco.

Al eco de aquella voz se paró de repente; escuchó, se sonrojó, contuvo el aliento, entreabrió la boca y levantó la cabeza para cerciorarse de la dirección del sonido; luego dejó la regadera y corrió hacia él; era maravilloso el ver qué bien dirigía sus pasos por medio de las flores y llegaba a su nuevo dueño por el camino más corto.

—Nydia —dijo Glauco acariciando sus largos y hermosos cabellos y echándoselos hacia atrás—; ya ha tres días que vives bajo la protección de mis *penates*. ¿Te han sonreído?, ¿eres feliz?

—¡Ah!, ¡y tan feliz! —dijo la esclava suspirando.

—Ahora —prosiguió Glauco—, que estás algo repuesta de los crueles recuerdos de tu anterior situación; ahora que ya tienes vestidos más propios de tus delicados miembros (al decir esto tocaba su túnica bordada); ahora, amable niña, que te has

acostumbrado a una felicidad, que pido a los dioses te concedan siempre, voy a pedirte un favor.

—¡Oh!... ¿qué puedo hacer por vos? —dijo Nydia juntando las manos.

—Escucha —dijo Glauco—; a pesar de lo joven que eres, quiero hacerte confidente mía. ¿Has oído hablar de Ione alguna vez?

Apenas respiraba la joven ciega, y poniéndose de pronto más pálida que una de las estatuas del peristilo, respondió esforzándose, al cabo de un momento de silencio:

—Sí; he oído decir que es de Neápolis, y muy hermosa.

—¡Hermosa, dices tú! ¡Eclipsa la luz...! De Neápolis, no; es de origen griego: solo la Grecia podía producir un ser tan perfecto. Nydia: yo la amo.

—Lo sospechaba —respondió esta fríamente.

—La amo y quiero que tú se lo digas. Voy a enviarte a ella, ¡feliz Nydia!; tú vas a penetrar en su cuarto, tú oirás la melodía de su voz, tú te calentarás a los rayos de su presencia.

—Pero ¿qué es lo que decís?, ¿queréis separarme de vos?

—Vas a ir con Ione —dijo Glauco en tono que significaba: ¿qué más quieres?

Nydia prorrumpió en lágrimas.

Incorporóse Glauco y la trajo hacia si, acariciándola como si hubiera sido un hermano.

—Hija mía, tú te afliges porque ignoras la felicidad que te preparo; Ione es amable, bondadosa y dulce como el céfiro de la primavera; servirá de hermana a tu juventud: sabrá apreciar tus buenas prendas; gustará más que nadie de tus sencillas gracias, porque se asemejan a las suyas. ¿Pero, qué?, ¿todavía lloras? Yo no pienso obligarte, hija mía. ¿No quieres darme ese gusto?

—Si puedo serviros no tenéis más que mandarme. Mirad, ya no lloro, ya estoy serena.

—¡Esta es una buena niña! —continuó Glauco besándola la mano—. Vete, pues, con ella. Y si te he engañado en lo más mínimo acerca de su carácter, vuélvete cuando quieras. No te doy a otro, no hago más que prestarte. Siempre será mi casa tu albergue. ¡Así pudiera ofrecer un asilo a todos los desgraciados que no tienen amigos! Algún día será mi casa de Ione y vivirás tú con nosotros.

Un calofrío se apoderó de los delicados miembros de la joven ciega; pero no volvió a llorar; estaba resignada.

—Ve, Nydia mía, a casa de Ione; te enseñarán el camino. Llévate las flores más lindas que puedas coger; te daré el vaso donde han de ir; me disculparás por su poco valor. Llevarás también contigo el laúd que te di ayer, del cual sacas tan deliciosos sonidos. Y por último, le entregarás esta carta, en que, después de mil esfuerzos, he probado a expresar algunos de mis pensamientos. Procura que tu oído coja cada acento, cada modulación de su voz, y cuando nos veamos me dirás si tengo motivos de temer o de esperar. Hace días que no me recibe; hay misterio en esta exclusión. Me acosan dudas y sobresaltos de todas clases. Sé que tienes perspicacia, y el interés

que te tomas por mí la hará cien veces mayor. Indaga, pues, la causa de esa frialdad; háblale de mí lo más que puedas, que no se caiga mi nombre de tu boca; pero al pintar mi amor *insinúale*, no lo *proclames*. Escucha si suspira mientras tú hablas; si responde o si se irrita, y en este caso repara las expresiones de que se sirve. En una palabra, sé mi amiga, defiende mi causa y me pagarás con usura lo poco que hecho por ti. ¿Me entiendes, Nydia? Eres todavía una niña; ¿hay algo que no comprendas en lo que te he dicho?

—No.

—¿Y me servirás?

—Sí.

—Ven a buscarme cuando hayas cogido las flores y te daré el vaso de que te he hablado. Me hallarás en la sala de Leda. Ya no estás triste hermosa niña, ¿no es verdad?

—Glauco, soy esclava; ¿qué tengo yo que ver con la tristeza ni con la alegría?

—¿Qué es lo que dices, Nydia? No, sé libre; yo te doy libertad, gózala como quieras y perdona si quise aprovechar tu deseo de servirme.

—¿Os habéis ofendido, Glauco? No quisiera enojaros por toda la dicha que da la libertad, guarda, salvador y amparo único mío, perdona a la pobre ciega. Ni aun siento dejarte, si puede contribuir así a tu felicidad.

—¡Bendigan los dioses ese corazón agradecido! —dijo Glauco con emoción; y sin sospechar la llama que encendía, besó su frente repetidas veces.

—¿Conque me perdonas —dijo ella—, y no volverás a hablarme de libertad? Mi ventura está en ser tu esclava, y me has prometido que no me darías a otro.

—Lo he prometido.

—Voy, pues, a coger las flores.

Tomó Nydia en silencio de las manos de Glauco el precioso vaso donde rivalizaban las flores en matices y perfumes. Escucho a ojo enjuto las últimas instrucciones. Cuando la voz cesó, se detuvo ella un momento; no se sentía con fuerza para responder, le busco la mano, la llevó a sus labios, se echó el velo sobre la cara y salió. Al llegar delante del dintel de la casa se paró otra vez, extendió las manos y dijo en voz baja:

—¡Desde que te he pisado, umbral querido, he gozado tres días felices, tres días de la felicidad más indecible! ¡Ojalá siga habitándote la paz cuando yo ya no esté! Mi corazón se arranca ahora de ti, y la única palabra que me dice es para mandarme morir.

Capítulo VI

La beldad feliz y la esclava ciega.

Entró en el cuarto de Ione una esclava diciendo:

—Acaba de llegar una persona con un mensaje de parte de Glauco.

Vaciló Ione un instante.

—La mensajera es ciega —dijo la esclava—, y no quiere dar su recado más que a vos.

Despreciable es el corazón que no respeta las dolencias. Así que supo Ione que la mensajera era ciega, conoció que le era imposible darle una respuesta fría. Había Glauco escogido una embajadora cuya persona realmente era sagrada, a quien no se podía menos de recibir.

—¿Qué me querrá?, ¿qué tiene él que decirme?

El corazón le latía con violencia. Abrióse la puerta y se oyó un paso suave por la escalera. Guiada Nydia por una esclava entró con sus preciosos dones.

Se detuvo un momento, como para percibir algún sonido que pudiera guiarla.

—¿Se dignará hablar la noble Ione —dijo en dulce y baja voz— para que sepa yo hacia qué lado he de dirigirme en la noche que me rodea, a fin de poner a sus pies mi ofrenda?

—Hermosa niña —dijo Ione enternecida y con dulzura—, no te tomes la molestia de atravesar ese suelo resbaladizo; una doncella me traerá lo que tienes que presentarme.

Al decir esto, hizo señal a la esclava de que tomara el vaso.

—No puedo menos de dároslo a vos sola. Guiada por su oído, se adelantó lentamente hacia el sitio en que estaba sentada Ione, y puesta de rodillas, luego que estuvo cerca de ella le presento el vaso.

Tomóle Ione de su mano y le colocó sobre una mesa cercana. Después levantó a Nydia y quiso hacerla sentar a su lado en el sofá; mas la joven lo resistió modestamente.

—Aún no he desempeñado toda mi misión —dijo sacando de su pecho la carta de Glauco—; acaso este escrito explicará por qué el que me envía ha elegido mensajera tan poco digna de vos.

Tomó la griega la carta con una mano, que sintió Nydia temblar, suspirando. Cruzada de brazos y con los ojos hacia el suelo, se mantenía esta delante de la altiva y majestuosa señora, acaso no menos altiva que ella en tan sumisa actitud. Hizo Ione una señal con la mano y se alejaron sus doncellas; fijó de nuevo los ojos sobre la joven esclava, con sorpresa y con encantadora expresión de lástima, y después, alejándose un poco de ella, abrió y leyó la siguiente carta:

Glauco envía a Ione más de lo que se atreve a decir. ¿Estás enferma? Tus esclavos me dicen que no, y esa seguridad me consuela. ¿Te he ofendido? ¡Ah! esta pregunta no puedo hacérsela a ellos; cinco días llevo desterrado de tu presencia. ¿Ha vuelto a salir el Sol? No lo sé. ¿Se ha sonreído el Cielo? Para mí no tiene sonrisas. Ione es mi sol y mi cielo. ¿En qué te he faltado? ¿Soy demasiado temerario? ¿Confiaré a la cera lo que mi boca ha titubeado en decir? ¡Ay! en tu ausencia es cuando más siento los encantos con que me has cautivado, y esa ausencia que me priva de mi bien me da valor en su lugar. No quieres verme y has desterrado también la turba de aduladores que te rodean ¡así me confundes con ellos! ¡Eso no es posible! Harto sabes que yo no soy de los que... que ellos y yo no somos del mismo barro. Porque, aun cuando estuviese yo hecho de la materia más común, me ha penetrado ya el perfume de la rosa, el espíritu que te vivifica ha venido a embalsamarme, a enaltecerme, a inspirarme. ¿Me han calumniado para contigo, Ione? Tú no lo creerás. Aunque el mismo oráculo de Delfos me dijese que no eres digna de mí, no lo creería; y ¿soy yo menos incrédulo que tú? Pienso en la última vez que nos vimos, en el aire que te canté, en la mirada con que me le pagaste. Disimúlalo cuanto quieras, Ione, hay simpatía entre nosotros, y nuestros ojos lo han confesado cuando guardaban silencio nuestras bocas. Dígnate de verme, de oírme, y échame después si quieres. No era mi ánimo decirte tan pronto que te amaba; pero estas palabras rebosan en mi corazón y es preciso que les dé salida. Acepta, pues, mi homenaje y mis votos; delante del altar de Pala donde nos encontramos por primera vez; ¿no nos reuniremos una noche delante de un altar más dulce y más antiguo?

¡Hermosa, adorada Ione! ¡Si mi juventud y el ardor de mi sangre ateniense me han extraviado, me han seducido, al menos me han enseñado a apreciar el reposo, el puerto a que llegué! Cuelgo mi mojada túnica en el altar del dios de los mares. Me he salvado del naufragio. Te he encontrado a ti, Ione, dígnate de verme; tú eres buena para los extranjeros; ¿serías menos generosa con los de tu propio país? Espero tu respuesta. Acepta las flores que te envío; su dulce aliento tiene más elocuencia que las palabras. Toman del Sol los perfumes que esparcen; son emblema del amor que recibe y devuelve diez veces más; emblema del corazón que tu vista ha herido, como los rayos de un astro adorado y que te debe el germen de los tesoros que ofrece a tu sonrisa. Te las mando con una persona a quien recibirás por ella, si no la aceptas por mí. Es también extranjera; las cenizas de sus padres descansan bajo un cielo más brillante; pero menos feliz que nosotros es ciega y es esclava. ¡Pobre Nydia! Trato, en cuanto es posible, de reparar la injusticia de la Naturaleza y del Destino para con ella, pidiéndote permiso para colocarla a tu lado. Es dulce, viva y dócil. Está versada en la música y el canto, y respecto a las flores es una verdadera Cloris^[59]. Espero que te gustará; si no, devuélvemela.

Una palabra más: perdona mi osadía, Ione. ¿De dónde nace el grande

aprecio que manifiestas a ese sombrío egipcio? No tiene cara de hombre honrado. Nosotros los griegos aprendemos desde la cuna a conocer a los hombres; no somos menos profundos, aunque no afectemos aire tan grave. Tenemos la sonrisa en los labios y la gravedad en los ojos. Ellos observan, apuntan, estudian; Arbaces no es de fiar; ¿sí será él quien me ha puesto a mal contigo? Lo creo, porque le dejé en tu compañía; pudiste reparar cómo le incomodó mi presencia; y desde entonces no me has vuelto a recibir. Nada creas de lo que te haya dicho contra mí, o si lo crees, dímelo sin rodeos. Esto se lo debe Ione a Glauco. ¡Adiós! Esta carta toca tu mano, estos caracteres hieren tus ojos. ¿Serán más afortunados que su autor? ¡Adiós, otra vez!

Mientras leía Ione, le pareció que se disipaba una niebla de su vista. ¿Cuál había sido el crimen de Glauco? No amarla verdaderamente, y ahora confesaba su amor de la manera más explícita. Desde aquel momento quedó restablecido su imperio sobre ella. A cada palabra de ternura que encontraba en aquella carta tan llena de una pasión confiada y romántica, le reconvenía su corazón. ¿Había ella dudado realmente de su sinceridad? ¿Había creído a otro? ¿Le había dejado siquiera el derecho de todo reo: el de saber su delito y defenderse? Abundantes lágrimas inundaron mejillas; besó la carta, la puso en su seno, y volviéndose hacia Nydia, que estaba en el mismo sitio y en igual postura:

—¿Quieres sentarte, hija mía —le dijo— mientras contesto?

—Conque, ¿váis a contestar? —preguntó fríamente Nydia—; en ese caso, la esclava que me ha traído llevará la respuesta.

—Pero tú -dijo Ione— quédate conmigo... te prometo que sera grato tu servicio. Nydia inclino la cabeza.

—¿Cómo te llamas, hermosa niña?

—Nydia.

—¿De dónde eres?

—De la tierra del Olimpo... de Tesalia.

—Serás mi amiga —dijo Ione con cariñosa voz—, porque ya eres medio compatriota mía. Entretanto, te suplico no estés sobre esas frías gradas... Así, ahora que estás sentada, voy a dejarte un momento.

He aquí la carta de Ione:

«Ione a Glauco, salud. Ven a verme, ven a verme mañana. Quizás he sido injusta contigo; pero al menos quiero decirte la falta de que te han acusado. En adelante no temas al egipcio, no temas a nadie. Dices que has escrito demasiado... ¡Ay! En estas cortas líneas trazadas de prisa, tampoco he escrito yo menos... ¡Adiós!».

Cuando volvió con esta carta, que no tuvo valor para leer después de escrita (imprudencia y timidez hartos comunes en el amor), se levantó Nydia precipitadamente.

—¿Ione ha escrito a Glauco?

—Sí.

—¿Y quedará satisfecho del mensajero que lleve la carta?

Olvidando Ione que Nydia era ciega, se sonrojó y guardó silencio.

—Mira por qué lo digo —añadió Nydia con tono más tranquilo—; la menor palabra fría de tu parte le desconsolará, y la menor palabra bondadosa regocijará su corazón. Si es lo primero, que lleve la esclava tu respuesta; Si lo segundo, permite que la lleve yo, y volveré esta tarde.

—¿Y por qué —preguntó Ione huyendo de contestar—, deseas llevarla tú?

—¡Luego es favorable! —dijo Nydia—; ni ¿cómo podía ser de otro modo?, ¿quién había de ser cruel con Glaucó?

—Hija mía —dijo Ione con alguna más reserva que antes—, hablas con calor; ¿tan amable es Glaucó contigo?

—Ha sido para mí mucho más que los dioses y la fortuna: un amigo.

La tristeza, la dignidad con que pronunció estas palabras tan sencillas, conmovieron a la bella Ione; se inclinó y la besó.

—Eres agradecida —dijo— y con razón; ¿por qué he de avergonzarme yo de decir que Glaucó es digno de tu gratitud? Ve, Nydia mía; llévale tú misma mi carta, pero vuelve. Si he salido cuando vengas, lo que esta noche será fácil, encontrarás tu cuarto dispuesto al lado del mío. Yo no tengo hermanas, ¿quieres tú serlo mía?

La tesaliana besó la mano de Ione, y dijo en seguida algo cortada:

—¿Me será permitido pedirte un favor?

—Nada puedes pedirme que no esté pronta a concederte —respondió la napolitana.

—Me han dicho —continuó la niña— que tu belleza excede a toda belleza terrestre. ¡Ay, yo no puedo ver lo que hace el encanto del mundo! ¿Me permites que pase mi mano por tu cara? Es el único modo que tengo de juzgar de la hermosura, y por lo común adivino con exactitud.

No esperó respuesta; mientras hablaba pasó suavemente la mano por la cara medio apartada, de la griega, una sola imagen en el mundo pudiera pintar y recordar tales facciones: la de la estatua mutilada, aunque siempre maravillosa, que está en su ciudad natal, en Neápolis: aquel pálido rostro, a cuyo lado es mezquina y terrestre la hermosura de la Venus de Florencia; aquel rostro tan lleno de armonía, de juventud, de *talento, de alma, y que* los especuladores modernos han supuesto ser representación de Psiquis^[60].

Detúvose su mano sobre los trenzados cabellos, sobre la tersa frente, sobre la abrasada mejilla, sobre el purpurino labio y sobre el cuello de cisne.

—Ahora ya sé —dijo— que eres hermosa, y a pesar de mis tinieblas me figuraré tus facciones, sin olvidarlas jamás.

Cuando marchó Nydia se entregó Ione a una cavilación profunda, pero deliciosa: Glaucó la amaba sí; la amaba. Volvió a leer aquella confesión querida, se detuvo a cada palabra, besó cada línea, no se preguntó si le habían calumniado, pero estaba

convencida de que era así. Se admiraba de haber podido dar crédito a lo que habían dicho contra él; se admiraba de que el egipcio hubiera tenido bastante poder sobre ella para perjudicar a Glauco; se estremeció a pesar suyo, al recordar la prudencia que le recomendaba con aquel, y la secreta inquietud que le infundía ser tan misterioso se trocó en miedo. La interrumpieron en estas reflexiones sus doncellas, anunciándole era hora de ir a la visita de Arbaces, anuncio que la sobresaltó, porque tenía completamente olvidada tal promesa. Su primera idea fue no ir; pero después fue reírse de los temores que le producía el amigo más antiguo que le quedaba. Se dio prisa a ponerse los adornos de costumbre y se dirigió a casa de Arbaces, dudosa entre si le haría que se explicase acerca de lo demás que pudiera ser desfavorable a Glauco, o si preguntaría a este sobre la acusación de que había sido objeto, sin nombrarle al acusador.

Capítulo VII

Cae Ione en la red.
El ratón prueba a roer sus nudos.

—¡Querida Nydia! —exclamó Glauco, al leer la carta de Ione—; ¡oh, mensajera, la más brillante que cruzó nunca entre cielo y tierra! ¿Cómo podré pagarte yo?

—Estoy pagada —dijo la pobre tesaliana.

—¡Mañana, mañana! ¿Cómo he de vivir hasta entonces?

El enamorado griego no quería dejar salir a Nydia, que intentó muchas veces marcharse. Hízola repetir una y otra vez, cada sílaba del breve coloquio que había tenido con Ione; olvidando mil veces su defecto, le preguntaba acerca de sus miradas, de la fisonomía de su amante; y después, pidiéndola perdón de su falta, la hacía volver a empezar su interrumpida relación. Aquellos momentos tan penosos para Nydia, corrían deliciosamente para Glauco, y el crepúsculo había cedido a la noche antes que la despachara para casa de Ione con otra carta y nuevas flores. Apenas hubo salido, cuando Clodio y muchos de sus alegres compañeros vinieron a sorprenderle. Le embromaron por la soledad a que se había condenado todo el día, y por no haber concurrido a los parajes de costumbre; invitaronle a que los acompañase a varias reuniones de aquella animada ciudad, en que la noche, lo mismo que el día, presentaba una continua variedad de placeres. Es digno de observar que tal vez ningún país, al perder su grandeza, ha conservado tanto de sus costumbres como la Italia. En aquella época, y hoy lo mismo, se solían reunir las gentes bajo los pórticos de los templos o bien a la sombra de los bosquecillos que adornaban sus calles, y allí, escuchando la música o la relación de algún decidor ingenioso, se saludaba la salida de la Luna con libaciones de vino enfriado y con suaves melodías. Era Glauco demasiado feliz para no ser sociable; mas experimentaba la necesidad de desahogarse del exceso de alegría que le abrumaba. Aceptó, pues, con gusto la proposición de sus amigos y se lanzaron riendo, en medio de las populosas e iluminadas calles.

Entretanto regresaba Nydia a casa de Ione, que había salido hacía mucho tiempo. Preguntó con aire indiferente adonde había ido.

La respuesta que la dieron la sorprendió y llenó de espanto.

—¡En casa de Arbaces, del egipcio! ¡Es imposible!

—Es hartos cierto, hija mía —añadió el esclavo que respondiera su pregunta. Le conoce muchísimo.

—¡Muchísimo! ¡Grandes Dioses! Y sin embargo, Glauco la ama —murmuró Nydia para sí—. Después continuó en voz alta:

—¿Y ha estado alguna vez en su casa antes?

—Nunca, hasta ahora —respondió el esclavo—. Si todo lo que dicen de ella en

Pompeya es cierto, acaso valiera más que no hubiera ido hoy tampoco; pero nuestra pobre señora nada sabe de lo que nosotros oímos. Las conversaciones del vestíbulo nunca llegan al peristilo.

—¡Nunca, hasta ahora! —repitió Nydia—. ¿Estás seguro?

—Mucho, hermosa niña; ¿pero qué te importa a ti ni a nosotros?

Nydia vaciló un momento; después, dejando las flores que había traído, llamó al esclavo que la acompañó, y salió de la habitación sin añadir una palabra.

Solo cuando estuvo a la mitad del camino de casa de Glauco fue cuando se atrevió a romper el silencio, y aun entonces murmurando en voz baja:

—No puede tener idea del peligro a que se ha expuesto. ¡Qué insensata soy! ¿He de ser yo quien la salve?... Si, porque amo a Glauco más que a mí misma.

Cuando llegó a casa del ateniense supo que había salido con sus amigos, que ignoraban su paradero y que no volvería antes de media noche.

Dejóse caer afligida en una silla y se tapó la cara con las manos, como para recapacitar. «No hay que perder tiempo» —dijo entre sí—, y se levantó precipitadamente.

Después, dirigiéndose al esclavo que la había acompañado:

—¿Sabes tú —le dijo—. Si Ione tiene en Pompeya algún pariente o amigo de confianza?

—¡Por Júpiter! —respondió el esclavo— ¿cómo me haces esa pregunta? Nadie ignora aquí que Ione tiene un hermano bastante calavera (hablo bajo la rosa)^[61] para haberse hecho sacerdote de Isis, siendo joven y rico.

—¡Sacerdote de Isis! ¡Oh, dioses! ¿Cómo se llama?

—Apecides.

—Ahora lo comprendo todo —dijo entre sí Nydia—; hermano y hermana van a ser víctimas suyas... Apecides... sí, este es el nombre que oí en... ¡Ah! Así conocerá el riesgo que corre su hermana; quiero buscarle.

Se levantó, y tomando el palo que guiaba sus pasos, se apresuro a correr hacia el vecino templo de Isis. Hasta el momento en que entró a ser esclava del generoso griego, había bastado aquel palo para guiar a la pobre ciega, del uno al otro extremo de la ciudad. En los barrios más frecuentados de ella, todas las calles y esquinas tan familiares, y como los habitantes experimentasen cierta veneración tierna y casi supersticiosa hacia las personas con aquella desgracia, los transeúntes habían cuidado siempre de separarse a un lado. La pobre joven sospechaba que dentro de poco sería la ceguera su más segura salvaguardia, y la guiaría mejor que los ojos más perspicaces.

Pero desde que entró en casa de Glauco tenía un esclavo que la acompañase siempre, y el pobre diablo, que estaba muy repleto y que cansado de haber ido dos veces a casa de Ione se veía condenado a otro tercer paseo, solo los dioses sabían adónde, echó a correr detrás, renegando de su suerte y jurando, por Castor y Pólux, que la joven ciega reunía las alas de Mercurio a la enfermedad de Cupido.

Sin embargo, Nydia casi no tenía necesidad de su ayuda para encontrar el camino tan conocido del templo de Isis.

El *atrium* estaba entonces desierto, y llegó sin dificultad hasta la verja sagrada.

—No hay aquí nadie —dijo el esclavo—. ¿Por quién quieres que preguntemos? ¿No sabes que los sacerdotes no habitan en el templo?

—Llama —dijo ella impaciente—; de día y de noche hay por lo menos uno que vela ante los altares de Isis.

Llamó el esclavo... nadie se presentó.

—¿No ves a nadie?

—A nadie.

—Te engañas, oigo un suspiro. Vuelve a mirar.

Sorprendido el esclavo y descontento revolvió sus adormecidos ojos, y delante de un altar, cuyas ruinas se ven aún, vio a una persona en actitud de meditar.

—Distingo una figura —dijo—, y por sus vestidos blancos, creo ha de ser un sacerdote.

—¡Sacerdote de Isis —exclamó Nydia—, ministro de la antigua diosa, escúchame!

—¿Quién me llama? —dijo una voz débil y melancólica.

—Una persona que desea comunicar a un miembro de vuestra corporación noticias poco comunes. Vengo a declarar oráculos y a consultarlos.

—¿Y con quién quieres conferenciar? La hora no es a propósito. Además, no me turbes; la noche está consagrada a los dioses y el día a los hombres.

—Me parece que tu voz no me es desconocida. Tú eres a quien busco. Sin embargo, no te he oído más que una vez antes de ahora. ¿No eres el sacerdote Apecides?

—Él mismo —respondió dejando el altar para acercarse a la verja.

—¡Eres tú! ¡Loados sean los dioses!

Mandó Nydia al esclavo que se apartara un poco, haciéndole una seña con la mano; y él, que naturalmente pensaba que solo alguna superstición, enlazada tal vez con la seguridad de Ione, había podido atraerla al templo, obedeció, sentándose en el suelo a cierta distancia.

—¡Silencio! —dijo Nydia, hablando bajo y con viveza—. ¿Eres tú realmente Apecides?

—Ya que me conoces, mis facciones deben convencerte.

—Soy ciega —respondió Nydia; mis ojos están en mis oídos, y estos te reconocen. Sin embargo, júrame que eres Apecides.

—Lo juro por los dioses, por mi mano derecha y por la Luna.

—Habla bajo... acércate a mí... dame la mano. Conoces a Arbaces... ¿Has ofrecido flores a los pies de la muerte? ¡Ah! tu mano está helada... escucha aún más... ¿Has hecho el voto terrible?...

—¿Quién eres tú?, ¿de dónde vienes, virgen pálida? —dijo Apecides con

inquietud—. No te conozco; mi cabeza no ha descansado sobre tu seno; no te he visto hasta ahora.

—Pero has oído mi voz. No importa: ambos debemos sonrojarnos con tales recuerdos. Escucha; tienes una hermana.

—¡Habla!, ¡habla!, ¿qué le ha sucedido?

—Extranjero, tú conoces los banquetes de la muerte... quizá has gozado en ellos... pero ¿te gustaría que tu hermana se sentase también allí? ¿Te agradaría que se contara en el numero de las convidadas de Arbaces?

—¡Dioses!, ¡no se atrevería él...! Joven, si me engañas, tiembla; desgarraré tus miembros uno a uno.

—Digo la verdad; ahora mismo está con él, es convidada suya por primera vez. Tú sabes mejor que nadie todo el peligro que envuelve esa vez primera. Adiós; he cumplido mi misión.

—¡Detente, detente! exclamó el sacerdote apretando sobre la frente su enflaquecida mano. Si es cierto, ¿qué se puede hacer para salvarla? No me dejarán entrar. Ni yo conozco las vueltas de aquel laberinto. ¡Oh, Némesis!, ¡mi castigo es justo!

—Yo despediré a este esclavo; tú me servirás de guía y de compañero; te conduciré a la puerta secreta de la casa, y te diré al oído la consigna que te franqueará la entrada. Pero lleva un arma; podrás necesitarla.

—Espera un instante —dijo Apecides, retirándose a una de las celdillas que había a los lados del templo, y reapareciendo a poco cubierto de una ancha capa que ocultaba su traje sagrado, de uso común a la sazón para toda clase de personas—. Ahora —continuó rechinando los dientes—. Si Arbaces ha osado... pero no se atreve, ¡no se atreve!... ¿Por que he de sospechar de él? ¿Será tan malvado como todo eso? No quiero creerlo... A pesar de que es un sofista muy peligroso. ¡Dioses! protegéd... Pero ¡qué digo! ¿Hay dioses por ventura? Si; al menos hay una diosa, yo lo juro, la Venganza.

Al decir estas inconexas palabras, seguido de su compañera silenciosa y ciega, se dirigió precipitado a la casa del egipcio por las calles más excusadas.

El esclavo que tan de pronto había despedido Nydia, se encogió de hombros, echó un voto y se marchó muy satisfecho a buscar su *cubículo*.

Capítulo VIII

Soledad y monólogo del egipcio. Análisis de su carácter.

Fuerza es que retrocedamos algunas horas en el curso de nuestra narración. Al amanecer del día que había señalado ya Glauco con piedra blanca, estaba sentado el egipcio, solo, después de una noche de desvelo, en lo alto de la torre que se elevaba a manera de pirámide en uno de los ángulos de su casa. Servíale de baluarte un gran parapeto que le rodeaba, y junto con la elevación del edificio y con el oscuro follaje de los árboles inmediatos, le ayudaba a burlar los escrutadores ojos de los curiosos. Tenía delante una mesa, en que había un rollo cubierto de misteriosas figuras. Sobre su cabeza blanqueaban las estrellas y desaparecían las sombras de la noche, de las cumbres de las montañas. Solo sobre la del Vesubio reposaba una nube parda que hacia algún tiempo aumentaba gradualmente en densidad, haciéndose cada vez más negra. Era más notable la lucha entre la noche y el día en el anchuroso Océano, cuyas olas se extendían tranquilas, como un inmenso lago, limitado por la ribera que, cubierta de viñedos y de blancas casas, bajaba por una suave pendiente hacia las ondas apenas arrugadas.

Era la hora que consagraba el egipcio a los temerarios estudios de la antigua ciencia de su país, de la ciencia que se empeña en leer en los astros nuestros mudables destinos. Había plegado su rollo, notado el momento y el signo, y con la cabeza apoyada en su mano se entregaba a mil cálculos y reflexiones.

—¡Otra vez me lo anuncian los astros! De fijo me amenaza algún riesgo. Me presentan el mismo aspecto burlón que ofrecieron en otro tiempo a Pyrro, Si no mienten nuestros anales, condenado a desearlo todo para obtener nada; inquieto, predestinado, agresor en todas partes y vencedor en ninguna, dando batallas inútiles, cogiendo laureles sin triunfos, adquiriendo fama sin resultados, acobardándose por la superstición, y muerto como un perro de un tejazo, que le descargó la mano de una vieja. En verdad que me lisonjean los astros cuando me ofrecen un modelo en ese guerrero insensato, cuando prometen a mi ansia de sabiduría los mismos resultados que a la locura de su ambición, trabajos perpetuos sin término cierto, la tarca de Sisifo, la montaña y la roca. La roca ¡triste imagen! ella me recuerda que estoy amenazado de una muerte que tiene semejanza con la del Epirota.

«Volvamos a examinar. ¡Guárdate! Dicen los profetas refulgentes, cuando pases bajo techos antiguos o muros sitiados, o rocas al aire, una piedra lanzada desde la altura bajará sobre ti cargada de las maldiciones del Destino. ¡Y este peligro se acerca! pero me es imposible descubrir con certeza el día la hora. Pues bien. Si mi reloj de arena está próximo a vaciar su último grano, al menos que brille con

esplendor... Sin embargo, si escapo de esta... si me libero ahora, el resto de mi existencia se presenta resplandeciente, como el surco de luz que forma la Luna rielando sobre las aguas. Vislumbro los honores, las victorias, los triunfos, la felicidad sobre cada ola del abismo sombrío que me tragará al fin. ¡Y qué! cuando me guardan semejantes destinos, al cabo del peligro, ¿sucumbiré a él? Mi alma me dice interiormente que espere. Se lanza con alegría más allá de la hora fatal; se regocija en el porvenir. Si yo hubiese de perecer tan pronto y de una manera tan súbita, se estaría formando ya detrás de mí la sombra de la muerte, y notaría desde ahora el helado presentimiento de mi destino; mi alma, que en la actualidad se sonríe dentro de mí, experimentaría en el seno de la tristeza el temor del Orco sombrío; pero su sonrisa es señal de mi salvación».

Al acabar este monólogo, se levantó involuntariamente, paseó con rapidez por el estrecho espacio de aquella azotea, a la cual servían de toldo las estrellas. Parándose después cerca del parapeto, echó otra mirada al cielo nublado y triste; la frescura de la mañana tocó en su frente, y poco a poco fue recobrando su espíritu la natural tranquilidad. Dejó de contemplar las estrellas que desaparecían una tras otras, y cayeron sus miradas sobre el paisaje que se extendía a sus pies. Los mástiles de las galeras se elevaban a lo lejos en el puerto, cuyas ruidosas maniobras se habían cambiado en silenciosa calma. Las únicas luces que luchaban con la naciente aurora eran la lámpara que ardía ante las columnas del templo y bajo los pórticos del foro desierto. Ningún ruido se oía en aquella adormecida ciudad, que muy pronto iba a verse agitada por mil opuestas pasiones. Las olas de la vida no se movían; estaban sepultadas bajo el hielo del sueño. Una ligera niebla salía del vasto anfiteatro con sus bancos elevados unos sobre otros, y se propagaba, condensándose, por el follaje de alrededor. En una palabra, la ciudad presentaba el mismo aspecto que ofrece hoy al viajero, a los diez y siete siglos: el de una ciudad de muertos.

El mismo Océano, aquel mar sereno y sin marea estaba también apacible; de su profundo seno despedía un murmullo débil y compasado que semejaba la respiración de una persona dormida, mientras encorvando a lo lejos sus *brazos extendidos* hacia la tierra parecía estrechar contra su seno, sin advertirlo, las ciudades que bebían en sus orillas: Stabiae^[62], Herculano y Pompeya, aquellas hijas queridas de las olas.

—Vosotras dormís —dijo el egipcio echando una sombría mirada sobre las ciudades que fueron un día gloria y ornamento de la Campania—; ¡vosotras dormís! ¡Pluguiese al cielo que fuera el reposo eterno de la muerte! Tales como sois ahora, joyas en la diadema del imperio, eran en otro tiempo las ciudades del Nilo. ¡Su grandeza las abandonó; duermen entre ruinas; sus palacios y sus templos se convirtieron en tumbas! La serpiente se esconde entre la hierba que crece en sus calles; el lagarto se calienta al sol en sus desiertos salones. Por la misteriosa ley de la Naturaleza, que humilla al uno para ensalzar al otro, vosotras habéis aprovechado su ruina; tú, orgullosa Roma, tú has usurpado la gloria de Sesostris y de Semiramis, ¡tú eres el ladrón que se engalana con sus despojos! ¡Maldigo estas otras ciudades

esclavas de tus triunfos, depositarías de tu poder y de tu lujo que por todas partes penetran, esas ciudades que yo, ultimo vástago de olvidados monarcas, estoy contemplando a mis pies! Tiempo vendrá en que quede vengado el Egipto; cuando el corcel del bárbaro tenga su caballeriza en los dorados salones de Nerón. ¡Y tú, que has sembrado el viento con tus conquistas, recogerás por fruto el huracán y la desolación!

Mientras pronunciaba el egipcio una profecía realizada por el Destino de una manera tan terrible, ofrecía la imagen más siniestra y solemne que se presentó jamás a la fantasía de pintores y poetas. Las tintas de la mañana, que hacen palidecer hasta las mejillas de la juventud y de la hermosura, daban a sus nobles y majestuosas facciones casi los colores del sepulcro, al paso que sus largos cabellos negros caían en masa por su espalda; flotaba su traje libremente, dirigía su brazo al cielo y brillaban sus ojos con una alegría salvaje y feroz; hombre inexplicable, medio profeta y medio demonio.

Apartó su mirada de la ciudad y del Océano; a sus ojos se extendían los viñedos y praderas de la rica Campania, extensión que no parecía limitada por la puerta y los muros de la ciudad de fábrica antigua y semipelásgica. Casas de recreo y aldeas cubrían toda la falda del Vesubio, que en aquella época no era, ni con mucho, tan escarpada y alta cual ahora. Porque así como la misma Roma se edificó sobre un volcán apagado, así los habitantes del Mediodía ocupaban con seguridad su pie, cubierto de viñas, que no creían se moviese nunca. Desde la puerta arrancaba la larga calle de las tumbas, diferentes en arquitectura y en tamaño, por la cual se entra hoy en la ciudad, por aquel lado. La nublosa cima de la terrible montaña dominaba todos los objetos del contorno, y sus sombras, más o menos negras, dejaban ver aquí cavernas tapizadas de musgo; allá rocas de ceniza, resto de antiguas explosiones, y que hubieran podido anunciar lo que volvería a suceder si no estuviese ciego el hombre.

Difícil sena adivinar en aquella época por que las tradiciones relativas a tales lugares presentaban un color tan sombrío y severo; por qué en tan risueñas llanuras que se extendían hasta Bayas y Miseno, habían colocado los poetas la entrada de sus infiernos, su Aqueronte y su fabulosa Stigia; en aquellos campos, en otros tiempos *Phlegrae*^[63], hoy sonrientes con su promesa de vino, habían emplazado las batallas de los dioses y suponían que también allí los titanes habían pretendido conquistar los cielos, aunque en la descripción de sus cumbres ventosas y resacas la imaginación podía adivinar fácilmente los caracteres propios de los rayos y centellas del Olimpo.

Mas no eran ni la escarpada cima del apacible volcán, ni la fertilidad de los campos, ni la triste calle de los sepulcros, ni las brillantes casas de recreo de un pueblo civilizado y voluptuoso, los que absorbían en aquel momento las miradas del egipcio. El Vesubio se extendía hacia la llanura en uno de los lados del paisaje, por medio de una cordillera estrecha e inculta, interrumpida de cuando en cuando por desiguales quebradas y zarzas silvestres. Al pie de esta cordillera se veía un terreno cenagoso y malsano, y la mirada fija de Arbaces distinguía los contornos de un ser

viviente, que se movía en el pantano, bajándose de vez en cuando, para coger sus groseras producciones.

—¡Ah! —dijo en voz alta—: no velo yo solo. La maga del Vesubio está en pie. ¿Será cierto, como piensan los crédulos, que estudia también la ciencia de los astros? ¿Ha dirigido sus hechizos a la Luna, o está recogiendo, como indica su postura, plantas venenosas en el cieno? Tengo que ver a esa compañera de trabajos. Quien aspire a la sabiduría, advierta que nada debe desdeñar el hombre de lo que puede aprender. Nada hay despreciable más que vosotros, víctimas embrutecidas y degeneradas; esclavas del lujo, inteligencias envilecidas por la pereza, que no cultivan más que el pobre terreno de los sentidos, y creéis que puede producir lo mismo el mirto que el laurel. No; únicamente los sabios están hechos para gozar; a nosotros solos se nos ha concedido el verdadero deleite; a nosotros, en quienes el talento, la poesía, la imaginación, la experiencia, la idea y el saber concurren como otros tantos ríos a aumentar los vastos mares de los sentidos... ¡Ione...

Al pronunciar estas últimas palabras tomaron sus pensamientos de repente un colorido más grave y más oscuro. Detúvose; no volvió a alzar los ojos del suelo donde los tenía fijos; una o dos veces sonrió con aire gozoso, y después, dejando el sitio en que velaba para tenderse en su lecho, dijo para sí: «Si la muerte está cercana, al menos quiero poder decir que he vivido... ¡Ione será mía...!».

El carácter de Arbaces era uno de esos tejidos de contradicciones en que muchas veces queda el alma indecisa y confusa. Vástago de una dinastía caída, resto de un pueblo muerto, tenía aquel espíritu de orgullo quisquilloso que se encuentra siempre en las personas de carácter grave cuando se ven proscritas de la esfera en que brillaron sus ascendientes, y a la cual les daban derecho su capacidad y su nacimiento. Este vicio no conoce la benevolencia; está siempre en guerra con la sociedad, ve enemigos en todos los hombres. Arbaces poseía tantas riquezas como los señores romanos más opulentos, y así le era dado satisfacer todos los caprichos de sus pasiones que no saciaban ni la ambición ni los negocios. Viajando de clima en clima, y viendo a Roma en todas partes, aumentó a la vez su encono contra la sociedad y su desenfreno por los placeres.

Habitaba una ancha cárcel que era dueño de llenar de agentes de sus deleites. No pudiendo salir de aquella prisión, todos sus esfuerzos se dirigían a convertirla en palacio. Los egipcios eran dados a los placeres de los sentidos desde los tiempos más remotos... Él había heredado a la par sus apetitos sensuales y aquel brillo de imaginación que hace a la corrupción deslumbradora. Y, sin embargo, tan poco sociable en sus placeres como en sus estudios, incapaz de sufrir superior ni igual, no admitía a participar de su soledad más que a los esclavos voluntarios de sus desórdenes. Era dueño único de un verdadero harén, y a pesar de eso sentía cierto tedio, cierta saciedad, inevitable desgracia de los hombres cuya inteligencia es superior a sus ocupaciones; así lo que fue algún tiempo obra de la pasión se había cambiado para él en una fría costumbre. Chasqueado por la felicidad que buscaba en

los sentidos, quiso elevarse por el cultivo de la ciencia, y no proponiéndose ser útil al género humano despreciaba toda ciencia práctica. Su lúgubre imaginación se complacía en aquellas investigaciones fantásticas y oscuras, tan llenas de encantos para los espíritus perversos y solitarios, a las que se sintió ya inclinado por el orgullo de su carácter y por las tradiciones misteriosas de su patria. Al paso que había renunciado a toda creencia en los dogmas confusos del paganismo, conservaba su inmensa fe en el poder de la sabiduría humana.

Ignoraba, como todo el mundo en aquella época, los límites que la naturaleza impone a nuestros descubrimientos. Viendo que cuanto más se extiende nuestro saber más maravillas descubrimos, pensaba que la naturaleza no solo hacía milagros en su curso ordinario, sino que hasta le podían torcer el rumbo los trabajos cabalísticos de un talento superior. Perseguía, pues, la ciencia más allá de sus límites, hasta en las regiones de la perplejidad y de las tinieblas. Pasó de las verdades astronómicas a los errores de la astrología; de los secretos de la química al ilusorio laberinto de la magia, y mostrándose escéptico cuando se trataba del poder de los dioses, se volvía crédulo y supersticioso respecto al de los hombres.

La magia a que se dedicaban en aquel siglo con extraordinario ardor cuantos aspiraban a la sabiduría, era principalmente de origen oriental. Extraña a la filosofía de los primeros griegos, no la acogieron bien hasta la época en que Ostanés (que acompañaba al ejército de Jerjes) introdujo las graves supersticiones de Zoroastro entre las sencillas creencias de los helenos. Bajo los emperadores romanos se connaturalizó en la capital del mundo y dio ocasión para que Juvenal ejercitase su talento lleno de fuego... El culto de Isis estaba íntimamente unido a ella, y por medio de la religión de Egipto se extendieron las creencias de la hechicería egipcia. La magia teúrgica o bienhechora y la nigromancia goética o malhechora estuvieron en boga igualmente durante el primer siglo de la era cristiana, y las maravillas de Fausto no pueden compararse con las de Apolonio.

Reyes, cortesanos y sabios, todos temblaban ante los profesores de esta terrible ciencia. El feroz Arbaces no era de los menos, notables en su clase; su fama y sus descubrimientos corrían ya con celebridad entre todos los aficionados; también le sobrevivieron, si bien los sabios y los magos no le conocían por su verdadera denominación. Le designaban más místicamente y se conservaron sus recuerdos largo tiempo en la Gran Grecia y en el Oriente bajo el nombre de *Mermes*, *el Señor del ceñidor Flamante*. Sus difíciles investigaciones y sus ponderados descubrimientos formaron muchos volúmenes de los tratados sobre *artes curiosas* que quemaron con tanta alegría en Efeso los cristianos convertidos, dejando así a la posteridad sin las pruebas de la astucia del demonio.

La conciencia de Arbaces era solo de entendimiento; no obedecía a ninguna ley moral. Opinaba que si el hombre puede poner este freno al vulgo, también puede emanciparse de la ley a fuerza de sabiduría; de modo que si era un malvado, justificaba su maldad con lo mismo que debiera hacerle virtuoso, es decir, con la

superioridad de su inteligencia.

Como a todos los hombres les domina más o menos la pasión del poder, en Arbaces correspondía directamente a su carácter. No era el deseo de una autoridad exterior y grosera; no ambicionaba la púrpura, los fasces ni las insignias de un mando vulgar. Su orgullo, su desprecio hacia Roma, que formaba el mundo entero (y cuyo nombre miraba con el mismo desdén que esta a su vez prodigaba a los bárbaros) no le habrían permitido aspirar a dignidades públicas que le hiciesen instrumento o hechura del emperador. ¡Él, descendiente de la gran raza de Ramasés, ejecutar órdenes y recibir su poder de otro! Solo esta idea le llenaba de ira. Pero al desechar una ambición fundada en distinciones frívolas, perseguía con doble ahinco la que tiende a gobernar el corazón de los hombres. Respetando la fuerza de la inteligencia, como el mayor don de la tierra, se complacía en pensar que él la atesoraba, y para gozarla mejor la hacía sentir a cuantos le rodeaban. Por eso buscó siempre discípulos jóvenes, y así logró subyugarlos. Le gustaba hallar *súbditos en los hombres, reinar en un imperio* invisible e inmaterial. A no haber sido tan sensual y tan rico, acaso hubiera intentado fundar una nueva religión; pero la afición a los placeres enervaba su energía. Además de este vago deseo de autoridad moral, flaqueza tan común entre los sabios, sentía el influjo de un cariño singular, incomprensible a todo lo que era de la tierra mística donde reinaron sus ascendientes. Aunque no creía en sus divinidades, creía en las alegorías que representaban, o más bien les inquiría nuevas interpretaciones.

Le lisonjeaba perpetuar el culto del Egipto, porque de este modo mantenía la sombra de su poder. Por eso cargaba de los más ricos dones los altares de Osiris y de Isis, y nada omitía para dar mayor realce a sus ministros llamando a su seno las personas más poderosas. Una vez pronunciados los votos, una vez hecha la profesión, por lo común escogía los compañeros de sus placeres entre los que habían sido víctimas suyas, bien porque así se aseguraba de su discreción, bien porque tenía ocasión de ejercer sobre ellos su influjo personal. De aquí su conducta con Apecides, en la que entraba por mucho su amor a Ione.

Pocas veces había vivido largo tiempo en un mismo lugar; mas a medida que avanzaba en años, le aburrían estos perpetuos cambios de teatro, y se admiraba con frecuencia de su luenga estancia en las deliciosas ciudades de la Campania. A decir verdad, su orgullo limitaba un poco la elección de su residencia. No podía vivir en aquellos climas ardientes, que miraba como su legítima herencia, pero donde todo sucumbía ante las águilas romanas. Hasta Roma le horrorizaba; y además no le sabía bien ver cortesanos que rivalizasen con él en su riqueza; ver su opulencia convertida casi en miseria, cuando la comparaba con el fausto de la corte imperial. Las ciudades de la Campania le ofrecían cuanto su situación pudiera exigir: los goces de un clima sin igual y todo el lujo de una civilización voluptuosa.

No mortificaba allí sus ojos otra opulencia superior a la suya, y se guarecía del espionaje de una corte celosa. Por otra parte, su riqueza le ponía a cubierto de la

maledicencia, pudiendo seguir su tenebroso rumbo sin que nadie le inquietase.

Es desgracia de los hombres sensuales no amar hasta que los sentidos principian a perder su imperio; pasan su juventud en desear, y sus corazones se gastan pronto. Así el egipcio, arrastrado por una imaginación inquieta a buscar el amor, exagerando sus encantos, había pasado los más hermosos años de su vida sin llegar al fin de sus deseos. La belleza del día era reemplazada por la belleza del siguiente, y corriendo en pos de la sombra se quedaba sin la realidad. Dos años antes de la época a que se refiere esta historia vio a Ione por primera vez, y por primera vez creyó ver a la mujer a quien podía amar. Había llegado a ese período de la existencia en que ve el hombre detrás de sí una juventud perdida, y delante las tinieblas de la vejez que se acerca; momento en que deseamos, acaso más que nunca, asegurarnos el goce del tesoro que hemos mirado siempre como necesario a la felicidad de una vida cuya mejor mitad es ya pasada.

Habíase ocupado Arbaces en ganar el corazón de Ione con una paciencia y una asiduidad que nunca desplegara para sus placeres. No le bastaba amar; quería además ser amado. Con esta esperanza estuvo observando en el desarrollo de las facultades de la joven napolitana los progresos que hacia su alma. Conociendo toda la influencia de un talento superior sobre los que se están cultivando, se había complacido en formar su genio y desenvolver su inteligencia, esperando la pondría así en estado de apreciar lo que pensaba que debía ser primer título a su cariño, un alma que, por criminal y pervertida que fuese, poseía abundantes elementos de poder y de grandeza. Cuando conoció que era comprendida y apreciada su alma, permitió y aun estimuló en Ione el gusto a la sociedad, calculando que en medio de seres frívolos, dados únicamente al placer, su talento, que rayaba a la mayor altura, experimentaría la necesidad de acercarse a él, y aprendería entonces a amarle, comparándole con los demás. Se olvidó de que la juventud ama a la juventud, como el heliotropo al sol, y no lo recordó hasta que los celos que le inspiró Glauco le hicieron volver de su error. Desde aquel instante, su pasión, largo tiempo reprimida, tomó rumbo más franco e impetuoso, aunque no recelaba toda la extensión de su peligro. Nada contribuye tanto a alimentar el fuego del amor como el más ligero soplo de celos; pierde su dulzura y su ternura, y llega a participar, en cierto modo, del odio y de la ferocidad.

Resolvió Arbaces no perder más tiempo en precauciones prudentes, pero arriesgadas; conoció al fin la precisión de alzar una barrera insuperable entre él y sus rivales, apoderándose de Ione. No porque su amor, alimentado tanto tiempo con esperanzas más puras que las de la pasión, se hubiera contentado con poseerla; quería gozar de su alma tanto como de sus gracias; pero se figuró que una vez separada del género humano por medio de un crimen atrevido, una vez asociada a él por un vínculo que no podía romper la esclavitud, se vería precisada a concentrar en él sus pensamientos; se figuró que sus artificios acabarían la conquista, y que lo mismo que en tiempos de las Sabinas y de los romanos el imperio debido a la fuerza se cimentaría por vías más pacíficas. Le confirmó en su resolución la fe en las profecías

de los astros que le vaticinaban que aquel año, aquel mes, sería para él época de un gran desastre que amenazaría hasta su vida. Se acercaba el momento fatal e irrevocable. A semejanza de cierto monarca, quería amontonar en su hoguera todo lo más precioso que tenía; y sirviéndonos de sus propias palabras, caso de morir, estaba resuelto a poder decir que había vivido, y que antes de su muerte ¡lone había sido suya!

Capítulo IX

Aventuras de Ione en casa de Arbaces.
Primera muestra de rabia del enemigo.

Cuando entró Ione en la espaciosa sala del egipcio experimentó igual sensación de espanto que había sobrecogido a su hermano. Lo mismo que él, encontró alguna cosa de fatal en las tranquilas y melancólicas figuras de aquellos monstruos tebanos, cuyo mármol representaba tan bien las facciones majestuosas e impasibles:

*Se esta leyendo en sus ojos
el saber de las edades,
y el alma del infinito
se revela en su semblante.*

El esclavo etíope que abrió la puerta se sonrió y la hizo seña de que pasase adelante. Hacia el medio de la sala le salió al encuentro Arbaces, en traje de ceremonia y lleno de piedras preciosas. A pesar de que era aún muy de día, la casa estaba iluminada por un crepúsculo artificial, según costumbre de los voluptuosos, y las lámparas despedían una débil luz sobre el rico pavimento y la techumbre de marfil.

—Hermosa Ione —dijo Arbaces, bajándose para tomarla la mano—; tú has eclipsado al día; tus ojos son los que iluminan estas salas, tu aliento el que las perfuma.

—¿A qué usáis conmigo ese lenguaje? —dijo Ione sonriendo—. ¿Os olvidáis de que vuestra sabiduría me ha enseñado lo bastante para que me desagraden esos cumplidos cortesanos? Vos mismo me habéis hecho a despreciar la lisonja: ¿queréis ahora que la discípula no se acuerde de las lecciones del maestro?

Había tanta sencillez y encanto en la manera de decir estas palabras, que el egipcio se sintió cada vez más prendado de ella y cada vez más resuelto a renovar el yerro porque le reconvenía. Respondióle él con alegría y viveza, apresurándose a mudar de conversación.

La hizo dar vuelta a departamentos de la casa, que a los ojos de Ione, acostumbrados a la afectada elegancia de las ciudades de la Campanea, parecía que encerraban los tesoros del mundo.

Se veían en las paredes cuadros de inestimable valor; lámparas alumbraban a estatuas del siglo más hermoso de la Grecia. Había entre columna y columna chinescos llenos de joyas y preciosidades, siendo ya aquellos muebles por sí de riquísimo trabajo; los umbrales y las puertas eran de las maderas más escogidas; por

todas partes se veía con profusión oro y piedras preciosas. Unas veces caminaban solos por aquellas habitaciones y otras por entre largas filas de esclavos que se arrodillaban en silencio al pasar Ione, ofreciéndola brazaletes, cadenas, joyas que el egipcio la suplicaba en vano aceptase.

—Muchas veces había oído —observó ella con admiración— que erais rico; pero nunca había creído fuese tanta vuestra opulencia.

—Quisiera —respondió el egipcio— poder fabricar de todo esto una corona para colocarla en tu hermosa frente.

—¡Ah! me abrumaría su peso; sería una segunda Tarpeya —dijo Ione chanceándose.

Sin embargo, no desprecies las riquezas... ¡Oh, Ione! Los que no son ricos ignoran de lo que es capaz el hombre. El oro es el mágico de la tierra; realiza nuestros ensueños y les da el poder de un Dios. Hay algo de grande y de sublime en su posesión: es a la par el esclavo más poderoso y el más sumiso.

El artificioso Arbaces quería deslumbrar a la joven napolitana con sus tesoros y con su elocuencia; quería suscitar en ella el deseo de poseer cuanto veía; pensó que confundiría al propietario con sus propiedades, y que los atractivos de su riqueza se reflejarían en él. Entretanto no dejaba Ione de experimentar una secreta inquietud al oír tan galantes frases de una boca que hasta entonces había aparentado desdeñar el homenaje que rinden todos los hombres a la hermosura. Y con aquella fina delicadeza que solo saben usar las mujeres, procuraba rechazar tiros lanzados con tanta intención, fingiendo no ver en ellos otra cosa que chanza y pura galantería. Nada hay tan débil como este género de defensa; se parece al encanto del nigromántico africano, que pretendía poder cambiar la dirección del viento por medio de una pluma.

Sentíase el egipcio embriagado y cautivo, más aún por la gracia de Ione que por su belleza. Trabajo le costaba ocultar lo que sentía, ¡ay!, la pluma solo podía resistir a las brisas del verano: la tempestad debía arrebatarla.

De repente, al entrar en una sala colgada de blanco con franjas de plata, dio el egipcio una palmada, y, como por encanto, salió de debajo de la tierra un banquete espléndidamente dispuesto; al mismo tiempo surgió a los pies de Ione un sofá o trono cubierto de tapicería púrpura, y en aquel instante resonó tras de las colgaduras una música dulce e invisible.

Púsose Arbaces a los pies de Ione, y niños tan hermosos como Amores dieron servicio a la mesa.

Concluido el banquete se fue debilitando la música poco a poco, y el Mago dirigió estas palabras a su hermosa convidada:

—Díme, discípula mía: ¿no has deseado nunca mirar más allá de este mundo incierto y tenebroso? ¿No has aspirado nunca a levantar el velo que cubre el *porvenir* y a contemplar en los campos del *Destino* las aéreas imágenes de las cosas futuras? Porque no solo el *Pasado* tiene sus fantasmas; cada acontecimiento que debe llegar

tiene también su espectro, su sombra. Cuando llega el instante penetra en él la vida, la sombra se torna cuerpo y recorre el mundo. Así es que en la tierra, más allá del sepulcro, hay sin cesar dos ejércitos impalpables y espirituales: el de las cosas futuras y el de las cosas pasadas. Si conseguimos penetrar en esa tierra por medio de la sabiduría, vemos unos y otros y se aprende a conocer, como yo, no solo los misterios de los muertos, sino los destinos de los vivos.

—Como vos decís... ¿a tanto puede llegar la sabiduría?

—¿Quieres ensayar mi ciencia, Ione, y ver la imagen de tu porvenir? Este drama es mucho más interesante que todos los de Esquilo. Le he preparado para ti, caso de que quisieras ver a las sombras representar sus papeles.

Tembló la napolitana, pensó en Glauco y suspiró. ¿Estarían unidos sus destinos? Vacilando entre la fe y la incredulidad, entre el miedo y la inquietud que le causaban las palabras de su extraño huésped, guardó silencio un rato, y luego respondió:

—El conocimiento del porvenir puede estremecer y espantar; al menos debe acibarar el presente.

—No, Ione; ya he echado yo una mirada sobre tu suerte futura, y puedo asegurarte que los fantasmas que la representan viven en los jardines del Elíseo; tejen de rosas las guirnaldas de tu risueño porvenir, y las Parcas, tan crueles para los demás, hilan para ti días de felicidad y de amor. ¿Quieres mirar tu suerte para gozarte en *ella de antemano*?

El corazón de Ione murmuró de nuevo el nombre de Glauco, y medio consintió en lo que le proponían. Entonces se levantó el egipcio, y tornándola de la mano la hizo atravesar la sala del banquete; abriéndose las colgaduras como por encanto, y la música despidió sonidos más fuertes y agradables. Pasaron por una galería de columnas a cuyos dos lados había fuentes que lanzaban al aire sus perfumadas aguas; bajaron al jardín por una escalera ancha y cómoda. Había anochecido; ya se elevaba la Luna a la mitad del cielo, y las flores, que adormecidas durante el día esparcen inefable fragancia al dulce aire de la noche, crecían a montones en los vergeles, o bien recogidas en canastillos estaban como ofrendas a los pies de las numerosas estatuas que decoraban el jardín.

—¿*Adónde* me lleváis, Arbaces? —dijo Ione alterada.

—No pasaremos de este templo —respondió él, señalando con el dedo un edificio situado a la extremidad de la arboleda—; nuestros ritos exigen terreno tan sagrado como ese.

Entraron en una sala estrecha, al extremo de la cual había una colgadura negra. Levantóla Arbaces, y así que Ione la hubo traspuesto se encontró en completa oscuridad.

—No tengas miedo —dijo el egipcio—; pronto tendremos luz.

Mientras hablaba, se fue aclarando insensiblemente alrededor de ellos. A medida que se hacían los objetos más distintos, creyó Ione observar que se hallaba en un cuarto de regular extensión y colgado de negro por todas partes. A su lado había un

sofá del mismo color. En medio de la pieza se alzaba un altar con un trípode de bronce encima; a *un* lado de aquel, sobre una columna de granito, se veía una cabeza colosal de mármol negro, en quien, por su corona de espigas, reconoció a la gran diosa egipcia. Estaba Arbaces de pie delante del altar en el que se había puesto la guirnalda, y derramaba en el trípode el licor contenido en una copa de bronce. De *pronto se* *alzó* una llama azul, viva, irregular; vino el egipcio a colocarse al lado de Ione, y murmuró algunas palabras en un lenguaje que la era desconocido; pareció que la cortina que había detrás del altar se agitaba con vago movimiento; se abrió por medio con lentitud, y en el espacio que formaba aquella abertura distinguió débilmente un paisaje cuyos contornos fueron pronunciándose más según iba mirando. Al fin descubrió allí con claridad árboles, ríos, prados y todo lo que forma el campo más rico y más variado. Después apareció *una* sombra delante del país y se detuvo frente de ella; el mismo encanto que había aclarado el resto de la escena, aclaró también la sombra; fue tomando cuerpo por grados, e Ione se reconoció a sí misma en aquel fantasma, con gran sorpresa suya.

Entonces desapareció el paisaje que formaba el fondo del cuadro, y le siguió la perspectiva de un palacio magnífico; en medio de la sala principal había un trono; esclavos y guardias le cercaban, y una mano pálida sostenía sobre el trono la apariencia de una diadema.

Un nuevo actor salió en seguida a la escena. Bata negra le cubría de pies a cabeza; ni se divisaba su cara, ni los contornos de sus miembros; se arrodilló ante la sombra de Ione, le tomó la mano y con el dedo le señaló el trono, como invitándola a que subiese a él.

Latía con fuerza el corazón de la napolitana.

—¿Quieres que se de a conocer la sombra? —dijo una voz muy baja, que salió de su lado. Era la de Arbaces.

—¡Ah, sí! —respondió Ione.

Levantó él la mano; el espectro dejó caer el ropaje que ocultaba sus formas, y la griega lanzó un grito...

Era el mismo Arbaces a quien veía a sus pies.

Ahí tienes, en efecto, cuál es tu suerte —la dijo al oído el egipcio—; estás destinada a ser mi esposa.

Estremeciéndose Ione; cerróse la cortina negra sobre el cuadro fantasmagórico, y el propio Arbaces, Arbaces vivo, estaba arrodillado a sus pies.

—¡Ione! —exclamó, mirándola con aire apasionado—; escucha a un hombre que hace largo tiempo está luchando con su amor ¡Yo te adoro! El destino no puede mentir; ha decretado que seas mía. He recorrido el mundo y no he encontrado una mujer como tú. He vivido desde mi juventud suspirando por un ser que se te pareciese; he estado durmiendo hasta el instante en que te vi; entonces desperté. No apartes los ojos de mí; no me mires ya bajo el mismo aspecto que antes. No soy ese ser frío, insensible, melancólico que has creído. Nunca mujer alguna tuvo amante más

rendido y apasionado que lo seré yo para Ione. No te defiendas así de mí... mira, ya dejo libre tu mano. Retírala si quieres... me conformo, pero no me deseches con ligereza. Juzga de tu influjo sobre mí, por la transformación que ya has causado. Yo, que mando en el destino, me avengo a recibir el mío de ti.

Aunque sola, y en poder de aquel hombre singular y terrible, no estaba ella asustada; el respeto que respiraba su lenguaje y la dulzura de su voz la tranquilizaban, sirviéndola de escudo su propia pureza. Sin embargo, estaba confusa y sorprendida; transcurrieron algunos momentos antes de que se sintiera con fuerzas para responder.

—Levantaos, Arbaces —dijo al cabo, tendiéndole la mano que retiró de pronto, por haber sentido en ella la ardorosa impresión de sus labios—; levantaos, y si habláis de buena fe, si lo decís con formalidad...

—Sí —repitió él con ternura.

—En este caso, escuchadme; habéis sido para mí un tutor, un amigo, un consejero; no estaba yo preparada al nuevo papel que os veo ahora representar. No penséis —añadió vivamente, al ver brillar sus sombríos ojos con todo el ardor de la pasión—, no penséis que desprecio este homenaje, que no me entenece, que me honra; pero decid... ¿podéis escucharme con calma?

—¡Sí, aunque fuesen tus palabras como el rayo, aunque hayan de aterrarme!

—¡*Amo a otro!* —dijo Ione sonrojándose, pero con una voz serena.

—¡Dioses!, ¡infierno! —exclamó Arbaces irguiéndose en toda su altura—; ¡no tendrás valor para decírmelo, para burlarte de mí, hasta ese extremo! ¡Es imposible! ¿A quién has visto? ¿A quién has conocido? Ione, esa es invención de un espíritu femenino; el artificio de una mujer es quien ha hablado por tu boca... Tratas de ganar tiempo. Te he sorprendido, te he asustado... Haz de mí lo que quieras... di que no me amas, pero no me digas que amas a otro...

—¡Ah! dijo Ione; y sobrecogida de tan inesperada violencia, se deshizo en lágrimas.

Arbaces se acercó a ella... Su inflamado aliento abrasaba el rostro; la enlazó en sus brazos, de los cuales se desprendió ella con energía. Al hacer aquel esfuerzo, cayeron al suelo unas tablillas, advertido lo cual por Arbaces, las recogió; eran la carta que por la mañana había recibido de Glauco. Ione se dejó caer en el sofá medio muerta de espanto.

Los ojos de Arbaces recorrieron rápidamente aquel escrito; no osaba la napolitana fijar sus ojos en él. Así es que no reparó en la mortal palidez que cubrió su semblante; no advirtió su horrible ceño, ni el temblor de sus labios, ni las convulsiones que agitaron su pecho. Leyó hasta el fin, y después soltando en el suelo la carta, dijo con engañosa calma:

—¿Es al autor de esta carta a quien amas?

Ione sollozaba, mas no respondía.

—¡Habla! —repuso él, con una especie de alarido.

—¡Él es!, ¡él es!

—Y su nombre... está escrito aquí... ¿se llama Glauco?

Juntando las manos miró ella en torno de sí, como para pedir socorro o buscar salida.

—En este caso, escúchame —repuso él bajando la voz hasta el punto de oírsele apenas—, irás a la tumba antes que a sus brazos. Pues ¡qué!, ¿te figuras tú que he estado aguardando a que el fruto estuviese maduro para cederle a otro? ¡No, loca hermosa! ¡Tú eres mía, toda tú; de mí solo, y así es como tomo yo posesión y hago valer mis derechos!

Al decir esto, se abalanzó a Ione abrazándola con una feroz energía, hija más bien de la venganza que del amor.

Pero la desesperación la dio una fuerza sobrenatural; se arrancó de nuevo de los brazos del egipcio y se lanzó al extremo de la pieza por donde había entrado; medio descorrió la cortina; Arbaces la cogió; ella volvió a escaparse, y por último cayó desvanecida, dando un grito agudo al pie de la columna que sobrellevaba la cabeza de la diosa egipcia. Detúvose él como para cobrar aliento y se arrojó de nuevo sobre su presa.

En aquel instante se abrió con fuerza la colgadura, y sintió el egipcio que una mano terrible se posaba rudamente sobre su hombro. Volvióse y vio delante de sí los relucientes ojos de Glauco y las facciones pálidas, ajadas, pero amenazadoras de Apecides.

—¡Ah! —dijo mirando alternativamente al uno y al otro— ¿qué furia os ha enviado aquí?

—¡Até^[64]! —respondió Glauco; y comenzó al punto a luchar con él.

Entretanto Apecides levantaba a su hermana ya sin sentido; empero sus fuerzas, agotadas por los largos padecimientos de su alma, no le bastaron para llevársela, sin embargo de lo poco pesada que era. Púsola, pues, en el sofá y se colocó delante de ella espada en mano, observando el combate de Glauco con el egipcio, y resuelto a hundirle su arma en el pecho caso de que saliese vencedor. Quizá no hay en el mundo cosa más terrible que una simple lucha cuerpo a cuerpo, sin más armas que las que da la Naturaleza a la rabia. Estaban los dos adversarios agarrados el uno por los brazos del otro, buscando cada cual con las manos la garganta de su enemigo, echadas las caras hacia atrás, lanzando llamas sus feroces ojos, tirantes sus músculos, hinchadas sus venas, entreabiertos sus labios y apretados sus dientes. Ambos tenían extraordinaria fuerza; a ambos les animaba un furor implacable; se agarran, se balancean, pierden tierra, pasan de un lado al otro de su reducida arena, dan voces de cólera y de venganza; tan pronto están delante del altar como al pie de la columna donde había comenzado la lucha. Sepáranse para cobrar aliento: Arbaces apoyado contra la columna, y Glauco a unos cuantos pasos de él.

—¡Oh, diosa antigua! —exclamó Arbaces estrechando en sus manos la columna y alzando los ojos a la sagrada imagen que la coronaba—; ampara a tu escogido; proclama tu venganza contra ese vil adepto de una religión de ayer que con sacrílega

violencia profana tu santuario y ataca a tu sacerdote.

Mientras hablaba, parecieron animarse de repente las anchas y apacibles facciones de la diosa. Al través de aquel mármol negro, como al través de un velo transparente, se vio de pronto una tinta rojiza y abrasada. Serpearon relámpagos en torno de su cabeza, y sus ojos, que parecían haberse vuelto globos de un fuego lívido, fijaron miradas de cólera terrible y fulminante sobre el griego. Sorprendido y asustado con la inesperada y milagrosa respuesta que recibía la plegaria de su enemigo, palideció Glauco, cuyo espíritu no estaba exento de la superstición hereditaria de su raza; chocaron sus rodillas, y presa de un terror pánico quedó casi sin fuerza delante de su adversario.

No le dio Arbaces tiempo para volver de su estupor.

¡Muere, miserable! —exclamó con resuelta voz arrojándose sobre él—; la Madre Omnipotente te reclama como sacrificio vivo.

Cogido así de sorpresa, en la primera consternación causada por su supersticiosa sencillez, perdió el griego el equilibrio; el suelo era terso como un espejo, se escurrió y cayó. Puso Arbaces el pie sobre el pecho de su adversario abatido.

Enseñado Apeceides tanto por su profesión sagrada como por el conocimiento que tenía del carácter del Mago a desconfiar de toda intervención milagrosa, no había participado del susto de Glauco; se echó hacia delante, brilló su puñal en el aire; el egipcio, atento, asió su brazo al tratar de herirle; en un momento arranco su arma al sacerdote; le tiró al suelo de un empujón, y con aire victorioso blandió a su vez el puñal. Contemplaba Glauco la suerte que le esperaba sin estremecerse y con la resignación fría y desdeñosa de un gladiador vencido.

De repente tembló la tierra bajo sus pies. Había en campaña un espíritu más poderoso que el del egipcio, un poder gigantesco y terrible ante el cual se aniquilaban su pasión y sus artificios. El Horrible Demonio del Terremoto se despierta y pone en pie riéndose a la vez de las arterías de la magia humana, de la malicia \ de la cólera de los hombres. Como un titán sepultado bajo las masas de las montañas, despierta de su largo sueño y se agita en su flotante lecho; gimen las cavernas y se estremecen cuando mueve sus miembros. En el momento de su venganza y de su poder, el que se creía un *semi dios* tornó a caer en su polvo primitivo. A lo lejos y debajo del suelo se oyó un ruido sordo; las colgaduras de la sala se agitaron, como al soplo de la tempestad; tembló el altar, hubo de caer el trípode y la columna vacilante se cimbrió de un lado a otro. Titubeó la negra cabeza de la diosa, cayó de su pedestal, y mientras se inclinaba el egipcio sobre la víctima que iba a sacrificar vinieron los pedazos a herir su doblado cuerpo, dándole entre la espalda y el cuello. El golpe le tendió por tierra como muerto de repente, sin dar un grito ni hacer un movimiento; se hubiera dicho que le había aterrado la misma diosa a quien invocara en su impiedad.

La Tierra ha librado a sus hijos —dijo Glauco poniéndose de pie aunque con trabajo—. ¡Bendito sea el feliz sacudimiento!, ¡adoremos la providencia de los dioses!

Ayudó a Apecides a que se levantara y reconoció el rostro del egipcio. Todo parecía indicar que estaba muerto; salía la sangre de su boca a borbotones, y cuando Glauco soltó el brazo de que le había asido, cayó el cuerpo pesadamente y continuó corriendo la sangre por el mármol. Tembló de nuevo la tierra bajo sus pies; tuvieron que agarrarse el uno del otro hasta que cesaron las sacudidas, tan de repente como habían principiado. No se detuvieron mucho tiempo. Llevó Glauco a Ione en sus brazos, dejando juntos aquel lugar profano. Mas apenas llegaron al jardín, por todas partes vieron grupos de mujeres y esclavos que huían asustados, y con sus festivas y rutilantes vestimentas, en franco contraste con el horror de la situación. Parecía que no se ocupaban de los extraños, sino en su propio riesgo. Al cabo de diez y seis años de reposo, aquel suelo abrasado y pérfido amenazaba de nuevo a sus habitantes. No se oía más que un grito: ¡el terremoto!, ¡el terremoto! Pasando, pues, por medio de la multitud, que no pensó en detenerlos, se apresuraron a bajar por una de las arboledas del jardín, y sin entrar en la casa, huyeron por una puertecilla que estaba abierta. Allí, los rayos de la Luna dejaron ver el abatido rostro de la joven ciega sentada sobre una colina; estaba derramando amargas lágrimas.

LIBRO TERCERO

Capítulo I

Foro de los pompeyanos.
Primer mecanismo grosero con cuyo artilugio se preparó la
nueva era del mundo.

*Tú, empero, ¡oh Luna!,
muestra tu clara luz, que a ti tus himnos
en voz secreta subirán, ¡oh diosa!,
y a ti, infernal Hécate,
de los perros temida que paseas
por medio de cadáveres sangre.
¡Salve, horrible deidad ven en mi ayuda
y haz tú que de estos frutos el encanto
tanta virtud como el de Circe tenga!*

TEÓCRITO. IDILIO, 2

No era aún medio día; el foro estaba lleno de hombres de negocios y de ociosos. Lo mismo que hoy en París, los habitantes de las ciudades de Italia, en aquella época, pasaban casi toda su vida en la calle. Los edificios públicos, el foro, los pórticos, los baños, hasta los templos, podían mirarse como sus verdaderas moradas. No es, por lo tanto, extraño adornase con tanta magnificencia aquellos sitios de reunión a que eran afectos, por cariño doméstico, por vanidad pública; fuerza es convenir en que el foro de Pompeya ofrecía entonces un aspecto animado. A lo largo de su ancho suelo, compuesto de grandes baldosas de mármol, había varios grupos, hablando a un tiempo, con aquella enérgica pantomima que adapta un gesto a cada palabra y que caracteriza hoy mismo a los pueblos del Mediodía.

A uno de los lados de la columnata se veían los cambiantes de moneda sentados en siete tiendas rodeadas de mercaderes y marinos de vistosos trajes. Por otro lado, varios sujetos de largas togas^[65] subían rápidamente y con traza de muy ocupados a un hermoso edificio donde los magistrados administraban justicia; aquellos eran los abogados activos, charlatanes, y dados a los equívocos, como se les ve en nuestros días en Westminster. En medio del recinto había sobre pedestales diversas estatuas, siendo la más notable la que representaba la majestuosa figura de Cicerón. En torno del patio estaba una columnata regular y simétrica, de arquitectura dórica, donde varias personas atraídas allí por sus asuntos tomaban el bocado que constituye el desayuno italiano y se ocupaban con calor en el terremoto de la noche pasada, mojando pedazos de pan en vino aguado. Recorrían el espacio descubierto varios

mercaderes de bagatelas, ejerciendo su profesión; uno presentaba lazos a una hermosa señora del campo; otro encarecía a un lugareño la solidez de sus zapatos; un tercero, especie de fondista al raso, como tantos que se ven todavía en las ciudades de Italia, llenaba más de una boca hambrienta con manjares calientes que sacaba de su horno ambulante; más allá, por un contraste que caracterizaba bien la mezcla de confusión y de inteligencia del siglo, un maestro de escuela explicaba a sus discípulos los elementos de la lengua latina. En una galería situada sobre el pórtico, y a la que se subía por una escalerita de madera, había también una multitud de personas, pero como era allí donde se trataba el principal asunto de la localidad, aquel grupo tenía el aire más tranquilo y grave.

De cuando en cuando se abrían respetuosamente los que estaban en la parte más abajo, para dejar paso a los senadores que iban al templo de Júpiter, situado en uno de los ángulos del foro y lugar de la reunión del Senado. Saludaban aquellos senadores, con orgullosa condescendencia, a los amigos o clientes que conocían entre la muchedumbre. En medio de los estudiados trajes que llevaban las personas de distinción, se veían los sencillos vestidos de los robustos aldeanos que iban a los graneros públicos.

Desde junto al templo se veía el arco de triunfo y la larga calle que le seguía llena de transeúntes. De uno de los nichos del arco saltaba una fuente y lucían sus aguas a los rayos del Sol, al paso que sobre la cornisa se dibujaba, sombría, sobre el puro azul de un cielo de verano, la estatua ecuestre de Calígula bronceada. Detrás de las tiendas de los cambiantes estaba lo que se llama hoy el panteón, y muchos pompeyanos pobres pasaban por el vestíbulo que conducía al interior, con cestas al brazo, para llegar a una plataforma entre dos columnas, donde se vendían varias provisiones, restos de los objetos sacrificados a los dioses.

Delante de uno de los edificios en que se trataban los asuntos municipales estaban unos jornaleros trabajando columnas; se oía el ruido de sus instrumentos al través de las conversaciones de la multitud. ¡Aún no se han acabado aquellas columnas!

Bien mirado, nada podía exceder la variedad de trajes, de rangos, de modales, de ocupaciones de aquella muchedumbre; nada podía exceder a la confusión, alegría y continuo movimiento que reinaban alrededor. Había allí mil indicios *de una* civilización ardiente y exaltada, en que el placer y el comercio, la ociosidad y el trabajo, la avaricia y la ambición confundían en un solo abismo sus variadas olas, pero cuya impetuosidad no obstaba a la armonía.

Delante de las gradas del templo de Júpiter estaba cruzado de brazos y frunciendo las cejas con aire imponente un hombre de unos cincuenta años.

Su ropaje era de notable sencillez, menos por la tela que por la falta de adornos que llevaban los pompeyanos de toda clase, ora por ostentación, ora porque los creían eficaz remedio contra la magia y el mal de ojo. Su frente, espaciosa y calva; los pocos cabellos que conservaba atrás en la cabeza estaban cubiertos por una especie de capucha, parte de su sayo, que la podía quitar y poner a su antojo, y que por aquel

momento le cubría la mitad de la cabeza para defenderla del Sol. El color de su vestido era pardo, matiz de que en general gustaban poco los pompeyanos; parecía haber evitado con estudio toda mezcla de escarlata o de púrpura.

Su cinturón contenía un tinterillo pendiente de un gancho, un estilo y tablillas de tamaño *más que* regular. Era de advertir que no había en aquel cinturón bolsa, a pesar de que formaba parte indispensable del equipo, aunque tuviese la desgracia de estar vacía.

Raras veces los pompeyanos, entregados igualmente a la disipación y al egoísmo, se ocupaban en examinar las fisonomías y acciones de sus vecinos; mas había en la boca y en los ojos de aquel hombre una expresión tan singularmente amarga y desdeñosa, mientras contemplaba la procesión que subía por las escaleras del templo, que no pudo menos de llamarles la atención.

—¿Quién es ese cínico? —preguntó un mercader a un joyero compañero suyo.

—Es Olintho —respondió el joyista; pasa por nazareno.

El mercader se estremeció.

—¡Temible secta! —añadió en voz baja y azorada—. Dicen que cuando se juntan por la noche siempre comienzan sus ceremonias degollando un niño recién nacido; profesan también la comunión de bienes... ¡miserable!, ¡la comunión de bienes...! ¿Qué sería de los mercaderes y joyeros si prevaleciesen semejantes ideas?

—Verdad es —dijo el joyista—; además ellos no usan alhajas; lanzan imprecaciones cuando ven una serpiente, y en Pompeya todos nuestros adornos tienen esa figura.

—Mirad, mirad —dijo un tercero que era broncista—, cómo se está burlando interiormente ese nazareno de la piadosa procesión. ¡Estoy seguro de que echa ahora cada maldición al templo...! ¿Querrás creer, Celcino, que al pasar ese hombre el otro día por delante de mi tienda, viéndome trabajar en una estatua de Minerva, me dijo, frunciendo las cejas, que la hubiera roto si fuese de mármol, pero que el bronce era demasiado duro para él? «¡Hacer pedazos una diosa!», exclamé yo. «¡Una diosa, respondió el ateo, es un demonio, es un espíritu del mal!». Y siguió su camino, echando imprecaciones. ¿Hay quien tolere semejantes cosas? Ya no me admiro de que la tierra haya temblado tanto la noche pasada; sin duda habrá querido arrojar de su seno a ese ateo. ¿Qué digo, ateo? Es peor todavía. Desprecia las bellas artes. ¡Pobres broncistas, si esos hombres llegasen a ser legisladores algún día!

—Ellos fueron los que incendiaron a Roma en tiempo de Nerón —dijo gimiendo el joyista.

Mientras el porte y la creencia del nazareno inspiraban tan benévolas observaciones, comenzó Olintho a hacerse cargo del efecto que estaba produciendo; volvió los ojos en torno de sí y observó las atentas caras de la multitud que iba creciendo y que cuchicheaba, mirándole. Él, por su parte, les dirigió una mirada en que se pintaron sucesivamente el orgullo y la compasión; después se envolvió en su manto, diciendo bastante *alto* para que le pudiesen oír:

—¡Ciegos idólatras! ¿No os han avisado los sacudimientos de la noche pasada? ¡Ah! ¡En qué estado os encontrará el Último Día!

Cuando oyó la multitud estas solemnes palabras, las interpretó diversamente, según el grado de ignorancia o de temor de cada individuo. Sin embargo, todos convenían en que encerraban una terrible imprecación. Miraban al cristiano como enemigo de la Humanidad; le pusieron mil epítetos, entre ellos el de ateo; lo que acaso debe servirnos a nosotros de lección, ahora que ha triunfado la fe de Olintho, que es la nuestra, a fin de no prodigar a los que no piensan como nosotros las mismas injurias y denuestos que se prodigaban en aquella época a los fundadores de nuestra religión.

Al atravesar Olintho orgullosamente por entre los corrillos, dirigiéndose a una de las salidas menos frecuentadas del foro, vio una fisonomía pálida y Sería que le miró fijamente y que no le costó mucho reconocer.

Arrojado en un palio que ocultaba parte de sus vestidos sagrados, contemplaba el joven Apecides al discípulo de aquella fe nueva y misteriosa a que había estado próximo de convertirse.

—¿Será también él un impostor? —dijo—. Ese hombre tan sencillo en su vida, en su traje, en su porte, ¿hace también como Arbaces de su rigidez un manto para encubrir su sensualidad? ¿Oculta el velo de Vesta los vicios de una prostituta?

Acostumbrado Olintho a ver personas de todas clases y que reunían al entusiasmo de la fe gran conocimiento de los hombres adivinó quizá por la fisonomía del sacerdote de Isis lo que pasaba en su corazón. Se adelantó a examinarle, y con mirada tranquila y frente de serenidad y franqueza:

—La paz sea contigo —le dijo.

—¡La paz! —repitió el sacerdote con tan sombría voz, que penetró hasta el alma del nazareno.

—Todo lo bueno está encerrado en este deseo —repuso Olintho— porque sin la virtud no se puede gozar de la paz. Semejante al arco iris, la paz descansa en la tierra, pero su cima se pierde en los cielos; estos la bañan en tintas de luz... se forma en el seno de las lágrimas y de las nubes... es la reflexión del eterno sol; es la seguridad de la calma, el símbolo de una gran alianza entre el hombre y Dios. Esta paz, ¡oh joven!, es la sonrisa del alma; es una encarnación de la esfera de luz inmortal. ¡La paz sea contigo!

—¡Ah! —dijo Apecides; e iba a continuar, cuando reparo que las miradas de los transeúntes se fijaban en él, curiosos de saber cuál podía ser el asunto de la conversación entre uno que pasaba por nazareno y un sacerdote de Isis. Se detuvo, pues, y dijo en voz baja: «No podemos hablar aquí; te seguiré a la orilla del río; allí hay un camino que por lo común es solitario a estas horas».

Hizo Olintho una señal de asentimiento. Cruzó las calles con paso rápido, pero con ojo observador. Varias veces trocó una mirada significativa, alguna ligera señal, con transeúntes cuyo traje indicaba pertenecían a las clases inferiores, porque en esto

el Cristianismo fue el tipo de todas las demás revoluciones menos importantes; la semilla estaba en el corazón de los pobres; al pie de las chozas, entre el trabajo y la pobreza, fue donde nació el humilde curso del caudaloso río que bañó después los palacios y las ciudades de la tierra.

Capítulo II

Paseo matutino por el mar de Campania.

—Cuéntame Glauco —dijo Ione mientras seguía en una ligera barca el curso del límpido Sarno— cuéntame, ¿cómo fuisteis tú y Apecides a salvarme de las manos de aquel malvado?

—Pregúntaselo a Nydia —respondió el ateniense señalando con el dedo a la joven ciega sentada no lejos de ellos y apoyada en la lira con aire pensativo—. A ella es a quien hay que agradecérselo, y no a nosotros. Parece que estuvo en mi casa y no habiéndome hallado, fue a buscar a tu hermano a su templo. Corrió Apecides con ella a casa de Arbaces; en el camino me encontraron con unos cuantos amigos a quienes tuve humor de asociarme luego que recibí tu amable carta. El oído práctico de Nydia reconoció mi voz sin dificultad; pocas palabras bastaron para que la siguiera; sin embargo, no dije a mis compañeros por qué los dejaba. ¿Cómo había yo de confiar tu nombre a su lengua indiscreta y ligera? Nydia nos condujo a la puerta del jardín, por donde después salimos; entramos, e íbamos a sepultarnos en los misterios de aquella profana morada, cuando oímos tus gritos en otra dirección; ¡tú sabes lo demás!

Sonrojóse Ione. Después levantó sus ojos hacia Glauco, quien comprendió toda la gratitud que no podía ella expresar.

—Ven, Nydia mía; —dijo tiernamente a la tesaliana— ¿no te anuncié que habías de ser mi hermana, mi amiga? ¿No has sido ya más que todo eso, siendo mi guarda y mi libertadora?

—Eso no significa nada —respondió Nydia fríamente, y sin mudar de posición.

—¡Ah! me había olvidado —replicó Ione— de que era yo la que debía ir hacia ti.

Al decir esto, se deslizó a lo largo de la barca, hasta llegar a la ciega, y ciñéndole sus brazos al cuello de una manera cariñosa, le cubrió las mejillas de besos.

Estaba Nydia aquel día más pálida que de costumbre, palidez que se aumentó con las caricias de la hermosa napolitana.

—Pero —continuó esta, ¿cómo has podido adivinar con tal exactitud el riesgo que me amenazaba? ¿Conocías tú ya al egipcio?

—Si; conocía sus vicios.

—¿Pues cómo?

—Noble Ione; he sido esclava de gentes de mala vida y mis amos estaban a su servicio.

—Preciso es que hayas tú entrado antes en la casa, cuando también conocías la puerta secreta.

—He pulsado la lira en el palacio de Arbaces —respondió la tesaliana, cortada.

—¿Y te libraste del contagio de que me libraste a mí? —replicó la napolitana en

voz demasiado baja para que pudiera oírla Glauco.

—¡Ilustre Ione! no tengo riquezas ni hermosura; soy niña, esclava y ciega. Las personas despreciables siempre están seguras.

Pronunció tan humilde respuesta en un tono mezclado de dolor, de orgullo y de indignación, e Ione conoció que no haría más que herirla si insistía en este punto. Guardó, por tanto, silencio, y la barca entró en aquel momento en el mar.

—Ione, confiesa que he acertado —dijo Glauco—, en hacerte no perder en tu cuarto esta mañana tan hermosa; confiesa que he acertado.

—Habéis acertado, Glauco —dijo bruscamente Nydia.

—Esta querida niña responde por ti —replicó el ateniense—; pero permite que me ponga de frente porque si no, pudiera zozobrar nuestra barquilla.

Al decir esto, fue a colocarse frente de Ione, e inclinándose hacia ella, se imaginó que su aliento y no la brisa del verano era el que esparcía sobre el mar dulcísimos perfumes.

—Deberías referirme —añadió Glauco por qué me has tenido cerradas las puertas tan largo tiempo.

—¡Oh! no pienses ya en eso —respondió vivamente—. Presté oídos a lo que ahora reconozco que fue una calumnia indigna.

—¿Y será el egipcio mi calumniador?

El silencio de Ione sirvió de respuesta afirmativa a esta pregunta.

Sus motivos eran hartamente evidentes.

—No hables de él —añadió luego, cubriéndose el rostro con las manos como para apartar hasta su pensamiento.

—Puede que esté en las riberas de la Estygia —observó Glauco—; pero en ese caso, habiéramos oído hablar de su muerte. Cualquiera diría que tu hermano ha sentido el influjo de su alma tenebrosa; cuando llegamos ayer noche a vuestra casa me abandonó repentinamente. ¿Se dignará ser mi amigo algún día?

—Un oculto pesar le consume —respondió Ione, y sus ojos se llenaron de lágrimas—. ¡Ojalá pudiéramos hacerle olvidar sus penas! Unámonos para este acto de filantropía.

—Será mi hermano —repuso el griego.

—¡Con qué calma reposan esas nubes en el cielo! —dijo Ione procurando desechar la tristeza de que le había llenado el recuerdo de Apecides; y sin embargo decís (yo no lo he advertido) que la tierra tembló anoche bajo nuestros pies.

—Sí, y según se asegura, con mucha más fuerza que cuando el gran terremoto hace diez y seis años. La tierra que habitamos experimenta todavía un terror misterioso, y el reino de Plutón, que se extiende bajo nuestras abrasadas llanuras, parece despedazado por invisibles conmociones. ¿No sentiste tú temblar la tierra en el paraje dónde estabas, Nydia? ¿No fue esto lo que te hizo llorar?

—Sentí hincharse el suelo y luego escurrirse bajo de mí como una monstruosa serpiente —respondió—; pero como no veía nada, no pasé miedo. Creí que aquella

convulsión de la tierra era efecto de los hechizos del egipcio. Dicen que manda en los Elementos.

—Eres tesaliana, Nydia mía —replicó Glauco—, y tu origen te autoriza para creer en la magia.

—¡La magia!... ¿Quién duda de ella? —respondió Nydia con sencillez—. ¿Seréis vos acaso?

—Hasta la noche de ayer en que un prodigio de nigromancia me asustó realmente, pensaba no creer en más magia que la del Amor —dijo Glauco con voz trémula y fijando los ojos en Ione.

—¡Ah! —suspiró Nydia con una especie de calofrío; y habiendo tropezado su mano involuntariamente en la lira, despidió esta algunos sonidos agradables, que cuadraban bien a la serenidad de los cielos y al apacible brillo del sol del medio día.

—Toca una canción, Nydia —dijo Glauco—; una de tus antiguas tocatas tesalias; trátese en ella de magia o no, como tú quieras, con tal que hable de amor.

—¡De amor! —repitió Nydia, levantando sus grandes ojos errantes, que no podían menos de inspirar a quienes los miraban un sentimiento mezclado de susto y de compasión. Imposible era familiarizarse con su aspecto. ¡Tan extraño parecía que aquellas pupilas negras y extraviadas fuesen insensibles a la luz del día! Su mirada misteriosa era unas veces tan viva y tan profunda, otras tan inquieta y turbada, que al encontrarla se sentía la misma impresión vaga, fría y en cierto modo sobrenatural, que hace nacer la presencia de los locos, de esos cuya vida exterior es tan semejante a la nuestra, mientras su vida interior es diferente, inexplicable, imposible de adivinar.

—¿Queréis que cante el amor? —preguntó fijando los ojos en Glauco.

—Si —respondió él bajando los suyos.

Se desprendió ella del brazo con que la *tema* Ione por la cintura, como si la ternura de tal actitud le hubiese estorbado, y poniendo sobre su rodilla su graciosa y ligero instrumento, cantó después de un corto preludio las estrofas siguientes:

CANTO DE AMOR DE NYDIA

I

*Un Rayo solar y el Viento
a la rosa enamoraron,
y entre los dos disputaron
por su perfumado aliento:
ella sentencio al momento;
mas ¿a cual correspondió?
¿Quién nunca al Viento admiró
cuando sus alas extiende?
¿Y quién al Sol cuando asciende*

su admiración le negó?

II

*Si lleva el Viento hacia el prado
de sus alas los rumores,
temen las sencillas flores
ver su cáliz deshojado:
y nadie le ha preguntado
de dónde es, ni quien le guía,
ni si la triste armonía
de sus suspiros probaba,
que Alma sin duda encerraba
quien suspiros despedía.*

III

*Mas a ti, Rayo dichoso,
del fulgente luminar,
harto fácil es probar
tu sentimiento amoroso,
su aspecto mustio y celoso
llegas en la Rosa a ver,
y decae por creer
que ya no es correspondida.
Amor le vuelves y Vida,
solo con aparecer.*

IV

*Al viento ¿cómo es posible
mostrar su pasión amante,
ni hacer gala de constante,
sin que parezca risible?
Si suspira, no es creíble
que sea de amor gemir,
y si quiere convertir
a la no crédula Rosa,
no puede hacer otra cosa
que al llegar a ella... Morir.*

—¡Triste es tu canto, amable niña! —dijo Glauco—; tu juventud no conoce aún más que la sombra del amor; muy diferentes inspiraciones despierta en nosotros, cuando se da a conocer de repente en toda su fuerza y su encanto.

—He cantado lo que me enseñaron —respondió Nydia suspirando.

—Pues desgraciado en amor era tu maestro; toca *otro* aire más alegre, o si no, hija mía, dame el instrumento.

Al obedecer esta orden tocó la mano de Nydia con la de Glauco y a este ligero contacto agitóse su pecho y su frente se cubrió de rubor. Ocupados los amantes exclusivamente el uno del otro, no repararon en aquellas señales de las *extrañas* y prematuras emociones de un corazón que alimentado por la imaginación se podía pasar sin esperanzas.

Se desplegaba en tal momento a los ojos de ellos espacioso, azulado y brillante este mar sereno, que hoy al cabo de diez y siete siglos estoy yo contemplando a mi vez, deshaciéndose en ligeras olas sobre estas divinas playas. ¡Dulce clima!; tú que nos enervas aún como en tiempo de la hechicera Circe; tú que nos penetras y modificas insensible y misteriosamente, para armonizar contigo, apartando de nuestro seno toda idea de difícil trabajo, todo deseo ambicioso, toda memoria del estruendo y de los combates de la existencia, haciendo necesario a nuestra naturaleza lo que hay de menos material en la vida hasta el punto de que el aire *mismo* nos inspire la necesidad y la sed de amar; todo el que te visita parece dejar a la espalda *la* tierra y los cuidados para entrar por la puerta de marfil en la región de los sueños.

Las jóvenes y risueñas horas del *presente*, esas horas hijas de Saturno, que el ansia por destruir parece que se escapan de sus manos el pasado y el porvenir se olvidan, no se goza más que del tiempo actual. ¡Flor del jardín del mundo, fuente de delicias, Italia de la Italia, linda y generosa Campania! ¡Qué necios serían los titanes, si habitando este lugar quisieron escalar el cielo! Si hubiera dispuesto Dios que esta penosa vida fuese un perpetuo día de fiesta, ¿quién no desearía pasarlo aquí todo entero sin pedir, sin esperar, sin temer nada mientras le sonriese tu cielo, mientras se extendiera a tus pies tu mar, mientras le trajese tu atmósfera dulces mensajes de la violeta y del naranjo y mientras contento el corazón con experimentar solo un sentimiento encontrase una boca y unos ojos capaces de persuadirle que el amor ¡vanidad de vanidades! a pesar de lo que diariamente se ve, puede ser eterno?

En aquel clima y en aquellos mares era donde el ateniense contemplaba unas facciones dignas de pertenecer a la ninfa, al genio de aquel lugar. Apacentando sus ojos con tan rosadas mejillas, se sentía más feliz de lo que es dado a los mortales, porque amaba y estaba seguro de ser correspondido.

El relato de las pasiones humanas, y de cómo se han desarrollado en los siglos remotos, adquiere doble interés por la lejanía del tiempo. Gozamos con sentir en nosotros el vínculo que nos une al irrevocable pasado. Los hombres, las naciones, las costumbres perecen: las afecciones son inmortales; son las simpatías que juntan una con otra generaciones sin fin.

El pasado revive para nosotros cuando contemplamos sus emociones; ¡revive en las nuestras! Lo que era, es siempre. El arte del mago que resucita los muertos, que reanima el polvo de los olvidados sepulcros, no reside en el talento del que escribe, sino en el corazón del que lee.

Buscando siempre en vano los ojos de Ione que medio bajos y medio distraídos evitaban los suyos, expresó así el ateniense con dulcísima voz sentimientos inspirados por ideas más felices que las que dieron colorido al canto de Nydia.

CANTO DE GLAUCO

*Ve cual boga apacible la barquilla
por las rizadas aguas de la mar,
y mira el Sol que en el espacio brilla
en las inquietas olas rielar.
La barquilla es imagen de mi pecho,
no teme los escollos del amor,
con tu dulce presencia satisfecho,
¿a qué bajíos guardaré temor?
El mar donde suspiras amenaza,
y donde sonríes, se apacigua allí,
el norte rumbo al marinero traza,
tus ojos norte me darán a mí.
La navecilla zozobrar podría
si la asaltase airado vendaval:
¡ay! que pende también el alma mía
del mirar de tus ojos celestial.
Tu constancia y tu risa cariñosa
son mi vida, mi gloria, mi placer;
tu inconstancia y sonrisa desdeñosa
el recio temporal que he de temer.
No fuera para mí la muerte daño
mientras el cielo bonancible esta,
si ha de traerme él un desengaño,
una mudanza en tu pasión quizá.
si he de vivir a recordar con llanto
estos momentos que el amor nos dio,
antes yo muera que tan dulce encanto,
¡muera amándome tu cual te amo yo!*

Cuando vibraban aún las últimas palabras en la superficie del mar, levantó Ione los ojos; encontraron los de su amante. ¡Dichosa Nydia! dichosa por la misma

enfermedad que la impedía ver aquella mirada de encanto, de fascinación, que tanto expresaba, que hacía de la vista la voz del alma prometiendo la imposibilidad de mudanza.

Mas aunque no lo vio, la tesaliana adivinó el sentido por el silencio de ambos; lo adivinó por sus suspiros. Apretó entonces las manos sobre su pecho, como para ahogar movimientos de amargura y de celes; en seguida se apresuró a hablar, porque aquel silencio le era insoportable.

—Después de todo, Glauco, nada alegre es tampoco vuestra canción.

—Pues me propuse que lo fuera, cuando tomé la lira; pero la felicidad nos priva de la alegría.

—¡Cuán extraño es —dijo Ione mudando una conversación que le oprimía el alma, a pesar de agradarla—, que esté inmóvil hace muchos días esa nube sobre el Vesubio, o al menos que no cambie de forma! Ahora se me figura que se parece a un gigante inmenso que extiende sobre la ciudad su estirado brazo. ¿Veis esa semejanza como yo, o no es más que efecto de mi fantasía?

—Hermosa Ione, la veo como tú, sumamente clara. Parece que el gigante está sentado en la cima de la montaña; las diversas tintas de la nube figuran un traje blanco y flotante que cubre su gran pecho y sus miembros; parece que examina fijamente la ciudad, señalando con una mano, según dices, sus brillantes calles y levantando al cielo la otra. Se le creería espíritu de un gigantesco titán que recuerda con dolor el delicioso mundo que ha perdido, sintiendo lo pasado y echando cierta amenaza al porvenir.

¿Tendrá esa montaña alguna relación con el terremoto de la noche última? Dicen que en otro tiempo, en la época más remota que recuerda la tradición, vomitaba fuego, como hace ahora el Etna... Quizá hay llamas ocultas en su seno.

—Es posible —dijo Glauco con aire meditabundo.

—¿Decís que no creéis en la magia? —dijo Nydia de repente—; pues yo he oído contar que habita una maga poderosa en el seno encendido de la montaña; puede que esa nube sea la sombra del demonio con quien está conferenciando.

—Estás llena de las ideas fantásticas de la Tesalia, que te ha visto nacer —dijo Glauco—, y ofreces un mixto raro de ideas razonables y supersticiosas.

—Los que vivimos en la oscuridad, lo somos siempre —respondió Nydia—. Decidme —añadió después de algunos instantes de silencio—: Glauco, ¿se parece todo lo bello? He oído que Ione y vos sois hermosos. ¿Tenéis las mismas facciones? Yo no lo creo y sin embargo debería ser así.

—Harías poco favor a Ione si creyese eso dijo Glauco riéndose. —No nos parecemos ni aun lo que a veces puede parecerse una persona hermosa a otra que no lo es. Sus cabellos son negros, los míos rubios; sus ojos... ¿De qué color son, Ione? No los veo bien; vuélvelos hacia mí... ¡oh!, ¿son negros? No, son demasiado claros. ¿Son azules? No, son demasiado oscuros; cambian como rayos del sol. ¡No sé cuál es su color; pero los míos, buena Nydia, son pardos y no tienen más brillo que el que les

comunica Ione! Sus mejillas son...

—No entiendo palabra de vuestra descripción —interrumpió Nydia con algún mal humor—; lo que sé es que no os parecéis, y me alegro.

—¿Y por qué? —preguntó Ione.

Sonrojóse Nydia ligeramente, y luego respondió con frialdad:

—Porque siempre os he visto yo en mi fantasía con formas distintas, y le gusta a uno saber que tiene razón.

—¿Y a qué te has figurado tú que se parecía Glauco? —preguntó dulcemente Ione.

A la música respondió Nydia bajando los ojos.

—Tiene razón —pensó la griega.

—Y Ione ¿a qué se parece? —dijo Glauco.

—No puedo decirlo todavía —respondió la joven ciega—; no la he conocido lo bastante para eso.

—Pues yo te lo diré —replicó Glauco con pasión—: es como el Sol que calienta y como la ola que refresca.

—A veces el Sol quema y las olas ahogan —dijo Nydia.

—Toma esas rosas —repuso Glauco—, y el perfume podrá ofrecerte su imagen.

—¡Ah!, ¡las rosas se marchitan! —dijo maliciosamente la tesa— liana.

Pasaron las horas en conversaciones de este género, pensando los amantes solo en las alegrías del amor, y la joven ciega solo en sus tinieblas, sus tormentos, los celos y todas las penas que arrastran consigo.

Continuaba bogando la barca, y tomando Glauco otra vez la lira la hizo resonar con una melodía tan dulce y tan vaga, que la misma Nydia salió de su cavilación y dio un grito de asombro.

—Ya ves, hija mía, que la música del amor puede también ser inspirada. Mal hice yo en decir que la felicidad vedaba la alegría. Escucha, Nydia; escucha, Ione querida, prestad oído al canto del nacimiento del amor:

NACIMIENTO DEL AMOR^[66]

I

*Como una estrella en los aires
y como en la noche un sueño
de amor la encarnada diosa
brotó del mar en el seno^[67].
En las riberas de Chipre
se sonrió el firmamento,
y en su vida nueva savia
hasta los bosques sintieron.*

*¡Salud, bienhadada tierra!
el más escondido hueco
de la región submarina,
y el más alto arco del cielo.
Te conocen y saludan
desde su opuesto hemisferio,
y aplauden en su reposo
del Amor el Nacimiento.
Venus, hija de los dioses,
mira a Zéfiro risueño
de occidentales regiones
venir sus alas tendiendo.
A desplegar las sortijas
de tus dorados cabellos;
a buscar para mecerse
la ondulación de tu pecho.
Y sobre la misma arena
de las playas no muy lejos,
te esperan las Estaciones
en el que ha de ser tu Reino.*

II

*Mirad ya cómo la diosa
en su concha se arrodilla,
su concha, brillante perla
que flota en la mar divina.
Mirad como del esmalte
las enrojecidas tintas
reflejan cierto pudor
en su seno y sus mejillas.
Ved por las revueltas olas;
como boga y se desliza,
¡qué júbilo en torno de ella!
la Luz saluda a su hija.
Salve, Deidad soberana,
a quien debemos la vida,
tuya es la hoja que el viento
persigue y arremolina.
Tuyas son del mar las olas
ya esté brava, ya tranquila,*

*tuyo hasta el ultimo soplo
que en los espacios respira.*

III

*Cuando tus flecheros ojos
yo contemplo, Ione amada,
del divino Nacimiento
creo ver la semejanza.
Son tus párpados la concha
donde beldad soberana
se refugia sonrojándose,
tinta de pudor la cara.
Maliciosa o inocente
rompiendo luego la escama,
hacia mí viene derecha
al través de tus pestañas.
Como salió del mar antes
ahora de tus ojos salta,
y luego, vedla, ya viene,
de tus ojos pasa a mi alma.*

Capítulo III

La Congregación.

El nazareno, seguido de Apecides, llegó a la margen del Sarno. Aquel río, que es hoy un arroyuelo, se precipitaba entonces en el mar, cubierto de numerosos barcos, y reflejaba en sus aguas los jardines, los viñedos, los palacios y los templos de Pompeya. Abandonando las frecuentadas orillas dirigió Olintho sus pasos por un sendero que serpenteaba a la sombra de los árboles, no muy distante de la ribera. Era aquel paseo por la noche el predilecto para las citas de los pompeyanos, pero durante el calor y los trabajos del día solo concurrían a él algunos muchachos, poetas melancólicos y filósofos amantes de la discusión. En lo más apartado de las márgenes se mezclaban grupos de bojés al más delicado y menos duradero follaje de otros arbustos, y aparecían cortados en mil formas extravagantes; unas veces representaban faunos y sátiros; otras, las pirámides de Egipto en miniatura, y otras, por último, las letras de que constaba el nombre de algún ciudadano querido del pueblo o de elevada dignidad. De aquí se infiere que el mal gusto es tan antiguo como el bueno, y ciertamente no presumían los mercaderes retirados de Hackney y Paddington, hace un siglo, que mutilando sus tejidos y esculpiendo sus bojés seguían el ejemplo dado por los romanos de los tiempos más cultos del imperio, ni que tomaban por modelos los jardines de Pompeya y la casa de campo de Plinio, cuyo gusto pasaba por tan difícil y delicado.

En el momento de entrar en aquel sendero Olintho y el sacerdote de Isis los rayos ardientes del sol del medio día habían ahuyentado a los demás paseantes. Sentáronse en uno de los bancos puestos de trecho en trecho entre los árboles y de cara a la suave brisa que llegaba a ellos lánguidamente desde el río, cuyas ondas veían jugar y relucir al sol. ¡Rara pareja, y que ofrecía singular contraste! El confesor del más moderno y el sacerdote del más antiguo de todos los cultos del mundo.

—¿Has sido feliz desde que me dejaste tan repentinamente? —dijo Olintho—. ¿Ha estado tu corazón satisfecho debajo de esa túnica de sacerdote? Ansioso de oír la voz de Dios, ¿te han consolado al fin los oráculos de Isis? Este suspiro y esa mirada que distraes me responden conforme había previsto mi alma.

—¡Ah! —respondió tristemente Apecides—; aquí tienes a un hombre miserable y desesperado. Desde mi infancia estoy buscando la virtud, he envidiado la santidad de esos hombres que viviendo en cavernas o en templos solitarios llegaron a comunicarse con seres superiores a la tierra. Se han gastado mis días en vagos y febriles deseos, mis noches en visiones engañosas y lúgubres. Seducido por las místicas profecías de un impostor, me vestí este traje; te lo digo francamente: mi naturaleza se ha revelado contra lo que he visto y contra las cosas en que he tenido

que tomar parte. Buscando la verdad me he convertido en ministro de la mentira. La noche del día que nos encontramos la última vez estaba yo sostenido por esperanzas que había hecho nacer en mi corazón ese impostor a quien debía ya conocer más a fondo. ¡Eh!... ¡no importa, no importa!... Basta decir que he añadido el perjurio y el pecado a la imprudencia y al pesar. El velo se ha descorrido ya a mis ojos; no veo más que un malvado en el hombre a quien adoraba como un semi-dios; la tierra se oscurecía a mi vista; he caído en el más profundo abismo de tristeza; no sé ya si hay Dios en el cielo o si somos hechura del Acaso; si más allá del presente, tan limitado y doloroso, está la nada o existe un porvenir. Dime, pues, tu creencia; aclárame estas dudas si puedes.

—No me admiro —respondió el nazareno— de que hayas vagado así, ni de que te entregues a semejante escepticismo. Ochenta años hace que el hombre no tenía aún certidumbre alguna de Dios ni de un porvenir fijo más allá del sepulcro. Ahora se han promulgado nuevas leyes a todos los que tienen oídos para oír, y a todos los que tienen ojos para ver, se les ha revelado un cielo, un Olimpo verdadero. Atiende y escucha.

Entonces, con toda la gravedad de un hombre firmemente convencido y lleno de celo por convertir a los demás, hizo el nazareno resonar en el oído de Apecides las promesas de la Sagrada Escritura. Le contó primero los padecimientos y milagros de Cristo; sus lágrimas corrieron en abundancia mientras hablaba; después llegó a la gloriosa ascensión del Salvador, a las clarísimas profecías de la Revelación. Describió ese cielo puro y espiritual para el hombre virtuoso y las llamas y tormentos en que padecerá eternamente el malvado.

Las dudas que se han ofrecido al espíritu de argumentadores más modernos sobre la inmensidad del sacrificio de Dios al hombre, no eran capaces de ocurrir a un pagano de aquellos tiempos. Estaba Apecides hecho a creer que habían morado los dioses sobre la tierra, revestido formas humanas, experimentado las pasiones de los hombres y sufrido sus trabajos y desgracias. Los del hijo de Alcmena^[68], cuyos altares humeaban en tantas ciudades del imperio, ¿no habían sido arrostrados por el bien del género humano? El gran Apolo Dorico, ¿no había expiado una culpa mística bajando al sepulcro? Los que ascendieron, con el tiempo, a divinidades del Olimpo, fueron en su origen los legisladores y bienhechores de la tierra; el agradecimiento había conducido al culto. En una palabra, para un pagano nada había de nuevo ni de extraño en la doctrina por cuya virtud había sido Cristo enviado del cielo. Un inmortal se revistió de mortalidad, probando la amargura de la muerte. Por lo que hace al objeto de su vida y padecimientos, ¡cuánto más glorioso debió parecer a los ojos de Apecides que el que tantas veces había movido a las divinidades del paganismo a descender a la tierra y a quebrantar las puertas de la muerte! ¿No era digno de un Dios bajar a los valles sombríos a desvanecer los vapores que nos ocultaban la montaña, a aclarar las dudas de los sabios, a convertir la especulación en certidumbre, a establecer con el ejemplo reglas para la vida, a descifrar por la

revelación el enigma del sepulcro, probando que no era vano el deseo del alma cuando veía en sus sueños la inmortalidad? Este último argumento era el más fuerte que podían emplear aquellos hombres tan humildes, destinados a convertir la tierra. Nada halaga la vanidad y las esperanzas del hombre como la creencia en un estado futuro, y nada había precisamente más confuso que las nociones que se habían formado sobre el particular los sabios del paganismo.

Ya sabía Apecides que la fe de los filósofos no era del vulgo, y que sí creían secretamente en un poder divino, no era esta creencia la que tenían por prudente comunicar a las masas. Ya sabía que el mismo sacerdote ponía en ridículo lo que predicaba al pueblo, y que las ideas del menor número nunca concertaban con las de la mayoría. Pero creyó advertir en esta nueva fe que iban de acuerdo el filósofo, el sacerdote, el pueblo, los que explicaban la religión y los que la seguían; no deliberaban sobre la inmortalidad; la suponían cierta y segura. La magnificencia de la promesa le deslumbraba; sus consuelos le dulcificaron el dolor. Los primeros que se convirtieron a la fe cristiana fueron pescadores. Entre los padres y los mártires, muchos hubo que habían experimentado la amargura del vicio, y a quienes por consiguiente ya no seducía su atractivo ni se apartaban del sendero de una virtud austera e inflexible. Todas las afirmaciones de aquella fe, que curaba la maldad e inducía al arrepentimiento, se adaptaban perfectamente a aquellos que habían padecido esa amargura y dolor de espíritu. Hasta el remordimiento que Apecides sentía por sus últimos excesos le inclinaba naturalmente hacia el hombre que veía en él un origen de santidad, y que le hablaba de la alegría que hay en el cielo cuando se convierte un solo pecador.

—Ven —dijo el nazareno apercibiéndose del efecto que producía; ven a la humilde sala donde nos congregamos; unas cuantas personas escogidas asisten a nuestros rezos; observa la sinceridad de nuestras lágrimas y de nuestra penitencia; toma parte en el sencillo sacrificio donde no se ven víctimas ni guirnaldas, sino Flores imperecederas, presentadas por Pensamientos revestidos de inocencia en el Altar del Corazón; esas flores conservan toda su frescura cuando ya no existimos; ¿qué digo? nos acompañan más allá de la tumba; nacen a nuestro paso en el cielo, nos encantan con eterno perfume, porque son del alma, participan de su naturaleza; esas ofrendas son Tentaciones vencidas y Culpas borradas por el arrepentimiento. Ven, ¡oh!; ven, no pierdas un instante más; prepárate para el viaje, grande, terrible, de las tinieblas a la luz, del dolor al placer, de la corrupción a la inmortalidad. Hoy es el día del Señor, día que hemos contado aparte en nuestras devociones. Aunque regularmente nos reunimos de noche, algunos hermanos están juntos a estas horas. ¡Qué alegría, qué triunfo será para todos nosotros si logramos volver al redil una oveja descarriada!

Apecides, cuyo corazón era naturalmente tan puro, encontró una generosidad inefable en el espíritu de conversión que había en Olintho, espíritu que cifraba su felicidad en la de los demás, y que en su vasta filantropía por todas partes buscaba

compañeros para la eternidad. Sintióse enternecido y subyugado. Por otra parte, no estaba para quedarse solo; uníase también la curiosidad a sus sentimientos puros; deseaba vivamente ver unos ritos acerca de los que corrían rumores tan sombríos y contradictorios. Detúvose un momento, echó una mirada a su traje, pensó en Arbaces, se estremeció de horror; dirigió los ojos a la ancha frente del nazareno y no descubrió en ella otra expresión que la de un deseo inquieto de *su* felicidad, de *su* salvación. Se envolvió en su capa, de modo que ocultaba completamente su túnica, y dijo:

—Llévame, te sigo.

Estrechóle Olintho la mano con alegría, y acercándose a la orilla del río hizo seña a un bote de los que subían y bajaban sin cesar; entraron en él, sentados bajo una cubierta de tela que servía al mismo tiempo para defenderlos del sol y de las miradas de los curiosos, hendieron rápidamente las olas. En una de las barcas que pasaron a su lado resonaba una música dulcísima, y su proa iba adornada de flores; se dirigía al mar.

—Así es —dijo lentamente Olintho— como bogan los adoradores del lujo y de los placeres, llenos de alegría en sus ilusiones, y van, sin presumirlo, al grande Océano de las tempestades y de los naufragios, mientras que nosotros, en silencio y ocultándonos de las miradas, pasamos para tomar la playa.

Levantando Apecides los ojos distinguió las facciones de una de las personas embarcadas: era Ione. Los dos amantes estaban dando el paseo a que los hemos seguido. Suspiró el sacerdote de Isis, y se dejó caer en su asiento. Desembarcaron en un arrabal cerca de una callejuela, compuesta de casas pequeñas y pobres. Despidieron el bote, y echando a andar Olintho condujo a su compañero, el sacerdote de Isis, al través de un laberinto de callejuelas, hasta una casa cuya puerta estaba cerrada y era algo mayor que las inmediatas dio tres golpes, abrieron, y cenaron luego que ellos hubieron pasado el umbral.

Atravesaron un *atrio* desierto, hasta llegar a una sala que daba a la parte de atrás, de regular extensión, y que, cerrada la puerta, no recibía más luz que la de una claraboya. Deteniéndose ante el timbral y llamando, dijo Olintho:

—¡La paz sea con vosotros!

Una voz del interior respondió:

—La paz, ¿con quién?

—¡Con los fieles! —repuso Olintho, y se abrió la puerta.

Doce o catorce personas estaban sentadas en semicírculo; guardaban silencio y parecían absortas en sus reflexiones. Delante de ellas había un crucifijo groseramente esculpido en madera.

Levantaron los ojos cuando entró Olintho, pero no hablaron. El mismo nazareno, antes de acercarse, se arrodilló espontáneamente, y conoció Apecides por el movimiento de sus labios y por sus ojos fijamente clavados en el crucifijo, que hacía oración mental. Acabado este rito se volvió Olintho hacia la Congregación.

—Hombres y hermanos —dijo—, no extrañéis ver entre vosotros a un sacerdote

de Isis; ha habitado entre los ciegos, pero el espíritu ha descendido sobre él; desea ver, oír y entender.

—En buena hora —dijo uno de la asamblea que se le figuró a Apecides aún más joven que él, pero de una fisonomía igualmente fatigada y pálida, y cuyos ojos expresaban también las ardientes inquietudes de un alma agitada en secreto.

—¡Así sea! —repitió una segunda voz—; y el que lo decía estaba en la flor de su edad; su tez bronceada y sus facciones asiáticas eran de un hijo de la Siria; había sido bandolero en su juventud.

—En buen hora —dijo una tercera voz; y habiéndose vuelto el sacerdote hacia el que había hablado, vio un anciano de luenga barba blanca en quien reconoció un esclavo del rico Diomedes.

—¡Así sea! —repitieron simultáneamente los otros, que a excepción de dos, todos pertenecían sin duda a las clases más inferiores. Estos dos exceptuados eran un oficial de la guardia y un mercader de Alejandría.

—No te encargamos el secreto —continuó después de esto Olintho—, no te imponemos el juramento de que no nos denuncies, como lo harían algunos hermanos nuestros más débiles. A la verdad, no hay ley positiva contra nosotros; pero la muchedumbre, más salvaje que sus señores, tiene sed de nuestra sangre. Así, amigos míos, cuando Pilatos dudaba, el *pueblo* fue quien gritó: ¡Qué vaya Cristo a la Cruz! No te pedimos seguridad, no; véndenos, pregónanos, si quieres; somos superiores a la muerte; pronto estamos a marchar con alegre paso hacia la jaula del león o hacia los instrumentos de la tortura: hollamos la oscuridad del sepulcro, y lo que es la muerte para un criminal es la eternidad para el cristiano.

Un sordo murmullo de aprobación se oyó en la asamblea.

—Vienes entre nosotros como observador; ¡ojalá salgas convertido! ¿Nuestra religión? Ya la ves. ¡Esta cruz es nuestra única imagen, ese rollo los misterios de nuestra Ceres y de nuestra Eleuxis! ¿Nuestra moralidad? Está en nuestra vida. Hemos sido pecadores; sin embargo, ¿quién puede echarnos hoy en cara un crimen? Con el Bautismo hemos suprimido lo Pasado. No pienses que esto procede de nosotros; procede de Dios. Acércate, Medón —continuó, haciendo una señal al anciano esclavo que habló el tercero para la admisión de Apecides—; tú eres el único entre nosotros que no sea libre. Pero en el cielo los últimos serán los primeros. Lo mismo nos sucede aquí. Desenvuelve tu rollo, lee y explica.

Inútil fuera para nosotros seguir la lectura de Medón o los comentarios de la asamblea. Doctrinas nuevas y extrañas entonces han llegado a ser ya familiares. Diez y ocho siglos transcurridos han dejado por explicar poco del tesoro de la Escritura y de la vida de Cristo. Nada encontraríamos conforme a nuestras ideas en las dudas que suscitaba un sacerdote del paganismo y nada profundo en las respuestas de hombres ignorantes, groseros y sencillos, cuya total instrucción se limitaba a estar persuadidos de que eran más grandes de lo que parecían.

Una cosa afectó vivamente al napolitano. Acabada que fue la lectura, oyeron dar

un ligero golpe a la puerta; se dio la palabra de orden, se respondió, y habiéndose abierto, entraron con aire tímido dos niños, el mayor de los cuales representaba siete años. Eran los hijos del dueño de la casa, de aquel sombrío y robusto Sirio cuya juventud había pasado entre el pillaje y la sangre. El más anciano de la asamblea, que era el esclavo, les abrió sus brazos; corrieron los niños a este asilo, se apretaron contra su seno y se vio brillar un rayo de dulzura en aquellas facciones naturalmente endurecidas cuando les prodigaba sus caricias. En seguida aquellos hombres atrevidos y fervorosos, aclimatados con las vicisitudes de la vida, batidos por sus tormentas, hombres de un brío y de una fuerza de alma a toda prueba, prontos a desafiar al mundo entero, dispuestos para los tormentos y armados contra la muerte, hombres en quienes todo hacía un contraste con la debilidad de los nervios, la alegría del corazón y la tierna fragilidad de la infancia, se agruparon alrededor de tan endebles plantas, sus frentes depusieron el ceño y sus labios bárbaros se esforzaron por sonreír con amenidad y dulzura.

El anciano desplegó en seguida el rollo y enseñó a los niños a repetir con él esa magnífica oración que dirigimos aún al Altísimo y que hacemos aprender a nuestros hijos. Después les contó con sencillez el amor de Dios hacia los jóvenes, y les dijo que no puede caer un pájaro sin que sus ojos le vean. Y esta dulce costumbre de iniciar a los niños se ha conservado mucho tiempo en la primitiva iglesia como memoria de aquellas palabras: «Dejad a los niños que se acerquen a mí». Acaso sea este el origen de la calumnia que atribuía a los nazarenos el crimen de que les acusaron los judíos después de su derrota, a saber: que llevaban a sus asambleas tiernos infantes a fin de inmolarlos en secreto con horribles ceremonias.

Y al ver el padre penitente la inocencia de sus hijos, parecía que tornaba a su primera vida, a aquella edad en que aún no había pecado. Seguía los movimientos de los labios de aquellos con una ardorosa mirada; se gozaba en oírlos repetir respetuosamente las sagradas palabras, y cuando se concluyó la lección corrieron libres y alegres a su regazo. Él los estrechó contra su seno y los cubrió de besos en tanto que las lágrimas corrían por su rostro, lágrimas cuyo origen hubiera sido imposible descubrir según lo mezcladas que iban de alegría y de dolor, de temor y de esperanza, de remordimiento y de amor a sus hijos.

He dicho que había algo en esta escena que afectaba particularmente a Apecides, y a decir verdad, difícil sería concebir ceremonia más propia de una religión de benevolencia, más a propósito para conmover las afecciones domésticas y que hiciese vibrar una cuerda más sensible del corazón humano.

En aquel momento se abrió una puerta baja y entró en la sala un hombre muy anciano apoyado en un báculo. Al aparecer él se levantó toda la asamblea; pintóse en todos los rostros una expresión de profundo respeto, y al contemplar Apecides su fisonomía se sintió atraído hacia él por una simpatía irresistible. Nunca hombre alguno miró sin amor aquellas facciones, porque la sonrisa de la divinidad, la encarnación del amor celeste estaban en ellas retratadas, y la señal gloriosa de tal

sonrisa no se había borrado nunca.

—¡Hijos míos, Dios sea con vosotros! —dijo el anciano abriendo los brazos, y los niños corrieron al instante a él.

Se sentó, y ellos se acercaron a su seno. ¡Era un espectáculo delicioso! La unión de los dos extremos de la vida; por una parte, los riachuelos brotando del manantial; y por otra, el río majestuoso próximo a desembocar en el Océano de la eternidad. Así como la luz del día moribundo parece juntar la tierra y el cielo borrando los contornos de las montañas y confundiendo sus cimas con los vapores del aire, así también la sonrisa de aquella dulce ancianidad parecía santificar el aspecto de los que la rodeaban, confundir la diferencia de edades y derramar sobre la infancia y sobre la virilidad la luz de aquel cielo donde debe tan pronto perderse y disiparse toda desigualdad.

—¡Padre mío! —dijo Olintho—: tú en quien se ha hecho el milagro del Salvador, tú cuya forma mortal fue arrancada de la tumba para quedar como testigo vivo de su misericordia y su poder, atiende: un extraño hay en nuestra Congregación; es una nueva oveja que viene al rebaño.

—¡Qué yo le bendiga! —dijo el viejo.

Bien pronto se separó toda la concurrencia para abrirles paso. Apecides se acercó, como por instinto, y cayó de rodillas delante del anciano. Púsole esta su mano sobre la cabeza y le bendijo en voz baja. Mientras hablaba, tenía los ojos levantados al cielo, y llanto, llanto que los justos no vierten sino esperando la dicha de otro, corrió abundantemente por sus mejillas.

Los niños se habían colocado junto al neófito; su corazón estaba como el de ellos: se había vuelto niño para entrar en el reino de los cielos.

Capítulo IV

Sigue su curso el río del amor.
¿Adónde va?

Los años son días para los amantes cuando ninguna nube oscurece sus corazones, cuando brilla el sol, cuando su vida es tranquila y su amor feliz y declarado. Ione no encubría ya a Glauco el sentimiento que le inspiraba, y todas sus conversaciones venían a parar en su mutua ternura. Sus esperanzas para en adelante brillaban sobre su felicidad actual, como un cielo de primavera sobre floridos jardines. Su confiada fantasía los trasportaba por el río del Tiempo, arreglando a su capricho su futuro destino, y extendiendo al día de mañana la esplendorosa dicha del de hoy. Se hubiera creído que para sus juveniles corazones, los cuidados, la mudanza y la muerte eran cosas desconocidas. Acaso se amaban más, porque la situación del mundo no permitía a Glauco otra ambición ni otro deseo que el amor; porque no existían para el ateniense los asuntos que, en los países libres, distraen de la pasión; porque el suyo no le llamaba a la arena de la vida política, porque la gloria no ofrecía contrapeso alguno al amor. Por eso decoraba este entre todos sus proyectos; viviendo en la edad de hierro, se creían siempre en la de oro, destinados solo a vivir y amar.

Al frívolo observador, que no se interesa más que por caracteres de relieve y cuyas facciones sean muy pronunciadas, quizás le parecerán estos dos amantes vaciados en un molde hartamente común; el que me lea, a veces verá falta de vigor en caracteres, enervados de intento. Con todo, acaso sea yo injusto con ellos, no haciendo resaltar más sus pronunciadas individualidades; pero al recalcar tanto su brillante existencia, parecida, si puede decirse así, a la de los pájaros, quizá me arrastra la previsión de las alternativas que van a pasar y a que se hallan tan poco preparados. Precisamente aquella dulzura y alegría de su vida eran las que más contrastaban con las vicisitudes que les habían de sobrevenir. Menos hay que temer por la encina desnuda de flores y fruto, y cuyo tronco duro y vigoroso es a propósito para resistir la tempestad, que por los delicados ramos del mirto o por los risueños racimos de la viña.

Muy adelantado iba ya el mes de Agosto; para el siguiente se había fijado el matrimonio; el umbral de Glauco estaba ya adornado de guirnaldas y todas las noches derramaba ricas libaciones ante la puerta de Ione. Ya no existía para sus compañeros; siempre estaba con su amada. Por la mañana engañaban el calor del tiempo ocupados con la música; por la tarde huía de los paseos concurridos, para hacer excursiones por el agua o recorrer las llanuras llenas de viñedos, que se prolongan a la falda del fatal

Vesubio. No volvió a temblar la tierra, ni los habitantes de Pompeya pensaron más en el terrible aviso que los dio el destino.

Glauco, en la vanidad de sus falsas ideas religiosas, miró aquella convulsión de la Naturaleza como una intervención especial de los dioses, menos en su favor, que en el de Ione. Ofreció sacrificios de gratitud en los templos de su fe, y hasta el altar de Isis se cubrió de sus guirnaldas votivas. En cuanto al prodigio del mármol animado, se avergonzó del efecto que había producido en él; siempre le consideró obra de la magia humana; y el resultado le probaba que no era señal de la *cólera de una diosa*.

Todo lo que supieran de Arbaces fue, que tendido aún sobre un lecho de dolores convalecía poco a poco de las consecuencias del golpe que recibiera, y dejaba en paz a los amantes; pero solo para disponer la hora y el modo de vengarse.

En las mañanas que pasaban juntos, en casa de Ione y en sus paseos de la tarde era Nydia su fiel y casi siempre única compañía. No sospechaban el fuego que la consumía en secreto; la repentina libertad con que se mezclaba en su conversación, su humor caprichoso, y algunas veces díscolo, hallaban en ellos entera indulgencia en memoria de los servicios que les había prestado y por lástima de su enfermedad. Quizá su mismo carácter raro y extravagante, las alternativas de rabietas y dulzura, la mezcla de ignorancia y de talento, de delicadeza y grosería, de antojos de niña y de fría reserva de mujer, que veían en ella, aumentaban el cariño e interés que les inspiraba.

Aunque rehusó aceptar la libertad, la dejaban completamente libre; iba donde quería, no coartaban sus palabras ni sus acciones, sentían hacia persona tan feliz y susceptible la misma indulgencia compasiva que siente una madre por un hijo mimado y enfermizo con quien no se atreve a emplear autoridad aunque sea por su bien. Nydia se servía de la libertad que la dejaban esquivando la compañía del esclavo que la dieron para que la acompañara. Apoyada en el palo que guiaba sus pasos, recorría las calles populosas, como en el tiempo de su abandono. Era una maravilla ver la rapidez y el tino con que se abría calle, al través de la multitud, evitando todos los peligros, y no perdiéndose nunca en el laberinto de la ciudad; mas su principal gusto consistía en recorrer el jardincillo de Glauco y cuidar sus flores, porque ellas al menos correspondían a su amor.

A veces, se introducía en el cuarto donde él estaba y promovía una conversación, que luego se apresuraba a interrumpir, porque él no sabía hablar más que de una cosa: de Ione; y este nombre en su boca, la causaba tormentos insoportables. Más de cuatro veces se arrepintió del servicio que la había hecho, y de cuando en cuando se decía a sí misma: ¡Si hubiera sucumbido, no la hubiera amado Glauco! Y entonces le asaltaban pensamientos terribles y sombríos.

Después de haber mostrado tanta generosidad, aún no conocía todas las pruebas que le estaban reservadas. Nunca se había visto delante de los dos, nunca había oído a aquella voz tan benévola para ella redoblar su dulzura hablando con otra mujer. El golpe que hirió su corazón al saber que Glauco amaba, al principio solo la entristeció

aturdiéndola; mas poco a poco tomaron sus celos una forma terrible y salvaje; se semejaron al odio y le infundieron ideas de venganza. ¿Véis el viento, que no hace más que mover la hoja verde prendida del ramo, mientras que con el menor soplo hace revolar por donde quiera a la hoja seca, marchita, y ya pisada? Así el Amor tiene solo frescura para los felices; su mayor violencia no pasa de un juego; pero el corazón desprendido del árbol de la vida, el corazón que vive sin esperanza, que no tiene primavera en sus fibras, es despedazado y sacudido por el mismo viento que reserva las caricias para sus hermanos. No halla una rama de qué asirse; es arrebatado de pendiente en pendiente hasta que recobra la calma o se sepulta en un charco.

La solitaria infancia de Nydia había endurecido su carácter antes de tiempo. Quizás las escenas de disolución a que concurriera, sin manchar al parecer su pureza, habían madurado sus pasiones. Probablemente no le inspiraron las orgías de Burbo más que repugnancia, y los banquetes del egipcio, miedo; y, sin embargo, aquellos aires de corrupción pudieron dejar alguna semilla en su seno. Además, como la oscuridad favorece los sueños de la imaginación, es posible que su misma ceguera contribuyese a alimentar el amor de la infeliz joven con vagas ilusiones de delirio. La voz de Glauco había sido la primera que resonó melodiosa en sus oídos; sus favores la habían hecho una impresión profunda. Cuando él salió de Pompeya el año anterior, había conservado ella en su corazón el precioso recuerdo de cada palabra pronunciada por él, y cuando la decían que aquel amigo, aquel protector de la pobre ramilletera, era el más elegante y gracioso de todos los jóvenes de Pompeya, sentía una dulce vanidad en traerle a su memoria. El mismo deber que se había impuesto de cuidar sus flores, servía para renovársela. La idea de él se mezclaba a todas sus más deliciosas impresiones, y cuando se negó a decir el objeto con que compararía a Ione, acaso era porque, en su concepto, cuanto había de dulce y de brillante en la naturaleza, iba ya unido a la imagen de Glauco. Si alguno de nuestros lectores ha amado en edad que casi se avergüence de recordar, cuando la imaginación precedía al juicio, diga si no era este amor más susceptible de celos que cualquier otra pasión en medio de todas sus extrañas y complicadas delicadezas. No investigo yo aquí la causa de esta particularidad; me limito a consignar el hecho.

Cuando regresó Glauco a Pompeya tenía Nydia un año más, año que con sus disgustos, su soledad y sus pruebas, había desarrollado considerablemente su juicio y su corazón; y mientras el ateniense, creyéndola aún niña de cuerpo y alma, la atraía a su pecho, la besaba en las mejillas y ceñía en sus brazos su trémulo talle, reconoció ella de repente, como por una especie de revelación, que lo que experimentaba hacía tanto tiempo y con tanta inocencia, era amor. Condenada a verse libre de la tiranía por él, condenada a encontrar un asilo bajo su techo, condenada a respirar, aunque por pocos días, su misma atmósfera; por último, en el primer efecto de mil sensaciones de ventura, de gratitud y de encanto que se salían de su pecho; condenada a saber que amaba a otra, a servir de mensajera, a sentir de pronto la completa nulidad en que estaba y estaría siempre, pero que hasta entonces no había reparado, ¿sería extraño

que su alma perdida, apasionada, fuera presa de una porción de elementos contradictorios, y su amor no de los que nacen de emociones puras y sagradas? A veces, su único temor era que descubriese su secreto, y a veces se indignaba de ver que ni remotamente le presumía; era una prueba de desprecio; ¿cómo podía figurarse él que tuviese ella tanta presunción?

Lo que sentía por Ione estaba sujeto a un flujo y reflujo perpetuo; tan pronto la amaba porque la amaba él, como la aborrecía, precisamente por lo mismo había momento en que hubiera asesinado a su señora; y otros en que gustosa habría dado su vida por ella. Estas terribles alternativas de pasión eran sobrado fuertes para poderlas soportar largo tiempo. Resintióse su salud, aunque apenas lo advirtió; palidecieron sus facciones; se hizo más lento su andar, sus lágrimas corrían con más frecuencia y menos dulzura.

Una mañana al ir, según costumbre, al jardín del ateniense, le encontró en las columnas del peristilo con un mercader de la ciudad. Estaba escogiendo las joyas que quería regalar a su futura esposa. Había hecho ya amueblar la casa, donde se pusieron los adornos que compró aquel día. ¡Ah! no estaban destinados a que los llevara la hermosa Ione: todavía se los puede ver entre los tesoros exhumados de Pompeya, en el palacio de los estudios en Neápolis.

—Ven aquí, Nydia, deja ahí la maceta y ven... Recibe esta cadena en mi nombre; mira, ya te la he puesto al cuello; decid, Servilio, ¿no le está muy bien?

—Perfectamente —respondió el mercader (los mercaderes siempre han sido muy finos y muy bien criados)—; mas cuando estos pendientes brillen en las orejas de la linda Ione, entonces, por la fe de Baco, veréis si sabe mi arte embellecer la misma belleza.

—¿Ione? —prorrumpió Nydia, que un momento antes había demostrado con sonrisa su gratitud, por el regalo de Glauco.

—Si —respondió el ateniense, jugando frívolamente con las alhajas—; yo escogería una cosa para regalar a Ione; pero no hay nada aquí que sea digno de ella.

Al acabar de decir esto se quedó sorprendido del súbito movimiento con que Nydia arrancó violentamente la cadena de su cuello y la tiró al suelo.

—¿Qué significa eso?, ¿qué? Nydia. ¿No te gusta esa bagatela? ¿Te he ofendido?

—Siempre me tratáis como esclava y como niña —respondió la tesaliana. Y con el corazón henchido de lágrimas, que apenas podía contener, se marchó rápidamente al extremo del jardín.

No probó Glauco a seguirla ni a consolarla: él también estaba ya picado. Continuó examinando las alhajas y haciendo observaciones sobre su hechura, criticando unas, elogiando otras, y acabó por dejarse persuadir a que lo comprase todo; en el fondo, este es el partido más seguro, y yo aconsejaría a cualquier amante le adoptase, con tal de que encuentre una Ione.

Acabado que hubo sus compras y despedido al mercader, volvió a su cuarto, se vistió, subió al carro y se fue a visitarla. No volvió a pensar en la ciega ni en su

ridícula conducta; las dos cosas habían salido de su memoria. Pasó la mañana en su compañía; se fue desde allí a los baños; comió solo a las tres en una fonda, que faltaban entonces en Pompeya; habiendo ido a su casa para vestirse otra vez, antes de volver a ver a Ione, pasó por el peristilo; distraído como lo son todos los enamorados, no reparó en la pobre ciega, que estaba en el mismo sitio donde la había dejado. Con todo, aunque él no la vio, el oído de ella reconoció al punto sus pasos; había estado contando los momentos hasta su vuelta. Apenas hubo entrado en su cuarto favorito, que daba al peristilo y sentándose en un sofá, con aire caviloso, sintió una mano tocar con timidez su ropa; habiéndose vuelto la vio de rodillas a sus pies, presentándole un ramillete, prenda de reconciliación y de paz; sus ojos dirigidos a él estaban cubiertos de lágrimas.

—Os he ofendido —dijo ella sollozando—, y por primera vez; sin embargo, más quisiera morir que causaros un momento de pesar; decid que me perdonáis. Mirad, ya he recogido la cadena, ya me la he puesto, no la dejaré nunca, es un regalo vuestro.

—Mi querida Nydia —respondió Glauco levantándola y besándola en la frente—, no te acuerdes ya de eso; pero hija mía, ¿por qué te has enfadado tan de repente? No he podido adivinarlo.

—No me lo preguntéis —dijo sonrojándose; soy una niña llena de defectos y caprichos, según os he oído varias veces; y ¿queréis que una niña vaya a dar razón de todos sus locos pensamientos?

—Pero querida mía, pronto dejaras de serlo, y si quieres que te tratemos como mujer, es preciso que aprendas a dominar esos arranques impensados. Esto no es regañarte; lo digo por tu bien.

—Es verdad —dijo Nydia—: es preciso que aprenda a dominarme; fuerza es que oculte lo que pasa en mi corazón; esta es la tarea y el deber de la mujer; me parece que su virtud es la hipocresía.

—Dominarse no es hipocresía —repuso el ateniense—, y esta virtud, tan necesaria es a las mujeres como a los hombres. Es la verdadera toga senatorial, la señal de la dignidad que encubre.

—¡Dominarse a sí misma, dominarse a sí misma! Después de todo, tenéis razón; cuando os escucho, Glauco, mis más locas ideas se calman y apaciguan; una deliciosa serenidad se apodera de mí. Aconsejadme, ¡ah!, ¡guiadme siempre, libertador mío!

—El mejor guía será tu afectuoso corazón, Nydia, luego que hayas aprendido a dirigir sus sensaciones.

—¡Ah! eso no será nunca —dijo Nydia suspirando y enjugando sus lágrimas.

—No lo creas; el primer esfuerzo es siempre el más difícil.

—Es que he hecho ya varios primeros esfuerzos —respondió ingenuamente Nydia—; pero vos mismo, Mentor mío, ¿creéis que es tan fácil ejercer ese dominio sobre sí? ¿Podéis disimular ni contener vuestro amor a Ione?

—El amor, querida Nydia, ¡ah! eso es otra cosa —respondió el joven maestro.

—Ya se me figuraba a mí —respondió Nydia con una melancólica sonrisa—.

Glauco, ¿aceptaréis mis pobres flores? Podéis hacer de ellas lo que queráis... Dadlas a Ione si os parece —añadió después de un momento de duda.

—No, Nydia —respondió él con bondad, adivinando por su lenguaje que tenía algunos celos, aunque no viese en ellos más que el capricho de una niña susceptible —; no, Nydia; a nadie daré tus lindas flores. Siéntate ahí y teje una guirnalda; quiero llevarla esta noche; no será la primera que han tejido para mí tus lindos dedos.

Sentóse la pobre muchacha tan contenta cerca de Glauco; sacó de su cinturón un ovillo de hilo, o más bien de cintas de varios colores de que se servía para hacer las guirnaldas y que llevaba siempre consigo, pues que tal era su profesión, y emprendió su tarea con gracia y con ligereza.

Se habían secado las lágrimas en sus mejillas inocentes; jugaba en sus labios una sonrisa débil, pero feliz; con la sencillez de la infancia no pensaba más que en la felicidad presente. Había hecho las paces con Glauco y perdonándole este; tenía su asiento junto a él, acariciaba sus sedosos cabellos, sentía su aliento en las mejillas. Ione, la cruel Ione, no estaba allí, ni persona alguna que le robase sus atenciones. Si, ¡era feliz! Había olvidado sus penas, y aquel momento fue de los poquísimos que en su vida, corta y azarosa, pudo conservar en su memoria con placer. Como la mariposa atraída por un sol de invierno va a calentarse momentáneamente a sus rayos mientras viene a hacerla morir el viento helado de la noche, así Nydia se posaba bajo un cielo menos frío que el acostumbrado. El instinto, que hubiera debido enseñarle que aquel calor era pasajero, la decía, por el contrario, que se aprovechase de él.

—Tienes hermosos rizos —dijo Glauco—; sin duda habrán hecho un día las delicias de tu madre.

Nydia suspiró. Todo anunciaba que no había nacido en la esclavitud; pero huía siempre con estudio de hablar de su familia, y ya fuese de nacimiento oscuro, ya noble, nunca supieron quién era su bienhechor, ni ninguna otra persona de aquellos lejanos climas. Hija del dolor y del misterio apareció y desapareció como un pájaro que entra un instante en un cuarto: le vemos revolotear algunos momentos sin que sepamos de dónde ha venido ni hacia qué región se escapa.

Suspiró la ciega y dijo al cabo de un rato sin responder a tal observación:

—Pero ¿no pongo demasiadas rosas en vuestra guirnalda, Glauco? Me han dicho que la rosa es la flor que preferís.

—La que prefieren siempre aquellos cuya alma se abre a la poesía: la flor de los amores y de las fiestas, la que consagramos al Silencio y a la Muerte; luce en nuestra frente mientras vivimos, al menos mientras el vivir merece la pena, y adorna nuestro sepulcro cuando ya no existimos.

—¡Ojalá —dijo Nydia— en lugar de esta guirnalda perecedera pudiese yo arrancar a la Parca la trama de vuestra vida y casar en ella una rosa!

—Hermosa niña, digno es ese deseo de tan armoniosa voz como la tuya; está expresado de la manera más poética. Te le agradezco, cualquiera que sea la suerte que me esté reservada.

—¿Dudáis de vuestra suerte?, ¿no está ya decretado que será la más brillante del mundo? Inútil era mi deseo: las Parcas son tan favorables para vos como pudiera yo haberlo sido.

—No Sería así, si no fuera por el amor. Nydia, mientras dura la juventud, puedo olvidar un momento a mi patria; ¿pero qué ateniense en la edad madura puede acordarse de lo que era Atenas, y contentarse con ser feliz él, cuando *ella* ha caído para no levantarse más?

—Y ¿por qué decís para no levantarme mis?

—Como no pueden encenderse ya las cenizas, como no puede renacer un amor muerto, así tampoco un pueblo recobra su libertad perdida. Pero hablamos de cosas superiores a tu alcance.

—No lo son: yo también tengo suspiros para la Grecia; mi cuna fue la falda del Olimpo. Los dioses abandonaron las montañas, pero las huellas de su morada se encuentran aún en los corazones de sus adoradores, en la belleza de su clima; dícneme que es hermoso, y yo he sentido su aire, comparado con el cual este es muy basto; su sol a cuyo lado es frío este cielo. ¡Oh!, ¡habladme de la Grecia! Aunque ignorante no dejaré de entenderos; me parece que si hubiera yo continuado viviendo en aquellas riberas, si hubiera sido una griega bastante feliz para amar y ser amada, habría tenido valor para enviar a mi amante a otra Marathón y a otra Plateo. Si esta mano que está ahora tejiendo guirnaldas de rosas hubiera tejido entonces coronas de olivo y de laurel.

—¡Si pudiera lucir tal día! —dijo Glauco medio levantándose e inspirado a su vez por el entusiasmo de la ciega tesaliana...— ¡Pero no! el Sol se ha puesto y la noche solo nos invita al olvido, y a la alegría que lleva tras de si... Prosigue tejiendo tus guirnaldas de rosas.

El ateniense pronunció estas últimas palabras con un tono de resignación forzada en que se traslucía la tristeza, y se abandonó en seguida a una sombría meditación, de que no salió hasta que a poco rato oyó a Nydia cantar en voz baja las siguientes estrofas que de él había aprendido en otro tiempo:

LA EXCUSA DEL PLACER

I

*¿Quién osará tocar a los laureles
que adornaban del héroe la cabeza?
Son gloriosas guirnaldas de unos tiempos
que ya acabaron su feliz carrera.
¿Quién turbará a los bravos en su tumba,
ni al árbol tocará que les sombrea?
Tened respeto a sus sagradas hojas:*

*de ellos es el Laurel, la Rosa es nuestra,
la rosa que tan pronto se marchita
es lo que al libre y al esclavo queda.*

II

*Si sobre muertos, únicos vasallos
suyos, el Trono la Memoria asienta.
Si la dulce Esperanza se ha perdido.
Si de a Libertad no se ve huella,
queda por el Placer el campo todo,
venid a coger rosas pasajeras
que a fíaros corazones, nuestros padres
les legaron las flores en herencia.*

III

*Allá en la antigua cumbre de Fileo
de los valientes el marchar suena,
ni laten en la plaza corazones
de aquellos que la Gloria enardeciera;
Glaucopis abandona ya sus hijos,
y los airados dioses nos desdeñan
mas a la voz de las azules ondas
refrescan el recuerdo de la canción soñada.
A la Luna despierta ave nocturna
y a los rayos del Sol van las abejas
a zumbar del Himeto en la alta cima.
Nuestra ruina, ¡Oh dolor! es harto cierta;
mas estamos perdidos sin recurso,
pues que de amar la facultad nos queda.
De los dioses, Amor nació el primero
y él ha de ser el ultimo que muera.*

IV

*¡Coged, pues, flores y trenzad coronas!
Todavía tenemos la Belleza
y la tendremos mientras corra el agua,
mientras azul el firmamento sea.*

*Todo cuanto hay de bello y de brillante
del día y de la noche en la carrera
habla en voz baja y silenciosa al alma
de nuestra patria, sin ventura: Grecia.
De Grecia, si; de la ciudad del Arte,
que nos encanta con palabras tiernas.
¡Coged, pues, flores y trenzad coronas!
los tiempos ya pasados me recuerdan
y el suave aliento de mi amada Patria
pienso hallar en las flores extranjeras.*

Capítulo V

Nydia encuentra a Julia.

Entrevista de la hermana gentil y del hermano convertido.

Ideas de un ateniense sobre el Cristianismo.

—¡Cuán feliz es Ione! ¡Qué dicha la de estar siempre al lado de Glauco! ¡Oír su voz y *ella* hasta puede *verle*!

Tal fue el monólogo de la joven ciega mientras sola, y al anochecer, iba a la morada de su nueva señora, adonde Glauco la había ya precedido. De pronto interrumpió su cavilación una voz femenil.

—Ramilletera ciega, ¿dónde vas? No llevas la cesta al brazo; ¿has vendido ya todas tus flores?

La persona que le dirigía estas palabras era una señora de hermosas facciones, pero cuya fisonomía mostraba algo de descarado y de poco virginal: era Julia, la hija de Diomedes. Tenía el velo semilevantado mientras hablaba; iba con su padre y un esclavo con un farol; venían de comer en casa de un vecino.

—¿No reconoces mi voz? —continuó—; soy la hija del poderoso Diomedes.

—¡Ah!, perdonadme; sí, reconozco vuestro acento. No, noble Julia, no tengo flores de venta.

—Me han dicho que has sido comprada por Glauco, ese hermoso griego; ¿es verdad, linda esclava?

—Estoy sirviendo a la napolitana Ione —respondió Nydia, esquivando explicarse más directamente.

—¿Conque es verdad...?

—Vamos, vamos —interrumpió Diomedes tapándose la cara con su manto—; la noche está fresca y no he de pararme aquí mientras hablas con esa ciega. Que se venga contigo a casa si tienes algo que decirla.

—En efecto, hija mía —dijo Julia en tono de persona no avezada a repulsas; ven, que tengo muchas preguntas que hacerte.

—No puedo esta noche —respondió Nydia—; es tarde y hora de volver a casa; no soy libre, noble Julia.

—Pues qué, ¿te reñirá la dulce Ione? ¡Oh! Sin duda es una segunda Talestrís; pero ven mañana... Acuérdate que somos amigas de larga fecha.

Satisfaré vuestros deseos —respondió Nydia—; y habiendo hablado otra vez Diomedes a su hija con impaciencia, tuvo ella que echar a andar sin hacer la pregunta que más le interesaba.

Pero es tiempo ya de que volvamos a Ione. El que había transcurrido aquel día entre la primera y segunda visita de Glauco no se había pasado muy alegremente;

tuvo una visita de su hermano. Era la primera vez que le veía desde la noche en que ayudó a salvarla de las manos del egipcio.

Ocupado en sus propios pensamientos, tan graves y profundos, el joven sacerdote de Isis habíase olvidado un tanto de su hermana. A decir verdad, los hombres cuya alma entusiasta aspira sin cesar a las cosas del cielo no son los más a propósito para las afecciones de la tierra. Largo tiempo hacía que Apecides descuidara aquellas amistosas confianzas recíprocas que tenía con Ione en su adolescencia, y que tan naturales son entre personas unidas por los tiernos vínculos de hermano y hermana.

No había cesado esta de sentir semejante frialdad, que atribuía a los deberes impuestos por las leyes de su rigurosa cofradía. Muchas veces, en medio de sus más brillantes esperanzas y del nuevo cariño a su futuro esposo, pensaba en las prematuras arrugas que surcaban la frente de su hermano; en sus labios, que nunca se sonreían; en su talle, que se encorvaba, y se afligía pensando que el servicio de los dioses pudiese proyectar tan negra sombra sobre la misma tierra que ellos habían criado.

Mas aquel día, cuando fue a verla, observó en sus facciones una calma extraordinaria y en sus hundidos ojos una expresión más tranquila, más señora de sí misma, que no viera hacía muchos años.

—Los dioses te bendigan, hermano mío —dijo ella abrazándole.

—¡Los dioses! No hables tan vagamente. ¡Acaso no hay más que un Dios!

—¡Hermano mío!

—¿Y si fuese cierta la sublime fe de los nazarenos...? ¿Si Dios fuese un monarca único, indivisible, solo...? ¿Si esas innumerables divinidades cuyos altares pueblan la tierra, fuesen más que malos genios que tratan de alejarnos de la verdadera creencia? Puede que así sea, Ione.

—¡Ah! podemos creerlo; y si lo creyéramos, ¿no sería una fe bien triste? —respondió la napolitana—. ¡Qué!, ¿había de ser puramente humano todo este mundo tan hermoso? La montaña desencantada se quedaría sin su Oreada, la fuente sin su Ninfa; esa magnífica prodigalidad de creencias que hace a todos los objetos divinos, que consagra las flores más comunes, que nos trae en cada brisa una respiración celestial, ¿querríais negar todo esto para reducir la tierra a polvo y arcilla? No, Apecides; lo más brillante que hay en nuestros corazones es precisamente esa credulidad que puebla el universo de dioses.

Hablaba Ione como quien creía en lo más poético de la mitología. De su respuesta podemos inferir cuán recia y obstinada batalla tenía que librar el cristianismo a los paganos. Nunca era muda su graciosa superstición; no había un acto de la vida doméstica que no tuviese asociado a las creencias populares, que hacían parte de su existencia misma, como las flores hacen parte del Thirso. Para cada acontecimiento recurrían a un Dios, a cada copa de vino precedía una libación; las guirnaldas que ornaban sus puertas se ofrecían a una divinidad. Por último, sus padres, convertidos en Lares, presidían al hogar doméstico. Eran tantas sus creencias que aún no se ha

desarraigado completamente la idolatría en los climas que habitaban; no ha hecho más que cambiar los objetos de su culto; hoy dirige a los santos las mismas oraciones que dirigía en otro tiempo a los dioses, y la multitud corre en respetuoso silencio a escuchar los oráculos de San Francisco Javier o de Santo Domingo en lugar de los de Isis y de Apolo.

Pero semejantes supersticiones inspiraban a los nuevos cristianos menos desprecio que horror; no creían, con el tranquilo escepticismo del filósofo pagano, que los sacerdotes hubieran inventado los dioses, ni tampoco, con el vulgo, que hubiesen sido mortales como ellos, según las vagas luces de la historia. Pensaban que las divinidades del paganismo eran espíritus malignos; trasplantaban a Italia y Grecia los lúgubres demonios de la India y del Oriente, y se estremecían al reconocer en Júpiter y en Marte los representantes de Moloch y de Satán^[69].

Aún no había abrazado Apecides formalmente la fe cristiana, pero estaba a punto de decidirse. Participaba ya de las doctrinas de Olintho; creía que el gran enemigo del género humano era el que sugería a las brillantes imaginaciones de los paganos. La inocente y natural respuesta de Ione le hizo estremecer. Se apresuró a contestar con vehemencia, pero de modo tan confuso, que su hermana temió en él algo de enajenación mental.

—¡Ay, hermano mío! —le dijo—; los penosos deberes que has tenido que llenar han afectado tu razón. Ven, Apecides mío, mi querido hermano; dame la mano, déjame que enjague tu humedecida frente. No me riñas; haz cuenta que no me he enterado; mas nunca he tenido intención de ofenderte.

—Ione —dijo Apecides trayéndola hacia sí y mirándola tiernamente—; ¿puedo yo creer que tanta hermosura y tan bondadoso corazón estén destinados a tormentos eternos?

—*Dii meliora*^[70]. ¡los dioses me libren! —dijo Ione, sirviéndose de la fórmula acostumbrada para conjurar un mal agüero.

Estas palabras, y más aún la supersticiosa idea que envolvían, le alarmaron. Levantóse murmurando en voz baja, y dio algunos pasos para alejarse; después se detuvo, la miró tiernamente y le tendió los brazos.

Ione corrió a ellos llena de alegría, la estrechó con ternura y la dijo:

—Adiós, hermana mía; cuando volvamos a vernos, acaso no seras ya nada para mi; toma este abrazo, lleno todavía de los recuerdos de nuestra niñez, cuando la fe y la esperanza, los hábitos, los intereses y todos los objetos de esta vida eran los mismos para nosotros; ¡ahora va a romperse el lazo!

Y con tan extraña despedida salió de la casa. Efectivamente, era aquella la prueba más cruel de los primeros cristianos; su conversión les separaba de las personas a quienes más querían. No les era dado vivir con seres cuyas menores acciones, cuya forma de lenguaje llevaban el sello de la idolatría.

Temblaban al oír las bendiciones del amor; les parecían sugerencias del demonio. Mas lo que hacía su desgracia hacia también su fuerza; si los apartaba del resto del

mundo robustecía la unión entre ellos. Eran hombres de hierro que forjaban la palabra de Dios, y los lazos que los unían eran de hierro como ellos.

Glauco encontró a Ione llorando; se prevaleció ya del dulce privilegio de consolarla. Contóle ella la entrevista con su hermano; pero la confusión con que le refirió sus discursos los hizo ininteligibles para él, no pudiendo adivinar ni uno ni otro cuáles serían los propósitos de Apecides.

—¿Has oído hablar alguna vez de esa nueva secta de los nazarenos a que se ha referido mi hermano?

—Muchas —respondió Glauco—, pero nada sé desús dogmas sino que los tienen por sumamente tristes y helados. Viven separados de los demás hombres; afectan escandalizarse hasta de nuestras guirnaldas; no simpatizan con las diversiones de la vida; amenazan sin cesar con el próximo fin del mundo; parece que han sacado su sombría creencia de la gruta de Trofonio. Con todo —prosiguió Glauco después de una corta pausa—, no les han faltado hombres de poder y de genio hasta entre los Areopagitas de Atenas. Me acuerdo muy bien de haber oído a mi padre hablar de un personaje raro que vino a Atenas hace muchos años; creo que se llamaba Pablo. Un día, como iba diciendo, se encontró mi padre en medio de una inmensa muchedumbre que se había juntado en una de nuestras inmemoriales montañas para oír hablar a aquel sabio de Oriente. No se percibía el menor ruido; el estrépito y las burlas que acogían a nuestros oradores griegos callaban para él, y cuando apareció en la cumbre aquel misterioso extranjero dominando la multitud que lo rodeaba, su cara y su continente imprimían un respeto universal, aun antes de que hubiese abierto la boca. Era, según me contó mi padre, de mediana estatura, pero de la fisonomía más noble e imponente; su túnica ancha y oscura; el sol que descendía alumbraba el perfil de su inmóvil figura.

Sus facciones eran muy marcadas y anunciaban la fatiga de un hombre que había afrontado a la vez los pesares de la vida y las vicisitudes de los climas; mas sus ojos brillaban con un fuego que parecía sobrenatural; y cuando levantó el brazo para hablar mostro la majestad de un hombre inspirado por el Espíritu Divino. “Atenienses —dijo—: he encontrado entre vosotros un altar con esta inscripción: al dios desconocido. En vuestra ignorancia adoráis al mismo Dios a quien yo sirvo. ¡Desconocido hasta ahora para vosotros, tenedle desde ahora por conocido!”. Declaró en seguida cómo aquel Hacedor de todas las cosas, que había fijado al hombre sus diversas tribus y moradas, aquel Señor de la tierra y del cielo no habitaba templos artificiales; que su presencia, su espíritu, estaba en el aire que respiramos; que nuestra vida y nuestra existencia están con Él. “¿Pensáis —exclamó— que el invisible es como las estatuas de mármol o de oro? ¿Pensáis que necesita de vuestros sacrificios, Él, que ha hecho el cielo y la tierra?”. Hablo en seguida de un porvenir terrible, del fin del mundo, de otro levantamiento de los muertos, cuya certidumbre tuvo el hombre por medio de la resurrección del Ser poderoso que había revelado la religión que venía él a predicar.

»Mientras decía de este modo, comenzaron a oírse murmullos, y los filósofos que estaban confundidos con el pueblo dieron a entender su incrédulo desprecio. Allí se veían la ceñuda frente de los estoicos y la burlona risa de los cínicos^[71]; y el Epicúreo, que ni siquiera cree en nuestro Elíseo, salió de la multitud diciendo una chanzoneta. Pero los corazones del pueblo se conmovieron; temblaron sin saber el motivo, porque el extranjero tenía la voz y la majestad de un hombre a quien hubiera encargado el Dios Desconocido, que predicase su fe».

Escuchaba Ione absorta; y la fervorosa seriedad del narrador revelaba la impresión que le había causado uno de los que se hallaron en el corro que en la montaña del falso dios de la Guerra oyó las primeras noticias de la palabra de Cristo.

Capítulo VI

El portero, la moza y el gladiador.

Abierta estaba la casa de Diomedes, y Medón, el esclavo anciano, sentado al pie de la escalera.

Aún se ve la magnífica morada del rico comerciante de Pompeya, extramuros de la ciudad, al principio de la calle de las Tumbas, barrio alegre a pesar de los muertos. Al otro lado, y algunas toesas más cerca de la puerta, había una gran fonda, donde muchas veces se detenían a tomar un refrigerio las personas a quienes las diversiones o los asuntos llamaban a Pompeya. Estaban a la sazón reunidos en las inmediaciones porción de carros y carretas que iban o venían, presentando el movimiento y el ruido que hoy, como entonces, hay alrededor de semejantes casas. En un banco que había a la puerta algunos campesinos echaban su trago de por la mañana sentados a una mesa redonda, y hablando de sus labores y de sus tierras. Allí se veía pintada de frescos y brillantes colores el alegre, pulido y eterno dibujo del tablero ajedrezado^[72]. Sobre el techo de la fonda había una azotea donde mujeres del campo, sentadas unas y apoyadas otras en la balaustrada, hablaban con sus maridos, los campesinos de que hemos hecho mención. Encima, en un hueco a cierta distancia, había un paraje cubierto, en el cual dos o tres viajeros pobres reposaban y sacudían el polvo de sus vestidos. Al otro lado se extendía un vasto espacio, que en un principio sirvió de cementerio a los habitantes de una antigua ciudad situada en el lugar de Pompeya, y que a la sazón se convirtiera en *ustrino*, lugar donde se quemaban los muertos. Más allá se descubría una azotea de una linda casa de recreo medio oculta entre los árboles. No entristecían el paisaje las mismas tumbas, cuyas formas eran graciosas, variadas y llenas de hojas y de flores. A un lado de la puerta de la ciudad, en una garita, había inmóvil un centinela romano; el sol brillaba sobre su bruñido casco y sobre la lanza en que se apoyaba. La puerta tenía tres arcos, de los cuales el de en medio servía para los carruajes y los otros dos para las gentes de a pie, en tanto que por ambos lados se extendían las macizas murallas que rodeaban la ciudad, murallas construidas y reparadas en cien épocas diferentes, según que las habían conmovido la guerra, el tiempo o los temblores de tierra. De trecho en trecho se erguían torres cuadradas, cuyos chapiteles descollaban con pintoresca altivez por entre la línea regular de las murallas y contrastaban con las casas modernas de paredes blanquecinas que se veían a su lado.

La senda que desde Pompeya partía para Herculano pasaba por entre pensiles de viñedos, por cima de los cuales se alzaba el Vesubio con su sombría majestad.

—¿Sabes lo que dicen, Medón? —preguntó una joven que, con un cántaro en la mano, se detuvo un momento delante de la puerta de Diomedes para hablar con el

esclavo antes de ir a la casa próxima por agua y a coquetear con los viajeros.

—¡Lo que dicen! —¿qué dicen?— la interrumpió el esclavo levantando desazonado los ojos que tenía fijos en el suelo.

—Antes de que tú despertaras hoy, pasó bien temprano por aquí un huésped, como no hemos visto en Pompeya.

—¡Por *Hércules*! —dijo el esclavo con aire de indiferencia.

—Sí, es un regalo del noble Pomponiano.

—¡Un regalo! ¿No decíais que era un huésped?

—Sí, pero es al mismo tiempo en regalo y un huésped. Has de saber, tonto de remate, que es un soberbio tigre para los juegos que va a haber en el anfiteatro. ¿Lo entiendes ahora? ¡Qué gusto! no voy a dormir hasta que le haya visto; dicen que ruge de una manera admirable.

—¡Pobre tonta! —dijo Medón con aire triste y cínico.

—No me llames tonta, viejo gruñón. Un tigre es una cosa muy bonita, sobre todo si encontramos alguno para dársele a comer. Ya tenemos un león y un tigre; esto es lo principal. Lo malo es que a falta de dos buenos criminales quizá tengamos que verlos devorándose el uno al otro. Pero escucha: tu hijo es gladiador, mozo robusto y hermoso; ¿no pudieras tú hacerle que luchara con el tigre? Piénsalo bien, te suplico. Mucho gusto me daría; ¿qué digo? sería *un* obsequio que harías a toda la ciudad.

—Ve, ve —dijo el esclavo con indignación—; piensa en tu propio riesgo antes de hablar de la muerte de mi pobre muchacho.

—¡Mi propio riesgo! —exclamó la joven asustada y mirando tristemente en torno de sí—; ¡líbrenme los dioses de ese presagio y hagan caer tus palabras sobre tu cabeza!

Y diciendo esto, tocaba un talismán que llevaba al cuello; después repitió: ¡Tu propio riesgo! ¿Pues cuál es el que me amenaza?

—¿Por ventura crees que no ha sido una advertencia el terremoto de la otra noche? —replicó Medón—. ¿No tenía su voz? ¿No nos ha dicho a todos: Preparaos a la muerte, que se acerca el fin de todas las cosas?

—Bah ¡qué majadería! —dijo la joven arreglando los pliegues de su túnica—. Hablas como los nazarenos. ¿Serás acaso de ellos? En verdad, cuervo viejo, que no se puede conversar contigo; vas de mal en peor; *vale*, ¡oh *Hércules*! envíanos un hombre para el león y otro para el tigre.

*¡Oh! ¡Qué placer!, ¡qué alegría!
¡cuál me gusta ver el circo!
¡y tantas caras y trajes
en sus palcos y tendidos!
Ya vienen los gladiadores
por el arenado piso;
cada cual se cree un hércules,*

*y a fuer de tal es altivo.
Hablad ahora que se puede,
porque luego... ni un respiro
podremos lanzar del pecho,
dado a la función principio.
¡Cuán esbeltos van y alegres!
¡Ni aun sospechan el peligro!
¡Oh! ¡Qué placer!, ¡qué alegría!*

Cantando con argentina voz esta canción, cuya letra tan bien cuadraba a una mujer, y levantando su túnica, para no ensuciarla de polvo, atravesó la joven el camino que conducía a la fonda.

—¡Pobre hijo mío! —exclamó el anciano a media voz—; ¿has de morir tú por semejantes diversiones? ¡Fe de Cristo, yo te adoraría con toda sinceridad, aunque no fuese sino por el horror que inspiras hacia esas sangrientas arenas!

Dejó caer la cabeza sobre el pecho con aire de abatimiento. Quedó mudo y absorto; solo de vez en cuando se enjugaba los ojos con la manga. Su corazón estaba con su hijo; no vio la figura que se adelantaba hacia la puerta, de prisa y marchando con paso firme y decidido; ni alzó los ojos hasta que se paró frente de donde estaba él sentado, y le dirigió la palabra llamándole:

—¡Padre!

—¡Hijo mío! Lidon, ¿eres tú? —preguntó el anciano con aire gozoso—; ¡ah! en ti estaba pensando.

—Me alegro mucho de saberlo, padre mío —dijo el gladiador tocando respetuosamente las rodillas y la barba del esclavo—; y espero que pronto me tendréis presente para siempre, y no solo con el pensamiento.

—Sí, hijo mío; mas no en este mundo —replicó tristemente el esclavo.

—¡No habléis así, padre mío! Poneos contento, porque yo lo estoy; tengo seguridad de salir vencedor, y entonces el dinero que gane servirá para comprar vuestra libertad. ¡Padre! hace pocos días que me dio broma un hombre a quien hubiera desengañado de muy buena gana, porque es más generoso que sus semejantes. No es romano, es de Atenas; me ha creído interesado, porque le pregunté cuál sería el precio de la victoria. ¡Ah! no conoce el alma de Lidon.

—¡Hijo mío!, ¡hijo mío! —exclamó el anciano, subiendo a paso lento los escalones y llevando al joven hacia el cuartito donde vivía, que daba al recibimiento que en aquella casa era el peristilo y no el atrio. Todavía se conserva; su puerta es la tercera de la izquierda, porque la primera da a la escalera y la segunda es un nicho de una estatua de bronce—. Por generosas y santas que sean tus intenciones, el acto es en sí mismo culpable —añadió Medón luego que se hubieron puesto al abrigo de las miradas curiosas—. Vas a exponer tu vida por la libertad de tu padre. Esto pudiera perdonarse; mas el precio de la victoria es la vida de otro hombre, pecado mortal que

no borra la intención, cualquiera que sea. ¡Déjalo!, ¡déjalo! ¡Prefiero ser esclavo toda mi vida a comprar la libertad a tal precio!

—Escuchad, padre mío —respondió Lidon con algo de impaciencia—; habéis tomado esas ideas en vuestra nueva creencia, de que os suplico no me hables; porque los dioses que me han concedido la fuerza me han negado el talento y no entiendo palabra de lo que me predicáis tantas veces. Habéis tomado, digo, de esa nueva creencia raras ideas sobre lo que es justo o injusto. Perdonad si os ofendo; pero haceos cargo, ¿contra quién voy a combatir? ¡Oh! si conocierais a esos miserables con quienes me he asociado por vuestro amor, os convenceríais de que purgo la tierra, libertándola de uno de ellos. Son fieras bravías cuya boca chorrea sangre; seres absolutamente salvajes, cuyo valor mismo no sigue regla alguna, feroces, sin alma ni generosidad; ningún vínculo puede atarlos a la vida; no conocen ni la gratitud ni la filantropía, ni el amor; no sirven más que para la carrera que emprenden: ¡para morir sin miedo y para matar sin compasión! ¿Pueden vuestros dioses, cualesquiera que sean, mirar enojados un combate con tales gentes y por semejante causa? ¡Oh, padre mío!, ¿en vano recorrerán con sus ojos las Potestades del cielo el ámbito de la tierra; es imposible que encuentren en ella deber tan sagrado y tan puro como el sacrificio ofrecido a un padre anciano por el cariño de un hijo agradecido!

Falto aquel de instrucción, pues acababa de convertirse a la fe cristiana, no sabía con qué argumento iluminar una ignorancia a la vez tan profunda y tan hermosa en su error. Su primer impulso fue echarse en los brazos de su hijo; el segundo retroceder, perdiéndose su voz entre sollozos, al tratar vanamente de reprenderle.

—Y si vuestra divinidad —replicó Lidon—, porque supongo no queréis reconocer más que una, es tan bienhechora y compasiva cual decís, también sabrá que precisamente vuestra creencia en ella es lo primero que me ha confirmado en la resolución que me criticáis.

—¡Cómo!, ¿qué quieres decir? —preguntó el esclavo.

—Ya sabéis que vendido en mi niñez fui emancipado en Roma por la voluntad de mi dueño, a quien tuve la suerte de agradar.

Vine corriendo a Pompeya para veros; os encontré ya anciano, enfermo, bajo el yugo de un amo caprichoso y opulento; acababais de abrazar esa nueva fe y os hacía la esclavitud doblemente penosa; os robaba el dulce encanto del habito que nos hace soportar con paciencia las situaciones más crueles. ¿No me habéis dicho afligido que os veiais obligado a ejecutar cosas que no os eran odiosas a título de esclavo, pero que os parecían culpables a título de nazareno? ¿No me habéis confesado que os llenabais de remordimientos cuando teníais que poner una migaja siquiera de torta, delante de los Lares que velan en el *impluvio*?... ¿qué una lucha continúa destrozaba vuestro corazón? ¿No me habéis dicho que hasta al derramar el vino delante del umbral, y al pronunciar el nombre de no sé qué divinidad griega, temíais incurrir en penas más horribles que las de Tántalo, en tormentos eternos, peores que los de nuestro Tártaro? ¿No me habéis dicho todo esto? Yo me quedé sorprendido; no pude

entenderos; por la fe de Hércules que ahora os entiendo menos todavía; pero era hijo vuestro, y mi principal deber compadeceros y aliviaros. ¿Podía yo oír vuestros gemidos, ser testigo de vuestro misterioso horror, de vuestras continuas angustias, y quedarme tranquilo, sin hacer nada por sacaros de tan cruel estado? ¡No, por los dioses inmortales! Me vino un pensamiento como un rayo de luz del Olimpo. ¡No tenía dinero, pero tenía fuerza y juventud; de vos eran estos dones! Podía venderlos... Pregunte el precio de vuestro rescate. Supe que el dinero que gana un atleta victorioso puede pagarle doble; me hice gladiador; me asocié a esos hombres de sangre a quienes desprecio y detesto; seguí su oficio. ¡Bienhadadas lecciones!, ¡me enseñarán a libertar a mi padre!

—¡Oh! Si tú pudieses oír hablar a Olintho —dijo el anciano suspirando y cada vez más enternecido por la virtud de su hijo, aunque seguía en la persuasión de que su oficio era criminal.

—Oiré al mundo entero que queráis —respondió alegremente el gladiador—, pero cuando ya no seáis esclavo. Sentado bajo vuestro propio techo, padre mío, embrollaréis mi cabeza todo el día y toda la noche también, si eso os divierte. ¡Si supieseis qué cuarto os he escogido! Es una de las novecientas noventa y nueve tiendas de Julio Félix; con buen sol, de modo que podáis estar todo el día a la puerta. Entretanto yo venderé aceite y vino, y entonces si Venus quiere... o bien no hablemos de ella, puesto que no os gusta, después de todo, ¿qué le importa eso a Lidon? —Pero acaso tendréis también una hija que cuide de vuestros cabellos blancos, y veréis saltar a vuestro regazo rapaces que os llamarán abuelo. ¡Oh, qué felices seremos y pensad que mi victoria nos habrá valido todo eso! Alegraos, pues, padre mío; ahora tengo que marcharme; se hace tarde y el lanista me espera. Dadme vuestra bendición.

Al decir esto, había salido ya del oscuro cuarto de su padre. Siguiendo su conversación con fuego, si bien en voz baja, se encontraron en el paraje donde hemos visto se hallaba al principio el portero.

—¡Bendígate el cielo! —dijo Medón conmovido—, ¡y ojalá el gran Poder que lee en todos los corazones vea cuánto hay de noble en el tuyo, y te perdone tu extravío!

Se alejó rápidamente el gladiador; la vista del esclavo seguía sus ligeros pasos y su noble marcha mientras pudo divisarla; después, volviéndose a dejar caer en su asiento, fijó sus miradas de nuevo sobre la tierra. Cualquiera le hubiese tenido por una estatua de mármol; pero su corazón... ¡Oh! en el siglo feliz que alcanzamos, ¿quién podrá figurarse su lucha y sobresalto?

—¿Puedo entrar? —dijo una voz dulce—; ¿está tu señora?

El esclavo hizo a la que preguntaba seña de que entrase; pero no podía verla quien le había hecho la pregunta; repitió, pues, lo que acababa de decir, siempre con timidez y alzando la voz:

—¿No te he dicho que entres? —respondió el portero de mal humor.

—Gracias —dijo la otra en tono humilde.

Sorprendido él, levantó los ojos y reconoció a la ramilletera. El dolor sabe

simpatizar con todo lo que padece; levantóse Medón y la condujo a lo alto de la escalera, por donde se bajaba al cuarto de Julia; habiendo llamado allí a una esclava, le confió el cuidado de la joven.

—Tal creo, puesto que van a casarse.

Capítulo VII

Tocador de una hermosura pompeyana.
Conversación importante entre Julia y Nydia.

Estaba la elegante Julia sentada entre esclavas en su cuarto, pequeño, lo mismo que el cubículo contiguo, pero mucho mayor que las alcobas tan reducidas, por lo regular, que se necesita haber visto una para formarse idea de las lindas casillas de palomas en que gustaban de pasar la noche. Mas a decir verdad, entre los antiguos no era el dormir parte tan grave, Sería e importante de los misterios domésticos como lo es entre nosotros. La cama se parecía más bien a un sofá pequeño y estrecho, lo bastante ligero para que el mismo propietario pudiese transportarle fácilmente de un lado a otro^[73] y no hay duda que le hacían cambiar de sitio, según el capricho del dueño o las vicisitudes de las estaciones. De una parte de la casa que se habitaba un mes se huía quizás al siguiente; tan sensibles eran los habitantes del clima más hermoso del mundo a esas variaciones del sol y del viento, que apenas percibirían nuestros cuerpos más robustos, acostumbrados al crudo cielo del Norte.

Los italianos de aquel tiempo temían igualmente la mucha luz. Era, pues, calculada la oscuridad que reinaba en sus habitaciones, y que hubiera podido considerarse a primera vista defecto en su arquitectura. Seguros de encontrar un sol, siempre que le quisieran, en sus pórticos y jardines, buscaban la sombra y la frescura en el interior de sus casas.

El cuarto de Julia en aquella estación era un piso bajo, sobre el que estaba el recibimiento en el principal. Los rayos del sol penetraban en él por una ancha puerta vidriera que daba al jardín y no impedía que su vista, acostumbrada a cierta oscuridad, distinguiese perfectamente los colores que mejor la sentaban, cuál era el matiz que hacía brillar más sus grandes ojos negros y daba más frescura a sus mejillas.

Sobre la mesita a que estaba sentada había un espejito redondo de acero bruñido, en torno del cual se habían puesto por su orden los cosméticos y las pomadas, los perfumes y los afeites, los aderezos y los peines, los lazos y los alfileres de oro destinados a añadir a sus encantos naturales la accesorio belleza que pudiesen presentar los recursos del arte y de las técnicas de maquillaje en boga. El crepúsculo que reinaba en el cuarto no impedía que campease todo el colorido de las pinturas al fresco que adornaban las paredes. Delante del tocador se extendía, a los pies de Julia, una alfombra oriental. Al alcance de su mano había en otra mesa una palangana y un jarro de plata, una lámpara apagada, del trabajo más delicado, en la que el artista representó al Amor descansando a la sombra de un mirto, y por último, un rollo de papiro que contenía las dulces elegías de Tíbulo. Delante de la puerta que daba al

cubículo pendía una colgadura ricamente bordada con flores de oro. Tal era el tocador de una hermosura hace diez y ocho siglos.

La bella Julia estaba recostada al desgaire en el respaldo de su silla mientras la *ornatrix* (peluquera) levantaba uno sobre otro, los innumerables rizos, mezclando diestramente los naturales con los postizos, amontonándolos en una única estructura de altura tal que parecía colocar la cabeza más bien en el centro que en al final del cuerpo humano.

Su túnica de color de ámbar subido, hacía resaltar su negro cabello y tez algo morena; caía en anchos pliegues hasta sus pies encerrados en babuchas de color de púrpura (sujetas alrededor de su graciosa canilla por cordones blancos) ligeramente encorvadas, a la turca y llenas de perlas. Una antigua esclava, a quien la experiencia había familiarizado con todos los secretos del tocador, estaba al lado de la peluquera con el ancho y rico ceñidor de su señora, pendiente del brazo, dándola de cuando en cuando consejos mezclados con ingeniosas lisonjas a Julia.

—¡Pon ese alfiler un poco más a la derecha... más abajo... torpe! ¿No ves cuán iguales son esas hermosas cejas? No parece sino que estás peinando a Corina que tiene la cara torcida. Ahora pon las flores... ¡Qué!... ¡necia!... no ese triste alelí: vas escogiendo los colores cual si fueran para la cara pálida de Cloris. Las flores más lindas son las que mejor sientan a la linda tez de la joven Julia.

Poco a poco —dijo la señora, dando una patadita en el suelo—; me tiras del pelo como si estuvieras arrancando mala hierba de un jardín.

—¡Tonta! —continuó la directora de la ceremonia—; ¿no sabes lo delicada que es nuestra señorita? ¿Te parece que estás peinando las crines de la viuda Fulvia? Ahora el lazo... Bien está. Hermosa Julia, miraos al espejo; ¿habéis visto nunca cosa más amable que vos?

Cuando se acabó la torre de cabellos, después de innumerables comentarios, dificultades y tardanzas, hubo que ocuparse en dar a sus ojos aquella dulce languidez producida por ciertos polvos de color oscuro aplicados en los párpados y cejas; un lunarcito en forma de media luna, puesto a un extremo de su boca de rosa, debía llamar la atención sobre sus hoyitos y sus dientes, a los que había ya prodigado el arte todos sus recursos para aumentar su deslumbradora blancura.

Otra esclava, que hasta entonces había permanecido ociosa, se encargó de arreglar el aderezo y las joyas; los pendientes de perlas, dos para cada oreja; los brazaletes de oro macizo, la cadena, hecha de eslabones de lo mismo, de la que pendía un talismán de cristal; el gracioso broche sobre el hombro izquierdo en el que había un camafeo representando a Psiquis; el ceñidor de cinta color de púrpura, ricamente bordado con hilo de oro y prendido con un broche de serpientes enroscadas; por último, las diversas sortijas para cada una de las coyunturas de sus blancos y prolongados dedos.

Hecho que estuvo el tocado, conforme a la última moda de Roma, se miró la cara con satisfecha vanidad; después, recostándose otra vez en su asiento mandó lánguidamente a la esclava más joven que la leyese los amorosos versos de Tíbulo.

Durante esta lectura, fue cuando una esclava introdujo a Nydia a la presencia del ama de la casa.

—¡Salve, Julia! —dijo la ramilletera parándose a alguna distancia del punto en que estaba sentada, y cruzándose de brazos—; obedezco vuestras órdenes.

—Has hecho bien —dijo la señora—; acércate, puedes tomar asiento.

Una de las esclavas le aproximó un banquillo al lado de Julia, y Nydia se sentó.

Fijó aquella sus ojos algunos instantes sobre la tesaliana en silencio y un tanto cortada. Hizo luego seña a sus mujeres de que se alejasen y cerraran la puerta. Luego que estuvieron solas, dijo mirándola maquinalmente y olvidándose de que no podía observar su fisonomía:

—¿Estás sirviendo a la napolitana Ione?

—Ahora estoy con ella —respondió Nydia.

—¿Es tan hermosa como dicen?

—No sé; ¿cómo he de juzgarlo yo?

—¡Ah! debía haberme acordado; pero si no tienes ojos tienes oídos. Las esclavas, tus compañeras, ¡dicen que es tan hermosa! Porque cuando conversan entre sí se olvidan de adular hasta a su señora.

—Dicen que es hermosa.

—¿Has oído que es alta?

—Sí.

—Yo también lo soy... ¿Tiene cabellos negros?

—Así lo aseguran.

—Yo también los tengo. ¿Y va Glauco a verla a menudo?

—Todos los días respondió Nydia ahogando un suspiro.

—Todos los días, dices, ¿y le parece hermosa?

—Tal creo, puesto que van a casarse muy pronto.

—¡Casarse! —exclamó Julia palideciendo, al través de las falsas rosas de su tez, y levantándose precipitadamente de su sofá.

Nydia, como era natural, no se apercibió de la emoción que había causado su respuesta; Julia guardó silencio largo tiempo; pero su pecho agitado y sus ojos que lanzaban llamas, fácilmente hubieran descubierto, a quien pudiera verlos, cuán herido estaba su orgullo.

—Me han dicho que eres tesaliana —observó al cabo, rompiendo el silencio.

—Es verdad.

—La Tesalia es el país de los sortilegios y de las magas, de tos talismanes y de los filtros amorosos —dijo Julia.

—Siempre ha sido célebre por sus adivinos —replicó Nydia con timidez.

—Díme, pues, ciegucecita, ¿sabrías tú algún hechizo para inspirar amor?

—¡Yo! —dijo la ramilletera sonrojándose. ¡Yo! ¿Cómo lo he de saber? ¡Oh! seguramente que no.

—Tanto peor para ti; te hubiera dado bastante oro para comprar tu libertad si

hubieses sido más entendida.

—Pero ¿qué es lo que puede mover a la rica Julia a que haga tal pregunta a su siena? ¿No tiene dinero, juventud, hermosura y amabilidad? ¿No son estos bastantes hechizos para no tener que recurrir a la magia?

—Para con todo el mundo sí, excepto para una sola persona —respondió Julia con aire altanero—; cualquiera diría que tu ceguera es contagiosa... y... pero no importa.

—¿Y esa sola persona es?... —dijo vivamente Nydia.

—No es Glauco —respondió Julia con la falsedad propia de su sexo—; no, no es Glauco.

Nydia respiró más libremente, y después de una corta pausa, continuó Julia:

—Solo que al hablar de él y de su amor a esa napolitana me he acordado de la influencia de los filtros de que acaso ha usado con él. ¿Qué sé yo, ni qué me importa? Joven ciega, amo y... ¡tener que confesarlo Julia!... no soy correspondida. Esto humilla... mal digo, no *humilla*, sino que *ajá* mi orgullo; quisiera ver al ingrato a mis pies, no para levantarle, sino para triunfar de su humillación. Cuando me dijeron que eras tesaliana, creí que a pesar de tu juventud podías haber aprendido los tenebrosos secretos de tu patria.

—¡Ay! no —murmuró Nydia—; ¡ojalá los supiese!

—Al menos te agradezco tu buen deseo —respondió Julia, sin sospechar lo que pasaba en el corazón de la ramilletera.

—Pero dime —añadió—, tú oyes hablar a los esclavos entre si, que son naturalmente crédulos y dispuestos siempre a recurrir a la magia en sus plebeyos amores. ¿No les has oído nunca decir que haya en la ciudad algún mago del Oriente que posea ese arte que tú ignoras? Lo que yo busco no es un falso quiromántico, ni un juglar de plaza pública, sino el mago más poderoso que haya venido de la India o del Egipto.

—Del Egipto, si —dijo Nydia estremeciéndose—; ¿qué pompeyano no ha oído hablar de Arbaces?

—¡Arbaces, es verdad! —contestó Julia acordándose de él al punto—; dicen que es hombre muy superior a las mezquinas imposturas de tantos vanos aspirantes a las ciencias y versado en el lenguaje de los astros, en los secretos de la antigua Nox^[74]; ¿por qué no lo ha de estar también en los misterios del amor?

—Si existe en el mundo un mago cuya ciencia sea superior a la de los demás, es ese hombre terrible —respondió Nydia, echando mano a su talismán mientras hablaba.

—Es demasiado rico para cobrarse sus servicios —continuó Julia con aire desdeñoso—; ¿no podré ir yo a hacerle una visita?

—Su casa es funesta para las personas ricas y hermosas —observó Nydia—; además he oído decir que estaba enfermo de...

—¡Su casa funesta! —dijo Julia que no había querido oír más que la primera frase

—; ¿y por qué?

—A sus orgías nocturnas presiden la impureza y el oprobio... al menos así lo publica la fama.

—¡Por Ceres, Pan y Cibeles! no haces más que mover mi curiosidad, en vez de arredrarme —replicó la loca e indiscreta pompeyana—. Quiero verle y preguntarle acerca de su amor. Puesto que le admite en sus orgías, doble motivo para que sepa sus secretos.

Nydia no respondió.

Quiero ir a verle hoy —continuó Julia—; ¿y por qué no ahora mismo?

—De día y en el estado en que se halla en la actualidad, ciertamente tenéis menos que temer —respondió Nydia, cediendo ella también al secreto deseo que surgió en su corazón de saber si el egipcio poseía en efecto algunos hechizos que pudiesen atraer y fijar el amor, hechizos de que la tesaliana había oído hablar tantas veces.

—¿Y quién se había de atrever a insultar a la hija del rico Diomedes? —dijo Julia con altivo ademán—. Quiero ir a verle.

—¿Me permitiréis que vuelva a veros después para saber el resultado de vuestra visita? —pregunto Nydia con curiosa inquietud.

—Abrazame, por el interés que te tomas en el honor de Julia —respondió la señora—. Si, seguramente. Hoy no comemos en casa; pero ven mañana a la misma hora y sabrás todo; quizá necesitaré de ti; mas ahora estas despachada. Mira, toma este brazalete en albricias de la idea que me has sugerido; acuérdate de que si sirves a Julia la encontrarás agradecida, porque es generosa.

—No puedo aceptar vuestro regalo —respondió Nydia, devolviéndole el brazalete—; pero aunque tan joven, sé compadecer a los que aman, y a los que aman en vano.

—¡Eso dices! ¡Ah! —replico Julia—; hablas como mujer libre, y lo serás un día... ¡adiós!

Capítulo VIII

Julia va a buscar a Arbaces.
Resultado de su entrevista.

Estaba Arbaces sentado en una sala que daba a una especie de balcón o galena frente a su jardín. Pálido tenía el semblante y desencajado por los padecimientos, si bien su cuerpo de hierro ya casi restablecido del terrible accidente que le frustró las crueles ventajas de su victoria. El aire embalsamado que recibía su frente reanimaba sus lánguidos sentidos, y su sangre corría más libremente que días antes por sus crispadas venas.

—¡Conque, se ha desvanecido —decía— la tempestad del Destino! ¡Ha ocurrido la desgracia predicha por mi ciencia y que debía amenazar hasta mi existencia, y yo vivo todavía! Pasó como lo anunciaban los astros. Y ahora va a comenzar la carrera larga, brillante y próspera que había de seguir si me salvaba de esa catástrofe. He dejado atrás, he vencido la última influencia maléfica de mi destino. Ya no me queda más que trazar ahora el plan de mi floreciente porvenir; puedo hacerlo sin temor, con seguridad. Por de contado, mi primer deleite será la venganza antes que el amor; no se me irá otra vez ese imberbe griego que se ha opuesto a mis pasiones y trastornado mis proyectos, libiándose de mi acero cuando iba ya a teñirse en su infame sangre. Pero ¿por que medio me vengaré? Esto es lo que merece pensarse seriamente. ¡Oh, Até! ¡Si realmente eres diosa, llename de tus divinas inspiraciones!

Cayó el egipcio a estas palabras en una profunda meditación, que no le presentó idea alguna clara ni satisfactoria. Según iba cambiando de proyectos, cambiaba de postura y desechaba, uno tras otro, todos los planes que concebía. Varias veces se golpeó el pecho y gimió, porque el deseo de la venganza se unía en su corazón al sentimiento de su impotencia para realizarla.

Mientras estaba así absorto en sus pensamientos entró en su cuarto un esclavo jovencito con tímido ademán, el cual dijo:

—Una mujer de alta clase, según anuncian su traje y el de la esclava que la acompaña, desea ver a Arbaces.

—¡Una mujer! —(Latió su corazón con violencia)—. ¿Es joven?

—Un velo cubre su rostro; pero su talle esbelto, aunque torneado, indica juventud.

—¡Qué entre! —dijo el egipcio—. Su vanidad le hizo creer por un momento que podía ser Ione.

La primera mirada que dirigió a la recién llegada, cuando entró en su habitación, bastó para desengañarlo. Era, a la verdad, tan alta como ella, bien formada y acaso de la misma edad; pero ¿dónde estaban aquella ondulosa e inefable gracia en todos sus

movimientos? ¿Aquel traje tan casto, tan púdico, tan sencillo; aquel continente digno y tímido a la vez; aquella majestad femenil y aquella modestia de la sin par napolitana?

—Perdonadme si las fuerzas no me permiten levantarme del asiento —dijo Arbaces mirando fijamente a la recién llegada—; acabo de salir de una enfermedad.

—No os incomodéis, ilustre egipcio —respondió Julia, esforzándose por ocultar el miedo que experimentaba ya, bajo la cómoda máscara de la lisonja— y perdonad a una mujer sin ventura que viene a buscar consuelo en vuestra sabiduría.

—Acercaos, hermosa —dijo Arbaces—, y hablad sin temor ni reserva.

Sentóse Julia al lado del egipcio y pasó su asombrada vista por un cuarto cuyo costoso y estudiado lujo eclipsaba hasta el de la casa de su padre; contempló también con sorpresa las expresiones jeroglíficas trazadas en las paredes, las misteriosas imágenes cuyos ojos todos se fijaban en ella; reparó asimismo en el trípode, y principalmente en la grave fisonomía de Arbaces. Un largo traje blanco, a manera de velo, cubría sus cabellos de azabache y bajaba hasta sus pies; la palidez de su rostro le hacía doble expresivo, y con sus ojos negros y escrutadores parecía querer atravesar el velo de Julia, a fin de leer los secretos de su alma frívola y poco femenil.

—¿Y qué motivo, joven virgen —dijo en voz grave y concentrada—, os conduce a la casa del extranjero de Oriente?

—Su fama —respondió Julia.

—¿De qué? —preguntó con desdeñosa sonrisa.

—¿Podéis preguntarlo, sabio Arbaces? ¿No es vuestra ciencia objeto de todas las conversaciones de Pompeya?

—Ciertamente, he adquirido algunos conocimientos —repuso Arbaces—; pero ¿de qué pueden servir esos secretos graves y estériles al oído de la belleza?

—¡Ah! —dijo Julia un tanto alentada por los acentos de la lisonja tan común a su oído—; ¿no se dirige el dolor a la sabiduría para obtener consuelo? Y los que aman sin ser correspondidos, ¿no son víctimas predilectas del dolor?

—¡Ah! —dijo Arbaces; ¿puede ser desgraciada en amores una beldad cuyos encantos se distinguen aun a través del velo que los cubre? Dignaos levantarle, para que vea yo si la cara corresponde a la perfección del talle.

Muy dispuesta Julia a hacer alarde de su hermosura y creyendo que su vista interesaría más al mago en su favor, después de haber vacilado un poco, se alzó el velo y descubrió gracias bien dignas de llamar la atención si hubiesen sido más naturales.

—Venís a pedirme consejo en un amor desgraciado —la dijo—; no puedo daros otro mejor que el de enseñarle esa cara al ingrato.

—¡Oh!, basta de galanterías —dijo Julia—; un filtro amoroso es lo que vengo a pedir.

—Joven hermosa —respondió él con alguna ironía— no están los filtros amorosos entre los secretos que me han enseñado mis largas veladas.

—¿De veras?... ¡Siendo así, ilustre Arbaces, perdonadme y los dioses os guarden!...

—Detenéos —dijo este, que a pesar de su pasión por Ione no era insensible a la belleza de Julia, y que si hubiera sido mejor su salud quizá habría intentado consolarla por otros medios que los de una ciencia sobrenatural—; detenéos. Aunque confieso haber abandonado las bebidas y los filtros a los que se dedican a componerlos, no soy tan insensible a la hermosura que no los haya empleado yo también alguna vez en mi juventud. Además, si queréis ser franca conmigo, podré daros buenos consejos. Por descontado sois soltera, como indica vuestro traje.

—Sí —dijo Julia.

—Y pobre acaso, ¿queréis seducir a un amante rico?

—Soy más rica que el que me desdeña.

—Cada vez me admiro más. Y ¿amáis a ese que no os ama?

—No sé si le amo —respondió Julia con orgullo—; pero si que deseo triunfar de una rival; quisiera ver a mis pies al que me ha desdeñado, y despreciada a su vez aquella que ha preferido a mí.

—Es ambición muy natural y muy digna de una mujer —dijo el egipcio con tono harto grave para que fuese de ironía—. Decidme más, hermosa virgen. ¿Queréis confiarme el nombre de ese amante? Si es de Pompeya, ¿cómo puede ser insensible a un tiempo a la riqueza y a la hermosura?

—Es de Atenas —respondió Julia bajando los ojos.

—¡Ah!... —exclamó el egipcio con impetuosidad y colorándose hasta la frente— no hay en Pompeya más que un ateniense joven y noble. ¿Será Glauco el que queréis decir?...

¡Ah!... no me descubráis... Así se llama.

Repantigóse el egipcio en su silla mirando fijamente la cara de la hija del mercader y preguntándose a sí mismo, si aquella conferencia que había tratado hasta entonces con tanta ligereza, entreteniéndose con la crédula vanidad de semejante coqueta, no podría ser útil a su venganza.

—Veo que no podéis servirme —dijo Julia ofendida de tan largo silencio—; pero al menos guardadme el secreto. Quedad con los dioses.

—Joven virgen —dijo el egipcio con tono solemne y grave—; vuestra súplica me ha conmovido y quiero haceros un servicio. Escuchadme; yo no me he dedicado a esos frívolos misterios; pero conozco una persona que lo entiende. Al pie del Vesubio, poco menos de una legua de la ciudad, habita una gran hechicera; se que bajo el funesto rocío de la nueva luna ha cogido los simples que tienen la virtud de encadenar el amor con lazos eternos; su arte, sus hechizos pueden llevar el amante a vuestros pies. Id a buscarla, habladla de mí; ella teme mi nombre y os dará sus filtros más eficaces.

—¡Ah! —respondió Julia—; yo no sé el camino que conduce a su guarida. Por corta que sea la distancia, es larga para una joven que ha salido de su casa sin saberlo

su padre. La campiña está cubierta de viñas silvestres y se encuentran a cada paso cavernas peligrosas. No me atrevo a fiarme de manos extrañas; la reputación de una mujer de mi clase se mancha fácilmente, y aunque no trato de ocultar mi amor a Glauco, no quisiera se supiese que había logrado el suyo por medio de un filtro.

—Si llevase ya tres días más de convalecencia —dijo el egipcio levantándose y dando algunos pasos como para medir sus fuerzas— yo mismo os acompañaría. Mas es preciso que esperéis.

—¡Pero Glauco está para casarse con su napolitana!

—¡Para casarse!

—Sí, a primeros del mes que entra.

—¡Tan pronto! ¿Lo sabéis de cierto?

—Lo sé por su misma esclava.

—No será —dijo el egipcio impetuosamente—; no temáis nada; Glauco será vuestro. Pero cuando ya tengáis esa bebida, ¿cómo haréis para que él la tome?

—Mi padre le ha convidado a comer pasado mañana; creo que irá también la napolitana. Me aprovecharé de esa coyuntura para dársela.

—¡Así sea! —dijo el egipcio—; y tan feroz alegría brilló en su mirada, que los ojos de Julia se bajaron involuntariamente.

—Pues mañana a la tarde pedid vuestra litera; supongo la tenéis.

—Sí por cierto —respondió Julia satisfecha de poder ostentar su opulencia.

—Que pongan vuestra litera. Diréis que vais a dar un paseo a una casa de campo, distante dos leguas de Pompeya, adonde concurren los habitantes de la ciudad por la excelencia de sus baños y la hermosura de sus jardines. Allí me encontraréis muerto o vivo junto a la estatua de Sileno, en el bosquecillo del jardín, y yo mismo os dirigiré a la hechicera. Tendremos que esperar a que se hayan retirado las cabrillas con el lucero vespertino, y a que el sombrío crepúsculo oculte nuestros pasos para que nadie nos vea. Ahora volved a casa y nada temáis. Arbaces, el mago del Egipto, jura por Hades que Ione no se casará nunca con Glauco.

—¿Y qué, será mío? —añadió Julia acabando la incompleta frase.

—Vos lo habéis dicho respondió Arbaces. Y Julia, casi asustada del terrible empeño que acababa de contraer, resolvió cumplirle, más aguijoneada de los celos que de aversión a su rival.

Luego que Arbaces se quedó solo desahogó su corazón en estos términos:

—«Astros brillantes que jamás mentís, ya principiáis a cumplir vuestras promesas. Los triunfos en amor y la victoria sobre mis enemigos marcarán en adelante el curso de mi venturosa existencia. Cuando mi imaginación no descubría ya medio alguno de llegar a mi venganza, me habéis enviado esa enloquecida beldad para que me sirva de instrumento». Detúvose reflexionando profundamente, y después continuó, aunque con voz más tranquila: «Si; yo no hubiera podido darle por mí el veneno que le servirá de filtro; su muerte habría hecho sospechar de mí; pero la hechicera... Sí, *allí* está el agente más natural y más propio para mis designios».

Llamó a un esclavo y le encargó siguiera los pasos de Julia para saber su nombre y su clase, hecho lo cual salió al pórtico el cielo estaba sereno, empero práctico en el conocimiento de las señales precursoras de las mudanzas de tiempo, reconoció el anuncio de una tempestad, por una sola nube sombría que se dejaba ver en el horizonte, y a la que el viento principiaba a agitar.

Miróla y dijo: «Es como mi venganza; el cielo está puro, pero se acerca la nube».

Capítulo IX

Tempestad en el Mediodía.
La caverna de la hechicera.

Luego que comenzaron a debilitarse los ardores del sol de medio día, salieron Glauco e Ione para gozar de la dulce frescura de la tarde. A la sazón usaban los romanos diversos carruajes; el de los ciudadanos ricos, cuando iban solos, era por lo regular el *biga*, descrito ya al principio de esta obra; el de las matronas se llamaba *carpentum*^[75], y solía tener dos ruedas; los antiguos gastaban también una especie de litera ancha, silla de mano, mejor dispuesta que la de los modernos, puesto que la persona que la ocupaba podía tenderse a su gusto en vez de ir traqueteada en una posición perpendicular^[76]. Había otro carruaje de que se hacía uso para viajar o para días de campo; era cómodo, capaz para tres o cuatro personas y con fuelle que se subía o se bajaba; en una palabra, hacia las veces de las calesas modernas (*britska*), aunque de forma diferente. Los amantes, acompañados de una sola esclava, se sirvieron en aquella ocasión de uno de esta especie. A diez millas de la ciudad estaban entonces las ruinas de un templo de arquitectura griega; y como todo lo griego inspiraba particular interés a Glauco e Ione, habían resuelto visitar juntos aquellos antiguos restos.

Pasaron por bosques de viñedos y olivares, hasta que llegando a las zonas más altas del Vesubio vino a ser el camino más escabroso; las mulas subían más despacio y con más trabajo. A cada tortuosidad del bosque descubrían esas oscuras y horribles cavernas talladas en la encendida roca y que han sido descritas por Estrabon, porque las muchas revoluciones del tiempo y del volcán han borrado ya el aspecto actual de la montaña. El sol y la sombra se sucedían en anchas fajas. De trecho en trecho oían también los caramillos rústicos del pastor entre los abedules y las encinas silvestres. A veces distinguían la graciosa forma de la cabra de sedoso pelo y de torcido cuerno, que ramoneando en la falda de los montes recuerda aún en la Ausonia las églogas de Virgilio. La uva que coloreaba ya se veía brillar entre los festones de pámpanos que colgaban de un árbol a otro. Sobre su cabeza corrían ligeras nubes en un cielo sereno, y bogaban en el firmamento tan despacio que parecían inmóviles. A la derecha veían de cuando en cuando el mar sin olas, y las endebles barcas que le surcaban teñidas por los rayos del sol de los innumerables matices propios de aquel delicioso mar.

—¡Qué hermoso nombre es el de *madre*, que damos a la tierra! —dijo Glauco a Ione en voz baja—. ¡Con qué amor tan tierno y tan igual reparte sus dones entre sus hijos! ¡No les niega una sonrisa aun en las estériles regiones a que la Naturaleza ha negado la hermosura! ¡Ve cómo cubre de viñas el calizo y abrasado suelo de ese volcán! En momentos y lugares como estos, es cuando pudiéramos esperar ver la

risueña cara de un fauno salir de en medio de esos follajes o reconocer el ligero paso de la ninfa de las montañas, fugándose por lo más frondoso del bosque. Empero las ninfas han cesado de visitar la tierra desde el día que apareciste tú, hermosa Ione.

No hay labios que lisonjeen más que los de un amante, y sin embargo, la misma lisonja le parece cosa muy vulgar a la exageración de sus sentimientos. (Extraña prodigalidad que se consume a sí propia muy pronto). Dicen que el aprecio que sigue a la pasión hace más feliz que la pasión misma; puede que sea así; las fuentes de la imaginación, de la esperanza y de la ambición que nacen en el mismo manantial, vuelven a su curso primitivo.

El amor es una revolución; no hay en él armonía, no hay orden, y por consiguiente, no hay felicidad fija mientras él dura; pero cuando acaba la revolución, nos admiramos de nuestro pasado delirio; amamos todavía, todavía somos amados, mas ya no estamos *enamorados*. Por lo demás, yo si creo que hay ciertas felicidades imperfectas que valen más que la felicidad perfecta. Quitar al corazón el deseo, es quitar el aire a la Tierra.

Llegaron a las ruinas; las vieron con aquella ternura que inspiran los sagrados vestigios de los lugares en que vivieron nuestros antepasados; allí se quedaron hasta que apareció Héspero^[77] en el rosado cielo; después, al prepararse para regresar al anochecer, estuvieron más silenciosos que antes, porque con la oscuridad y bajo de las estrellas se sentían como abrumados por su mutuo amor.

En aquel momento fue cuando los sorprendió la tempestad predicha por el egipcio. El estrépito lejano del trueno les anuncio la lucha de los elementos que se acercaba; poco tiempo paso sin que las nubes agrupadas sobre su cabeza, fuesen surcadas por el rayo en todos sentidos. Lo repentino de las tempestades en aquel clima tiene algo de sobrenatural, y no es de extrañar que la superstición las atribuya a un poder divino. Anchas gotas de lluvia cayeron al través de las ramas que cubrían el camino; después un relámpago de extraordinario brillo estuvo para cegarlos, y fue seguido de doble oscuridad.

—¡Arrea, *carrucarius*^[78]! —dijo Glauco al cochero—; la tempestad se nos echa encima.

El esclavo arreó a las mulas, que allanaron el camino desigual y pedregoso; entretanto se condensaban las nubes, el trueno se oía cada vez más cerca y el agua caía a torrentes.

—¿Tienes miedo? —dijo Glauco en voz baja a Ione aprovechándose del pretexto de la tempestad para acercarse a ella.

—Cuando estoy a tu lado, no —respondió ella dulcemente.

En aquel momento el carruaje, frágil y mal construido, defecto ordinario en tal época de casi todas las invenciones de este género, a pesar de sus graciosas formas, cayó con violencia en una hondonada profunda, donde había una viga atravesada; el cochero, votando contra el tropiezo, arreó más fuerte a las mulas; pero el resultado fue que se salió una rueda y que el carruaje volcó.

Así que Glauco pudo desembarazarse, corrió en auxilio de Ione, que por fortuna no se había herido. Trabajo les costo levantar la carruca, y reconocieron que no podía ofrecerles guarida. Habiéndose roto los resortes que servían para sujetar el fuelle, caía dentro el agua. ¿Qué hacer en semejante apuro? Distaban bastante de la ciudad y no veían cerca de sí albergue ni socorro.

—A una milla de aquí hay un herrero —dijo el esclavo—; podía yo ir a buscarle para que pusiera la rueda de la carruca. ¡Cómo llueve! Se va a calar mi señora antes que yo vuelva.

—Ve corriendo —dijo Glauco—; nos resguardaremos como podamos mientras tú vuelves.

Estaba el sitio aquel sombreado de árboles y debajo del mayor condujo Glauco a Ione. Quitóse él su manto para protegerla contra la lluvia, pero caía con tal fuerza y abundancia que era inútil semejante defensa. De repente y mientras se esforzaba por animarla, cayó un rayo en uno de los árboles inmediatos y le desgajó completamente. Tan terrible espectáculo le hizo conocer el riesgo que corrían en el albergue que habían escogido, y miró inquieto alrededor para ver si descubría un asilo menos peligroso.

Ahora estamos —dijo— casi a la mitad de la altura del Vesubio. Es imposible que no haya alguna caverna, algún hueco en esas rocas cubiertas de viñedo, retiro abandonado por las ninfas. ¡Si pudiésemos encontrarle!

Al decir esto se alejó un poco de los árboles, y echando una mirada ansiosa sobre la montaña descubrió en la oscuridad, siempre creciente, una luz rojiza y trémula, que no parecía muy lejana.

—Esa luz continuó —es sin duda de la choza de algún pastor o de un guardaviñas; servirá para guiarnos adonde podamos guarecernos. ¿Quieres esperar aquí mientras yo...?, ¡no, no... sería dejarte expuesta al peligro!

—Iré gustosa contigo —dijo Ione—; aunque ese trecho esté descubierto y me cale la lluvia, es mejor que el pérfido abrigo de estos arboles.

Medio conduciendo y medio llevando a Ione, se dirigió Glauco hacía la luz, seguido de la asustada esclava. Parras silvestres y otras plantas y arbustos les impedían el paso y les ocultaba a veces la luz que tomaban por guía. Entretanto redoblaba la lluvia y se veían relámpagos de la forma más horrible y peligrosa. Sin embargo, prosiguieron su camino confiando en que si aquella luz engañaba su esperanza, llegarían a alguna otra choza o caverna protectora. Cada vez se intricaba más el camino; perdieron de vista la luz; mas continuaron en dirección suya por un sendero estrecho, alumbrado solo por el fulgor de los relámpagos. Cesó de pronto la lluvia, se encontraron en medio de terrenos escabrosos formados por la lava y más horribles a la luz del rayo que alumbraba aquel suelo sombrío y peligroso. A veces el fuego del cielo caía lentamente sobre masas de horruras de hierro cubiertas en parte de antiguo musgo, y en medio de endebles árboles como si hubiera buscado en vano alguna producción de la tierra más digna de su cólera; a veces dejando a oscuras todo

aquel paisaje, brillaban grandes relámpagos sobre el Océano cuyas olas parecían inflamarse, y era tan vivo su resplandor, que dejaba ver claramente los más lejanos recodos de la bahía desde el eterno Miseno hasta la hermosa Sorrento y las gigantescas montañas que la cubren.

Paráronse nuestros amantes, inquietos e indecisos, cuando de repente, en uno de los intervalos de oscuridad que dejaban los relámpagos, vieron la misteriosa luz a corta distancia, pero a gran altura. Un nuevo relámpago que encendió al parecer el cielo y la tierra, les permitió examinar todos sus alrededores. No había casa; mas en el paraje mismo donde habían visto la luz creyeron distinguir, a la entrada de una caverna, los contornos de una figura humana. Volvió la oscuridad; tornóse a ver la luz que no eclipsaba ya el fuego del cielo; resolvieron subir hasta ella; al efecto, era preciso abrirse paso por medio de rocas cubiertas de zarzas silvestres, pero iban acercándose cada vez más a la luz, y al cabo se hallaron a la boca de una especie de caverna, que parecía haber sido formada por grandes piedras, caídas unas al través de las otras. Habiendo echado una mirada al interior, ambos retrocedieron involuntariamente sobrecogidos de un terror y de un calofrío supersticiosos.

Había fuego en el fondo de la gruta, y una caldera puesta en él. Se veía una lámpara grosera sobre una barreta de hierro. De la parte de la pared en que estaba el fuego pendían, como para secarse, una porción de manojos de hierbas. Un zorro echado delante del hogar fijó sobre los extranjeros sus encendidos y brillantes ojos; erizóse su pelo y se oyó entre sus dientes un sordo murmullo. En el centro de la cueva había una estatua de barro con tres cabezas de forma singular y fantástica; eran verdaderos cráneos, uno de un perro, otro de un caballo y el tercero de un jabalí; un trípode poco elevado había delante de la popular imagen de Hécate.

Mas no fueron los muebles de la caverna los que helaron la sangre de nuestros amantes, sino la figura de la ama de casa. Era una vieja, sentada al fuego, cuya luz alumbraba de lleno sus facciones. Quizá no hay en el mundo país donde se encuentren tantas viejas feas como en Italia, donde la belleza cambie más con la edad, hasta el extremo de hacerse horrible y repugnante. Pero la mujer que se presentaba a sus ojos no era uno de esos modelos de fealdad humana en todo su exceso; por el contrario, su fisonomía ofrecía restos de facciones nobles, regulares y aguileñas; por lo demás, sus inmóviles ojos dirigieron a los recién venidos una mirada que encontró y fascinó la de ellos; y esta mirada era exactamente la de un muerto. No tenía animación ni brillo, al paso que los azulados y sumidos labios de la vieja, sus hundidas mejillas, sus canosos cabellos, su tez lívida verde y sin señal alguna de vida, todo parecía indicar una habitante del sepulcro.

—¡Es una cosa muerta! —observó Glauco.

—No..., que se mueve... es un fantasma o una larva —dijo Ione con voz trémula y estrechándose contra el seno del ateniense.

—¡Oh!, ¡afuera, huyamos! —gritó la esclava gimiendo—, es la bruja del Vesubio.

—¿Quién sois y qué hacéis aquí? —dijo una voz hueca y chillona.

Aquel sonido terrible, sepulcral, tan propio de la figura que le producía y que semejaba la voz de alguna sombra venida de las orillas de la Estigia, hubiera bastado para que Ione desafiara todo el furor de la tempestad; mas Glauco la llevó a la cueva aunque no las tenía todas consigo.

—Somos habitantes —dijo— de la ciudad próxima, a quienes ha sorprendido la lluvia, y guiados hacia aquí por la luz que distinguíamos a lo lejos, os pedimos albergue en vuestro hogar.

Mientras hablaba así levantóse el zorro y se acercó a los extranjeros, enfilando sus blancos dientes y aumentando con gañidos lo amenazador de su postura.

—¡Echate, esclavo! —dijo la bruja; y a su voz en un instante volvió el animal a su puesto, tapándose el hocico con la cola y conservando los vigilantes ojos, fijos en los que habían ido a turbar su reposo.

—Acercaos al fuego si queréis —continuó la bruja dirigiéndose a Glauco y a su compañera—; aquí nunca convido a ningún viviente, a no ser al búho, al zorro, al sapo y a la víbora; no os doy, pues, la bienvenida; sin embargo, venid... ¿a qué hemos de gastar cumplimientos?

El lenguaje en que les hablaba era un latín extraño y bárbaro, mezclado con expresiones de otro dialecto más grosero y más antiguo. No se movió de su sitio, pero siguió mirándolos fijamente, mientras Glauco despojaba a Ione de sus vestidos exteriores. Luego que la hubo acomodado en un madero, único asiento que halló a mano, se puso a soplar los restos del fuego que se estaba apagando. Alentada la esclava por el animo que mostraban sus amos, se quitó también su larga *palla* (especie de capa), y se colocó tímidamente al otro extremo del hogar.

—Temo que os incomodemos —dijo Ione con su argentina voz como para granjearse su benevolencia.

La bruja no respondió. Parecía una persona que hubiese despertado un momento para recaer al punto en un eterno sueño.

—Decidme —preguntó de repente después de un largo silencio—; ¿sois hermanos?

—¡No! —dijo Ione ruborizándose.

—¿Sois marido y mujer?

—Tampoco —respondió Glauco.

—¡Oh! ¡Sois amantes!... ¡Já, já, já! —dijo la bruja, y se echó a reír con tan honda y larga carcajada, que hizo resonar la caverna.

Tan extraño acceso de alegría heló el corazón de Ione. Pronunció Glauco en voz baja un conjuro contra el hechizo, y la esclava se puso tan pálida como la bruja.

—¿De qué te ríes tanto vejestorio? —dijo Glauco incomodado, luego que acabó su invocación.

—¿Me he reído? —preguntó la maga con aire distraído.

—Chochea —observó Glauco en voz baja; y al decirlo encontró los ojos de la bruja fijando sobre él una mirada llena de fuego y de malicia.

—Mientes —dijo ella de pronto.

—Tú no eres hospitalaria —repuso Glauco.

—Silencio, no la irrites, mi querido Glauco —le dijo Ione al oído.

—Voy a deciros por qué me he reído cuando he descubierto que érais amantes —dijo la vieja—; porque gusta a los viejos contemplar corazones jóvenes como los vuestros y saber que llegará tiempo en que os aborreceréis... ¡Sí, os aborreceréis!... ¡Já, já, já!

Esta vez le tocó a Ione rezar contra la ominosa profecía.

—*Dii, avertite orne*. ¡Los dioses nos libren! —dijo ella—; sin embargo, parece, pobre mujer, que entiendes poco de amor, porque si no, sabrías que nunca cambia.

—¿No reflexionáis que también he sido yo joven un día —replicó vivamente la bruja—, y ahora soy vieja, horrible, sepulcral? Pues como se ha vuelto la figura, se ha vuelto el corazón.

Al pronunciar estas palabras recayó en un silencio tan profundo y terrible cual si hubiera cesado de vivir.

—¿Hace mucho que habitas aquí? —preguntó al fin Glauco, solo para interrumpir tan insoportable silencio.

¡Oh!, ¡sí!, ¡mucho tiempo!

—Es habitación triste.

—Razón tienes para decir que es triste; a nuestros pies está el infierno respondió la bruja señalando a tierra con su descarnado dedo; y voy a decirte un secreto: los seres tenebrosos de ahí bajo os guardan rencor a vosotros tan jóvenes, tan imprevisores, tan hermosos.

—Sueltas malas palabras que son contrarias a la hospitalidad —dijo Glauco—, y otra vez aguantare la tempestad antes que volver aquí.

Harás bien. Ninguno más que los desgraciados debieran venir a verme.

—Y los desgraciados, ¿por que? —preguntó el ateniense.

—Soy la Maga de la Montaña —replicó la vieja con horrible sonrisa—; mi profesión se reduce a dar esperanzas a los que las han perdido; tengo filtros para los desdichados en amor; para los avaros, promesas de tesoros; para los malos, brebajes de venganza; para los felices y los buenos solo tengo lo que tiene la vida... ¡maldiciones! No me importunes más.

Después de esto guardó tan terco silencio la terrible habitante de la caverna, que fueron vanos los esfuerzos de Glauco para anudar la conversación. Ni había siquiera una alteración en sus rígidas facciones, que indicase escuchar lo que le decían. Por fortuna la tempestad fue tan corta como violenta; ya disminuía su fuerza, cesaba la lluvia por grados, y habiéndose abierto al fin las nubes, mostróse la Luna en el oscuro azul del cielo, esparciendo una viva luz en aquella triste morada.

Quizá nunca había alumbrado grupo más digno de ejercitar el arte del pintor; la joven, la hermosa Ione, sentada cerca de aquel grosero hogar; su amante, que parecía olvidar hasta la presencia de la hechicera, estaba a sus pies con los ojos fijos en los de

ella, y repitiéndola a media voz palabras llenas de dulzura; la esclava, pálida y asustada, se mantenía a alguna distancia, mientras los contemplaba la vieja con siniestra mirada. Con todo, aquellos dos seres tan hermosos, al parecer, se hallaban tranquilos. ¡Tan grande es el poder de un amor correspondido! Cualquiera los habría tomado por criaturas de una esfera superior, visitando aquella cueva profana. El zorro los miraba desde su rincón con los ojos vivos y brillantes, y habiéndose vuelto Glauco hacia la hechicera, descubrió entonces, por primera vez, debajo de su asiento, los relumbrantes ojos y coronada cabeza de una enorme serpiente; y sea que los vivos colores del manto del ateniense que cubría los hombros de Ione excitasen su cólera, sea por otra cualquiera causa, se coloreó su cresta, se hinchó con aire de amenaza y pareció que iba a lanzarse sobre la napolitana. Cogió Glauco al punto un tizón, en tanto que la serpiente enfurecida al parecer por aquel ademán, salió de su sitio, y dando un gran silbido se irguió en términos que se puso casi a la altura del griego.

—¡Bruja! —exclamó Glauco—; aquieta ese animal o le mato.

—No tiene ya veneno —dijo la hechicera vuelta en sí por esta amenaza; pero no había acabado de hablar, cuando la serpiente se había tirado ya a Glauco. Ágil y prevenido se ladeó y descargó tan terrible golpe en la cabeza del reptil, que cayó moribundo en la ceniza del hogar.

Saltó la hechicera de su asiento y se puso frente de Glauco, con una cara que hubiera podido cuadrar a la más cruel de las Furias, según la malicia y la cólera de su expresión.

Al mismo tiempo con una voz reposada y firme, que por su calma contrastaba con la ira que se veía en su rostro, dijo:

—Has hallado asilo bajo mi techo y te has calentado a mi hogar; has devuelto mal por bien; has herido y acaso muerto al ser que me amaba y era mío; a la criatura más ofrecida a los dioses y venerada de los hombres^[79]. Escucha ahora cuál será tu castigo: ¡Por la luna protectora de la hechicera, por Orco, que es el depositario de la cólera, te maldigo y quedas maldito! ¡Ojalá te venda tu querida, se envilezca tu nombre y te cojan los espíritus del mal; se seque y arda tu corazón, y oigas en tu última hora la profética voz de la Saga del Vesubio! Y tú... —añadió volviéndose vivamente a Ione y levantando el brazo derecho; pero Glauco la interrumpió exclamando:

—¡Detente, bruja! me has maldecido a mí, y yo me abandono a los dioses; me río de ti, te desprecio; mas si hablas contra esa joven, convertiré tu primera palabra en un estertor de muerte... ¡Guárdate!...

—He concluido —replicó la hechicera con una carcajada salvaje—; porque a tu suerte maldita va unida la de la mujer que te ama; suerte tanto más asegurada, cuanto que he oído de su boca tu nombre y ya sé cómo designarte a los demonios. ¡Maldito seas, Glauco!

Al decir esto, apartó sus ojos del ateniense, arrodillándose al lado de su herida amiga, la sacó de la ceniza, y no volvió a ocuparse más de sus huéspedes.

—¡Oh! Glauco —dijo Ione asustada—; ¿qué hemos hecho? Démonos prisa a huir de aquí; la tempestad ha cesado. Buena mujer, perdonadle, retractad vuestras palabras; no era su intención otra que defenderse. Aceptad esta satisfacción y desdecíos; y bajándose, puso su bolsa en la falda de la hechicera.

—Andad —dijo ella con amargura— andad; solo las Parcas pueden deshacer la maldición ya echada... ¡Marchaos!

—Ven, querida mía —repuso Glauco con impaciencia—; ¿piensas que los dioses del Cielo o de los infiernos se curan de la impotente cólera de una vieja chocha?... ¡Ven!

Los ecos de la caverna repitieron mucho tiempo la risa de la maga, que no se dignó darles otra respuesta.

Los amantes respiraron más fácilmente cuando se hallaron al aire libre; pero la escena que acababan de presenciar, los discursos y las carcajadas de la bruja, produjeron en Ione tal impresión, que el mismo Glauco participó de ella. La tempestad había cesado; no se oía más que zumbiar a lo lejos el trueno de cuando en cuando, o bien daba un relámpago a veces para eclipsar la luz de la Luna. Algún trabajo les costó volver al camino; al llegar encontraron su carruaje ya compuesto y apto para continuar, y al cochero votando a Hércules que le dijera qué se había hecho de sus amos.

En vano se esforzó Glauco por distraer a Ione; no consiguió siquiera tranquilizar él su espíritu. Luego llegaron a la puerta de la ciudad. Al abrírsela, vieron una litera llevada por esclavos, que les impedía el paso.

—¡No se sale! —gritó el centinela a la persona que la ocupaba.

—Esa consigna no habla conmigo —respondió una voz que oyeron los amantes sobresaltados; demasiado la conocían—. Voy —añadió— a la casa de campo de Marco Polibio. Pronto vuelvo. Soy Arbaces el egipcio.

Este nombre disipó los escrúpulos del centinela, y la litera pasó junto al carruaje en que iban los amantes.

—¡Arbaces a estas horas!... convaleciente aún, me parece. ¿Adónde irá? ¿Qué motivo le hará salir de la ciudad?

—¡Ay de mí! —respondió Ione deshecha en lágrimas—; mi alma cada vez prevé más cercana una desgracia. Libradnos, ¡oh, dioses!, o al menos —añadió en voz baja— librad a mi Glauco.

Capítulo X

El señor del cinturón de fuego su confidente.
El destino escribe su profecía en letras rojas, pero ¿quién la
leerá?

Arbaces solo había esperado a que el fin de la tempestad le permitiera ir a ver, en las sombras de la noche, a la maga del Vesubio. Conducido por sus más fieles esclavos, por aquellos de quienes acostumbraba a fiarse en sus secretas expediciones, iba acostado en su litera dado al dulce pensamiento de que se acercaba el instante en que iba a asegurar su venganza y satisfacer su amor.

Andando los esclavos, en tan corto viaje, casi tan de prisa como las mulas, no tardó en llegar a la entrada de un sendero que no tuvieron los amantes la suerte de descubrir, pero que, costeano las viñas, llevaba derecho a la habitación de la hechicera.

Hizo allí parar a sus esclavos mandándoles se ocultasen con la litera en las viñas para que nadie los viese por una casualidad, y con paso débil, apoyándose en un largo bastón, subió la pesada cuesta.

Ni una gota de agua caía del sereno cielo; pero la que escurrían las hojas de los árboles formaba aguazales en los huecos de las piedras y en las desigualdades del terreno.

—Extrañas pasiones para un filósofo —dijo entre sí Arbaces— las que me hacen levantar del lecho del dolor, a mí, acostumbrado, aun estando bueno, a todos los goces del lujo para andar de noche por caminos semejantes... pero cuando marchan a su triunfo la Pasión y la Venganza pueden cambiar el Tártaro en Elíseo.

La Luna, alta, clara y melancólica, alumbraba al viajero, el cual vio delante de sí la misma luz que guio los pasos de los dos amantes, destinados por él a ser víctimas suyas; entonces parecía menos viva y menos rojiza, porque ya no resaltaba con lo sombrío de las nubes.

Detúvose para respirar, al acercarse a la entrada de la caverna, y después traspasó el impío umbral con aquel aire tranquilo y majestuoso que le era tan propio.

Levantóse al punto el zorro al ver el recién llegado, y con un largo aullido anunció a su señora otra visita.

La hechicera había vuelto a su lugar, y en su rostro reinaba de nuevo la siniestra calma de la tumba. La serpiente yacía herida a sus pies, sobre una cama de hierbas secas; pero la penetrante mirada del egipcio vio que brillaban sus escamas a la luz del fuego, y que el reptil se retorció, alargando y encogiéndose alternativamente su enroscado cuerpo en señal de su dolor y de su cólera engañada.

—Echate, esclavo, —dijo la hechicera como antes al zorro, y este volvió a

tenderse como antes, mudo, pero vigilante.

—Levántate, servidora de la Noche y del Erebo —dijo Arbaces con tono de autoridad—; el maestro en tu arte te saluda; levántate para recibirle.

A estas palabras dirigió la maga sus ojos a la elevada estatura y sombrías facciones del egipcio. Le miró de hito en hito largo rato, mientras que él estaba con su traje oriental cruzado de brazos y con la frente erguida y altanera.

—¿Quién eres tú —interpeló ella al cabo—, que te supones más versado en el arte de la magia que la Saga de los campos Phlegreos, último vástago de la raza de los Etruscos^[80]?

—Soy —respondió Arbaces— aquel a quien han pedido lecciones humildemente todos los que la cultivan desde el Norte al Mediodía, desde el Oriente al Occidente, desde el Ganges al Nilo, desde los valles de la Tesalia hasta las márgenes del dorado Tíber.

—Solo hay un hombre de esta clase en estos contornos —respondió la hechicera—; el conocido por Arbaces el egipcio entre los habitantes del mundo material, que ignoran sus más sublimes atributos y los más justos títulos de su fama. Para nosotros que somos de más elevada naturaleza y poseemos conocimientos más profundos, su verdadero nombre es *Hermes, el del cinturón de fuego*.

—Mírame bien —repuso Arbaces—; yo soy ese hombre.

Al acabar estas palabras entreabrió su túnica y descubrió un ceñidor como de fuego, cuyas llamas se pegaban a su talle, y que estaba sujeto con un broche en que había grabado un signo, al parecer vago e ininteligible, pero que sin duda era conocido de la hechicera. Levantóse esta de pronto y se echó a los pies de Arbaces.

—¡Conque he visto —dijo en la voz más humilde— al Señor del poderoso cinturón! ¡Dígnese acoger mi rendido homenaje!

—Alza —dijo el egipcio—; te necesito.

Al hablar así, se puso en el mismo madero donde Ione reposara hacía poco, e indicó a la bruja que se sentara.

—Dices —continuó, que descienes de las antiguas tribus etruscas, cuyas ciudades rodeaban ciclópeos muros, que aun hoy miran con desdén la raza de los usurpadores de su antiguo reino. Parte de esas tribus han venido de Grecia y otras se componen de proscritos de un clima más abrasador, de una tierra más antigua. En ambos casos eres de origen egipcio, porque los señores griegos de los ilotas aborígenes fueron de los turbulentos hijos que el Nilo había desterrado de sus orillas. De consiguiente, descienes de antepasados que fueron súbditos de los míos y debes a Arbaces obediencia por tu raza y por tus conocimientos; escúchame, pues, y obedece.

La hechicera bajó la cabeza.

—Cualquiera que sea la extensión de nuestra ciencia en materia de sortilegios —continuó Arbaces, tenemos que recurrir muchas veces a los medios naturales para llegar a nuestro fin. Ni los círculos^[81], ni el cristal^[82], ni los fresnos^[83], ni las

plantas^[84], nos dan pronósticos enteramente ciertos; aun los más sublimes misterios de la Luna no eximen al que los posee de tener que apelar a veces a medidas humanas para un fin humano. Escucha bien lo que voy a decirte: Te creo inteligente en las propiedades de las hierbas venenosas; conoces las que paran el curso de la vida, las que queman y consumen el alma, la obligan a salir de su cárcel o bien hielan la sangre joven de tal modo que no la puede derretir ningún sol. ¿Presumo demasiado de tu ciencia? Responde con franqueza.

—Poderoso Hermes; esa es precisamente mi habilidad. Dígnate mirar estas facciones lívidas; solo han perdido los colores de la vida, respirando sin cesar los vapores de las hierbas deletéreas que cuecen en esa caldera.

Alejóse el egipcio maquinalmente de tan insalubre vecindad.

—Está bien —contestó—; ya sabes la máxima de la profunda sabiduría que dice: «desprecia el cuerpo por ilustrar el alma». Mira lo que tienes que hacer: Mañana, cuando brillen las estrellas en el cielo, vendrá a visitarte una virgen llena de vanidad, que te pedirá un filtro para apartar de otra unos ojos que quisiera ver fijos en sí; en lugar de filtro, es menester que la des un veneno de los más activos. Es menester que el amante suspire únicamente por las Sombras.

La bruja tembló de pies a cabeza.

—¡Oh! perdonad, señor terrible —dijo con voz alterada—; eso es a lo que no me atrevo. En estas ciudades la ley es severa y vigilante; me prenderán y matarán.

—Pues entonces, ¿de qué te sirven tus hierbas y tus brebajes, miserable bruja? —dijo Arbaces con aire burlón.

Tapóse la hechicera con las manos su detestable cara.

—¡Oh! unos cuantos años ha, no era yo lo que ahora —dijo con voz tan diferente de la habitual, que hasta era dulce y lastimera—. Yo amaba y me creía amada...

—¿Y qué tiene que ver tu amor con lo que yo te mando? —interrumpió Arbaces con impetuosidad.

—Paciencia —replicó la hechicera—; os lo suplico. Yo amaba... Otra menos hermosa que yo... ¡sí, lo juro por Némesis! menos hermosa era, sedujo al hombre de mi elección. Pertenecía yo a aquella tenebrosa tribu de la Etruria que mejor conoce los secretos de la nigromancia. Mi misma madre era Saga; acompañó en el furor a su hija; recibí de su mano la bebida que debía restituirme el corazón de mi amante y el veneno que matase a mi rival. ¡Oh, desplomaos sobre mi, horribles paredes! Mi mano trémula cambió los filtros; mi amante cayó en efecto a mis pies... ¡pero muerto!, ¡muerto! Desde entonces, ¿qué ha sido la vida para mí? Envejecí de repente; me consagré a los sortilegios de mi raza; por un impulso irresistible me estoy imponiendo una dura penitencia; sigo cogiendo las plantas más dañosas y les quito el veneno. Siempre se me figura que se lo doy a una rival aborrecida; le echo en la redoma; me persuado que va a quitarle la hermosura; al cabo despierto y veo el cuerpo trémulo, la boca espumosa y los ojos muertos de mi Aulo asesinado... y por mi.

Terribles convulsiones agitaron el descarnado cuerpo de la hechicera. Arbaces la

contemplaba a la vez con curiosidad y desdén.

—Y ¿es posible —dijo para sí—, que también ese ser degradado tenga emociones humanas? ¡También se esconde entre las cenizas de su corazón el mismo fuego que consume a Arbaces! ¡Conque somos todos lo mismo! Las pasiones son un vínculo místico que une a los hombres más grandes y a los más pequeños.

Él no contestó hasta que la vio un poco tranquila.

Se cuneaba ella en su asiento y tenía los ojos fijos en el fuego del hogar, mientras anchas lágrimas corrían por sus lívidas mejillas.

—Convengo en que es triste tu historia —dijo Arbaces—; pero tales afectos son solo de la juventud; la edad debe endurecer nuestras almas para todo lo que no sea nosotros mismos. Así como cada año que pasa añade una nueva concha a los crustáceos, así cada año debe rodear nuestro corazón de un nuevo baluarte. No pienses ya más en esas locuras, y ahora escúchame. ¡En nombre de esa venganza que te fue tan querida, te mando que me obedezcas! ¡También es para un acto de venganza para lo que te invoco! Ese joven del cual quiero desembarazar mi camino me ha ultrajado, a despecho de mi arte. Ese muñeco cubierto de púrpura y de bordados, con sus sonrisas, con sus miradas, sin alma y sin juicio, sin otro encanto que el de la hermosura. ¡Maldito sea ese insecto, ese Glauco... morirá! ¡Lo juro por Orco y por Némesis!

Recorría el egipcio a largos pasos la lúgubre caverna, enfurecido a cada palabra que soltaba, olvidando su debilidad, al ente raro que le oía, y todo cuanto le rodeaba.

—¿Glauco has dicho, señor? —exclamó la hechicera de pronto; y brillaron sus ojos con desusado fuego al oír pronunciar este nombre, que la recordaba un ultraje que era doble sensible por la soledad en que vivía.

—Sí, así se llama; pero ¿qué importa el nombre? Es preciso que antes de tres días, ya no pertenezca a un vivo.

—¡Óyeme —dijo la hechicera saliendo de una breve cavilación en que estaba después de las últimas palabras del egipcio—; soy tu hechura y tu esclava; perdóname! si doy a la joven de que hablas con que acabar la vida de Glauco, me descubrirán de fijo; los muertos siempre encuentran vengadores. Más diré, hombre terrible: ¡Si se sabe que has venido a verme, si es conocido tu odio a Glauco, necesitarás de la magia más eficaz para defenderte a ti mismo!

—¡Ah! —dijo Arbaces parándose de repente, porque con aquella ceguedad que acompaña a las grandes pasiones, aun en los hombres más perspicaces, no había pensado hasta entonces los riesgos a que le exponía semejante venganza.

—Pero —prosiguió la hechicera—, si en lugar de una bebida que suspenda la circulación de la sangre le doy otra que le trastorne la cabeza, que incapacite al que la tome de desempeñar las funciones ordinarias de la vida, que le convierta en un ser abyecto privado de juicio, ¿no se saciará igualmente tu venganza y habrás conseguido tu fin?

—¡Oh, gran maga! no ya servidora, sino hermana, compañera de Arbaces;

¡cuánto más ingenioso es el talento de la mujer que el del hombre cuando se trata de venganza! En efecto, semejante destino es mucho más cruel que la muerte.

—Además —continuó la hechicera gozándose en la idea de su cruel propósito—, esto no trae compromiso, porque nuestra víctima puede perder la razón por mil causas impenetrables a los hombres: haber estado en las viñas y visto una ninfa^[85]..., que el vino es el responsable de ello..., ¡ja, ja!, o, si lo prefieren, pueden investigar él las infinitas razones que inducen a los dioses a hacernos perder la razón. Y aún suponiendo que se descubriese lo peor, es decir, que todo fuese debido a haber tomado un filtro de amor... ¡Bien, todo el mundo sabe que la locura suele ser un efecto que puede derivarse de un bebedizo, lo cual rondaría en beneficio de la bella que se lo administró, que sería tratada con indulgencia y hasta con comprensión! Dime, poderoso Hermes, ¿estás satisfecho de mi ocurrencia?

—Con esto se prolongará tu pacto veinte años —respondió Arbaces—; yo renovaré la época de tu suerte en la faz de las pálidas estrellas; no habrá servido de balde al señor del Cinturón de Fuego. Mira, Saga, toma estos útiles dorados para hacerte un escondrijo más cómodo en esta triste caverna; un servicio de Arbaces debe valerte más que mil predicaciones hechas a los atónitos ciudadanos con el auxilio de la criba y de las tijeras.

Al decir esto echó en tierra una bolsa bien provista que resonó melodiosamente al oído de la hechicera, a quien gustaba saber que tenía el medio de procurarse aquellas mismas dulzuras de la vida que despreciaba en realidad.

—Adiós —dijo Arbaces. No te olvides de consultar con las estrellas y preparar tu pócima ni de comunicar a tus *hermanas de los nogales*^[86] de Benevento, que tu dueño y amigo es Hermes, el egipcio. Nos veremos de nuevo mañana por la noche.

No se detuvo a esperar la despedida y las gracias de la hechicera; guiado por la luz de la luna, bajó de prisa la montaña.

La vieja, que le había seguido hasta la puerta, se quedó largo rato a la entrada de la caverna con los ojos fijos en el huésped que se alejaba, y al caer los rayos de la luna sobre su flaco cuerpo y su cara sepulcral, de pie, en medio de las rocas, parecía un habitante del sombrío Orco que llamaba en vano a un compañero de magia que huía de su triste morada. Volviendo luego a la caverna, recogió la pesada bolsa; dando un suspiro, tomó la lámpara y entrándose en lo más recóndito de su cuarto, encontró un pasadizo oscuro y en declive que no se veía hasta muy cerca de él, porque le ocultaban las rocas puntiagudas y salientes. Estuvo bajando un rato por aquel sendero que parecía deber conducirla a las entrañas de la tierra, y levantando un pedrusco, depositó su tesoro en un agujero donde la luz de la lámpara dejó ver otras monedas de diferentes valores que estaban allí guardadas, y que le granjeó la credulidad o la gratitud de los que la habían visitado.

—Gozo en miraros —dijo contemplando aquel dinero—, porque cuando os veo conozco que realmente soy poderosa, ¡y ya tendré veinte años más para aumentar mi tesoro! ¡Oh, gran Hermes!

Tornó a poner la piedra y siguió andando; después se detuvo junto a una quebradura irregular del suelo. Y como se inclinase hacia él, oyó sonidos extraños, semejantes a un trueno sordo, lejano y prolongado, a los que se unía de tiempo en tiempo un ruido fuerte, que a nada se puede comparar mejor que al producido por el acero cuando lo pasan por la piedra de afilar; al mismo tiempo salió de la hendidura un humo negro y espeso, que fue en espiral a la caverna.

—Las sombras andan más revueltas de lo que acostumbran —dijo la bruja sacudiendo sus cabellos grises.

Y mirando después por el agujero, vio en el fondo como un reguero de luz viva, pero amarillenta.

—Es extraño —continuó retrocediendo—; solo hace dos días que se ve esa luz tan profunda y tan triste. ¿Qué querrá decir?

El zorro, que había seguido los pasos de su terrible ama, lanzó un lúgubre aullido y corrió precipitadamente a la caverna. Estremeciéndose la hechicera con aquel grito del animal, que aunque no debía atribuirse a causa alguna particular, se consideraba de muy mal agüero entre los supersticiosos de entonces. Pronunció el hechizo con que pensaba apaciguarle y regresó con paso trémulo a la caverna, donde rodeada de hierbas y de encantos se puso a ejecutar las órdenes del egipcio.

—Ha creído que yo chocheaba —dijo viendo elevarse el humo de la caldera hirviente—; cuando se mueven las quijadas, cuando se caen los dientes, cuando el corazón ya no late, triste cosa es chochear; pero, —añadió con sonrisa salvaje y triunfadora—: volverse de repente estúpido el joven, el hermoso y el fuerte, ¡ah!, ¡eso sí que es terrible! ¡¡Llamas, arded: hierbas, coced; sapos, escupid; le he maldecido, y maldito será!!

Aquella misma noche y a la hora de la sacrílega entrevista de Arbaces y la Saga, fue bautizado Apecides.

Capítulo XI

Siguen los acontecimientos.

Anúdase la intriga.

Se urde la trama, pero el hilo cambia de mano.

—¿Y tendréis valor, Julia, para ir esta tarde a buscar a la bruja del Vesubio y en compañía de ese hombre terrible?

—Pues qué, Nydia —respondió aquella con sencillez—; ¿crees tú de veras que hay en eso algo de temible? Esas viejas hechiceras con sus espejos encantados y sus simples, cogidos a la luz de la Luna, no son, a mi juicio, más que embusteras astutas, que quizá solo conocen el hechizo que yo voy a pedir y deben a la virtud de las hierbas del campo. ¿Qué riesgo puedo correr?

—Pero ¿no teméis a vuestro compañero?

—¿A quién, a Arbaces? ¡Por Diana! ¡Nunca vi amante más cortés que ese mago; si no fuera tan moreno, hasta sería hermoso!

A pesar de ser Nydia ciega, tenía bastante penetración para comprender que no era Julia capaz de asustarse de la galantería de Arbaces. No trató, pues, de disuadirla de su proyecto; pero continuó alimentando en su corazón el deseo, cada vez más vivo, de saber si en efecto alcanzaba la virtud de la magia a que un amor fuese correspondido.

—Permitid que os acompañe, noble Julia -dijo por fin—; sé que mi presencia no os servirá de escudo; pero deseo estar con vos hasta el último instante.

—Mucho me agrada tu oferta —respondió la hija de Diomedes— mas ¿cómo lo hemos de arreglar? Acaso será tarde cuando volvamos y podrán notar tu ausencia.

—Ione es indulgente —respondió Nydia—; si queréis permitir que duerma en vuestra casa, diré que como patrona y amiga mía de otro tiempo me habéis invitado a pasar la noche con vos para que os cantase una canción tesaliana. Su cortesía no os rehusará tan ligero favor.

—No; pídesele de tu parte —dijo la altiva Julia—; yo no me bajaré a implorarlo de la napolitana.

—Pues bien, yo lo haré; os dejo ahora para solicitar mi licencia, que estoy segura será otorgada sin dificultad, y volveré cuanto antes.

—Hazlo así, y encontrarás tu cama puesta en mi propio cuarto.

Nydia dejó a la hermosa pompeyana, y volviendo a casa de Ione encontró el carro de Glauco, cuyos gallardos y retozones caballos eran la admiración de cuantos pasaban.

Se dignó pararse un momento para hablar a la ramilletera.

—Estás tan fresca como tus rosas, dulce Nydia mía; y tu señora, ¿buena?

Supongo se habrá repuesto del mal rato de la tempestad.

—No la he visto aún esta mañana —respondió Nydia—; pero...

—¿Pero qué? Apártate un poco, que estás muy cerca de los caballos.

—¿Creéis me permitirá pasar el día en casa de Julia, la hija de Diomedes? Ella lo desea y ha sido muy buena para mí cuando yo tenía pocos amigos.

—¡Bendigan los dioses tu agradecido corazón! —Yo te respondo del permiso de Ione.

—¿Conque podré pasar allí la noche y volver mañana? —continuo la niña, avergonzándose de un elogio que tan poco merecía.

—Como queráis tú y tu bella Julia. Dale expresiones mías, y escucha cuando la oigas hablar; observa bien la diferencia que hay entre su voz y la voz argentina de Ione. Adiós.

Repuesto enteramente de la agitación del día anterior, sus rizados cabellos flotaban al viento, latía su corazón a cada arranque de sus corceles parthos; lleno de juventud y de amor, verdadero tipo del dios de su patria, corrió a casa de su amada.

*Gozad mientras podéis de lo presente;
¿quién puede leer el libro del destino?*

Avanzada iba la tarde cuando Julia, oculta en su litera bastante ancha para que cupiese también su compañera ciega, tomó el camino de los baños extramuros, indicado por Arbaces. Tan frívolo era naturalmente su carácter, que pudo menos el miedo de su empresa que la agradable emoción de la curiosidad; pero sobre todo, se regocijaba con la idea de su próximo triunfo de la odiosa napolitana.

Había a la puerta de la casa un grupo de pocas personas, pero de buen humor, cuando pasó la litera dirigiéndose a la entrada de los baños de mujeres.

—A pesar de la poca luz dijo uno de ellos, me parece haber reconocido los esclavos de Diomedes.

—Es verdad, Clodio —contestó Salustio—; será la litera de su hija Julia; es rica, amigo mío; ¿por qué no le haces la corte?

—Yo pensé que Glauco se casaba con ella; que no trata de ocultar el cariño que le tiene, y luego él juega con nobleza y con desgracia...

—Sus sextercios hubieran pasado a ti. ¿No es eso, Clodio? Preciso es convenir en que la mujer es una buena cosa cuando es de otro.

—Pero como parece —añadió Clodio— que Glauco se casa decididamente con la napolitana, será menester que yo pruebe fortuna con la hermosa abandonada. Después de todo la antorcha del himeneo será muy dorada, y por la copa bien se puede perdonar el mal olor del vino. Yo, Salustio, solo me opondría a que Diomedes te nombrase fideicomisario de los bienes de su hija^[87].

—¡Ah, ah! pero entremos, *comensal* mío, que nos esperan el vino y las guirnaldas.

Habiendo enviado Julia los esclavos a sus departamentos entró en los baños con Nydia y esquivando los servicios de las bañeras pasó al jardín por una puerta falsa.

—De seguro tiene cita —dijo una de las esclavas.

—A ti ¿qué te importa? —contestó agriamente la inspectora—; ella paga el baño y no inutiliza el azafrán. Estas citas son las que traen más cuenta al establecimiento. Escucha; ¿no oyes que está llamando la viuda Fulvia? Corre, torpe, corre.

Julia y Nydia llegaron al paraje designado por el egipcio, huyendo de lo más concurrido del jardín. Era un prado circular. Brillaban las estrellas sobre la estatua de Sileno. El divertido dios estaba echado en una roca con el tirso de Baco a sus pies y en actitud de llevarse a la boca un racimo de uvas, a las cuales parecía estar sonriendo antes de comérselas.

—No descubro al egipcio —dijo Julia mirando a su alrededor—; mas en el momento, salió de detrás del follaje y reflejó la pálida luz sobre su vestido largo y flotante.

—Salve ¡amable virgen! Pero ¿a quién habéis traído? Nadie ha de acompañarnos.

—No es más que la ciega, sabio mago —respondió Julia; es también tesaliana.

¡Oh! Nydia —dijo él—; bien la conozco.

Ella retrocedió estremecida.

—Creo que has estado en mi casa —dijo acercando sus labios al oído de Nydia—; ya sabes el juramento: ahora, como entonces, o tiembla.

—Sin embargo —añadió después de reflexionar un poco— ¿a qué hemos de descubrir el secreto ni aun a la ciega? Julia, ¿no os atrevéis a quedaros sola conmigo? Creed que el mago no es tan temible como parece.

Al decir esto, llamó a Julia aparte.

—La hechicera no gusta de recibir muchos a la vez; dejad a Nydia aquí hasta la vuelta; de nada puede servirnos; y en cuanto a protección basta vuestra belleza... vuestra belleza y vuestro rango... Sí, Julia, sí; vuestro nombre y vuestra clase; vamos, fíaos de mí, linda rival de la más joven de las Náyades.

Ya hemos visto que no era Julia de lo más espantadizo; se dejó ablandar por las lisonjas de Arbaces, y consintió en dejar a Nydia hasta que regresaran. Tampoco esta insistió en acompañarlos. Solo el sonido de la voz del egipcio había renovado en su alma todo el miedo que la inspiraba; de suerte que hasta tuvo un sentimiento de alegría al saber que no iba a viajar con él.

Entró, pues, a la casa de los baños, y esperó la vuelta en uno de los cuartos particulares. Mil dolorosas reflexiones se le ocurrían a aquella pobre muchacha, mientras estaba allí sentada en sus eternas tinieblas. Pensó en su triste suerte lejos de su país natal, lejos de los dulces cuidados que mitigaban un día los pesares de su infancia. Privada de la luz, sin más que extraños para guiar sus pasos, infeliz en el único sentimiento dulce de su corazón, amando sin otra esperanza que la del débil e impío rayo que alumbró su imaginación tesaliana cuando trató de saber cuál era la virtud de los hechizos y de los dones de la magia.

La naturaleza había depositado en el corazón de aquella pobre niña gérmenes de virtudes destinados a no madurar nunca. No siempre son saludables las lecciones de la adversidad; a veces endulzan y corrigen, pero a veces también extravían y endurecen. Si creemos que la suerte nos trata con más injusticia que a los que nos rodean, y si no reconocemos en nuestras propias acciones la equidad de las sentencias, nos acostumbramos a mirar al mundo como enemigo, a ponernos en actitud amenazadora, a luchar contra nuestro carácter natural y a robustecer las sombrías pasiones que tan fácilmente crea el sentimiento de la injusticia. Reducida a la esclavitud desde su infancia, entregada a un señor avaro, no cambiando de situación sino para hacer más infeliz su suerte, se ahogaron los buenos instintos de que por otra parte estaba lleno su corazón. La conciencia de lo justo y de lo injusto se confundió en su espíritu, por efecto de la pasión a que tan locamente se había abandonado, y pasó por aquellas emociones fuertes y trágicas de que ofrecen tantos ejemplos los siglos clásicos, en una Myrrha, en una Medea, emociones que no era parte a resistir una alma totalmente entregada al amor.

Corrió el tiempo, y se oyeron pasos en el cuarto donde continuaba Nydia, dándose a sus lúgubres meditaciones.

—Gracias a los dioses inmortales —dijo Julia— ya estoy de vuelta; ya he salido de esa horrible caverna. Ven, Nydia, vámonos ahora mismo.

No prosiguió Julia hasta que estuvieron dentro de la litera.

—¡Oh! —dijo temblando—; ¡qué escena!, ¡qué horrible sortilegio, y luego la cara sepulcral de la hechicera! Pero dejemos esto, traigo la bebida; me responde de su eficacia. ¡Mi rival le llegará a ser del todo indiferente, y en adelante yo sola seré el ídolo de Glauco!

—¡De Glauco! exclamó Nydia.

—Sí, hija mía; al principio te dije que no era el ateniense a quien amaba; mas ya veo que puedo fiarme de ti; si, en efecto, el hermoso griego es a quien amo.

¡Júzguese de lo que pasaría en aquel momento por el alma de Nydia! Había contribuido a dejar a Ione sin Glauco, y esto, dijo ella entre sí, solo para trasladar a otra su cariño más irrevocablemente aún, puesto que le confirmaba todo el poder de la magia. Hinchóse su corazón, como si fuera a romperse el pecho; apenas podía respirar. Julia no se apercibió de su emoción por la oscuridad que las envolvía, y continuó repitiendo minuciosamente todos los efectos que se prometía de su adquisición y la victoria que iba a alcanzar sobre Ione, interrumpiéndose de cuando en cuando para describir el horror de la escena que acababa de presenciar, el inflexible continente de Arbaces y su poder sobre la terrible bruja.

Entretanto había Nydia recobrado su sangre fría; una idea le ocurrió de repente: iba a dormir en la alcoba de Julia, ¿quién le quitaba apoderarse de la bebida?

Llegaron a la casa de Diomedes y bajaron al cuarto de su hija, donde las esperaba la cena.

—Bebe, Nydia; debes tener frío; la noche estaba fresca; yo todavía estoy helada.

Al decir esto, bebía Julia sin vacilar buenas copas de vino con especia.

—¿Tenéis el brebaje? —dijo Nydia—, dejadme que le tiente; ¡qué chiquita es la botella!, ¿de qué color es?

—Claro como el cristal —contestó Julia volviendo a tomar el filtro—; no se le podría distinguir del agua pura. Me ha asegurado la hechicera que no tiene mal gusto. Aunque la redoma es pequeña, hay en ella bastante para asegurar la fidelidad de un amante toda la vida; no hay más que derramarla en un licor cualquiera, y no sabrá Glauco lo que ha bebido, sino por lo que sienta.

—¿Decís que se parece exactamente al agua?

—Sí; no tiene color. ¡Qué brillo! se tomaría por esencia de rosa, cogida al resplandor de la luna; pero aún es más brillante y mejor el porvenir que promete.

—¿Y cómo está tapada?

—Con un simple tapón de cristal... Puedes quitarle... no tiene olor alguno. ¿No es raro que domine todos los sentidos una composición que no afecta a ninguno en particular?

—¿Surte efecto pronto?

—Por lo regular; sin embargo, a veces lo produce al cabo de algunas horas.

—¡Oh! ¡Qué suave es este perfume! —dijo de repente Nydia, tomando de la mesa un frasquito e inclinándose para olerle mejor.

—¿Te gusta? Está enriquecido con trabajos de mucho valor; ayer mañana rehusaste el brazalete que te di; ¿quieres ese frasco?

—Cuando no es una tan feliz que pueda mirar a la generosa Julia, se necesita tener semejantes perfumes para traerla mejor a la memoria. Si no vale demasiado...

—¡Oh! tengo mil que valen más; tómale, hija mía.

Inclinóse Nydia para demostrar su gratitud, y se le metió en el seno.

—Y la bebida ¿es igualmente eficaz, en manos de cualquiera que la administre?

—Me han asegurado ser tal su virtud, que si se la diese la vieja más horrible que hay debajo del Sol al punto parecería a los ojos de Glauco la mujer más hermosa de la Tierra.

Exaltada Julia por el vino y por sus buenas esperanzas, no podía contener su júbilo; reía a carcajadas, hablaba de mil cosas distintas, y era ya muy avanzada la noche cuando hizo llamar a sus esclavas y se desnudó.

Habiéndose retirado aquellas, dijo a Nydia:

—No quiero desprenderme de esa bienhadada bebida hasta la hora que deba usarla ¡Descansa bajo mi almohada brillante esencia, y procúrame dulces sueños!

Hablando así, puso el frasquito debajo de su cabecera; el corazón de Nydia latía con violencia.

—¿Por que bebes agua no más? Ahí cerca de ti tienes vino.

—Siento algo de calentura —respondió la ciega— y el agua me refresca; pondré esta botella junto a mi cama; bueno es beber en las noches de verano, cuando no viene el sueño a cerrar nuestros párpados. Hermosa Julia, tendré que dejaros

temprano, según las órdenes de Ione; todavía no estaréis despierta. Recibid, pues, desde ahora mi enhorabuena.

—Te la agradezco; cuando nos volvamos a ver, probablemente encontrarás a Glauco a mis pies.

Se acostaron, y Julia, cansada del día que acababa de pasar, no tardó en dormirse; empero inquietos y abrasados sueños traían revuelta la mente de la tesaliana. Escuchó la tranquila respiración de aquella, y su oído, avezado a percibir los menores matices, por decirlo así, del sonido, reconoció sin dificultad que dormía profundamente.

—¡Ahora, Venus, séame propicia! —dijo en voz baja.

Levantóse despacito, derramó en el pavimento del mármol el perfume que le había dado Julia, enjuagó después varias veces el frasco con el agua que tenía al lado; en seguida, habiendo encontrado sin dificultad la cama de su huésped (porque para ella lo mismo era la noche que el día), *metió su* trémula mano debajo de la almohada y cogió el filtro; no se movió siquiera la hija de Diomedes y su aliento continuó acariciando la abrasada mejilla de la joven ciega. Destapó entonces la redoma, echó el contenido en su frasco, y llenándola de agua, la volvió a colocar en su mismo sitio.

Hecho esto, se acostó y esperó los primeros rayos del día, agitada de pasiones que no intentaremos describir.

Acababa de salir el sol; Julia seguía durmiendo. Se vistió Nydia silenciosamente, colocó su tesoro en el pecho, tomó el palo y se dio prisa a salir de la casa.

El portero Medón la saludó con amistad al bajar la escalera que daba a la calle, pero no le oyó; ¡tan confusa y perdida andaba su alma en el torbellino de sus tumultuosos pensamientos, cada uno de los cuales era una pasión! Sintió en su frente el aire puro de la mañana, que no refrescó sus abrasadas venas.

—Glauco murmuró, todos los filtros de la magia juntos no podrán hacer que me ames tanto como te amo yo... ¡Ione!, ¡ah!, ¡fuera dudas; fuera remordimientos! ¡Glauco, mi suerte está en tu sonrisa...!, ¡la tuya...!, ¡oh esperanza!, ¡oh alegría!, ¡oh placer!, ¡tu suerte está en mis manos!

LIBRO CUARTO

Los filtros dan furores y locura.

OVIDIO

Capítulo I

Reflexiones sobre el celo de los primeros cristianos.

Toman dos una resolución peligrosa.

Las paredes oyen, y más las paredes sagradas.

Cualquiera que examine la historia de la primitiva Iglesia reconocerá cuan necesario fue a su triunfo ese celo ardiente y feroz que no temiendo peligros ni rehuendo compromisos, inspiraba a sus adalides y sostenía el valor de sus mártires. A una iglesia ya dominante, el espíritu de intolerancia la *pierde*; a una iglesia débil y perseguida, el mismo espíritu la *salva*. Preciso era despreciar y aborrecer las creencias de los otros hombres para poder vencer las tentaciones que presentaban, preciso era creer estrictamente no solo que el Evangelio era la verdadera fe, sino también que era la *única* capaz de salvar, a fin de poner a sus discípulos en estado de soportar la serenidad de sus doctrinas y animarlos a la empresa peligrosa, caballeresca y santa de convertir a los politeístas y paganos. Este rigorismo de secta que reservaba la virtud y el cielo a un corto número de escogidos, que veía demonios en los otros dioses y en otra religión los tormentos del infierno, necesariamente inspiraba a los fieles el más vivo deseo de convertir a todos aquellos a quienes querían, al paso que el círculo trazado así por la benevolencia hacia el hombre se ensanchaba todavía por el deseo de contribuir a la gloria de Dios. Para honra de su fe, era para lo que el cristiano prestaba con osadía sus dogmas al escepticismo de los unos, a la repugnancia de los otros, al sabio desprecio del filósofo, al piadoso horror del pueblo. Su misma intolerancia le proporcionaba los instrumentos más seguros de triunfo, y el pagano acabó por convencerse de que realmente había algo de santo en un celo tan extraño a su experiencia, que no se paraba ante ningún obstáculo ni temía riesgo, y hasta en el tormento y en el cadalso invocaban el tribunal de un eterno juez. Así, el propio fervor que en la Edad Media hizo del cristiano un fanático sin misericordia, había hecho un héroe intrépido en los primeros tiempos.

Entre estos caracteres ardientes, resueltos y temerarios, se distinguía sobre todo el de Olintho. Apenas hubo recibido Apecides el sacramento del Bautismo en el seno de la Iglesia, le notificó el nazareno que le era imposible conservar el cargo y traje de sacerdote de Isis. Era claro que adorando a Dios no podía seguir honrando ni exteriormente los altares idólatras del Demonio.

Aún hubo más; el alma entusiasta e impetuosa de Olintho concibió la esperanza de servirse de Apecides para divulgar entre el engañado pueblo la superchería de los misterios y oráculos de Isis. No dudó le hubiese enviado el cielo como instrumento de sus designios para abrir los ojos a la multitud y preparar quizá la conversión de toda una ciudad. No titubeó, pues, en invocar su recién inflamado entusiasmo y en

estimular su celo. Según habían convenido, a la noche siguiente del bautizo, se reunieron en el bosque de Cibeles, que ya hemos descrito.

—La primera vez que vayan de nuevo a consultar solemnemente al oráculo —dijo Olintho hablando con calor—, sal hasta la verja, proclama al pueblo el engaño de que es víctima, invita a que los asistentes sean, por sí mismos, testigos del mecanismo de impostura grosera, pero artificiosa, que me has descrito. Nada temas; el Señor, que protegió a Daniel, te protegerá; *nosotros*, la comunidad de los cristianos, estaremos entre la muchedumbre; empujaremos a los tímidos, y en el primer arranque de indignación popular, yo mismo plantaré en esos altares la palma tipo del Evangelio, y mi lengua se moverá inspirada por el espíritu del Dios vivo.

Excitado ya hasta el punto que lo estaba Apecides, no le desagradó esta proposición. Se regocijó con la idea de que pronto se le presentase coyuntura de ostentar su celo por la nueva fe, al paso que se unía a sus sentimientos de piedad un vengativo horror a la superchería de que había sido víctima. Allanando así en su cabeza todos los obstáculos, ceguera indispensable a los que acometan sublimes y aventuradas empresas, ni Olintho ni el neófito entrevieron todas las dificultades que se oponían al éxito de su plan, no siendo la menor la respetuosa superstición del pueblo que, a la vista de los altares de la gran diosa de Egipto, probablemente no querría creer en el testimonio de su mismo sacerdote, declarando contra ella.

Consintió, pues, Apecides en la proposición con una facilidad que llenó de júbilo a Olintho. Se separaron después de quedar en que este conferenciaría con sus principales hermanos acerca de tan gran empresa, en que tomaría sus consejos e invocaría su apoyo para el gran golpe que iba a darse dio la casualidad que al día siguiente a esta conversación debía celebrarse una de las tiestas de Isis, lo que les proporcionaba la ocasión de realizar su proyecto. Acordaron reunirse en el mismo sitio la noche próxima para arreglar definitivamente la hora y pormenores de la declaración que había de hacerse al otro día.

Pasó la última parte de esta conferencia junto al *sacellum* o capillita que he descrito al principio de esta obra, y al punto que hubieron desaparecido las sombras del cristiano y del sacerdote, salió por detrás de la capilla una figura tosca y cautelosa.

—No os he seguido en balde, cofrade mío —dijo el que los había escuchado—; vos, sacerdote de Isis, ciertamente no habréis discutido tanto con ese cristiano solo por el gusto de hablar. ¡Qué no haya yo oído todo vuestro complot!... ¡Pero basta!... sé que intentáis revelar los sagrados misterios, y que mañana os volvéis a reunir aquí a fin de acordar el modo y la hora. ¡Aguce Osiris mi oído para que pueda descubrir toda la extensión de audacia tan sin ejemplo! Luego que averigüe más, habré de consultar con Arbaces. Conseguiremos frustrar vuestros designios, amigos míos, aunque tan diestros os creéis; por ahora queda vuestro propósito sepultado en mi pecho.

Diciendo esto, Caleno, que era el nuevo actor en la escena, se envolvió en su

manto y desapareció con aire pensativo.

Capítulo II

El huésped, la cocina y el cocinero clásicos.
Va Apecides a casa de Ione.
Conversación suya.

Era el día destinado por Diomedes para dar un banquete a sus amigos predilectos. No estaban solo convidados el gracioso Glauco, la bella Ione, el administrador Pansa, el ilustre Clodio, el inmortal Fulvio, el elegante Lepido y el epicúreo Salustio. Se esperaba también a un senador de Roma, que iba a la Campania por causa de su salud, personaje de gran crédito en la corte y famoso guerrero de Herculano, que habiendo peleado contra los judíos, en tiempo de Tito, se había enriquecido en la guerra, a pesar de que siempre inculcaba a sus amigos «que su país debía estarle muy agradecido por sus desinteresados servicios. Aún eran más los del festín, pues no obstante la común costumbre de no admitir menos de tres convidados ni más de nueve, fácilmente la infringían los que gustaban de ostentar su riqueza o su elegancia. Cuenta la historia que uno de esos célebres anfitriones llegó a convidar con frecuencia a trescientos de sus más Íntimos amigos. Sin embargo, Diomedes fue más modesto aquella vez, y se contentó con doblar el coro de las Musas. Su mesa fue de diez y ocho cubiertos, número admitido en la buena sociedad hoy día. En verdad que dice el proverbio: cuantos más locos más risa», pero, por mi parte, en la mesa siempre he observado lo contrario.

Era la mañana de aquel gran día, y aunque Diomedes se daba tono de hombre de alta cuna y de instrucción, había conservado lo bastante de su experiencia comercial para saber que «el ojo del amo engorda al caballo».

Por consiguiente, dejando suelta su túnica sobre su majestuosa barriga, con sus pies holgadamente metidos en anchas babuchas, llevando una varilla en la mano con la que dirigía unas veces las miradas de los esclavos, y otras les aplicaba una pequeña corrección en las espaldas, recorrió una tras otra todas las habitaciones de la soberbia casa de campo.

No se desdeñó de visitar la sagrada pieza en que preparaban sus ofrendas los sacerdotes del festín. Al entrar en la cocina, le afectó agradablemente el ruido de los platos y cacerolas, los pedidos de los unos y las reyertas de los otros. Por pequeñas que al parecer fuesen en Pompeya estas piezas indispensables, ninguna dejaba de estar provista de esa innumerable variedad de calderas, hornos, cacerolas, cuchillas de diferentes formas, moldes y hierros, sin los que un cocinero, hombre de genio, antiguo o moderno, considera imposible preparar una comida. Como el combustible era entonces (y ahora) escaso y caro en aquel país, la habilidad consistía en preparar el mayor número de platos con el menos fuego posible. Aún se ve en el Museo de

Neápolis una ingeniosa invención de esta especie; es una cocina portátil, del volumen de un tomo en folio, con hornillos para cuatro guisados, y además un aparato para calentar agua y otras bebidas. Este tomo formaría un buen suplemento de nuestras bibliotecas, a dos sueldos, dando así por el precio más bajo el alimento del cuerpo y del alma, con la diferencia de que más se estudiaría la primera obra que la segunda.

Iban y venían por aquella cocina muchas caras desconocidas del amo de la casa.

—¡Oh! —dijo para sí; ese maldito Congrio ha convidado a toda una legión de cocineros. El caso es que no le servirán de nada y son una partida más a la cuenta de hoy. ¡Por vida de Baco! me daré por muy contento con que no tengan por conveniente llevarse algunas copas en cambio de su trabajo; porque ¡ay! sus manos están muy listas y sus túnicas son muy anchas. ¡*Me miserum!* (pobre de mí).

Entretanto los esclavos siguieron sus tareas sin apercibirse, al parecer, de la presencia de Diomedes.

—Euclio, dame tu sartén para freír huevos. ¡Qué!, ¿es esa la mayor que tienes? ¡Pues si no caben treinta y tres huevos! En las casas donde yo suelo servir en la más pequeña caben cincuenta, si es menester.

—¡Pícaro desalmado! —pensó Diomedes—; habla de huevos como si estuviesen a sextercio el ciento.

—¡Por vida de Mercurio! —exclamó un pinche de cocina que principiaba su noviciado—; ¿dónde se han visto nunca moldes de pastas de hechura tan antigua? Es imposible lucir uno en su arte con instrumentos tan groseros. El molde más sencillo que hay en casa de Salustio representa todo el sitio de Troya, Héctor, París, Elena, el niño Astyanax^[88] y el caballo de madera que sobresale de los muros.

—Calla, imbécil —dijo Congrio, cocinero de la casa, que parecía querer descargar todo el peso del trabajo sobre sus compañeros—; no es mi amo uno de esos jóvenes calaveras que quieren tenerlo todo a la última moda, cueste lo que cueste.

—Mientes, vil esclavo —exclamó Diomedes enfurecido—; ya me has costado tú lo bastante para arruinar al mismo Lúculo... sal de tu madriguera, que necesito hablarte.

Obedeció el reprendido, después de haber hecho a sus compañeros una señal de inteligencia.

—Hombre de tres letras^[89] —dijo Diomedes con una cara en que se leía cierta cólera llena de gravedad—; ¿cómo te has atrevido a traerme esos tunantes a casa? Veo escrita la palabra ladrón en cada facción de sus rostros.

—Sin embargo, señor, os aseguro que son hombres de una reputación sin mancha... los mejores cocineros del pueblo, y no es tan fácil cogerlos... Si no hubiera sido por mí...

—¡Por ti!, ¡infeliz Congrio! —interrumpió Diomedes—; y ¿cómo pagarás tú el servicio que se dignan prestarte, sino con mi dinero, sisándome en la compra, cambiando buenos pedazos de carne para venderlos en los arrabales, poniéndome en la cuenta yo no sé cuánto de cobre abollado y de loza rota?

—¡Ah, señor, no acuséis mi probidad! Fáltenme los dioses, si...

—No jures —interrumpió otra vez el irascible amo—; porque los dioses castigarían tu perjurio y yo me quedaría sin cocinero la víspera de un banquete. Pero no hablemos ahora de eso, no pierdas de vista esos ayudantes de mala traza, y cuidado con venir habiéndome mañana de vasos rotos y de copas desaparecidas de un modo milagroso, porque tus espaldas han de quedar hechas una llaga. Escúchame bien; ya sabes que me has hecho pagar por esas *attagens*^[90] de Frigia, lo bastante para mantener a un hombre austero un año entero; mira no estén demasiado cocidas. La última vez, ¡oh Congrio! que di un banquete a mis amigos te acordarás de que saliste fiador de estar asada a punto la grulla de Melao, y cuando salió a la mesa parecía una piedra arrojada por el Etna, como si todos los fuegos del Flegetonte le hubiesen extraído el jugo. Sé modesto esta vez, Congrio, sé modesto y prudente. La modestia es la madre de las grandes acciones; y en todo, como en esto, si no quieres mirar por la bolsa de tu amo, al menos mira por su gloria.

—Desde los tiempos de Hércules no se ha de haber visto en Pompeya comida semejante.

—Poco a poco con tus malditas baladronadas. Mas oye, Congrio; ¿qué dices de ese *homunculus* (hombrecillo), de ese insolente neófito de la cocina, que se ha atrevido a murmurar de mis moldes de confituras? No quiero que se diga que no voy con la moda.

—Eso no es más que costumbre de nosotros los cocineros —respondió gravemente Congrio—; solemos menospreciar los instrumentos para que brille más nuestra habilidad. Sí, ese molde realmente es muy bonito, sin embargo de que yo aconsejaría a mi señor comprase unos nuevos a la primera ocasión.

—Basta —exclamó Diomedes, que parecía resuelto a no permitir nunca que su esclavo acabara una frase—. Vete a tus ocupaciones, brilla... eclípsate a ti mismo, que todo el mundo envidie a Diomedes su cocinero, que los esclavos de Pompeya te den el sobrenombre de Congrio el Grande... Vé ¡ah! no, espera. Supongo que no has gastado todo el dinero que te di para la plaza.

—*Todo...* ¡ay de mí!... todavía se están debiendo las lenguas de ruiseñores, los *tomacula*^[91] de Roma, las ostras de Bretaña y otra porción de cosas; ¿pero qué importa? el *Archimagiro* (jefe de la cocina) del rico Diomedes tiene crédito en todas partes.

—¡Qué horrible prodigalidad!, ¡qué despilfarro!... estoy arruinado... pero vete... da prisa, vigila, prueba, trabaja... excédete a ti mismo... Haz que el senador romano no desprecie al pobre de Pompeya. Anda y no te olvides de los *francolines* de Frigia.

Desapareció el jefe para volver a sus dominios, y Diomedes para honrar con su presencia las salas de recibo. Allí todo lo encontró a su gusto; las flores eran frescas, las fuentes corrían bien y los pavimentos de mosaico estaban tersos y pulidos como espejos.

—¿Dónde está mi hija Julia? —preguntó.

—En el baño.

—Es verdad, ahora me acuerdo... ya se acerca la hora... yo —también tengo que bañarme.

Empero volvamos a Apecides. Trabajo le costaba figurarse que no era un sueño la adopción de una creencia tan contraria a la de su juventud. Había traspuesto el fatal Rubicón; lo pasado no debía tener en adelante relación con lo futuro; los dos mundos estaban ya separados.

¡Cuán aventurada y temeraria era la empresa a que se había arrojado! ¡Descubrir los misterios en que había tenido parte, profanar los altares que hasta entonces adorara y denunciar a la diosa de quién fue ministro! Poco a poco se le aparecieron el odio y horror que inspiraría a las personas piadosas, aunque triunfase en sus proyectos; si, por el contrario, se estrellaba, ¡qué penas no le impondrían por un crimen a la sazón inaudito, no marcado en las leyes, y al que por lo mismo se esforzarían en aplicar algún castigo atroz escrito en Códigos antiguos y desusados largo tiempo! Sin duda le compadecerían sus amigos y la hermana de su juventud, mas no le harían justicia; aquella acción heroica no dejaría de ser a sus ojos una apostasía horrible o a lo más una prueba de rematada locura.

A pesar de eso, se atrevía y renunciaba a todo lo de este mundo por asegurarse en el otro la eternidad que tan repentinamente se le había revelado. Mientras por una parte le ocupaban tales pensamientos, por otra se unían para animarle y sostenerle su orgullo, su valor, sus virtudes mezcladas a recuerdos de venganza y de indignación contra el fraude de que había sido juguete.

Vivo y encarnizado fue el combate; sin embargo, sus nuevos sentimientos triunfaron de los antiguos. Gran argumento a favor de los que impugnan la santidad de antiguas opiniones y de formas hereditarias resulta de la victoria alcanzada por este humilde sacerdote sobre las unas y las otras. Si se hubiesen parado los primeros cristianos en los graves y plausibles pretextos de la costumbre; Si hubieran sido menos demócratas, en el sentido puro y sublime de esta palabra que tanto se ha pervertido, habría muerto el cristianismo en su cuna.

Debiendo dormir cada sacerdote varias noches seguidas en el templo, no había acabado aún el servicio de Apecides, y cuando se levantó y salió de su celda con su acostumbrado traje sacerdotal, se encontró solo delante de los altares.

Rendido de las emociones de la víspera, había durado su sueño más de lo regular, y el sol vertical lanzaba ya sobre aquel lugar sagrado sus rayos abrasadores.

—¡Salve, Apecides! —dijo una voz cuya natural aspereza había cambiado, a puro disimulo, en una dulzura casi desagradable—. ¡Tarde amaneces hoy! ¿Se te ha revelado la diosa en el sueño?

—Si pudiera revelarse al pueblo tal como es, no humearía el incienso en sus altares, Caleno.

—Acaso sea así —respondió este—; pero la diosa es bastante discreta para no comunicarse más que con los sacerdotes.

—¿Y Si llegara día en que le arrancasen el velo a pesar suyo?

—Eso no es probable; su prestigio es de muchos siglos, y lo que ha resistido tanto tiempo no sucumbe fácilmente al capricho de la novedad. Pero oye, joven hermano; esas proposiciones son muy indiscretas.

—No te toca a ti acallarlas —respondió Apecides con altivez.

—¡Cómo te acaloras! No quiero disputar contigo. ¿No ha demostrado el egipcio la necesidad de que vivamos juntos, en paz? ¿No te ha convencido de que es prudente engañar al pueblo \ gozar de la vida? Si no lo ha hecho, hermano, no es tan mago como le creen.

—¿Conque tú también has recibido sus lecciones? —dijo. Apecides con desdeñosa sonrisa.

—Sí, aunque yo las necesitaba menos que tú. La naturaleza me había dado el amor al placer y el deseo de adquirir riquezas y poderío. El hombre voluptuoso tiene mucho que andar para que llegue a las austeridades de la vida; pero de la dulzura del pecado a una cómoda hipocresía, no hay más que un paso. Temo la venganza de la diosa.

—Y teme tú la hora en que se abra la tumba y se descubra la corrupción a la luz del día —respondió Apecides con voz solemne. Vale.

Con estas palabras dejó al *flamen* entregado a sus meditaciones. Cuando estuvo a cierta distancia del templo volvió la vista atrás. Caleno se había metido ya en la sala donde entraban los sacerdotes, porque venía la hora de la comida, que llamaban los antiguos *praudeum*, y que corresponde a nuestro almuerzo.

Lucía con el sol la graciosa arquitectura del edificio perfectamente blanco, y humeaba el incienso en los altares coronados de guirnaldas. Contempló Apecides tristemente aquella escena que veía por última vez.

Tomó después el camino de la casa de Ione, porque antes de que acaso se rompiera el último lazo que los unía, antes de exponerse a los peligros del día siguiente, deseaba ver otra vez al único pariente que le quedaba, su primera, su más tierna amiga.

La encontró en su jardín con Nydia.

—¡Qué bueno eres, Apecides —dijo con alegría—; cuánto anhelaba verte! ¡Qué agradecida te estoy! ¿Por qué no has contestado a tantas cartas como te he escrito? ¿Por qué no has venido a que te diera yo las gracias? Has ayudado a salvar el honor de tu hermana. ¿Cómo podía ella probarte su agradecimiento?

—Mi querida Ione —respondió él—, no me debes agradecimiento, porque tu causa era la mía; pero dejemos esto y no hablemos más de ese impío tan aborrecible para ambos. ¡Quizá tendré muy pronto ocasión de dar a conocer al mundo la índole de su supuesto saber e hipócrita severidad! Sentémonos, hermana querida; estoy abrumado con el calor del Sol; descansenos en esa umbría, y seamos un rato más el uno para el otro lo que hemos sido hasta ahora.

Sentáronse el hermano y la hermana uno junto al otro por última vez en la tierra, a

la sombra de un hermoso plátano, rodeados de verdura, con una bullidora fuente delante, y un verde césped a sus pies; mientras la cigarra, tan querida de los atenienses, cantaba alegre entre las hojas, y la mariposa, emblema encantadora del alma y consagrada a Psiquis, revoloteaba sobre las flores semejando ella también una flor con alas.

Todavía es fácil andar por aquel sitio, pero el jardín está destruido, las columnas derribadas y la fuente ya no corre. El viajero podrá buscar la casa de Ione en las ruinas de Pompeya. Aún existen sus restos que no quiero indicar a la curiosidad vulgar. El que sea más sensible que otros, los descubrirá fácilmente así que llegue; que guarde el secreto.

Se sentaron, y Nydia, harto feliz con hallarse sola, se retiró al extremo opuesto del jardín.

—Ione, hermana mía —dijo el neófito—, pon tu mano en mi frente, déjame sentir su frescura. Háblame también, porque tu dulce voz es una brisa refrescadora y melodiosa. Háblame, pero *evita bendecirme*. No pronuncies siquiera una de esas fórmulas que en nuestra infancia mirábamos como sagradas.

—Pues ¿qué te he de decir? Entre nosotros esta tan unido el lenguaje del cariño al del culto, que nuestras palabras llegan a ser frías y comunes cuando queremos desterrar de ellas toda alusión a nuestros dioses.

—¡*Nuestros dioses!* —murmuró Apecides estremeciéndose—; ¡ya no haces lo que te había encargado!

—¿Pues quieres que no te hable más que de Isis?

—¡*Del demonio* no!; más valiera que enmudecieses para siempre, a no ser que..., pero no vuelvas a hablar así. No es esta ocasión de disputar sobre palabras; no es esta ocasión de juzgarnos con severidad. Tú me mirarías como un apóstata, y a mí me daría vergüenza y dolor tu creencia en los ídolos. No, querida hermana; dejemos esta conversación y estas ideas. Tu presencia tranquiliza mi alma y olvido todo por algunos instantes. Reclinando así mi cabeza en tu seno y sintiéndome ceñido por tus brazos, se me figura que nos hemos vuelto niños y que el cielo nos sonríe a los dos, de la misma manera. Porque ¡ay de mí! si salgo de cierta prueba y puedo hablarte algún día de un asunto terrible y sagrado, y si encuentro entonces cerrados tus oídos y endurecido tu corazón, la esperanza que pudiera halagarme, por mí no equivaldría a la desesperación, que me haría sufrir tu suerte. En ti, hermana mía, me miro hermoso, ennoblecido; y ¿se romperá el espejo para siempre como el barro del alfarero? ¡Ah, no, no! ¡Tú me harás caso todavía! ¿Te acuerdas cuando recoríamos de la mano los campos de Bayas para coger las flores de primavera? Pues así también de la mano hemos de entrar en el Jardín Eterno, donde nos coronaremos de guirnaldas inmortales.

Admirada Ione y confusa, con un discurso de que no entendía palabra, pero conmovida hasta llorar, por el tono lastimero en que le pronunciaba, recibía esos desahogos de un corazón lleno y oprimido. A decir verdad, se mostraba Apecides

mucho más tierno que de costumbre, pues su humor habitual era melancólico o impetuoso, porque los deseos más nobles son celosos por naturaleza, llenan, absorben el alma y dejan a veces en la superficie lo más desabrido del carácter. Si prescindimos de las nimiedades que nos rodean, pasamos por misántropos. Si llevamos a mal las interrupciones humanas de nuestros sueños divinos, aparecemos irritables y quisquillosos. En efecto; así como no hay mayor quimera que esperar de un corazón que encuentre una completa simpatía con otro, así también es en vano confiar en que nos juzguen jamás con justicia, ni en que nos traten con misericordia nuestros más íntimos amigos. Cuando hemos muerto y llega tarde el arrepentimiento, amigos y enemigos se admiran igualmente de haber tenido tan poco que perdonarnos.

—Te hablaré, pues, de nuestros años juveniles —dijo Ione—. ¿Quieres que nos cante esa ciega una canción sobre la infancia? Su voz es dulce y melodiosa y sabe un trozo que no tiene alusiones a lo que sientes oír.

—¿Te acuerdas tú de la letra, hermana mía?

—Creo que sí, porque me acuerdo de la música, que es muy sencilla.

—Pues entonces cántala tú. Mi oído no está sintonizado con voces extrañas, y la tuya, Ione, está aún más llena de tantos recuerdos domésticos, ha sido siempre más dulce para mí que las mercenarias melodías de Licia o Creta. Cántame.

Hizo Ione seña a una esclava que se veía en el pórtico de que la trajera su cítara, y luego cantó los siguientes versos en una sencilla y tierna melodía:

UN SUSPIRO A LA INFANCIA

*No hay sin lluvias alegre primavera,
ni la niñez traviesa e inocente
deja de hallar, corriendo en la pradera,
escondida entre flores la serpiente.
¡Ay! las Horas, guirnalda placentera
tejen para que ornemos nuestra frente,
pero siempre el Pesar, que todo invade,
algunas hojas, por su parte, añade.*

* * *

*A pocos pasos que en la vida demos,
sin probar la amargura no quedamos,
y adusto el Mal, aguarda en los extremos,
del bonancible instante que pasamos;
mas si la vista al Porvenir tendemos,*

*la flor de la Esperanza divisamos,
que el Sol, aun a la selva más umbría,
de su vivo esplendor un rayo envía.*

* * *

*No es porque el alma en la postrer jornada
se abra solo al dolor, se abra al quebranto;
mas ya es la herida de curar pesada
y cuesta a la Sonrisa echar al Llanto,
no nos permite el alma escarmentada
de locas alegrías el encanto,
ni el Iris salvador ya descubrimos,
que en medio a la tormenta un tiempo vimos.*

* * *

*Y si la nube fragorosa truena,
vacilantes, sin luz, perdido el tino
vamos, el alma de tristeza llena,
y un desierto encontramos por camino.
Cuando la Infancia alejase serena,
se va la Risa que con ella vino,
y el Juicio que su paso precipita
deja la flor de la Ilusión marchita.*

Había obrado Ione con acierto y delicadeza al escoger aquel trozo, aunque su letra fuese triste, que cuando nos domina la melancolía mal se avienen los sonidos alegres con el estado de nuestra alma. La distracción más conveniente es la que proporciona la misma melancolía; porque si no es fácil aclarar los pensamientos sombríos, al menos se pueden dulcificar, y haciéndoles perder los duros contornos de la verdad se funden sus colores en el ideal. A la manera que la sanguijuela cara un mal interior con una irritación exterior, así también en los dolores del alma el talento del que consuela está en atraer a la superficie el pesar que devora al corazón y darle la forma de una tristeza dulce. Tal sucedió a Apecides, que cediendo al flujo de la argentina voz que le recordaba lo pasado, y que solo describía la mitad de los dolores que rodeaban lo presente, olvidó el origen inmediato de inquietas cavilaciones. Pasó muchas horas

con su hermana, haciéndola cantar o hablando con ella, y cuando al cabo se levantó para marchar, estaba su humor sereno y hasta cierto punto adormecido.

—Ione —dijo estrechándole la mano entre las suyas—; si oyese envilecer y calumniar mi nombre, ¿darías crédito a lo que te dijeran?

—Jamás, hermano mío, jamás.

—¿No estás tú convencida, por tu religión, de que para el malvado hay un castigo en otra vida y una recompensa para el bueno?

—Y ¿puedes dudar tú?

—¿Crees, según esto, que el hombre realmente virtuoso debe sacrificar todo interés personal en obsequio de la virtud?

—El que lo hace es igual a los dioses.

—¿Y crees tú que en proporción de la pureza y del valor con que haya obrado gozará de más o menos felicidad más allá del sepulcro?

—Eso es lo que nos dicen que esperemos.

—Dame un abrazo, hermana mía; una pregunta más. Vas a casarte con Glauco; es posible que este matrimonio haga irrevocable nuestra separación; pero no es eso de lo que voy a hablarte ahora. Vas, pues, a casarte con Glauco... ¿Le amas? Te suplico me respondas con franqueza.

—Sí —contestó Ione, sonrojándose.

—¿Te dice tu corazón que podrías renunciar por él al orgullo, prescindir del honor y correr a la muerte? He oído que cuando las mujeres aman de veras llegan a estos extremos.

—Hermano mío, todo eso haría yo por Glauco, y juro que ni aún sería sacrificio de mi parte; cuando se padece por el que se ama, no se padece.

—¡Basta! ¡Siente una mujer todo eso por un hombre, y había de sentir menos el hombre por su Dios!

No dijo más; su animada fisonomía expresaba la inspiración de una vida divina; se hinchaba su pecho de orgullo; relucían sus ojos, y estaba escrita en su frente la majestad de un hombre que se arroja a ser virtuoso; volvióse hacia Ione y encontró su mirada, que era grave, inquieta, temerosa. La abrazó tiernamente, la estrecho contra su pecho y un instante después había salido de su casa.

Largo tiempo permaneció ella en el mismo sitio, muda y pensativa. Sus doncellas fueron varias veces a recordarla que se hacía tarde y que era hora de prepararse para el banquete de Diomedes. Al fin salió de su cavilación y se puso al tocador, no con el orgullo de la hermosura, sino triste y melancólica; una sola idea le hacía soportar el convite: la certidumbre de encontrar allí a Glauco; con eso, podría confiarle la inquietud y alarma que le causaba su hermano.

¡Amor! Hay una dicha que distingue principalmente tus vínculos castos y sagrados de los ilícitos y culpables, el *Eros del Anteros*^[92]: solo a los que amamos con pureza podemos confiar nuestras penas íntimas de familia. Para los extraviados no es el amor más que pasión; son únicamente amante y amada. Para los que están

exentos de pecado, este vínculo encierra la ternura, la santidad y la fe de todos los demás vínculos reunidos. No en boca de Elena, sino de Andrómaca, puso Homero estas palabras, cuya verdad está a prueba del tiempo.

*Mientras viva mi Héctor veré padres,
hermanos, y familia todo en él.*

Capítulo III

Reunión elegante y comida a la moda en Pompeya.

Entretanto Salustio y Glauco se dirigían despacio a casa de Diomedes. A pesar de su modo de vivir no dejaba de tener el primero algunas cualidades distinguidas. Hubiera sido amigo apasionado, ciudadano útil, y, en una palabra, hombre excelente, si no se le hubiese puesto en la cabeza ser filósofo. Criado en las escuelas donde Roma, plagiaría de los griegos, rendía culto al eco de su sabiduría, se había imbuido en las doctrinas con que los modernos epicúreos corrompían las sencillas máximas de su ilustre maestro. Se dio, pues, completamente al placer, imaginándose que no hay hombre tan sabio como un perdido. Sin embargo, tenía gran fondo de instrucción, de talento y de bondad, y hasta la cordial franqueza de sus vicios le daba cierto aire de virtudes, cuando se les comparaba con la total corrupción de Clodio y con la cobarde molicie del afeminado Lepido. Por eso le prefería Glauco a todos sus compañeros, y él por su parte, apreciando las nobles cualidades del ateniense, le quería casi tanto como a una lamprea fiambre o una copa del mejor Falerno.

—Ese Diomedes —dijo Salustio—, es un viejo bastante mal criado; pero tiene buenas cosas... en su bodega.

—Y otras encantadoras... en su hija.

—Es verdad, Glauco; pero se me figura que estas no te hacen mucha mella. Creo que le gustaría a Clodio ser tu sucesor.

—Es muy dueño. Puedes estar seguro de que en el banquete de la bella Julia, ningún invitado será considerado como una *musca*^[93].

—Severo estás; ella tiene algo de Corintio en su persona. ¡Seréis una buena pareja! Qué tontos somos en seguir la amistad de ese tuno de jugador.

—El placer reúne extraños contrastes —respondió Glauco—; él me divierte...

—Y te adula... Pero bien sabe cobrarse las adulaciones... cubre sus elogios con polvos de oro.

—Me has dado a entender algunas veces que hace trampas cuando juega, ¿lo crees de veras?

—Querido Glauco, un patricio romano tiene que sostener su dignidad... y esta dignidad cuesta mucho... Clodio se ve en la precisión de estafar como un pícaro a fin de poder vivir como un caballero.

—¡Ah!... por lo demás, tiempo ha que deje los dados. Cuando yo sea esposo de Ione, espero borrar con mi conducta todas las faltas de mi juventud. Ambos hemos nacido para fin más noble que el que perseguimos hoy; para otros templos que la pocilga de Epicúreo.

—¡Ay! —respondió Salustio algo melancólico—; ¿qué sabemos si no que la vida

es corta? Más allá del sepulcro todo es tinieblas; la verdadera sabiduría es la que nos aconseja gozar.

—¡Por la fe de Baco! yo me pregunto más de cuatro veces si gozamos de veras cuanto la vida da de sí.

—Yo soy moderado —replicó Salustio—; no pido gollerías. Parecemos malhechores que nos embriagamos con vino y mirra cuando estamos próximos a morir; pero si no lo hiciésemos, nos parecería el abismo demasiado espantoso. Confieso que estaba dispuesto a la tristeza, hasta que me di a beber...; esta ya es otra vida, Glauco.

—Sí; pero el siguiente día nos conduce a una nueva muerte.

—Convengo en que es poco agradable; mas si no fuese así, tampoco tendría uno nunca la necesidad de la lectura. Yo estudio de cuando en cuando, sí; porque antes de medio día no estoy para otra cosa.

—¡Qué Escita eres!

—¡Bah! Quépale la suerte de Penteo al que reniegue de Baco.

—Salustio, a pesar de todos tus defectos, eres el mejor libertino que he conocido; tanto que si estuviese yo para morir, creo seríais el único de Italia que me tendiera una mano para salvarme.

—Y aun puede que no lo hiciese si era en medio de una cena. En verdad que los italianos somos muy egoístas.

—Como todos los hombres que no son libres —dijo Glauco con altivez—; solo la libertad puede hacerles que se sacrifiquen los unos por los otros.

—La libertad debe ser cosa bien pesada para un epicúreo —respondió Salustio—; mas ya hemos llegado a casa de nuestro anfitrión.

Siendo la quinta de Diomedes una de las mayores que se han descubierto en Pompeya, y construida como está, según todas las reglas de Vitrubio, para una habitación de esta clase, no dejará de ser interesante describir en pocas palabras las piezas que recorrieron los convidados.

Entraron por el mismo vestíbulo en que hemos visto antes al anciano Medón, pasando luego por una columnata llamada técnicamente el peristilo, porque la principal diferencia en el modo de construir las casas rústicas y las urbanas consistía en que aquella columnata ocupaba el mismo lugar en las primeras que el atrio en las segundas. En el centro del peristilo había un patio descubierto donde estaba el impluvio.

Desde este peristilo bajaba una escalera a las cocinas y repostería, y por un pasadizo en el lado opuesto se comunicaba con el jardín. Diversas piezas rodeaban la columnata destinadas a los huéspedes del campo. Al entrar, otra puerta a la izquierda daba a un pórtico pequeño triangular, perteneciente a la sala de baño, la cual contenía el guardarropa con los trajes festivos de los esclavos y a veces del señor. Diez y siete siglos después se han descubierto esos restos de un lujo antiguo, calcinándose y deshaciéndose en polvo, pero conservados, ¡ay!, mucho más tiempo del que calculaba

su dueño, a pesar de lo económico que era.

Volvamos al peristilo y tratemos de dar al lector una idea de los cuartos que vieron los huéspedes.

Figúrese desde luego las columnas del pórtico llenas de guirnaldas de flores, pintada de encarnado su mitad inferior y las paredes vestidas de pinturas al fresco. Al través de una colgadura abierta se descubría el tablinum o salón, que se cerraba por vidrieras corredizas. A sus dos lados había piececitas, una de las cuales era gabinete de curiosidades, y lo mismo que el tablinum daba a una larga galería, cuyas dos extremidades salían a las azoteas. Mediaba entre ellas una gran sala contigua a la parte central de la galería; allí se celebraba el banquete. Todas estas piezas, aunque casi al ras de la calle, estaban situadas en un piso superior al jardín, y las azoteas de la galería continuaban en corredores levantados sobre las columnas que había en el jardín a derecha e izquierda.

Más bajo y al nivel de este se veía el cuarto de Julia, que ya hemos descrito.

En la galería, pues, de que acabamos de hablar fue donde Diomedes recibió a sus convidados.

La daba el mercader de literato, y por consiguiente, fingía gran pasión por todo lo que era griego; estuvo muy atento con Glauco.

—Veréis, amigo mío —dijo haciendo un gesto con la mano—, que soy un poco clásico; un poco Cécropeo^[94]. ¡Oh! La sala donde comeremos es de un orden tomado de los griegos; es un *Oecus cyzicene*^[95]. Noble Salustio, me han asegurado que en Roma no se construyen esa clase de habitaciones.

—¡Oh! —respondió Salustio sonriendo—. Vosotros los pompeyanos sabéis reunir lo mejor de Grecia y Roma. ¡Ojalá hayáis escogido tan bien vuestros platos como vuestra arquitectura!

—¡Ya veréis, ya veréis, Salustio! —contestó el mercader—. En Pompeya hay gusto y dinero.

—Son dos cosas excelentes. ¡Pero ved aquí a la hermosa Julia!

Ya he advertido que una de las principales diferencias entre las costumbres de Atenas y las de Roma era que allí las mujeres honradas rara o ninguna vez asistían a las comidas de los hombres, al paso que en la última ciudad formaban su principal adorno; solo que cuando concurrían, el festín se acababa temprano.

Presentóse, pues, la bella Julia en el salón, magníficamente vestida con traje blanco bordado de oro y de perlas.

Apenas habían tenido tiempo de saludarla los convidados, cuando entraron casi a la vez Pansa y su mujer, Lepido, Clodio y el senador romano; después llegó la viuda Fulvia, y luego el poeta Fulvio. A poco se presentó con aire marcial el guerrero Herculano, acompañado de su *sombra*. Siguieron los convidados menos notables: solo Ione era la que tardaba.

Los antiguos, que se preciaban de finos, adulaban siempre que podían: por consiguiente, era prueba de mala educación sentarse así que se entraba. Después del

saludo de costumbre, que se hacía apretándose la mano cordialmente como ahora, o abrazándose, se pasaban algunos minutos en recorrer la habitación y en admirar los bronce, pinturas y muebles que la adornaban. Semejante conducta parecería muy impolítica en Inglaterra, donde el gran tono consiste en la indiferencia: por todo lo del mundo, no quisiéramos mostrar que nos admirábamos al ver la casa de un extranjero, por miedo a que pensase que era lo mejor que habíamos visto.

—¡Buena es esa estatua de Baco! —dijo el senador romano.

—¡Es una bagatela! —respondió Diomedes.

—¡Qué lindas pinturas! —añadió Fulvia.

—¡No son más que bagatelas! —contestó otra vez el dueño.

—¡Magnífico candelabro! —exclamó el guerrero.

—¡Magnífico! —repitió la sombra.

—¡Bagatelas! ¡Bagatelas! —seguía diciendo el comerciante.

Glauco se había acercado a una de las ventanas que daban a la azotea, y la envanecida Julia estaba a su lado.

—Glauco —dijo ella—, ¿es virtud ateniense huir de los que hemos buscado en otro tiempo?

—No, hermosa Julia.

—Pues me parece que esa es una de las cualidades de Glauco.

—Nunca he huido de un amigo —respondió el griego, dando cierta entonación a esta última palabra.

—¿Y puede Julia contarse en el número de vuestros amigos?

—Honraríase el Emperador con la amistad de tan amable persona.

—Eludís mi pregunta —respondió Julia—; mas decidme: ¿es verdad que admiráis a la napolitana Ione?

—¿No nos obliga siempre la hermosura a que la admiremos?

—¡Ah, griego sobrado sagaz; cómo esquiváis el sentido de mis palabras! Pero decidme: ¿de veras será Julia amiga vuestra?

—Bendeciré a los dioses si quiere concederme este favor: el día que tal honra reciba, lo marcaré con piedra blanca.

—Sin embargo, mientras me habláis están inquietos vuestros ojos; os ponéis de mil colores; os alejáis distraído; anheláis por ir a ver a Ione.

En aquel momento entraba; y, en efecto, se traslució en él la emoción que la celosa beldad le había causado.

—El que yo admire a una mujer, ¿puede hacerme indigno de la amistad de otra? No justificuéis así, ¡oh Julia!, los epigramas del poeta contra vuestro sexo.

Sí, tenéis razón; o al menos haré por figurármelo, Glauco. ¡Una palabra más! Vais a casaros con Ione: ¿no es cierto?

Si la suerte lo permite, tal es mi esperanza.

—Aceptad, pues, de mí, como prenda de renovación de la amistad, un regalo para vuestra futura esposa. Sabéis que siempre ha sido costumbre entre amigos dar a las

novias alguna señal de aprecio y de votos por su felicidad.

—Julia, no puedo rehusar prenda alguna amistosa de una persona como vos: por lo tanto, acepto ese don cual un presagio que me hiciese la misma Fortuna.

—En este caso, después que comamos, cuando se retiren los Convidados, bajaréis a mi cuarto conmigo, y le recibiréis de mi mano. ¡No lo olvidéis! —dijo Julia, yendo a unirse con la mujer de Pansa, y dejando a Glauco en libertad para buscar a Ione.

La viuda Fulvia y la mujer del Edil estaban en una discusión importante.

—Os aseguro, Fulvia, que, según las últimas noticias de Roma, ya se va pasando la moda de rizarse el cabello. Ahora se lleva el peinado alto, a manera de torre, como Julia; o bien, dispuesto en forma de casco a lo *Galerio*, según yo le traigo. Hace buen efecto. Segura estoy de que le gusta mucho a Vespicio: tal era el nombre del héroe de Herculano.

—¿Y no se lleva a la griega, como esa napolitana?

—¿De qué modo? ¿Abierta la raya en la frente y atados por detrás? ¡Oh, no; no hay cosa más ridícula! ¡Parece una estatua de Diana! Sin embargo, Ione está hermosa. ¡Ah!

—Eso dicen los hombres; pero es también rica. Se dice que va a casarse con el ateniense. Por mi parte, le doy la enhorabuena, creo que no le será fiel mucho tiempo, porque estos extranjeros son bien volubles.

—¡Oh Julia! —dijo Fulvia cuando se acerco a ella la hija de Diomedes—. ¿Habéis visto ya el tigre?

—No.

—Pues todas las damas han ido a verle. ¡Es soberbio!

—Supongo que tendremos algunos criminales para él y para el león —respondió Julia—. No anda vuestro esposo añadiendo encarándose con la mujer de Pansa tan listo como debía en este asunto.

—En verdad que las leyes son sobrado indulgentes —contesto la mujer del Edil—: son muy pocos los crímenes que se castigan con la arena, y así se afeminan los gladiadores.

—Los más valientes *bestiarii*^[96] dicen que no tienen inconveniente en lidiar un jabalí o un toro; pero que un león o un tigre es ya demasiado fuerte para ellos.

—¡Merecían ser coronados con una *mitra*^[97]! —replicó Julia con aire desdeñoso.

—¿Habéis visto la casa de nuestro apreciable poeta Fulvio? —preguntó la mujer de Pansa.

—No. ¿Es buena?

—Muy buena, y de lo más elegante; pero se dice que tiene pinturas tan indecentes, que no se atreve a enseñarlas a las damas ¡Qué mal hecho!

—Los poetas son estrafalarios —dijo la viuda—; mas Fulvio es un hombre interesante. ¡Compone tan lindos versos! Progresamos mucho en poesía: ya no se puede leer lo que se escribía antes.

—Es verdad —repuso la del casco; en la escuela moderna hay mucha más fuerza

y energía.

El guerrero se acercó a las damas contoneándose.

—¡Cuándo veo tales caras —dijo—, me reconcilio con la paz!

—¡Siempre sois galantes los héroes! —dijo Fulvia, apresurándose a aplicarse el requebro.

—Por esta cadena, que he recibido de mano del mismo Emperador —repuso el guerrero, jugando con una que llevaba a guisa de collar (pues las demás personas la traían colgando sobre el pecho)—, por esta cadena, no tenéis razón: soy franco como cumple a un soldado.

—¿Qué os parecen en general las damas de Pompeya? —preguntó Julia.

—¡Guapas, por vida de Venus! Verdad es que me favorecen un poco, y eso redobla a mis ojos sus encantos.

—Nos gustan los militares —dijo la mujer de Pansa.

—Veo que hasta es fastidioso el ser célebre en estos pueblos. En Herculano se suben a los tejados de mi *atrio* para verme por el *compluvio*. Al principio gusta la admiración de los conciudadanos; pero luego ya es pesada.

—¡Cuán cierto es eso, Vespio! —exclamo el poeta acercándose—. A mí me sucede lo mismo.

—¿A vos? —dijo el majestuoso guerrero mirando al poeta con el más inefable desdén. ¿En qué legión habéis servido?

—Podéis ver mis trofeos, mis *exuvios* (despojos de la victoria) en el Foro —replicó el poeta, dirigiendo a las damas una mirada significativa: he sido uno de los compañeros de lecho de los *contubernaes* del gran general de Mantua.

—No conozco general alguno que sea de Mantua —dijo gravemente el guerrero—. ¿Qué campaña habéis hecho?

—La de Helicon.

—¡Nunca he oído hablar de ella!

—¡Vespio, es una chanza! —dijo Julia riéndose.

—¡Una chanza! ¡Por vida de Marte! ¡No soy yo hombre que se chancee!

—Pues el mismo Marte estaba enamorado de la madre de las Risas —dijo el poeta algo acobardado—. Sabed, Vespio, que soy el poeta Fulvio. Yo soy quien immortaliza a los guerreros.

—¡Los dioses nos amparen! —dijo Salustio en voz baja a Julia—. ¡Si se immortalizara a Vespio, buena muestra tendría la posteridad de los fanfarrones de nuestra época!

El militar parecía cortado, cuando, con igual satisfacción suya y de sus interlocutores, dieron la señal de comer.

Habiendo visto ya el lector en casa de Glauco la rutina de una gran comida en Pompeya, nos ahorramos repetir aquí el pormenor de los platos y la manera como se colocaron en la mesa.

Diomedes, que era harto cumplimentero, había elegido un *nomenclátor*, cargo que

consistía en designar a cada uno su asiento.

Sabr  el lector que había tres mesas, una en el centro y otras dos a los extremos, lo que presentaba la forma de una π griega. Los convidados se tendían por la parte exterior, quedando libre la interior para la mayor comodidad del servicio. A la punta de una de las alas se sentó Julia, como reina de la fiesta, y a la otra Diomedes El Edil y el Senador romano ocupaban las dos esquinas de la mesa del centro, que eran los asientos de preferencia. Los restantes se arreglaron de modo que los más jóvenes, hombres o mujeres, se encontraban reunidos, y lo mismo los ancianos. Aquel orden tenía sus ventajas; pero a veces podía ofender a personas que hubiesen querido pasar por de menos años.

La silla de Ione estaba junto al lecho de Glauco^[98]. Los asientos eran embutidos de concha y cubiertos de colchones de pluma con ricos bordados de Babilonia. Había imágenes de dioses de bronce, marfil y plata, sin que se olvidaran el salero sagrado y los lares de la familia. Pend a del techo un soberbio dosel que cobijaba la mesa y los asientos. A cada extremo de ella lucían grandes candelabros, porque, aunque sobraba luz natural, a propósito se había oscurecido la sala. Trípodes puestos en diferentes partes esparcían el olor de la mirra y del incienso, y sobre el *abacuin* (aparador) había vasos, jarros y otros adornos de plata, casi con la misma ostentación y con más gusto del que hay en Inglaterra en tales circunstancias.

En vez de las oraciones que nosotros usamos, nunca dejaban ellos de hacer libaciones a los dioses, y Vesta, como reina de los domésticos, por lo común, recibía la primera este gracioso homenaje.

Acabada esta ceremonia, los esclavos echaron flores en los lechos y en el suelo, coronaron a cada uno de los convidados con guirnaldas de rosas y lazos sujetos con corteza de tilo, añadiéndoles un poco de hiedra y algunas amatistas, a título de preservativos contra la embriaguez; las guirnaldas de las mujeres no las tenían, porque no era costumbre que bebiesen vino... *en público*. Entonces fue cuando el presidente Diomedes tuvo a bien instituir un *basileus* o rey del festín, cargo importante, dado a veces por suerte, y a veces, como en aquella ocasión, escogido por el amo de la casa.

No dej  de verse apurado para saber a quien elegir. El Senador era harto circunspecto para desempeñar bien estos deberes: el edil Pansa, muy a propósito; pero con nombrar una persona de rango inmediatamente inferior al Senador aventuraba ofenderle. Mientras discutía entre si el mérito respectivo de los otros convidados, miró por casualidad la gozosa cara de Salustio, y casi por repentina inspiración elevó al jovial epicúreo al rango de *arbiter bibendi*, o sea director de los tragos.

Salustio recibí su nombramiento con toda la humildad debida.

—Será un monarca —dijo— lleno de clemencia para con los que beban mucho; mas para los sobrios Minos será menos inexorable.  Cuidado, señores!

Dieron vuelta a la mesa los esclavos con palanganas de agua perfumada, y, previa

esta ablución, comenzó el festín.

La conversación, vaga y general al principio, permitió que Ione y Glauco se entregasen a esos dulces coloquios en voz baja que equivalen a toda la elocuencia del mundo. Julia los acechaba con ojos de fuego.

—¡Qué pronto será mío su lugar! —dijo para sí.

Pero Clodio, que sentado a la mesa del centro podía ver cuanto pasaba en el rostro de Julia, columbró su despecho, y resolvió aprovechar la ocasión. Le dirigió vulgares galanterías a través de la mesa; y como era de alta cuna y de lucido talante, no fue tan exclusivo su amor al griego que la hiciese insensible a tales atenciones.

Entretanto los esclavos no descansaban un momento, gracias al vigilante Salustio, que daba sin cesar copa tras copa, con tal rapidez, que cualquiera hubiera pensado se proponía agotar las espaciosas bodegas que aún vería el lector en casa de Diomedes. El buen comerciante comenzaba a arrepentirse de su elección, porque se abrían y apuraban ánfora tras ánfora. Los esclavos, que todos eran muchachos de diez a quince años (y de los cuales los más pequeños echaban vino, al que los de más edad añadían agua), rivalizaban en celo con Salustio; tanto, que principió a encenderse la cara de Diomedes al ver la infernal complacencia con que secundaban los esfuerzos del rey del festín.

—¡Perdonadme, oh Senador! —dijo Salustio. ¡Veo que aflojáis, y no ha de valeros vuestro bordado de púrpura! ¡Bebed!

—¡Por los dioses! —dijo el Senador tosiendo ¡Si se me abrasa ya el pecho! ¡Vais con tan admirable prisa, que no puede compararse con vos el mismo Faetonte! Estoy enfermo, amable Salustio: dignaos tener consideración conmigo.

—¡No, por Vesta! Soy monarca imparcial y justiciero. ¡Bebed!

Las leyes del banquete obligaron a beber al pobre Senador. ¡Ah; cada trago le acercaba más y más a la laguna Estigia!

—¡Poco a poco, mi soberano! —dijo Diomedes gimiendo; que ya principiamos a...

—¡Traición! —interrumpió Salustio—. ¡No queremos aquí al rígido Bruto! ¡Nadie contrarie las órdenes del rey!

Pero las señoras...

—Les gustan los bebedores. ¿No se enamoró Ariadna de Baco?

Seguía el festín; cada vez iban volviéndose más bulliciosos los convidados; los postres estaban ya en la mesa, y los esclavos traían el agua con mirra y el hisopo para hacer la última ablución al mismo tiempo se abrió como por un resorte mágico un veladorcito que había frente de los convidados, y saltó sobre ellos y sobre la mesa una lluvia odorífera; luego que cesó quitaron el dosel que los cubría, y vieron una cuerda tirante próxima al techo: estaba saltando sobre sus cabezas uno de aquellos diestros bailarines tan célebres en Pompeya, y cuyos descendientes tanto adornan las funciones del teatro de Astley o Vauxhall.

Aquella aparición, separada solo por una cuerda del pericráneo de los convidados,

y que hacía las más peligrosas piruetas amenazando caer sobre ellos a cada instante, sin duda causaría cierto miedo a una sociedad de nuestros días; pero los aficionados pompeyanos contemplaron aquel espectáculo con una mezcla de curiosidad y de placer, y más aplaudían cuanto más próximo aparentaba estar el volatinero a caer en la cabeza de aquel sobre quien le daba por lucir sus habilidades. Tuvo también con el Senador la atención de dejarse caer y volver a la cuerda en el momento crítico de pensar todos que iba a verse la cabeza del romano lo mismo que la del poeta a quien tomó el águila por una piedra.

Al cabo, y para consuelo de Ione, a quien no agradaba mucho esta diversión, paróse de pronto el bailarín, mientras se oía la música desde fuera. Mas al punto tornó a bailar con más fuerza que antes: cambió el aire, y se detuvo otra vez. Era imposible disipar el encanto de que estaba poseído. Parecía un hombre a quien obligara a bailar una enfermedad extraña, y que no pudiera curarse sino oyendo cierta melodía^[99]. Al fin, como si el músico hubiera adivinado el aire que era preciso tocar, el bailarín se tiró de un salto al suelo, y desapareció.

Un arte cedió entonces a otro, y los músicos situados en la azotea exterior tocaron un aire dulce y tierno, al cual vinieron a unirse las siguientes palabras, que apenas se oyeron, tanto por la barrera que separaba a los cantores de los oyentes, como por la suma dulzura con que se pronunciaban:

LA MUSICA DE LOS BANQUETES DEBE SER SUAVE

I

*¡Oíd! ¡Oíd! Nuestro acento
por la floresta cruzando,
incauto va a resonar
en el callado aposento
donde Psilas^[100] dormitando
de la luz quiere escapar.*

*Cuando a su ninfa lozana,
la más hermosa sin duda
que en toda Creta nació,
buscó el dios una mañana,
de Pan en la flauta ruda
esta canción le enseñó.*

*¡Haz, arpa sonora y santa
de Afrodita a los oídos
tan dulces ecos llegar,*

*como el zumo de esa planta,
que embriagando los sentidos
viene el festín a alegrar!*

II

*¡Llame el clarín en buena hora
de Marte a los hijos fieros
con estrépito marcial,
que música tan sonora
propia es de pechos guerreros
y de su furor mortal!*

*Pero el canto que murmura
entre guirnaldas y flores
la casi apagada voz,
más dulce placer procura,
y de cumplidos amores
provoca el paso veloz.*

*Haz, ¡oh música encantada!,
que la voz de una querida
se nos figure tu son;
voz de una alma enamorada
que de dicha enloquecida
nos pondera tu pasión.*

No sé cómo fue; pero ello es que al final de este trozo se encendió el rostro de Ione, y Glauco halló modo de estrecharle la mano por debajo de la mesa.

—¡Es bonita la letra! —dijo Fulvio con aire protector.

—¡Ah; si fueseis tan amable que!... —dijo la mujer de Pansa.

—¿Quieres que cante Fulvio? preguntó el rey del festín, que acababa de brindar por el Senador romano con una copa por cada letra de su nombre.

—¿Lo dudas? —contestó la matrona, dirigiendo al poeta una mirada lisonjera.

Sonó Salustio los dedos, y habiéndose presentado un esclavo a tomar sus órdenes, le dijo algunas palabras al oído.

Desapareció, y volvió al punto con un arpa en una mano y un ramo de mirto en la otra.

Acercóse al poeta, y le presentó el instrumento haciendo una profunda reverencia.

—¡Si no sé tocar! dijo el poeta.

En ese caso, es preciso que cantéis al mirto. Es moda griega. Diomedes quiere a

los griegos, yo quiero a los griegos, vosotros queréis a los griegos, todos queremos a los griegos, y quédese entre nosotros: no es esto el único robo que les hemos hecho. Sea como quiera, yo introduciré la moda. ¡Yo, el rey! ¡Canta, súbdito, canta!

El poeta, con tímida sonrisa, tomó la rama de mirto, y después de un corto preludio cantó el siguiente trozo con voz dulce y agradable:

LA CORONACIÓN DE LOS AMORES

I

*Aprovechando una fiesta,
los Amorcillos traviesos
se dieron a mil excesos,
propios de su edad pueril.*

*Mas como juegos de amores
nunca se acaban sin llanto,
después de retozar tanto
tuvieron quimeras mil.*

*Tú, mi Lesbia, exclamaras:
¡Haber entre amores riña!
Culpa mía fue quizás;
pero hace una hora no más
nos paso otro tanto, niña.*

II

*Dicen antiguas sentencias
que hombres y dioses al cabo
sirven cual sirve el esclavo
a cierta tirana ley.
Por eso los rapazuelos
que libres vagaban antes,
por dulce paz anhelantes,
quisieron nombrar un rey.*

*¡Dame un beso, Lesbia mía,
que fuera en mi necesidad
buscar con tenaz porfía
un rey cuya tiranía*

menguara mi libertad!

III

*Vieron entre sus juguetes
un casco cuya cimera
por sus feas plumas
era de los lares el pavor.
El casco de Ares, por cierto,
fue el que revolviendo hallaron,
y en el trono le sentaron.
¿Hubo nunca rey mejor?*

*Puesto que el valor impera,
escogieron un valiente;
mas la plegada bandera
de tu sonrisa inocente
antes el mundo venciera.*

IV

*Pronto conoció el guerrero
que del broquel y la lanza
un niño a burlarse alcanza
y a reír de su poder.
Vio el casco su fuerza inútil,
no halló al desorden remedio,
y por aliviar su tedio,
tomó cansado... mujer.*

*Lesbia, sí es carga la vida
aun a los reyes pesada
cuando no está compartida,
¡no vaciles, mi querida
haz conmigo la jornada!*

V

*Todo lo observaba oculta
el ave de Amor curiosa.*

*El monarca por esposa
tomó a la paloma real.
Y la turba enloquecida
pobló de vivas el viento,
entonando en su contento
alegre coro nupcial.*

*Falta un trono a mi pasión,
Lesbia, que darte pudiera;
pero los reyes ¿qué son?
Mi trono es tu corazón.
¡Por mil mundos no le diera!*

VI

*Aplaudieron los Amores
de su reina la ventura,
porque esperaban dulzura
de su nueva autoridad.
¡Triste engaño! En el Olimpo
aprendió a mandar primero,
y nunca déspota fiero
desplegó mayor crueldad.*

*Aunque tarde, dueño mío,
yo también mi engaño vi.
Rindes suave el albedrío;
pero ¿qué tirano impío
se iguala después a ti?*

Esta canción, que no podía cuadrar mejor a la alegre y brillante imaginación de los pompeyanos, fue acogida con grandes aplausos, y la viuda quiso absolutamente coronar al poeta con la misma rama de mirto a que había dirigido sus cantos. No hubo dificultad en hacer con ella una guirnalda, y el inmortal Fulvio fue coronado en medio de palmadas y de los repetidos gritos de *¡Io triumphe!* (¡Viva, vitor!). Después todos tuvieron que cantar o tañer el arpa, y se presentó una nueva rama de mirto a los que no sabían acompañarse con el instrumento^[101].

Comenzaba a descender el Sol, aunque no se notaba en la oscurecida sala del festín. El Senador, que se sentía cansado, y el guerrero, que debía volver a Herculano, se levantaron para marchar, dando la señal de disolverse la reunión.

—¡Esperad un momento, amigos míos —dijo Diomedes—; y, ya que queréis

marcharos tan pronto, al menos participad de nuestra última diversión!

Al decir esto hizo seña a uno de los criados, que salió y trajo un azafate lleno de paquetitos cerrados, y al parecer todos semejantes. Cada convidado tenía que comprar uno, y pagarle al precio nominal de la moneda más pequeña de plata. La diversión de esta lotería, que introdujo Augusto y agradaba sobremanera, consistía en la desigualdad, y a veces hasta en la desproporción de los precios, cuya naturaleza e importe se especificaban en lo interior de los paquetes. Así, por ejemplo, el poeta sacó un ejemplar de sus propias obras, y ciertamente doctor alguno tragó nunca con más repugnancia una receta suya; el guerrero sacó un estuche con agujas de meter cintas, lo que dio lugar a buenas ocurrencias y a decir mil cosas nuevas sobre Hércules y el huso; a la viuda Fulvia le tocó una copa; a Julia, un rizo de hombre, y a Lepido, una caja de lunares. El lote más adecuado fue el del jugador Clodio, que bramó de cólera al recibir unos dados trucados^[102]. Empero un accidente que se miró como de mal agüero vino a amortiguar un tanto la alegría que había causado aquel juego. Cupo a Glauco la mejor suerte: una estatua chiquita de mármol, representando la Fortuna, obra de un escultor griego; pero al presentársela el esclavo, la dejó caer, y se rompió.

Un escalofrío se apoderó de todos los convidados, que exclamaron involuntariamente: *Dii avertite omen*: ¡Dioses, libradnos de la desgracia!

Solo él no mostró emoción alguna, aunque en el fondo de su alma acaso era tan supersticioso como los demás.

—*Acepto el augurio* —dijo tiernamente a Ione, que se puso tan pálida cual el mármol roto—: significa que cuando la Fortuna me hace donación de ti, no pudiendo ya darme más, ha creído que debía romper su imagen para siempre.

Atendida la clase de los convidados, sin duda nos parecería la sociedad extremadamente supersticiosa, si no viésemos aún en nuestras ciudades de provincia venir muy triste una señora porque ha salido la última de un salón donde había trece personas. Sea como quiera, a fin de desvanecer el susto producido por este incidente, coronando Salustio de flores su copa, brindó a la salud del anfitrión, luego a la del Emperador, y después de otra copa dirigida a Morfeo para que les enviase sueños agradables, se acabó la fiesta con otra libación, y se separaron.

Eran poco comunes los carruajes en Pompeya, por lo estrecho de las calles y lo reducido de la ciudad. Poniéndose, pues, los convidados sus sandalias, que se habían quitado al entrar en la sala del banquete, y cubriéndose con sus mantos, se parcharon a pie, seguidos de sus esclavos.

Después que Glauco vio partir a Ione, dirigiéndose hacia la escalera que bajaba al cuarto de Julia, fue conducido por una esclava a una habitación donde encontró ya sentada a la hija del comerciante.

—Glauco —dijo bajando los ojos—, veo que realmente amáis a Ione. En efecto; es muy hermosa.

—Es Julia lo bastante encantadora para ser generosa —respondió el griego—. Sí;

amo a Ione. ¡Ojalá encontréis un adorador tan sincero entre esa juventud que os admira!

—Pido a los dioses que oigan vuestra plegaria. Mirad, Glauco: estas perlas son el regalo que destino a vuestra esposa. ¡Juno le dé salud para llevarlas!

Al decir esto le puso en la mano una cajita con una sarta de perlas bastante gruesas y de valor. Era costumbre tan general entre las personas que iban a casarse el recibir estos presentes, que Glauco aceptó el collar sin gran escrúpulo, si bien el altivo y galán ateniense se había propuesto devolver en cambio otra cosa que valiese tres veces más. Cortándole Julia en medio de sus cumplidos, puso un poco de vino en una copa, y dijo sonriéndose:

—Habéis echado vuestro brindis con mi padre: echad uno conmigo. ¡Por la salud y la fortuna de vuestra esposa!

Tocó la copa con los labios, y en seguida se la ofreció a Glauco. La etiqueta exigía que él la apurase; e ignorando Julia la pasada de Nydia, se quedó mirándole fijamente. Aunque le había advertido la bruja que el efecto podía no ser inmediato, sin embargo, se lisonjeó de que obraría pronto el filtro en favor de sus encantos. Su expectación se engañó: Glauco dejó la copa fríamente en su lugar y continuó hablando en el mismo tono que antes, a pesar de que ella le entretuvo cuanto permitía el decoro. Ninguna mudanza hubo en sus maneras.

—Pero mañana —pensó ella con alegría y reponiéndose de su chasco—; mañana..., ¡ay de Glauco!

En efecto; ¡ay de él!

Capítulo IV

Se suspende por un momento la historia para dar lugar a un episodio.

Apecides, inquieto y agitado, paso el día errante por los más solitarios paseos de las inmediaciones de la ciudad. El Sol declinaba ya lentamente cuando él se detuvo cerca de una parte aislada del curso del Sarno, antes del punto en que este río entra en la morada del lujo y del poder. Tan solo de vez en cuando, por en; re los árboles y las viñas, se distinguía a lo lejos la ciudad blanca y resplandeciente, en la que, desde cierta distancia, no se oía ruido alguno ni el más leve murmullo que recordase el bullicio producido por los hombres entregados a sus quehaceres o a sus diversiones. El lagarto y la cigarra se escurrían por la hierba, y algún que otro pájaro entonaba de pronto algunas notas, para callar en seguida. Reinaba en todas partes una profunda calma, calma que no era la de la noche. Se había movido aire; los enjambres de insectos revoloteaban sobre el verde, y en la orilla opuesta la blanca y graciosa cabrilla ramoneaba la hierba, o se detenía al borde del agua para apagar su sed.

Miraba Apecides correr las ondas con aire pensativo, cuando oyó a su lado el débil ladrido de un perro.

—¡Cállate, pobre amigo! —dijo una voz—. ¡Note asuste el que llega, que no amenaza a tu amo!

El neófito reconoció al momento la voz, y habiéndose vuelto, descubrió al viejo misterioso que había visto en la congregación de los nazarenos.

Estaba sentado en una roca cubierta de musgo; a su lado se veían su palo y su saco; a sus pies, un perrillo compañero suyo en muchas expediciones peligrosas.

Su aspecto obró como un bálsamo consolador sobre el agitado espíritu del neófito. Se le acerco, y después de haberle pedido su bendición, sentóse junto a él.

—¿Estáis de viaje, padre mío? ¿Pensáis dejarnos ya?

—Hijo mío —respondió el anciano—, son tan cortos los días que me restan ya en la Tierra, que los empleo como debo: viajando de un punto a otro para fortalecer a los que se han reunido en nombre de Dios y proclamar la gloria de su Hijo, patentizada a su servidor.

—Me han dicho que habéis contemplado el rostro de Cristo.

—Sí; y me ha resucitado de entre los muertos. Has de saber, joven neófito, que yo soy aquel de quien habla el escrito del Apóstol. Muy lejos de aquí, en Judea, en la ciudad de Moisés, vivía una viuda, pobre de espíritu y triste de corazón, porque de todos los lazos que la sujetaban a la vida solo uno le había quedado: su hijo, y ella le amaba con un amor melancólico, pues le recordaba la imagen de los que había perdido. Este hijo murió, tronchóse la caña en que se apoyaba la infeliz mujer, y se

agotó el aceite de su cántaro. Llevaron el muerto en unas angarillas, y al llegar a las puertas del pueblo, donde se amontonaba una inmensa muchedumbre, cesaron los gritos dolorosos, porque pasaba el Hijo de Dios. La madre, que seguía al convoy, no prorrumpía ya en estrepitosos ayes; pero los que la contemplaban conocían bien que su corazón iba hecho pedazos. El Señor se apiadó de ella, y tocando al ataúd dijo: *¡Levántate y ven; yo te lo mando!*— Y el muerto se levantó y miró a la cara del Señor. ¡Oh; qué grave y tranquila era su frente! ¡Cuán difícil de describir era su sonrisa! ¡Cuánto brillaba la dulzura divina de aquel rostro consumido por el dolor! Me levanté, hablé: estaba vivo, y en los brazos de mi madre. ¡Sí; he aquí un muerto resucitado! El pueblo daba gritos de júbilo, las trompetas del entierro tocaban aires alegres. Todos clamaban a porfía: ¡Dios visita a su pueblo! Yo no los oí; yo no sentía, no veía más que el rostro del Redentor.

Detúvose el anciano vivamente conmovido, y el joven sintió helársele la sangre y erizársele el cabello. ¡Estaba en presencia de un hombre que había conocido el misterio de la Muerte!

—Hasta entonces —continuó el hijo de la viuda— había yo sido calavera como los demás hombres, mas sin perversidad: en nada pensaba sino en la vida y en el amor. Aún confesaré que tuve cierta inclinación a las sombrías creencias de los saduceos. Empero, despertado de entre los muertos, del seno de los sueños terribles, que no es permitido revelar jamás a esta boca, llamado a la Tierra para atestiguar el poder del Cielo, hecho mortal después de haber sido testigo de la inmortalidad, recibí del sepulcro una nueva vida. ¡Oh malaventurada; oh perdida Jerusalén! ¡Yo vi condenado a muerte horrible Aquel a quien debía el ser! ¡Yo vi la luz a lo lejos, y entre la multitud detenerse y brillar sobre la cruz! ¡Yo oí las imprecaciones del populacho; yo prorrumpí en gritos y amenazas; yo deliraba, y nadie me oía: perdíase mi voz en el torbellino y en el rugido de tantos millares de voces! Más aún; entonces, en medio de sus angustias y de las mías, me pareció que los ojos del Hijo del hombre, próximo a acabar, buscaban los míos; que su boca me sonreía triunfando de la muerte, y me decía que callase, y me tranquilicé. ¿Qué era el sepulcro para él, que le había desafiado por otro? Alumbró el Sol de perfil sus pálidas facciones, y luego desapareció. Cubrióse de tinieblas la Tierra, no sé por cuánto tiempo. Se oyó en el seno de la oscuridad un grito, grito penetrante y agudo, y luego hubo silencio en todas partes.

Pero ¿quién pintará el horror de aquella noche? Andaba yo por la ciudad. La Tierra se estremecía, las casas temblaban hasta los cimientos, los vivos habían abandonado las calles; pero *no los muertos*: los vi escurrirse entre las sombras, cubiertos entre los despojos de la tumba, el horror y el miedo pintados en sus inmóviles labios y en sus mustios ojos. Me tocaban al pasar y me miraban. Yo había sido su hermano, y me saludaban con la cabeza en señal de reconocimiento; se habían levantado para decir a los vivos que los muertos pueden levantarse.

Aquí se detuvo de nuevo, y cuando recobró la palabra fue en tono más sereno.

—Desde aquella noche abandoné todo pensamiento terrestre, excepto el de servir a *Él*. Predicador y peregrino, he recorrido las regiones más lejanas de la Tierra, proclamando su divinidad y llevando nuevas ovejas al redil. Voy como el viento; como él purifico, y como él siembro los gérmenes que enriquecen la tierra. En ella no volveremos a vernos más, hijo mío. No olvides la hora en que me has visto. ¿Qué son los placeres y las pompas de la vida? Lo mismo que la lámpara: arde una hora; mas la luz del alma es la estrella que centellea siempre en el seno del espacio sin límites.

Se extendió su conversación a las sublimes doctrinas de la inmortalidad, y sirvió para fortalecer y elevar el alma del joven neófito. Este, con su nueva fe, se parecía al prisionero que restituido a la claridad del cielo, queda aún impregnado de los vapores del húmedo calabozo donde estuvo preso mucho tiempo. Había una diferencia marcada entre el cristianismo del anciano y el de Olintho: la religión del primero era dulce, benévola, divina; el heroísmo del segundo, penoso, feroz e intolerante. Lo requería el papel que estaba llamado a representar: mejor le cuadraba el valor del mártir que la caridad del santo. Conmovía, alarmaba; pero el corazón entero del divino anciano estaba bañado en amor de Dios; la sonrisa de Cristo le había consumido todo el fermento de pasiones groseras y terrestres, dejándole con la energía de un héroe toda la dulzura de un niño.

—Ahora —dijo levantándose al cabo al ver el último rayo de Sol en el Poniente —, ahora, con la frescura de la noche, voy a seguir mi camino hacia la Roma imperial. Allí hay algunos santos que han contemplado como yo la faz de Cristo, y deseo verlos antes de morir.

—Pero la noche esta fría para vuestra edad, padre mío; el camino es largo, y andan ladrones. Estaos hasta mañana.

—Querido hijo, ¿qué hay en este saco capaz de tentar a un ladrón? Y respecto a la soledad y a la noche, es cuando se reúnen los ángeles y alcanza mi espíritu a ver a Dios en sus sueños. ¡Oh! ¡Nadie puede saber lo que sabe el peregrino durante su santa romería! Ningún temor le agita; no prevé peligro alguno, porque Dios está con él. Oye alegres noticias en el murmullo del viento; duerme en los bosques a la sombra de las alas del Eterno; las estrellas son las letras del cielo, la prenda de amor, el testimonio de la inmortalidad. ¡La noche es el día del peregrino!

Al concluir estas palabras el anciano estrecho a Apecides contra su corazón, y tomando su báculo y su morral, siguió su camino a paso lento y con los ojos bajos, mientras su perro corría alegremente delante de él.

Siguióle el neófito gran rato con la vista; pero, habiéndole ocultado los árboles y comenzado a brillar las estrellas en el cielo, salió de su cavilación, acordándose repentinamente de la cita que tenía con Olintho.

Capítulo V

Efecto del filtro.

Cuando Glauco volvió a su casa encontró a Nydia sentada en el pórtico del jardín. Había ido a esperarle con la única esperanza de que *quizás* se retiraría temprano. Inquieta, temerosa, tratando de prever lo que podía ocurrir, había resuelto darle el filtro a la primera ocasión, aunque al mismo tiempo deseaba en secreto que no se presentase tan pronto.

Extraña mezcla de osadía y timidez, que todos hemos experimentado en nuestra juventud. ¡Cuántas veces en nuestros paseos matutinos y en el tumulto de las reuniones del mundo hemos buscado y huido a la par el ídolo de nuestra pasión! ¡Cuántas veces hemos andado leguas para decirle una palabra, y nos hemos vuelto sin haberla pronunciado! Gracias al Cielo, cuando ya poseemos un poco de experiencia economizamos mejor el tiempo, porque tenemos menos juventud y menos amor que prodigar. En esta disposición de alma tan ansiosa y terrible, palpitándole el corazón y ruborizándosele la frente, esperaba Nydia halagándose con la posibilidad de que tornase Glauco antes de la noche. En efecto; llegó al oscurecer.

¡Ah, hija mía! ¿Estabas esperándome?

—No; venía de regar las flores, y descansaba un momento.

—Ha hecho calor —dijo Glauco, sentándose debajo de la columnata.

—¡Mucho calor!

—¿Quieres llamar a Davo? Me ha incendiado el vino que he bebido, y desearía tomar algo que me refrescase.

He aquí de repente y de la manera más inesperada la coyuntura que quería Nydia. Agitóse su respiración.

—Voy —dijo— a preparar yo misma esa bebida de verano que tanto le gusta a Ione: miel y vino flojo enfriado con nieve.

—Te lo agradezco —añadió Glauco—. Pues que le gusta a Ione basta: lo beberé de buena gana, aunque fuera veneno.

Frunció ella las cejas, y en seguida se sonrió. Se marchó, y vino al cabo de algunos instantes, con la bebida en la copa. Glauco la tomó en la mano. ¡Qué no hubiera dado Nydia en aquel momento, por tener vista una hora para ver realizarse por grados sus esperanzas, para ser testigo de la primera aurora del amor que iba a inspirar, para poder adorar con un culto semejante al de los persas el nuevo sol que iba a alumbrar su tenebrosa noche, según creía! ¡Ah! ¡Cuán diversos eran los pensamientos de la joven ciega y los de la vana Julia en tan idéntica situación! ¡Qué miras tan pobres y frívolas se habían reunido en el corazón de la última! ¡Qué despecho tan pequeño, qué baja venganza, que afán de mezquino triunfo borrraban los

atributos del sentimiento que ennoblecía ella con el nombre de amor! En el alma de la tesaliana todo era pasión pura, irresistible, inalterable por nada, ciega, no femenil, frenética, pero que no estaba manchada por elemento alguno de más baja naturaleza. Viviendo de amor, ¿cómo había de resistir al deseo de ser correspondida?

Se apoyó en la pared para sostenerse, y sus mejillas, tan animadas poco antes, se pusieron blancas como la nieve; con sus manitas apretadas convulsivamente, la boca entreabierta y los ojos fijos en tierra, esperaba las primeras palabras que iba a pronunciar Glauco.

Este se había llevado ya la copa a los labios y bebido una cuarta parte de la pócima, cuando, fijándose sus ojos por casualidad en la cara de Nydia, sorprendiéronle de tal manera la mudanza de sus facciones y la angustiosa expresión que en ellas se veía, que se detuvo de pronto y exclamó:

—Pero Nydia, Nydia, ¿estás mala? ¿Qué tienes? Tu rostro lo indica. ¿Qué sientes, pobre niña?

Al decir esto dejó la copa para acercarse a ella. Al punto sintió, en el corazón un súbito dolor, seguido de un vértigo en la cabeza: se le figuraba que huía el suelo bajo sus pies, que andaba por los aires; se apoderó de su espíritu una alegría petulante y sobrenatural. Hubiera querido tener alas, y hasta se levantaba del suelo como si las tuviera. Soltó involuntariamente una terrible carcajada, palmoteó, hizo cabriolas, dio saltos: parecía una pitonisa inspirada. De repente cesó, aunque no del todo, este transporte sobrenatural. Corría la sangre por sus venas con la rapidez de un torrente que se precipita en el Océano. La oía él correr; la sentía subírsele a la frente, hinchársele las venas de las sienes como si ya no pudiese contener el golpe de sangre que crecía. Después se extendió por su vista una especie de oscuridad, aunque no completa, porque veía al través de una nube relucir la pared de enfrente con un resplandor extraordinario; le pareció que se animaban las figuras allí pintadas y que se movían cual fantasmas. Lo más particular era que no estaba malo. Aquella novedad de sensaciones tenía para él algo de vivo y de brillante: se figuraba gozar salud más vigorosa.

¡Se iba volviendo loco, y no lo conocía!

No respondió Nydia a su primera pregunta; no le fue posible: la horrible carcajada de Glauco la había despertado de su apasionada incertidumbre. Ella no veía sus feroces gestos, no observaba sus vacilantes y contradictorios pasos; pero escuchaba las palabras vagas e incoherentes que salían de su boca. Se horrorizó: corrió hacia él a tientas hasta que tocó sus rodillas; después, postrándose, las abrazó, llorando afligida y asustada.

—¡Oh; habladme, hablad! —dijo—. ¡No me aborrezcáis! ¡Hablad, hablad!

—¡Por la diosa de la hermosura! ¡Chipre es un gran país! ¡Nos llenan de vino en lugar de sangre! Ahora le abren las venas al Fauno allí bajo para ver cómo salta y brilla. ¡Ven por aquí, ven, viejo dios de la alegría! Vas montando en un cabrón. ¿No es así? ¡Qué crines tiene tan largas y tan suaves! Equivale a todos los caballos

parthos. ¡Oye una palabra! Tu vino es demasiado fuerte para los mortales. ¡Oh; que gusto! ¡Las ramas se inclinan! ¡Las verdes olas del bosque han cogido al céfiro, y le han ahogado! Ni el más leve airecillo mueve las hojas, y veo los sueños dormir sobre la encina inmóvil con las alas recogidas; miro más allá, y veo una onda azul brillar a los fuegos del Sol, una fuente que echa el agua hasta las nubes. ¡Ah, fuente; por más que hagas, no apagarás los rayos de mi sol de Grecia, a pesar de todos los esfuerzos de tus ágiles y plateados brazos! ¡Calla! ¿Quién es esa mujer que veo deslizarse por entre las ramas? Parece un rayo de la Luna: está coronada de hojas de encina. Lleva en la mano un tazón boca abajo, de donde caen conchitas color de rosa y aguas relucientes. ¡Oh; mira qué cara! ¡Ningún hombre la ha visto semejante! Ve: estamos solos; no hay en el espacioso bosque más que ella y yo. No se sonríen sus labios; anda con paso grave y triste. ¡Oh; huye! ¡Es una de las silvestres Napeas^[103]! ¡El que la ve, se vuelve loco! ¡Huye! ¡Ya me ha descubierto!

—¡Glauco, Glauco! ¿No me reconocéis? ¡No habléis con tal extravío, o me mataréis de una palabra!

La revuelta cabeza del infeliz ateniense debió de sufrir un cambio en aquel momento. Puso las manos sobre los sedosos cabellos de Nydia, los acarició, la miró con ternura, y luego, como si en la cadena de sus ideas hubiese aún algunos eslabones por romper, parece que su cara le trajo el recuerdo de Ione; recuerdo que hizo más impetuosa su locura, porque se mezclaba a ella la pasión, y exclamó:

—Juro por Venus, por Diana y por Juno que aunque llevase ahora el mundo sobre mis hombros, a semejanza de mi compatriota Hércules en otro tiempo (¡miserable Roma! ¡Todo lo que hay en ti de grande ha venido de Grecia, y sin nosotros ni siquiera tendrías dioses!); digo que, a semejanza de mi compatriota Hércules en otro tiempo, le dejaría caer en el caos por una sonrisa de Ione ¡Hermosa, adorada Ione! —añadió con el acento más tierno y lastimero—. ¡No me amas, me maltratas! ¡El egipcio me ha calumniado! ¡No sabes las horas que tengo pasadas debajo de tu reja! ¡No sabes cuantas veces he velado más que las estrellas, amada mía, con la esperanza de que acabarás por levantarte! ¡Y no me amas! ¡Y me abandonas! ¡Oh; no me dejes ahora! Conozco que se acerca el fin de mi vida. ¡Permíteme al menos mirarte hasta mi último instante! Soy del hermoso país de tus padres; he trepado por las montañas de Phileo; he cogido jacintos y rosas en los olivares del Iliso. ¡No! ¡Tú no debías abandonarme, porque tus mayores eran hermanos de los míos! Y dicen que este país es amable y que estos climas son puros; pero yo quiero llevarte conmigo. Fantasma tenebrosa, ¿por qué te levantas como una nube entre ella y yo? ¡La muerte está sentada en tu frente, tranquila, pero espantosa; en tu boca está la sonrisa que mata! ¡Tu verdadero nombre es Orco (infierno); pero en la Tierra te llaman Arbaces! ¡Ya ves que te conozco! ¡Huye, oscura sombra, huye; no han de servirte tus encantos!

—¡Glauco, Glauco! —murmuro Nydia, soltando sus rodillas, cayendo sin conocimiento, abrumada bajo el peso del espanto, del remordimiento y de la angustia.

—¿Quién me llama? —exclamo con voz fuerte—. ¿Es Ione? ¡Se la han llevado!

¡Es preciso que la salvemos! ¿Dónde está mi puñal? ¡Ah; le tengo! ¡Ione, voy a socorrerte; voy, voy!

Al decir esto atravesó el pórtico de un salto, salió de la casa, y se lanzó como un rayo por las calles alumbradas por las estrellas, murmurando palabras incongruentes. El cruel brebaje corría cual fuego por sus venas, y quizás el efecto fue más pronto por el vino que había bebido antes. Los ciudadanos, acostumbrados a las extravagancias de los jóvenes que rondaban de noche, le cedían el paso sonriendo y haciéndose señas. Creíanle en un acceso de embriaguez; pero los que por casualidad fijaron dos veces los ojos en su rostro, se sobrecogieron de repentino terror y se les heló la risa en los labios. De este modo atravesó las calles más populosas, y siguiendo maquinalmente el camino que conducía a casa de Ione, entró en un barrio más solitario, y de pronto se halló en el bosque donde Apecides debía tener su entrevista con Olintho.

Capítulo VI

Reunión de diversos personajes.
Ríos que al parecer corrían separados, desembocan en el
mismo golfo.

Impaciente Arbaces por saber si Julia había dado ya la bebida a su detestado rival, y el efecto producido, resolvió ir a verla al anochecer para poner término a su ansiedad. Ya he indicado que a la sazón cuando los hombres salían acostumbraban llevar sus tablillas y su estilo pendientes del cinturón, que se quitaban en casa. En efecto; bajo la apariencia de un instrumento que no servía más que para escribir, los romanos usaban un arma muy aguzada y formidable, de donde se deriva acaso el puñal de los italianos. Con su estilo mató Cassio a César en el Senado. Salió, pues, Arbaces después de ponerse el manto y el cinturón; se dirigió a visitar a Diomedes, apoyándose en su bastón, a causa de estar débil todavía, por más que la esperanza y el deseo de vengarse conspirasen, con su ciencia en Medicina, que era grande, a restituírle sus fuerzas naturales.

¡Hermosa es la luz de la Luna en el cielo meridional! En esos climas reemplaza la noche al día tan de repente, que apenas los separa el crepúsculo. Se hace más viva por un momento la púrpura del horizonte; se suceden o mezclan mil tintes de rosas; la sombra aún es pálida y trasparente; luego se apaga de pronto la luz del día; miles de estrellas se descubren; sale la Luna, y principia el reinado de la noche.

Los rayos alumbraban, pues, con dulce y brillante claridad el antiguo bosque consagrado a Cibeles. Los majestuosos árboles, cuyos años se pierden en la tradición, daban sus sombras a la tierra, mientras por entre sus ramas se veían muchas estrellas. La blancura de la capilla situada en medio del bosquecillo y rodeada de un follaje sombrío tenía algo de sorprendente. Recordaba el solemne y santo fin a que había sido consagrada.

Escurriéndose Caleno, guarecido por los árboles, con paso acelerado y furtivo, llegó a la capilla, y apartando silencioso el ramaje, se puso cómodamente en acecho. Estaba tan bien situado, merced al templo que tenía delante y a la arboleda que le protegía detrás, que, a no saberlo, era imposible que le descubriesen. Reinaba en el bosque la más profunda soledad; se oía muy distante alguna que otra vez la música escuchada por los paseantes, que entonces, como ahora, invertían gran parte de la noche en la calle para gozar del fresco y de luz más débil al fulgor de la Luna.

Desde la eminencia en que estaba el bosquecillo se veían el espacioso mar, que murmuraba a lo lejos, las blancas quintas de Stabia, y al extremo del horizonte, las montañas Lacciarianas, que se confundían con el delicioso cielo.

Aparecióse la figura de Arbaces por un lado del bosque; iba a casa de Diomedes

en el momento en que pasaba Apecides para incorporarse a Olintho.

—¡Eh, Apecides! —dijo Arbaces, reconociendo al punto al sacerdote—. La última vez que nos vimos eras enemigo mío; después he querido verte, porque quisiera que fueses aún mi discípulo y mi amigo.

Sobresaltóse Apecides al reconocer la voz del egipcio, y parándose de pronto, le miró con cara que expresaba a la vez la amargura y el desprecio.

—¡Malvado e impostor! —dijo al cabo—. ¿Conque te has vuelto desde las puertas del sepulcro? ¡Mas no esperes cogerme otra vez en tus culpables redes *reciario*^[104]! ¡Estoy armado contra ti!

—¡Silencio! —interrumpió Arbaces con voz ahogada; pero el orgullo de aquel descendiente de reyes descubría la herida que le habían hecho los denigrantes términos en que habló Apecides, en el temblor de sus labios y en el color de que se cubrió su atezada frente.

—¡Habla más bajo, que pueden oírte; y si llegasen tus palabras a otros oídos!...

—¿Me amenazas? ¿Y qué que las oyese la ciudad entera?

—¡Los manes de mis antepasados no me permitirían perdonarte! Mas serénate y escucha. Estás resentido porque quise violar a tu hermana. ¡Calla! ¡Déjame; no te pido más que un instante! Tienes razón, fue un rapto de delirio, hijo de los celos. ¡Bien me he arrepentido ya de mi locura! ¡Perdóname! Yo, que nunca he implorado el perdón de un mortal, te suplico ahora me lo otorgues. Hago más; quiero reparar mi error: te pido tu hermana en matrimonio. No te sorprendas. ¡Piénsalo! ¿Qué vale la alianza de ese griego, comparada con la mía? Tengo riquezas sin número, cuna cuya antigüedad eclipsa la de toda la Nobleza advenediza de Grecia y Roma. En cuanto a mi ciencia, tú la conoces. Dame a tu hermana, y consagraré mi vida entera a reparar el error de un momento.

—Egipcio, aunque yo consistiese, mi hermana aborrece hasta el aire que respiras; además de que yo también tengo agravios propios que perdonar. Puedo olvidar que has hecho de mí un instrumento de tu superchería; pero nunca que me has seducido hasta el punto de hacerme partícipe de tus vicios y convertirme en un hombre envilecido y perjuro. ¡Tiembra, porque mientras hablo estoy preparando la hora que ha de correr el velo a ti y a tus falsos dioses! Se dará a luz tu vida disoluta y circea^[105]; serán descubiertos tus oráculos falaces. El templo de Isis provocará la befa pública, y el nombre real de Arbaces, el escarnio y la execración del pueblo. ¡Tiembra!

Al color que cubría la frente del egipcio sucedió una palidez mortal. Miró en torno de sí con aire inquieto, a fin de asegurarse de que no había nadie que pudiese oírle, y después echó al sacerdote una mirada tan colérica y amenazadora, que solo la hubiera soportado tranquilo un hombre lleno de la fervorosa osadía de su divino celo. Ello es que, lejos de bajar el neófito la cabeza, contestó a aquella mirada con otra de orgulloso desafío.

—¡Cuidado, Apecides! —dijo el egipcio con sorda y trémula voz—. ¿Qué es lo

que meditas? ¡Habla! ¡Piénsalo bien antes de responder! ¿Hablas arrebatado de una cólera vaga, sin propósito fijo, o tienes ya plan determinado?

—Hablo por la inspiración del verdadero Dios, de quien soy ahora servidor —respondió intrépidamente el cristiano—, y con la certeza de que su gracia ha fijado ya el día en que acabe el valor humano con tu hipocresía y tu culto infernal. Todo lo sabrás antes de tres auroras. ¡Tiembla, sombrío mago, y adiós!

Desencadenáronse a la vez en el seno del egipcio todas las pasiones que había heredado de su nación y de su clima; pasiones furiosas que apenas disimulaba con un exterior dulce y una pasiva filosofía. Diversas ideas le ocurrían con rapidez. Una barrera invencible se oponía aún a toda unión lícita con Ione: miraba en el palenque a Glauco, que había destruido todos sus proyectos; veía al que le afrentó y amenazaba profanar la diosa a quien servía, sin creerla; al próximo descubridor declarado de sus imposturas y de sus vicios. Su amor, su reputación, hasta su vida, podían peligrar. Estaban fijados el día y la hora en que había de estallar algún plan contra él. Apecides era ya partidario de la fe cristiana: él mismo lo dijo. Conocía el indomable celo que animaba a los prosélitos de tal doctrina. Tal era su posición. Echó mano a su estilo... ¡El enemigo estaba en su poder, delante de la capilla! Miró otra vez a su alrededor: no vio a nadie; el silencio y la soledad le tentaron.

—¡Muere, pues, temerario —murmuró—, ya que quieres detenerme cuando me arrastra el Destino!

En el acto de volverse para marchar el joven cristiano, levantó Arbaces la mano por encima del hombro izquierdo de Apecides, y le hundió dos veces en el pecho la aguzada hoja de su estilo.

Cayó pasado el corazón. Cayó sin decir una palabra, sin dar un gemido, al pie mismo de la sagrada capilla.

Contemplóle el egipcio un instante con la brutal y feroz alegría que inspira una victoria alcanzada sobre el enemigo; mas pronto se le ocurrió el peligro a que estaba expuesto. Limpió su arma cuidadosamente en el espeso césped y con los propios vestidos de su víctima; después se embozó en su manto; y ya iba a marcharse, cuando vio llegar hacia él, por la vereda de frente, un joven cuyo paso era incierto y desigual. Los rayos de la Luna le daban de cara, y parecía blanco como el mármol. Reconoció a Glauco: venía cantando una canción truncada, compuesta de fragmentos de himnos y odas, confundidos, sin orden ni contexto.

—¡Ah! —dijo el egipcio, adivinando al punto su estado y la causa que le producía—. ¡El infernal brebaje surte efecto, y el Destino te envía para que yo acabe aquí de una vez con dos enemigos!

Apenas se le ocurrió esta idea, se retiró a un lado de la capilla y se ocultó detrás de los árboles. Acechó desde allí, semejante a un tigre en su cueva, si se acercaba su segunda víctima. Observó la extraviada vista de los hermosos ojos del ateniense, las convulsiones que desfiguraban su elegante cuerpo, y sus labios descoloridos. Sin embargo, al aproximarse Glauco al cuerpo de Apecides, que yacía en la hierba lleno

de sangre, no pudo menos de afectarle tan extraño y horrible espectáculo. Se detuvo, y poniéndose la mano en la frente como para recoger sus ideas, dijo:

—¿Qué es eso, Endimion? ¡Muy profundamente duermes! ¿Qué te ha dicho la Luna? ¡Me causas celos! ¡Ya es hora de que despiertes! —Al decir esto, se bajó con ánimo de levantar el cuerpo.

Olvidando, no sintiendo el egipcio su propia debilidad, se arrojó sobre el griego, y le dio un golpe que le hizo caer sobre el cristiano; después, alzando la voz cuanto pudo, gritó:

—¡Ciudadanos, favor, favor! ¡Venid aquí..., aquí! ¡Un asesinato!... ¡Se ha cometido un asesinato casi en vuestro templo! ¡Socorro! ¡Qué se escapa el asesino!

Al mismo tiempo puso el pie sobre el pecho de Glauco. ¡Vana medida! Porque, obrando el brebaje con la caída, permanecía inmóvil e insensible, excepto algunos suspiros que daba de cuando en cuando.

Mientras el egipcio esperaba la venida de los que seguía llamando, acaso experimentó algún remordimiento: a pesar de sus crímenes, era hombre. El estado de Glauco tendido y sin defensa, las palabras interrumpidas que profería, su razón extraviada, le conmovieron más que la muerte de Apecides, y se dijo a sí mismo a media voz.

—¡Pobre barro, pobre razón humana! ¿*Dónde está tu alma ahora?* ¡Sería capaz de perdonarte, porque no eres más que un rival! Pero es menester que los destinos se cumplan: mi seguridad exige que te sacrifique.

Después, y como para ahogar sus remordimientos, se puso a gritar más fuerte que antes, y sacando del cinturón de Glauco el estilo, le mojó en la sangre del muerto y le puso allí cerca.

En esto ya habían acudido varios ciudadanos. Algunos llevaban antorchas, que hacía inútiles la Luna.

—¡Levantad ese cuerpo —dijo el egipcio— y asegurad al asesino!

Grandes fueron el horror y la indignación de los espectadores al reconocer en aquel cuerpo inanimado un sacerdote de la venerable Isis; mas acaso fue todavía mayor su sorpresa cuando en el acusado reconocieron al ateniense, objeto de la admiración universal.

—¡Glauco! —exclamaron todos a una voz—. ¡Es posible!

—Mejor creería yo —dijo uno a otro al oído— que ha sido el egipcio.

Entretanto llegó un centurión con aire de autoridad.

—¡Cómo! ¿Sangre derramada? ¿Dónde está el asesino?

Los asistentes señalaron con el dedo a Glauco.

—¡Él! ¡Por vida de Marte! ¡Más bien parece la víctima! ¿Quién le acusa?

—¡Yo! —dijo Arbaces irguiéndose con altanería; y las piedras preciosas con que brillaban sus vestidos a los ojos del soldado, le convencieron al punto de que era testigo fidedigno.

—Perdonadme; pero ¿cómo os llamáis? —dijo.

—Arbaces: soy bien conocido en Pompeya. Pasando yo por el bosquecillo, vi al griego y al sacerdote de Isis disputar con bastante calor. Extrañé los movimientos desordenados del primero, sus gestos violentos, su desentono de voz; me pareció ebrio o loco. De repente le vi alzar su estilo. Acudí, pero tarde, para evitar el golpe. Había herido dos veces a su víctima, y se inclinaba sobre ella, cuando, lleno de horror y de indignación, tendí al asesino por tierra. Cayó sin resistencia, lo que me confirmó en la sospecha de que no estaba en su juicio al cometer el crimen, porque, convaleciente yo de una grave enfermedad, fue muy débil el golpe que le di, y ya veis que Glauco es joven y fuerte.

—¡Ahora abre los ojos..., mueve los labios! —dijo el soldado—. Preso, ¿qué tenéis que decir?

—¡Ah!... ¡Ah!... ¡He hecho lo que debía! Cuando la bruja me azuzó su serpiente y vi a Hécate riendo a carcajadas, ¿podía hacer otra cosa? ¡Estoy malo! ¡Me siento débil! ¡Me ha mordido la inflamada lengua de la serpiente! ¡Llevadme a mi cama, y mandad llamar a vuestro médico! ¡Hasta el anciano Esculapio se apresurará a venir a cuidarme cuando sepa que soy griego! ¡Misericordia, misericordia! ¡Yo me abraso! ¡El fuego devora mi cabeza, y hasta la medula de mis huesos!

Y se dejó caer en brazos de los espectadores dando un espantoso gemido.

—Ha perdido el juicio —dijo el soldado con aire compasivo—; y fuera de sí, habrá matado al sacerdote. ¿Hay aquí alguno que le haya visto hoy?

—Yo —contestó uno— le vi esta mañana: pasó por delante de mi tienda, y se llegó a mí. Me pareció que estaba bueno y más fuerte que cualquiera de nosotros.

—Y yo —añadió otro— le he visto, media hora ha, por las calles, hablando solo y haciendo gestos raros, exactamente como lo ha descrito el egipcio.

—Esto confirma la acusación: no queda duda acerca de la verdad del hecho. De todos modos, es preciso llevarle a casa del Pretor. ¡Qué lástima! ¡Tan joven y tan rico! Pero su crimen es horrible. ¡Un sacerdote de Isis con su traje sagrado, y al pie de nuestro altar más antiguo!

Estas palabras recordaron más vivamente a la multitud lo tremendo del sacrilegio cometido, que parecía olvidado en el primer momento de sorpresa y de curiosidad. Todos se estremecieron de piadoso horror.

—¡No es extraño que haya temblado la Tierra, pues que soportaba semejante monstruo!

—¡Qué le lleven a la cárcel! —exclamaron.

Solo una voz chillona, sobresaliendo entre las demás, gritó muy contenta: *¡Ya tienen las fieras gladiador!*

*¡Oh!... ¡Qué placer, qué alegría!
¡Cuán gozosos van llegando!*

Era la voz cuyo coloquio con Medón hemos referido.

—¡Es verdad! ¡Es verdad! ¡Viene muy a propósito para los juegos! —repitieron otras voces, y con eso pareció haber muerto la lástima hacia el acusado. Su juventud y su belleza eran doble recomendación para la arena.

—Traed unas tablas o angarillas para poner el cadáver —dijo Arbaces—: un sacerdote de Isis no debe ser llevado a su templo por manos vulgares, a manera de gladiador vencido.

Al oír estas palabras, los espectadores pusieron boca arriba el cuerpo de Apecides, y algunos fueron a buscar unas angarillas para conducirlo sin exponerle al contacto de los profanos.

De pronto se separó la muchedumbre a derecha e izquierda para dejar paso a un hombre vigoroso. Un instante después el cristiano Olintho hallóse cara a cara con el egipcio Arbaces. En el acto sus ojos, llenos de tristeza y horror indecibles, se fijaron en aquel pecho ensangrentado y aquellas facciones que aún mostraban las señales de los sufrimientos causados por una muerte violenta.

—¡Asesinado! —dijo—. ¡Tu celo es quién te ha puesto así! ¿Será que hayan descubierto tu noble plan, y querido su venganza con tu muerte?

Levantando la cabeza, recayó su mirada casualmente en las graves facciones del egipcio.

Al mirarle leíanse en su rostro y en el ligero estremecimiento que le agitaba la repugnancia y aversión que naturalmente experimentaba el cristiano hacia un hombre a quien tenía por tan peligroso y criminal. Era la mirada del pájaro al basilisco: tan silenciosa y sostenida. Mas, saliendo Olintho del repentino frío que le había dado, tendió el brazo derecho a Arbaces, y dijo con voz solemne y mesurada:

—¡Se ha cometido un asesinato! ¿Dónde está el asesino? ¡Adelántate, egipcio! ¡Por el Dios vivo, creo que eres tú!

La inquietud y la turbación se pintaron en las sombrías facciones de aquel; mas cedieron a la expresión de cólera y de desprecio cuando, admirados los espectadores de una acusación tan súbita y vehemente, se agruparon alrededor de los principales actores de esta escena.

—Yo sé —dijo orgullosamente Arbaces— quién es mi acusador, y fácilmente adivino sus motivos. ¡Conciudadanos, sabed que ere hombre es el más fogoso de los nazarenos, o cristianos, como les da la gana de llamarse! ¿Será extraño que la malignidad le induzca a acusar a un egipcio del asesinato de un sacerdote de Isis?

—¡Le conozco; conozco a ese perro! —gritaron varias voces—. ¡Es Olintho el cristiano; o más bien, el ateo, porque reniega de los dioses!

—¡Silencio, hermanos míos! —dijo Olintho con dignidad—. ¡Escuchadme! El sacerdote de Isis asesinado había recibido fe cristiana antes de morir: me descubrió los pecados tenebrosos, los sortilegios de este egipcio, las mojigangas y las supercherías del templo de Isis. Estaba ya para denunciarlas al público. Extranjero, inofensivo, sin enemigos, ¿quién podía querer derramar su sangre sino uno de los que temían su denuncia? ¿Quién debía temerla más? Arbaces el egipcio.

—¡Ya lo oís —dijo este—, ya lo oís! ¡Está blasfemando! ¡Preguntadle si cree en Isis!

—¿Sí creo en un demonio? —respondió Olintho con valor.

Todos los circunstantes se estremecieron y lanzaron un agudo grito. El cristiano, preparado siempre al peligro, y que en el entusiasmo del momento perdía la prudencia, continuo sin intimidarse:

—¡Atrás, idólatras! ¡Ese cuerpo no debe ser manchado por vuestros necios y profanos ritos!, ¡a nosotros, a los servidores de Cristo, toca tributar a un cristiano los últimos deberes! ¡Reclamo estos despojos mortales en nombre del gran Creador, que se ha llevado el alma consigo!

Habló con voz tan imponente y solemne, que ni osó la turba expresar todo el odio y execración de que se sentía animada. Desde que Lucifer y el Arcángel lucharon por el cuerpo del poderoso Legislador, acaso nunca hubo asunto más digno del genio de la pintura. La sombra espesa de los arboles, el majestuoso templo, la Luna, cuyos rayos daban de lleno en el cadáver, la diversa expresión que se pintaba en el rostro de los circunstantes, el ateniense sin conocimiento en brazos de algunos de ellos, y, sobre todo, las dos figuras de Arbaces y del cristiano.

El primero, que excedía en estatura a cuantos le rodeaban, con los ojos fijos, los labios ligeramente fruncidos, señal de desafío y de desprecio; el otro descubría en la frente arrugada por los trabajos la majestad que acompaña a un carácter siempre igual; sus facciones estaban llenas de severidad y de franqueza; había en todo él una calma, una seriedad inefables, como si él también participase del respeto que inspiraba. Su mano izquierda señalaba al cuerpo, y la derecha al cielo.

El centurión se aproximó de nuevo.

—En primer lugar, Olintho, o como te llames, ¿tienes alguna prueba de la acusación que entabla contra Arbaces que no sea fu simple sospecha?

Aquel guardó silencio. El egipcio desplegó una sonrisa de desprecio.

—¿Reclamas el cuerpo de un sacerdote de Isis como de un miembro de la secta nazarena o cristiana?

—Jura, pues, por este templo, por la imagen de Cibeles, por esta capilla, la más antigua de Roma, que el difunto había abrazado vuestra fe.

—¡Hombre vano! Si reniego de vuestros ídolos, si aborrezco vuestros templos, ¿cómo he de jurar por Cibeles?

—¡Muera, muera, el ateo, muera! ¡Nos tragará la Tierra si toleramos en el sagrado bosque tales blasfemos! ¡Qué le lleven a la muerte!

—¡A las fieras! —añadió una voz de mujer de entre el pueblo—. ¡Con eso tendremos dos: uno para el león, y otro para el tigre!

—Nazareno —dijo el soldado, sin que le impusieran los gritos de la multitud—, si no en Cibeles, ¿en qué Dios nuestro crees?

—¡Escuchadle, oíd! —gritó el pueblo.

—¡Hombres vanos y ciegos! —prosiguió el cristiano alzando la voz—. ¿Podéis

creer en imágenes de madera y de piedra? ¿Pensáis que tienen ojos para ver, oídos para oír, o manos para socorreros? ¿Es una diosa ese objeto mudo, esculpido por el arte del hombre? ¿Ha creado al género humano? ¡Ay! ¡Todo lo contrario! Ella es hechura del género humano. ¡Convenceos, pues, de vuestra nulidad, de vuestra locura!

Al decir esto se adelantó hacia el templo, y antes de que se le ocurriese a nadie lo que iba a hacer, fuese por compasión o por temerario celo, echo abajo la estatua de madera.

—¡Ya veis —exclamó que vuestra diosa no puede vengarse! ¿Y es esto lo que se ha de adorar?

No le dejaron proseguir. Tan audaz sacrilegio, perpetrado contra uno de los templos más santos, llenó de rabia y de horror aun a los hombres más pacíficos. Se precipitó la gente sobre él, y, a no mediar el centurión, le hubieran hecho pedazos.

—¡Orden! —exclamó el soldado en tono de autoridad—. ¡Llevemos el blasfemo al tribunal competente! ¡Bastante tiempo hemos perdido! ¡Presentemos al magistrado los dos culpables! ¡Coloquemos el cuerpo del sacerdote en unas angarillas, y llevémoslo a su casa!

En aquel instante se adelantó un sacerdote de Isis y dijo:

—¡Reclamo esos restos, conforme a los fueros del sacerdocio!

—¡Obedézcase al *flamen*! —mandó el Centurión—. ¿Cómo está el acusado?

—Insensible o dormido.

—Si fuese menor su delito, pudiera yo compadecerle. ¡Vamos!

Al volverse Arbaces, encontró la mirada del sacerdote de Isis. Era Caleno; y había en aquella mirada algo tan significativo y siniestro, que el egipcio dijo para sí:

—¡Si habrá visto lo que ha pasado!

Salió una muchacha de entre la multitud, y miró fijamente la cara de Olintho.

—¡Por la fe de Júpiter! —exclamó—. ¡He aquí un reo vigoroso! ¡Ya tenemos hombre para el tigre; uno para cada fiera! ¡Viva!

—¡Viva! —gritó la muchedumbre—. ¡Uno para el león, y otro para el tigre! ¡Qué gusto! ¡Viva!

Capítulo VII

El lector sabe la posición de Glauco.
La amistad puesta a prueba.
Se dulcifica la animosidad.
El amor siempre es él mismo, porque el que ama es ciego.

Era ya muy avanzada la noche, y aún estaban muy concurridos los puntos de reunión de los ociosos de Pompeya. Se veía en su cara una desusada formalidad. Hablaban en muchos corros como si hubiesen procurado hacer menos vivo con la conversación el sentimiento de inquietud penosa y desagradable que motivaba sus discusiones. Era asunto de vida o muerte.

Pasó un hombre por el pórtico del templo de la Fortuna, y pasó tan deprisa, que tropezó fuertemente con la majestuosa corpulencia del respetable ciudadano Diomedes, que iba a su casa.

—¡Hola! —dijo el negociante con un quejido, recobrando el equilibrio con harta dificultad—. ¿No tenéis ojos, o pensáis que ya soy insensible? ¡Por vida de Júpiter!, ¡a poco echáis de mi cuerpo el soplo divino! ¡Con otro golpe como este, me lleva Caronte^[106] en su barca!

—¿Sois vos, Diomedes? ¡Perdonad mi inadvertencia! Iba absorto, pensando en las vicisitudes de la vida. Nuestro pobre amigo Glauco... ¡Ah! ¿Quién lo hubiera dicho?

—Pero enteradme, Clodio: ¿de veras comparecerá ante el Senado?

—Si; aseguran que el delito es tan extraordinario, que debe juzgarle el Senado mismo; de suerte que los lictores tienen que perseguirle en forma.

—Entonces, ¿le han acusado públicamente?

—Ya se ve que sí. ¿Pues dónde habéis estado, que lo ignoráis?

—Vengo de Neápolis, adonde fui a negocios al día siguiente de su crimen. ¡Es atroz! ¡Y cuando considero que estuvo en mi casa la misma noche que eso sucedió!

—Su delito no es dudoso —dijo Clodio encogiéndose de hombros—; y como esa clase de asuntos se despachan antes que los delitos de poca importancia, se darán prisa a acabar el proceso antes de los juegos.

—¡Los juegos! ¡Justos dioses! —repitió Diomedes estremecido—. ¿Será posible que le condenen a las fieras? ¡Tan noble, tan rico!

—Si al cabo, es un griego. Más lástima sería mil veces si hubiese sido romano. Se toleran esos extranjeros mientras son felices; pero en la adversidad no debemos olvidar que de hecho son esclavos nuestros. Además, nosotros los de la alta clase somos bastante indulgentes: Si su suerte estuviera en nuestra mano, no saldría del todo mal, porque, bien visto, ¿qué nos importa un sacerdote de Isis? ¿Qué vale la

misma diosa? Mas el pueblo es supersticioso. Pide a voces la sangre del impío, y será expuesto no ceder a la opinión pública.

—Y el blasfemo cristiano o nazareno, ¿cómo se llama?

—¡Oh! ¡Pobre perro! Si quiere sacrificar ante Cibeles o Isis, le perdonarán; si no, le echarán al tigre. Yo tal creo; pero el proceso decidirá. Hablamos mientras se vacían las urnas, y el griego aún podrá librarse de la « θ ^[107]» mortal de su propio alfabeto. Empero dejemos esto. ¿Cómo está la hermosa Julia?

Creo que bien.

—Dadle mis memorias. ¡Mas oíd! Rechinan los goznes de la puerta del Pretor. ¿Quién es el que sale? ¡Por vida de Baco! ¡El egipcio! ¿Qué tendrá que hacer con nuestro amigo el magistrado?

—Alguna conferencia acerca del muerto, sin duda —replicó Diomedes—. ¿Y cuál dicen que ha sido la causa del crimen? Glauco, debía casarse con la hermana del sacerdote.

—Sí; algunos aseguran que Apecides se ha opuesto a la boda. Acaso fue una disputa impensada. Glauco estaba en tal embriaguez, que le hallaron totalmente privado al levantarlo, y me han dicho por muy cierto que aún delira, no sé si a causa del vino, del espanto, del remordimiento, de las Furias o de las Bacantes.

—¡Pobre! ¿Tiene buen abogado?

—El mejor: cayó Polion, hombre elocuente que ha recorrido toda Pompeya comprometiendo a peso de oro a todos los patricios pobres, a todos los pródigos bien nacidos, a que se pongan trajes viejos y raídos y vayan por doquiera protestando su amistad a Glauco, que no les hubiese dirigido la palabra para que le eligiesen emperador. En esto debo hacerle la justicia de reconocer que era muy escrupuloso en la elección de sus amigos. Por lo demás, todos esos han de procurar enternecer a los ciudadanos en su favor; mas no lo conseguirán, porque Isis está muy en boga con el pueblo en la actualidad.

—¡A propósito! Yo tengo géneros en Alejandría; es preciso proteger a Isis a cualquier costa.

—¡Es verdad! ¡Adiós, amigo mío; pronto nos veremos! si no, habrá que hacer una pequeña apuesta en el anfiteatro. ¡Ese maldito accidente de Glauco ha descompuesto todos mis cálculos! Él había apostado por Lidon el gladiador: tendré que habérmelas con otro. ¡Vale!

Dejando a Diomedes, menos ágil, dirigirse solo a su casa, Clodio siguió su camino, tarareando un aire griego y perfumando la atmósfera de la noche con los olores que exhalaban sus vestidos blancos y sus flotantes cabellos.

—Si Glauco muere en las garras del león —decía para sí—, no tendrá Julia a quien amar tanto como a mí, y llegará a adorarme; de modo que, probablemente, tendré que casarme. ¡Por los dioses! ¡Comienzan a fallar los doce signos! Los hombres miran mi mano con aire sospechoso cuando meneo el cubilete. Ese infernal Salustio insinúa que hago trampas, y si se descubre que nis dados de marfil están

amañados, ¡adiós a los espléndidos banquetes y billetes olorosos! Clodio se verá perdido. Más vale, pues, casarme; mientras, puedo despedirme del juego y llevar mis bienes, mejor dicho, los de la amable Julia, a la corte del Emperador.

Rumiando así los sueños de su ambición, si tan hermoso nombre merecen los proyectos de Clodio, acercósele de pronto un extranjero; se volvió, y reconoció la sombría figura de Arbaces.

—¡Salud, noble Clodio! Perdonad si os interrumpo; tened la bondad de indicarme la casa de Salustio.

—Está cerca de aquí, sabio Arbaces; pero ¿recibe esta noche?

—No sé —respondió el egipcio—; además de que no sería yo tampoco de los que él buscara. Mas ¿no sabéis que está en su casa Glauco, el asesino?

—Sí, sé que ese buen epicúreo cree en la inocencia del griego. En efecto; me recordáis que ha salido fiador de él, y, por consiguiente, es responsable de sus actos hasta que se celebre el juicio^[108], hasta que se le sentencie. Más vale la casa de Salustio que la cárcel, y, sobre todo, que el miserable tabuco del Foro. Pero ¿qué tenéis vos que hacer con Glauco?

—Pensaba, noble Clodio, que sería una fortuna para nosotros Si pudiésemos salvarle. El suplicio de un hombre rico es un golpe que recibe la sociedad. Quisiera hablar con él, porque me han dicho que ha recobrado el juicio, para asegurarme del verdadero motivo de su crimen: acaso envuelva circunstancias atenuantes.

—Sois hombre benéfico, Arbaces.

—La beneficencia es un deber en el que aspire a la sabiduría —respondió modestamente el egipcio—. ¿A qué lado está la casa de Salustio?

—Yo os la enseñaré, si me permitís que os acompañe —respondió Clodio—. Y decidme: ¿qué ha sido de la pobre muchacha que iba a casarse con el ateniense, la hermana del muerto?

—¡Ah! Está casi loca. Unas veces echa imprecaciones contra el asesino; después se detiene y exclama: Pero ¿a qué maldecir? ¡Hermano mío! ¡No era Glauco tu asesino! ¡Jamás lo creeré! Luego comienza de nuevo, tórnase a parar, y murmura tristemente para sí: ¿Y si lo fuera, sin embargo...?

—¡Desdichada Ione!

—Y gracias que las solemnes honras que requiere la religión para los muertos la han distraído y echóle olvidar a Glauco y su propia situación. Parece no sospechar siquiera que este se halle preso y próximo a sufrir su sentencia. Cuando se acaben los funerales volverá en sí, y temo que moleste a sus amigos para socorrer al asesino de su hermano.

—Será preciso evitar semejante escándalo.

—Ya he tomado mis precauciones al efecto. Soy su tutor legal, y me han dado permiso para trasladarla a mi casa después del entierro de Apecides: allí, si los dioses quieren, estará segura.

—Habéis hecho bien, sabio Arbaces. Esa es la casa de Salustio. ¡El Cielo os

proteja! ¡Escuchad! ¿Por qué estáis tan triste y tan poco sociable? Me han asegurado que a veces también sabéis estar alegre. ¿Por qué no queréis que os inicie en los placeres de Pompeya? Puedo jactarme de que nadie los conoce mejor que yo.

—Os lo agradezco, noble Clodio, y creo que nada aventuraría bajo vuestros auspicios; mas a mi edad sería ya un discípulo bastante torpe.

—¡Oh! ¡No lo temáis! ¡He convertido a septuagenarios! Además, que los ricos nunca son viejos.

—Vos me lisonjeáis; quizás llegue día en que os recuerde vuestra oferta.

—Siempre estará a vuestras órdenes Marco Clodio. ¡Vale!

—Yo, naturalmente, no soy sanguinario —dijo el egipcio entre si luego que se vio solo—. ¡No quisiera más que salvar a ese griego! Si confesando su crimen consiente en morir para Ione y me libra en adelante de todo temor de ser descubierto, *puedo* salvarle, persuadiendo a Julia que declare haberle dado un filtro, y esto le servirá de descargo. Si no confiesa el crimen, es menester que no hable Julia y que él muera. ¡Sí; para que no sea mí rival entre los vivos, sino mi apoderado cerca de los muertos! Pero ¿lo confesará? ¿No se le puede convencer de que, en efecto, dio el golpe en su delirio? Este arreglo me convendría más que su muerte ¡Es preciso probar fortuna!

Al concluir su monólogo se encontró delante de la puerta de Salustio, cuando descubrió una figura sombría envuelta en un manto y tendida al través de la puerta.

Estaba tan inmóvil, y eran tan vagos sus contornos, que cualquiera menos él hubiera creído ver una de esas horribles *lamas* que para volver prefieren el umbral de las casas que ya han habitado; mas no cabían estas supersticiones en el carácter de Arbaces.

—¡Levántate —dijo, dándole con el pie en la cara, que impides el paso!

—¡Ah!, ¿quién sois? —exclamó la figura con lastimera voz, y se levantó; la luz de las estrellas dio en el pálido rostro de la tesaliana Nydia—. ¿Quién sois? Yo conozco esa voz...

—Joven ciega, ¿qué haces aquí a esta hora de la noche? ¿Está eso bien en tu sexo ni en tu edad? ¡Vete a recoger, muchacha, vete!

—Os conozco —dijo Nydia en voz baja—; sois Arbaces el egipcio. —Y después, como impelida de una repentina inspiración, se echó a sus pies, abrazó sus rodillas, y exclamó con acento de extravío y de pasión—: ¡Terrible y poderoso mortal! ¡Salvadle! ¡Salvadle! ¡No es él culpable, sino yo! ¡En esta casa se halla enfermo, moribundo; y yo, yo soy la detestable causa! ¡Y no quieren dejarme que le vea! ¡Repelen a la pobre ciega! ¡Oh! ¡Curadle! ¡Vos sin duda tendréis algún simple, algún hechizo, algún antídoto, porque solo una bebida es causa de su furor!

—¡Calla, hija mía! ¡Todo lo sé! ¿No te acuerdas de que acompañé a Julia a ver a la Saga? Ella sin duda le dio el brebaje; mas su reputación exige que guardes silencio. No te acrimines a ti misma. Lo que ha de ser será: entretanto yo voy a ver al reo; aún es posible salvarle. ¡Vete!

Al decir esto se desasíó de las manos de la desesperada Nydia y dio un gran golpe

a la puerta.

Al cabo de algún tiempo se oyeron quitar grandes barras de hierro, y entreabriendo el portero, gritó: ¿Quién es?

—Soy Arbaces. Tengo que comunicar a Salustio una noticia importante acerca de Glauco, de parte del Pretor.

El portero, medio bostezando y medio gruñendo, abrió paso al egipcio Adelantóse Nydia, y...

—¿Cómo está? —preguntó—. ¡Decídmelo, decídmelo!

—¡Ah! ¿Eres tú otra vez, loca? ¿No te da vergüenza? Dicen que ha recobrado el juicio.

—¡Loados sean los dioses! ¿Conque no queréis dejarme entrar? ¡Ah; os lo suplico!

—¿Dejarte entrar? ¡Por cierto que no! ¡Tendrían de qué arrepentirse mis espaldas Si introdujese gente de tu especie! ¡Vete a tu casa!

Cerróse la puerta, y Nydia, dando un profundo suspiro, volvió a sentarse sobre la piedra fría, y cubriéndose el rostro, tornó a su triste velada.

Arbaces en tanto había llegado ya al *triclinio*, donde a la sazón cenaba Salustio con su liberto favorito.

—¡Cómo! ¿Arbaces a estas horas? ¡Tomad una copa!

—Buen Salustio, no he venido a molestaros para participar de vuestros placeres, sino para asuntos formales. ¿Cómo sigue vuestro prisionero? Se dice en la ciudad que ya ha recobrado el juicio.

—Es verdad —dijo Salustio, enjugando una lágrima, pues era bueno en medio de su calaverismo—; mas se hallan tan resentidos su constitución y sus nervios, que está desconocido: no es ya aquel brillante y placentero joven de otros tiempos. Lo más raro es que no acierta a explicar el repentino frenesí de que se vio acometido: no conserva más que una idea vaga de lo que pasó; y a pesar de vuestro testimonio, sabio Arbaces, solo sostiene con firmeza y energía que está inocente de la muerte de Apecides.

—Salustio —respondió el egipcio con gravedad—, hay en el asunto de vuestro amigo muchas circunstancias que merecen especial indulgencia, y si conseguimos que confiese su crimen y el motivo que le impelió, podría esperarse mucho de la clemencia del senador, árbitro, como sabéis, de dulcificar la ley o de hacerla más severa. Para esto he hablado con la autoridad superior de la ciudad, de quien he obtenido permiso para una conferencia particular con Glauco esta misma noche. ¿Sabéis que la causa se ve mañana?

—¡Oh! —dijo Salustio—. ¡Seríais verdaderamente digno de vuestro nombre oriental y de vuestra fama si le arrancaseis alguna noticia, algún dato! Podéis probar. ¡Pobre Glauco! ¡Tan buen apetito como tenía antes, y ahora no come nada absolutamente!

Enternecióse el benévolo epicúreo con esta idea. Suspiró, y pidió a sus esclavos

que le llenasen de nuevo la copa.

—Es tarde —dijo el egipcio—; permitid que le vea sin demora.

Hizo Salustio una señal de asentimiento, y le condujo hacia un cuartito custodiado por fuera por dos esclavos adormecidos. Abrióse la puerta, y alejóse Salustio a instancia de Arbaces, el cual quedó solo con el ateniense.

Ardía al lado de la cama uno de esos grandes y vistosos candelabros que se usaban en aquella época, y tenía una sola lámpara. Su pálida luz daba en el rostro del enfermo. Conmovióse Arbaces al ver la mudanza de aquella fisonomía. Habían desaparecido los hermosos colores de su tez: sus mejillas estaban ojerosas; sus labios, pálidos y contraídos. ¡Terrible fue la lucha entre la razón y la locura, entre la vida y la muerte! La juventud y la fuerza habían triunfado; pero la frescura de la sangre y del alma, la esencia de la vida, lo que constituye su adorno y su gloria, se había perdido para siempre.

Sentóse el egipcio tranquilamente al lado del lecho. Glauco seguía inmóvil y sin advertir su presencia. Al cabo de una larga pausa habló así el primero:

—Glauco, hemos sido enemigos. Vengo a buscarte, solo, en medio de la noche; vengo a presentarme a fuer de amigo tuyo, y acaso a fuer de salvador.

A la manera que se sobresalta el caballo al reconocer las huellas del tigre, así saltó Glauco de repente en su cama, sin aliento, asustado, jadeando, a los inesperados acentos y súbita aparición de su rival. Encontráronse sus miradas, y ni uno ni otro tuvieron fuerza en el momento para desviar los ojos. Cambió el ateniense varias veces de color, y la bronceada frente del egipcio palideció más también. Al cabo, volviéndose Glauco después de dar un débil gemido y de pasarse la mano por la frente, se dejó caer en el lecho y murmuró:

—¿Estoy soñando todavía?

—No; estás despierto. Por mi mano derecha y la cabeza de mi padre, ves delante de ti al que puede salvarte la vida. ¡Escucha! Sé lo que has hecho; mas sé también cuál es tu disculpa, y tú la ignoras. Has cometido un asesinato; es verdad, un asesinato sacrílego. ¡No frunzas las cejas; no te alteres! ¡Estos ojos lo han visto! Mas repito que puedo salvarte. Puedo probar que estabas loco, y, por lo tanto, sin facultad de obrar libremente; pero es preciso que confieses el crimen. Firma este papel; reconoce que eres el asesino de Apecides, y evitarás la fatal sentencia.

—¿Qué significa esa palabra? ¡Asesino! ¡Apecides! ¿No le encontré yo por tierra muerto y bañado en su sangre? ¿Y querías persuadirme de que fui yo quien le maté? ¡Mientes, te digo! ¡Apártate!

—¡Glauco, no seas tan vivo! El hecho está probado. Además, es natural que no te acuerdes de que en tu delirio hiciste una cosa cuya idea te habría estremecido en tu sano juicio. Probaré a refrescar tu memoria cansada. Sabes que estabas paseándote con el sacerdote y disputando acerca de su hermana; sabes que él era intolerante semi-nazareno, que quería buscarte, y que reñisteis, que criticó tu modo de vivir y juró que no consentiría en tu boda con Ione, y en aquel momento de cólera y furor le

diste el golpe. ¡Vamos, vamos; estoy seguro de que te acuerdas de esto! Lee este papel: contiene lo que acabo de decirte. ¡Fírmale, y te salvas!

—¡Bárbaro! ¡Dame ese mentiroso escrito, que le haga pedazos! ¿Quién? ¿Yo asesino del hermano de Ione? ¿Yo iría a confesar que he tocado un solo cabello de una persona tan querida de ella? ¡Antes morir mil veces!

—¡Míralo bien! —dijo Arbaces en voz baja—. ¡No hay más que una alternativa: la confesión y la firma..., o el anfiteatro y la boca del león!

Al fijar el egipcio los ojos en el enfermo, vio con alegría que se inmutaba al oír estas últimas palabras.

—¡Grandes dioses! —murmuró el ateniense—. ¿Qué revés de fortuna es este? Se me figura que ayer me acariciaba la vida en medio de rosas. ¡Ione era mía, la salud, la edad y el amor me prodigaban sus tesoros! ¡Y hoy la enfermedad, el delirio, el baldón y la muerte! ¿Por qué? ¿Qué he hecho? ¡Estoy delirando todavía!

—¡Firma, y te salvas! —insistió el egipcio con la mayor dulzura.

—¡No, tentador; jamás! —exclamó Glauco en otro rabioso arranque—. ¡No me conoces; no conoces la altivez de un alma ateniense! Ha podido aterrarme un momento la perspectiva de la muerte; pero ya se me ha pasado el susto. ¡El que inspira el deshonor sí que es eterno! —exclamó—. ¿Quién había de envilecer su nombre por salvar su vida? ¿Quién había de cambiar un alma pura por una existencia infamada? ¿Quién, mintiéndose a sí mismo, había de entregarse al oprobio y morir degradado a los ojos de la gloria y del amor? ¡Si hay hombre tan cobarde que lo haga, no esperes, vil bárbaro de Oriente, que sea quien ha nacido en el suelo de Harmodio y respirado el aire de Sócrates! ¡Déjame vivir sin remordimiento, o morir sin temor!

—¡Piénsalo bien! ¡Mira las garras del león, los alaridos del populacho, sus miradas fijándose en tu agonía y en tus mutilados miembros! ¡Quedarás deshonorado, no tendrá tu cuerpo sepultura, y ese mismo oprobio que temes te acompañara para siempre!

—¡Tú deliras! ¡Tú sí que estás loco! No consiste el oprobio en perder la estimación de los hombres, sino la de uno mismo. ¡Vete, te digo! ¡Me es odiosa tu vista! ¡Siempre te he aborrecido; mas ahora te desprecio!

—Me marchó —dijo Arbaces, herido y exasperado, con cierta lástima de su víctima, a quien admiraba a su pesar—. Me marchó. ¡Aún nos veremos dos veces: una, ante el Tribunal; otra, ante la muerte! ¡Adiós!

Levantóse el egipcio y salió del cuarto. Entró un instante a ver a Salustio, ofuscado con los vapores del vino.

—Sigue delirando —le dijo—, o es efecto de su terquedad; mas no hay esperanza para él.

Salustio, que no tenía gran resentimiento contra el acusador, porque tampoco su virtud era muy austera, y que estaba más afectado de la desgracia de su amigo que persuadido de su inocencia, respondió:

—¡No digáis eso! Es preciso ponerlo todo en juego para salvar a tan buen

bebedor. Este pleito es entre Baco e Isis.

—¡Veremos! —contestó el egipcio.

Levantáronse otra vez las barras de hierro, y volvió a abrirse la puerta. Salió Arbaces a la calle, y la pobre Nydia tornó a interrumpir su larga facción.

—¡Le salvaréis! —exclamó juntando las manos.

—Hija mía, sígueme; necesito hablarte. Solo por consideración a él te lo pido.

—¿Y le salvareis?

Ninguna respuesta percibió el ansioso oído de la joven ciega. Arbaces había dado ya algunos pasos en la calle. Vaciló ella un instante; pero al cabo le siguió en silencio.

—¡Es necesario poner a buen recaudo esta muchacha —dijo para sí—, no sea que vaya a declarar algo acerca del filtro! Por lo que hace a la vanidosa Julia, buen cuidado tendrá de callar por su propio interés.

Capítulo VIII

Funerales clásicos.

Mientras Arbaces empleaba así el tiempo, el pesar y la muerte reinaban en la habitación de Ione. Al siguiente día eran las honras de Apecides. Había sido trasladado el cuerpo del templo de Isis a la casa de la pariente más próxima del difunto, la cual a un tiempo supo el asesinato de su hermano y la acusación de su novio. El primer exceso del dolor, que le hace a uno insensible a otra cosa que a su propio padecimiento, y el silencio de sus esclavas, que temían afligirla más, le impidieron saber los detalles de la situación de su amante. Ignoraba su enfermedad, su delirio y la causa que le seguían. Solo supo que estaba acusado, y rechazó con indignación la idea de que pudiera ser culpable. Cuando le dijeron que el acusador era Arbaces, no necesitó más para convencerse de que él era el asesino; mas la suma importancia que daban los antiguos a las menores ceremonias relativas a la muerte de un pariente había aprisionado su pesadumbre y su convicción en las cuatro paredes del cuarto donde yacía depositado el cadáver. ¡Ay! No logró desempeñar con él el tierno y penoso deber, impuesto al pariente más cercano, de recoger, si es posible, el último suspiro, el alma fugitiva de un ser amado; pero al menos pudo cerrar sus ojos y su boca, velar cabe aquel barro sagrado, que cubierto de preciosos ungüentos estaba tendido con traje de fiesta en un lecho de marfil; pudo cubrirle de verdura y de flores; pudo renovar la rama de ciprés delante de la puerta. Y entre estos dolorosos oficios, sus lamentaciones y sus plegarias, Ione se olvidó de sí misma. Uno de los usos más graciosos de la antigüedad era el que demandaba que los jóvenes se enterrasen al nacer el día, porque, esforzándose los antiguos por explicar la muerte de la manera más dulce, su poética imaginación les había hecho suponer que gustando la aurora de los jóvenes, se los llevaba para convertirlos en amantes suyos; y aunque en esta ocasión no pudiera aplicarse la fábula al sacerdote asesinado, no por eso dejó de seguirse la costumbre general.

Ocultábanse una tras otra las estrellas del cielo, que se cubría de un matiz blanquecino, y la noche cedía lentamente a la luz, cuando un grupo fúnebre se colocó delante de la puerta de Ione. Largas antorchas cuyo brillo palidecía con la naciente luz proyectaban sus rayos sobre diversas caras, que por entonces todas tenían igual expresión de gravedad y de tristeza. Luego resonó una música lenta y fúnebre, que cuadraba bien a la ceremonia, y cuyos sonidos se perdían a lo lejos en las desiertas calles, mientras un coro de mujeres *praeficae* (plañideras), de que tanto hablan los poetas latinos, acompañaban con sus voces a las flautas, cantando lo que sigue:

CANTO DE LOS FUNERALES

*¡Ven; llega al umbral triste
donde crece el ciprés, y no la rosa,
que al lujo y pompa de la vida asiste
y te debiera ornar!*
*¡Llega, oh viajero, por la negra orilla
del Cocito ignorado! ¡Te lo ruega
cada amorosa lágrima que brilla
bailando nuestros ojos al cantar!*
*Tu guirnalda colgada
de la noche en el lóbrego palacio
te espera ya la Muerte en su morada
te prepara un festín.*
*Agua del no cenagoso y feo
va tu copa a llenar: bebe, y reposa
para emprender el último paseo
que darás de la vida en el jardín.*
*No hallarás a tu paso
ni músicas, ni risas placenteras,
aguardando impacientes del Ocaso
el triunfo a celebrar,
ni saldrá a competir alegre el coro
con los vivos destellos y cambiantes
que ostenta Febo cuando en carro de oro
va por el ancho mundo a pasear.*
*Las Danaides^[109] llorosas,
su labor prosiguiendo interminable;
el Titán infeliz, que poderosas
siente en el corazón
las garras, ¡ay!, del buitre carnicero.*
*Tántalo, para siempre sitibundo
y en agua zambullido el cuerpo entero,
para aumentar su sed y su aflicción;
Sisifo, condenado
a hacer que rueda su pesada roca,
bajando siempre el escarpado monte
y tornando a subir;*
*Gerión, el monstruo de cabeza horrible:
estos son los adustos personajes
que en los dominios de Plutón terrible
te van a recibir.*
Ya tocas, vacilante,

*pálido y tembloroso en la ribera
de ese funesto río; ya el instante
llega de eterno adiós.
La barquilla esta cerca; solo aguarda
para bogar que el funeral termine;
rompiendo entonces la corriente parda,
al lado opuesto cruzaréis los dos.
¡Oh amigos sin consuelo
del fantasma que vaga entre las sombras
buscando sepultura! ¡Acabe el duelo!
¡Presto, presto acudid,
que la antorcha impaciente se refleja
sobre el pálido azul del horizonte,
y os ruega el alma en lastimera queja!
¡Sed píos; sus tormentos concluid!*

Cuando cesó el canto se dividió el grupo, y sacaron de la casa el cuerpo de Apécides, puesto en su lecho y cubierto con un paño de púrpura. El *designator* o director de la triste ceremonia, seguido de los que llevaban las antorchas, vestidos de negro, dio la señal, y echó a andar la comitiva.

A la cabeza iban los músicos tocando una marcha grave. Los tristes sonidos de los instrumentos, cuyo diapasón era bajo, eran interrumpidos a veces por los ecos de la trompeta funeral. Detrás de los músicos iban los llorones alquilados cantando los himnos de los muertos, y las voces de las mujeres se mezclaban con las de los jóvenes, cuya edad hacía aun más palpable el contraste de la vida con la muerte: eran la hoja verde y la hoja marchita. Mas los cómicos, los bufones y el *archimimo* (director de las muecas), cuyo deber consistía en hacer el muerto, y que, por lo común, seguían a todos los entierros, se suprimieron en una ceremonia acompañada de circunstancias tan dolorosas.

Detrás iban los sacerdotes de Isis con su ropaje blanco como la nieve, descalzos y con haces de espigas. Delante del cuerpo marchaban la imagen del difunto y la de sus muchos antecesores atenienses. Inmediatamente después del ataúd se veía entre sus mujeres la única parienta del difunto que había sobrevivido. Llevaba descubierta la cabeza; los cabellos, en desorden; el rostro, mas pálido que el mármol, pero tranquilo y sereno, excepto alguna vez que, despertándole la música algún tierno recuerdo, se cubría la cara con las manos y derramaba silenciosas lágrimas, porque su dolor no era estrepitoso: no daba gritos, no hacía gestos desordenados, expresión que distingue a los dolores menos sinceros. En aquel siglo, como ahora, el dolor profundo era mudo.

Así continuó la comitiva por las calles de la ciudad, salió de la puerta, y llegó al cementerio extramuros, donde todavía puede verle el viajero.

La hoguera funeral, hecha de abeto verde y otros combustibles, se alzaba bajo la

forma de un altar, y la circuían esos melancólicos cipreses que la poesía ha consagrado a los sepulcros hace tanto tiempo. Así que se colocó el féretro en la hoguera, habiéndose abierto las filas de los asistentes, se acercó Ione y permaneció algunos momentos inmóvil y en silencio delante del insensible cuerpo. Las facciones del muerto no tenían ya la dolorosa expresión que sigue a una muerte violenta; la calma había ya sucedido para siempre al espanto, a la duda, a los combates, de las pasiones, al terror religioso, a la lucha entre lo pasado y lo presente, entre la esperanza y el miedo del porvenir: de ninguno de los sentimientos que atormentaban y afligían el alma de aquel joven aspirante a la santidad de la vida quedaba huella en la terrible serenidad de aquella frente en que nada se leía, y de aquella boca que ya no respiraba. Contemplábale su hermana, y no se oía el más leve ruido entre la multitud. Había algo de terrible y de dulce a la vez en aquel silencio, y cuando al cabo se rompió, fue de una manera repentina, con un grito fuerte y apasionado; el grito de una desesperación muy comprimida que se desahogaba.

—¡Hermano mío, hermano mío! —exclamó la pobre huérfana arrojándose sobre el lecho—. ¿Qué enemigo has podido suscitar, tú que no hacías daño ni aun al gusano que estaba bajo tus pies? ¿Es cierto que te he perdido? ¡Despierta! ¡Despierta! Nos criamos juntos, y henos aquí separados para siempre. ¡No estás muerto! ¡Estás dormido! ¡Despierta! ¡Despierta!

Su voz penetrante excitó la simpatía de los llorones de profesión, que se pusieron a dar groseros alaridos. Esto la hizo sobresaltarse y la volvió en sí. De pronto abrió los ojos, y confusa, como si hubiera reparado por primera vez en las personas que la rodeaban.

—¡Ah! —dijo estremeciéndose—. ¡Conque no estamos solos!

Después de una corta pausa se levantó, y su noble y pálida fisonomía mostraba ya su primitiva calma. Abrió los ojos del difunto con mano trémula; pero cuando aquellos ojos vidriosos, que no respiraban ya amor ni vida, encontraron los suyos, dio un grito cual si hubiese visto un espectro. Volviendo después a su sangre fría, le besó muchas veces los ojos, la boca, la frente, y, sin saber lo que hacía, tomó la antorcha funeral de manos del gran sacerdote.

La música, los cantos y los lloros anunciaron el nacimiento del fuego.

HIMNO AL VIENTO

I

*Dulce y sagrado viento, que dormido
de blandas nubes en tu lecho yaces,
¡despierta al escuchar nuestro gemido!
Por dulce y por sagrado te tendremos,
quienquiera el padre de tu origen sea,*

*ya el Austro fiero impela tus fugaces
pasos, ya el Euro préstete su soplo,
o dete aliento el glacial Borea;
y tanto te queremos
como a Zéfiro mismo, cuando, ornada
la Cabeza de flores,
va por cima de escarcha planteada
su ninfa Flora a requerir de amores.*

II

*¡Ve cuál la ondulación del incensario
te siembra de perfumes el camino!
¡Nunca de Tempe el valle solitario,
ni de la hermosa Chipre los pensiles,
exhalan perfume tan divino!
Ve en torno a nuestros vasos revolando
de mirra, nardo y casia nubes miles,
para que cuando lleguen
tus pies, calzados de luciente plata,
la fragancia en la atmósfera desplieguen.*

III

*¡Viento, origen eterno
de cuanto vive y es! El ser que diste
a estas cenizas, ven, torna a llevarte.
¡Sube, brillante fuego del Averno!
¡Corre, aire libre, con tu vuelo triste,
y lleve cada cual su propia parte!*

IV

*¡Viene ya! ¡Viene va! ¡Ved! Se adelanta
el invocado Viento, que le arrima
ansiosas lenguas a la hoguera santa,
y batiendo sus alas, más la anima.*

*¡Cuánto gimen las llamas y se estiran
en su lucha con él! ¡Cómo serpientes crecen,
se encogen y hacia arriba giran!
¡Anda, fuego terrible;
no deshagas tus roscas relucientes!
¡A los brazos envuélvanse del Viento,
que espera de la Muerte cabe el trono
su parte a reclamar cada elemento!*

V

*¡Moved el incensario!
¡Movedle, y con más plácidos acentos
de la voz funeral el aire vibre!
¡Oh tú, alma escapada
de la cárcel terrestre, despojada
la mortal corteza! ¡Ya eres libre!
¡Y libre para siempre! Agradecida
debes estar a la implacable hoguera,
pues le ganas al viento en su carrera,
y no hay cadenas para ti en la vida.
¡Alégrate! Podrá tu navecilla
de la Estigia surcar las negras ondas
hasta que llegues a la Elísea orilla,
desde donde nos llaman
las personas que amamos y son muertas.
Tú ya no eres esclava de la Tierra.
¡Alma libre eres ya! Mas a nosotros,
¿hasta cuándo la vida dará guerra
y del reposo se abrirán las puertas?*

Entonces subió a los aires la odorífera llama, mezclándose a los primeros fuegos de la aurora; arrojó su vivo resplandor sobre los sombríos cipreses, se elevó sobre los muros de la ciudad, y el pescador matutino se alarmó al ver el color rojizo que daba a las ondas de la tranquila mar.

Empero Ione estaba sentada aparte y sola, con la cabeza entre las manos. No veía el fuego, no escuchaba los llores ni la música, no experimentaba más que un sentimiento: el del abandono; no había llegado aún a conocer el motivo de la santa confianza que nos dice que no estamos solos, que los muertos están con nosotros. La brisa ayudó eficazmente a los combustibles de la hoguera. Poco a poco fue

debilitándose su fuego, hasta que se apagó: emblema también de la vida. Donde poco antes una llama activa esparcía animación y vitalidad, no quedaron más que tristes y abrasados restos.

Los concurrentes apagaron las últimas chispas y recogieron las cenizas. Humedecidas en los vinos más raros y en los más preciosos perfumes fueron encerradas en una urna de plata, y esta colocada en uno de los sepulcros que daban al camino; dentro se pusieron la botellita llena de lágrimas, y la moneda con que debía pagar al terrible Barquero. Cubrióse el sepulcro de flores y de coronas, y le rodearon de lámparas, mientras humeaba el incienso en el altar. Mas al día siguiente, cuando el sacerdote volvió con nuevas ofrendas, encontró una palma verde que una mano desconocida había añadido a las honras hechas por la superstición pagana. No la quitó, porque ignoraba que fuese el emblema sepulcral del cristianismo.

Luego que se acabaron estas diversas ceremonias una de las plañideras roció tres veces a los concurrentes con la purificadora rama de laurel, pronunciando la palabra *Ilicet* (idos), y el rito había terminado.

Antes de retirarse los circunstantes dieron varias veces el tierno adiós entre lágrimas: ¡*Salve aeternum*^[110]! Aún estaba allí Ione al cantar el último himno.

SALVE ETERNUM

I

*¡Adiós, alma que ya nos dejaste!
¡Adiós, alma sagrada y querida!
En la orilla fatal y temida
a esperarte la barca estará.
Mas las rápidas horas nos llevan
a emprender sin remedio igual viaje;
tú vas solo a pedir hospedaje
que esta noche ocupemos quizás.*

II

*Vano fuera de ti despedirnos.
Nuestro pecho leal es tu tumba
tu recuerdo no temas sucumba
del olvido a la fuerza jamás.
Cual hechizo expelerle podría
del que habita escondido santuario.
Es nuestra alma tu altar funerario,*

la memoria es el flamen de hoy más.

III

*¡Se acabo! Ya la chispa ha saltado
de la hoguera a merced de los vientos.
¡Lo que es vuestro tomad, elementos!
¡Sombras, por una alma salid!
A ti alivio será nuestra pena
cuando pases la fúnebre orilla,
si el amor a la vida se humilla,
vence siempre a la muerte en la lid.*

IV

*En la guirnalda que las sienes orna
un instante la rosa fresca esta;
mas el ciprés que al cementerio adorna
verde y lozano con el tiempo va.*

Capítulo IX

En el cual le sucede a Ione una aventura.

Ione y sus doncellas regresaban tristemente mientras algunas personas se quedaron para participar del banquete funeral con los sacerdotes. Tributados ya los últimos honores a su hermano, salió del estupor en que estaba sumida. Volviéronse sus pensamientos a su futuro esposo y a la terrible acusación que pesaba sobre él. Como y* hemos dicho, no solo no la creía, sino que, llena de las mayores sospechas contra Arbaces, conocía que la justicia hacia su amante y hacia su hermano la obligaban a recurrir al Pretor y comunicarle sus presunciones, por vagas que fuesen. Habiendo preguntado a sus esclavas, que guardaron silencio, repetimos, para no aumentar su tristeza, supo que Glauco se hallaba enfermo de peligro, y preso en casa de Salustio, y que se había fijado día para que compareciera ante el tribunal.

—¡Líbrele los dioses! —exclamó ella—. ¿Cómo he podido olvidarle tanto tiempo? ¿No parece que he querido huir de él? Es preciso que me apresure a hacerle justicia y a mostrar que le creo inocente, aunque soy la más allegada al difunto. ¡Pronto, pronto, volando! ¡Quiero consolarle, prodigarle mis cuidados, sostener su valor! Y si no me oyen, si rehúsan ceder a mi convicción y le condenan a muerte o destierro, quiero correr su suerte, cualquiera que sea.

Apretaba el paso por instinto, confusa, extraviada y casi sin saber a dónde iban; queriendo acudir primero ora al Pretor, ora a Glauco. Ya había salido fuera de la puerta de la ciudad y entrado en la larga calle de enfrente. Las casas estaban abiertas; mas aún no había movimiento en las calles, cuando de pronto encontró un grupo de hombres junto a una litera cubierta. Salió del carro una gran figura, y dio un grito Ione, pues reconoció a Arbaces.

—¡Hermosa! —dijo con dulzura y como si no reparara en su espanto—. ¡Pupila, discípula mía! Perdóname si interrumpo tus piadosos dolores; pero el Pretor, celoso de tu honra y decoro, desea que no se te envuelva imprudentemente en el proceso que va a ventilarse, atendida la crítica posición en que te hallas teniendo que perseguir la venganza de tu hermano, aunque temblando por la vida de tu esposo. En fin, compadeciendo el Juez tu abandono y pensando que sería cruel dejarte proceder sin consejo y llorar sola, te ha confiado al celo de tu tutor natural, en virtud de su previsión y sabiduría. He aquí el escrito que te entrega a mi cuidado.

—¡Apártate, sombrío egipcio! —exclamó Ione alejándose con orgullo—. ¡Tú eres quien ha muerto a mi hermano! ¿Y han de poner a la hermana en tus manos, donde aún humea su sangre? ¡Ah! ¡Palideces! ¡Habla tu conciencia! ¡Tiembles al pensar en los rayos de un dios vengador! ¡Sigue tu camino, y déjame sola con mi amargura!

—Esa amargura te quita el juicio —dijo Arbaces haciendo por conservar en el

tono de su voz la calma habitual—. ¡Te perdono! Ahora, como siempre, encontrarás en mí tu mejor amigo. Pero el camino público no es bueno para que hablemos, ni para que yo te consuele. ¡Aproximaos, esclavos! ¡Vamos, bella pupila; la litera te aguarda!

Afligidas y asustadas rodearon a Ione sus esclavas asiéndola de los vestidos.

—Arbaces —dijo la de más edad—, esto no es conforme a la ley. ¿No está escrito que durante los nueve días de los funerales no pueden ser molestados los parientes del difunto, ni en sus habitaciones ni en su solitario dolor?

—Esclava —replicó Arbaces haciendo una indicación con la mano—, no es contra las leyes funerales llevar una pupila a casa de su tutor. Repito que he obtenido permiso del Pretor. ¡Dejémonos de dilaciones indecorosas! ¡Ponedla en la litera!

Dicho esto cogió fuertemente a Ione por la cintura. Ella retrocedió, le miró a la cara con entereza, y soltó una carcajada histérica.

—¡Ah! ¡Ah! ¡Bien! ¡Muy bien! ¡Excelente tutor! ¡Ley paternal! ¡Ah! ¡Ah!

Asustada ella misma del eco de tan terrible carcajada conforme se fue disipando, cayó sin conocimiento. Al minuto entraba ya en la litera con Arbaces. Los portadores adelantaron con velocidad, y la desgraciada no tardó en desaparecer de la vista de las afligidas esclavas.

Capítulo X

Qué es de Nydia en casa de Arbaces.
El egipcio se compadece de Glauco.
La compasión es muchas veces un huésped inútil para el
culpable.

Recordara el lector que, por orden de Arbaces, le había seguido Nydia a su casa, y por sus remordimientos y por las declaraciones que le arrancó su desesperación supo que ella, y no Julia, era quien había dado a Glauco la bebida fatal.

En otra ocasión cualquiera la filosófica curiosidad del egipcio habría querido sondear el origen y profundidad de la extraña y absorbente pasión que no había cesado de alimentar aquella rara muchacha, a pesar de su esclavitud y su ceguera; pero entonces tenía bastante con pensar en sí mismo. Después de su confesión se echó a sus pies la pobre Nydia, suplicándole que volviese a Glauco la salud y la vida, porque, joven e ignorante, creía al mago árbitro de hacer ambas cosas a su albedrío. Sin escucharla, Arbaces cada vez se penetraba más de la necesidad de tenerla presa hasta que se viese la causa, porque si cuando solo la creía cómplice de Julia reputó peligroso al éxito de su venganza dejarla en libertad, cuando podía comparecer al tribunal en concepto de testigo y declarar que Glauco estaba loco, más de temer era que confesase lo que había hecho, arrastrada por el amor, para enmendar su falta salvando al hombre a quien amaba aun a costa de su deshonor. Por otra parte, ¿no sería indigno de la clase y de la reputación de Arbaces si se publicaba que había halagado la pasión de Julia y asistido a los impíos ritos de la Saga del Vesubio? Solo venció su repugnancia a que declarase la hija de Diomedes por el deseo de persuadir a Glauco a que confesase el asesinato de Apecides, medida que consideraba la más a propósito para su seguridad y el éxito de su amor a Ione.

En cuanto a Nydia, por su ceguera no sabía los usos del mundo. Además, su cualidad de esclava y de extranjera impedía que pudiese estar enterada de la severidad de las leyes romanas. Pensaba mucho en la enfermedad y en el delirio de su ateniense, y muy poco en el crimen de que le acusaban, según oyó decir vagamente, y en los riesgos a que le exponía el proceso. Esta infeliz, a quien nadie hablaba ni se dirigía, ¿qué podía saber del Senado y de sus sentencias, dé los azares de la ley, de la ferocidad del pueblo, de la arena y del león? Estaba hecha a unir al pensamiento de Glauco cuanto de grande y de venturoso hay en el mundo, y no concebía que amenazase a aquella sagrada cabeza más riesgo que el de su propio amor. Ella sola había turbado el curso de su felicidad; no sabía que olas en otro tiempo tan brillantes iban corriendo hacia las tinieblas y la muerte. Imploraba, pues, el auxilio del gran egipcio para devolver a Glauco la razón de que *ella* le había privado, para salvar la

vida que *ella* había puesto en peligro.

—Hija mía —dijo Arbaces saliendo de su distracción—, es menester te quedes aquí. No está bien que andes por las calles y que te atropellen los groseros pies de los esclavos. Tengo lástima de ti por el crimen que has cometido. Haré cuanto pueda para remediarlo. Espera con paciencia algunos días, y te devolverán a Glauco.

Dicho esto, y sin esperar respuesta, salió al punto del cuarto, que cerró por fuera con una barra de hierro, dando orden al esclavo encargado de vigilar aquella parte de la casa para que proveyese a las necesidades de la prisionera.

Entonces, solo con sus reflexiones, esperó los primeros rayos de la aurora, y así que aparecieron marchó, según hemos visto, a apoderarse de Ione.

Su primer designio respecto de la infeliz napolitana era el que había confesado francamente a Clodio; es decir, evitar que se interesase en favor de Glauco, y al mismo tiempo le acusara a él, lo que de fijo hubiera hecho, del acto de perfidia y violencia que antes había ejercido con ella. Esto revelaba sus motivos de venganza hacia el preso y la hipocresía de su carácter, y, por lo tanto, resultaba dudosa la veracidad de su declaración contra él. Hasta después de haber encontrado a Ione aquella mañana y oído sus quejas no se enteró de que había otro riesgo que temer a consecuencia de la sospecha que ella tenía de su crimen. Empero luego que la llevó a su casa se lisonjeó de haber conseguido su fin y de que tenía en su poder los objetos de su pasión y de su sobresalto. Creyó más que nunca en las lisonjeras promesas de los astros; y cuando fue a visitarla en su cuarto, situado en lo más remoto de su misteriosa morada, cuando la halló abatida por tantos golpes, saliendo de un síncope y cayendo en otro, pasando de la violencia a la postración, presa de continuos ataques de nervios, mas pensó en su belleza, que podían desfigurar las convulsiones, que en las pesadumbres que le había acarreado.

Con la vanidad propia de los hombres que se han salido con todos sus propósitos, se lisonjeó de que, muerto Glauco e infamado su nombre por un fallo solemnemente legal, perdidos todos sus derechos al amor de ella, como asesino de su hermano, aquel cariño se convertiría en horror, mientras, por el contrario, su pasión y su ternura, con los artificios que sabía emplear para deslumbrar la imaginación femenil, le elevarían al imperio de un corazón de donde su rival acababa de ser echado tan vergonzosamente. Esta era su esperanza, pero aunque le fallase, le decía su pasión, tan impía como ardorosa: ¡En todo caso, ahora está en tu poder!

A pesar de eso no dejaba de experimentar el temor y la inquietud que acompañan al riesgo de ser descubierto, aunque el culpable sea sordo a la voz de su conciencia; ese vago terror por las resultas del crimen, que muchas veces se confunde con el remordimiento. Le parecía pesado el aire de la Campania; suspiraba por dejar los lugares donde creía no poder vivir sin peligro; y pues al cabo tenía a Ione consigo, tomó la secreta resolución, así que hubiese presenciado los últimos suspiros de su rival, de marcharse a cualquiera país lejano, llevándose sus tesoros y a ella, que era su principal riqueza.

—Sí —dijo dando largos paseos en su solitario cuarto—; la ley que me ha confiado la persona de mi pupila, me hace también dueño de mi esposa. ¡Surcaremos los anchos mares en pos de nuevos goces y de placeres desconocidos! Alentado por los astros, sostenido por los presentimientos de mi alma, penetraremos en esos hermosos mundos ocultos todavía en las más lejanas extremidades del Océano, según me dice la ciencia. Allí este corazón, dueño de Ione, acaso despertará para la ambición; allí, entre naciones que no se han doblegado al yugo romano, y que ni siquiera han oído el nombre de Roma, puedo fundar un Imperio y establecer las creencias de mis mayores; puedo reanimar las cenizas del antiguo Imperio de Tebas, seguir en más nobles riberas la dinastía de mis coronados padres, y encender en el generoso corazón de Ione el deseo de compartir su suerte con un hombre que lejos de una civilización vieja, corrompida y esclava aspire a resucitar una raza poderosa reuniendo en su alma enérgica los atributos de un profeta y de un rey.

Al acabar este triunfador monólogo salió para asistir a la causa del ateniense.

Menos le afectó el aspecto de las pálidas y hundidas mejillas de su víctima que su noble firmeza y la intrepidez de su frente, porque era de esos hombres que compadecen poco la desgracia y simpatizan mucho con el valor. Las relaciones que nos arrastran hacia los demás siempre tienen su origen en cualidades de nuestra propia naturaleza. A un héroe le afligen menos los reveses de su enemigo que la entereza con que los soporta. Todos somos humanos, y, a pesar de ser Arbaces tan criminal, tenía su parte de sentimientos comunes. Solo con que hubiera obtenido de Glauco la confesión escrita de su crimen, confesión que le habría perdido en el ánimo de Ione más aún que el fallo del tribunal, el egipcio habría hecho los mayores esfuerzos por salvarle. Su odio ya se había disipado, y debilitándose su deseo de venganza; si quería hundir a su rival, no era por enemistad, sino por ser un obstáculo que se oponía a su marcha.

Sin embargo, no dejó de mostrarse resuelto, astuto y perseverante en la conducta que observaba para destruir a un hombre cuya pérdida era necesaria al fin que se proponía; y mientras, con repugnancia y compasión fingidas hacia la declaración que le condenaba, en secreto y por medio de los sacerdotes fomentaba la indignación del pueblo, que debía imposibilitar la clemencia del Senado. Había ido a ver a Julia; le refirió los pormenores de la confesión de Nydia, sofocando así los escrúpulos de conciencia que hubieran podido impelerla a disminuir el crimen de Glauco confesando la parte que había tenido ella en su delirio, lo que le fue tanto más fácil, cuanto que su vanidad había amado más la reputación y prosperidad del griego que su persona. No tenía cariño alguno a un hombre desgraciado; acaso se complacía en una desventura que humillaba a aquella Ione a quien aborrecía. Si no era su esclavo, al menos tampoco sería amante de su rival. Esto era bastante consuelo para todos los pesares que podía causarle su suerte. Frívola e inconstante, ya principiaba a ablandarse con el repentino y formal galanteo de Clodio, y hubiera sentido mucho comprometer la posibilidad de una alianza con este patricio de tan vil carácter, pero

de tan ilustre cuna, publicando las faltas a que la habían arrastrado su flaqueza y su pasión por otro. Todo sonreía, pues, a Arbaces. Al parecer, todo conspiraba contra el ateniense.

Capítulo XI

Nydia hace de hechicera.

Luego que la tesaliana se convenció de que Arbaces no volvía; luego que el tiempo, que tan despacio marchaba, la hizo sufrir todos los tormentos de una cruel incertidumbre, más insoportable por su enfermedad, extendió los brazos a fin de descubrir si su prisión tenía salida; y cuando reconoció que la única puerta estaba cerrada, empezó a gritar con toda la vehemencia de un carácter naturalmente violento, irritado además por los martirios de la impaciencia.

¡Hola, joven! —dijo el esclavo abriendo la puerta—. ¿Ta ha mordido algún escorpión, o piensas que nos haría morir el silencio y no podríamos salvarnos sino con un estrépito como el que había alrededor de la cuna de Júpiter?

—¿Y tu amo? ¿Por qué me hallo encerrada en esta jaula? ¡Necesito aire y libertad! ¡Déjame salir!

—¡Ay, hija! ¿No conoces a Arbaces lo bastante para saber que su voluntad es ley suprema? Ha mandado que te enjaulasen; ya lo estás, y yo te cuido. No puedes tener aire ni libertad; pero puedes tener lo que vale más que eso: buenos bocados y buen vino.

—¡Oh Júpiter! —exclamó la niña retorciéndose las manos—. ¿Por qué he de estar presa? ¿Qué quiere el grande Arbaces de una muchacha como yo?

Eso es lo que no sé, como no sea para servir a tu nueva señora, que han traído hoy.

—¡Qué! ¿Está aquí Ione?

—Sí; y creo que no muy a gusto suyo, sin embargo de que, ¡por el templo de Castor!, Arbaces es galante con las damas. Es pupila suya; ya lo sabes.

—¿Quieres llevarme con ella?

—Está enferma... de rabia. Además, no me lo han mandado, y yo me tomo la libertad de pensar por mí solo. Cuando Arbaces me hizo esclavo de estas habitaciones^[111], me dijo: Una lección tengo que darte; mientras me sirvas, no has de tener oídos, ojos ni pensamientos. Una sola cualidad te basta: la obediencia...

—Pero ¿qué hay de malo en que vaya a ver a mi ama?

—No lo sé; pero si me lo preguntas para distraerte, conversaré un poco contigo, porque también estoy algo aislado en mi *cubículo*. Por otra parte, eres tesaliana. ¿No sabrás alguna diversión entretenida de cuchillo y tijeras, algún modo de decir la buenaventura, como la mayor parte de tus compatriotas? Así podríamos pasar el tiempo.

—¡Calla, esclavo, calla! O si quieres hablar, dime lo que hayas oído acerca del estado de Glauco.

—Mi señor ha ido al tribunal a asistir a su proceso. ¡No saldrá muy bien!

—¿De qué?

—Del asesinato del sacerdote Apecides.

—¡Ah! exclamó Nydia poniéndose ambas manos en la frente. —En efecto; he oído algo de eso. Pero no entiendo una palabra. Además, ¿quién se atrevería a tocar a un cabello de su cabeza?

—Se me figura que el león.

—¡Dioses protectores! ¿Qué blasfemia acabas de proferir?

—Solo digo que si le declaran culpable, el león, o acaso el tigre, se encargarán de despacharle.

Nydia saltó de su asiento cual si un dardo le hubiese atravesado el corazón; dio un grito espantoso; después, echándose a los pies del esclavo, añadió con tono que enterneció * hasta a aquel hombre tan duro:

—¡Oh; dime que te chanceas, que no es verdad lo que acabas de referirme! ¡Habla!, ¡habla!

—A fe mía, joven ciega, no entiendo nada de leyes. Puede que no salga tan mal como he pensado. Pero Arbaces es su acusador, y el pueblo desea una víctima para el Circo. ¡Alégrate! Mas dime: ¿qué tiene que ver con tu suerte la de ese ateniense?

—¡No importa, no importa! ¡Ha sido muy generoso para mí! ¿Conque no sabes lo que harán? ¡Arbaces su acusador!... ¡Oh destino! El pueblo... ¡Ah! ¡El pueblo *puede* ver sus facciones! ¿Quién había de ser cruel con el ateniense? ¡Ay! ¿No lo ha sido el amor mismo?

Al decir esto dejó caer la cabeza sobre el pecho y cesó de hablar; lágrimas abrasadoras corrían por sus mejillas, y todos los afectuosos esfuerzos del esclavo no lograron consolarla, ni aun distraerla de su profunda tristeza.

Cuando el desempeño de sus funciones obligó a aquel hombre a salir del cuarto, Nydia comenzó a recapacitar. Arbaces era el acusador de Glauco, y Arbaces la tenía allí presa. ¿No era esto una prueba de que su libertad podía ser útil a Glauco? Si, era evidente: había caído en un lazo; estaba contribuyendo a la perdición del hombre a quien amaba. ¡Oh; cuánto le urgía escapar! Por fortuna de sus padecimientos, toda sensación de dolor se desvanecía ante el deseo de fugarse; y a medida que discurría en su posibilidad, se quedaba tranquila y pensativa. Juntaba naturalmente todas las astucias de su sexo, desarrolladas por el hábito de la esclavitud. ¿A qué esclavo le ha faltado nunca maña? Resolvió aplicar su ciencia a su guarda, y acordándose de pronto de la supersticiosa pregunta que le había hecho sobre la habilidad tesaliana, se lisonjeó de verse libre por este medio de una manera o de otra. Estas ideas ocuparon su espíritu el resto del día y muchas horas de la noche; así es que cuando fue Sosio, se apresuró a suscitar una conversación que sabía de antemano iba a ser seguida con gusto.

Sin embargo, no se le ocultaba que solo tenía probabilidad de escaparse por la noche, de suerte que, a pesar del dolor que le causaba esta tardanza, conoció la

necesidad de diferir su empresa.

—Únicamente por la noche —dijo ella— podemos descifrar los decretos del Destino; entonces debes venir a buscarme. Pero ¿qué deseas saber?

—¡Por Pólux! Quisiera saber tanto como mi amo, lo que no debo esperar. Dime al menos si conseguiré ahorrar lo bastante para rescatar mi libertad, o si me la regalará el egipcio. A veces tiene rasgos de generosidad. Después, si esto sucede, ¿adquiriré esa linda *taberna*^[112] entre las *myropolia*^[113] que tengo entre ojos hace tiempo? El comercio de la perfumería es muy distinguido, y conviene a un liberto de buena cara como yo.

—¿Son esas las preguntas a que quieres respuesta categórica? Hay varios modos de satisfacerte. Tenemos primero la litomancia o adivinación sobre la piedra que habla, que responde a nuestras preguntas con voz de niño; pero aquí nos falta esa preciosa piedra: es rara y costosa. Tenemos luego la gastromancia, por cuyo medio el Demonio presenta en la superficie del agua imágenes pálidas y terribles que predicen el porvenir; mas esta arte requiere vasos de hechura particular para el agua sagrada, y también nos faltan. Por lo cual creo que el método más sencillo de contentarte será el de la magia del aire.

—Supongo —dijo Sosio temblando— que la operación no me dará mucho miedo: no me gustan nada las apariciones.

—¡No le asustes! Nada verás; solo oirás el hervor del agua, si se logra tu deseo. En primer lugar, así que la estrella de la noche principie a aparecer, no dejes de entreabrir la puerta del jardín, a fin de que se pueda invitar al Demonio para que entre; pon frutas y agua allí cerca en señal de hospitalidad. Tres horas después del crepúsculo, ven con una copa llena del agua más fría y más pura que encuentres, y sabrás lo que me enseñó mi madre, conforme a la ciencia de la Tesalia. ¡No te olvides de la puerta del jardín! Todo depende de eso. Es preciso que esté abierta cuando vengas, y que lo haya estado desde tres horas antes.

—¡Descuida! respondió Sosio, que nada sospechaba. —Bien sé cómo le sienta a un hombre de distinción cuando le dan con la puerta en los hocicos, cual me sucede a mí tantas veces en casa del fondista; y sé también que a un personaje de la alta categoría del Demonio siempre le lisonjea que le den pruebas de cortés hospitalidad. Entretanto, hermosa niña, aquí tienes tu almuerzo.

—¿Y qué noticias hay de la causa?

—Siguen hablando los abogados. Hablan que es el cuento de nunca acabar. Todavía tendrán para todo el día de mañana.

—¿Mañana? ¿Estás seguro?

—Me lo han dicho.

—¿Y Ione?

—¡Por Baco! Debe de estar muy buena, porque esta mañana ha hecho que saliera mi amo dando patadas y mordiéndose los labios, cubierta la frente de nubes tempestuosas.

—¿Habita cerca de aquí?

—No, en los pisos altos. Pero aquí pierdo el tiempo. *Vale.*

Capítulo XII

Se prende una avispa en una telaraña.

Había principiado la segunda noche del proceso, y se acercaba el momento de arrostrar Sosio con el terrible desconocido, cuando por aquella misma puerta del jardín que dejara entreabierta entró, no, ciertamente, uno de los espíritus misteriosos de la tierra o del aire, sino la pesada y muy humana figura de Caleno, sacerdote de Isis. Apenas reparó en la humilde ofrenda de frutas y vinos medianos que el piadoso Sosio creía ser de bastante buena calidad para el invisible extranjero que debían atraer.

—Será sin duda —dijo Caleno— algún tributo ofrecido al dios de los jardines. ¡Por la cabeza de mi padre: Si nunca han servido mejor a esa ilustre divinidad, bien haría en dejar el oficio! ¡Ah; si no fuese por nosotros los sacerdotes, no se cuidaría muy bien a los dioses! Pensemos ahora en Arbaces. Sé que ando sobre un escollo, pero escollo que ha de ocultar para mí una mina de oro. Tengo la vida del egipcio en mi poder. ¡Veremos en cuánto la tasa!

Durante este monólogo atravesó el patio y entró en el peristilo, donde ardían algunas lámparas disputando a las estrellas el imperio de la noche, cuando de repente encontró a Arbaces, que salía de una de las piezas que daban al peristilo.

—¡Oh Caleno! ¿Es a mía quién buscabas? —dijo el egipcio; y en su acento mostró alguna turbación.

—Sí, sabio Arbaces; y espero que mi visita no te incomodará.

—¡Todo lo contrario! Acaba de estornudar mi liberto tres veces a mi derecha, por lo cual sabía que me esperaba algún feliz suceso, y he aquí que los dioses me envían a Caleno.

—¿Vamos a tu cuarto, Arbaces?

—Como quieras; mas la noche está pura y embalsamada. Mi última indisposición me ha dejado cierta languidez, y me refresca el aire libre. Vámonos al jardín, que allí también estaremos solos.

—Con mucho gusto —respondió el sacerdote; y los *dos amigos* se fueron a uno de los cuadros donde había profusión de mármoles y flores.

—¡Deliciosa está la noche! —dijo Arbaces—: El azul del cielo es tan puro como el día que hace veinte años vi por primera vez las riberas de la Italia. ¡Amigo Caleno, los años corren! Al menos, sepamos conocer que hemos vivido.

—Tú bien puedes decirlo —contestó aquel, que buscaba coyuntura para comunicar su secreto, pero que sentía más de lo regular el escrupuloso espanto que le inspiraba el egipcio, precisamente por el tono de tranquila amistad y de noble condescendencia en que le hablaba—. Tú bien puedes decirlo: tienes inmensas

riquezas y una constitución que no puede alterar la enfermedad; eres feliz en amores; tus placeres son inagotables, y, sobre todo, en este momento triunfa tu venganza.

—¿Hablas del ateniense? ¡Sí; el Sol de mañana será testigo de su sentencia de muerte! El Senado no se ablanda. Pero estás engañado: la satisfacción que me causa su pérdida nace de que me libra de un rival en el cariño de Ione. Es el único sentimiento de animosidad que me inspira ese pobre asesino.

—¡Asesino! —repitió Caleno lentamente y con aire significativo, y al decirlo fijó los ojos en Arbaces. Las estrellas alumbraban pálidas, pero fijamente, las facciones de su profeta. No se alteraron los ojos de Caleno: se bajaron, engañados en su expectativa. Continuó rápidamente—. ¡Asesino! Haces bien en acusarle de ese crimen; mas nadie mejor que tú sabe que es inocente.

—Explícate —dijo Arbaces con frialdad, preparado a oír lo que ya le habían predicho sus secretos temores.

—Arbaces —respondió Caleno en voz que apenas se oía—, yo estaba oculto en el bosquecillo sagrado entre la capilla y el follaje de los árboles: vi y oí todo lo que pasó. Vi tu puñal traspasar el corazón de Apecides. No critico lo hecho: has destruido un enemigo y un apóstata.

—¿Viste todo lo que pasó? —dijo secamente Arbaces—. ¡Ya me lo figuraba yo! ¿Y estabas solo?

—Solo —replicó Caleno, admirado de la calma del egipcio.

—¿Y qué hacías escondido detrás de la capilla a tales horas?

—Supe la conversión de Apecides a la fe nazarena, su cita con el feroz Olintho en aquel mismo sitio para discutir un proyecto de divulgar al pueblo los sagrados misterios de nuestra diosa, y acudí para enterarme a fin de destruirle.

¿Has dicho a algún mortal lo que viste?

—No: este secreto ha quedado dentro de mí.

—¿Ni siquiera le sospecha tu pariente Burbo? ¡Vamos; dime la verdad!

—¡Por los dioses...!

—¡Calla! ¡Ya nos conocemos! ¿Qué son los dioses para nosotros?

—Pues por el temor de tu venganza, te juro que no.

—¿Y por qué me lo has ocultado hasta ahora? ¿Por qué has esperado a la víspera de la sentencia del ateniense para atreverte a decirme que soy un asesino? Y ya que has esperado tanto tiempo, ¿a que me lo dices ahora?

—Porque..., porque... —balbuceó Caleno confuso y avergonzándose.

—Caleno amigo —interrumpió Arbaces con ligera sonrisa, dando al sacerdote un golpecito en el hombro con gesto amistoso y familiar—, porque has querido (vas a ver cómo se leer en tu corazón y explicar tus motivos) que yo estuviese tan complicado en esa causa, que no me quedara medio alguno de salir de ella y que hubiese contraído un compromiso con el perjurio como con el homicidio, a fin de que, habiendo excitado la sed de sangre en el pueblo, no bastasen mis riquezas ni mi crédito para impedir que fuera su víctima. Ahora me descubres tu secreto, antes de

que haya concluido la causa y esté sentenciado el inocente, para que me convenza de que eres árbitro de trastornar tan bien concertado plan. En el momento crítico quieres subir el precio de tu silencio, probándome que a una seña tuya recaerían sobre mí los mismos artificios de que me he servido para despertar la cólera del pueblo, y que si la boca del león no se abría para Glauco, se abriría para mí. ¿No es esto?

—Arbaces —replicó Caleno, perdiendo todo lo que tenía su carácter de grosero y osado—, verdaderamente eres un mago: lees en el corazón como si fuese un rollo de papiro.

—Esa es mi vocación —respondió el egipcio riendo—. Pues bien; calla por ahora, y te enriqueceré cuando todo haya acabado.

—Perdóname —dijo el sacerdote, a quien su instinto de avaricia no permitía fiarse de una generosidad futura—; perdóname. Has dicho bien; ¡ya nos conocemos! Si quieres que guarde silencio, es preciso me des arras como una ofrenda a *Harpócrates*^[114]. Si ha de echar hondas raíces la rosa, dulce emblema de la discreción, riégala esta noche con oro.

—¡Eso es talento y poesía! —respondió Arbaces con voz tan dulce, que adormecía y alentaba a su codicioso compañero, mientras, por el contrario, hubiera debido espantarlo. ¿No quieres al menos esperar a mañana?

—¿A qué esa tardanza? Si para hacer mi declaración espero a que haya muerto el inocente, no podré prestarla sin avergonzarme. Entonces, acaso olvidarías mis justas pretensiones; y, a la verdad, la duda que muestras ahora no es el mejor agüero de tu agradecimiento en adelante.

—Pues bien; ¿qué quisieras tú que te diese?

—Tu vida es preciosa, y tus riquezas son inmensas —dijo el sacerdote sonriendo.

—¡Cada vez estás más ingenioso! Pero en fin, di: ¿qué cantidad fijas a tus exigencias?

—Arbaces, he oído decir que en tus espaciosas bodegas tienes montones de oro, de vasos y de joyas que recuerdan los tesoros del divino Nerón. Fácil te es tomar de allí lo bastante para hacerme el sacerdote más rico de Pompeya, sin que siquiera adviertas la pérdida.

—¡Ven, Caleno! —dijo Arbaces con aire de franqueza y generosidad. Eres amigo antiguo, y te has conducido como fiel servidor. No puedes tener deseo de quitarme la vida, ni yo de regatearte la recompensa que mereces. Vas a bajar conmigo a los tesoros de que hablas. Alegrarás tu vista con el aspecto de ese oro y esas joyas, y esta misma noche te llevarás todo lo que alcances a ocultar debajo de tu manto. Por otra parte, cuando hayas visto cuanto posee tu amigo, comprenderás qué locura sería dañar a un hombre que tanto puede. Cuando ya no exista Glauco harás otra visita al tesoro. Dime: ¿hablo con franqueza y como verdadero amigo?

—¡Eres el más grande y el mejor de los hombres! —exclamó Caleno casi llorando de alegría—. ¿Olvidarás las injuriosas dudas que había concebido acerca de tu justicia y generosidad?

—¡Silencio! Demos otra vuelta por el jardín, y bajaremos a los subterráneos.

Capítulo XIII

El esclavo consulta al oráculo
Los que se ciegan a sí mismos pueden ser cogidos por los
ciegos
Dos nuevos presos en la misma noche.

Nydia esperaba con impaciencia la vuelta de Sosio, no menos impaciente que él. Después de haber fortificado su valor con abundantes libaciones de mejor vino que el que había dispuesto para el Demonio, el crédulo esclavo corrió al cuarto de la joven ciega.

—¿Qué hay, Sosio? ¿Y las frutas? ¿Has traído la copa de agua pura?

Sí; pero tengo algo de miedo. ¿Estás segura de que no veré al Demonio? Me han dicho que esos caballeros nada tenían de hermosos ni de finos.

—¡No tengas cuidado! ¿Dejaste entreabierta la puerta del jardín?

—Sí; y en una mesa al lado, frescas nueces y ricas manzanas.

—Muy bien. ¿Estás seguro de que la puerta está abierta para que el espíritu pueda pasar?

—¡Por supuesto!

—En ese caso, entreabre también esa puerta. Ahora dame la lámpara.

—¿Supongo que no vas a apagarla?

—No; pero es preciso que diga el conjuro sobre su llama. Hay un espíritu en el fuego. ¡Siéntate!

Obedeció el esclavo, y después de haberse inclinado Nydia algunos instantes sobre la lámpara en silencio, se levantó y cantó a media voz la siguiente invocación, en verso libre y sin arte:

INVOCACIÓN AL ESPECTRO DEL AIRE

*A la hija de Tesalia
el agua cristalina, el aire puro
siempre deben tener igual cariño.
Los hijos del Olimpo guardamos
mil encantos que a la Luna
hacen bajar del cielo.
Nuestra es la ciencia que enseñó el Egipto,
nuestra la magia de la Persia toda,
y nuestro es el hechizo*

*que hay en la voz del canto y de las flores.
¡Oh tú, del aire espíritu invisible!
¡Oye a la tesaliana!
¡Por el arte de Erictho, que vertía
de la vida el rocío en un cadáver;
por el rey que a las aguas solitarias
de Itaca voz profética Ies daba;
por la muerta Eurídice, a quien la lira
de su amador, el hijo de la musa,
logró sacar del reino de las sombras;
por la reina de Cólquide,
del pérfido Jason abandonada.
Espectro de los aires, hoy te invoca
quien tu poder e influjo reconoce!
¡Ven, y acaricia con aliento blando
la tinta copa, hasta los bordes llena!
¡Ven, y revela al alma temerosa
los arcanos que duermen
del porvenir sombrío en el regazo!
¡Ven! ¡Responde, demonio de los aires,
de tu sacerdotisa a los acentos!
¡Ven, y no habrá de Cielo ni de Tierra*

*Dios más honrado por mortales pechos,
ni de Pafos la alegre soberana,
ni de la luz el dios resplandeciente,
ni la tres veces reina
y virgen de la noche,
ni el poderoso rey del trueno y rayo!
¡Oh espíritu; ven, ven!*

—Estoy seguro de que va a venir el espectro —dijo Sosio—; ¡lo siento correr por mis cabellos!

—Pon la copa de agua en el suelo. Ahora dame la servilleta, para que te tape la cara y los ojos.

—¡Sí, de este modo se hacen siempre los conjuros! ¡Basta; no aprietes tanto! ¡Poco a poco!

—¿Ves?

—¿Ver? ¡Oh Júpiter! ¡No; todo lo veo negro!

—Dirige, pues, al espectro la pregunta que quieras, por tres veces y en voz baja. Si la respuesta es afirmativa, oirás hervir el agua; si no, guardará silencio.

—Pero no me harás ninguna mala pasada con el agua; ¿eh?

—Déjame que ponga la copa entre tus piernas: así estarás seguro de que no la toco sin que tú lo sepas.

—¡Muy bien! Ahora, pues, ¡oh Baco; séame favorable! ¡Tú sabes que te he preferido siempre a los demás dioses!; y si consientes en protegerme con ese demonio acuático, juro consagrarte la copa de plata que robé el año pasado al corpulento *Carptorí* (mayordomo). Y tú también, ¡oh espíritu!, escúchame. ¿Me hallaré el año que viene en estado de comprar mi libertad? Tú lo sabes, puesto que vives en el aire y los pájaros^[115] te habrán contado todos los secretos de esta casa. Sabes también que he robado cuanto he podido buenamente, es decir, con seguridad, en tres años; y, sin embargo, aún me faltan dos mil sextercios para completar la suma. Buen espíritu, ¿podré reunir este déficit en todo el año? ¡Habla! ¡Ah! ¿Hierve el agua? ¡No! ¡Todo está tranquilo como en un sepulcro! Pues bien; si no es en este año, ¿será dentro de dos? ¡Ah! ¡Oigo algo! ¡El Demonio araña a la puerta! ¡No tardará en entrar! ¿Conque dentro de dos años, mi querido amigo? ¡Dos años es un plazo bastante razonable! ¡Qué! ¿Sigue mudo? Dos años y medio, tres, cuatro. ¡Ah, mi amigo Demonio; esto no está bueno! ¿Cinco años, seis, siete? ¡Qué Plutón te lleve! ¡No te preguntaré más!

Al acabar Sosio estas palabras, lleno de furor, derramó el agua; después, al cabo de mucho trabajo y de no menos imprecaciones, consiguió quitarse la servilleta; y mirando a su alrededor, descubrió que estaba completamente a oscuras.

—¡Hola! ¿Y Nydia? La lámpara se ha apagado. ¡Ah, traidora! ¿Te has escapado? ¡Pero yo te atraparé, y te arrepentirás de la jugarreta!

Buscó la puerta a tientas; estaba cerrada por fuera con cerrojo. Él era el preso en lugar de Nydia. ¿Qué podría hacer? No se atrevía a llamar, por temor de que Arbaces lo oyera y descubriese cómo le habían engañado. Además, era probable que ella hubiese tomado la puerta del jardín, y en ese caso ya estaría muy lejos.

—Estará en su casa, o al menos en otra parte de la ciudad. Mañana al salir el día, mientras trabajen los esclavos en el peristilo, podré hacer que me oigan. De esta manera la encontraré, y la traeré antes que Arbaces tenga la menor sospecha de lo que ha pasado. ¡Sí; este es el mejor plan! ¡Ah, traidorzuela; cómo te coja!... ¡Y sin haberme dejado más que una copa de agua! ¡Si siquiera fuera de vino!...

Mientras Sosio, preso en el lazo, gemía así por su suerte y pensaba en los medios de encontrar a Nydia, esta, con su singular tino y con la rapidez de movimientos que le eran familiares (ya lo hemos observado), había corrido con ligereza a lo largo del peristilo y llegado al pasadizo que conducía al jardín, y se encaminaba a la puerta, cuando de repente oyó ruido de pasos que se acercaban, reconociendo la terrible voz del mismo Arbaces. Detúvose un momento vacilante y temerosa; pero de pronto se acordó de que había otro paso, que en general servía para introducir las beldades en las secretas orgías del egipcio. Este pasadizo rodeaba el basamento de aquel grande edificio, y concluía en una puerta que también daba al jardín. Una feliz casualidad podía hacer que estuviese abierta. Apresuróse, pues, a retroceder; bajó la escalera de

su derecha, y en breve llegó a la entrada del pasadizo; pero ¡ay!, estaba cerrada con llave. Mientras trataba de cerciorarse de que así era en efecto, oyó a su espalda la voz de Caleno, y en seguida la de Arbaces, que le respondía sigilosamente. Imposible era que permaneciese allí, pues, según todas las apariencias, los dos interlocutores se dirigían hacia aquella misma puerta. Corrió hacia adelante, y se encontró en regiones que le eran desconocidas. Se trocó el aire en frío y húmedo, circunstancia que la tranquilizó. Pensó que serían las bóvedas de aquel opulento palacio, o al menos un paraje donde no corriera riesgo de ser sorprendida por una visita del amo de la casa. Entretanto su oído práctico distinguió nuevos pasos y voces. Otra vez echó a correr tendiendo los brazos, que tropezaban de cuando en cuando en columnas macizas. Evitaba los peligros, y seguía su camino con un tacto cuya finura redoblaba su miedo. A medida que avanzaba sentía más húmedo el aire, y cada vez que se paraba a tomar aliento, oía el mismo ruido de pasos y el confuso murmullo de personas que hablaban. Al cabo fue detenida por una pared que debía ser el término de su expedición. ¿Cómo hallar dónde esconderse? ¿No había ningún nicho, ningún rincón? No los encontró. Paróse y se retorció las manos de desesperación; después, cobrando ánimo de nuevo al oír las voces que se acercaban, siguió la pared a lo largo, hasta que, habiendo tropezado violentamente en uno de los estribos que salían, cayó tendida en el suelo. Aunque lastimada, no perdió el conocimiento, no dio un grito, y hasta cierto punto aun se alegró del accidente que la había puesto en un sitio donde podía quedar escondida. Arrastrándose lo más cerca que le fue posible del ángulo formado por el estribo de modo que la escondiese al menos por un lado, se encogió, y esperó su suerte sin atreverse a respirar.

En tanto, Arbaces y el sacerdote se encaminaban hacia aquel cuarto secreto cuyos tesoros tanto había ponderado el primero.

Estaba en un espacioso atrio o sala subterránea, cuyo techo sostenían bajas y macizas columnas de una arquitectura bien distante de la gracia de las griegas, cuya moda reinaba en aquel siglo voluptuoso. La lamparilla que llevaba Arbaces despedía una luz vaga sobre aquellas desnudas paredes, hechas de pedazos de piedra extravagantemente unidos sin el auxilio de argamasa. Turbados los reptiles en su reposo, al pasar los extraños echaban una triste mirada, y después volvían a los agujeros y rendijas de las paredes.

Estremecióse Caleno al mirar en torno de sí, al respirar el aire húmedo y malsano de aquellas cuevas.

—Y, sin embargo —dijo Arbaces con fina sonrisa, habiendo advertido aquel estremecimiento—, estos lugares tan tristes son los que abastecen el lujo con que brillan las salas de arriba. Son como los jornaleros en el mundo: despreciamos su exterioridad grosera, después que ellos son los que alimentan el orgullo que los desprecia.

—¿Adónde va esta oscura galería que veo a mi izquierda? —preguntó Caleno. En las tinieblas que nos rodean, parece no tener más límites que los Infiernos.

—¡Al contrario! —respondió Arbaces—. Conduce al mundo superior; mas nosotros nos dirigimos a la derecha.

Aquella sala subterránea, como otras muchas en los barrios más populosos de Pompeya, a su extremidad se dividía en dos alas, cuya longitud, que realmente no era excesiva, lo parecía a la vista, por las tinieblas, que no llegaba a disipar la débil luz de la lámpara. A la derecha, pues, de estas dos alas era adonde encaminaban sus pasos los *dos amigos*.

—Mañana habitará el hermoso Glauco un cuarto que no será mucho más seco que este, y sí más pequeño —dijo Caleno, precisamente al pasar por el punto donde estaba la tesaliana completamente oculta por el estribo.

—Pero, en cambio, al día siguiente tendrá más campo a su disposición en el circo. ¡Y pensar —continuó Arbaces con lentitud e intención—, pensar que una palabra tuya pudiera salvarle y hacer que fuese Arbaces en vez de él!

—¡Jamás proferiré esa palabra! —dijo Caleno.

—¡Tienes razón! —replicó el egipcio, apoyándose familiarmente en el hombro del sacerdote. ¡No la proferirás! ¡Esa es la puerta!

Los trémulos rayos de la lámpara dieron en una puertecilla profundamente sumida en la pared, y cubierta de varias planchas y tiras de hierro. Sacó de su cinturón una anilla de la cual colgaban dos o tres llaves pequeñas, pero dobles. ¡Oh; cuánto palpitó el avaro corazón de Caleno al oír rechinar la cerradura enmohecida, cual si hubiese visto con disgusto que iban a buscar los tesoros que escondía bajo sus guardas!

—¡Entra, amigo mío! —dijo Arbaces—, mientras yo alzo la luz para que puedas ver a tu gusto los montones de oro:

No espero el inocente Caleno a que se lo dijera otra vez; se apresuró a entrar.

Apenas hubo pasado el umbral, le dio un fuerte empujón la vigorosa mano de Arbaces.

—¡Jamás se proferirá esa palabra!, —dijo con una carcajada de triunfo, cerrando tras el sacerdote.

Rodó Caleno muchos escalones; mas, no sintiendo en aquel instante el dolor de su caída, se abalanzó de nuevo a la puerta, y golpeándola con sus crispados puños, exclamó con voz que mas parecía aullido de bestia feroz que acento humano.

—¡Oh; líbrame, líbrame, y no te pediré oro!

Estas palabras llegaron débilmente a Arbaces al través de la maciza puerta, y soltó otra gran carcajada. Después, pateando con violencia, gozoso sin duda de poder dar rienda suelta a sus pasiones, largo tiempo comprimidas, dijo:

—¡Todo el oro de la Dalmacia no servirá para comprarte una corteza de pan! ¡Muere, miserable! ¡Tus últimos gemidos no despertarán siquiera los ecos de estos inmensos salones; y el aire no revelará jamás que, devorando su propia carne, ha muerto el hombre que osó amenazar, y hubiera podido perder a Arbaces!

—¡Oh Dios! ¡Oh! ¡Piedad, misericordia! ¡Malvado, cruel! ¡Es para eso para lo que!...

El resto de esta frase no llegó a oídos del egipcio, que retrocedía hacia la sala subterránea. Salió a su encuentro un gran escuerzo lleno de veneno: la luz de la lámpara dio en su informe fealdad, y se apartó para no pisarle.

—¡Eres repugnante y venenoso —dijo—; pero no te es dado dañarme, y, de consiguiente, no corres riesgo por mi parte!

Aunque debilitados los gritos dél preso por las paredes que le encerraban, aún llegaron hasta él. Paróse a escucharlos atentamente.

—¡Es una desgracia! —dijo entre sí—. ¡No puedo ejecutar mi proyecto de marcha hasta que esta voz se ahogue para siempre! Mis tesoros no se hallan encerrados ahí, sino en el lado opuesto; pero al trasportarlos mis esclavos quizás oigan a Caleno. Después de todo, ¿qué tengo que temer? Dentro de tres días, si aún vive, ¡por la barba de mi padre!, difícil será que se distingan sus acentos. ¡No, no penetrarán ni aun su sepulcro! ¡Por vida de Isis, hace frío! ¡Necesito una copa de Salerno especiado!

Al decir estas palabras envolvióse en su manto, y se fue a respirar aire más puro.

Capítulo XIV

Nydia se acerca a Caleno.

¡Qué palabras de terror, y sin embargo de esperanza, habían llegado a los oídos de Nydia! Al día siguiente debía ser sentenciado Glauco; pero existía un hombre capaz de salvarle, de poner a Arbaces en su lugar, y ese hombre respiraba a algunos pasos de su escondite. Oía sus gritos y sus quejas, sus imprecaciones y sus plegarias, aunque sofocadas. Estaba preso; mas ella sabía el secreto de su calabozo: con que pudiera escaparse, con que pudiera ver al Pretor, acaso llegaría a tiempo para salvar al ateniense poniendo a Caleno en libertad. Su emoción casi la impidió respirar. Sintió vértigos, estuvo para perder el juicio; mas con un violento esfuerzo se dominó, y después de haber escuchado atentamente algunos minutos los pasos de Arbaces que se alejaba, luego que estuvo bien seguía de su completa soledad en el subterráneo, se arrastró siguiendo el sonido hasta el encierro de Caleno. Allí oyó más distintamente sus gritos de terror y desesperación. Tres veces probó a hablar; pero su voz no podía penetrar a través de la solidez de la puerta. Habiendo dado al fin con la cerradura, aplicó la boca al agujero, y el preso percibió claramente una dulcísima voz que pronunciaba su nombre.

Helósele la sangre y se le erizaron los cabellos; ¿qué ser misterioso y sobrenatural había podido descender a aquella región terrible?

—¿Quién está ahí? —exclamó sobrecogido de nuevo susto—. ¿Qué espectro, qué horrenda larva pronuncia el nombre del infeliz Caleno?

—¡Sacerdote —respondió la tesaliana—, por permisión de los dioses, he sido testigo de la perfidia de Arbaces, sin que él lo sepa! si consigo escaparme de este lóbrego subterráneo, podre salvarte. Pero haz de modo que llegue tu voz a mi por este agujero, y responde a mis preguntas.

—¡Oh espíritu bienhechor! —dijo el sacerdote, obedeciendo gozoso las órdenes de Nydia—. ¡Sálvame, y venderé hasta las copas del altar para pagar tu beneficio!

—Yo no quiero tu dinero, sino tu secreto. ¿He oído bien? ¿Puedes salvar al ateniense Glauco de la acusación que amenaza su vida?

—¡Puedo, puedo! ¡Por eso el infame Arbaces (ojalá las furias atormenten eternamente su alma) me ha encerrado aquí, para que muera de hambre y me pudra!

—Acusan al ateniense de asesinato. ¿Serás capaz de probar su inocencia?

—¡Libértame, y no habrá en Pompeya cabeza más segura que la suya! ¡He visto cometer el crimen; he visto a Arbaces matar a Apecides: puedo hacer que condenen al verdadero asesino, y que absuelvan al inocente! Pero si muero, muere él también. ¿Te interesas por su suerte? ¡Oh bienhadada extranjera! ¡Figúrate que mi corazón es la urna que encierra la sentencia de su destino!

—¿Declararás sin reserva todo cuanto sabes?

—¡Sí, aun cuando viese el Infierno a mis pies! ¡Sí! ¡Venganza contra el pérfido egipcio! ¡Venganza! ¡Venganza!

Mientras Caleno repetía estas palabras rechinando los dientes, Nydia comprendió que su rencorosa pasión era la mejor prenda de salvación del ateniense. Su corazón palpitó con violencia. ¿Sería tan feliz que debiese la vida a sus esfuerzos el hombre a quien adoraba?

¡Basta! —dijo—. Los dioses, que me han traído aquí, me harán vencer los demás obstáculos. ¡Sí; tengo la convicción de que le libertaré! ¡Aguardad con paciencia y con esperanza!

—Mas sobre todo sé prudente, amable desconocida. No trates de enternecer a Arbaces: su corazón es de mármol. Ve a buscar al Pretor y cuéntale lo que sabes; saca de él un mandamiento de visita; trae soldados y cerrajeros entendidos. ¡Estos hombres tienen una fuerza maravillosa! ¡Hay poco tiempo! ¡Puedo morirme de hambre..., de hambre! Si no te das prisa... ¡Ve! ¡Vete...! ¡No; espera! ¡Es horrible estar solo! ¡Este aire es de cementerio! Y luego, los escorpiones y las larvas... ¡Oh; quédate, quédate!

—Por tu propio bien, es preciso que me marche —dijo Nydia, a quien asustaban los temores del sacerdote—. ¡Que te acompañe la esperanza! ¡Adiós!

Al decir esto se alejó despacio y a tientas hasta que llegó al extremo del subterráneo, por donde se salía al aire libre. Mas allí se detuvo: creyó más cuerdo esperar a que toda la familia estuviese durmiendo, para salir sin que lo notaran. Se echó otra vez en el suelo y se puso a contar los instantes. Sin embargo, la alegría era el sentimiento que remaba en su corazón. Glauco estaba en peligro de muerte; mas ella le salvaría.

Capítulo XV

Arbaces y Ione
Torna Nydia al jardín
¿Se escapará salvará al ateniense?

Luego que Arbaces hubo reanimado su corazón echándose vanas copas de aquel vino con especias y perfumes, tan predilecto de los gastrónomos, se sintió más gozoso y ufano que de costumbre.

El buen éxito de un plan bien urdido causa dulce orgullo, aunque su objeto sea criminal. Nuestra vana naturaleza se complace en el sentimiento de la superioridad que nos hace triunfar, y solo después sentimos la horrible reacción del remordimiento.

Mas no era probable que atormentase a Arbaces por haber acortado la vida del cobarde Caleno. Entretanto, desechó la idea de los padecimientos y de la muerte cruel del sacerdote. Pensó que acababa de librarse de un gran riesgo y que había hecho callar a un enemigo. Lo que le faltaba era dar cuenta a los sacrificadores de Isis de la desaparición de Caleno, y se persuadió de que no sería difícil hacerla verosímil. Ya le había empleado muchas veces en diversas misiones religiosas para los pueblos inmediatos. Diría que le había mandado a otro viaje de este género, a llevar ofrendas a los altares de Stabia y Neápolis para aplacar a la diosa irritada por la muerte de Apecides. Una vez muerto Caleno, antes de salir el egipcio de Pompeya le arrojaría a la profunda corriente del Sarno, y cuando se descubriese, recaerían las sospechas en los ateos nazarenos, que habrían querido vengarse de la muerte de Olintho en la arena. Después de haber combinado rápidamente estos diversos planes, para su seguridad personal resolvió desterrar todo recuerdo del infeliz sacerdote, y animado con el buen desenlace de todos sus proyectos hasta entonces, se entregó totalmente al pensamiento de Ione. La última vez que la vio salió malparado de su presencia por el desprecio que le mostró, y no pudo tolerar su orgulloso carácter. En aquel momento se sintió con fuerzas para renovar la entrevista, porque la pasión le alentaba, como a los demás hombres; apetecía con ansia la vista de la que amaba, aunque luego se sintiese exasperado y abatido. Por respeto a su dolor no se quitó el traje oscuro; mas, habiéndose puesto nuevos perfumes en sus negros cabellos y arreglado su túnica con los más graciosos pliegues, se dirigió hacia el cuarto de la napolitana.

Preguntó a la esclava que había a la puerta si estaba ya acostada; y cuando supo que no, y que hasta parecía más tranquila y serena que de costumbre, se aventuró a presentarse a ella. La encontró sentada junto a una mesita, con la cabeza sostenida por ambas manos y en actitud reflexiva. Con todo, sus facciones no tenían la ordinaria expresión de inteligencia, tan dulce, tan fácil y tan vigorosa; estaban sus

labios entreabiertos, su mirada era vaga, y sus largos cabellos negros, que caían en desorden sobre su cuello, daban por contraste mayor blancura al rostro, que había perdido ya la redondez de sus contornos.

La contempló un momento antes de adelantarse. Ella levantó también los ojos; y cuando reconoció a quien se acercaba, volvió a cerrarlos con desvío y dolor, pero sin hacer movimiento alguno.

—¡Ah! —dijo Arbaces en voz baja y con grave acento al aproximarse con aire respetuoso, y hasta humilde, y sentándose a alguna distancia de la mesa—. ¡Ah! si mi muerte alcanzara a disipar tu odio, ¡con qué placer moriría! Eres injusta conmigo, Ione; pero soportaré esa injusticia sin murmurar, con tal que pueda verte de cuando en cuando. Descarga sobre mí tu cólera y tu desprecio: me acostumbraré a sufrirlo todo. Las palabras más crueles que salen de tu boca, ¿no son más dulces para mí que los deliciosos sonidos del laúd? Cuando tú guardas silencio, parece que el mundo se para, que la sangre se cuaja en las venas de la Tierra. ¡No hay tierra, no hay vida sin la luz de tus ojos y la melodía de tu voz!

—¡Vuélveme mi hermano y mi esposo! —dijo Ione con voz tranquila y suplicante, mientras corrían por sus mejillas gruesas lágrimas, sin que lo notara siquiera.

—¡Ojalá pudiese revivir al uno y salvar al otro! —respondió Arbaces fingiendo conmoverse—. ¡Sí; por hacerte feliz, renunciaría al mi funesto amor, y con gusto uniría tu mano a la del ateniense! Acaso salga absuelto de su causa. (Arbaces había evitado que supiese que ya se estaba viendo), y entonces serás dueña de absolverle o condenarle tú misma. Y no creas, Ione, que trato de perseguirte más con mi amor: sé que será en vano. Déjame solo que llore, que gima contigo; perdona una violencia de que me arrepiento, y que no volverá a ofenderte. Sea solo para ti lo que fui en otro tiempo: un amigo, un padre, un protector. ¡Ah, Ione; disimula, perdona!

—¡Oh! ¡Os perdono! ¡Salvad la vida de Glauco, y renunciaré a él. Poderoso Arbaces! Sois tan grande para el mal como para el bien. ¡Salvad al ateniense, y la pobre Ione promete que no volverá a verle!

Al decir esto se levantó débil y trémula, y echándose a sus pies, le abrazó por las rodillas.

—¡Oh! ¡Si de veras me amáis, si hay en vos algo de humano, acordaos de las cenizas de mi padre, acordaos de mi infancia, pensad en los venturosos días que hemos pasado juntos, y salvad a mi Glauco!

Extrañas convulsiones agitaban todos los miembros del egipcio tenía las facciones desencajadas. Aparto la vista, y dijo con ronca voz:

—Si aún pudiese salvarle, lo haría; pero las leyes de Roma son hartamente severas. Con todo, si *pudiese* conseguir..., si *pudiese* salvarle y ponerle en libertad..., ¿querrías ser mía..., ser mi esposa?

—¡Vuestra! —repitió Ione levantándose—. ¡Vuestra! ¡Vuestra esposa! ¡Aún no está vengada la sangre de mi hermano! ¿Quién le ha muerto? ¡Oh Némesis! ¿Puedo

vender tu solemne confianza ni aun por la sangre de Glauco? ¡Arbaces! ¿Vuestra? ¡Jamás!

—¡Ione, Ione! —exclamó él con tono apasionado—. ¿A qué esas palabras misteriosas? ¿A qué unes mi nombre a la idea de la muerte de tu hermano?

—¡Los unen mis sueños, y los sueños vienen de los dioses!

—¡Son aprensiones vanas! ¿Querías hacer daño a un inocente por un sueño, y aventurar la vida de tu amante?

—¡Escuchadme! —dijo Ione, hablando con acento solemne y formal—. Si le salváis, os prometo no ir jamás a su casa como esposa suya; mas no puedo vencer el horror que me inspiran otros lazos. ¡No puedo casarme con vos! ¡No me interrumpáis! Reparad bien en lo que digo. ¡Arbaces, si muere Glauco, ese día desbarato todos vuestros artificios, y no dejo a vuestro amor más que mis cenizas! Si, quitaréis de mi alcance el hierro y el veneno, me encerraréis, me encadenaréis tal vez; más al alma valerosa y resuelta a escaparse, nunca le faltan medios de conseguirlo. ¡Estas manos desnudas y sin armas sabrán romper los lazos que me atan a la vida! Si las cargáis de cadenas, mi boca se negará a respirar. Sois instruido, y habéis visto en los libros cómo han sabido morir las mujeres por librarse del deshonor. Si Glauco muere, no quiero ser tan indigna que le sobreviva. ¡Por todos los dioses del Cielo, del Océano y de la Tierra, me consagro a la muerte! ¡He dicho!

Noble, altiva, grandiosa, parecía un ser inspirado; su aire y su voz impusieron al hombre que la escuchaba.

—¡Gran corazón! —dijo al cabo de una corta pausa—. ¡Verdaderamente, eres digna de ser mía! ¿Por qué solo en ti he encontrado la mujer que debía participar de mis altos destinos, después de haber estado buscándola tanto tiempo? Ione —continuó rápidamente—, ¿no conoces que habíamos nacido el uno para el otro? ¿No encuentras en mi alma, llena de elevación y de independencia, algo que simpatiza con tu propia energía, con tu propio valor? Hemos sido hechos para unir nuestras simpatías, para animar de un nuevo espíritu este mundo gastado y grosero; en fin, para cumplir esos altos destinos que vislumbra mi alma por una visión profética, penetrando las tinieblas del porvenir. Con igual resolución que la tuya, desprecio tus amenazas de vergonzoso suicidio. ¡Te saludo como a mi esposa! ¡Reina de climas que no oscurecen las alas del águila, que no ha devastado su pico, *me inclino ante ti*, y te rindo respetuoso homenaje; pero *te reclamo*, porque me pertenezcas en culto y en amor! ¡Juntos surcaremos los mares, juntos fundaremos nuestro imperio, y una larga serie de siglos obedecerán a la regia estirpe que ha de salir del matrimonio de Arbaces y de Ione!

—¡Deliráis! ¡Mejor que en la boca del sabio Arbaces, estuvieran esas declamaciones místicas en las de algún viejo paralítico de los que venden amuletos en la plaza del mercado! Habéis oído mi resolución, tan irrevocable como el Destino. Orco ha recibido mi juramento, y está escrito en el libro de Plutón, que nada olvida. Reparad, pues, lo pasado; trocad el odio en respeto, y la venganza en agradecimiento.

Salvad a un hombre que jamás será rival vuestro. ¡Esos sí que son actos dignos de vuestra naturaleza primitiva, que ha dado algunas chispas de sentimientos grandes y generosos! ¡Ellos pesan en la balanza de los reyes de la muerte, y la harán inclinarse un día, cuando, sobrecogida el alma, se vea entre el Tártaro y el Elíseo! En la vida regocijan el corazón mejor y más tiempo que la recompensa da una pasión fugaz. ¡Arbaces, escuchadme y dejaos persuadir!

—¡Basta, Ione! Haré todo lo que pueda por Glauco; pero no me culpes si nada consigo. Pregunta a mis enemigos si no he tratado, si no trataré aún de librarle de la sentencia capital, y júzgame en consecuencia. Haz por tranquilizarte. Se adelanta la noche. Te dejo, ¡y ojalá sean tus sueños más favorables para quién solo existe por ti!

Marchóse sin esperar respuesta. ¿Temía acaso exponerse más tiempo a las apasionadas súplicas que despedazaban su corazón de celos, siquiera le llenasen de lástima? Hasta la compasión llegaba tarde. Aunque la misma Ione le hubiese prometido su mano en recompensa, dada su declaración, y enfurecido ya el pueblo, no era dueño de salvar al ateniense. Entretanto, alimentando la esperanza con la energía de su alma, se entregó a las probabilidades del porvenir, lisonjeándose de que con el tiempo triunfaría de la mujer que le inspiraba tan ardiente pasión.

Mientras sus esclavos le desnudaban por la noche, de repente se acordó de Nydia. Consideró preciso que Ione no supiera nunca la demencia de Glauco, por temor de que así se disculpase con ella del crimen que le imputaban, y pensó en la posibilidad de que le dijeran las mujeres que la ciega estaba en la misma casa y tratase de verla. Con este motivo dijo* a uno de sus libertos:

—Calias, ve inmediatamente a buscar a Sosio, y dile que bajo ningún pretexto deje salir a Nydia de su cuarto. ¡Mas espera! Ve primero a decir a las camareras que sirven a mi pupila que no le descubran que está en casa esa esclava. ¡Anda; despáchate!

El esclavo se apresuró a obedecer. Después de haber cumplido su mensaje para las doncellas de Ione fue a buscar al bueno de Sosio, y no habiéndole encontrado en su cuarto, le llamó a voces, hasta que le oyó responder desde el aposento de Nydia.

—Calias, ¿eres tú? ¡Abre la puerta; te lo suplico!

Descorrió el liberto el cerrojo, y vio ante sí la triste figura de Sosio.

—¡Cómo! ¿Conque estabas en el cuarto de la muchacha? ¡Impúdico! ¿No hay bastantes frutas maduras en el vergel, que vas a coger las verdes?

—¡No me hables de esa brujilla! —interrumpió Sosio impacientado—. ¡Va a ser causa de mi perdición!

En seguida contó a Calias la historia del demonio del aire y la fuga de la tesaliana.

—¡Pues ahorcate, infeliz Sosio, porque venía a decirte de parte de Arbaces que por ningún pretexto la dejases salir del cuarto ni un instante!

—¡Ay de mí! —gimió el esclavo—. ¿Qué he de hacer? Desde que se marchó ha tenido tiempo para recorrer la mitad de Pompeya; pero mañana me comprometo a encontrarla. ¡Guárdame el secreto, mi querido Calias!

—Haré cuanto pueda un amigo y cuanto permita mi propia seguridad. Pero ¿estás cierto de que ha salido de la casa? Se habrá escondido por ahí.

—¡Qué escondido! Nada le habrá sido más fácil que salir al jardín; y ya te he dicho que la puerta estaba de par en par.

—No; porque a esa hora que dices Arbaces paseaba con el sacerdote Caleno. Yo bajé a coger hierbas para el baño que va a tomar mañana nuestro amo. Vi la mesa con las frutas; pero la puerta estaba cerrada. Te aseguro que Caleno entró por el jardín y cerró.

—Pero no con llave.

—Sí tal; yo mismo le di una vuelta, incomodado por un descuido que ponía los bronce del peristilo a merced de un ladrón; y lo que es más, me traje la llave, que guardé por no haber encontrado al esclavo que tiene este cargo especial. Mírala aquí en mi cinturón.

—¡Baco mío! ¿Conque al cabo oíste mi plegaria? ¡No perdamos un momento! ¡Vamos al punto! ¡Quizás esté allí todavía!

El fino Calias consintió en ayudar al esclavo, y después de haber visitado en vano los cuartos inmediatos y los huecos del peristilo, entraron en el jardín.

Era poco más o menos el momento en que Nydia se había decidido a salir de su escondite. Con paso ligero, temblando, conteniendo el aliento, que a veces se le escapaba entre esfuerzos convulsivos, primero deslizándose por entre las columnas que circuían el peristilo, después interceptando los rayos de la Luna que daban al pavimento de mosaico, luego subiendo la azotea del jardín, en seguida pasando bajo el espeso follaje de los árboles bajó a la puerta fatal..., y la halló cerrada. No hay quien no haya observado esa expresión de dolor, de incertidumbre y de miedo que producen en la cara de un ciego un chasco en el tacto, si se me permite decirlo así. Pero ¿cómo pintar la horrible desesperación que se dibujó en aquel instante en las facciones de la tesaliana? No cesaban sus manos de recorrer la inexorable puerta. ¡Pobre criatura! ¡Todo tu noble valor, todas tus inocentes mañas, todos tus rodeos para libertarte de los perros y de los cazadores se han malogrado!, ¡a dos pasos de ti están los crueles, a quienes tienes la fortuna de no ver, riéndose de tus esfuerzos, de tu desesperación, sabiendo que no puedes escaparte, y esperando el momento de coger su presa!

—¡Calla, Calias! ¡Dejémosla! ¡Vamos a ver qué hace cuando este bien convencida de que la puerta es incorruptible!

—¡Mírala! ¡Alza la frente al cielo! ¡Está hablando en voz baja! ¡Se deja caer desesperada! ¡No; por Pólux! ¡Tiene algún nuevo proyecto! ¡No se conforma! ¡Cuidado que es terca! ¡Mira! ¡Ya se levanta! ¡Se vuelve atrás! Está discurriendo otro medio. Sosio, te aconsejo que no aguardes a más: cógela antes de que se vaya del jardín. ¡Ahora!

—¡Ah, fugitiva! ¡Te atrapé! —dijo Sosio echando mano a la infeliz.

¿Habéis oído alguna vez el último quejido *humano* de la liebre cogida por los

perros, el agudo grito que lanza el sonámbulo cuando le despiertan sobresaltado? Tal fue el que dio la joven ciega al sentir de pronto sobre sí la mano de su carcelero.

Era un grito tan lleno de angustia y de tan amarga aflicción, que el que le hubiese oído no habría perdido nunca su memoria. A Nydia se le figuró que acababan de arrebatarse a Glauco moribundo la última tabla que le quedaba para salvarse. Habían estado luchando la vida y la muerte, y la muerte había triunfado.

—¡Dioses; ese grito va a despertar a toda la casa! —dijo Calias—. Arbaces tiene el sueño muy ligero. ¡Tápale la boca!

—¡Dices bien! He aquí precisamente la servilleta con que la bruja me volvió el juicio. ¡Vamos, está bien, ahora ya eres tan muda como ciega!

Tomándola Sosio en brazos, pronto llegó a la casa y al cuarto de donde había escapado. Quitándole en seguida la servilleta, la dejó en una soledad cuyos tormentos eran mucho mayores que los del Infierno.

Capítulo XVI

Pesadumbre de los amigos calaveras por nuestras penas
El calabozo y sus víctimas.

Llegaba a su fin el día tercero y último de la causa de Glauco y de Olintho. Algunas horas después de haberse sentenciado, unos jóvenes elegantes de Pompeya estaban reunidos en torno de la delicada mesa de Lepido.

—¿Conque Glauco insiste en negar su crimen? —dijo Clodio.

—Sí; pero el testimonio de Arbaces es irrecusable: le vio dar el golpe —respondió Lepido.

—¿Cuál pudo ser el motivo?

—El sacerdote era de carácter sombrío y melancólico. Reprndería a Glauco por su vida disipada, por su afición al juego, y, en fin, no consentiría en que se casase con su hermana. Se trabaron de palabras, y parece que el ateniense, furioso de amor y con el vino que se le había subido a la cabeza, le hirió.

La embriaguez y el remordimiento le habrán hecho caer en el delirio que le ha durado algunos días, y se concibe que, a causa de aquella misma enajenación del instante, ignore el desdichado el delito que cometió al menos así lo cree Arbaces, que en su declaración ha guardado todos los miramientos debidos a la humanidad.

—Se ha hecho totalmente popular por su conducta en esta ocasión. Pero, atendiendo a esas circunstancias atenuantes, bien hubiera podido el Senado ceder algo de su severidad.

—Así sería, a no mediar los clamores del pueblo. Los sacerdotes no han perdonado medio para irritarle, y esas bestias feroces se han figurado que Glauco se libraría más fácilmente por ser hombre rico y de distinguida alcurnia: eso es lo que los ha puesto inexorables. El Senado no se ha atrevido a dejarle sus derechos de ciudadano ni a conservarle la vida, a pesar de que solo ha tenido en contra una mayoría de tres votos. ¡Hola! ¡Ahí está el vino de Chío!

—Muy mudado se halla; pero ¡qué serenidad e intrepidez hay en sus facciones!

—¡Sí; falta ver si le durarán pasado mañana! Por lo demás, ¿qué gracia tiene que muestre valor cuando también lo muestra Olintho, ese perro de cristiano?

—¡Blasfemo! —dijo Lepido, arrebatado de piadosa cólera—. No es extraño que el otro día haya sido herido por el rayo un decurión con *cielo sereno*^[116]. Los dioses se irritan contra Pompeya porque encierra en sus muros semejante impío.

—Sin embargo, el Senado ha estado tan clemente, que le hubiese absuelto solo con que diera algunas muestras de arrepentimiento, solo con que quemara algunos granos de incienso en el altar de Cibeles. Mucho dudo que si esos nazarenos llegaran a ser amos fuesen tan tolerantes con nosotros, en el caso de que derribásemos la

imagen de su Dios, blasfemásemos de sus ritos y renegásemos de su fe.

—En consideración a las circunstancias, conceden a Glauco una ventaja: le permiten combatir al león con el mismo estilo de que se sirvió para matar al sacerdote.

—¿Has visto al león? ¿Has examinado sus dientes y sus garras? Si lo hubieras hecho, no llamarías a eso ventaja. Lo mismo son para semejante animal una espada y una coraza que un rollo de papiro. No; en cuanto a mí, creo que la mayor desgracia que le han otorgado ha sido no dejarle en suspenso mucho tiempo. En efecto; es una fortuna para él que sean nuestras leyes remisas en decidir y prontas en ejecutar, y que, por una especie de providencia, estén señalados para mañana los juegos del anfiteatro. Esperar tanto la muerte, es morir dos veces.

—El ateo —dijo Clodio— tendrá que lidiar al tigre sin armas. Lo malo es que no pueden hacerse apuestas sobre estos combates. Sin embargo, ¿hay alguno que quiera?

Una gran carcajada expresó cuán ridícula era la proposición a los ojos de los presentes.

—¡Pobre Clodio! —dijo el anfitrión—. ¡Desgracia es para él perder un amigo; pero más lo es todavía no encontrar quien quiera apostar a que se liberta!

—Es desagradable, en efecto. Hubiera sido un consuelo para él y para mí pensar que me era útil hasta su último respiro.

—El pueblo —dijo el grave Pansa— está muy contento con el resultado del asunto. ¡Tenía tanto miedo de que pasasen los juegos del anfiteatro sin que se hallara un criminal para las fieras! ¡Figuraos si le gustará encontrar dos, y de esta clase! ¡Pobres gentes! ¡Con harta dureza trabajan; justo es que se diviertan un poco!

—Ese discurso es digno del buen Pansa, que nunca sale sin un séquito de clientes tan largo como un triunfo índico. Siempre está hablando del pueblo. ¡Dioses! ¡Acabará por ser otro Graco!

—En verdad que no soy ningún altanero aristócrata —dijo el Edil con aire benévolo.

—Preciso es reconocer —añadió Lepido— que hubiera tenido sus inconvenientes hacerse el generoso la víspera de un combate de fieras. Si alguna vez me procesan a mí, suplico a Júpiter, o que no haya fieras en el *vivar*, o que haya muchos reos en las cárceles.

—¿Y sabéis —preguntó uno de los convidados— qué es de la pobre muchacha con quién debía casarse Glauco? Ser viuda antes de la boda, es muy duro.

—¡Oh! —respondió Clodio—. Segura está bajo la protección de su tutor Arbaces. Era natural que fuese a casa de él después de haber perdido a su amante y a su hermano.

—¡Por vida de Venus! ¡Glauco era afortunado con la mujeres! Dicen que la rica Julia estaba enamorada de él.

—¡Eso es fábula! —contestó Clodio con aire de fatuidad—. Hoy mismo la he visto; y si alguna vez ha pensado en eso, me lisonjeo de haberla consolado.

—Señores, ¿no sabéis que está soplando la antorcha con todas sus fuerzas en casa de Diomedes? Ya ha principiado a arder, y no tardará en echar vivo resplandor sobre el altar de Himeneo.

—¿De veras? —dijo Lepido—. ¡Qué! ¿Irá a casarse Clodio? ¡Quiá! ¡No!

—¡No tengáis miedo! —respondió este—. Diomedes está encaprichado por casar a su hija con un patricio: no escaseará los sextercios; ni yo los guardaré en el *atrio*. No será malo para sus amigos el día que se case Clodio con una mujer rica.

—Siendo así —exclamó Lepido—, bebamos una copa bien llena a la salud de la hermosa Julia.

Mientras en el brillante triclinio de Lepido pasaba esta conversación, muy propia de la gente disipada de aquella época, y que hace un siglo acaso hubiera hallado eco en algún círculo de París, muy diferente era la escena en que se veía el joven ateniense.

Después de sentenciado, ya no pudo quedar bajo la blanda custodia de Salustio, único amigo de su desgracia. Le condujeron entre soldados por delante del foro, hasta que se detuvo la escolta cerca de una puertecilla próxima al templo de Júpiter. Todavía puede verse este lugar. Abríase esta puerta por el centro, de un modo bastante raro, y giraba sobre sus goznes como los tornos del día, de manera que nunca quedaba abierta de una vez más que la mitad. Entraron por allí al preso, y le pusieron un pan y un cántaro de agua; después le dejaron a oscuras y solo, según él creía. Tan repentino fue el cambio de fortuna que precipitó su juventud y su amor desde la cumbre de la felicidad para entregarle a la ignominia y a los horrores de una muerte sangrienta, que no podía persuadirse de que fuese realidad, y no sueño, todo lo que le estaba pasando. Su excelente temperamento triunfó de un filtro ponzoñoso cuya mayor parte no había bebido, por fortuna. Recobrada la calma del espíritu y de los sentidos, solo una opresión vaga enervaba sus miembros y oscurecía su inteligencia. Su valor natural y el orgullo griego le habían dado fuerza para vencer todo temor indigno de él, y para contemplar a la vista del tribunal con impavidez y valentía la terrible suerte que le esperaba. Mas el sentimiento de la inocencia apenas bastaba para sostenerle cuando las miradas de los hombres no excitaban su altivo resentimiento y se vio entregado a la soledad del silencio. Los húmedos vapores de su calabozo helaban su debilitado cuerpo. ¡Él, tan fino, tan voluptuoso, tan inexperto hasta entonces en toda prueba penosa, tan ignorante del pesar! Tan hermoso pájaro como era, ¿por qué había abandonado su remoto y brillante cielo, los bosques de olivos de sus naturales montañas y el melodioso murmullo de sus antiguos riachuelos? ¿Por qué había ido a ostentar su lucido plumaje en medio de aquellos extranjeros duros e inhospitalarios, deslumbrando sus ojos con sus ricos colores, seduciendo su oído con sus cantos de alegría, para ser preso de repente, encerrado en una oscura jaula, víctima y presa de su algazara brutal? ¿Iba a posar su alegre vuelo, y a enmudecer para siempre sus gozosos gorjeos? ¡Pobre Glauco! Sus verdaderos defectos, hijos de la franqueza y de la expansión de su carácter, toda su vida pasada,

¡cuán poco le habían preparado a las penas que se le venían encima! Aún resonaban dolorosamente en sus oídos los gritos de la multitud, a cuyos aplausos hiciera tantas veces volar su gracioso carro y sus ardientes caballos. Aún se presentaban a sus miradas los helados rostros de sus antiguos amigos, compañeros de placeres. Ninguno estaba allí para consolarle, para infundir ánimo al extranjero objeto un día de su admiración y de sus lisonjas. Aquellas puertas solo se abrían a la funesta arena, teatro de una muerte ignominiosa y violenta. ¡Y Ione también guardaba silencio! ¡Ni una palabra de aliento, ni un mensaje de compasión! ¡También ella le había abandonado! ¡Le creía culpable! ¡Y de qué crimen! ¡Del asesinato de su hermano! Rechinó los dientes, voceó, y algunas veces le asaltó una horrible idea. ¿Si *habría cometido* realmente el crimen de que le acusaban, sin saberlo él, y en medio de aquel delirio que le dominó de manera tan inexplicable? Mas siempre que se le ocurría este pensamiento le rechazaba lejos de sí, porque a pesar del tupido velo que para él cubría lo pasado, creía recordar muy bien el bosque de Cibeles, el descolorido rostro del muerto, el rato que había estado junto a él, y el golpe que le había derribado en tierra. Sentíase convencido de su inocencia; pero ¿quién la creería ni defendería su honor luego que se hubiesen confundido con los elementos sus restos destrozados? Acordándose de su entrevista con Arbaces y de los motivos de venganza que se habían aglomerado en el corazón de aquel hombre terrible, no podía menos de persuadirse de que era víctima de una trama misteriosa diestrisimamente urdida, y cuyo hilo en balde trataba de descubrir. Amaba a Ione, y acaso tenía la esperanza de su triunfo en la perdición de su rival. Este pensamiento era para Glauco el más cruel de todos; su noble corazón era más sensible a los celos que al temor. Se afligió de nuevo.

Una voz salida del fondo de su oscuro calabozo respondió a sus acentos de dolor.

—¿Quién es mi compañero en tan terribles instantes? ¿Eres tú, ateniense Glauco?

—Tal era, en efecto, mi nombre en los días de felicidad. Ahora quizás deban llamarme de otra manera. ¿Y el *tuyo*, extranjero?

—Es Olintho, tu compañero de castigo y de prisión.

—¿Quién? ¿El que llamaban el *ateo*? ¿Es por ventura la injusticia de los hombres lo que te ha enseñado a negar la providencia de los dioses?

—¡Ay! —respondió Olintho—. ¡Tú, que yo no, eres el verdadero ateo, porque reniegas del verdadero Dios, del Dios desconocido a quien habían levantado un altar los piadosos atenienses! Ahora es cuando yo conozco a mi Dios. Está conmigo en el calabozo; su sonrisa alumbra mis tinieblas; la víspera de mi muerte me habla en voz baja de la inmortalidad, y no huye de mí la Tierra sino para acercar al Cielo un alma ya cansada.

—Dime —le interrumpió Glauco—: ¿no han pronunciado tu nombre unido al de Apecides en el curso del proceso? ¿Me crees culpable?

—Solo Dios puede leer en el fondo de los corazones; pero no es de ti de quien sospecho.

—¿Pues de quién?

—De tu acusador: de Arbaces.

—¡Oh! ¡Me das la vida! ¿Y por qué?

—Porque conozco el corazón de ese hombre, y sé que tenía motivos para temer al que ya no existe.

Olintho le instruyo entonces de los pormenores que sabe ya el lector, de la conversión de Apecides, del plan que había formado para descubrir las imposturas de los sacerdotes egipcios, y de las seducciones que Arbaces había puesto en juego contra la flaqueza del neófito.

—Por eso —dijo Olintho—, si el difunto encontró por casualidad a Arbaces, si le echó en cara su traición, si le amenazó con hacerla pública, si el lugar y la hora favorecían su cólera, la pasión y la astucia habrán movido su brazo.

—Es indudable que pasó así —exclamó Glauco con alegría—. ¡Soy feliz!

—Pero ¡desventurado!, ¿de qué te sirve ahora ese descubrimiento? Ya estás sentenciado: tu suerte es irrevocable, y no dejarás de morir a pesar de toda tu inocencia.

—Pero ahora sé que soy inocente. En mi misteriosa locura, tenía dudas pasajeras, pero horrorosas. Mas dime, hombre de creencias extrañas: ¿crees que por errores leves o por culpas de nuestros ascendientes estemos abandonados y maldecidos para siempre por las potestades del Cielo, cualquiera que sea el nombre que tú les des?

—Dios es justo, y no abandona a sus criaturas porque sucumban a la fragilidad humana. Dios es infinitamente misericordioso, \ no maldice más que a los perversos que no se arrepienten.

—Sin embargo, me parece que en un momento de cólera divina me acometió una locura repentina, un frenesí sobrenatural que no era efecto de medios humanos.

—¡Hay demonios en la Tierra —respondió el nazareno con terrible acento—, como hay un Dios y su Hijo en el Cielo! Y puesto que no reconoces a este, serán aquellos los que tengan influjo sobre ti.

Glauco no respondió y guardó silencio algunos minutos. Al cabo dijo con voz dulce y alterada, mostrando algo de duda.

—Cristiano, ¿te enseñan las doctrinas de tu fe que resucitan los muertos, que los que se aman aquí se unen en otro mundo, que más allá del sepulcro rompe nuestra fama las mortales nieblas que la oscurecían a los groseros ojos del mundo, y que las olas divididas por el desierto y la roca se encuentran en el solemne Hades y corren de nuevo reunidas?

—¿Si creo eso, ateniense? No; no lo creo: *lo sé*. Y esa mágica seguridad es lo que me sostiene en este momento. ¡Oh Cillene^[117]! —continuó Olintho en tono apasionado—, ¡esposa de mi corazón! Tú, de quien me han separado al mes de nuestra unión, ¿no volveré a verte antes de pocos días? ¡Oh! ¡Venga la bienhechora muerte que ha de llevarme al Cielo y a ti!

Arranque tal de ternura humana tocó una cuerda sensible en el alma de Glauco.

Por primera vez sintió cierta simpatía por su compañero de infortunio, más íntima que la que inspira la simple comunidad de desgracia. Se acercó a Olintho, porque los italianos feroces bajo cierto aspecto, no eran inútilmente crueles. Ahorraban a los presos los calabozos separados y las cadenas superfluas, y permitían a las víctimas destinadas a la arena el triste consuelo de estar todo lo libres y acompañadas que consentía la prisión.

—¡Sí! —continuo el cristiano con santo fervor—. La inmortalidad del alma, la resurrección y la reunión de los muertos son los grandes principios de nuestra creencia, las grandes verdades que ha querido demostrar un Dios sufriendo la muerte por ellas. ¡No un Elíseo fabuloso, no un Orco poético; la herencia material del mismo Cielo es el patrimonio de los buenos!

—Enséñame, pues, tus doctrinas y explícame tus esperanzas —dijo Glauco, seriamente conmovido.

Al punto accedió Olintho a esta plegaria, y, como sucedía, muchas veces en los primeros tiempos del cristianismo, en las tinieblas del calabozo y en víspera de la muerte el *evangelio* brilló con sus magníficos y sagrados rayos.

Capítulo XVII

Una probabilidad en favor de Glauco.

Vuelta Nydia a su prisión, las horas corrían para ella con lentitud mortal.

Como si Sosio hubiera temido que le engañara de nuevo, no fue a visitarla al otro día hasta hora muy avanzada de la mañana, y aun entonces no hizo más que meter de prisa la cesta de la comida y el vino y cerrar en seguida la puerta. Pasó el día entero, y se encontraba presa entre inexorables paredes, cuando precisamente aquel día debían juzgar a Glauco y ella hubiera podido salvarle si estuviese libre. Sin embargo, sabiendo que a pesar de lo imposible que parecía su fuga estaba en sus manos el único escudo del ateniense, aquella joven tan delicada, tan irascible, tan débil, decidió no dejarse abatir por una desesperación que le impidiese aprovechar todas las circunstancias favorables. Conservo su sangre fría bajo el tormento de crueles reflexiones, y llegó hasta el extremo de comer y beber a fin de que no le faltaran las fuerzas y *poder estar preparada a todo*.

Revolvía en su cabeza mil proyectos de evasión que luego tenía que abandonar. En tanto, Sosio era su esperanza, el único instrumento que se proponía utilizar para su plan. Se había mostrado supersticioso cuando se trató de inquirir si con el tiempo lograría comprar su libertad. ¡Grandes dioses! ¿No sería posible sobornarle prometiéndole hacerle libre? ¡No era ella bastante rica para comprarle! Sus delicados brazos estaban llenos de brazaletes que le había dado Ione, y alrededor de su cuello llevaba aún aquella misma cadena que ocasionó la riña de celos con Glauco, y que, por lo visto, en vano había prometido llevar siempre. Aguardó, pues, con viva ansiedad la vuelta de Sosio; mas pasaban las horas sin que pareciese, y principió a perder la paciencia. Una verdadera fiebre agitaba todos sus nervios, y le fue imposible soportar más tiempo la soledad; gimió, dio voces, y pegó con la cabeza en la puerta. Se oyeron a lo lejos sus gritos, y Sosio acudió de muy mal humor a ver qué tema, para hacerla callar si era fácil.

¡Oh! ¡Oh!, ¿qué es esto? —dijo con sequedad—. ¡Esclava, si continuas gritando así, habrá que ponerte una mordaza! ¡Si te oye mi amo, lo pagarán mis espaldas!

—¡No me regañes buen Sosio! ¡No puedo estar tanto tiempo sola! Me aburro, y me da miedo. ¡Quédate un poco conmigo; te lo suplico! No temas que trate de escaparme. Si quieres, pon tu silla delante de la puerta y ten fijos los ojos sobre mí. No mudaré de puesto.

Esta plegaria ablandó a Sosio, de suyo también amigo de hablar. Compadeció a una mujer que no tenía con quién charlar, porque él se hallaba en el mismo caso; la compadeció, digo, y resolvió *darse él* ese gusto. Aprovechó, pues, la idea que le había sugerido Nydia; puso un taburete contra la puerta, se apoyó en él, y respondió:

—No quiero negarte ese capricho, porque no se trata más que de una conversación inocente. ¡Pero cuidado; no más jugarretas ni más brujerías!

—¡No, no más! Dime, mi querido Sosio: ¿qué hora es?

—Ya declina el día; vuelven las cabras al establo.

—¿Y qué noticias hay de la causa?

—Ambos están sentenciados a muerte.

Ahogó Nydia el grito que iba a dar.

—¡Me lo esperaba! —dijo—. ¿Y cuándo mueren?

—Mañana en el anfiteatro. Si no fuera por ti, ¡pobrecilla!, tendría permiso para ir a verlos con mis compañeros.

Nydia se había dejado caer contra la pared. La naturaleza pudo más que ella, y se desmayó. Sosio no lo advirtió, porque era casi de noche y estaba hartado ocupado con el pensamiento de sus privaciones. Continuó quejándose de perder aquella diversión tan grande, y acusó a Arbaces de injusticia por haberle escogido para el oficio de carcelero. Estaba a medio concluir su discurso, cuando ya Nydia había vuelto en sí, dando un profundo suspiro.

—¿Suspiras, ciegucecita, por mis disgustos? ¡Gracias! Al menos, es un consuelo. Ya que reconoces lo que me cuestan, haré por no quejarme. No hay cosa peor que ser uno maltratado y que no le tengan lástima.

—Sosio, ¿cuánto te falta para comprar tu libertad?

—¿Cuánto? Cerca de dos mil sextercios.

—¡Loados sean los dioses! ¿Nada más? ¡Mira estos brazaletes y esta cadena! ¡Valen doble! Te los daré, si.

—¡No intentes seducirme! ¡No puedo libertarte! Arbaces es terrible. Mi cuerpo serviría de pasto a los peces del Sarno, y todos los sextercios del mundo no me devolverían la vida. ¡Más vale perro vivo que león muerto!

—¡Sosio, piénsalo bien! ¡Se trata de tu libertad! ¡Si quieres dejarme salir, solo una hora! ¡Permíteme que salga a media noche, y volveré antes de amanecer! ¡Hasta consentiré que me acompañes!

—¡No! —dijo Sosio con firmeza—. Un esclavo desobedeció un día a Arbaces, y no se volvió a oír hablar de él.

—Pues la ley no da al señor derecho de vida y muerte sobre sus esclavos.

—La ley es muy obsequiosa; pero es más fina que eficaz. Yo lo que sé es que Arbaces siempre encuentra medio de tener la ley a su favor. Por otra parte, una vez muerto, no había de resucitarme la ley.

Nydia se retorció las manos.

—¿Conque no hay esperanza? —dijo con movimientos convulsivos.

—¿De salir? Ninguna, hasta que lo mande Arbaces.

—Pues bien —dijo Nydia—; al menos, no te negarás a llevar una carta de mi parte. Por eso no te matará tu amo.

—¿A quién?

—Al Pretor.

—¿A un magistrado? ¡No haré tal cosa! Me llamarían a declarar lo que sé; y cuando preguntan a un esclavo, es por medio del tormento.

—Perdona, me he equivocado al decir el Pretor. ¡No sé cómo se me ocurrió esa palabra! Quería hablar de Salustio.

—¡Vamos! ¿Y qué quieres de él?

—Glauco era mi amo; me compró a otro amo muy cruel. Siempre ha sido generoso conmigo, y va a morir. No habría para mí felicidad en la vida si no le hiciese saber que mi corazón le conserva gratitud en la hora fatal y siempre. Salustio es amigo suyo, y cumplirá mi encargo.

—Estoy seguro de que no. De aquí a mañana tiene Glauco algo más que hacer que pensar en una esclava ciega.

—Sosio —dijo Nydia levantándose, si quieres ser libre, en tu mano está. Mañana ya será tarde. Nunca se ha comprado la libertad más barata. Fácilmente y sin que nadie lo note, puedes salir de casa; tu ausencia será a lo más de media hora. ¿Y por tan poca cosa has de perder tu emancipación?

Sosio estaba muy indeciso. La demanda era ridícula a la verdad; pero ¿qué le importaba a él? ¡Tanto mejor! Podía cerrar la puerta por fuera, y aunque Arbaces supiese su ausencia, la falta era pequeña y solo le valdría un regaño. Mas ¿y si la carta de Nydia contenía otra cosa que lo que acababa de decir? ¿Y si hablaba de su encarcelamiento, como era muy probable? Pero ¿qué suponía esto tampoco? ¿Cuándo sabría Arbaces que era él quien la había llevado? Y en último resultado, el precio era enorme; el riesgo, pequeño; la tentación, irresistible. No vacilo más, y consintió en la proposición.

—Dame las joyas, y me encargo de la carta. ¡Mas espera! Tú eres esclava, y no tienes derecho a esos adornos: pertenecen a tu señor.

—Glauco es quien me los dio: él es mi señor, y no es fácil que los reclame. ¿Quién si no él puede saber que yo los poseía?

—¡Basta; voy a traerte papiro!

En pocos minutos acabó Nydia su carta, que tuvo la precaución de escribir en griego, lenguaje de su infancia, y que suponía sabido por todo italiano bien criado. La selló cuidadosamente con el hilo protector, y cubrió el nudo con cera; mas antes de entregarla en manos de Sosio le dirigió estas palabras:

—Sosio, soy ciega y estoy presa. Puedes tener ánimo de engañarme, puedes hacer como que la llevas a Salustio y no desempeñar tu comisión; pero si abusas de mi confianza, consagro aquí solemnemente tu alma a las potestades infernales, y en prenda de la fe, te requiero a que pongas tu mano derecha en la mía y a que repitas conmigo estas palabras: Por la Tierra sobre que andamos, por los elementos que encierra la vida y que pueden maldecirla, por Orco, gran vengador, por Júpiter Olímpico, que todo lo ve, juro cumplir mi encargo y entregar esta carta fielmente en manos de Salustio; y si falto a este juramento, caigan sobre mí todas las maldiciones

del Cielo y del Infierno.

—Basta: te creo. Toma tu recompensa. Ya es de noche; vete al punto.

—Eres una muchacha rara, y me has asustado terriblemente; mas todo eso es natural, y si logro encontrar a Salustio, le entregaré la carta, según he jurado. A fe mía, no he dejado de cometer algunas faltillas; pero lo que es perjurios... ¡No; eso se queda para mis superiores!

Retiróse Sosio después de hablar así y de haber cerrado cuidadosamente la puerta de Nydia y sujetándola con una gran barra de hierro. Poniéndose después la llave en el cinturón, se envolvió de pies a cabeza en un ancho manto y salió por la puerta falsa, sin que nadie le viese ni le incomodara.

Las calles estaban casi desiertas, y pronto llegó a casa de Salustio. Le dijo el portero que dejara la carta y se marchase, porque su amo estaba tan afligido con la sentencia de Glauco, que no quería ver a nadie.

—Pues he jurado entregársela en propia mano, y tengo que cumplirlo —dijo Sosio; y sabiendo que a Cerbero le gusta la torta, metió en la mano del portero media docena de sextercios.

—¡Está bien, está bien! —dijo este dulcificándose—. Entra si quieres; pero, la verdad, Salustio trata de ahogar su pesadumbre en el Falerno. Siempre hace lo mismo cuando le atormenta algún disgusto. Encarga una excelente comida, pide el mejor vino, y no se aparta de la mesa hasta que la pesadumbre ha pasado de su cabeza a la copa.

—El método no puede ser mejor. ¡Lo que es ser rico! ¡Si yo fuese Salustio, quisiera tener cada día una pesadumbre! Pero decid algo por mí al *atriense* (mayordomo) que se acerca.

Salustio estaba demasiado afligido para recibir gentes; pero lo estaba también para beber solo. Por eso, según su costumbre, había admitido a su mesa a su liberto favorito, y nunca se sirvió banquete más extraño. El benévolo epicúreo no cesaba de suspirar, verter lágrimas y sollozar; luego interrumpía sus lamentaciones para comer de un nuevo plato o para llenar su copa.

—¡Oh amigo mío! —decía a su liberto—. ¡Es una sentencia bien cruel! ¡Ay! No esta malo este cabrito; ¿eh? ¡Ese pobre Glauco! ¡Cuidado con la boca que tiene el león! ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

Solo el hipo interrumpía los sollozos de Salustio.

—Tomad una copa de vino —dijo el liberto.

—¡Está demasiado frío! ¡Pero Glauco sí que debe de tener frío! ¡Qué cierren mañana la casa! ¡Qué ningún esclavo salga! ¡No quiero que vaya a esa maldita arena un solo criado mío! ¡No! ¡No!

—¡Una copa de vino! ¡El dolor os quita el juicio! ¡Un poco de esta tarta de crema!

En este momento favorable fue Sosio admitido a la presencia de aquel inconsolable comilón.

—¡Ah! ¿Quién eres?

—Un mensajero que pregunta por Salustio. Vengo a entregaros este billete de parte de una señorita. Creo que no tiene contestación. ¿Puedo retirarme?

Así habló el discreto Sosio, conservando cubierta la cara con su manto y disfrazando la voz, a fin de que no le reconocieran en adelante.

—¡Por vida de los dioses! ¡Eres un rufián miserable, inhumano! ¿No estás viendo mi dolor? ¡Vete, y que te acompañen las maldiciones de Pandora!

No aguardó Sosio a que se lo dijeran dos veces; se retiró.

—¿Queréis leer la carta, Salustio? —dijo el liberto.

—¡Una carta! ¿Cuál carta? —dijo el epicúreo, que ya comenzaba a estar descabalado—. ¡Malditas mujeres! ¡Pues estoy yo para pensar en... (*hipo*) divertirme..., cuando..., cuando va a ser devorado mi amigo! —No cesaba el hipo de atormentar al pobre Salustio.

—¿No coméis un pastelillo?

—¡No, no; el dolor me ahoga!

—Que le lleven a la cama —dijo el liberto; y con la cabeza apoyada en el pecho le trasladaron a su cubículo, mientras seguía murmurando elegías sobre la suerte de Glauco, y maldiciones contra las intempestivas citas de las cortesanas.

Entretanto Sosio volvía a su casa Heno de indignación.

«¡Conque un rufián! —decía para sí—. ¿Un rufián? ¡Es preciso convenir en que Salustio tiene un lenguaje bien grosero! Si me hubiera llamado pícaro, ladrón, habría podido perdonarle; ¡pero rufián! ¡Esta palabra es capaz de alarmar al hombre menos delicado! Los pícaros son pícaros, y los ladrones, ladrones, por su gusto y en provecho suyo. Hay algo de honroso y filosófico en ser uno malo por su cuenta; es hacer las cosas por principios, en grande. Pero un rufián se envilece por cuenta de otro: es como una cacerola donde hierve la sopa que uno no ha de comer; es una servilleta en que se limpian los dedos todos los convidados. ¡Rufián! ¡Mejor quisiera que me llamasen parricida! Pero estaba borracho, y no sabía lo que hablaba; además, yo iba disfrazado. Si hubiera podido saber que se dirigía a Sosio, habría dicho ¡honrado Sosio! y ¡buen hombre!; estoy bien seguro Sea como quiera, he ganado fácilmente estas joyas, que es lo que me consuela ¡Oh diosa Feronia! ¡Pronto seré libre, y entonces veremos quién se atreve a llamarme rufián...! ¿Cómo no me lo pague bien?»

Durante este noble y generoso monólogo seguía una callejuela que daba al anfiteatro y a los palacios que le rodeaban. Al volver una esquina se halló de repente en medio de una multitud de hombres, mujeres y niños que reían, hablaban y hacían gestos sin que el digno Sosio lo advirtiese, fue arrebatado por aquel torrente.

—¿Qué hay? —dijo al que estaba más cerca—. Joven obrero, ¿qué hay? ¿Adónde va toda esa gente? ¿Qué rico patrono distribuye esta noche limosnas o comida?

—¡No, no es eso; es cosa mejor! —respondió el joven—. El noble Pansa, el amigo del pueblo, ha dado al público permiso para ver las fieras en su jaula. ¡Algunos

no las verán mañana tan seguros como nosotros!

—Es cosa divertida —dijo el esclavo, siguiendo al gentío que le arrastraba—; y ya que no puedo mañana asistir a los juegos, procuraré ver las fieras esta noche.

—Haréis bien —respondió su nuevo conocido: no se ven todos los días en Pompeya un tigre y un león.

Acababa de entrar la turba en un terreno espacioso que, no estando bien alumbrado, ofrecía algún riesgo para aquellos cuyos miembros no estuviesen hechos a resistir apretones. A pesar de eso, las mujeres (y había varias que llevaban niños en brazos, y aun al pecho) fueron las más tercas en abrirse paso, y sus agudos gritos de quejas o súplicas sobresalían con mucho por encima de las voces más alegres y más fuertes de los hombres. Se encontraba allí una muchacha que parecía gozar demasiado de antemano con la fiesta que esperaba, para sentir el inconveniente de verse tan estrujada.

—¡Ah! —exclamó dirigiéndose a sus vecinas—. ¡Ya os había dicho yo que tendríamos un hombre para el león, y ahora tenemos también para el tigre! ¡Qué ganas tengo que llegue mañana!

*¡Oh, que placer, que alegría,
qué espectáculo tan lindo;
tantas caras, tantos trajes
en los palcos y tendidos!
¡Ved los Fieros gladiadores,
iguales de Alcmena al hijo,
avanzan, codo con codo,
por el silencioso circo!
¡Hablad ahora que se puede,
porque luego, ni un respiro
podremos lanzar del pecho,
dada la función principio!
¡Cuán esbeltos van y alegres!
¡Ni aun sospechan el peligro!
¡Oh; que placer, que alegría!*

—¡Vaya una muchacha alegre! —dijo Sosio.

—Sí —respondió el obrero, mozo bien hecho, de cabellos rizados, dejando entrever en sus palabras la envidia—. ¡Sí; a las mujeres les gustan los gladiadores! ¡Si yo hubiera sido esclavo, no hubiese dejado de tomar al lanista por maestro de escuela!

—¿De veras? —dijo Sosio con aire de desprecio—. ¡Eso va en gustos!

En aquel momento llegaban los grupos a las jaulas de la arena; pero, como eran pequeñas y estrechas, el apretón que hubo al entrar fue mucho mayor que el del

camino. Dos empleados del anfiteatro puestos a la puerta tuvieron la precaución de disminuir ese inconveniente no repartiendo más que un corto número de billetes a los que estaban primero, y no admitiendo más espectadores hasta que aquellos habían satisfecho su curiosidad. Sosio, que era bastante vigoroso, y a quien no estorbaban un exceso de timidez ni un exceso de política, encontró modo de hallarse comprendido en la primera hornada. Separado de su camarada el obrero, se halló en un cuarto reducido, donde le ahogaban el calor y el humo de una porción de antorchas que allí lucían.

Los animales, que por lo regular se encerraban en diferentes jaulas o vivares, aquella vez, para aumentar la diversión del público, habían sido encerrados juntos, Si bien los separaban gruesas barras de hierro.

Allí estaban los terribles habitantes del desierto, que eran a la sazón, si no los únicos, al menos los principales personajes de esta historia. El león, que aunque de carácter más dulce que su cofrade rabiaba de hambre, iba y venía por su prisión con aire feroz e inquieto; brillaban sus ojos de furor, y siempre que se detenía y miraba en torno de sí los espectadores retrocedían asustados y no acertaban a respirar. El tigre parecía más tranquilo: tendido a la larga, y en señal de impaciencia, solo movía de cuando en cuando la cola o daba un largo bostezo.

—¡Nunca he visto animal más feroz que este león, ni aun en el anfiteatro de Roma! —dijo junto a Sosio un hombre musculoso y gigantesco.

—¡Me siento humillado cuando miro sus miembros! —respondió otro más endeble y más joven, que se hallaba a la izquierda de Sosio, cruzado de brazos.

Miró el esclavo primero a uno, luego a otro, y dijo para sí:

—*Virtus in medio*. ¡Estás bien situado, Sosio, entre dos gladiadores!

—¡Dices bien, Lidón! —añadió el mayor—. Lo mismo me sucede a mí.

—¡Cuándo uno piensa —dijo Lidon profundamente conmovido— que ha de servir de pasto a ese monstruo el noble griego a quien todos hemos visto entre nosotros hace tan pocos días lleno de juventud, de riquezas y de felicidad!

—¿Por qué no? —dijo el salvaje Niger—. Más de un gladiador honrado ha tenido que sufrir ese combate por orden del Emperador. ¿Por qué no ha de obligar también la ley a un asesino rico?

Suspiro Lidon, se encogió de hombros y guardó silencio. Entretanto el vulgo de los espectadores escuchaba su conversación con los ojos y la boca abiertos.

Los gladiadores eran para ellos objeto de tanto interés como los animales: los creían de la misma especie; así es que paseaban sus miradas alternativamente de los unos a los otros, y al mirarlos se decían lo que pensaban acerca de ellos y del espectáculo que les esperaba al otro día.

—Pues bien —dijo Lidon volviéndose—; doy gracias a los dioses por no tener que lidiar yo con el león o el tigre. ¡Mejor quisiera habérmelas contigo, Niger!

—¡Pues no soy yo menos peligroso que ellos! —respondió el gladiador con feroz sonrisa; y los espectadores, admirando sus recios miembros y su fiera fisonomía,

sonreían también como dándole la razón de puro miedo.

—¡Es posible! —replicó Lidón hendiendo la multitud y echándose fuera.

—¡No haré yo mal en aprovecharme de sus espaldas! —dijo el prudente Sosio; y se dio prisa a seguirle—. El pueblo siempre abre paso a un gladiador; y yendo en pos de él, me tocará algo de su importancia. El hijo de Medón atravesó las oleadas populares, entre las cuales halló algunos que reconocieron sus facciones y su profesión.

—¡Mira el joven Lidón! ¡Buen muchacho! ¡Mañana combate! —dijo uno.

—Por él he apostado yo —prosiguió otro—. ¡Ved qué derecho anda!

—¡Buena suerte, Lidón! —continuó un tercero.

—¡Lidón, os deseo fortuna! —añadió a media voz una mujer de risueña cara de la clase media—. ¡Si salís vencedor, oiréis hablar de mí!

—¡Buen mozo, por vida de Venus! —exclamó una muchacha que apenas salía de la infancia.

—¡Gracias! —respondió Sosio, que se había apropiado el requiebro.

Por puros que fuesen los motivos de Lidón, el cual conocía que no hubiera abrazado nunca tan sanguinario oficio sin la esperanza de granjear a su padre la libertad, no dejó de envanecerse algún tanto al ver que así fijaban la atención en él. No pensó que las mismas voces que celebraban allí sus alabanzas quizás aplaudirían sus últimas convulsiones. Feroz y temerario, no menos que generoso y sensible por naturaleza, le había ya picado el orgullo de una profesión que creía despreciar, y cedía a la influencia de una sociedad que detestaba en el fondo del alma. Se miraba como hombre de importancia. Aligeró el paso, y tomó más reposado continente.

—Níger —dijo volviéndose de pronto—, hemos disputado varias veces. Mañana no nos batiremos uno con otro; mas, según las apariencias, caerá uno de los dos ¡Démonos la mano!

—¡De todo corazón! —dijo Sosio, y extendió la suya.

—¡Calla! ¿Quién es este majadero? ¡Creí que venía Níger detrás de mí!

—¡Te perdono la equivocación! —respondió Sosio con aire de condescendencia—. ¡No hablemos ya de eso! Nada tenía de particular, porque Níger y yo somos casi de la misma configuración.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Está eso bueno! ¡Si te hubiera oído Níger, ya te había roto el alma!

—Vosotros, caballeros de la arena, usáis un lenguaje poco cortés —dijo Sosio—. ¡Mudemos de conversación!

—¡Bah, bah! —dijo Lidón impacientado—. ¡Maldita la gana que me asiste de conversar contigo!

—A decir verdad —replicó el esclavo—, bien debes de tener que reflexionar; mañana te estrenas en el circo. Estoy seguro de que morirás con valor.

—¡Antes ciegos que tal veas! —dijo Lidón, a quien no agradaba la perspectiva que le ofrecía Sosio—. ¡Morir no! ¡Creo que todavía no ha llegado mi hora!

—El que juega a los dados con la muerte, a lo menos echa los perrillos —replicó

Sosio con malicia; pero tú eres vigoroso, y te deseo el mejor resultado posible. ¡Vale!

Con esto se volvió, y tomó el camino de la casa de su amo.

—Supongo que las palabras de este pícaro no serán un presagio —dijo Lidón con aire pensativo—. Mí celo por la libertad de mi padre y la confianza en la fuerza de mis músculos no me dejaron pensar en la posibilidad de la muerte. ¡Pobre padre mío! ¡Soy su hijo único! ¡Si yo muriera!

Cuando se le ocurrió esta idea echó a andar con paso más rápido y desigual, y de pronto vio salir por la calle de enfrente la persona en quien estaba pensando. Apoyado en su palo, bajo el peso de la edad y de los achaques, con los ojos bajos y el andar incierto, se acercaba lentamente a su hijo, Medón el de los cabellos blancos. Detúvose un momento Lidón, porque adivinó luego lo que había hecho salir de casa al anciano a tales horas.

A mí es a quien busca, sin duda —dijo para sí—. Está horrorizado de la sentencia de Olintho. Cada vez le parece la arena más criminal y aborrecible. Viene a disuadirme del combate. ¡Tengo que esconderme de él! ¡No puedo resistir a sus ruegos y a sus lágrimas!

Estos pensamientos, tan largos de transcribir, pasaron como un rayo por la cabeza del joven. Volvióse de repente, y huyó en dirección opuesta, sin pararse hasta que cansado y sin aliento llegó a una colina que dominaba el barrio más brillante de aquella ciudad en miniatura. Contemplando desde allí las tranquilas calles que brillaban a los rayos de la naciente Luna, cuya luz descubría a lo lejos la gente que se agitaba alrededor del anfiteatro, le conmovió esta escena a pesar de su ruda naturaleza y de su poco viva imaginación. Para descansar se sentó en las gradas de un pórtico abandonado, y sintió la dulce influencia de la calma y del reposo de la noche. Cerca de él resplandecían muchas luces en un palacio cuyo dueño celebraba una fiesta. Las puertas estaban de par en par a fin de que corriese el fresco, y el gladiador distinguió a los convidados, reunidos, según costumbre, en torno de mesas puestas en el *atrium*^[118], y al fin de la serie de salones que había detrás de ellos, una fuente cuya blanca espuma relucía con los rayos de la Luna. Guirnaldas de flores adornaban las paredes de la sala, en que había muchas estatuas de mármol. Allí, entre mil carcajadas, resonaban los cantos y la música.

CANCIÓN EPICÚREA

*¡Dejad vuestras historias
de pavorosas hadas, que por amedrentaros
el Flamen inventara!
¡Nosotros nos reímos
de Euménides y Parcas,
y el Cocito sombrío*

*ningún temor nos causa!
El infeliz Jovino
cruel vida arrastrara
si llegase a ser cierta
vuestra increíble fábula.
¡Qué no es poco trabajo
tener siempre clavada
la vista en los mortales,
cubriendo al par con ansia
sus manos los oídos
que su Esposa taladra!*

*¡Oh! ¡Bien haya, Epicuro,
tu doctrina, que al alma
enseña a que se burle
de aquesta pueril farsa!
Cuando allá en los Infiernos
quisieron embarrarla,
tu mano corto el cable,
con la verdad por hacha.
Si hay Júpiter o Juno,
¿creéis que ellos se cansan
en pensar en nosotros
por nuestra linda cara?
¿Creéis funden los dioses
su bienaventuranza en estar en acecho
mirando nuestras faltas?
¡Lindo quehacer, por cierto!
¡Día, noche y mañana
contar copas vacías
y queridas dejadas!
¡A los amores demonios,
al vino y a la zambra,
y dejad que los dioses
duerman allá en su estancia!*

Aunque no era muy quisquillosa la religiosidad de Lidón, no dejaron de hacerle mella aquellos cantos, que expresaban la filosofía en moda; y mientras se recobraba del penoso efecto que le habían hecho, pasó por donde él estaba un grupo de hombres de la clase media, vestidos sencillamente. Su conversación era seria, y no vieron al gladiador, o al menos no se fijaron en él.

—¡Qué horror de hombres! —dijo uno de ellos—. ¡Nos arrancan a Olintho! ¡Nos quitan nuestro brazo derecho! ¿Cuándo bajará Jesucristo a proteger a los suyos?

—¿Y ha de seguir así la sociedad humana? —preguntó otro—. ¡Condenar a un inocente a la misma muerte que a un asesino! Mas no desesperemos: todavía puede oírse el trueno de Sinaí, y librarle el Señor. Dijo el insensato en su corazón: ¡No hay Dios!

En aquel momento los del iluminado palacio cantaron su estribillo:

*¡Y dejad que los dioses
duerman allá en su estancia!*

Aún resonaban estas palabras, cuando, indignados los nazarenos, entonaron a su vez uno de sus himnos favoritos:

*Ya altivo te presentes, ya tímido te escondas,
la voz de la conciencia, pecador, habla en ti:
y en la tierra, en los aires, debajo de las ondas
de Nuestro Dios los ojos te alcanzaran allí.*

* * *

*¡Vedle! Ya se presenta en carro tempestuoso.
¡Abatíos, oh cielos! ¡Paso, abismos, dejad!
¡Ay del que Le provoca soberbio y orgulloso!
¡Ay de los que Le niegan! ¡Malvados, ay, temblad!*

* * *

*Las rocas y sepulcros saltaran en pedazos
cuando el clarín del Juicio resuene aterrador,
y extendiendo a la tierra el mar sus ígneos brazos,
arrastrara las almas ¡de cuanto pecador!*

* * *

*Endeble pergamino, así que sienta el fuego
el firmamento súbito doquier se arrugara:
los astros rutilantes vendrán a tierra luego,
y sus fulgentes luces el Sol apagara.*

* * *

*Del caos y el vacío, todo en la noche horrenda
serán gritos y llantos y rabia y aflicción,
y brillará la espada fulminante, tremenda,
que a bueno y malo trace su eterna división.*

* * *

*Entonces, en el día de Juicio riguroso,
al mostrar Dios su gloria, justicia y majestad,
¡ay del que ahora Le niega soberbio y orgulloso!
¡Ay del que Le provoca! ¡Malvados, ay, temblad!*

Repentino silencio sucedió en la sala del festín a estas palabras proféticas. Los nazarenos siguieron su camino, dispersándose bien pronto a los ojos del gladiador, que, asustado, sin saber la causa, de las místicas amenazas de los cristianos, se levantó para irse a casa.

¡Cuán tranquilamente dormía bajo su estrellado cielo aquella amable ciudad! ¡Cuán seguras y pacíficas reposaban las columnatas de sus calles! ¡Cuán apaciblemente bullían las olas de la mar que la bañaban! ¡Cómo la cubría con su oscuro azul el puro cielo de la Campania! Sin embargo, aquella noche era la última de la feliz Pompeya, de la colonia de Caldeo, de blancos cabellos, de la fabulosa ciudad de Hércules, de la delicia de los voluptuosos romanos. Habían pasado los siglos sobre su cabeza sin quitarle ninguno de sus adornos, e iba ya a caer su último grano de arena. El gladiador oyó pasos detrás de sí: eran mujeres que venían del anfiteatro. Al volverse vio una aparición extraordinaria. La cumbre del Vesubio, que no se divisaba claro, despidió a lo lejos una luz pálida, meteórica, lívida, que brilló trémula un instante, y al punto se disipó Entonces cabalmente dijo una de las más jóvenes con voz alegre y chillona.

*¡OH! ¡QUÉ PLACER! ¡QUÉ ALEGRÍA!
¡QUÉ ESPECTÁCULO TAN LINDO*

*VAMOS A TENER MAÑANA
EN EL ANCHUROSO CIRCO!*

LIBRO QUINTO

*La víctima mirad que junto al ara espera
y tiende al matador el cuello.*

Seneca.

*Truécase el orden fuera de su quicio
todo caminaba en revesado sesgo.*

Ibid.

*Aunque también a la sazón la tierra,
el mar rugiente, el alarmado perro,
y el ave intempestiva lo anunciaban.*

Virgilio. Georg. Liv 1.º v.469 y sig.

Capítulo I

Sueño de Arbaces

Le hacen una visita y le dan un aviso

Lentamente pasó la horrible noche que debía preceder a los feroces juegos del anfiteatro; mas al cabo se vieron lucir los primeros rayos del *Último día de Pompeya*. Era el aire muy caliente y pesado; una niebla diáfana y triste cubría los valles y torrenteras de los espaciosos campos de la Campania. Los pescadores que se habían levantado al amanecer se sorprendieron observando que en medio de la completa tranquilidad de la atmosfera estaban agitadas las olas del mar, y parecían retroceder alborotadas de la ribera, al paso que el azul y majestuoso Sarno, cuyo ancho y profundo cauce en vano se busca en el día, dejaba oír un murmullo sordo y monótono al bañar las risueñas campiñas y las ricas quintas de los ciudadanos opulentos.

Alzábanse sobre la niebla las torres de la ciudad antigua, gastada por los siglos; los techos cubiertos de tejas encarnadas, las columnas de muchos templos y las puertas con estatuas del Foro y del Arco de triunfo. A la extremidad del horizonte, a través de los vapores, los contornos de las montañas se confundían con las variables tintas del cielo de la mañana. La nube que tanto tiempo había reposado sobre la cumbre del Vesubio desapareció de pronto, y la desigual y orgullosa frente de aquella montaña sonrió en toda su pureza a los hermosos campos que la rodeaban.

Las puertas de la ciudad se habían abierto, a pesar de ser tan temprano. Jinetes y carruajes de todas clases llegaban a montones, y resonaba el aire con los gozosos gritos del gentío, que iba a pie y con trajes de fiesta. Las calles estaban llenas de ciudadanos y de extranjeros de la populosa vecindad de Pompeya, y oleadas de seres vivos acudían de todas partes a meterse con estrépito en el circo fatal.

Aunque el anfiteatro tenía extensión desproporcionada con la de la ciudad, y en caso preciso hubiera podido contener la población entera, era tan grande la concurrencia de forasteros de todos los puntos de la Campania en las ocasiones extraordinarias, que muchas horas antes de principiar la fiesta el espacio situado ante el anfiteatro estaba ya lleno de considerable multitud de personas a quienes su rango no daba derecho a asientos privilegiados. Mas aquella vez era infinitamente mayor que de costumbre, por la viva curiosidad que habían suscitado el proceso y sentencia de dos presos tan notables.

Mientras, con la natural vehemencia de su sangre, el pueblo bajo se agolpaba, se oprimía, se estrujaba por llegar, sin perder por eso el buen orden y buen humor, como sucede entre los italianos en reuniones de esta clase; mientras tanto, digo, una extranjera se dirigía a la apartada vivienda de Arbaces el egipcio. Al ver su vestido antiguo y estrafalario, su singular paso y sus gestos salvajes, los transeúntes que la

encontraban se daban de codo y sonreían; pero si se fijaban en su cara, se les helaba pronto la alegría, porque su rostro era de muerto. Sus facciones y su traje le daban aire de persona que hubiese vuelto súbitamente a la vida después de haber vivido largo tiempo en el sepulcro. Al pasar ella se abrían los grupos en silencio, con espanto, y no tardó en llegar al ancho pórtico del palacio.

Sobresaltóse al abrir la puerta el portero negro, que, como todo el mundo, madrugó mucho en tal día.

Aquella noche el egipcio había dormido más profundamente que otras; pero al rayar el Sol tuvo raros ensueños que le hicieron *tanta más* impresión, cuanto que llevaban la huella de su sistema filosófico favorito. Se creyó trasportado a las entrañas de la Tierra y solo en una ancha caverna sostenida por enormes columnas de piedra bruta, pero que elevándose se perdían en tinieblas que ningún rayo de luz disipara nunca. En el trecho que mediaba entre estas columnas había ruedas que no cesaban de girar con ruido semejante al de las olas del mar. Solo a derecha e izquierda estaba vacío el espacio entre los pilares, y desde allí arrancaban dos galerías débilmente alumbradas por fuegos errantes parecidos a los meteoros, que unas veces se arrastraban como serpientes por el húmedo suelo, y otras, subiéndose al aire, hacían mil danzas estrambóticas, desapareciendo de pronto y reapareciendo con resplandor diez veces más vivo que antes. Mientras Arbaces contemplaba con asombro la galería de su izquierda, alzáronse de ella lentamente ligeras y aéreas formas que llegaron a la sala grande, subieron más aún, y se disiparon como el humo.

Volvióse asustado hacia la otra galería, y vio bajar rápidamente de las tinieblas de arriba sombras de la misma especie, que huían como arrastradas por una corriente invisible. Las facciones de estos espectros eran más claras que las de los aparecidos en la galería opuesta: unos expresaban alegría; otros, dolor; estos, esperanza; aquellos, desesperación. Y no cesando de pasar delante de él en rápido y constante movimiento, se le iba la vista con aquel vértigo y aquella sucesión de diversos objetos impelidos por una fuerza que no parecía serles propia.

Apartó los ojos, y entonces vio en el fondo de la sala la forma de una gigante sentada en un montón de calaveras y que trabajaba en un telar de innumerables ruedas, cuyo movimiento parecía dirigir. Se le figuró entonces que sus pies, movidos por una fuerza secreta, le arrastraban hacia aquella mujer, hasta que se encontró con ella cara a cara. La fisonomía de la gigante era grave y de sorprendente serenidad. Semejaba la cara de alguna estatua colosal de las esfinges de su patria. Ninguna pasión, ningún afecto humano turbaba su fría y pensativa frente; no se adivinaba en ella tristeza, alegría ni esperanza: en una palabra, estaba exenta de todo lo que puede simpatizar con el corazón humano. Reposaba fin su belleza el misterio de los misterios, infundía respeto, mas no asustaba. Era como la encarnación de lo sublime. Arbaces sintió escapársele la voz espontáneamente, y le preguntó:

—¿Quién eres, y qué tarea es esa?

—Soy eso que tú has reconocido —contestó la gran fantasma Sin dejar su obra—;

me llamo Naturaleza. Esas ruedas son las del mundo, y las mueve mi mano para la vida de todas las cosas.

—¿Y qué son esas galerías —preguntó la misma voz de Arbaces—. Las que se extienden a un lado y a otro en el abismo de las tinieblas, alumbradas de tan extraña e incierta manera?

—La que ves a la izquierda —respondió la giganta—, es la de los seres nonatos; las sombras que revolotean y suben, son las almas que vienen de un lugar que no te es dado conocer, y salen de la larga eternidad de la existencia para la peregrinación a que están destinadas en la Tierra. La galería que se halla a tu derecha, donde bajan las sombras y toman su camino hacia regiones igualmente vagas y desconocidas, es la de los muertos.

—¿Y por qué —dijo la voz de Arbaces— reposan esas luces errantes que descubren oscuridad, pero no la aclaran?

—¡Sombrío aspirante a la ciencia humana! Tú que ves los astros y te crees en estado de adivinar la causa y el origen de las cosas, sabe que esos fuegos solo son chispas de la ciencia concedida a la Naturaleza para reconocer su rumbo y para distinguir algo del pasado y del porvenir, a fin de que realice sus designios con previsión. ¡Juzga, pues, miserable pigmeo, qué luz puede estarte reservada!

Arbaces sintió que temblaba al seguir preguntando:

—¿Por qué estoy yo aquí?

—Ese es el presentimiento de tu alma, la previsión de tu muerte que se acerca; la sombra de tu destino, que se dirige hacia la eternidad abandonando la Tierra.

Antes de que Arbaces pudiese responder sintió que un viento muy fuerte soplaba la caverna cual si hubiera sido causado por el movimiento de las alas de un Dios gigantesco. Alzado en el aire y arrebatado por un torbellino como una hoja por el viento de otoño, se encontró brevemente en medio de los espectros de la muerte, volando con ellos al seno de las tinieblas. Mientras en su vana y estéril desesperación hacía por luchar contra el poder que le empujaba, le pareció que el *viento* tomaba cierta forma: el contorno de un espectro con alas y garras de águila cuyos miembros flotaban al aire, y con ojos, única parte que distinguió él claramente, que fijaban en los suyos una mirada inmóvil e inexorable.

—¿Quién eres? —dijo de nuevo la voz del egipcio.

—Soy lo que tú has reconocido —y el espectro dio una gran carcajada: me llamo *Necesidad*.

—¿Adónde me llevas?

—Hacia lo desconocido.

—¿Es a la felicidad, o al dolor?

—Como has sembrado, cogerás.

—¡Ser temible, eso no es así! si eres tú quien gobierna la vida, mis crímenes son tuyos, y no míos.

—¡Yo no soy más que el soplo de *Dios*! —respondió el *viento* terrible.

—En ese caso, mi conciencia es vana —dijo el nigromántico gimiendo.

—El labrador no acusa al Destino por no coger grano después de haber sembrado cardos. Tú has sembrado el crimen: no te quejes al Destino de no coger la cosecha de la virtud.

De pronto cambió la escena. Hallóse en un osario; en medio de los huesos había una calavera que aún conservaba los descarnados agujeros de sus ojos, y en la misteriosa confusión de un sueño poco a poco tomó la figura de Apecídes. De sus entreabiertas quijadas salió un gusano que fue arrastrándose hasta los pies del egipcio. Quiso este aplastarle con el pie; pero el gusano se alargó y engruesó. Creció y se hinchó hasta parecer una gran serpiente, que se enroscaba a los miembros de Arbaces; le estrujaba los huesos, y levantaba hacia su rostro sus ojos relucientes y su venenosa boca. En vano trataba de zafarse de ella: se consumía, jadeaba bajo el influjo de su mortífero aliento; se sentía herido de muerte. Entonces salió una voz del reptil, que tomó la cara de Apecídes, e hizo resonar en sus oídos estas palabras:

¡Tu víctima es tu juez! ¡El gusano que quisieras aplastar se vuelve serpiente que te devora!

Arbaces despertó con un grito de cólera, de dolor y de resistencia desesperada. Sus cabellos estaban erizados; el sudor caía por su frente; sus ojos vagaban extraviados; sus vigorosos miembros se estremecían como los de un niño. ¡Tan horroroso había sido aquel ensueño! Al cabo recobró la sangre fría y dio gracias a los dioses, en quienes no creía, porque no fue más que un sueño. Volvió la mirada a un lado y a otro, y descubrió la aurora desde sus ventanas. Se alegró, sonrió; después, habiendo bajado la vista, halló frente de su cama las facciones lívidas, los ojos muertos, los descoloridos labios de... la bruja del Vesubio.

—¡Ah! —exclamó tapándose por no ver aquella terrible aparición—. ¿Estoy soñando aún? ¿Estoy aún con la muerte?

—¡No, gran Hermes! ¡Estás con una persona cuasi-muerta, pero no muerta! ¡Reconoce a tu amiga y a tu esclava!

Hubo un gran silencio. El egipcio fue tranquilizándose por grados hasta recobrar su calma natural.

¿Conque de veras era un sueño? —dijo—. Pues bien; es preciso que no sueñe más, porque el día no puede compensar las angustias de la noche. Mujer, ¿cómo y a qué has venido?

Para avisarte —respondió la Saga con voz sepulcral—. ¡Avisarme! ¿Conque no ha mentido mi sueño? ¿De qué peligro?

—¡Óyeme! Va a caer una desgracia sobre esta destinada ciudad. Huye mientras es tiempo. Ya sabes: habito en esa montaña en cuyas entrañas asegura una antigua tradición que arden todavía los fuegos del Flegetonte. En mi caverna hay un profundo abismo, en el cual hace tiempo había descubierto yo un arroyo rojizo y sombrío que corría lentamente; por la noche oía ruidos terribles que silbaban y mugían en las tinieblas. Pues bien; esta noche, mirando al fondo del abismo, he visto que el arroyo

no era ya sombrío sino ardiente y muy luminoso, y en tanto que yo le contemplaba, el animal que habita conmigo y yacía a mis pies lanzó un agudo aullido, cayó y expiró^[119], llenándosele luego la boca de espuma. Regresé a mi guarida; pero toda la noche estuve sintiendo temblar la roca, y aunque el aire era pesado, oía el silbido del viento y un estruendo de carros que rodaban debajo de tierra. En vista de esto, al levantarme esta mañana al amanecer eché una ojeada al fondo del abismo, y vi enormes fragmentos de rocas negras flotar sobre el arroyo inflamado, arroyo que, convertido ya en torrente, era más ancho, más caudaloso, más precipitado, más rojizo que por la noche. Salí entonces, y subí a la cumbre de la roca, desde la cual descubrí un agujero en que no había reparado antes, de donde salía mucho humo, un vapor tan mortal, que me quitó la respiración, y me pareció morir. Torné, pues, a mi caverna, cogí mi oro y mis drogas, y dejé el lugar que habitara tantos años, porque me acordaba de la misteriosa profecía etrusca que dice Cuando se abraza la montaña, perecerá la ciudad. Cuando el humo corone la cima de los campos abrasados, habrá dolor y lágrimas en los hogares de los hijos de la mar... ¡Oh temible señor mío! Antes de abandonar esta morada por una vivienda más lejana, he querido venir a verte. Tan cierto como existes, sé en el fondo de mi corazón que el terremoto de diez y seis años solo fue precursor de una catástrofe más funesta todavía. Los muros de Pompeya están contruidos sobre los campos de la muerte y los ríos del Infierno que no conocen el sueño. Date por avisado, y huye.

—Hechicera, te agradezco el interés que muestras por un hombre que no es ingrato. En esa mesa hay una copa de oro. Tómala, es tuya. No creía que alguien más que los sacerdotes de Isis quisiera salvar a Arbaces. Las señales que has visto en el seno del apagado volcán, anuncian ciertamente algún peligro para la ciudad, acaso un terremoto peor que el primero. Sea como quiera, doble razón para que me apresure a dejar estos muros. Desde hoy lo preparare todo para mi marcha. Hija de Etruria, ¿hacia qué lado vas a dirigirte?

—Hoy iré a Herculano, y desde allí seguiré la costa en pos de una nueva morada. Ya no tengo amigos: mis dos compañeros, el zorro y la serpiente, han muerto. Gran Hernies, me has prometido añadir veinte años de existencia.

—Si —dijo el egipcio—, te lo he prometido. Pero mujer —añadió, apoyándose en el codo y mirándola a la cara con curiosidad—, te suplico que me digas para que desees vivir. ¿Qué dulzura encuentras en la vida?

—No es porque la vida sea dulce, sino porque la muerte es terrible —respondió la hechicera con voz penetrante y expresiva, que hizo profunda impresión en el alma del orgulloso astrólogo.

Estremecióle la verdad de tal respuesta, y, no sintiéndose con ganas de entretener visita tan poco amable, le dijo:

—El tiempo corre, y necesito prepararme para el gran espectáculo de este día. ¡Adiós, hermana mía, y goza como puedas en las cenizas de la vida!

Levantóse para marchar la hechicera, que había puesto el precioso regalo de

Arbaces en los flotantes pliegues de su túnica. Al llegar a la puerta se volvió y dijo:

—Acaso sea hoy la última vez que nos veamos en la Tierra. Mas ¿adónde va la llama cuando sale de las cenizas, vagando de un lado para otro, arriba y abajo, como una exhalación de los pantanos? Se la puede ver en los charcos de la laguna; y la hechicera y el mago, la discípula y el maestro, el grande hombre y la mujer maldita," quizás se encuentren todavía. ¡Adiós!

—¡Sal de aquí, cuervo de mal agüero! —dijo Arbaces oyendo— cerrarse la puerta tras de la andrajosa bruja; y atormentado por el recuerdo de su sueño, que aún no había podido desechar, se apresuró a llamar a sus esclavos.

Era costumbre vestirse como de fiesta para ir al anfiteatro, y aquel día Arbaces se esmeró en su tocado más que nunca. Era su túnica blanquísima, y sus muchos broches, todos piedras de gran valor. Flotaba sobre ella una ancha bata oriental con los más ricos matices de la púrpura tiria. Sus sandalias, que subían hasta media pierna, iban guarnecidas de diamantes y bordadas de oro. A pesar del charlatinismo de su genio pontifical, en las grandes ocasiones no desperdiciaba los artificios que podían deslumbrar al vulgo, y aquel día, que iba a librarle para siempre de su rival y del temor de ser descubierto, se le figuraba que su adorno debía ser el de un triunfo o el de una fiesta nupcial.

Los hombres de alta clase acostumbraban hacerse acompañar al anfiteatro por un largo séquito de esclavos y libertos, y la numerosa familia de Arbaces estaba ya formada esperando su litera.

Solo las esclavas encargadas del servicio de Ione y el digno Sosio, como carcelero de Nydia, tenían que quedarse en casa, con gran sentimiento suyo.

—Calías —dijo el egipcio aparte a su liberto mientras le ponía el cinturón—, estoy cansado de Pompeya. Espero marchar dentro de tres días, si el viento es favorable. Conoces el navío que está fondeado en el puerto, y que pertenece a Narses de Alejandría. Le he comprado. Pasado mañana principiaremos a vender los muebles.

—¿Tan pronto? Esta bien; será obedecido el señor. ¿Y su pupila Ione?

Viene conmigo. ¡Basta! ¿Está buena la mañana?

—Encapotada y con bochorno: hoy será muy fuerte el calor.

—Me dan lástima los gladiadores, y más aún los infelices reos. Baja, y reúne los esclavos.

Habiéndose quedado solo, pasó a su gabinete de estudio, y de allí al pórtico vio las compactas masas que acudían de todas partes al anfiteatro. Oyó los gritos de los espectadores y el estridor de las cuerdas con que se ponía el inmenso toldo, a cuyo abrigo los ciudadanos contemplaban en voluptuosa holganza las angustias y la muerte de sus semejantes. De pronto sonó un ruido extraño y aterrador: era el rugido del león. Hubo un momento de silencio en la multitud, y luego grandes carcajadas. Se divertían con el hambre impaciente del rey de los animales.

—¡Bestias feroces! —murmuró desdeñosamente Arbaces. ¿Sois vosotros menos homicidas que yo? ¡Yo solo he matado por defenderme! ¡Vosotros convertís la muerte

en un pasatiempo!

Tendió una mirada inquieta hacia el Vesubio. Los verdes viñedos se doraban en su falda, y la montaña, tranquila como la eternidad, erguía en un horizonte donde ni se sentía la brisa.

«Tiempo tenemos antes de que estalle el terremoto» —pensó Arbaces.

Dejó aquel lugar y se detuvo ante la mesa sobre la cual yacían sus místicos pergaminos y las tablas de cálculos caldeas.

«¡Arte augusto, no he consultado tus decretos desde que te salvé del peligro y de la crisis que me habían predicho! ¿Qué importa? Sé que *en adelante* mi camino debe ser llano y florido. ¿No lo han probado ya los acontecimientos? ¡Lejos de mi la duda, lejos la compasión! ¡Contempla, oh corazón, contempla el futuro basado en dos ideas: mi imperio e Ione!».

Capítulo II

El anfiteatro

Tranquilizada Nydia con la relación que Sosio le hizo a su vuelta, y segura de que su carta estaba en manos de Salustio, se entregó otra vez a la esperanza. Seguramente, iría volando a casa del Pretor en busca del egipcio, para libertarla a ella y abrir el calabozo de Caleno. Aquella misma noche estaría Glauco libre. ¡Ay! Pasó la noche, apareció la aurora, y no oyó más que los apresurados pasos de los esclavos por el peristilo, y los preparativos que hacían para irse a los juegos. Un poco después, la imperiosa voz de Arbaces y una tocata alegre: la comitiva iba al anfiteatro para recrear sus miradas en las últimas convulsiones del ateniense.

El séquito de Arbaces se adelantó despacio y con gran solemnidad hasta llegar al sitio donde se apeaban las personas que iban en litera o en carruaje. Allí salió él del suyo, y se fue a los asientos reservados a las personas de distinción. Los empleados que recibieron los billetes de sus esclavos colocaron a estos en el anfiteatro llamado *populado* (tendido); es decir, donde se sentaba el pueblo, como sucede ahora. Desde su asiento Arbaces vio de una ojeada la impaciente multitud que llenaba el inmenso teatro.

En las gradas superiores, y aparte de los hombres, se colocan las mujeres, cuyos vestidos de mil colores producían el efecto de un vergel de flores. Inútil es añadir que eran la parte más bulliciosa del concurso, y que a ellas se dirigían las miradas de los jóvenes y de los célibes que ocupaban puestos separados del resto de los espectadores. En la parte inferior, inmediata a la barrera, estaban las personas más ricas y de más ilustre nacimiento, junto con los magistrados y los que ostentaban la calidad de *equites*^[120]. Los pasadizos o corredores de derecha e izquierda que conducían a estas plateas por los dos extremos de la arena elíptica servían también de entrada a los combatientes; fuertes empalizadas impedían todo movimiento irregular por parte de las bestias, y les hacían contentarse con la presa que se les asignaba. En torno del parapeto que había sobre la arena donde comenzaban las gradas había inscripciones y pinturas al fresco alusivas a las diversiones propias del lugar. Cercaban el edificio conductos invisibles, por los cuales odoríferas ondas refrescaban a los espectadores a medida que avanzaba el día. Los empleados del anfiteatro estaban aún poniendo los *velorios* (toldos) que lo cubrían todo, cuya invención se atribuían los de la Campania. Eran de la más fina lana de Apulia, con anchas rayas carmesíes; mas, fuese torpeza de los operarios, fuese que no estuvieran corrientes las garruchas, no se pusieron aquel día con la exactitud que otras veces. Lo cierto es que siempre era operación muy difícil, por la vasta circunferencia del anfiteatro, de suerte que ni siquiera se intentaba cuando hacía aire. Mas entonces estaba el tiempo tan

tranquilo, que los espectadores no hallaron con qué disculpar la torpeza de los empleados; y ya maldecían en alta voz, cuando repararon en una ancha abertura que quedaba por no haber podido unir los extremos del toldo.

El edil Pansa, a cuyas expensas se daban los juegos, se incomodó mucho con este acontecimiento, y juró vengarse del *vilic* o (mayordomo o primer empleado), que corría y sudaba dando ociosas órdenes y profiriendo inútiles amenazas.

De repente cesó el tumulto; los obreros suspendieron sus tentativas, y reinó el silencio entre el pueblo, porque anunciaron las trompetas la llegada de los gladiadores, que se presentaron en orden de batalla. Dieron la vuelta despacio a la elipse entera a fin de que los espectadores tuviesen tiempo, tanto de admirar la serenidad de su rostro, sus vigorosos miembros y diversas armas, como de hacer las apuestas a que diese lugar su presencia.

—¡Oh! —exclamó la viuda Fulvia, dirigiéndose a la mujer de Pansa e inclinándose hacia adelante desde su elevado banco—. ¿Veis ese gigantesco gladiador? ¡Qué raramente está vestido!

—Sí —respondió la mujer del Edil con amable aire de importancia, porque sabía el nombre y cualidades de cada combatiente—. Sí; es un *reciario* (el que se batía provisto de una red). Según veis, no está armado más que de una lanza con tres puntas a manera de tridente, y de una red: solo lleva faja y túnica. Es hombre de mucha fuerza. Va a lidiar con Esporo, ese gladiador robusto que lleva el escudo y la espada en la mano, pero con el cuerpo sin protección alguna.

Se ha quitado el casco para que le vean la cara. ¡Qué aire tan intrépido! Pronto combatirá con la visera calada.

—Una red y una lanza, bien débiles armas son para una espada y un escudo.

—Tu observación demuestra que no lo entiendes, mi querida Fulvia: casi siempre lleva lo mejor de la lucha el *reciario*.

—¿Quién es ese gladiador buen mozo que está casi desnudo? ¿No os parece eso bastante indecente? ¡Por Venus! ¡Qué torneados son sus miembros!

—Es Lidón, joven que se estrena hoy. Se atreve a combatir con ese otro gladiador que está vestido, o, mejor dicho, desnudo como él: Tetraidas. Primero pelearán a la griega, con el *cestus*; después se armarán y ensayarán la espada y el escudo.

—Muy guapo es Lidón. Estoy segura de que tiene a su favor las mujeres.

—No creen eso los apostadores inteligentes. Clodio pone tres contra uno por su adversario.

—¡Oh Júpiter; qué hermoso es esto! —exclamó la viuda al ver a dos gladiadores armados de pies a cabeza dar la vuelta a la arena sobre ligeros corceles.

Se parecían mucho a los caballeros que peleaban en los torneos de la Edad Media, y llevaban lanzas y escudos redondos embutidos con mucho gusto. Su armadura estaba artísticamente trabajada con tiras de hierro; mas solo les cubría el muslo y el brazo derecho. Manteletas que no pasaban de la silla daban a su traje un aire pintoresco y gracioso. Sus piernas estaban desnudas, excepto el borceguí, atado un

poco más arriba del tobillo.

—¡Qué hermosos son! —repitió la viuda—. ¿Cómo se llaman?

—El uno, Berbix, ha alcanzado ya doce victorias; el otro lleva el arrogante nombre de Nobilior. Ambos son galos.

Mientras duró esta conversación acabaron las primeras ceremonias de los juegos, y a ella siguió un simulacro con espadas de madera entre los gladiadores dos a dos. En aquel ensayo previo se admiró ante todo la destreza de dos romanos pagados para aquella ocasión. Después de ellos, el que más gracia desplegó fue Lidón. Este simulacro duraría cerca de una hora, y no excitó el mayor interés sino entre los verdaderos inteligentes, que preferían el arte a las emociones fuertes. Mucho se alegró la masa de los espectadores de que se acabara y de que la simpatía cediese el puesto al terror. Colocáronse entonces los combatientes por parejas, como se había convenido de antemano; se reconocieron las armas, y comenzaron las fieras diversiones del día en medio de un profundo silencio, solo interrumpido por las trompetas o por el estrépito de una música belicosa.

También muchas veces solían comenzar los juegos por el más cruel de todos. Algún bestiario o gladiador destinado a las fieras moría al principio, como sacrificio previo; mas en aquella ocasión Pansa creyó que Sería mejor hacer de modo que aumentase el interés del sangriento drama en vez de disminuir. En su consecuencia, reservóse para el fin la ejecución de Olintho y de Glauco. Se acordó que los dos jinetes galos ocuparían primero, la arena, y luego entrarían indistintamente los que luchaban a pie; que después aparecerían Glauco y el león, formando el gran desenlace de los juegos el tigre y el nazareno. El lector versado en historia romana limitará ahora su imaginación, y no esperará encontrar en Pompeya una de esas magníficas escenas de carnicería con que un Nerón o un Calígula regalaban a los habitantes de la ciudad eterna. Los juegos de Roma, que absorbían todos los gladiadores más célebres y la gran mayoría de fieras importadas en Italia, eran causa de que en los pueblos menos importantes del Imperio fuesen más raros y menos crueles los juegos del circo. Desde este punto de vista, como en los demás aspectos, Pompeya era una miniatura de Roma. No por eso es menos cierto que era terrible e imponente espectáculo, con el cual, por fortuna, nada moderno podemos comparar, el de aquel gran anfiteatro, cuyas gradas subían una sobre otra a una altura de cerca de quinientos pies, y que estaba lleno de quince a diez y ocho mil seres humanos, contemplando, no desgracias imaginarias, no tragedias de teatro, sino la victoria y derrota reales, la vida triunfante, o la muerte cruel de cada uno de los que entraban en la arena.

Los dos jinetes estaban a los extremos de la liza, si podemos llamarla así, y a una señal dada por Pansa se lanzaron simultáneamente uno contra otro, obviando ambos su escudo y blandiendo su venablo; mas al llegar a tres pasos de su contrario paróse el caballo de Berbix y se volvió, y Nobilior, que continuaba avanzando con rapidez, recibió un golpe que le hubiera sido fatal a no haber extendido su escudo con mañosa ligereza.

—¡Muy bien, Nobilior! —exclamó el Pretor, dando el primero vuelo al entusiasmo popular.

—¡Bien dado, Berbix! —añadió Clodio desde su asiento. Y el vago murmullo, aumentado con muchos aplausos, resonó de un extremo a otro del anfiteatro.

Los jinetes traían completamente caladas las viseras, como lo estuvieron después las de los caballeros; mas la cabeza era el gran punto de ataque, y Nobilior, revolviendo su caballo con no menos destreza que su contrario, le dirigió la lanza al casco. Levantó Berbix el escudo para cubrirse, y el otro, con la rapidez del rayo, bajó su arma y le pasó el pecho. Berbix vaciló y cayó.

—¡Nobilior, Nobilior! —gritó el populacho.

—¡He perdido diez sextercios grandes! —dijo Clodio entre dientes— ¡*Habet!* (le ha ganado; ¡suyo es!) —dijo fríamente Pansa.

El pueblo, no endurecido aún, dio la señal de misericordia. Mas habiéndose acercado los dependientes de la arena, reconocieron que la benevolencia era tardía. El corazón del galo había sido traspasado, y había muerto. La sangre que corría por la arena y el serrín se le llevaba la vida.

—¡Lastima que esto haya concluido tan pronto! —dijo Fulvia—. ¡No ha sido visto ni oído!

—Yo no compadezco a Berbix: claramente se veía que el ataque de Nobilior no era más que una farsa. Ved: ya enganchan el cuerpo; le llevan al *Spollario* (cuarto adonde llevaban los muertos y heridos mortalmente), y echan nueva arena en la plaza. Pansa no siente más que una cosa: no ser tan rico que pueda cubrirla de cinabrio, como hacía Nerón.

—Pues bien; ya que el combate ha sido corto, no ha tardado mucho el segundo. Ya están en la arena mi hermoso Lidón, el de la red y los de las espadas. ¡Oh! ¡Qué bueno!

Aquella vez había seis lidiadores a un mismo tiempo en la plaza. Níger con su red, frente de Esporo, con su escudo y su machete; Lidón y Tetraidas, ambos desnudos, excepto un cinturón por los riñones, y sin más arma que un *cestus* griego; por último, dos gladiadores de Roma cubiertos de acero, y cada uno con su enorme escudo y su puntiaguda espada.

La lucha preliminar de Lidón y Tetraidas era menos peligrosa que la de los otros combatientes. Apenas se adelantaron al medio de la arena, cuando, como por tácito consentimiento, sus compañeros se apartaron a fin de ver el resultado de aquella pugna, y esperar que otras más terribles sustituyesen al *cestus* antes de principiar ellos sus hostilidades. Se estuvieron apoyados en sus armas con los ojos fijos en el juego, que no era bastante sangriento para agradar al populacho, pero que, sin embargo, le gustaba, porque traía su origen de la Grecia.

A primera vista los dos adversarios no parecían hechos para pelear uno con otro: aunque Tetraidas no era mucho más alto que Lidón, pesaba incomparablemente más. Las dimensiones naturales de sus músculos estaban aumentadas a los ojos del vulgo

con las grandes masas de carne apretadas que los cubrían, porque generalmente se creía que la gordura era circunstancia muy ventajosa en el combate del *cestus*. Tetraidas había alimentado cuanto pudo su hereditaria predisposición a engordar; sus espaldas eran anchas, y sus miembros recios, de dobles coyunturas y ligeramente arqueados hacia afuera, con esas formas que quitan a la hermosura lo que dan a la fuerza. Mas Lidón, aunque esbelto, hasta el punto de pasar casi por delgado, tenía proporciones hermosas y delicadas. Un ojo perspicaz hubiera podido ver fácilmente que aquellos músculos, menos dilatados que los de su enemigo, tenían mejor temple: eran compactos y de hierro. Por otra parte, si le faltaba carne, le sobraba agilidad; y la sonrisa llena de orgullo que se pintaba en sus resueltas facciones hacía contraste con la imbécil pesadez de las de su adversario. Inspiraba seguridad a los que le veían, infundiéndoles esperanza y compasión.

Así, a pesar de la aparente desigualdad de sus fuerzas, hubo entre la muchedumbre casi tantos gritos en favor de Lidón como de Tetraidas.

Cualquiera que haya asistido a una lucha moderna, cualquiera que haya visto los terribles golpes que puede dar el puño bien dirigido de un hombre, comprenderá sin dificultad cuánto debe de aumentarse esa feliz facilidad por medio de una tira de cuero rodeada al brazo hasta el codo y reforzada en las coyunturas de los dedos por una plancha de hierro, y a veces con un pedazo de plomo. Esto, que tenía por objeto aumentar el interés del combate, en realidad le disminuía, puesto que a pocos puñetazos en regla se acababa la fiesta, de modo que casi nunca llegaba la ocasión de desplegar esa energía, ese valor y esa perseverancia a prueba que tanto admiramos en Inglaterra, y que a veces dejan a la ciencia sin la victoria.

—¡Ponte en guardia! —rugió Tetraidas acercándose a su enemigo, que giraba alrededor de él, más bien que huía.

Lidón solo respondió con una desdeñosa mirada de sus hatos y vigilantes ojos. Tetraidas golpeó, era como el mazo de un herrero sobre un yunque. Arrodillóse su adversario, y el golpe pasó por encima de la cabeza. No fue tan inocente el que él devolvió: se levantó con prontitud, y dio con su ancho *cestus* en medio del pecho de Tetraidas, que vaciló, lo cual aplaudió el populacho.

—¡Estás hoy desgraciado! —dijo Lepido a Clodio—. ¡Ya has perdido una apuesta, y vas a perder otra!

—¡Por los dioses! ¡Sí es así, irán mis muebles a casa de un tasador! He apostado cincuenta sextercios grandes en favor de Tetraidas. ¡Ah, ah! ¡Mirad: ya cobra ánimo! ¡Ese es un buen golpe! ¡Le ha hecho sangre a Lidón en el hombro! ¡Bien, Tetraidas; bien!

—¡Mas Lidón no se intimida; se conserva sereno! ¡Ve con qué maña esquivo esas manos, que parecen martillos, mudando de sitio unas veces hacia un lado y otras hacia otro, dando vueltas sin cesar! ¡Ah; pobre Lidón! ¡Otra vez le han pegado!

—¡Apuesto tres sextercios más en favor de Tetraidas! ¿Qué dices, Lepido?

—¡Bien! Nueve sextercios contra tres. ¡Qué! ¡Se para Lidón, y trata de cobrar

aliento! ¡Por vida de...! ¡Ya está en tierra! ¡No! ¡Calla! ¡Ha vuelto a levantarse!
¡Bravo, Lidón! ¡Tetraidas está animado!... ¡Mucho se ríe!... ¡Ya se arroja sobre él!

—¡Insensato! ¡El éxito le ciega! ¡Debería ser más prudente! ¡El ojo de Lidón es como el de un lince! —dijo Clodio entre dientes.

—Clodio, ¿has visto ese? ¡Tu hombre vacila! ¡Otro golpe! ¡Qué cae! ¡Qué cae!!

—¿Le reanima la tierra? Aún está de pie; pero su cara, llena de sangre.

—¡Por Júpiter tonante! ¡Lidón sale victorioso! ¡Ve cómo le aprieta! ¡Ese golpe en la sien hubiese derribado a un buey! ¡Ha derribado a Tetraidas! ¡Cae otra vez! ¡Ya no puede moverse! ¡*Habet, Habet*! (ha vencido! ¡Suyo es!).

—¡Ha vencido! —repitió Pansa—. ¡Qué se los lleven y les den sin armaduras y sus espadas!

—Noble edil —dijeron los dependientes del circo—, tememos que Tetraidas no tendrá tiempo suficiente para recuperarse, no obstante lo probaremos.

—¡Bien!

Al cabo de unos instantes aparecieron los dependientes, tristes y consternados: desesperaban de su vida.

—Es absolutamente imposible que vuelva a la arena.

—En ese caso —dijo Pansa—, que se quede Lidón de *subdititius* (sustituto): ocupará el lugar del primer gladiador que caiga.

El pueblo aplaudió este decreto y torno a su primitivo silencio.

Otra vez sonaron las trompetas. Los cuatro lidiadores se colocaron unos frente a otros.

—¿Reconoces a los romanos, Clodio? ¿Son afamados, o son de los *comunes*?

—Eumolpo es un espada de segundo orden. En cuanto a Nepimo, el más pequeño de los dos, no le he visto nunca; pero es hijo de uno de los *fiscales*^[121] del Imperio, y tiene buena escuela. No hay duda que su combate ofrecerá interés. Pero ya no pienso en el juego. ¡Es imposible que rescate el dinero que he perdido! ¡Estoy arruinado! ¿Quién había de pensar que ese maldito Lidón fuese tan diestro y tan afortunado?

—¡Vamos, Clodio! Me compadezco de ti, y aceptaré la apuesta que me hagas sobre los romanos.

—¡Pues bien! ¡Diez sextercios por Eumolpo!

—¡Cómo! ¡Si Nepimo es un hombre desconocido! ¡No, no; eso es demasiado!

—¿Van diez contra ocho?

—¡Está hecho!

Mientras la lucha había principiado así en el anfiteatro, en lo más alto de las gradas había un espectador para quien ofrecía gran interés. El anciano padre de Lidón, a pesar de su cristiano horror a este espectáculo, sufría tan cruel ansiedad por la suerte de su hijo, que no pudo menos de asistir. En medio de una porción de personas que le eran extrañas y que pertenecían a la clase ínfima del pueblo, no veía ni pensaba más que en su valiente hijo. Mudos habían quedado sus labios cuando le vio dos veces en el suelo, aunque se estremeció de pies a cabeza; pero al verle

vencedor, dio un ligero grito, ignorando, ¡ay!, que aquella victoria solo era preludio de más peligrosa lucha.

—¡Hijo mío! —dijo enjugándose los ojos.

—¿Es hijo tuyo? —le preguntó un hombre sentado a la derecha del nazareno—. Ha luchado bien. Veremos cómo lo hace ahora ¡Oyes! Tendrá que pelear con el primero que venza. ¡Anciano, pide a los dioses que no sea el vencedor ninguno de los dos romanos ni el gigante Níger!

Sentóse el anciano y se tapó la cara. Le era indiferente el combate que iba a principiar: Lidón no tomaba parte en él. Y sin embargo, al punto se le ocurrió la idea de que aquella escena tenía para él el mayor interés, puesto que Lidón debía sustituir al primero que cayese. Levantóse, y se inclinó hacia adelante con los ojos abiertos y las manos unidas para contemplar la lucha.

En la de Níger con Esporo se fijaron desde luego las miradas de los espectadores, pues era su favorita por el desenlace, casi siempre funesto, y por la gran ciencia que exigía de parte de ambos adversarios.

Estaban a considerable distancia uno de otro. El casco singular que llevaba Esporo con la visera baja le ocultaba el rostro; pero las facciones de Níger le atraían el interés universal por su dureza y ferocidad comprimidas. Estuvieron algunos momentos mirándose uno a otro, hasta que Esporo echó a andar lentamente y con mucha precaución, asestando la punta de su espada al pecho de su enemigo, como en la esgrima moderna. Níger retrocedía según iba avanzando su antagonista, recogiendo su red con la mano derecha, y no apartando un instante la vista de los movimientos de Esporo. De repente, cuando este se puso al alcance del brazo, se abalanzó el *reciario* y desplegó su red. Una rápida inflexión del cuerpo salvó al gladiador del fatal lazo: dio un agudo grito de rabia y de alegría, y se arrojó sobre Níger. Mas este había recogido ya su red, la había alzado sobre sus hombros y retrocedía hacia el muro del circo, a una velocidad que el *secutor*^[122] no fue capaz de igualar. Rióse el pueblo y aplaudió a voces al ver los impotentes esfuerzos que hacía el gladiador membrudo para alcanzar al gigante que huía; mas en aquel instante atrajeron toda la atención los dos lidiadores romanos.

Al principio se habían puesto frente a frente, a la misma distancia que se observa hoy para tirar al florete; mas la suma prudencia que mostraran ambos desde luego había dejado a los espectadores el suficiente tiempo para interesarse en la pugna de Esporo y de su adversario. Entretanto, calentados a la sazón los romanos, reñían con furor, se empujaban, se acometían, se lanzaban uno sobre otro, retrocedían con esas minuciosas y casi imperceptibles precauciones que distinguen a los hombres experimentados y de fuerza casi igual. Con todo, en aquel momento Eumolpo, el de más edad de los gladiadores, mediante un diestro golpe dado por detrás y que se miraba en el circo como suerte de mucha habilidad, hirió a Nepimo en un costado. El pueblo aplaudió. Lepido perdió el color.

—¡Oh! —dijo Clodio—. ¡Casi se ha concluido el juego! ¡Sí, ahora lucha

Eumolpo con calma, el otro acabará de desangrarse!

—Mas, merced a los dioses, no se contiene. ¡Ved cuánto aprieta a Nepimo! ¡Marte! ¡Le ha herido! ¡Su casco ha resonado otra vez! ¡Clodio, voy a ganar!

—Yo no debía apostar nunca más que a los dados —dijo Clodio para sí—, a menos que pudiera falsearse un gladiador.

—¡Bien, Esporo! gritó el populacho al ver que, habiéndose detenido Níger de pronto, le había echado la red inútilmente.

No huyó entonces con bastante agilidad, y la espada del otro le hizo una gran herida en la pierna. No pudiendo huir, se vio más acosado. Sin embargo, su estatura poco común y la longitud de su brazo le daban bastantes ventajas, y calando su tridente, rechazó bien a su enemigo algunos minutos. Con una evolución muy rápida probó Esporo a darle vuelta, valiéndose de que sus movimientos eran naturalmente difíciles y pesados. Al hacer esto olvidó su acostumbrada prudencia: se acercó demasiado al gigante, y al levantar el brazo para herirle, sintió en el pecho las tres púas del tridente. Doblóse sobre las rodillas, y al punto cayó en la red mortal. En balde trató de zafarse: el horrible tridente le daba repetidos golpes; su sangre saltaba a borbotones, y enrojecía la arena a través de las mallas de la red. Bajó los brazos en señal de vencimiento.

Retiró su red el *reciario* vencedor, y apoyado en su lanza miró a los espectadores como para preguntarles su resolución. Al mismo tiempo el vencido dirigió sus debilitados ojos alrededor del teatro. De fila en fila y de asiento en asiento solo encontró miradas sin compasión ni misericordia.

Habían cesado los murmullos. El silencio era terrible, porque no expresaba simpatía. Ni siquiera una mano de mujer hubiera dado la señal de caridad y de vida. Nunca había sido Esporo popular en la arena, y, por otra parte, todo el interés se concentraba en Níger herido. El pueblo quería sangre. No le gustaban los *simulacros*: apetecía la muerte.

Conoció que no tenía remedio, y ni hizo súplicas ni prorrumpió en quejas. El pueblo dio la mortífera señal. Con sumisión llena a un tiempo de dolor y de terquedad, inclinó la cabeza para recibir el golpe. Pero como el tridente del *reciario* no podía matar cierta e instantáneamente, se vio entrar en la plaza una figura horrible y siniestra, con la cara cubierta por la visera y blandiendo una cuchilla corta y afilada. Acercóse a paso lento al arrodillado gladiador, puso la mano izquierda en su humillada frente y el filo de la cuchilla en su cuello, y miró a la asamblea para cerciorarse de que no la asaltaba ningún remordimiento. La señal continuó siendo la misma. Brilló la cuchilla en el aire; el gladiador cayó y rodó por la arena; una convulsión agitó sus miembros, y después quedó inmóvil. Esporo era cadáver.

Sacaron su cuerpo del circo por la puerta llamada de la Muerte, y le echaron en la triste caverna conocida técnicamente por el *spoliario*. No bien había llegado a su destino, ya estaba también decidida la lucha entre los otros dos contrincantes. La espada de Eumolpo hizo una herida a su inexperto adversario, y se llevó una víctima

más al receptáculo de los muertos.

Notóse entonces un movimiento general en el concurso: el pueblo respiraba con más libertad, y cada uno volvió a colocarse en su asiento con más desahogo. Quitóse Eumolpo el casco y se enjugó la frente. Sus rizados cabellos, su corta barba, sus nobles facciones romanas y sus brillantes ojos negros atraieron la atención general. Estaba fresco, intacto, y no parecía cansado.

Detúvose el Edil; proclamó en voz alta que Lidón debía sustituir a Nepimo, y en su consecuencia lidiar con Eumolpo.

—Sin embargo —añadió—, Lidón, eres dueño de rehusar el combate con un hombre tan valiente y tan experimentado. Eumolpo no es el adversario destinado para ti desde el principio. Tú sabes mejor que nadie si estás en disposición de luchar con él. Si sucumbes, tendrás una muerte honrosa; Si sales vencedor, de mi propio bolsillo te daré doble precio del ajustado.

Aplaudió el pueblo. Lidón estaba en el palenque. Miró en torno de sí: a gran altura descubrió la pálida cara y los extraviados ojos de su padre. Se volvió un instante con ligera resolución. ¡No; no bastaba la victoria del *cestus*! ¡Aún no había ganado el premio! ¡Su padre continuaba esclavo!

—Noble Edil —dijo con tono firme—, no esquivo ese combate Por el honor de Pompeya, pido que un hombre instruido por su célebre *Lanista*^[123] lidie con el romano.

El pueblo aplaudió mucho más que antes.

—¡Cuatro por uno contra Lidón! —dijo Clodio a Lepido.

—¡Ni uno contra veinte pondría yo! Eumolpo es un verdadero atleta, y este pobre muchacho, un aprendiz.

Miró Eumolpo fijamente a la cara de Lidón, y sonrió. Con todo, aquella sonrisa fue seguida de un débil suspiro que apenas se oyó; movimiento de lástima que ahogó la costumbre al principiar a sentirla el corazón.

Vestidos ambos de armadura completa, con la espada desnuda y la visera calada, se encontraron frente a frente los dos últimos lidiadores, después de los cuales los hombres no tenían más adversarios que las fieras.

Precisamente en aquel momento uno de los empleados del circo entregó al Pretor una carta. Quitóle la faja, la leyó, y se pintaron en sus facciones la sorpresa y el apuro. Tornó a leer, y después dijo entre sí:

—¡Bah! ¡Imposible! ¡Debe de estar bebido, a pesar de lo temprano que es, para pensar en semejantes locuras! En seguida dejó la carta y se dispuso a prestar de nuevo toda su atención a los juegos.

Había llegado al último extremo el interés del público. Eumolpo se captó al principio todas sus simpatías; mas el valor que mostraba Lidón y la feliz alusión que había hecho en honra del *Lanista* pompeyano le conquistaron a su vez la preferencia popular.

¡Hola! ¡Buen anciano! —dijo el vecino de Medón—. Fuerte pareja tiene vuestro

hijo. Pero no temáis: el Edil no consentirá que le maten, ni el pueblo tampoco. ¡Ha mostrado hartos valores para eso! ¡Ese es un buen golpe! ¡Bien parado! ¡Atácale ahora, Lidón! ¡Ya van a descansar! ¿Qué es lo que estáis ahí murmurando?

—Oraciones —respondió Medón con aire más tranquilo y con más esperanza de la que había mostrado hasta entonces.

—¡Oraciones! ¡Valiente cosa! ¡Ya pasaron los tiempos en que los dioses se llevaban los hombres a las nubes! ¡Ah, Júpiter! ¡Qué estocada! ¡Cúbrete ese lado..., ese lado, Lidón!

Un temblor convulsivo sobrecogió a toda la asamblea. Un terrible golpe de Eumolpo descargado de lleno sobre el casco, había hecho arrodillarse a Lidón.

—¡*Habet!*, (¡ya es suyo; ya le ha vencido!) —gritó la chillona voz de una mujer—. ¡Viva!

Era la joven que tan vivo deseo había mostrado de que se hallara un criminal para echarle a las fieras.

—¡Calla, muchacha! —dijo la mujer de Pansa con arrogancia—. ¡*Non habet!* ¡Ni siquiera le ha herido!

—¡Pues yo lo desearía, aunque no fuese más que por dar una pesadumbre a ese Medón, que siempre está gruñendo!

Entretanto Lidón, que se había defendido con valor y maña, principiaba a retroceder ante los vigorosos asaltos del entendido romano. Se le cansaba el brazo, se le oscurecían los ojos, le faltaba la respiración. Los luchadores pararon a tomar otra vez aliento.

—Joven —dijo Eumolpo en voz baja—, renuncia al combate. Te haré una ligera herida. Baja el brazo: hallarás gracia en el Edil y en el pueblo, y te salvarás honrosamente.

—¡Mi padre se quedará esclavo! —dijo para sí Lidón—. ¡No! ¡Su libertad, o la muerte!

Con esta idea, y figurándose que no acompañarían las fuerzas a la perseverancia del romano, de suerte que acaso todo dependía de un esfuerzo repentino y desesperado, se arrojó con furor sobre Eumolpo; retiróse este con prudencia; tiróle Lidón otra estocada; cubrióse Eumolpo; la espada resbaló por la coraza. El pecho de Lidón estaba expuesto: metió el romano su acero por el hueco de la armadura, sin ánimo de hacerle una herida profunda; el pompeyano, débil y cansado, cayó hacia adelante sobre la misma punta, que le pasó de parte a parte. Eumolpo retiró la espada; hizo Lidón otro esfuerzo para recobrar el equilibrio; se le cayó el arma de la mano, y quedó tendido en tierra. A una voz el Edil y el pueblo hicieron la señal de misericordia. Se acercaron los dependientes de la plaza, y quitaron el casco al vencido. Todavía respiraba; sus ojos se volvían feroces hacia su enemigo; su frente, oscurecida ya por las sombras de la muerte, expresaba la crueldad que le había inspirado su profesión; después, con un gemido convulsivo y una especie de sobresalto, levantó la mirada, no hacía el Edil ni hacia sus compasivos jueces. No los

vio: parecía que todo aquel espacio estaba vacío para él. Reconoció un solo rostro donde se pintaba la desesperación. En medio de los aplausos de la muchedumbre, Únicamente llegó a su oído el grito de un corazón despedazado. Disipóse la ferocidad de su frente, y apareció en su cara la tierna expresión de un santo amor filial desesperanzado. No duró más que un instante. Al punto recobró su primera ferocidad, y cayó en tierra.

—¡Qué lecuiden! —encargó el Edil—. ¡Ha cumplido con su deber!

Los dependientes le llevaron al *spoliario*.

—¡Es el verdadero tipo de la gloria y de su destino! —murmuro Arbaces entre sí.

Y mirando alrededor del anfiteatro mostraba tal desprecio, que los que encontraron sus ojos sintieron detenerse su respiración y helárseles la sangre de respeto y de espanto.

Otra vez esparcieron ricos perfumes en el anfiteatro y echaron más arena en la plaza.

—¡Qué traigan al león y a Glauco el ateniense! —dijo el Edil.

El exceso de interés y un terror —¡cosa rara!— que tenía cierto atractivo, hicieron reinar en la asamblea silencio profundo, parecido a una meditación interesante y ansiosa.

Capítulo III

Salustio y la carta de Nydia.

Tres veces había despertado Salustio en aquella noche, y tres veces se había vuelto del otro lado dando un profundo suspiro, para ver si lograba olvidar por algunos momentos que el siguiente día era el de la muerte de su amigo. El fin único de su vida consistía en evitar el dolor, y cuando no, en olvidarle. Al cabo, no pudiendo ahogar sus reflexiones en el sueño, se incorporó, y vio a su liberto sentado a su cabecera, como de costumbre, porque Salustio, aficionado a la literatura, a fuer de persona bien nacida, según hemos dicho, hacía que todas las mañanas le leyese una hora antes de levantarse.

—¡No me habléis hoy de libros! ¡Ya no hay Tíbulo, ya no hay Pindaro para mí! ¡Pindaro, ay! ¡Su solo nombre me despierta la memoria de esos juegos bárbaros que ha heredado nuestro anfiteatro! ¿Esta abierto el anfiteatro? ¿Han principiado ya los juegos?

—Ya hace tiempo, Salustio. ¿No habéis oído la trompeta y la bulla de la gente?

—Sí, sí; pero, gracias a los dioses, tenía sueño, y no he necesitado más que volverme para dormirme.

—Pues ha tiempo que los gladiadores están en la arena.

—¡Miserables! ¿Ha ido alguno de mis criados al circo?

—No, por cierto: eran sobrado terminantes vuestras órdenes.

—¡Me alegro! ¡Ya quisiera que hubiera pasado el día! ¿Qué carta es aquella que hay sobre la mesa?

—¡Oh! Es la que os trajeron ayer tarde cuando estabais demasiado...

—Demasiado bebido para leerla, supongo. ¡No importa! Creo que no sea de mucho interés.

—¿Queréis que la abra, Salustio?

—Sí; eso dará otra dirección a mis ideas. ¡Pobre Glauco!

El liberto deshizo el lazo que servía de sello.

—¡Cómo! ¿En griego? —dijo—. Sin duda, es de alguna mujer instruida.

Recorrió la carta, y al punto mostró su fisonomía haberse afectado y sorprendido.

—¡Grandes dioses! ¡Noble Salustio! ¿Qué hemos hecho con no mirar antes este escrito? ¡Escuchad!

Nydia la esclava, a Salustio, el amigo de Glauco.

Estoy presa en casa de Arbaces. Id volando a la del Pretor; haced que me pongan en libertad, y todavía salvaremos a Glauco del león. Hay en estas paredes otro prisionero cuyo testimonio puede vindicar al ateniense de la acusación fulminada contra él: un hombre que vio cometer el crimen, y tiene

medios de probar que el verdadero criminal es un malvado de quien nadie sospecha todavía. ¡Corred! ¡Daos prisa! ¡Pronto, pronto, traed hombres armados, no sea que aquí hagan resistencia! Traed también un cerrajero entendido, porque el calabozo de mi compañero esta fuerte y hábilmente cerrado. ¡Por mi mano derecha, por las cenizas de mi padre, no perdáis un instante!

—¡Grandes dioses! —exclamó Salustio sobresaltado—. ¡Y hoy, quizás ahora mismo, está muriendo! ¿Qué hacer? ¡Voy al momento a casa del Pretor!

—No; no es eso lo que conviene. El Pretor, lo mismo que Pansa, el *Edil*, son hechuras del pueblo, y el pueblo no querrá que le vayan con dilaciones; no querrá que engañen su esperanza en el acto de ir a gozar. Por otra parte, la publicidad sería una advertencia para el egipcio, y es claro que el tiene algún interés en estas prisiones. Mas, por fortuna, vuestros esclavos están en casa.

—Te entiendo —interrumpió Salustio—. ¡Qué se armen al punto! Vamos al Palacio de Arbaces a librar nosotros mismos a los presos. ¡Pronto, pronto! ¡Hola, Davo; mi túnica y mis borceguíes! ¡Papiro y caña^[124]!. Quiero escribir al Pretor para que retarde la ejecución de Glauco, porque en menos de una hora podremos probar su inocencia. ¡Esto es! ¡Bien está! ¡Davo, ve corriendo con esto al anfiteatro, y entrégalo en manos del mismo Pretor! Ahora, ¡oh dioses, cuya providencia negaba Epicuro, ayudadnos, y diré que Epicuro era un impostor!

Capítulo IV

Otra vez el anfiteatro

Glauco y Olintho estaban juntos en aquel triste y reducido cuarto, donde los reos de la arena esperaban su último combate. Sus ojos, que principiaban a acostumbrarse a la oscuridad, examinaban mutuamente sus rostros en aquella hora aciaga, y con aquella débil luz la palidez que había sustituido a sus colores naturales tomaba un tinte más lívido y sepulcral. Con todo, sus frentes seguían impávidas; no temblaban sus miembros; sus labios estaban cerrados e inmóviles. La religión del uno, el orgullo del otro, la conciencia que ambos tenían de su inculpabilidad, y acaso también el ánimo que les daba la comunión de su desgracia, todo concurría a trocar en héroes a aquellas víctimas.

—¡Escucha! ¿Oyes esos gritos? ¡Aplauden al ver correr sangre humana! —dijo Olintho.

—Los oigo. ¡Desfallece mi corazón; pero los dioses me sostienen!

—¡Los dioses! ¡Joven imprudente, en esta hora suprema reconoce el único Dios! ¿No te he instruido en el calabozo? ¿No he vertido lágrimas por ti y rezado contigo? En medio de mis padecimientos, ¿no he pensado más en tu salvación que en la mía?

—Valeroso amigo —respondió solemnemente Glauco—, te he escuchado con respeto, con admiración y con íntimo deseo de que me convencieras. Si se hubiese prolongado nuestra vida, acaso poco a poco me habría alejado de mis antiguas creencias para acercarme a las tuyas; pero en nuestra hora postrera, sería cobarde conceder al miedo de un momento lo que debiera ser resultado de largas meditaciones. Si yo abrazase tu fe y renegara de los dioses de mis padres, ¿no sería por haberme seducido las promesas del Cielo o intimidado las amenazas del Infierno? ¡No, Olintho! Pensemos uno en otro con igual caridad: yo, honrando tu franqueza; tú, compadeciendo mi ceguedad y lo terco de mi valor. Mi recompensa será conforme con mis acciones, y el Poder de los Poderes que está en el Cielo no juzgará con severidad el error humano cuando le acompañan intenciones honradas y sinceridad de corazón. No hablemos, pues, de esto. ¡Calla! ¿No oyes que arrastran un cuerpo pesado por el pasillo? ¡Pronto estarán los nuestros como ese!

—¡Oh Cielos! ¡Oh Jesús! ¡Ya os estoy viendo! —exclamó el entusiasta Olintho juntando las manos—. ¡No tiemblo! ¡Me regocijo, porque no tardarán en abrirse las puertas de mi prisión!

Glauco bajó la cabeza en silencio: conocía la diferencia entre su valor y el de su compañero de infortunio. El pagano no tenía miedo; mas el cristiano estaba triunfante.

Abrióse la puerta con estrépito, y se vieron brillar las lanzas.

—¡Ateniense Glauco, ha llegado tu hora —dijo una voz alta y clara: el león te espera!

—¡Estoy pronto! —dijo el ateniense—. ¡Hermano y compañero, abracémonos por última vez! ¡Bendíceme, y adiós!

Abrió el cristiano los brazos, estrechó al joven pagano contra su corazón, le besó en la frente y en las mejillas, sollozó, y abrasadas lágrimas corrieron por las facciones de su amigo.

—¡Oh! ¡Yo no lloraría si le hubiese convertido! ¡Qué no pueda decir: esta noche cenaremos juntos en el Paraíso!

—Aún puede ser así —respondió el griego con voz trémula—. Los que la muerte no ha separado, quizás se encuentren todavía más allá de las tinieblas. En la Tierra, en esta Tierra tan hermosa, tan querida... ¡Adiós para siempre! Digno oficial, cuando gustéis.

Apartóse Glauco del lado de Olintho, y cuando llegó al aire libre su soplo, a pesar de que no hacía Sol, se le figuró que tenía algo de abrasador. Apenas restablecido de los efectos de la bebida mortal, se estremeció a pesar suyo. Los guardias de la arena le sostuvieron.

—¡Animo! —dijo uno de ellos—. Eres joven, diestro y bien formado. Te darán un arma. No desesperes: todavía puedes salir vencedor.

Glauco no respondió; mas, avergonzado de su debilidad \ haciendo un esfuerzo desesperado y convulsivo, bien pronto recobró la firmeza de sus nervios. Ungieron su cuerpo, que solo llevaba cubierto con un especie de cinturón aplicado sobre las caderas, y habiéndole puesto en la mano el puñal, arma casi siempre inútil, le llevaron al circo.

En aquel momento, cuando vio los ojos de tantos miles de espectadores fijos en él, no sintió ya que era mortal: toda apariencia de miedo, todo temor había desaparecido. El color del orgullo apareció en sus pálidas facciones, y se irguió en toda su altura. Su belleza, la agilidad de sus miembros, su frente altiva y serena, su orgulloso desdén, su alma indómita, que respiraba visiblemente y que parecía hablar; en fin, su apostura, sus labios, sus ojos, todo ofrecía en él el tipo encarnado del valor de su patria y de la divinidad que adoraba. Era a la vez un héroe y un dios.

El murmullo de antipatía y de horror a su crimen que se oyera cuando él llegó, perdióse en un silencio de admiración involuntaria y de respeto mezclado de cierta grima. Con un suspiro convulsivo que parecía salir a un tiempo de toda aquella masa de seres vivos como si hubiese tenido un solo cuerpo, las miradas de los espectadores apartáronse del ateniense para fijarse en un objeto sombrío e informe que ocupaba el centro de la plaza. Era la enrejada jaula del león.

—¡Por Venus! ¡Qué calor hace —dijo Fulvia—, a pesar de que no hay Sol! ¿Por qué no habrán cerrado esos estúpidos marineros^[125] la abertura del toldo?

—En efecto; hace calor. Yo casi me siento mala —dijo la mujer de Pansa; porque el estoicismo de que ella se jactaba no resistía a la lucha que iba a comenzar.

Habían tenido al león veinticuatro horas sin comer, y toda la mañana mostró el animal una inquietud vaga y extraña, que el guarda atribuyó al estímulo del hambre. Sin embargo, su aspecto más bien expresaba espanto que cólera; sus rugidos eran penosos y cortados. Tendía la cabeza y aspiraba el aire por entre las rejas; luego se echaba, volvía a levantarse de pronto, y lanzaba gritos salvajes. A la sazón estaba en su jaula inmóvil y mudo, asomando las abiertas narices por entre la verja, y moviendo la arena del circo con la fuerza de su respiración.

Temblaron los labios del Edil, y palidecieron sus mejillas; miraba a su alrededor con inquietud; estaba indeciso; esperaba; la multitud se ponía impaciente. Al cabo dio la señal. El guarda que estaba detrás de la jaula entreabrió la reja con precaución, y salió el león dando un gran rugido de alegría y de libertad. Retiróse al punto el leonero por el pasadizo enrejado que daba salida a la arena, y dejó al rey de los bosques solo frente a su presa.

Glauco había plegado sus miembros de modo que tenía la posición más segura para resistir el primer choque del animal, y con su arma levantada, de un solo golpe bien apuntado (pues sabía que no tendría lugar para dos), esperaba poder penetrar por el ojo en los sesos de su feroz enemigo. Mas, con indecible admiración de todos, el animal ni reparó siquiera en la presencia del reo.

En el primer momento de su soltura se detuvo de pronto en el circo, se sentó, aspiró el aire con suspiros de impaciencia, y en seguida se lanzó, pero no contra el ateniense. Echó a correr alrededor de la arena, volviendo a uno y otro lado su enorme cabeza con inquietas miradas, como si hubiera querido escapar. Una o dos veces trató de saltar la barrera que le separaba de los espectadores, y al no conseguirlo, exhaló un aullido de despecho, más bien que su rugido real. No daba señales de cólera ni de hambre; arrastraba su larga cola por la arena, en vez de azotarse los anchos ijares; y aunque sus ojos se dirigieron de cuando en cuando a Glauco, luego se alejaban de él. Al cabo, cansado de sus vanas tentativas para escaparse, volvió a su jaula prorrumpiendo en un gemido, y se echó a descansar.

La sorpresa que al principio causó a la asamblea la flojedad del león trocóse en ira contra su cobardía, y en despecho, la lástima que el populacho había tenido de Glauco, por ver engañadas sus esperanzas.

El Edil llamó al guarda.

—¿Qué significa eso? Toma el aguijón, hazle que salga, y después cierra la puerta de la jaula.

Al disponerse el leonero a obedecer, con algo de temor, pero más aún de asombro, oyéronse grandes gritos hacia una de las grandes entradas del anfiteatro. Hubo a manera de una disputa; pero la respuesta impuso a todos silencio. Sorprendidos por la interrupción, se volvieron hacia el sitio donde se había ocasionado: entreabrióse la muchedumbre, y de repente apareció Salustio en el banco de los senadores, espeluznado, jadeante, rendido de cansancio. Rápidamente fijó los ojos en la plaza.

—¡Retirad al ateniense! —exclamó—. ¡Pronto, pronto, que esta inocente!

¡Prended a Arbaces el egipcio! ¡Él es el asesino de Apecides!

—¡Estás loco, Salustio! —dijo el Pretor levantándose de su asiento—. ¿Qué significan semejantes proposiciones?

—¡Retirad al ateniense os digo! ¡Al punto, o recaerá su sangre sobre vuestra cabeza! ¡Pretor, si titubeáis, responderéis con vuestra vida delante del Emperador! Traigo un testigo ocular de la muerte del sacerdote Apecides. ¡Paso! ¡Qué se aparten! ¡Pueblo de Pompeya, fija los ojos en Arbaces! ¡Vedle ahí sentado entre vosotros! ¡Paso! ¡Paso al sacerdote Caleno!

Pálido, ojeroso, azorado, con los ojos muertos como de un buitre, reducido su cuerpo a un esqueleto, librado apenas del hambre y de la muerte, llegó Caleno hasta el mismo banco en que estaba sentado Arbaces. Poco alimento le habían dado sus libertadores; pero lo que sostenía sus debilitados miembros era el deseo de la venganza.

—¡El sacerdote Caleno! ¡Caleno! —exclamó el pueblo—. ¿Es él realmente? ¡No; es un cadáver!

—Es en realidad el sacerdote Caleno —dijo el Pretor. ¿Qué tienes qué decir?

—Arbaces de Egipto es el asesino de Apecides —dijo el sacerdote de Isis—: mis ojos le vieron dar la puñalada. Del fondo del calabozo en que me había sepultado, del seno de la tumba y de los horrores de una muerte por hambre, me han sacado los dioses para que proclame su crimen. ¡Soltad al ateniense! ¡Es inocente!

—¡Por eso no le ha tocado el león! ¡Milagro! ¡Milagro! —exclamó Pansa.

—¡Milagro! ¡Milagro! —repitió el pueblo—. ¡Retirad al ateniense! ¡*Arbaces al león!*

Y este grito cundió de las montañas a los valles y de las costas al mar: ¡*Arbaces al león!*

—¡Guardias, retirad al acusado Glauco; pero custodiadle! —dijo el Pretor—. ¡Los dioses prodigan hoy las maravillas!

Cuando la autoridad dio la orden de soltura, oyóse una voz, el chillido de una mujer, de una niña; un chillido de alegría. Resonó con fuerza eléctrica en el corazón de toda la asamblea. Tierna, sagrada era la voz de aquella niña, y el populacho contestó con un grito de simpatía y de felicitación.

—¡Silencio! —dijo el Pretor—. ¿Quién está aquí?

—La joven ciega Nydia —respondió Salustio—. Su mano es la que ha sacado a Caleno del sepulcro y libertado a Glauco del león.

—¡Poco a poco! —dijo el Pretor—. Caleno, sacerdote de Isis, ¿acusas a Arbaces del asesinato de Apecides?

—¡Si!

—¿Has visto cometer el crimen?

—¡Pretor, con mis propios ojos!

—¡Basta! Los detalles deben quedar para tiempo y lugar más a propósito. Arbaces de Egipto ¿has oído la acusación presentada contra ti? Nada has dicho

todavía. ¿Qué tienes que responder?

Estaban fijas en Arbaces las miradas de la asamblea, y más después de calmarse la primera sorpresa que produjeron la acusación de Salustio y la llegada de Caleno. Al grito de ¡*Arbaces al león!*, se había estremecido, y tomado su bronceada tez un matiz más pálido; pero no tardó en recobrar su orgullo natural y su dominio sobre sí mismo. Respondió con una ojeada llena de arrogancia a las enfurecidas miradas de los infinitos ojos que le rodeaban, y dirigiéndose al Pretor dijo con el acento tranquilo e imponente que caracterizaba sus discursos.

—Pretor, es tan loca esa acusación, que no vale la pena de que la conteste. Mi primer acusador es el noble Salustio, el más íntimo amigo de Glauco; el segundo es un sacerdote. Respeto su traje y profesión. Mas ¡pueblo de Pompeya!, no ignoras el carácter de Caleno. Su afición al dinero, su avaricia, ya proverbial... Es muy fácil comprar el testimonio de semejantes hombres. ¡Pretor, estoy inocente!

—Salustio —dijo el magistrado—, ¿de dónde traéis a Caleno?

—De los calabozos de Arbaces.

—Egipcio —dijo el Pretor frunciendo las cejas—, ¿conque has osado encarcelar a un sacerdote de los dioses? ¿Y por qué?

—Escuchad —respondió Arbaces, levantándose con calma, si bien con alguna agitación pintada en sus facciones—. Ese hombre vino a mi casa amenazándome con esta acusación si no compraba su silencio con la mitad de mis riquezas. Hícele varias observaciones; pero en balde. ¡Callad! ¡No permitáis que el sacerdote me interrumpa! Noble Pretor, y vos, ¡oh pueblo!, yo era extranjero en este país, sabía que estaba inocente de este delito; mas el testimonio de un sacerdote pudiera perderme. No sabiendo a que decidirme en mi apuro, le llevé al subterráneo de donde le han sacado, a pretexto de ser el paraje donde guardaba mi 010. Solo pensaba detenerle hasta que se cumpliese la suerte del verdadero culpable y cuando ya no pudieran perjudicarme sus amenazas. No he tenido otra intención. Me habré engañado; pero ¿quién de vosotros negará que la primera ley es la de la defensa personal? Si soy delincuente, ¿por que ha callado durante toda la causa? Entonces no le tenía preso. ¿Por qué no ha publicado mi crimen cuando yo publicaba el de Glauco? Pretor, a esto no hay que responder. Por lo demás, me entrego a vuestras leyes y reclamo su protección. Alejad de aquí al acusado y al acusador. Nada deseo tanto como someterme al fallo del tribunal. No es este lugar a propósito para ventilar el asunto.

—Tiene razón —dijo el Pretor—. ¡Guardias, que retiren a Arbaces, y que custodien a Caleno en paraje seguro! Salustio, vos responderéis de vuestra acusación. ¡Qué vuelvan a principiar los juegos!

—¡Cómo! —exclamó Caleno volviéndose al pueblo—. ¿Será despreciada hasta ese extremo la diosa Isis? ¿Pedirá todavía venganza la sangre de Apecides? ¿Se aplazará ahora la justicia para eludirla después? ¿Se quedará el león sin su legítima presa? ¡Un dios, un dios! ¡Siento que un dios os está hablando por mi boca! ¡*Al león, al león Arbaces!*

Agotadas las fuerzas del sacerdote, no bastaron a su feroz malignidad. Cayó agitado de horribles convulsiones; sus labios cubriéronse de espuma. Caleno estaba poseído de un poder sobrenatural. El pueblo le contempló estremecido.

—¡De veras es un dios el que inspira a este santo hombre! ¡*Al león el egipcio!*

A este grito se levantaron miles de hombres, que bajaron a torrentes de las alturas del circo dirigiéndose hacia el egipcio. En vano quería el Edil dar órdenes; en vano alzó la voz el Pretor para proclamar la ley. El pueblo se había enfurecido ya con la vista de la sangre; tenía sed de ella, y a su ferocidad venía a juntarse su superstición. Inflamado con el espectáculo de sus víctimas, desconoció a sus autoridades. Era una de esas horribles convulsiones populares a que se entregan las poblaciones medio libres y medio esclavas, como las que había en la constitución particular de las provincias romanas. El poder del Pretor no era más que una caña haciendo frente a un huracán. Con todo, a su voz se habían puesto las guardias a lo largo de las gradas inferiores que ocupaban las clases distinguidas separadas del vulgo: débil dique a las olas de aquel torrente vivo, que parecía haberse detenido un momento solo para dar tiempo a que Arbaces calculara el instante preciso de su muerte. Acometido a la vez de una desesperación y de un miedo que subyugaban su orgullo, dirigió los ojos a las turbas que se abalanzaban, cuando de repente vio un fenómeno extraño y horrible por la abertura que había dejado el toldo. Le vio, y recobró su valor.

Levantó la mano hacia el cielo, y tomando su majestuosa frente una expresión de indecible solemnidad.

—¡Mirad! —exclamó con voz de trueno que impuso silencio a los rugidos de la muchedumbre—. ¡Mirad cómo vuelven los dioses por la inocencia! ¡Los fuegos del Orco vengador vienen a probar la falsedad de la declaración de mi enemigo!

Los ojos de la multitud siguieron el gesto del egipcio, y contemplaron atónitos una inmensa nube que se alzaba de la cumbre del Vesubio a manera de gigantesco pino. El tronco era negro, y las ramas de fuego. Su viveza cambiaba a cada instante: unas veces, luciendo con terrible resplandor; otras, presentando un color rojizo oscuro, que a poco tomaba un brillo que la vista no podía resistir.

Hubo entonces un profundo silencio, que interrumpió súbitamente el rugido del león, al cual siguieron los agudos y feroces aullidos del tigre desde el interior del anfiteatro. Ambos eran siniestros presagios de la cargazón de la atmósfera y salvajes profetas de la cólera del cielo.

De todas partes se alzaron gritos de mujeres; los hombres se miraban consternados y mudos. En aquel instante sintieron temblar la Tierra bajo sus pies; conmoviéronse las paredes del anfiteatro, y oyóse a lo lejos el estruendo de techos que se desplomaban; en seguida pareció correrse hacia ellos la nube de la montaña, oscura y rápida como un torrente; al mismo tiempo arrojó de su seno una lluvia de ceniza mezclada con pedazos de piedras abrasadas que arrasó los viñedos, llenando las calles desiertas, el mismo anfiteatro, y hasta el mar, donde silbaba al apagarse en sus agitadas olas.

El pueblo se olvidó de la justicia y de Arbaces, y pensó en su seguridad personal. Todos echaron a correr; se atropellaban unos a otros. Pisando a los que tenían la desgracia de caer, en medio de gemidos, imprecaciones, gritos y plegarias, los pasillos del anfiteatro vomitaron aquella azorada muchedumbre. Mas ¿a qué lado huir? Unos, previendo un terremoto, corrían a sus casas por sus más preciosos efectos; otros, temiendo la lluvia de cenizas que seguía cayendo a mares por las calles, buscaban un abrigo bajo el techo de las casas más próximas, en los templos, bajo cualquier clase de protección que evitase los terrores y peligros del aire libre.

Entretanto la nube que amagaba a su cabeza se hacía cada vez más grande, mas oscura, mas impenetrable. Una noche repentina, tinieblas peores que la misma noche, iban a usurpar de pronto el imperio del Mediodía.

Capítulo V

El encierro del preso y el cuarto de los muertos
El dolor no siente los horrores.

Aturdido Glauco con el sobreseimiento que había alcanzado, dudoso de si estaba soñando, fue conducido por los dependientes del anfiteatro a un cuartito que había en la parte interior. Le pusieron una túnica, y todos corrieron a felicitarle llenos de sorpresa. En esto se oyó un grito de impaciencia y de despecho fuera del cuarto. Abrióse la muchedumbre, y se echó a los pies de Glauco la joven ciega conducida por una mano protectora.

—Yo soy quien te ha salvado —dijo sollozando—. (Ahora ya puedo morir).

—¡Nydia, hija mía! ¡Tu mi libertadora!

—¡Oh! ¡Que sienta yo tu mano! ¡Que respire tu aliento!. ¡Si, si, vives! ¡No hemos llegado tarde!. ¡Qué horrible puerta aquella! ¡Temí, pensé que nunca se abriera! ¿Y Caleno? ¡Oh, su voz era la del viento que suspira entre los sepulcros! Cuanto hemos tenido que esperar. ¡Dioses! ¡Me parecía que pasaban horas mortales antes de que recobrase algo de fuerza con los alimentos y el vino! ¡Pero vives, vives todavía, y yo, yo te he salvado!

Esta tierna escena fue interrumpida por el suceso que acabamos de describir.

—¡La montaña! ¡El terremoto! —gritaban por todas partes.

Los guardias huyeron con los demás, y dejaron a Glauco y a Nydia salvarse como pudieran.

Pensando en los peligros de que estaban rodeados, el generoso corazón del ateniense se acordó de Olintho. Favorecido también por los dioses, ¿había de dejarle allí cerca para sufrir una muerte igualmente funesta que la que le hubiera dado el tigre? Cogiendo a Nydia de la mano, Glauco atravesó rápidamente los pasillos, y llegó al calabozo del cristiano. Le encontró arrodillado y rezando.

—¡Levántate, levántate, amigo mío! —exclamó—. ¡Sálvate! ¡Huye! ¡Mira! ¡La Naturaleza es para ti una libertadora espantosa!

Le sacó atónito de la prisión, y le mostró la nube que se adelantaba ennegreciéndose y vomitando sin cesar nuevos diluvios de cenizas y de lava.

—¡Escucha —le dijo— los gritos y las prisas de la muchedumbre desbandada!

—¡Es la mano de Dios! ¡Alabado sea! —dijo devotamente Olintho.

—¡Huye! ¡Ve a buscar a tus hermanos, y arregla con ellos los medios de salvarte! ¡Adiós!

Olintho no respondió, ni reparó siquiera en la marcha de su amigo. Altos y solemnes pensamientos absorbían su alma, y, en el entusiasmo de su corazón, más alegría le causaba la misericordia de Dios, que miedo aquella prueba de su poder.

Al cabo salió de su cavilación y echó a correr, sin saber hacia dónde.

De repente se encontró con una puerta abierta, y entró en un cuarto oscuro. A la incierta luz de una sola lámpara que le alumbraba, distinguió en el suelo tres muertos. Paróse de pronto, porque en medio de los terrores de aquel triste paraje, que era el *spoliario* de la arena, oyó que una voz pronunciaba el santo nombre de Jesucristo.

No pudo menos de detenerse; penetró en la cueva, y sus pies se escurrieron en sangre.

—¿Quién —dijo el nazareno— invoca aquí el nombre de Dios?

No recibió contestación; y habiéndose vuelto, distinguió a un anciano de cabellos blancos sentado en el suelo y que sostenía en las rodillas la cabeza de un hombre que acababa de expirar. Las facciones del muerto tenían la inmovilidad del último sueño; mas aún se veía en sus labios una feroz sonrisa: no era la que inspira la esperanza del cristiano, sino la del odio y la amenaza. Sin embargo, tal cara tenía el hermoso contorno de la juventud.

Sus espesos rizos caían sobre la tersa frente, y apenas el bozo de la edad viril sombreaba el mármol de sus descoloridas mejillas. ¡Sobre aquel rostro se inclinaba otro que expresaba tanta tristeza, tanto amor y tanta desesperación! De los ojos del anciano caían abrasadas lágrimas, y cuando su boca se abría para articular maquinalmente la plegaria de un culto de resignación y de esperanza, ni su juicio ni su corazón correspondían a las palabras: la emoción involuntaria triunfaba durante el letargo del alma. Había muerto su hijo, ¡y muerto por él! El corazón del padre estaba hecho pedazos.

—¡Medón —dijo Olintho compadecido—, levántate y huye! ¡Se ha aparecido Dios en alas de los elementos! ¡Está condenada la nueva Gomorra! ¡Huye, antes que te consuman las llamas!

—¡Siempre estuvo tan lleno de vida!... ¡No es posible que haya muerto! ¡Ven aquí! ¡Pon la mano sobre su corazón! ¿No late todavía?

—¡Hermano, el alma ha huido! ¡La llamaremos en nuestras oraciones! No puedes volver la vida a la arcilla muda. ¡Ven, ven! ¡Oye mientras te hablo cuál se desploman las paredes! ¡No tenemos que perder un instante! ¡Ven!

—¡Nada oigo! —dijo Medón sacudiendo sus blancos cabellos—. ¡Pobre muchacho! ¡Su amor filial le ha muerto!

—¡Ven, ven! ¡Perdona la violencia de la amistad!

—¡Cómo! ¿Quién había de querer separar al padre de su hijo? —dijo Medón, apretando con fuerza el cuerpo entre sus brazos y cubriéndole de los más tiernos besos—. ¡Vete! —añadió, alzando la cabeza por un momento. ¡Vete! ¡Es menester que estemos solos!

—¡Ah! —dijo el compasivo nazareno—. ¡Ya os ha separado la muerte!

El anciano sonrió con la mayor calma.

—¡No, no! —murmuró, debilitándose su voz a cada palabra—. ¡La muerte ha sido más generosa!

Dicho esto, su cabeza cayó sobre el pecho de su hijo, y sus brazos cesaron de estrecharle. Tomóle Olintho la mano: ya no tenía pulso. Las últimas palabras del padre fueron: *¡La muerte ha sido más generosa!*

Entretanto Glauco y Nydia recorrían apresuradamente las peligrosas calles. El ateniense había sabido por su libertadora que Ione estaba aún en casa de Arbaces. Allá era adonde corría para libertarla, para salvarla. El corto número de esclavos que dejó el egipcio en su casa al ir al anfiteatro con tan numerosa comitiva, no habían podido oponer resistencia alguna a la tropa armada de Salustio, y además, cuando ocurrió la erupción del Vesubio todos se refugiaron en lo más recóndito de la casa, sorprendidos y consternados. Hasta el Etíope abandonó su puerta; y Glauco, que había dejado fuera a Nydia, a la pobre Nydia, celosa hasta en aquel riesgo, atravesó la sala del recibimiento, sin hallar quien pudiese decirle cuál era el cuarto de Ione. Mientras avanzaba cundían con tal rapidez las tinieblas ennegreciendo el cielo, que apenas supo por dónde dirigir sus pasos. Parecía que temblaban y se movían las columnas rodeadas de flores, y a cada instante oía caer con estruendo las cenizas en el peristilo descubierto. Siguió andando y repitiendo a gritos el nombre de Ione. Al fin oyó al extremo de la galería una voz: era la de ella, que le respondía. Lanzarse, romper la puerta, cogerla en brazos y huir de la casa, fue para él obra de un minuto.

Apenas llegó al sitio donde se había quedado Nydia, sintió pasos y reconoció la voz de Arbaces, que había vuelto a buscar sus riquezas y a Ione antes de abandonar a Pompeya para siempre. Entretanto la abrasada atmósfera se espesaba de tal modo, que los dos enemigos no se reconocieron a pesar de su cercanía: solo Glauco distinguió en la oscuridad los flotantes contornos del blanco traje del egipcio.

Redoblaron el paso los tres. ¡Ay! ¿Adónde iban? Eran tan densas las tinieblas, que nada veían delante de sí. La incertidumbre y el horror los cercaban por todas partes, y a Glauco le pareció que la muerte de que se había librado solo cambiaba de forma para aumentar el número de sus víctimas.

Capítulo VI

Caleno y Burbo. Diomedes y Clodio
La joven del anfiteatro y Julia.

La repentina catástrofe que acababa de romper en cierto modo todos los vínculos sociales y dejar igualmente libres a presos y carceleros, no tardó en libertar a Caleno de los guardias a cuya custodia le confiara el Pretor. Cuando la oscuridad y la muchedumbre le hubieron separado de sus espectadores, corrió trémulo hacia el templo de su diosa. Al ir caminando a tientas, sintió que le tiraban de la túnica y que le decían.

—¡Ah, Caleno! ¡Qué momento tan terrible!

—¡Por la cabeza de mi padre! ¿Quién eres? ¡No distingo tu cara, y desconozco tu voz!

—¿Conque no reconoces a Burbo?

—¡Dioses! ¡Cómo aumentan las tinieblas! ¡Oh; qué relámpagos salen de esa terrible montaña^[126]!

—¡El Infierno anda suelto por la Tierra!

—¡Calla, Caleno, eso no lo crees tú! ¡Esta es la ocasión de que hagamos fortuna!

—¡Ah!

—¡Escucha! Tu templo está lleno de oro y de monedas preciosas. ¡Carguemos con ellas, corramos a la mar y embarquémonos! Nadie nos pedirá cuenta de lo que hayamos hecho en semejante día.

—¡Tienes razón, Burbo!, sígueme al templo. ¿Quién sabe ni quién ve ahora si eres o no sacerdote? sígueme, y repartiremos.

Había en el recinto del templo varios sacerdotes reunidos en torno de los altares: rezaban, gemían y se prosternaban en el polvo. Impostores cuando estaban seguros, no eran menos supersticiosos a la hora del peligro. Caleno pasó por delante de ellos, entró en el cuarto que aún se ve al lado meridional del patio. Siguióle Burbo, y el sacerdote encendió una lámpara. Sobre la mesa había vino y varios manjares, restos de un sacrificio.

—¡Hasta en semejante riesgo —dijo Caleno— come con apetito uno muerto de hambre hace cuarenta y ocho horas!

Se puso, pues, a devorar. No podía verse cosa más horrible ni más contraria a la naturaleza que el vil egoísmo de aquellos malvados: nada hay tan odioso y repugnante como el valor de la avaricia. ¡Pillaje y sacrilegio, cuando estaban estremeciéndose las columnas del mundo! ¡Cuánto pueden los vicios del hombre aumentar los terrores de la Naturaleza!

—¿Cuándo acabarás de comer? —dijo Burbo impaciente—. ¡Tu cara colorea!

¡Ya se te saltan los ojos!

—No siempre tiene uno tanto derecho a estar con hambre. ¡Oh Júpiter! ¿Qué ruido es ese? El de agua hirviendo. ¡Qué! ¿Vomita la montaña lluvia y fuego? ¿Qué son esos gritos? ¡Burbo! ¡Qué silencio reina ahora por todas partes! ¡Mira hacia afuera!

Para colmo de horror, entonces principiaba la cima a despedir al aire mangas de agua hirviendo. Confundidas y como amasadas con las cenizas a medio inflamar, caían tales olas en las calles convirtiéndose en lodo abrasador, y uno de aquellos funestos torrentes, junto con las enormes masas de escorias, había descargado su furia precisamente en el paraje donde estaban reunidos los sacerdotes de Isis, en torno de los altares sobre que vanamente querían ofrecer inciensos. Precipitóse el torrente sobre los arrodillados sacerdotes: el grito que oyó Caleno era el de la muerte; y aquel silencio, el de la eternidad. Las cenizas y el negro raudal habían saltado los altares, cubierto el pavimento y medio sepultado los palpitantes cadáveres de los sacerdotes.

—¡Están muertos! —dijo Burbo, asustado por primera vez y metiéndose precipitadamente en la celda—. ¡No creía yo que fuese tan pronto y tan fatal el peligro!

Ambos réprobos quedaron inmóviles, mirándose uno a otro: hubieran podido oírse los latidos de su corazón. Caleno, que era de suyo el menos osado, aunque el más codicioso de los dos, se repuso el primero.

—Es preciso hacer lo que nos hemos propuesto y marcharnos —dijo en bajo murmullo, y como aterrado por su propia voz.

Adelantó hacia el umbral, se detuvo, pasó por el caldeado pavimento y por encima de los cadáveres de sus hermanos, y se dirigió a la capilla sagrada, indicando a Burbo que le siguiera; pero el gladiador sintió desfallecer su ánimo y retrocedió.

¡Tanto mejor! —pensó Caleno—. ¡Más me tocará!

Cogió de prisa los tesoros portátiles del templo, y sin curarse de su compañero salió del lugar sagrado. Un súbito relámpago salido de la montaña permitió a Burbo, inmóvil a la puerta, ver al fugitivo cargado de botín. Cobró ánimo, y ya trataba de incorporársele, cuando cayó a sus pies una terrible lluvia de cenizas. Cejó el gladiador otra vez. Por todas partes le rodeaban tinieblas; seguía la lluvia, y las cenizas que cada vez se alzaban más, despedían vapores sofocantes. En vano hacia por respirar el infeliz. En su desesperación, probó a huir; pero las cenizas habían bloqueado la puerta. Lanzó un grito al sentir la ardiente lava que le abrasaba los pies. ¿Cómo librarse? No podía subir hasta el espacio descubierto; no osaba arrostrar el horror que iba a ver; más valía quedarse en la celda, al menos protegido contra el fatal ambiente. Sentóse, pues, y apretó los dientes. Poco a poco aquella atmósfera exterior tan asfixiante y mortífera penetró hasta el cuarto. Ya no pudo aguantarla. Girando sus ojos con inquietud, descubrió un hacha que había servido para los sacrificios y dejó descuidada allí algún sacerdote. La cogió, y con la fuerza que prestaba la desesperación a su gigantesco brazo, hizo por abrirse paso a través de las

paredes.

A todo esto, había disminuido en las calles la multitud. Cada cual trataba de ponerse en salvo. Las cenizas comenzaban a llenar los puntos más bajos de la ciudad: solo aquí y allí se veían los pasos de algunos fugitivos que las pisaban con precaución; o bien, se divisaban sus pálidos rostros a la azulada luz de los relámpagos o al fúnebre resplandor de las antorchas que llevaban por guías. Mas a cada instante las hirvientes ondas, las cenizas que caían o el repentino soplo de algún viento misterioso que se alzaba y moría al punto, apagaba sus luces errantes, y con ellas la última esperanza de los que las llevaban.

Clodio iba en aquel momento por la calle que daba a la puerta de Herculano.

—Si consigo salir al campo —decía para sí—, sin duda encontraré a la puerta muchos carruajes, y no está lejos Herculano. Gracias a Mercurio, tengo poco que perder, y este poco lo llevo conmigo.

—¡Hola! ¡Socorro! ¡Socorro! —clamaba una voz lastimera y asustada—. ¡Me he caído! ¡Se ha apagado mi antorcha! ¡Mis esclavos me han abandonado! ¡Soy Diomedes, el rico Diomedes! ¡Dos mil sextercios al que me ampare!

En aquel instante Clodio sintió que le agarraban por una pierna.

—¡Maldito seas! ¡Déjame andar, insensato! —dijo el jugador.

—¡Oh! ¡Ayúdame a levantarme! ¡Dame la mano!

—¡Vamos; levántate!

—¿Es Clodio? ¡Reconozco su voz! ¿Hacia qué lado huyes?

—Hacia Herculano.

—¡Loados sean los dioses! Llevamos el mismo camino, al menos hasta la puerta de la ciudad. ¿Por qué no refugiarnos en mi casa de campo? Ya conoces aquellas bodegas subterráneas construidas debajo de los cimientos: allí no llegará la lluvia de cenizas.

—Tenéis razón —dijo Clodio con aire pensativo—; y acopiando provisiones, podremos estar algunos días, si duran mucho estas terribles tempestades.

—¡Bendito sea el que inventó las puertas de una ciudad! —exclamó Diomedes—. ¡Mirad, han puesto una luz en ese arco! ¡Nos servirá de faro!

Estuvo echado el aire algunos momentos; la lámpara brillaba a lo lejos; los fugitivos apretaron el paso. Llegaron a la puerta, y cruzaron por delante del centinela. Un relámpago alumbró su lívido rostro y su pulido casco; mas sus facciones estaban serenas en medio de su espanto: se había quedado de pie e inmóvil en su puesto. Aquella gran convulsión de la Naturaleza no bastó a convertir en hombre dotado de razón y dueño de obrar por sí mismo la animada máquina de la implacable Roma. Se quedaba allí en medio de los elementos desencadenados; no le habían dado permiso para abandonar su puesto y huir^[127].

Continuaban andando Diomedes y su compañero, cuando de repente se les presentó una mujer: era la muchacha que tanto había celebrado de antemano el divertido espectáculo.

—¡Diomedes —exclamó—, amparadme! ¡Ved este niño que estrecho sobre mi corazón! ¡Es mío; es hijo de mi oprobio! No lo había confesado hasta ahora; pero ya no puedo menos de acordarme de que soy madre. Le he sacado de la cuna de su nodriza, que ha huido. ¿Quién había de pensar ahora en el niño, sino quién le ha llevado en sus entrañas? ¡Salvadle! ¡Salvadle!

—¡Maldita sea tu voz, chillona! ¡Vete, perdida! —murmuró Clodio rechinando los dientes.

—¡No, joven! —dijo Diomedes, que tenía más humanidad—. sígueme, si quieres, por aquí; por aquí, a mis bodegas.

Andaban... andaban..., y al llegar a la casa de campo soltaron una gran carcajada, pensando que había pasado el peligro.

Diomedes mandó a sus esclavos que bajasen a los subterráneos aceite para las lámparas y provisiones en abundancia, y allí fue donde Julia, Clodio, la joven madre y su hijo con algunos criados buscaron un asilo.

Capítulo VII

Sigue la destrucción

La nube que cubrió el día de tan espeso velo se había cambiado poco a poco en una masa sólida e impenetrable. Menos se parecía a las tinieblas de la noche que a las de un cuarto pequeño y cerrado; mas a medida que se ennegrecía, aumentaba la vivacidad y el resplandor de los relámpagos que exhalaba el Vesubio. No se limitaba su horrible hermosura a las tintas comunes de la llama: nunca ofreció arco iris alguno colores más variados y brillantes. Unas veces eran de color azul oscuro, como el más hermoso cielo del mediodía; otras, de tono verde lívido, cual la piel de una serpiente, o imitaban las sinuosas roscas de un enorme reptil; otras, de matiz rojo anaranjado, que apenas podían sufrir los ojos, pero que, penetrando las columnas de humo, alumbraba toda la ciudad, y debilitándose luego por grados, se volvía de palidez mortal, no dejando ya ver más que el fantasma de su propia existencia.

En el intervalo de los chaparrones se oía el ruido que agitaba las entrañas de la Tierra, o las gemidoras olas de la atormentada mar; o bien, más bajo todavía, el agudo murmullo, solo perceptible por un vivísimo miedo, de los gases que exhalaban las quiebras de la montaña. A veces parecía que se rasgaba la masa sólida de la nube, y a la luz de los relámpagos fingía formas extravagantes de hombres o de monstruos que se perseguían en las tinieblas, se empujaban unos a otros, y se disipaban todos juntos en el turbulento abismo de la sombra, de suerte que a los ojos de la imaginación de los consternados transeúntes aquellos vapores incorpóreos parecían verdaderos gigantes enemigos, ministros de terror y de muerte^[128].

Ya en muchos parajes las cenizas llegaban a la rodilla, y la hirviente lluvia que salía del volcán penetraba en las casas, impregnándolas de una atmósfera que ahogaba. En algunas partes inmensos pedazos de piedra lanzados sobre el techo de las casas amontonaban en las calles confusas masas de ruinas, aumentando los obstáculos que la sembraban. Conforme adelantaba el día y se notaba más claramente el movimiento de la Tierra, el suelo parecía huir bajo los pies, y ni carro ni litera podían conservar el equilibrio aun en el suelo más firme.

A veces, chocando entre sí al caer, las piedras más enormes se rompían en mil pedazos, y de ellas saltaban chispas que incendiaban todos los combustibles que había al paso. Entonces se disipó la oscuridad, a horrible costa: las llamas se habían apoderado de muchas casas y viñedos, y se alzaban amenazadoras en medio de las densas tinieblas. A fin de aumentar esta claridad parcial, los ciudadanos de Pompeya habían puesto de trecho en trecho hileras de antorchas en las encrucijadas, en los pórticos de los templos y en las avenidas del foro; pero no solían arder mucho tiempo. La lluvia y el viento las apagaban, y la profunda oscuridad que seguía a su

luz era tanto más terrible, cuanto que demostraba la impotencia de los esfuerzos del hombre y le enseñaba a desesperar.

Muchas veces se divisaban grupos de fugitivos al pasajero resplandor de aquellas antorchas, unos corriendo hacia el mar, y otros volviendo del mar hacia el interior, pues el Océano se había alejado de sus riberas. Profundas tinieblas cubrían su seno; sobre sus agitadas y mugientes olas caían cenizas y piedras, y no podía hallarse en él el abrigo que proporcionaban las casas. Atolondrados, perdidos, espantados, se encontraban aquellos grupos; mas sin tener tiempo de hablar, de consultarse, de discurrir, porque los turbiones que caían con frecuencia apagaban las antorchas con cuyo auxilio distinguían mutuamente sus descompuestas facciones. Por otra parte, era general la prisa por guarecerse en el refugio más inmediato. Todos los elementos de la civilización estaban destruidos: hubiera podido verse al ladrón pasando junto al grave depositario de la ley, cargado de riquezas robadas y regocijándose con la idea de la imprevista ganancia que acababa de obtener. Si en la oscuridad la mujer se separaba de su esposo, el padre de su hijo, era inútil que esperaran volver a juntarse. Unos y otros corrían a ciegas y sin orden. De todo el complicado mecanismo de la existencia social, solo quedaba lo que había tomado de la vida salvaje: la ley primitiva de la salvación personal.

A través de esta horrible escena se abría paso el ateniense, acompañado de Ione y de la joven ciega. De repente pasaron por su lado algunos centenares de personas que se dirigían al mar. Nydia fue separada de Glauco, a quien se llevaron hacia adelante con Ione; y cuando se disipó la multitud, entre la cual no pudieron distinguir forma alguna precisa, Nydia ya no estaba con ellos. Llamóla Glauco; mas no contestó. Retrocedieron en vano: no pudieron hallarla. Era evidente que la muchedumbre la arrolló dándole otra dirección. Su amiga, su salvadora, se había perdido, porque hasta entonces solo Nydia les sirviera de guía. Su ceguera le hacía familiares las localidades. Avezada a recorrer sin cesar el pueblo en perpetua noche, los conducía sin engañarse hacia la playa por donde habían resuelto huir, si era posible. Ahora ¿a qué lado tirarían? Estaban en un laberinto incomprensible. Rendidos, desesperados, continuaron avanzando, a pesar de las cenizas que caían sobre su cabeza y de las piedras que al romperse echaban chispas a sus pies.

—¡Ay! —dijo Ione—. ¡No puedo andar más! ¡Se hunden mis pies en las abrasadas cenizas! ¡Huye, amado mío; huye, y déjame entregada a mi destino!

—¡Calla, esposa mía! ¡Es más dulce la muerte a tu lado que la vida sin ti! Pero ¡grandes dioses!, ¿adónde guiar nuestros pasos en tal oscuridad? Se me figura que giramos dentro de un círculo y que hemos vuelto al punto de donde salimos hace una hora.

—¡Cielos! ¡Esa piedra ha desplomado un techo! ¡Es segura la muerte si andamos por las calles!

—¡Bienhadado relámpago! ¡Ven, Ione, ven! ¡Ahí está el pórtico del templo de Fortuna! ¡Pongámonos debajo: él nos protegerá!

Al decir esto tomó a su amada en brazos, y con trabajo llegó al templo. La llevó a lo más recóndito del pórtico, y se colocó de modo que la defendiese con su cuerpo de la lluvia de piedras y de agua hirviente. La hermosura y el desinterés del amor pueden santificar hasta momentos tan aciagos.

—¿Quién está ahí? —dijo la hueca y temblona voz de uno que los había precedido en aquel asilo. Pero ¿qué importa? ¡El mundo que se desploma hace que no haya para nosotros amigos ni enemigos!

Volvióse Ione, y dando un grito ocultó la cara en el seno de Glauco. Miró este al sitio de donde había salido la voz, y reconoció la causa del susto. En lo oscuro brillaban unos ojos muy relucientes. Brilló un relámpago, y estremecido descubrió Glauco al león con quien debió pelear, echado entre las columnas, y junto al animal al gigantesco Níger, que ni siquiera había reparado en su vecino.

Aquel relámpago mostró al hombre y a la fiera sus respectivas caras; mas estaba embotado el instinto del uno y el de la otra. El león hasta se acercó al gladiador, como si sintiera la necesidad de no estar solo; el gladiador no se asustó ni se movió. La revolución de la Naturaleza había anulado sus terrores y sus habituales simpatías.

Pasó por delante del templo un grupo de hombres y mujeres con antorchas: eran nazarenos. Una emoción sublime y celestial había, no reprimido, sino ahuyentado el miedo en ellos. Participando del error de la mayor parte de los primitivos cristianos, estaban persuadidos de que estaban viviendo el fin del mundo y de que se hallaban en el último día.

—¡Oh desventura! ¡Oh dolor! —exclamó con voz aguda y penetrante el anciano que iba a la cabeza—. ¡Ya viene el Señor a juzgarnos! ¡Hace bajar fuego del Cielo a los ojos de los hombres! ¡A\ de vosotros, los fuertes y magnates de la Tierra! ¡Ay de vosotros, los que lleváis la púrpura! ¡Ay del idólatra y del adorador del becerro! ¡Ay de vosotros que derramáis la sangre de los santos y os complacéis en las mortales convulsiones de los hijos de Dios! ¡Ay de la prostituta del mar! ¡Infeliz de ella!

Y toda la procesión repitió en coro con tono lúgubre: «¡Ay de la ciudad prostituta del mar! ¡Infeliz de ella!».

Los nazarenos siguieron lentamente su camino; en medio de las tinieblas sus antorchas daban una luz vacilante, y sus voces repetían las amenazas y las solemnes amonestaciones, hasta que se perdieron en las revueltas de las calles y en la negrura de la atmósfera. Mortal silencio volvió a reinar otra vez.

Hubo entonces una de las interrupciones harto frecuentes en la caída de las cenizas, y Glauco animó de nuevo a Ione para ponerse en camino. Estando indecisos en el último escalón del pórtico, pasó un anciano por delante de ellos; llevaba un talego en la mano, y caminaba con dificultad apoyado en un joven. Glauco los reconoció: eran un padre avaro y un hijo pródigo.

—Padre mío —dijo el joven—, si no podéis andar más aprisa, tengo que dejaros. Si no, moriremos ambos.

—¡Huye, pues, hijo mío, y abandona aquí a tu padre!

—Pero no he de huir para morir de hambre. ¡Dadme el talego del dinero!

Esto diciendo, el joven quiso apoderarse de él.

—¡Miserable! ¿Te atreves a robar a tu padre?

—¿Por qué no? ¿Quién ha de ir ahora a denunciarme? ¡Muere, avaro!

El joven echó en tierra al anciano, le quitó el talego, y huyó dando un alarido.

—¡Grandes dioses! —exclamó Glauco—. ¿También os ciegan a vosotros las tinieblas? ¡Estos crímenes son los que dan lugar a que se confundan en una ruina común el inocente y el culpable! ¡Vámonos, Ione; sigamos adelante!

Capítulo VIII

Arbaces encuentra a Glauco y a Ione.

Ione y su amante proseguían su incierto camino a tientas y como presos que tratan de escaparse de su calabozo. Cuando los volcánicos relámpagos alumbraban las calles, podían dirigir sus pasos; mas el espectáculo que se ofrecía a sus ojos nada tenía de consolador. Donde estaban secas las cenizas y no mezcladas con los torrentes que despedía de cuando en cuando la caprichosa montaña, la superficie de la tierra blanqueaba con el color de la lepra; otros puntos se veían cubiertos de escorias y de rocas amontonadas, por entre las cuales asomaban los tundidos y mutilados miembros de algún fugitivo. Los gemidos de los moribundos se mezclaban con los gritos de espanto que exhalaban las mujeres, y que, resonando en aquella profunda oscuridad, causaban sensación tanto más penosa cuanto que se conocía la imposibilidad de socorrer a aquellos desgraciados. Empero el ruido más claro era el que salía de la funesta montaña, con sus tempestades, sus torrentes, y de vez en cuando una nueva explosión. Siempre que el viento embocaba por las calles, arrastraba un polvo abrasador, y tan pestilentes vapores, que quitaba la respiración y el sentido, al paso que un momento después, cediendo la sangre retraída a una rápida revolución, causaba en cada nervio y en cada fibra un estremecimiento doloroso.

—¡Oh Glauco, querido esposo mío! ¡Dame un solo abrazo! ¡Estréchame contra tu corazón, y que muera así, sintiéndome abrazada! ¡No puedo más!

—¡Por mi amor! ¡Ten algo más de ánimo, mi querida Ione! ¡Piensa que mi vida es inseparable de la tuya! ¡Mira: por allí se ven antorchas que vienen hacia este lado! ¡No las apaga la tempestad! ¡Son, sin duda, fugitivos que buscan la orilla del mar! ¡Vamos hacia ellas!

Hubo un momento de calma, como para alentar a los amantes; la atmósfera quedó serena: parecía que la montaña descansaba, acaso tomando fuerza para una próxima explosión. Los de las antorchas andaban con rapidez.

—Nos acercamos al mar dijo en voz tranquila la persona que marchaba a la cabeza. —El esclavo que sobreviva a este día, será libre y rico. ¡Cuándo os digo que los mismos dioses me han asegurado que nos salvaríamos! ¡Andad!

Las antorchas alumbraron a Glauco y a Ione, que estaba en sus brazos. Muchos esclavos llevaban cestas y cofres muy cargados; delante de ellos iba Arbaces, espada en mano.

—¡Por mis padres! —exclamó el egipcio—. ¡El destino me sonríe aun en medio de tanto horror y de tan terrible espectáculo de desgracia y de muerte, prometiéndome dicha y amor! ¡Apártate, griego! ¡Reclamo a mi pupila Ione!

—¡Traidor y asesino! —exclamó Glauco fijando en su enemigo los encolerizados

ojos—. ¡Némesis te trae aquí para saciar mi venganza, para que en justo sacrificio te ofrezca a las sombras de los Infiernos, que andan desencadenadas por la Tierra! ¡Solo con que te acerques y toques a Iones, romperé tu acero cual una caña, y te haré cien pedazos!

Mientras hablaba, una luz viva y rojiza alumbró el sitio de la reyerta. La montaña, ancha mole de fuego brillante y gigantesca, alzábase en el seno de la oscuridad que la circuía, como las paredes de los Infiernos. Su cima parecía partida, o, por mejor decir, sobre su superficie se mostraban dos monstruosas figuras, una frente a otra, a guisa de demonios que luchaban por un mundo. La atmósfera tenía color de sangre, y abajo, al pie de la montaña, todo estaba más oscuro y encapotado, excepto tres puntos de donde serpenteaban tres arroyos de lava derretida; sobre el más ancho parecía levantarse un arco enorme e irregular, del cual salía aquel nuevo Flegeton como una de las bocas del Infierno. Se oían caer unos contra otros los pedazos de roca arrebatados por aquellas cataratas de fuego, oscureciendo por un instante los sitios donde caían, y coloreándose después dentro de las inflamadas tintas del torrente en que flotaban.

Los esclavos daban gritos y se cubrían la cara; el mismo egipcio quedó inmóvil en su lugar, en tanto que el reflejo del fuego iluminaba sus imponentes facciones y su traje, cubierto de preciosa pedrería. Tras él descollaba una altísima columna ornada con la bronceada estatua de Augusto, y la efigie imperial parecía haberse trocado en una imagen de fuego.

Glauco ciñó con el brazo izquierdo el talle de Ione, y levantó el derecho en ademán amenazador, con el puñal que le había servido de arma en la arena, y que por fortuna llevaba consigo. Fruncidas las cejas, entreabierta la boca y pintado en su cara cuanto tiene de más terrible la pasión humana, hizo frente al egipcio.

Murmurando estas algunas palabras entre sí, apartó los ojos de la montaña y los fijó en Glauco. Vaciló un momento, y luego dijo interiormente:

—¿Por qué he de titubear? ¿No me han predicho los astros la única crisis de peligro inminente a que estaba expuesto? ¿No ha pasado ya ese peligro?

—El alma —prosiguió en voz alta— puede despreciar el naufragio del mundo y la cólera de los dioses imaginarios. ¡Por esta alma quiero vencer hasta el fin! ¡Esclavos, avanzad! ¡Si me resistes, ateniense, caiga tu sangre sobre tu propia cabeza! ¡Así es como yo recobro a Ione!

Dio un paso, fue el último sobre la Tierra. Tembló el suelo de tal manera, que se desquició cuanto había en su superficie; al mismo tiempo se oyó en la ciudad el estruendo de techos y columnas que se venían abajo. El relámpago, atraído por el metal, se detuvo un instante en la estatua del Emperador, y en seguida hizo mil pedazos el bronce y el pedestal. ¡Se había cumplido la profecía de los astros!

Aquel estrépito, aquel choque aturdieron algún tiempo al ateniense. Cuando volvió en sí, la misma luz resplandecía aún en la escena, la Tierra temblaba y se agitaba todavía. Ione estaba allí tendida y sin conocimiento; pero él no la veía. Sus

ojos continuaban fijos en una cara sepulcral que parecía salir, sin cuerpo ni miembros, de un fragmento de la columna rota. Aquella cara tenía la expresión de un dolor, una agonía y una desesperación imposibles de describir. Los ojos se abrían y cerraban como si los sentidos no hubiesen perdido su acción; los labios temblaban y se contraían con sonrisa convulsiva; luego, repentinamente, se inmovilizaron aquellas sombrías facciones, cuya expresión conservaba un aspecto horrible difícil de olvidar.

Así murió el sabio mago, el gran Arbaces, el Hermes del cinturón de fuego, el último vástago de los reyes de Egipto.

Capítulo IX

Desesperación de les amantes Situación del pueblo.

Volvióse Glauco conmovido por piadosa gratitud. Tomó a Ione en brazos, y huyó por la calle, todavía iluminada. Mas de pronto cubrió los aires una sombra espesa. Involuntariamente levantó la vista a la montaña, y, ¡oh prodigio!, una de las dos colosales crestas de su cima se estiraba y movía de derecha a izquierda; después, con un estruendo que no hay palabras para pintar, se desprendió de su abrasada base, y cayó rodando como un témpano de fuego. Al mismo tiempo se alzó una negrísima humareda, que fue cundiendo por aire, tierra y mar.

Una nueva lluvia de cenizas, y luego otra y otra, mucho más abundantes que las anteriores, sembraron la desolación por las calles. Las tinieblas las envolvieron otra vez, semejantes a un velo, y Glauco, desesperado al fin, después de haber estado tan animoso, sentóse al abrigo de un arco, y estrechando a Ione contra su corazón a su esposa, se resignó a morir sobre aquel tálamo de ruinas.

Separada Nydia de ellos por la muchedumbre, en balde trató de reunírseles. En vano hizo oír aquel lastimero grito peculiar de los ciegos: se perdió entre otros mil proferidos por el terror y el egoísmo. Repetidas veces fue al paraje donde se habían separado; echaba detrás de cada fugitivo preguntándole por Glauco, y nadie le hacía caso. ¿Quién tenía entonces espacio para ocuparse más que de sí? En los momentos de horror universal, quizás nada hay más horrible que el inhumano egoísmo de cada individuo. Al fin se le ocurrió a Nydia que, habiendo resuelto buscar un refugio en el mar, el medio más probable de encontrar a sus amigos era dirigirse a la playa. Apoyada, pues, en el palo de que se servía siempre, continuó evitando con increíble acierto las masas de escombros que cubrían el camino, acertando con las diversas calles en términos que llegó a la orilla del mar por la vía más corta, merced a las perpetuas tinieblas de la vista, tan desconsoladoras en el curso ordinario de la vida.

¡Pobre joven! ¡Cuán digno de verse, cuán hermoso era su valor! Y parecía que la suerte favorecía a un ser tan desamparado. No la tocaban los torrentes sino por la lluvia general en que iban envueltos; enormes fragmentos de escorias caían a sus pies, sin lastimar sus frágiles miembros; cuando se llenaba de cenizas, se las sacudía y continuaba su camino sin temor^[129].

Débil, expuesta y siempre impávida, sostenida por un solo deseo, era el emblema de Psyquis en sus extravíos de la esperanza recorriendo el valle de las sombras de la misma alma; sola, pero tranquila en medio de los peligros y de los percances de la vida.

Con todo, entorpecía su marcha la muchedumbre, que unas veces andaba a tientas

por la oscuridad, y otras se aprovechaba de un relámpago para adelantar con más rapidez. Al cabo, tropezando con ella un grupo de personas que llevaban antorchas, la hicieron caer con violencia.

—¡Cómo! —exclamó uno de los del grupo—. ¡Es la valerosa ciega! ¡Por Baco! ¡No hemos de dejarla morir aquí! ¡Levántate, tesaliana mía! ¡Vamos! ¿Estás herida? ¿Te has hecho daño? ¡No! ¡Pues vente con nosotros! ¡Nos dirigimos al mar!

—¡Salustio! ¡Es vuestra voz! ¡Loados sean los dioses! ¿Y Glauco? ¿Le habéis visto?

—No. Sin duda está ya fuera de la ciudad. Los dioses, que le salvaron de la boca del león, sabrán también salvarle del fuego de la montaña.

Mientras el epicúreo hacía por consolar a Nydia, la llevaba consigo hacia la mar, sin escuchar sus apasionadas súplicas para que esperase algunos momentos a fin de buscar a su señor; y ella entretanto repetía con desesperado acento aquel nombre querido, que en medio de los furiosos elementos era una música dulcísima para su apasionado corazón.

La iluminación repentina, la gran explosión de ríos de lava y el terremoto que hemos descrito, ocurrieron precisamente en el momento de llegar Salustio y sus compañeros a la senda que iba directamente de la ciudad al puerto. Allí se vieron detenidos por una turba inmensa compuesta de más de la mitad de la población. Millares de personas salían a los campos sin saber adonde huir. La mar se había retirado mucho de sus acostumbradas riberas, y los que a ellas llegaron tanto se sobrecogieron con la agitación de los elementos, con aquel no visto retroceso, con las extravagantes formas de los objetos que las olas arrojaban a la playa, y con el ruido que hacían las piedras despedidas por la montaña al caer en el agua, que se habían vuelto atrás, pareciéndoles la tierra aún menos horrible que la mar así es que se consolaban con la idea de ser muchos aquellos dos torrentes de seres humanos, uno de los cuales iba y otro venía, llenos de desesperación y de incertidumbre.

—El mundo debe ser destruido por el fuego dijo un anciano vestido con una larga túnica flotante; era un filósofo de la escuela estoica. —La sabiduría de Zenón y de Epicuro convienen en este punto, y ha llegado la hora.

—¡Sí; ha llegado la hora! —dijo una voz solemne e impertérrita.

Los circunstantes se volvieron asustados. La voz que había resonado sobre su cabeza era la de Olintho, que con sus amigos cristianos ocupaba una escarpada colina donde los antiguos griegos habían levantado a Apolo un templo, que ya estaba viejo y ruinoso.

Mientras él hablaba, brillo el súbito relámpago que había precedido a la muerte de Arbaces; y cuando la siniestra luz se extendió por aquella consternada muchedumbre que apenas respiraba, nunca se vieron rostros tan azorados, nunca grupo alguno de hombres mostró tal horror y espanto, y jamás se vera reunión semejante hasta que suene la trompeta del Juicio final. Por encima de todos descollaba Olintho, con su brazo extendido y su profética frente coronada de fuego. Entonces la multitud

reconoció las facciones del condenado al tigre, del hombre víctima suya *poco antes*, y en la *actualidad* su profeta. Y en el silencio continuó su voz.

—¡Ha llegado la hora!

Repitieron este grito los cristianos, y tras ellos el pueblo, y resonó por doquiera: mujeres, hombres, niños, ancianos, todos clamaron a una:

—¡HA LLEGADO LA HORA!

Se oyó a la sazón el aullido salvaje del horrendo tigre de los desiertos de África, que huyendo se lanzó en medio de todos, y echó a correr por donde le abrían paso. Luego vino el terremoto, y después las tinieblas tornaron a cubrir la Tierra.

En tanto iban llegando nuevos fugitivos, entre ellos los esclavos de Arbaces, dueños ya de los tesoros que su amo no había de reclamarles. Una sola antorcha lucía: la que llevaba Sosio, y al iluminar su luz las facciones de Nydia, reconoció a la tesaliana.

—¿De qué te sirve ahora la libertad, joven ciega? —dijo el esclavo.

—¿Quién eres? ¿Puedes decirme dónde está Glauco?

—Sí; le he visto hace poco.

—¡Bendita sea tu cabeza! ¿Dónde le has visto?

—Echado bajo el arco del Foro, muerto o moribundo. Ha ido a juntarse con Arbaces, que ya no existe.

Ni una palabra dijo Nydia. Se apartó de Salustio, pasó en silencio por entre las personas que estaban detrás de ella, y retrocedió hasta la ciudad. Llegó al Foro; en el arco se bajó, tentó a su alrededor, y pronunció el nombre de Glauco; una débil voz respondió:

—¿Quién me llama? ¿Son las sombras? ¡Estoy dispuesto!

—¡Levántate, y sígueme! ¡Cógete de mí mano, y te salvaras, Glauco!

Levantóse este lleno de asombro y de repentina esperanza.

—¡Siempre Nydia! ¡Ah! ¡Conque estabas salva!

La ternura y alegría que respiraban estos acentos penetraron el corazón de la pobre tesaliana, y le bendijo porque había pensado en ella.

Glauco siguió a su guía, llevando a Ione medio arrastras.

Nydia evitó con admirable prudencia el sendero que dirigía a la multitud de quien acababa de separarse, y tiró hacia la playa por otro camino.

Después de haberse parado muchas veces, y a fuerza de increíble perseverancia, al cabo llegaron a la orilla del mar, y se incorporaron a un grupo de personas que, más resueltas que otras, habían decidido arriesgarlo todo antes que permanecer en medio de tal desastre.

Se embarcaron en la oscuridad, y a medida que se alejaban de la ribera y veían la montaña bajo otros aspectos, sus torrentes de fuego líquido esparcían sobre las olas un color rojizo.

Rendida de cansancio, Ione se había dormido en el seno de Glauco, y Nydia estaba a sus pies. Entretanto seguía cayendo la lluvia de polvo y de cenizas, y llenaba

la barca de una especie de nieve. Aquella lluvia, arrebatada por los vientos, fue hasta los más remotos países; asombró al negro africano, y cayó hecha copos en el antiguo suelo de la Siria y del Egipto^[130].

Capítulo X

La mañana siguiente Suerte de Nydia

Hermosa, dulce, suave, amaneció al fin la aurora en la trémula superficie de las olas.

Dormían los vientos; expiraba la espuma en el azul de aquel delicioso mar. En el Oriente, ligeros vapores reflejaban por grados las tintas de rosa que precedían a la mañana; la luz iba a recobrar su imperio.

A lo lejos se descubrían inmóviles y tristes los macizos fragmentos del destructor nublado, en cuyo seno algunas fajas encarnadas, pero cada vez de menos resplandor, descubrían aún los fuegos de la montaña, de los campos abrasados. Ya no existían las blancas paredes ni las brillantes columnas que adornaban aquella linda ribera. Sombrío y fúnebre aparecía el país poco antes ocupado por las ciudades de Herculano y Pompeya. ¡Las novias del mar habían sido arrebatadas de sus brazos! Siglos y siglos extenderá la poderosa madre sus azulados brazos: no las encontrará, y gemirá sobre las tumbas de sus perdidas hijas.

Los marineros no gritaron de alegría al descubrir la aurora: había llegado por medio de transiciones demasiado lentas, y estaban hartos cansados para entregarse a tales trasportes; pero dieron gracias en silencio, después de haber velado tan larga noche. Miráronse unos a otros sonriendo, y cobraron ánimo reconociendo que existía a su alrededor un mundo, y un Dios en el Cielo. Convencidos de que había pasado lo recio del peligro, no tardaron los rendidos en sumergirse en apacible sueño. Conforme iba entrando el día fue renaciendo el silencio que no hubo en la noche, y con el silencio las dulzuras del reposo. El navío bogaba tranquilamente hacia su destino.

Nydia se levantó con tiento mientras todos dormían en torno suyo. Se inclinó hacia el rostro de Glauco, aspiró el aliento de su profundo sueño, tímida y tristemente le dio un beso en la frente y otro en los labios. Tentó para buscar su mano: aquella mano tenía cogida la de Ione. Suspiró Nydia profundamente y se oscureció su rostro. Le besó otra vez la frente, y enjugó con sus cabellos el rocío de que estaba cubierta.

—¡Los dioses te bendigan, ateniense! —dijo—. ¡Ojalá seas feliz con la que amas! ¡Ojalá te acuerdes alguna vez de Nydia, que de nada puede servir ya en la Tierra!

Alejóse al pronunciar estas palabras. Se dirigió a la popa del navío: allí se detuvo inclinada hacia las olas; saltó la fresca espuma a su abrasada frente.

—¡Es el beso de la muerte! —dijo—. ¡Bien venido sea!

La brisa embalsamada jugueteaba con las flotantes trenzas de sus cabellos. Se los echó atrás, y elevó aquellos ojos de tan tierna expresión, aunque sin luz, hacia el

cielo, cuyo azul nunca había visto.

—¡No, no! —dijo a media voz y en tono reflexivo—. ¡No puedo sufrirlo! ¡Este amor tan celoso, tan exigente, me quita el juicio y me trastorna el alma! ¡Quizás le hiciera mal todavía! ¡Qué desventurada era yo! Pero le he salvado. ¡Le he salvado dos veces! ¡Pensamiento dulce y feliz! ¿Por qué no he de morir satisfecha? Es la última idea agradable que se me ocurrirá jamás. ¡Mar sagrado, oigo tu voz que me llama; tu voz, tan dulce a mi dolor! Dicen que deshonoran tus abrazos; dicen que tus víctimas no pasan la fatal Estigia. ¿Qué importa? ¡No quisiera encontrarle a él entre las sombras, porque también allí estaría con ella! ¡Descanso, descanso! ¡No hay más Elíseo para un corazón como el mío!

Un marinero adormecido en el puente oyó un ligero ruido, como de un cuerpo que cae al agua. Entreabriendo los ojos, creyó ver a la espalda del barco, que surcaba rápidamente las ondas, un bulto blanco arrastrado por ellas, que desapareció al momento dio la vuelta al otro lado, y vio en sueños a sus hijos y su casa.

Cuando los amantes despertaron, su primer pensamiento fue del uno para el otro, y el segundo para Nydia. No pudieron encontrarla; nadie la había visto desde la noche. La buscaron por todo el barco; mas no dieron con su huella.

Misteriosa desde el principio hasta el fin, había desaparecido para siempre del mundo de los vivos. Glauco y Ione adivinaron en silencio su paradero, y acercándose uno a otro, olvidaron que se habían salvado, para llorar la pérdida de la pobre ciega como la de una hermana.

Capítulo Último

En que todo acaba.
Carta de Glauco a Salustio diez años después de la
destrucción de Pompeya.

Glauco a su querido Salustio. Salud. Atenas.

Me suplicas que vaya a verte a Roma. Salustio mío, más vale que vengas tú a Atenas. He abandonado para siempre la ciudad imperial, su confusión y sus vanos placeres. En adelante pasare la vida en mi patria. Prefiero la sombra de nuestra pasada grandeza, a la soberbia vida de vuestra bulliciosa prosperidad. En ninguna parte hallo el encanto de estos pórticos consagrados por antiguos recuerdos.

Aún oigo la voz de la poesía en los bosques de Olivos del Iliso; desde las alturas de Fileo, el vapor del crepúsculo me parece la mortaja de nuestra libertad huida, y al mismo tiempo la señal de que es hora de levantarnos. Te ríes de mi entusiasmo, Salustio; pero cuando se está cargado de cadenas de oro, mejor es alimentarse con la esperanza de sacudirlas, que resignarse a su brillantez. Estás seguro, dices, de que es imposible que sea feliz en este triste albergue de una gloria pasada. Me hablas con arrebató de la magnificencia de Roma y del lujo de la corte imperial. Salustio mío, non sum qualis eram: ya no soy lo que era. Las vicisitudes que he sufrido han refrescado la ardorosa sangre de mi juventud. Mi salud no ha vuelto a recobrar el vigor que tenía antes de mi enfermedad y de mi prisión en el húmedo calabozo de los criminales; mi memoria no ha podido aún olvidar las tinieblas del Último día de Pompeya, ni el horror ni el desconsuelo de aquel horrible estrago. ¡Pobre Nydia; tan amada, tan sentida! He erigido un sepulcro a su sombra, y le veo sin cesar desde la ventana de mi estudio. Alimenta en mí un recuerdo tierno y una tristeza que no carecen de atractivo; digno homenaje debido a su fidelidad y al misterio que envuelve su prematura muerte. Ione coge las flores; pero solo mis manos tejen cada día una guirnalda para su tumba. Nydia merecía tener un monumento en Atenas.

Me hablas de la secta de los cristianos, que dices va cundiendo mucho en Roma. A ti, Salustio, puedo confiarte mi secreto: he reflexionado bastante acerca de esa creencia, y la he adoptado.

Después de la destrucción de Pompeya he vuelto a ver otra vez a Olintho. ¡Ay! ¡Salvado un día para morir al otro, víctima de su indomable celo! Él me enseñó que era la mano del Dios desconocido la que me salvó de la boca del león y de los peligros del terremoto. Escuché, creí y adoré. Mi Ione, a quien amo más que nunca, también ha abrazado mi fe, Salustio; una fe que, derramando la luz

por este mundo, concentra todos los rayos en otro, como cuando se pone el Sol. Sabemos que estamos unidos por toda una eternidad en el cuerpo y en el alma. Podrán correr los siglos, disolverse nuestro polvo, aniquilarse la Tierra; empero la rueda de la vida continuará girando en el Cielo de la eternidad imperecedera y sin fin. A la manera que la Tierra deriva su fecundidad del Sol, así la inmortalidad recibe la bienaventuranza de la virtud, que es la sonrisa de Dios. Ven, pues, a verme; tráeme los libros de Epicuro, de Pitágoras, de Diógenes; ármate para tu derrota, y sentados en los bosquecillos de Academo^[131] disputemos, con guía más segura que las que han tenido nuestros antepasados, sobre el problema de los verdaderos fines de la vida y de la naturaleza del alma.

¡Ione... la este nombre palpita todavía mi corazón! Ione esta junto a mí; mientras te escribo vuelvo los ojos, y encuentro su sonrisa. Caen los rayos del Sol sobre el Hymeto, y oigo zumbir en mi jardín las abejas del verano. ¿Me preguntas si soy feliz? ¡Oh! ¿Qué pudiera darme Roma que igualase a lo que tengo en Atenas? Aquí todo despierta el alma y exalta los afectos. Los árboles, las aguas, las montañas, el cielo; todo pertenece a Atenas, madre hermosa, aunque triste, de la poesía y de la ciencia del mundo. Veo en mi salón las estatuas de mis mayores, y en el Cerámico contemplo sus sepulcros. En cada calle reconozco la mano de Fidias y el genio de Pericles.

Doquiera están Harmodio y Aristogitón, que no morirán jamás en nuestros corazones, al menos en el mío. Si algo pudiera hacerme olvidar que soy ateniense y no libre, Sería el amor de Ione; tan vigilante, tan tierno, que no duerme nunca; amor que nuestra nueva creencia ha transformado en un sentimiento también nuevo; amor que no ha sabido describir ninguno de nuestros poetas, con todo su talento, porque mezclado con la religión, participa de ella, se funde en pensamientos puros sin nada de terrestre; amor que podemos esperar continúe en la eternidad, porque no tendremos que avergonzarnos de él en presencia de nuestro Dios. ¡Este sí que es el verdadero tipo de la misteriosa fábula de nuestro Eros y de Psiquis: el alma que se duerme en brazos del amor! Y si este me sostiene en parte, cuando me da la calentura que excita en mí el deseo de la libertad, mi religión me sostiene más todavía, porque siempre que quiero empuñar la espada y tocar la trompeta para correr a otro Maratón, pero a un Maratón sin victoria, encuentro un calmante a la desesperación que me causa la cruel idea del abatimiento de mi patria, doblegada al yugo romano; porque me atengo al pensamiento de que la Tierra no es más que el principio de la vida; la gloria un corto número de años bien insignificantes en el vasto espacio de la eternidad, y no hay libertad perfecta mientras el alma no rompe sus mundanas cadenas, mientras no vive y reina solamente en el espacio y en el tiempo. Sin embargo, aún se resiente mi fe de la dulzura de las costumbres griegas: no acompaña en celo a los que no ven sino criminales y réprobos en los que no piensan como ellos. No me estremezco de horror al hablar de la creencia de los

demás; no los maldigo: pido a mi Padre, que está en el Cielo, que los convierta. Esta tibieza me expone a algunas sospechas de parte de los cristianos; pero se las perdono, y, no chocando abiertamente con las preocupaciones del vulgo, puedo proteger a mis hermanos contra los amagos de la ley y las consecuencias de su propio celo. Si la moderación me parece resultado natural de la benevolencia, también abre más campo a la propaganda del bien.

Tal es, pues, mi vida, Salustio, y tales mis opiniones. Así es como gozo de la existencia y espero la muerte. Y tú, amable y alegre discípulo de Epicuro, tú... Pero ven y contempla nuestros placeres, nuestras esperanzas. Entonces confesarás que ni el esplendor de los banquetes imperiales, ni los aplausos del circo, ni el bullicioso foro, ni el brillante teatro, ni los magníficos jardines, ni los voluptuosos baños de Roma pueden dar felicidad más viva o duradera que la que goza el amigo a quien tan sin razón compadeces, Glauco el ateniense. ¡Adiós!

* * *

Diez y siete siglos habían pasado cuando salió de su silenciosa tumba la ciudad de Pompeya^[132], brillante con los colores que nada habían perdido de su viveza; con sus artesonados, cuyas frescas pinturas parecían de ayer; sin borrarse una tinta de sus pavimentos de mosaico; con las columnas de su Foro inacabadas, como las dejó la mano del obrero; con el trípode del sacrificio delante de los arboles de sus jardines, el cofre del tesoro en sus salas; el *strigif* (estregador) en sus baños, los billetes de entrada en sus teatros, los muebles y lámparas en sus salones; en sus triclinios, los restos del último festín; en sus *cubículos*, los perfumes y afeites de sus malhadadas hermosuras; mas por todas partes los esqueletos de los que en dicho tiempo hacían mover los resortes de aquella pequeña, pero primorosa máquina de lujo y de vida.

En los subterráneos de la casa de Diomedes se descubrieron veinte esqueletos agrupados a una puerta; entre ellos, el de un niño de pecho. Estaban cubiertos de un polvo fino, de una ceniza que sin duda había ido penetrando por las aberturas, hasta que lo lleno todo. Allí se encontraron joyas y monedas, candelabros para esparcir una luz inútil, y vino cuajado en las ánforas. ¡Vanas precauciones para prolongar una lenta agonía! Solidificada la arena por la humedad, había tomado las formas del esqueleto como un molde, y aún puede ver el viajero impreso el busto de una mujer joven y fresca: era la infeliz Julia. Le parece al observador que el aire debió de ir cambiándose gradualmente en un vapor sulfuroso, que se precipitarían hacia la puerta los habitantes de los subterráneos; mas la hallarían bloqueada exteriormente por las escorias, y en sus esfuerzos para abrirla debieron de quedar ahogados por la atmósfera que los rodeaba.

En el jardín se halló un esqueleto con una llave en su descarnada mano, y a su

lado un talego de dinero. Se cree que era el amo de casa, el desgraciado Diomedes, que probablemente trato de huir por el jardín, y murió con los vapores o por alguna piedra. Al lado de algunos vasos de plata había otro esqueleto; probablemente, de un esclavo.

Las casas de Salustio y de Pansa, el templo de Isis con los nichos detrás de las estatuas, desde donde pronunciaban sus oráculos, están expuestos en la actualidad a las miradas de los curiosos. En uno de los cuartos de ese templo se ha descubierto un enorme esqueleto con un hacha a su lado. Había echado abajo dos paredes; pero no pudo avanzar más. En medio de la ciudad se encontró también otro esqueleto cargado de monedas y de varios ornamentos místicos del templo de Isis. Sorprendióle la muerte en su avaricia, y Caleno pereció al mismo tiempo que Burbo. En el curso de las excavaciones se vio un esqueleto de hombre partido por medio por una columna. Era el cráneo de tan notable conformación, y su desarrollo intelectual y físico denotaba tal osadía, que no ha cesado de ser la admiración de todos los adeptos de Spurzheim que han podido contemplar aquel arruinado palacio de inteligencia. Después de diez y ocho siglos el viajero puede contemplar aquella sala llena de curiosas galerías y de cuartos singularmente dispuestos, en medio de los cuales en otro tiempo pensaba, discurría y soñaba el alma criminal de Arbaces el egipcio.

Al contemplar los diversos vestigios de un sistema social extinguido para siempre, un extranjero de aquella isla lejana y barbara que estremecía al romano imperial cuando la nombraba, se detuvo en el seno de las delicias de la dulce Campania, y allí escribió esta historia.

FIN



EDWARD GEORGE EARL BULWER-LYTTON, primer Barón Lytton, fue un escritor y político británico que nació en Londres el 25 de mayo de 1803 y que falleció en Torquay el 18 de enero de 1873. Aunque en un principio se dedicó al teatro y a la poesía, ganando varios premios y publicando un par de poemarios en su juventud, es recordado principalmente como novelista, en particular como escritor de novela histórica.

Joven enfermizo pero precoz, se educó en Trinity Hall, en la Universidad de Cambridge, y posteriormente se casó, contra la voluntad de su familia, con la irlandesa Rosina Doyle Wheeler en 1827, de la que se acabó divorciando más tarde y con quien siempre mantuvo una mala relación.

Su prosa barroca y acicalada fue muy apreciada en su época pero hoy en día resulta excesiva, si bien su obra *Los últimos días de Pompeya* sigue gozando de gran aceptación y varias de sus narraciones de terror influyeron en autores como H. P. Lovecraft. Gozó de una provechosa carrera política, llegando a ser Secretario de Estado para las Colonias en 1858.

Notas

[1] Casi toda esta obra fue escrita en Nápoles. <<

[2] Las razones que alega Sir Walter Scott en el Prefacio de la primera edición de *Ivanhoe*, me parecen tan aplicables a un escritor que busca sus materias en la antigüedad clásica como al que las toma de los siglos feudales. Séame permitido escudarme con las palabras que recuerdo y aplicármelas humildemente «Verdad es que no puedo aspirar a una exactitud completa en lo relativo a las usanzas exteriores, y mucho menos en los más importantes puntos del lenguaje y de las costumbres. Pero lo mismo que me impide escribir el diálogo de la obra en anglosajón o en francés normando (yo digo en latín o en griego), y que no me permite que la imprima con los caracteres de Caxton o Wynke de Worde (yo digo publicarla escrita con una caña sobre cinco rollos de pergamino pegados a un cilindro y con un botón), me impide encerrarme en los límites de la época en que pasa mi relato. Cuando se quiere excitar un interés cualquiera, preciso traducir su asunto no solo a la lengua, sino a las costumbres del siglo en que se escribe».

Yo he explicado las costumbres antiguas en lenguaje moderno y expuesto algo minuciosamente los caracteres y sentimientos de mis personajes, para que no se encuentre el lector con la repugnante sequedad de la antigüedad demasiado desnuda. Desde este punto de vista, creo poder decir que no me he excedido de la libertad permitida al autor de una obra de imaginación.

«Verdad es (continúa mi texto) que esta libertad tiene ciertos límites: el autor nada debe presentar que se oponga a las costumbres del siglo».

Nada puedo añadir a tan juiciosas observaciones: contienen la verdad, regla de crítica con que debe juzgarse toda obra de imaginación que pinta los tiempos pasados. <<

[3] Cántaros. <<

[4] Moneda romana de la que se hablará más adelante. <<

[5] Título de una magistratura cuyas funciones consistían en administrar las rentas públicas. <<

[6] Nápoles. (*N. del Ed.*) <<

[7] Los romanos escribían en tablas enceradas por medio de un *stylo* o punzón, agudo por la parte inferior y plano por la superior para borrar lo escrito. <<

[8] Se oculta una serpiente entre la hierba (Virgilio, *Bucólicas*, III, 93. (N. del Ed.) <<

[9] Aspasia de Mileto, hija de Axíoco, fue una mujer famosa por haber estado unida al político ateniense Pericles desde aproximadamente 450-445 a. C. hasta la muerte de éste en el 429. Maestra de retórica y logógrafa, tuvo gran influencia en la vida cultural y política en la Atenas del Siglo de Pericles. Se sabe poco de su vida. Pasó la mayor parte de su vida adulta en Atenas y pudo haber influido tanto a Pericles como a otros políticos atenienses. Se la menciona en los escritos de Platón, Aristófanes, Jenofonte y otros autores de la época. Plutarco se refiere a ella en su biografía de Pericles.

Los escritores antiguos también recogen en sus escritos que Aspasia podría haber dirigido un burdel y la llaman hetera (una cortesana de la Antigua Grecia), si bien estos relatos han sido puestos en duda por los estudiosos modernos, basándose en que muchos de los autores eran escritores satíricos cuya principal finalidad era difamar a Pericles. Algunos investigadores cuestionan la idea de que fuese una hetera, y han sugerido que podría haber estado casada con Pericles. Aspasia tenía un hijo de Pericles, Pericles el Joven, que más tarde se convertiría en general en la academia militar ateniense y que fue ejecutado tras la batalla de Arginusas. Se cree que Aspasia, tras la muerte de Pericles, se convirtió en amante de Lisicles, otro político ateniense. (N. del Ed.) <<

[10] Endimión era hijo de Etlio y Cálice, hija de Eolo. Llevó a una parte de los eolios desde Tesalia hasta Élide, donde desplazó a Clímeno, el cretense, hijo de Cardis proclamándose rey de Élide. Otras fuentes citan en cambio que fue su padre Etlio el primer rey de Élide, sucediéndole Endimión en el trono. Su esposa es llamada de varias maneras: Neis, Ifianasa, Asterodia, Cromia o Hiperipa.⁵ Sus hijos fueron Epeo, Peón, Etolo y Eurícide.⁵ Se le considera uno de los precursores de los Juegos Olímpicos ya que hizo que sus hijos corriesen una carrera en Olimpia cuyo vencedor sería el heredero del trono. Venció Epeo, quien le sucedió. <<

[11] Celebre cortesana. (*N. del Ed.*) <<

[12] Leaena (o Leoena), heroica amante de Aristogitón puesta en el tormento se corto la lengua con los dientes por miedo de que el dolor le hiciese descubrir el complot urdido contra los hijos de Pisistrato. En tiempo de Pausanias se veía en Atenas la estatua de una leona, erigida en honor suyo. <<

[13] «Lugar en que uno se sienta. Los antiguo» daban este nombre a la habitación en que se reunían los literatos. Cicerón usa tal voz en el sentido de cuarto de estudio. <<

[14] Los romanos utilizaban sus dormitorios no solo para el sueño nocturno, sino también para la siesta diaria (cubicula diurna). <<

[15] En los grandes palacios de Roma la *Pinacotheca* casi siempre se comunica con el *atrium*. <<

[16] Cuando se celebraban grandes fiestas, la comida solía servirse en el vestíbulo. (*N. del Ed.*) <<

[17] El *tablinum* se podía abrir y cerrar a placer, por medio de puertas correderas. (N. del Ed.) <<

[18] *penates*:: en la mitología romana, eran dioses protectores de los hogares o casas.
(N. del Ed.) <<

[19] La madera más valiosa para los romanos, que no debe confundirse con la del limonero. Se conjetura, con pausibles argumentos, que se trataba de la caoba. (*N. del Ed.*) <<

[20] Magistrado que cuidaba de la policía urbana, abastos, espectáculos públicos, pesos y medidas. <<

[21] Servilleta. (*N. del Ed.*) <<

[22] En el juego de los dados se llama *canes* o *caniculae* a la suerte en que los tres dados marcaban el as. Era la jugada más desfavorable en el juego de dados. <<

[23] En latinee llama así aquel de quien uno se sirve para la ejecución de una cosa. Entre nosotros ya solo se usa en sentido moral. <<

[24] Rey del banquete. (*N. del Ed.*) <<

[25] En la mitología griega, Hílas era el hijo del rey Tíodamante de los dríopes, amado por Heracles y raptado por las ninfas debido a su belleza. Cuando Heracles mató a su padre en la batalla, perdonó a Hílas, lo tomó como escudero y le enseñó las artes del guerrero. Heracles llevó a Hílas con él a bordo de la nave Argo, haciéndole uno de los argonautas. (*N. del Ed.*) <<

[26] Capa o manto. <<

[27] En el mercado romano figuraron dos especies de *sextercios*: el uno, pequeña moneda de plata, valía dos ases y medio ($\frac{2}{3}$ de nuestro real), y el otro, sin duda el que aquí juega, era moneda imaginaria que equivalía a unos treinta y ocho duros. <<

[28] Despensa, granero, bodega, etc. (*N. del Ed.*) <<

[29] En la mitología griega, Cecrops (Cécrope) fue el primer rey que tuvo la ciudad-Estado de Atenas. Según cuentan Pausanias y Heródoto, fue conocido también como Erecteo. Se dice que nació directamente de Gea, por lo que se le cuenta como uno de los autóctonos griegos. Su nacimiento sobrenatural era la causa de que la parte inferior de su cuerpo tuviera forma de serpiente. (*N. del Ed.*) <<

[30] Caestus o cestus es una antiguo guante de batalla. La primera versión del cestus de batalla estaba hecho con una serie de tiras de cuero atadas a la mano. Los griegos las usaron en las competiciones cuerpo a cuerpo, donde sólo importaba noquear al adversario. Posteriormente, los romanos realizaron ciertas modificaciones mediante la adición de piezas metálicas, incluyendo pinchos y placas de hierro. Fueron utilizados con frecuencia en los combates de gladiadores romanos, donde los combatientes desarmados por sus contrincantes debían luchar hasta la muerte con lo que podían. (N. del Ed.) <<

[31] Esclavos que tenían a su cuidado el *atrium*. (N. del Ed.) <<

[32] Los romanos mandaban, como nosotros, tarjetas de invitación especificando la hora de la comisa. En caso de tratarse de un banquete suntuoso, daba comienzo antes de la hora habitual. (*N. del Ed.*) <<

[33] Literalmente: «Aspiro a cosas mejores». (*N. del Ed.*) <<

[34] Cámara de enfriamiento. (*N. del Ed.*) <<

[35] Los descubrimientos realizados en Pompeya han demostrado que la tradicional creencia de los arqueólogos de que las ventanas de cristal eran desconocidas por los romanos era un grave error. Su utilización no estaba, sin embargo, muy extendida en las casas de las clases sociales medias y bajas. (*N. del Ed.*) <<

[36] Sala para tomar baños tibios. (*N. del Ed.*) <<

[37] Estufa seca en las palestras griegas, llamada así porque los *Iccedemones* fueron los autores del remedio de conservar la salud a beneficio del sudor promovido por aquella clase de estufas. <<

[38] *Sudatorium*: Sala de sudación, sudadero. (N. del Ed.) <<

[39] *Calidarium*: Caliente, caldeado, zona de baño caliente. (*N. del Ed.*) <<

[40] Afeites limpiadores o purificadores. (*N. del Ed.*) <<

[41] Bebida amarga, ungüento oloroso, esencia de nardo y todo lo que acabe en «*um*».
(*N. del Ed.*) <<

[42] En la mitología griega, el Cocito es un río del Hades, el país de los muertos, por cuyas orillas vagaban los que no podían pagar a Caronte, según la mayoría de las fuentes, durante 100 años. Era un afluente del Aqueronte (o del Estigia, según la versión) y era alimentado por las lágrimas de los ladrones, los pecadores y de todos aquellos de mala conducta. (*N. del Ed.*) <<

[43] La más sabia de las Náyades. (*N. del Ed.*) <<

[⁴⁴] Hesíodo. (*N. del Ed.*) <<

[45] De donde probablemente, procedía también la porcelana china, aunque este tema admite considerable discusión. (*N. del Ed.*) <<

[46] Nombre de Baco, del griego Xxxo: «Desatar», «liberar». (*N. del Ed.*) <<

[47] *Spoliarium*: Paraje donde llevaban desde la arena a los que salían heridos de muerte. <<

[48] sarchides: Capitanes matones de las antiguas comedias. <<

[49] lanista: Maestro de los gladiadores. <<

[50] No solo las mujeres luchaban en los anfiteatros, sino incluso las de noble cuna participaban en esta ambición del pueblo llano. <<

[51] Frase latina que se aplicaba a la gente pendenciera e irritable. (*N. del Ed.*) <<

[52] Hablar o hacer algo «*sub rosa*», significa entre los romanos en hacerlo «secretamente». La rosa estaba consagrada a Harpócrates, dios del silencio, y en las pinturas de las habitaciones se veía aquella flor para dar a entender que lo que se hiciera o hablara allí era secreto. <<

[53] Los mercaderes de esclavos de Tesalia eran célebres por raptar a personas de alta cuna y excelente educación, ni siquiera sus compatriotas se salvaban de sus nefandas actividades. Aristófanes satirizaba amargamente sobre ellos y califica a los tesalianos de gente traidora por su desmedido amor al dinero y su tendencia a negociar con la venta de seres humanos. (*N. del Ed.*) <<

[54] «¡Ay de tu cabeza!». (*N. del Ed.*) <<

[55] El lector no debe confundir los *sestertii* con los *sestertia*. El *sestertium*, que era una cantidad, y no una moneda, tenía un valor mil veces mayor que el *sestertius*. (N. del Ed.) <<

[56] El verdadero templo de Cupido es la casa de la amada. (*N. del Ed.*) <<

[57] El creyente extraerá de esta vaga coincidencia un corolario muy distinto al egipcio. (*N. del Ed.*) <<

[58] Ignoro si todavía se conserva (espero que sí). Lo cierto es que la concha de esta tortuga se halló en las ruinas de la casa asignada a Glauco en esta obra. (*N. del Ed.*)

<<

[59] Cloris era la Flora de los griegos. <<

[60] Por este nombre se conocen los maravillosos restos de la estatua del Museo Borbónico. Su rostro, por su expresión y por su modelado, es el más bello de cuantos nos ha legado la escultura antigua. (*N. del Ed.*) <<

[61] Fórmula antiguas que equivale a «aquí para los dos». <<

[62] Stabiae no era una ciudad, pero sí el lugar preferido donde los ricos edificaban sus villas. (*N. del Ed.*) (*N. del Ed.*) <<

[63] «Campos abrasados y quemados». (*N. del Ed.*) <<

[64] «Infortunio, desgracia». (*N. del Ed.*) <<

[65] Los abogados y la clientela, cuando atendían a su patrono, mantuvieron el uso de la toga hasta mucho después de que el resto de los ciudadanos renunciasen a ella. <<

[66] Un cuadro de Pompeya que se ve en el museo de Nápoles sugirió al autor la idea de esos versos. <<

[67] Según los antiguos mitólogos, Venus nació en el mar, cerca de Chipre, adonde fue llevada por los zéfiros. La estaciones la esperaban en la ribera. <<

[68] Alcmena: En la mitología griega, era una mujer mortal, hija del rey Electrión de Micenas y esposa de Anfitrión. Fue madre de Heracles (Hércules en la mitología romana) con el dios Zeus, quien una noche, adoptó la apariencia de su marido durante la ausencia de éste, y madre de Ificles con su marido Anfitrión. Cuando Alcmena estaba embarazada de Heracles, Hera, la celosa esposa de Zeus, intentó evitar que éste naciera. Sus planes fueron frustrados por Galantis, la sierva de Alcmena, quien dijo a Hera que ya había traído al niño al mundo. Hera la transformó en una comadreja. (*N. del Ed.*) <<

[69] Se ha encontrado en Pompeya una imagen mal dibujada que representa a Plutón bajo la forma que se da ahora al demonio, con cuernos y cola. Pero es probable que la imagen que hemos atribuido a Satán, la hayamos sacado del misterioso Pan, de ese dios que busca la soledad que inspira tantos terrores vagos e infundados. Por otra parte, los disolutos ritos del dios Pan bien habían podido ofrecer a los cristianos imagen de los engaños del demonio. <<

[70] Abreviatura de *Di[i] meliora ferant (o velint)*, que significa: «¡Quieran los dioses!», o «¡Los dioses nos asistan!». (N. del Ed.) <<

[71] «El altivo cínico frunció el ceño con altivo odio y el niño rodeado de rosas en el jardín, sonrió incrédulo y se estremeció al reír...». PRAED, del poema *Atenas*. (N. del Ed.) <<

[72] Hay otro hostel en el interior de las murallas de la ciudad que presenta el mismo distintivo. (*N. del Ed.*) <<

[73] Esto ha hecho observar a Sir W. Gell que no hay metáfora cuando el Evangelio dice: «Toma tu lecho y anda». (*N. del Ed.*) <<

[74] La noche. (*N. del Ed.*) <<

[75] Para los juegos y fiestas públicas usaban uno más caro y lujoso, llamado *pilentum*, que tenía cuatro ruedas. (N. del Ed.) <<

[76] Pero también tenían *sella* (silla de manos o litera), en la que se sentaba del mismo modo que nosotros. <<

[77] En la mitología griega Héspero es el lucero vespertino, el planeta Venus visto por la tarde. Es el hijo de Eos, la diosa de amanecer (Aurora en la mitología romana) y el hermano de Eósforo (también llamado Heósforo, Fósforo y Lucifer), el lucero del alba. Su equivalente romano es Vesper («tarde o cena»). El padre de Héspero era Céfalo, un mortal, mientras que el de Eósforo era el dios estelar Astreo. (*N. del Ed.*)

<<

[78] Cochero de carroza o *carruca*. (*N. del Ed.*) <<

[79] Los romanos atribuían a las serpientes un significado religioso, lo mismo que otros pueblos antiguos. Las tenían en sus casas y con frecuencia estaban presentes en sus festines. <<

[80] No resulta superfluo mencionar aquí que los etruscos eran famosos por sus encantamientos. Arbaces se equivoca al atribuir a los egipcios la creación de la magia. El pueblo egipcio solía arrogarse la máxima antigüedad y jerarquía sobre el resto de las razas del mundo y no faltan estudios que defienden tal postura. (*N. del Ed.*) <<

[81] Dacsilomancia. <<

[82] Cristalomania. <<

[83] Tefromancia. <<

[84] Botanomancia. <<

[85] Según la tradición popular clásica, ver a una ninfa implicaba volverse loco. (*N. del Ed.*) <<

[86] El inmemorial y famoso aquelarre de brujas en Benevento. La serpiente alada que presidía la reunión —animal idolatrado en aquellos lugares— fue consagrada como ritual obligado por la superstición de los egipcios. (*N. del Ed.*) <<

[87] Nada se podía legar a una mujer según una antigua ley romana. Al fin de eludirla, los padres legaban los bienes a un fideicomisario a favor de su hija; pero podía quedarse con ellos si quería. Por lo demás, ya había caído en desuso en la época de esta historia. <<

[88] Astyanax: Según la mitología griega fue hijo de Héctor, príncipe de Troya y marido de la princesa Andrómaca de Tebas. (*N. del Ed.*) <<

[89] Alude a la palabra latina «*fur*», que significa ladrón. <<

[90] Ave poco más grande que la perdiz, de la que gustaban mucho los romanos.
Attagen carnis suavissimae dice Atheneo. <<

[91] Una sabrosa y delicada especie de salchicha (Juvenal X, v. 355). (*N. del Ed.*) <<

[92] En la mitología griega Anteros es la personificación del amor correspondido, vengador del amor no correspondido. Era hijo de Ares y Afrodita, quienes lo dieron a su hermano Eros, que estaba solo, como compañero de juegos. Originalmente Anteros se opuso a Cupido y luchó contra él, conflicto que también se concibe como la rivalidad existente entre dos amantes. Anteros castigaba a los que desdeñaban y no correspondían al amor de otros, por lo que es el vengador o *deus ultor* de Cupido. (N. del Ed.) <<

[93] Se les llamaba «*muscae*», o sea «*moscas*» a los que eran antipáticos y a los gorriones que concurrían sin estar invitados. <<

[94] Hace referencia a Cécrope, que según la mitología griega, fue el primer rey que tuvo la ciudad-Estado de Atenas. Según cuentan Pausanias y Heródoto, fue conocido también como Erecteo. Se dice que nació directamente de Gea, por lo que se le cuenta como uno de los autóctonos griegos. Su nacimiento sobrenatural era la causa de que la parte inferior de su cuerpo tuviera forma de serpiente. (*N. del Ed.*) <<

[95] El comedor para invitados. (*N. del Ed.*) <<

[96] Lidiadores de fieras. (*N. del Ed.*) <<

[97] Los hombres muy afeminados llevaban mitras. «¡Estás hecho para una mitra!» significaba no servir para nada. <<

[98] En las comidas de ceremonia las mujeres se sentaban en sillas y los hombres se reclinaban en divanes. Solo en las comidas familiares se permitía comer reclinados, por razones obvias, a personas de ambos sexos. <<

[99] Aun hoy se conserva ese baile en la Campania, con el nombre de *tarantela*. (N. del Ed.) <<

[100] Baco. <<

[101] Según Plutarco parece que la rama de mirto o laurel no pasaba por orden estricto por todas las manos de los comensales, sino que la persona más importante de una mesa la entregaba a la de mayor relieve de la otra, y después de la segunda a la segunda, y así sucesivamente. <<

[102] En Pompeya fueron descubiertos varios dados trucados. es posible que hoy exista alguna virtud nueva, pero todos los vicios son muy antiguos. (*N. del Ed.*) <<

[103] Ninfas de los bosques y montañas. <<

[104] Gladiador que usaba una red para enredar a su adversario que solía ir armado con escudo hoz y morrión. <<

[105] En la mitología griega se refiere a *Circea*, hija del Sol y de la ninfa Persa. Encantadora cruel, voluptuosa y llena de celos. Envenenó al rey de los Armatas, su marido, para gozar sola del trono, y este crimen indignó a sus súbditos, los cuales la arrojaron del reino, y se refugió a un promontorio de Italia que tomó su nombre y se llamó el cabo Circense, donde edificó un palacio mágico. (N. del Ed.) <<

[106] En la mitología griega, Caronte era el barquero de Hades, el encargado de guiar las sombras errantes de los difuntos recientes de un lado a otro del río Aqueronte si tenían un óbolo para pagar el viaje, razón por la cual en la Antigua Grecia los cadáveres se enterraban con una moneda bajo la lengua. Aquellos que no podían pagar tenían que vagar cien años por las riberas del Aqueronte, tiempo después del cual Caronte accedía a portearlos sin cobrar. (*N. del Ed.*) <<

[107] θ Letra inicial de la palabra θάνατος (muerte), que servía para condenar a los griegos. Como la «C» entre los romanos. <<

[108] Si un criminal podía obtener un fiador (llamado «*vades* en los delitos graves»), no estaba obligado a permanecer en prisión hasta después de la sentencia, si esta le era desfavorable. (*N. del Ed.*) <<

[109] Según la mitología griega, Las danaides fueron las cincuenta hijas del rey Dánao, que huyeron de Libia hacia Argos. Temían la persecución de los cincuenta hijos del rey de Egipto, sus enemigos. (*N. del Ed.*) <<

[110] vivir para siempre. (*N. del Ed.*) <<

[111] En las casas de los ricos, cada conjunto de habitaciones tenía asignado un esclavo. (*N. del Ed.*) <<

[112] tienda, comercio. (*N. del Ed.*) <<

[113] *miropolya*: tiendas de perfumería. (*N. del Ed.*) <<

[114] Dios del silencio. <<

[115] A quien se le supone conocedor de todos los secretos. La misma superstición existe en el Esta y se halla también presente en nuestras leyendas del Norte. (*N. del Ed.*) <<

[116] Dice Plinio que poco antes de la erupción del Vesubio, cayó un rayo sobre uno de los decuriones municipales, estando el cielo despejado. <<

[117] En la mitología griega, Cilene es una náyade (ninfa de las fuentes), a veces se considera esposa y otras como madre de Licaón. En éste segundo caso, se designa como la esposa de Pelasgo. (*N. del Ed.*) <<

[118] Como se ha hecho observar, en el atrio solía recibirse con frecuencia a gran cantidad de invitados. (*N. del Ed.*) <<

[119] Podemos suponer que estas exalaciones son similares a las que hoy se producen en la *Grotta del Cane*. Al parecer en años pasados, cuando la gente entraba con un perro en esta cueva, el perro se asfixiaba e incluso podría llegar a morir, pero nada parecía suceder con su propietario. Este singular fenómeno llamo la atención de muchos exploradores y locales. (N. del Ed.) <<

[120] Los *equites* se sentaban inmediatamente detrás de los senadores. (N. del Ed.) <<

[121] Gladiadores mantenidos por el emperador. (*N. del Ed.*) <<

[122] Así se llamaba por parte de la tribu de los gladiadores, a la acción de perseguir al enemigo después de lanzar la red, para golpearle antes de que tuviera tiempo de recuperarla y tenerla lista para un nuevo envite. (*N. del Ed.*) <<

[123] Un Lanista era un hombre que compraba y cuidaba gladiadores. Pueden ganar muchas riquezas en la compra y venta de gladiadores, pero su estatus social se considera bajo. Cuando se compra un gladiador, se forman compañías llamadas casas. El lanista es también el encargado de la formación de los gladiadores. (*N. del Ed.*) <<

[124] Se servían de la caña, *calamus*, para escribir en papel o pergamino, y del *stylo* para escribir sobre el bronce encerado. Las cartas se escribían indistintamente de los dos modos. <<

[125] Generalmente se encargaba a marineros el despliegue y sujección de la *velaria* de los alfiteatros. (N. del Ed.) <<

[126] Relámpagos volcánicos. Estos fenómenos constituyeron una de las características que acompañaron la erupción del Vesubio de 1779 y su evidencia prueba que también se produjeron en la anterior y aún más terrible erupción descrita hasta hoy de modo incompleto. (*N. del Ed.*) <<

[127] En efecto, se encontraron varios esqueletos de centinelas que se quedaron en sus puestos. <<

[128] Plinio, Dion, Cassio. <<

[129] «Una espesa lluvia de cenizas caía sobre nosotros, y de vez en cuando teníamos que sacudírnosla ya que de otro modo nos hubiese aplastado y enterrado bajo un enorme montón». (Plinio). <<

[130] Dion Cassio. <<

[131] Academo: Héroe legendario de la mitología griega. La tradición decía que junto a la tumba de este personaje había un bosque sagrado, que era el lugar en el que Platón había fundado su Academia. (N. del Ed.) <<

[132] Destruída en el año 79 y descubierta en 1750. <<